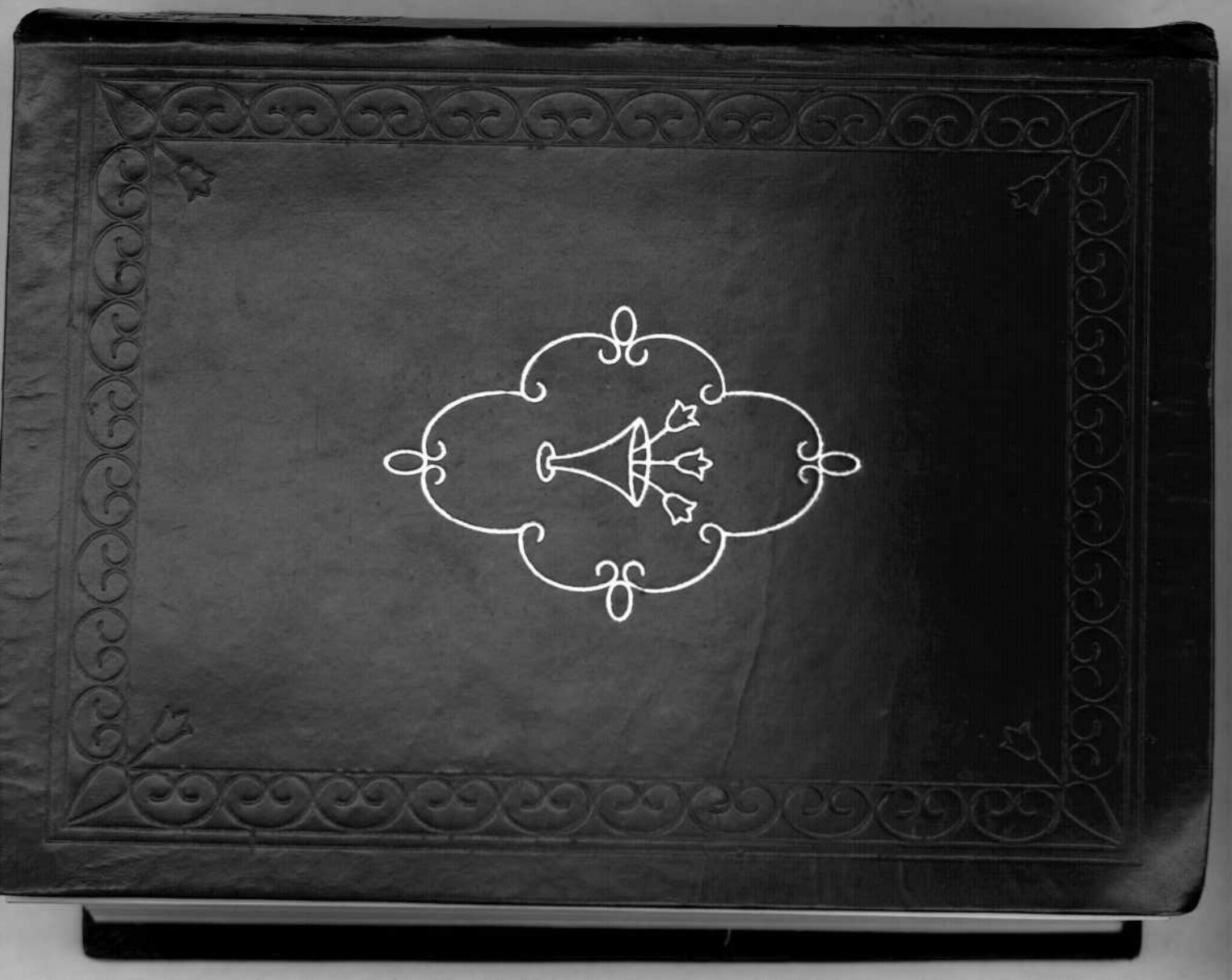

DGEL
A

OBRAS COMPLETAS

t. 47292
c. 1176081

OBRAS COMPLETAS

JOSÉ ZORRILLA

OBRAS COMPLETAS

ORDENACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

NARCISO ALONSO CORTÉS

Tomo II

LIBRERÍA SANTARÉN. — Fundada en 1800. — Valladolid, 1943

1.F2201.9

JOSÉ ZORRILLA

OBRAS COMPLETAS

ORDENACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

DE

NARCISO ALONSO CORTÉS

Tomo II

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

ALDUS, S. A. de Artes Gráficas.—Santander - Madrid

R. 10557 I

LECTURAS PÚBLICAS

HECHAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID Y EN EL TEATRO DE JOVELLANOS EN 1877

LECTURAS PÚBLICAS

HECHAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID
Y EN EL TEATRO DE JOVELLANOS EN 1877

LECTURAS PÚBLICAS [1]

Al Ateneo Científico y Literario de Madrid, en prenda de gratitud.

JOSÉ ZORRILLA.

PRÓLOGO

He aquí el origen y el objeto de la publicación de este libro. En 1871 acudió el autor al Gobierno Provisional exponiendo: «que habiendo escrito sus obras en época anterior a la promulgación de la ley de propiedad literaria: habiendo vendido la de las suyas a perpetuidad, y no reclamado en tiempo oportuno por hallarse ausente de Europa, a donde creía que Dios no le dejaría volver, por razones que no son del caso, eran sus editores y no él los que gozaban legalmente las rentas de su *Don Juan Tenorio* y de sus demás obras dramáticas y líricas; pero que habiendo estas sus obras adquirido en su ausencia una reputación y estima, si no absolutamente inmerecidas, mayores de lo que en su concepto valían, puesto que todas habían sido escritas para atender a su subsistencia, sin suficiente reflexión ni tiempo, se creía en el deber y con facultades aún de producir alguna nueva que, justificando tal vez su fácilmente adquirida celebridad, correspondiese al favor y la popularidad que le había acordado su patria.

Y esta obra nueva era un Legendario histórico y tradicional español, desde D. Rodrigo a la conquista de Granada, que mejorara y amplificara el antiguo Romancero. Claro estaba que el autor no tenía la absurda pretensión de intentar él sólo llevar a cabo una obra tan vasta, que acaso podría llegar a ser una epopeya nacional: sino de iniciarla con una leyenda del Cid que tenía ya comenzada, y con la refundición de su poema de Granada, sobre la cual pondría después la pluma. Siendo, empero, este Legendario una obra de tan largo aliento; privado el autor como llevaba dicho, de las rentas de sus numerosos escritos; habiendo tenido que enajenar sus bienes paternos para satisfacer

las deudas de su casa; y perdido, en fin, la protección de un monarca extranjero, cuya existencia acababa de tener un trágico fin, acudía al Gobierno demandando un auxilio pecuniario anual por algunos años, que le permitiera dar comienzo y forma a su Legendario, sin tener que enajenar su propiedad absoluta a sus editores».

El Gobierno Provisional, estimando justa su demanda, se manifestó benévolo y pronto a acceder a ella, siempre que pudiese fundarla en antecedentes; pero desgraciadamente no los había de que se hubiese pensionado temporal ni vitaliciamente a ningún poeta.

El autor alegó que tampoco los había de que un poeta hubiera producido tres o cuatrocientos mil versos, dedicados todos a cantar las glorias, las creencias y las tradiciones de su patria, empobreciéndole a él al enriquecer a sus editores: y que puesto que siempre se habían pensionado pintores, escultores y arquitectos para que produjeran obras de arte, no era ni lógico, ni equitativo desamparar a un poeta que ya había producido tantas: y que existiendo, en fin, unos lugares píos, cuyos fondos estaban destinados a proteger desvalidos, huérfanos y desamparados, él demandaba una pensión sobre aquellos fondos como desvalido y desamparado; pero que no la pedía como recompensa de sus obras anteriores, que él creía malas, sino para poder continuar trabajando en otras de más valía o al menos de mejor intento, mientras le durase la inteligencia y la vida.

El Gobierno, tomando en cuenta sus razones, dió al autor, no una pensión imposible por falta de antecedentes en las oficinas del Gobierno español, sino una comisión ilimitada para ir a visitar las bibliotecas y archivos españoles de Italia: pudiendo enriquecer su colección de leyendas con las de los españoles que, como el Infante D. Enrique el Senador, hermano de Alfonso el Sabio, los Borjas, el Gran Capitán y otros ciento se habían hecho célebres en aquella tierra.

Partió, pues, el autor a Italia: el 20 de diciembre del 73 entregó concluído su manuscrito del Cid a los editores Montaner y Simón, de Barcelona, quienes le propusieron hacer de esta obra una edición ilustrada por Gustavo Doré, cuya propiedad adquirieron por la suma de 40 000 rs. por solo dos años: transcurridos los cuales, el autor estaba en derecho de hacer de su obra las ediciones pupulares y económicas que creyera convenientes.

Pero sobrevino la guerra civil; corrió el tiempo; el Gobierno se vió obligado por causas de necesaria economía a rebajar 24 000 rs. del sueldo de la comisión del autor; apremió éste a sus editores para que apresurasen la publicación del Cid, único modo de probar al Gobierno y al público que no se daba un sueldo a un holgazán; suplicaron y pidieron tiempo los editores al autor, probando a éste que sería tirar su dinero por la ventana publicar en tan malos tiempos una obra tan costosa: y el autor determinó venir a Madrid, a pedir al Gobierno el tiempo que sus editores le pedían a él. El Sr. Cánovas ofreció cordialmente su amistad al poeta; le honró abriéndole el primero los salones y presentándole en ellos a la más escogida sociedad: e interpuso su valimiento en favor del poeta con el Sr. Ministro de Estado, de cuyo Ministerio depende su comisión. El señor Ministro de Estado, después de pensarlo maduramente, decidió que atendidas las circunstancias y el tiempo transcurrido, lo único que se podía hacer en su favor, era prorrogar al poeta su comisión por un año; cumplido el cual, se dará por concluída y será suprimido su sueldo.

Mientras el poeta gestionaba por este lado, con tan escasa fortuna, el Ateneo le hizo

el honor de recibirle en su corporación; y como el Gobierno, el público y el mismo Ateneo dudaban tal vez que el Cid estuviese concluído, el autor aceptó la proposición que se le hizo de leer su obra y someterla al juicio del Ateneo. Acordóle éste las noches de los miércoles para esta lectura: y su sección literaria ha tenido la benevolencia de escuchar los 19.000 versos de que consta el Legendario del Cid. No toca a su autor, ni a mí, a quien con él me unen los más estrechos lazos, decir el juicio que de su obra ha formado el Ateneo; sólo se puede afirmar sin miedo de ser desmentido, que ha sido escuchada desde el principio hasta el fin; y que el poeta se ha visto precisado a leer alguna noche hasta 4000 versos para satisfacer la curiosidad de sus oyentes.

Entretanto, el erudito traductor y comentador de Shakespeare, Sr. Marqués de Dos Hermanas, las gentilísimas Sras. Duquesas de Medinaceli, Condesa de Guaqui y Baronesa de Cortes, el Casino de la Prensa y otras sociedades, colmaban de obsequios y de invitaciones al viejo poeta Zorrilla, obligándole a prodigar sus lecturas, poniéndole en moda y procurándole una boga tal, que el empresario Sr. Bernis acudió a él ofreciéndole el teatro de Jovellanos para hacer productivas en su favor, haciéndolas públicas, algunas de estas lecturas.

El poeta Zorrilla aceptó la oferta del Sr. Bernis, temiendo ofenderle con la negativa de lo que a nadie había rehusado: y además para aprovechar esta ocasión de probar:

1.° Que el público de España no es menos ilustrado que los de Alemania, Inglaterra y Francia, donde los autores dan lecturas públicas ante numerosa concurrencia, que paga su entrada para oírles.

2.° Que es más deshonroso vivir a costa ajena, por vivir sin trabajar, que utilizar el arte de leer para procurarse una recompensa pecuniaria: porque no hay razón para pagar al maestro compositor, al instrumentista y al cantante, que atraen al público para oírles, y no al poeta o a los poetas que se reúnen para darle una velada de poesía.

3.° Que los poetas deben unirse y propagar estas reuniones en un salón de lecturas, para adelantar ellos mismos en el arte de leer, algo descuidado por los poetas de toda Europa, y para acostumbrar al público a asistir a estos certámenes poéticos; en los cuales oiría celebrar las glorias de la patria por boca de sus poetas, a quienes conocería así personalmente.

Hace diez años que el poeta Zorrilla, a su vuelta de América, inició estas lecturas, que le fueron entonces tan criticadas como aplaudidas le son al presente: lo que prueba que el pueblo español ha variado de opinión y de gusto literario en estos diez años, y que ha llegado ya el momento en que los poetas aprovechen el impulso que ha dado a estas reuniones la iniciativa del poeta Zorrilla.

Cuarenta años ha que éste, con una constancia y un éxito que no han podido ahogar la crítica sistemática y la oposición apasionada, emplea su existencia en llevar a cabo su propaganda poética del arte de leer y de la poesía legendaria: a las cuales debe su inmensa popularidad.

Los pueblos meridionales no tienen más poesía que la del cantar y la del cuento. El poeta Zorrilla lo comprendió así hace cuarenta años; y amplificando el cantar hasta sus serenatas de *La alborada* y *La siesta*, y el cuento hasta su *Leyenda del Cid*, se ha adquirido una inmensa popularidad y el derecho a ser considerado como un poeta nacio-

nal; es decir, que siempre ha consagrado su existencia y su poesía a celebrar los recuerdos y las glorias de su nación, en leyendas y romances del género popular.

En vano la Academia dará reglas que tendrán que infringir los poetas inspirados y populares. Siglos han de pasar antes de que la poesía académica, y me atrevo a decir que antes de que el verso endecasílabo, pasen a la comprensión y al oído del pueblo español; y hasta que éste no olvide los versos de *Sancho García*, *Margarita la Tornera*, de *El Zapatero y el Rey* y de *Don Juan Tenorio*, no sabrá ni siquiera que han escrito los suyos los académicos Cañete, el Marqués de Molins y otros, cuyos escritos pasarán a la posteridad en los archivos de la Academia, pero no en la memoria del pueblo. Mas de Zorrilla ante la Academia, esperamos que él mismo diga cuatro palabras, si cree que merecen rectificación los mal intencionados asertos del *Siglo Futuro*.

Zorrilla publica este libro para complacer al Ateneo, que deseaba ver impresas algunas de sus lecturas; pero como de las hechas en él, unas no le pertenecen ya, y otras no le pertenecerán hasta un término aún por expirar, este libro no es más que el prospecto de su Legendario del Cid, del de la familia de los Tenorios (refundición de su don Juan), de la Mejicana y el Árabe, del Cuento de las flores y Álbum de una rosa: que es lo que ha escrito en estos últimos años, a favor de la tranquilidad que le ha procurado la subvención de que aún goza.

Nadie puede reproducir de este libro-prospecto nada del Cid, que pertenece aún a los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona: ni de las compocsiiones sueltas, que pertenecen a la colección del Sr. Gullón: quienes han consentido en perjudicar sus intereses permitiendo publicar este libro, atentos sólo a salvar la reputación del poeta Zorrilla, de quien se decía que nada había hecho, porque la edad y las consecuencias de su inquieta vida habían apagado su inteligencia, ahogado su estro y agotado los manantiales de su poesía.

He aquí el origen y la historia de este libro, el cual, lo repetimos, no es más que un prospecto de las obras por publicar del poeta Zorrilla, y un homenaje de gratitud que hace al Ateneo de Madrid.

Tiene además este libro un objeto de interés personal para su autor: el de dar fin con su publicación a sus lecturas en Madrid. Con este libro puede poseer cualquiera todo lo que Zorrilla tiene que leer; y no hay cosa más enojosa que contar a uno lo que ya sabe.

Un secretario del Ateneo había hecho concebir al autor la esperanza de tener un prólogo para su libro de más autoridad que el presente; insertamos éste bien a nuestro pesar, a falta de aquél y a ruegos del editor, que tiene hace tiempo concluída su impresión.

José Félix del Moral.

Madrid, 15 de junio de 1877.

EL CANTO DEL FÉNIX

(LEÍDA EN EL ATENEO POR EL AUTOR LA NOCHE DE SU RECEPCIÓN, EL 19 DE ENERO DE 1877)

I

Ayer hizo treinta años que me ausenté
[de España:
mañana hará, ¡y me asombra!, sesenta que
[nací.
¿En qué y en dónde y cómo pasé mi vida
[extraña?
No sé: crucé el desierto y el lago y la mon-
[taña
y el mar..., mas de mí mismo jamás razón
[me di.

Vagué por mar y tierra, cual pájaro
[canoro
que al viento da gorjeos de interminable
[son:
por do pasé cantando, me hicieron paso y
[coro:
doquier dejé una estela de melodía y oro:
pasé..., y de lo pasado jamás pedí razón.

Erré por selvas vírgenes que el viento
[desgreñaba,
marañas con sus frondas haciendo el hura-
[cán:
y envuelto entre sus hojas, con la tormenta
[brava
pasé sobre los charcos de efervescente lava,
y me asomé con ellas al cráter del volcán.

Bogué sobre la espuma de las bullentes
[ondas
con los implumes hijos y la hembra del
[alción;
y vi de la mar verde las cavidades ondas,
do perlas y corales, ramosos y redondas,
albergue de delfines y de sirenas son.

Sin rumbo por doquiera, doquiera pe-
[regrino,
a impulsos de una tromba o un tumbo
[repentino,
tal vez caí en la tierra, tal vez me hundí
[en el mar;
mas siempre hallé la orilla, y al fin volví
[al camino,
y al fin seguí a mi antojo cantando sin
[cesar.

Y encima de las aguas, debajo de la
[tierra
donde los gnomos cuidan del virgen ma-
[nantial,
y en la incavada mina que en veta el oro
[encierra,

y en el medroso silo, do el boa se soterra
para dormir su hartura por miedo del
[chacal:

y en el país do el ámbar y las cedríneas
[gomas
incorruptible guardan de larvas y carcomas
al cedro, y andan llenos los céfiros de
[aromas;
y en el que amantes crecen las palmas dos
[a dos;
y en el que en lagos frescos, aguajes de pa-
[lomas,
fabrican los castores sus cabañuelas romas,
por útiles sus colas llevando de sí en pos:
y do el salvaje vive de nísperos y pomas,
y en el desierto estéril, y en las aradas
[lomas...
por donde quier que he ido.., no he visto
[más que a Dios.

Lo que hice, lo que dije, todo ese labe-
[rinto
de versos que concentran la esencia de mi
[ser,
de Dios son obra: un estro no pude haber
[distinto,
yo obré y hablé, sintiendo y hablando por
[instinto:
ni supe hacer más que eso, ni pude más
[hacer.

¿Qué valgo? ¿Qué me vale tal prez y loa
[tanta?
Mi madre fué una alondra, mi padre un
[ruiseñor:
yo me escapé del nido: la voz en mi gar-
[ganta
sentí, me sentí libre, vagué, canté... y me
[espanta
que los cantares míos merezcan tanto
[honor.

II

Venís hoy a decirme que alcanzo gran
[renombre
porque maté a don Pedro, porque salvé a
[don Juan:
indignos hechos tales creía yo de un hom-
[bre,
perdón vine a pediros por ellos: que me
[asombre
dejadme, pues, oyendo que tanta prez me
[dan.

Por dar la vuelta a España ya ha largo
[tiempo lucho;
mas vuelvo sin envidia, ni orgullo, ni am-
[bición;
decísme y repetísme que me estimáis en
[mucho;
no acierto a comprenderlo; mas callo y os
[escucho,
y de placer oyéndolo me salta el corazón.

Comprendo que aun hay algo que a mi
[país me liga,
que hay algo que germina de lo que en él
[sembré:
que hay alguien que en España por mí
[cariño abriga,
que hay algo que a ser hijo de mi país me
[obliga,
y vuelvo a buscar tumba donde bautismo
[hallé.

Yo aquí planta parásita no soy de tierra
[extraña:
yo me crié en este aire, me calenté a este
[sol;
vecino fuí en la villa que el Manzanares
[baña,
y respirar ansío la atmósfera de España,
hablar en castellano, morir en español.

Llamáisme genio y águila y fénix..., ¡ay!,
[ya viento
me dais en balde: siento llegar la senectud:
mis alas se despluman, agótase mi aliento;
mas late todavía mi corazón, y siento
con gozo en torno mío bullir la juventud.

Del fénix eso tengo, que nazco a nueva
[vida;
que al expirar renazco, porque me da calor
la juventud, que dice que fué por mí nu-
[trida,
y admíra mis delirios, y generosa olvida
mis bárbaros engendros, prestándoles valor.

Ven, juventud briosa que marchas por
[mi senda;
tú que me ayudas tamos y musgos a juntar
para mullir el lecho donde a morir me
[tienda,
por funerales cántame mi póstuma leyenda,
por epitafio ponme mi postrimer cantar.

Yo canto como el fénix, con corazón en-
[tero,
mi muerte de poeta cristiano y caballero;
y la progenie nueva que nace tras de mí
piadosa me hace coro, con mi hálito pos-
[trero
para morir cantando la patria en que nací.

Yo soy de los que el tiempo que pasa no
[lamentan:
no soy de los que temen lo que vendrá
[detrás:
yo soy de los que el tiempo por sus centu-
[rias cuentan,
de los que siempre espíritus de juventud
[alientan,
yo soy de aquellos viejos que no lo son
[jamás.

¡Cercadme, hijuelos míos!, llevadme a la
[montaña
do en el deshecho nido do me brotó el
[plumón,
expire, fénix viejo, de cara al sol de España,
y oyendo los cantares que para mí acom-
[paña
con mi laúd ya roto, la actual generación.

Estirpe generosa de la progenie nueva,
que pruebas, saludándome, que marchas
[ante mí,
¡yo te saludo!, ¡pasa!, mi fe tras ti me lleva;
no dejes, si me canso, que nadie se me
[atreva
al ir tras los halcones que, ruiseñor, nutrí.

Y si las tempestades que el porvenir
[amasa
en mi país me obligan a mendigar mi pan,
no dejes que en él nadie las puertas de su
[casa
empedernido cierre, o esquivo diga: «¡pasa!»
al que mató a don Pedro, al que salvó a
[don Juan.

III

He dicho: si hay alguna que entre pala-
[bra tanta
en mí arrogancia arguya, o vanidad, o
[error,
vuestro favor la excuse pues tanto me le-
[vanta:
yo más no soy que un pájaro que va per-
[dido y canta;
mi madre fué una alondra, mi padre un
[ruiseñor;
yo abandoné mi nido: la voz en la garganta
sentí, canté... y ahora confieso que me
[encanta
que al pájaro perdido toméis por un condor.

—

ALBORADA MONORRÍTMICA

Despierta, Rosa,
sol de la aldea:
despierta, hermosa,
que ya alborea.
Sal, del sol mariposa,
que el sol te vea:
sal, que sin ti no hay cosa
que de ver sea.

I

Si al sol no alumbras con los dos soles
con que radiante tu faz llamea,
parecen pardos sus tornasoles,
turbias neblinas sus arreboles
y la campiña marchita y fea.
Si a ver al día tú no te asomas
cuando el Oriente la alba platea,
ni con la escarcha brillan las lomas,
ni a los aguajes van las palomas,
ni se alza brisa, ni el bosque ondea.
Abre del sol enfrente, Rosa galana,
las puertas del Oriente de tu ventana.
Abre al sol sus cristales, que el sol te vea:
sal, que si tú no sales todo negrea.
Saca ante la cortina de tu persiana
tu cara peregrina, risueña y sana:
sal, y haz huir de celos cuando te vea
al sol que de los cielos se enseñorea;
y que cuando él albores dé a la mañana,
ya se los dé mayores tu luz temprana.

Despierta, Rosa,
que el sol te vea:
sal, que sin ti no hay cosa
que de ver sea.

II

Si con tus ojos tú no das brillo
al sol del alba cuando clarea,
su aroma al aura no da el tomillo,
sus miradores no abre el castillo,
ni una avecilla revolotea;
y como aun noche cree que es el grillo,
bajo el rocío que no se orea
canta; y ni al antro vuelve el cuclillo,
ni entre el ondoso trigo amarillo
la esbelta garza se gallardea.
Si tú no te despiertas la vida falta;
la corza en las desiertas breñas no salta:
la hormiga al hormiguero mies no acarrea,
y la abeja el romero no paladea.
Si tú no te despiertas, todo está inerme:
las plantas yacen yertas, el río duerme:
la mar no se adelanta con la marea,
nada rumor levanta ni se menea.
Despierta y que despierte todo contigo:
sal, y que salga a verte todo conmigo.

Despierta, Rosa,
sol de la aldea:
sal, que sin ti no hay cosa
que de ver sea.

III

¿Temes, acaso, que te se iguale
nada en los mundos que el sol pasea?
Sal, que él tan sólo por verte sale,
y nada vale lo que en ti vale
de cuanto alumbra la luz febea.
La rosa es siempre la favorita
del sol, y tú eres—¡tal Dios te crea!—
de las mujeres la más bonita,
y de las flores la que inmarchita
jamás se agosta ni amarillea.
¿Qué en el mundo que hechizas te se
[compara?
Las perlas son pajizas junto a tu cara.
Si del cielo en la haz ancha te se aparea,
la luna es una mancha que el cielo afea.
Tus ojos son del suelo viva almenara;
tus párpados del cielo son la mampara.

La tierra, que te aguarda, se aja y flaquea,
viendo que en salir tarda la que desea.
Despierta, sal y enseña tu linda cara:
Dios sin ti nos desdeña y el sol se para.

Despierta, Rosa,
que ya alborea:
sal, que sin ti no hay cosa
que mi alma vea.

IV

Sal, que ya es hora:
detrás del monte
ya el horizonte
se colorea.
Ya desampara
fugaz la aurora
las altas crestas
de las enhiestas
montañas, puestas
tras de las cuestas
que el sol colora
con luz ya clara;
luz tembladora
que aún titubea
y aún nada dora;
mas precursora
de la preclara
luz gigantea
de su fecundadora
perenne tea.
Ya resplandece
del monte en torno
con luz que crece
cual la de un horno
que se enrojece:
ya el sol parece
como un topacio
cuyo contorno,
que fulgurea,
aún palidece
y aún se estremece
bajo un extenso
penacho inmenso
de vapor denso
que ante él se mece.

Ya la caliginosa bruma se ampara
de la floresta hojosa, de sombra avara.
Ya el sol la niebla vence que le rodea.
¡Rosa!..., que se avergüence cuando te vea.
Sal, que él con tus hechizos mal se com-[para:
si él de rayos, de rizos se orla tu cara.
¡Sal, Rosa de mis ojos, y al sol bravea!
Ya los celajes rojos rasga y flamea:
ya la nube separa
que ante él ondea:
ya salta..., ya se aclara...,
ya centellea...
¡No es el sol! Es tu cara.
¡Bendita sea!

DESPEDIDA

Dios hizo, Rosa,
tu faz graciosa
tan luminosa,
que la luz clara
del sol es fea
junto a tu cara:
mas yo no quiero
que nadie crea
que te prefiero
por tu hermosura
de criatura.
La primorosa
modeladura
de tu figura
no tiene *pero;*
mas oye, Rosa:
lo que en ti adoro
es tu alma pura
de fe venero,
que es un tesoro

mejor que el oro
del mundo entero.
Bella cual tú no es, Rosa,
la luz febea:
mas tu alma es más hermosa.
¡Bendita sea!

A ROSA

SERENATA MORISCA

PRELUDIO

¡Oh Rosa!, flor temprana riquísima de [aroma,
abierta al sol ardiente de más feraz región:
¡oh Rosa!, garza blanca con ojos de paloma,
¿por qué me pides flores que para ti no [son?
¡Oh Rosa!, ¿por qué pides a mi laúd can- [tares,
tú que posees entero mi amante corazón?
Mis versos deja, Rosa, para ánimos vul- [gares,
en quienes el orgullo domina a la razón.

¡Oh Rosa!, de los bardos la loca poesía
no es más que un ruido grato que eleva [sin cesar
el aura del capricho: no es más que una [armonía
cual la que dan al viento los bosques y la [mar.
Las cántigas de amores jamás probaron [nada:
los necios solamente valor las pueden dar.
¡Oh Rosa de mis ojos!, en la alma enamo- [rada
no cabe más ingenio, más arte que el de [amar.

El hombre no ha inventado para el [amor lenguaje;
amor es Dios: Él habla su lengua celestial,
y nuestra lengua humana, grosera, vil, [salvaje,
no alcanza de su esencia la explicación [mortal.
Amor jamás se explica, se cuenta ni se [canta:
amor es una esencia divina, espiritual,
que en la alma sólo mora, y en cuya esen- [cia santa
un átomo no cabe de polvo terrenal.

Con ese amor inmenso, tiránico, exclu- [sivo,
con ese amor te amo, yo que jamás amé:
con ese amor celeste no más para ti vivo:
con ese amor un templo dentro de mí te [alcé.
Mas este amor, ¡oh Rosa!, que al corazón [inspira,
tirano del ingenio de quien señor se ve,
sus alas encadena quitándole su lira;
por eso yo, que te amo, cantar tu amor [no sé.

Yo, cuya lujuriosa fecunda poesía
engalanó con flores cuanto brotó de sí,
no encuentro en los pensiles que abrió mi [fantasía
ni aun una margarita silvestre para ti.
¡Oh tú, luz de mi alma y encanto de mis [ojos,
sultana a quien esclavo mi corazón vendí!
¿Por qué los versos míos desean tus anto- [jos?
¿qué añaden a tu imperio si el corazón [te dí?

Mas, Rosa, tus caprichos acepto yo por [leyes:
tú mandas: soy tu esclavo. ¿Mi voz te da [placer?,

Cantares me han pedido los grandes y los reyes
mil veces, y nególos mi orgullo a su poder.
Mas, ¿cómo ha de negarte la voz de su garganta
¡oh Rosa de mis ojos!, quien te vendió su ser?
Sultana, tú lo ordenas y tu cautivo canta;
cuando le pidas su alma, te la vendrá a traer.

Escucha y plegue al cielo que mi cantar dichoso
te sea lo que el canto del pardo ruiseñor
para su esposa alada, la prenda del reposo
nocturno, el alimento de inextinguible amor.
Aláh ponga en tu alma mi cántiga nocturna,
cual prenda de un cariño del tiempo ven-cedor;
tú guarda mi memoria, como chinesca urna
de sándalo conserva su inextinguible olor.

SERENATA

Que te cante me mandas;
fuera preciso
que llegaran mis cantos
al paraíso;
donde el Profeta
colocó a las huríes
no osa el poeta.

Desde la baja tierra
donde yo moro,
te contemplo, te admiro
mudo y te adoro:
y al firmamento
de tu amor se enaltece
mi pensamiento.

Mi voz, que cuanto existe
con locos giros
canta, no halla al cantarte
más que suspiros:
yo la requiero,
y ella, indócil, suspira:
«Rosa, te quiero.»

Consagrarse a ti quiere
mi poesía,
mas pierde sus potencias
el alma mía:
loco te llamo,
mas sé sólo decirte:
«Rosa, te amo.»

Si en vez de la africana
guzla morisca
tomo el arpa, rebélase
como ella arisca:
sus cuerdas de oro
cual las de ella murmuran:
«Rosa, te adoro.»

Por cantarte una trova
ves que me afano:
mas ya ves que impotente
lo anhelo en vano,
pues me encastillo
en tu amor y no paso
del estribillo.

«Yo te quiero», te dice
mi guzla mora:
«yo te adoro», repite
mi arpa sonora:
doble reclamo
al que responde mi alma:
«Rosa, te amo.»

En alas del cariño
que me arrebata
he venido a entonarte
mi serenata:
mas tus balcones

no abras con la esperanza
de mis canciones.

Sal, sin embargo, a ellos,
Rosa, un momento,
a oír, si no mi canto,
mi pensamiento.
Sal, Rosa mía,
que amor en vez de versos
mi alma te envía.

Sal y no los esperes,
porque te llamo
incapaz de decirte
más que «te amo»:
que la garganta
que ahogan los suspiros,
Rosa, no canta.

Ambiente que el desierto
de mi alma llena,
fuentecilla que mana
bajo su arena:
sal, que te espero
para decirte a solas
cuánto te quiero.

Flor que mece mi aliento
con suave arrullo,
yo soy la mariposa
de tu capullo:
sal, que te llamo
para decirte a solas
cuánto te amo.

Tortolilla que arrullas
sola en tu nido,
yo soy la compañera
que habías perdido:
sal, que te imploro
para decirte a solas
cuánto te adoro.

Te quiero cual las aves
quieren al viento,
cual los peces las ondas
de su elemento,
como la yedra
del muro a que se ciñe
quiere a la piedra.

Te quiero como el agua
quieren las flores,
como a la olmeda umbrosa
los ruiseñores;
cual la palmera
a la que Dios la marca
por compañera.

Te amo como a sus madres
aman los niños,
tengo de hijo y de amante
los dos cariños:
me es, de tal modo,
la vida, sin ti, nada:
contigo, todo.

Te amo, luz de mis ojos,
con tal exceso,
que te diera mi vida
por solo un beso;
te amo de suerte
que me fuera en tus brazos
dulce la muerte.

Tal es la idolatría
con que te adoro,
que sin tu amor no quiero
ni gloria, ni oro:
sin ti no quiero
ni el imperio absoluto
del orbe entero.

Mi vida es el aliento
que tú respiras:
mi luz la de los ojos

con que me miras:
para mí tienes
todas las perfecciones,
todos los bienes.

Tienes de la gacela
los ojos francos,
y en tu cuello de garza
cambiantes blancos;
tu boca sana
tiene frescor de gruta
donde agua mana.

Del antílope tienes
la ligereza:
la oropéndola envidia
tu gentileza:
tu talle es como
los tallos cimbradores
del cinamomo.

El perfume que exhala
tu cuerpo hermoso
aventaja al del nardo
más aromoso:
tu falda emana
olor a madreselva
y a mejorana.

Los genios de las auras
antojadizos
meciéndose se duermen
entre tus rizos:
y tus pupilas
velan con sus azules
alas tranquilas.

Piececitos de nácar,
manos de rosa,
tu cabeza que el cuello
corona airosa,
la gracia imita
del alminar esbelto
de la mezquita.

Para mi vida tienes,
dulce amor mío,
lo que para las flores
tiene el rocío:
y a tu influencia
se abre sólo el capullo
de mi existencia.

Tu voz es a mi oído
suave armonía,
y el sabor de tus besos
es ambrosía:
¡luz de mis ojos!
cuanto no es tu cariño
me causa enojos.

Mas ¡adiós! y a tu nido
vuelve, paloma:
¡adiós!, que por Oriente
ya el alba asoma,
y sus albores
de los enamorados
son delatores.

¡Adiós!, búcaro lleno
de agua de rosas:
¡adiós!, lirio que mecen
las mariposas:
de ti me alejo,
mas mi alma en tus ojos
cautiva dejo.

—

Ya ves que es imposible cantar lo que
[se ama;
¡oh Rosa!, más que el genio es fuerte el
[corazón:
amor mata del genio la creadora llama:
los versos del amante vulgaridades son.
Amor, que ama el misterio, detesta los
[cantares:
cantarle es al mercado sacarle por pregón;
amor de una paloma se sirve en los altares,
la vanidad, ¡oh Rosa!, se sirve en un pavón.

A LUISA

Luisa, no debo a tu raza
más que cariño y favores;
debía, pues, sólo flores
venir a tus pies a echar;
mas me di tan mala traza
para ingerirme en tu vida,
que a darte una despedida
sé sólo a tus pies llegar.

—

¡Ay! Yo soy hoja perdida,
eco efímero que pasa,
pájaro que apenas rasa
el haz del agua al pasar;
y pájaro que no anida,
eco que al brotar se aleja,
hoja que rastro no deja,
entro al partir en tu hogar.

—

Así es fuerza que se teja
de nuestra existencia el hilo;
cuando hoy en tu hogar tranquilo
vistes al poeta entrar,
dijiste: «¡cuánta conseja,
»qué de extrañas relaciones,
»qué de cuentos y canciones
»me va a decir y a trovar!».

—

¡Tejido de decepciones
la existencia humana, Luisa!,
el llanto en vez de la risa,
en vez del gusto el pesar.
Esperanzas, ilusiones
efímeras nos halagan
que un punto en nuestra alma vagan,
mas nacen para expirar.

—

Y así los años se tragan
nuestra vida hora por hora:
tú estás en la edad ahora
de apetecer y soñar:
y ¡ay! sin que se satisfagan
nuestros anhelos, de prisa
se van, diciéndonos, Luisa,
como yo, ¡adiós!, al brotar.

—

¡Adiós!, mis versos apenas
aquí de escribirte acabe,
llegará al puerto la nave
que a Italia me va a llevar.
Flores debí a manos llenas
derramar en estas hojas:
siento que mi ¡adiós! recojas
de las flores en lugar.

—

Mas oye, en vez de las flores
por despedida te dejo
algo mejor, un consejo:
y si le quieres tomar,
verás que de sinsabores
tu juventud guarde exenta:
que ya a mí mejor me sienta
consejos que flores dar.

—

Cuando este álbum esté lleno
de versos y de primores,
de sobra en él tendrás flores
de mí sin necesitar;
mas por jardín tan ameno
mira bien cómo caminas,
porque no hay flor sin espinas:
no te vayas a picar.

—

Ve cómo al andar entre ellas
tu corazón acorazas,
porque si no te das trazas
tu corazón de guardar,
puede una de las más bellas

en su perfumado centro
de su fresco cáliz dentro
algún áspid albergar.

—

El amor es, Luisa mía,
áspid oculto entre flores:
si sabes libre de amores
tu corazón conservar...
cuando vuelva, si algún día
volver el cielo me deja,
darás a quien te aconseja
la bienvenida a tu hogar.

—

Entonces podrás en calma
oír mil de esas horrendas
y fantásticas leyendas
que suelo yo relatar:
y el miedo o placer que al alma
te dé con mis cuentos, Luisa,
podrás con una sonrisa
cumplidamente pagar.

CABALGATA MEJICANA

No hay cabalgada en Europa
que a las de Méjico iguale,
porque éstas son de boato
bizarrísimos alardes.
El lujo de sus arreos,
lo ostentoso de sus trajes
cuajados de plata y oro
y bordados a realce;
sus chaquetas de montar
de paño inglés y de ante,
con solapas y hombrilleras
caireladas de alamares;
sus chaparreras sujetas
con chapas, broches y enganches
hechos con dos onzas de oro
puestas de plata en engastes;
sus calzoneras que cuentan
botones por centenares,
hechos de escuditos de oro
de a veinte y cuarenta reales;
sus jaranos castoreños
de valioso galonaje
orlados, cuyas toquillas
rayan en lo extravagante
por lo ricas, pues las cuajan
de aljófar y de corales,
y las prenden y apresillan
con topacios y diamantes;
las sillas de sus caballos
que más que el caballo valen,
con pomo, teja y estribos
ataujiados con esmaltes:
el lazo y la espada puestos
en el arzón de delante,
y el revólver en el cinto
que se ha hecho hoy indispensable,
y, en fin, los zarapes blancos
que les embozan flotantes,
aspecto a los mejicanos
dan de Emires orientales.
Y algo hay de feudal orgullo
en los humos militares
de estos señores armados
de espada aún como infantes.
Las mejicanas que montan
en su misma silla y traen
con sus castoreños mismos
sombreado el rostro y el talle,
y anudados y prendidos
con muchísimo donaire
dejando flotar sus puntas,
sus rebozos y sus chales,
hacen unas amazonas
tan firmes como elegantes,
y parecen mariposas
y abejas primaverales.
Una de estas cabalgadas
mejicanas, cuando sale
después de llover, al campo
ruidosa, alegre y brillante,

es un torbellino de oro,
pedrería, seda, encajes
y gasas, tan gayo en tintas
cual la pluma de las aves:
tan sonoro como el agua,
que salta en estrecho cauce,
y tan vistoso cual nube
de mirílicos celajes.
Y esto es en lo que no tienen
seguramente rivales,
y aquí es en donde campean
los mejicanos galanes,
y aquí es en donde se muestran
los jinetes más cabales
de la tierra, con las suertes
de equitación más audaces.
Y es en estas cabalgatas
donde el que montar no sabe
sufre el tormento de Tántalo:
ver agua y de sed quemarse.

JARABE MEJICANO

Cuando al fin de primer día
de la mejicana fiesta
entré en la sala, la orquesta
en un jarabe rompía.

Dirá aquí alguno: ¿qué es esto
de romper en un jarabe?
¿Y qué orquesta es ésta, puesto
que por lo escrito se sabe
que ésta es una fiesta rústica
fuera de la capital?

Aunque sencilla y bien puesta
aquí tal cuestión, no quita
que sea una cuestión ésta
de explicación muy expuesta
a ser poquísimo explícita
si ha de ser breve y cabal;

porque componen la orquesta:
un bandolón, una arpita,
una guitarra dispuesta
para cuerdas de metal,
una alegre jaranita,
flauta y cornetín. ¿Qué tal?

¿Y el jarabe? Ser no debe
ningún jarope cordial,
pues se baila y no se bebe
y lo toca orquesta tal,
y en sus pasos y en su música
no hay azúcar, sino sal.

Su tañido y su bailado
son los dos tal para cual;
repicado y no rasgueado,
bien batido y taconeado
con rapidez sin igual,
aunque hijo de zapateado,
no es procaz, ni desgarrado,
y es un baile original.

Por los pies es muy movido;
pero de brazos cruzado
y en el gesto comedido,
ni cernido, ni jaleado,
no anda en él menospreciado
el decoro personal.

Pero largo, sostenido,
de mudanzas complicado
cual de notas bien nutrido,
mueve, atrae, encanta, incita
y marea, exalta, excita,
y electriza y arrebata;
y se sube a la cabeza,
aunque por los pies empieza;
y caldea, aunque no irrita:
y es veneno, aunque no mata:
y aunque pica, no hace mal.

Y al romper en un jarabe
la zambrera jaranita...
¡Santa Bárbara bendita!

¿Se arde Méjico? ¡Quién sabe!,
el calor es tropical.

Y es el baile de la tierra,
y opinión es general,
de que ahuyenta toda cuita,
y que tal virtud encierra
que los muertos resucita...
¿y qué pueblo, pesiatal,
no se agita y despepita
con su baile nacional?

FE Y POESÍA

INTRODUCCIÓN TEOLÓGICA

Dios es la ciencia: la suma
ciencia que todo lo abarca,
el atributo que marca
su ser de Dios; quien presuma
de capaz de comprender
cuál es de este ser la esencia,
se atribuye a sí la ciencia
suma de este sumo Ser.

Pero en lo menos lo más
no cabe, y Dios menor fuera
que aquel que le comprendiera,
lo cual no será jamás.

Conque la ciencia explicar
de Dios y a Dios definir,
es lo mismo que decir
que en un río cabe el mar.

Se cree en Dios y a Dios se ora,
pero a Dios no se le explica;
a Dios se le glorifica,
se le exalta y se le adora.

—

¿Quién es Dios? Nadie lo sabe.
¿Quién definirle pretende?
¡Lo infinito se comprende
que en la comprensión no cabe!

Dios es Dios: y por ser tal,
ni puede ser comprendido,
ni puede ser definido
en lengua alguna mortal.

Dios es Dios: nadie le ve:
no cabe en humana idea
quién sea, ni cómo sea,
ni dónde, ni cómo esté.

Mas, ¿qué hombre puede negar
al Dios que ha puesto en su pecho
su fe y su templo, y ha hecho
de su corazón su altar?

Dios es Dios: no se le ve;
Criador, no criatura,
espíritu, esencia pura,
no hay forma que a ver le dé;

mas doquier se le concibe,
por doquiera se le siente:
late con cuanto hay latente,
vive en todo cuanto vive:

y no hay lugar, ni hay instante
en que al hombre, duerma o vele,
su existencia no revele
y en que de él no esté delante:

porque es Dios quien lo hizo todo
con el hombre de la nada;
y su huella está marcada
por doquiera de algún modo.

¿Quién es Dios? Nadie su esencia
podrá jamás penetrar:
pero, ¿quién podrá negar
su entidad y omnipotencia?

Esa luz, fluído de oro,
espléndida maravilla
que colora y con que brilla
lo lóbrego y lo incoloro:

esa luz, sin cuya acción
yaciera en un ciego abismo
todo el bello mecanismo
de la hermosa creación:

esa atmósfera que azula
eso que llamamos cielo:
ese hondo mar que en el suelo
preso entre arenas ondula:

ese orden jamás discorde,

sistema maravilloso
de artificios sin reposo
y en los que todo va acorde:
el del agua, ese elemento
que en la atmósfera circula
y, filtrándose, inocula
su jugo, a cada momento,
transformándose conforme
el globo lo necesita;
neblina ingrávida, informe,
de sutileza infinita,
nublado o lluvia en el viento;
río en la tierra o torrente,
que a tumbos se precipita
por la catarata hirviente;
gota de la estalactita
en la caverna pendiente,
brotando a intervalo lento:
manantial intermitente
so tierra, o perenne fuente
de murmullo soñoliento
y meándrica corriente:
zumo de cuanto sustento
tiene en el aire y la tierra,
del cedro al musgo, del hombre
a la larva que aun sin nombre
un germen vital encierra:
y en fin, el hombre; conjunto
de alma, espíritu divino
y cuerpo mortal, mezquino
barro al espíritu adjunto:
del cual la organización,
combinada pieza a pieza
con tanta delicadeza
como fuerza y perfección,
es un prodigio viviente,
y cuya más leve parte
obra maestra es del arte
de un Artista omnipotente,
y en la cual son tan extrañas
y asombrosas maravillas
las ajustadas costillas
que defienden sus entrañas,
como las tenues hebrillas
del toldo de sus pestañas...
¿Probando al hombre no están
que hay un *ser* que da su ser
a todo, y de su poder
patentes pruebas no dan?
Y ese *ser* de quien en pos
todo eso que nos asombra
va a su voz, ¿cómo se nombra
si no Dios? Mas, ¿quién es Dios?
Dios es esto: eje, nivel,
apoyo, equilibrio, centro,
ser de cuanto existe dentro
del universo, obra de ÉL.
De este artificio mundial
del que un átomo es la tierra,
que todo un sistema encierra
de mundo, y en cada cual,
todos por Dios de la nada
vivificados, sustenta
miles de mundos que cuenta
con una sola ojeada.
Y ÉL es quien lanzó sin cuento,
unos de otros luminares,
de estrellas y astros millares,
tesoro del firmamento,
pedrería con que prende
el cortinaje suntuoso
que Dios en su almo reposo
entre ÉL y los mundos tiende.
Mas, ¿quién es Dios? Es quien hizo
con su voluntad todo eso,
del espíritu embeleso,
de la inteligencia hechizo:
todo eso móvil, viviente,
simétrico, equilibrado,
concebido y combinado
tan maravillosamente,
con tan suma precisión,
que, con marcha peregrina,
suelto, del éter camina
por la insondable región,
sin que nada se disloque

se tuerza, se desencaje,
se gaste, ni se rebaje,
tropiece ni se equivoque:
en virtud de la equidad
de una ley de Dios, tan fija
e inalterable como hija
de su infalibilidad.
Mas, ¿quién es Dios? Es la vida,
la verdad, la luz, la esencia
de todo, la omnipotencia,
la eternidad sin medida.
Dios es el motor, la fuerza
que todo lo impulsa y mueve,
que a nadie la suya debe
y la cual nada hay que tuerza.
Dios es el único ser
que por sí mismo en sí vive,
que le da y no le recibe:
Dios es el sumo poder,
a quien ningún poder llega,
por quien todo nace, crece,
vive, muere y desparece:
Dios es el alfa y la omega,
principio de lo que fina,
meta y fin de lo que empieza:
el solo que no tropieza,
el solo que no declina,
ni duda ni se equivoca:
y ÉL creó al hombre, dotándole
de alma inmortal e inspirándole
un hálito de su boca.
¿Quién es Dios? Definición
no puede tener, teniendo
un SER infinito y siendo
la infinita perfección.
Cristo lo dijo, y después
ni antes de Cristo, jamás
supo nadie decir más
de Dios: Dios es EL QUE ES.

—

Y ese es el Dios en quien fía,
en quien espera, en quien cree
mi alma, que doquier le ve:
el Dios a quien noche y día
ensalza mi poesía
y a quien adora mi fe.

LA SIESTA

Son las tres de la tarde, julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre a la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la yerba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño a la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma a su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo al fuego se agosta del seco estío;
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno:
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

I

Como le canta y mece la madre al tierno
[niño
que duerme en su regazo, mi amor te arru-
[llará:

como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te canto mientras dormida
[estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres
[que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta
[más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosal,
y al cual todas las noches a alimentar venía
la abeja que le amaba, con miel de su pa-
[nal?
¿Prefieres una historia como la historia
[horrenda
de aquel que fué a su dama, celoso, a de-
[gollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en
[prenda
y la cabeza le iba de noche un beso a dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño
[arrullo;
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
¡Mas duerme, vida mía!, mientras te
[arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.
Mientras la aura en tus rizos juega y te
[orea,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo a millares pondré mi
[empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río:
todo invita a la siesta; duerme, bien mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y de
[admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa
[te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea
[compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú
[hacer dos.
Mas sé aunque estás dormida, que escucha
[tu alma atenta
los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor
[fermenta,
y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras
[duermes,
las pausas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes,
y tu hálito que absorbe voraz mi aspira-
[ción.
Mientras que yo te canto, tú sientes
[cómo te amo:
mi amor no se lo ha dicho jamás a tu
[pudor;
mas sé que tu alma en sueños responde a
[mi reclamo,
mientras que yo te duermo con mi cantar
[de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño
[halago
con mis palabras, *algo* de la inmortal
[pasión
de la cabeza, que iba con un murmullo
[vago
a dar a su verdugo su beso de perdón.
Yo te amo como el mundo jamás ha
[amado,
con un amor profundo de fe dechado:
aún más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.

Yo te amo y te envío de mis amores
la voz, como el rocío la alba a las flores.
Duerme: el bosque nos presta su toldo
[umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
yo velaré tu siesta; ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Nacistes en
[Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz:
tu cuerpo fué amasado con rosas de la
[orilla
de la campiña que hace Guad-al-kebir
[feraz.
Sus árboles han dado su sombra a tus
[pestañas;
tus párpados se han hecho con hojas de su
[azahar:
la esencia de sus nardos se encierra en tus
[entrañas,
porque trasciende a ellos tu aliento al
[respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perenal
[guirnalda
de plantas siempre verdes que toca su
[ciudad:
tu cuello lo gallardo de su gentil Giralda,
tu alma de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás!..., mas... ¿me oyes?
[Tu boca me sonríe:
tu lengua pugna en sueños palabras por
[formar.
Si son para mí, dilas, ¡mi bien!..., que me
[confíe
tu amor, en sueño al menos, que me pudis-
[te amar.
Pronúncialas, ¡mi vida! Su plácido mur-
[mullo
dará a mi alma un néctar de dulcedumbre
[tal,
como la miel que daba posada en un ca-
[pullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece:
¿qué idea ruin te acosa que te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas:
da a mi oído esas quejas que no formulas.
El cielo en tu risueño labio se abría:
¡vuelve a aquel dulce sueño que sonreía!
Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
en tu faz de tu alma mirando al cielo.
Duerme: el bosque nos presta su toldo
[umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
todo invita a la siesta: ¡duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños
[halagüeña
no a mí me sonriese sino a feliz rival!...
¡Si al son de mis cantares falaz con otro
[sueña
riéndose hasta en sueños de mi pasión leal!
¡Dios mío! Si en el centro del corazón me
[clava
de su desdén el frío desgarrador puñal...
mi amor la daré siempre, como su miel le
[daba
la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Rosa, podrás matarme, si es que me
[engañas:
no tu amor arrancarme de mis entrañas.
Del corazón que abrigas la dueña eres;
mas nunca me lo digas si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma
[te adora?

Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
Duerme, que mi cariño te mece y canta
como la madre al niño que aún amamanta.
Duerme: y si a la hora de ésta de tu amor
[frío
ya nada más me resta que tu desvío,
mi alma está a tus pies puesta, duerme: en
[Dios fío;
yo te amo tanto,
que tragarse a mis ojos
haré mi llanto.

Tú dormirás en calma, ¡de mi amor
[centro!
mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta su toldo
[umbrío,
susurra la floresta, murmura el río;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es
[mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

LA LEYENDA DEL CID

Tú dormirás en calma, ¡de mi amor [centro!
mis lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme; el bosque nos presta su toldo [umbrío,
manera la floresta, murmura el río;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es [mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

LA LEYENDA DEL CID [2]

A LOS EXCMOS. AYUNTAMIENTO Y DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE BURGOS.

Los poetas no tenemos más que nuestros versos para pagar nuestras deudas; y con los de este libro intento yo pagar la de gratitud que con la ciudad de Burgos tengo contraída, por los obsequios que fué la primera en prodigarme a mi vuelta de América.

Holgárame yo deseando como Cervantes que mi obra fuera la mejor y la más perfecta concebida por humano entendimiento: pero tal cual es, me contentaré con que el Excmo. Ayuntamiento y la Diputación Provincial de Burgos la acepten, y se la presenten al pueblo burgalés como ofrenda del agradecimiento y prenda del amor filial de

JOSÉ ZORRILLA.

Barcelona, 2 de agosto de 1881.

A LA MUY NOBLE Y MUY MÁS LEAL CIUDAD DE BURGOS

I

Corona condal de España
floronada de castillos,
empenachada de torres
hachas de encaje finísimo:
ciudad labrada con piedras,
cuyo alto valor artístico
en cada muro te ofrece
de diamantes un cintillo;
reina cuya cabellera
da al viento, en lugar de rizos,
dos trenzas de hebras de roca
de sutileza prodigios,
con vistosísimas plumas
trabajadas en granito,
dos cinceladas agujas
primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blasón lambrequines
y de su gloria obeliscos;
ciudad madre de los reyes
y los hidalgos invictos
que dieron en tus solares
al reino español principio:
muy noble ciudad de Burgos,
sultana de los castillos,
oye lo que con el alma
en estas hojas te digo;
y haz cuenta que respetuoso
ante tus puertas me hinco,
para ofrecerte de hinojos
un ejemplar de este libro.

Nobilísima ciudad,
aunque no nací tu hijo,
por ser madre de mi madre
te tengo filial cariño.
De los campos que a tu asiento
sirven de alfombra en un pico,
del viejo Muñó a la falda
y a la sombra de un sotillo,
hay un rincón de tu tierra
que fué de mi madre y mío,
donde ésta con su memoria
me ha dejado un paraíso.
Ya ves que son burgaleses,
aunque tu hijo no he nacido,
la sangre que en mí circula
y el aire con que suspiro.
Por eso te he amado siempre,
y mientras ciego y perdido
erré por mar y por tierra
del mundo en el laberinto,
en medio de sus escollos,
a través de sus peligros,
por encima de sus glorias
y a despecho de su olvido,
tu recuerdo siempre fresco,
como laurel inmarchito,
arraigado en mi memoria
sombreando mi alma ha ido.
Fotografiado he llevado
en mis pupilas el sitio
donde a orillas del Arlanza
elevas tus edificios;
y el susurro de tus olmos,
y el murmullo de tu río,
y el timbre de tus campanas
he llevado en mis oídos.
De ti jamás un recuerdo
me dió al corazón martirio,
de ti jamás una espina
se me enconó en el espíritu.
Tus memorias, juguetonas
cual tus corderos merinos,
sabrosas como tu leche,
doradas como tus trigos,
por doquier para mí fueron
de mis penas lenitivo,
de mis esperanzas faro,
de mis dolores alivio.
Tu Espolón entre dos puentes,
el torreado frontispicio
del arco imagineriado
que restauró Carlos quinto,
tus desmantelados cubos,
tus arabescos postigos,
tus agudos campanarios,
tus cruceros cupulinos,
tus filigranadas torres,
tus nobles templos tan ricos
en cresterías y mármoles,
en verjerías y vidrios,
en sus naves prodigados,
en sepulturas y nichos,
bóvedas y botareles,
ajimeces, balconcillos,
pórticos, escalinatas,
pasamanos, fustes, plintos,
por camarines y claustros
de detalles tan prolijos,
de labor tan minuciosa,
de tan diferente estilo
crestonado, alicatado,
losanjeado, laberíntico,
fenicio, celta, romano,
godo, árabe, bizantino...
esas mil partes, en fin,
que forman el nunca visto
conjunto del noble todo,
que hace del Burgos antiguo
por el nuevo abigarrado
un cuadro característico,
original, pintoresco,
sin par, y palpable y vivo,
se conservó en mi memoria
perennemente esculpido.
Por eso te he amado, Burgos,
y al volver de un ostracismo,

que no por ser voluntario
menos amargo me ha sido,
corrí anheloso a tu seno
como a su oasis nativo
vuelve a través del desierto
el árabe peregrino.
Tú, ciudad leal y noble,
con espontáneo cariño
reconociste al poeta
vagabundo y fugitivo;
abrazaste al hijo pródigo,
le diste en tu hogar asilo,
le diste asiento en tu mesa,
convocaste a los amigos,
y celebraste su vuelta
cual la de tu hijo legítimo,
con saraos, serenatas,
convites y regocijos.
Por eso te adoro, Burgos:
porque la primera has sido
que de mi niñez quisiste
volver a escuchar los himnos;
y aunque echaste en ellos menos,
cuando volvistes a oírlos,
los juveniles arranques
de su vigor primitivo,
no me los desestimaste;
pues sabes que si es preciso
morir o llegar a viejo,
envejecer no es delito.
Por eso he determinado,
más que audaz, agradecido,
dedicarte este volumen,
tan sin valor por ser mío.
Porque, ¡ay de mí!, noble Burgos,
no tengo para ello títulos:
pues nada soy en el mundo,
ni nada jamás he sido.
Yo, que marché por la tierra
solo, independiente, altivo,
dejando entre sus zarzales
fuí pedazos de mí mismo.
Yo no he creído jamás
en la fe de los políticos,
y nunca viento a mis versos
ha dado ningún partido.
Yo, que luz, ni poesía,
ni fe en mis tiempos he visto,
poeta ignaro y excéntrico
extraño a los tiempos míos,
evocando los recuerdos
de las centurias que han sido,
he vivido entre las ruinas
cual solitario pelícano;
razas y revoluciones
han girado en torno mío
sin poder arrebatarme
ni un solo instante en su giro.
Y a fuerza de ocupar siempre
el centro del remolino
social, que todo lo mueve
arrastrándolo consigo,
he llegado a estacionarme:
y anonadado y perdido,
a fuerza de no ser nada
no doy razón de mí mismo.
Así que no me preguntes,
Burgos, quién soy ni qué he sido,
dó voy, ni de dónde vengo,
porque no sabré decírtelo.
Soy un átomo amante,
que voy sonoro
por la atmósfera errante,
do canto y lloro:
pero mi canto
no se sabe si es nunca
cantar o llanto.

—

Yo mismo tal vez ignoro
quién soy y de dónde vengo,
dónde voy y por qué tengo
triste o gayo el corazón.
Tal vez de alegría lloro,
tal vez de tristeza canto,

mas de mi himno y de mi llanto
no sé acaso la razón.

—

Burgos, siento que es mi alma
de tinieblas un abismo,
y yo dentro de mí mismo
no osé nunca penetrar.
¿Quién soy, dó voy, de dó vengo,
por qué canto, por qué lloro?
Pregunta al viento sonoro
dónde va sobre la mar.

Pregunta a sus verdes ondas
de dónde vienen: pregunta
al agua por qué se junta
para hacer un nubarrón;
pregunta quién es al astro
que radia en el firmamento,
pregúntale al sentimiento
por qué hiere al corazón.

Mal, quién soy quien me pregunte,
su curiosidad emplea:
¿qué os importa quién yo sea,
de dó vengo y dónde voy?
Yo soy un ave de paso
a quien Dios dió una voz suave:
¿os gusta el canto del ave?
oídme, cantando estoy.

Mas ¿quién es os dice el ave
a quien tenéis enjaulada?
No; pero si preguntada
os pudiera responder,
os diría, ¿qué os importa
mi plumaje ni mi acento?
Yo soy una hija del viento,
dejadme al viento volver.

Ave de paso, quién sea
que no me pregunte nadie:
dejad al astro que radie,
dejad al viento vagar,
dejad que el mar en la playa
rompiendo sus ondas siga,
sin que sus ondas os diga
de dónde vienen el mar.

Dejad cuajarse a la niebla
que por la atmósfera sube,
sin preguntar a la nube
por qué revienta en turbión;
y dejad libres que canten
el pájaro y el poeta:
¿quién mide ni quién sujeta
su vuelo y su inspiración?
Dejadme: ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.

II

¿Quién soy? —No sé. —Voz suelta sin pecho que la exhale,
voz que ella misma ignora su germen productor,
que busca sólo acaso que el aire la propale,
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;
mas eco procedente de mal sondado abismo,
que vive por sí mismo, de sí germinador,
yo soy la voz perdida que va todos los ecos
buscando que del mundo se escondan en los huecos,
para corear con ellos un himno al Criador.
Yo soy la voz que agita, perdida en las tinieblas,
la gasa trasparente del aire sin color,
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,
que del dormido lago se mece en el vapor.
Voz de hálito amoroso que con afán aspira
los cálidos efluvios de inextinguible amor:
y cuando entre las nieblas y los vapores gira

los himnos exhalando con que de amor
[delira,
se embriagan con el ámbar de amor con
[que respira,
suspiran con el hálito de amor con que
[suspira
el pájaro, el insecto, y el árbol, y la flor.

Tal vez soy ese incógnito
vago lamento
que en los vacíos ámbitos
se oye del viento.
Su son perdido
¿quién sondará si es nunca
canto o gemido?

¿Quién soy? Lo ignoro. Tengo en mi ser
tinieblas tales, tal confusión,
que a un tiempo siente pena y placer,
ansia y hastío mi corazón.
Hoy desdichado, feliz ayer,
jamás descifro mi condición,
y mi voz nunca puedo saber
si es un lamento o una canción.
Misterios deben del alma ser:
pero yo de ellos en conclusión
sólo averiguo que por doquier
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como el arroyo;
desde que brota,
por do va en cada hoyo
deja una gota:
que es mi destino
dejar gotas del alma
por mi camino.

III

¿Quién soy? ¡Quién sabe! Mi ser ignoro:
mas de armonía guardo un tesoro:
y siendo armónica mi condición,
átomo suelto, libre, sonoro,
donde hallo un eco produzco un son.
Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya de una ermita del esquilón,
ya del aullido de un muezzín moro,
ya de las turbas en rebelión,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe...
ya del bramido del aquilón
que el roble añoso crujiendo abata,
que atorbelline la catarata,
que los peñascos de la mar bata,
o los cimientos de un torreón,
cuanto a mi paso despierta un eco
sordo, estridente, trémulo, hueco,
cóncavo, agudo, vibrante o seco,
en mí una fibra tocando armónica
encuentra unísona repetición;
y el son más débil, más fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria o una canción.

Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,
en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción;
en algo móvil que no haga ruido,
en algo oculto que dé un sonido,
en algo ha mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta o explicación.

Con una brisa que el aire plega
de una neblina que el aura azula,
hago un relato que se despliega
de todo un libro por la extensión,
como un arroyo que de una vega
por entre el césped corriendo juega,
y ya se avanza, ya se recula,
ya sobre él pasa, ya no le llega,
ya se derrama, ya se acumula,
ya se desborda y el llano anega,

ya en un remanso creciendo ondula,
ya sobre el musgo de un coto salta,
ya de menudas gotas le esmalta
y huye brincando por la pradera,
desparramando su agua parlera
por la vertiente de la ladera
hasta que, escaso de agua y de son,
de su postrera lágrima rota
la última gota se hunde y agota
de arena seca por la absorción.
Así de un fútil recuerdo vago,
de la más nimia suposición,
campo y escena de cuentos hago
do mis delirios pongo en acción.
Yo soy como la hormiga:
doquier recoge
el granillo y la espiga
para su troje:
y a su hormiguero
marcado con su huella
deja el sendero.

IV

¿Quién soy? ¿Cuál es mi sino?
¿Quién sabe? Peregrino
que gira sin camino
del mundo en derredor,
lo mismo en los sillares
do apoyan sus pilares
los domos seculares
del templo del Señor,
que al pie de los lentiscos
de los agrestes riscos,
donde hace sus apriscos
el mísero pastor,
recojo los cantares
y cuentos populares
que narra en sus hogares
el vulgo, de sus lares
ignaro historiador.
Yo hago una historia de una patraña,
que oigo a la ciega superstición
contar al fuego de una cabaña,
de un aguacero de invierno al son.
Convierto en tiernos cuentos sencillos
de los pastores la relación,
y a los palacios y a los castillos
voy a hacer luego su narración.
Mas por doquiera voy anudando
con almas tiernas honda afección;
y por doquiera que voy pasando,
pedazos dejo del corazón.
Yo soy como la abeja;
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales:
y a su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.

V

¿Quién soy? ¿Quién lo sabe? Yo mismo
[lo ignoro.
Creyente sincero del Dios en quien fío,
a Él sólo me humillo, y a Él sólo le imploro,
doquier le he hallado velando en bien mío;
doquier le bendigo, le canto y le adoro:
doquier sus creencias evoco con brío;
cantar mi fe firme no tengo a desdoro:
no tengo del pobre vergüenza o desvío,
mi pan con él parto, su mal con él lloro:
y no me da nunca recelo ni hastío
su sórdido traje, su oscura mansión.
Los más escondidos rincones exploro,
y en todos a todos mi fe les confío,
contando a los unos un cuento sombrío
y haciendo con otros ferviente oración.
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares
doquier que me lleva mi fe por el mundo,
y allí donde un día mi espíritu mora,
yo soy el consuelo del alma que llora:
yo cierro las llagas que el tiempo no cura

con bálsamo suave de amor y ternura:
yo riego la herida que encona la ausencia
de dulces recuerdos de amor con la esencia;
y a mí me confían su afán y sus cuitas
las almas que abrigan pasiones secretas
a eterno silencio y misterio sujetas,
y cuyas historias conservo yo escritas.
Yo vivo con esas: yo sé sus azares:
yo lloro con ellas su afán y pesares,
yo parto con ellas su oculta aflicción:
y cuando abandono, por fin, sus hogares,
la hiel de sus penas las vuelvo en cantares
y mi alma las mando bajo una canción.

Yo soy como las nubes,
que los vapores
derraman hechos lluvia
sobre las flores;
mi alma es un vaso
que miel vierte en las almas
que encuentra al paso.

VI

¿Quién soy? Tú no lo ignoras, ¡oh patria [a quien adoro!
tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afición y estima son mi único laurel:
tú, que eres sola el germen de mi cantar [sonoro,
que para ti acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuk del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.
Yo soy átomo frágil a quien el viento [mueve,
insecto susurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez y nueve
que cruza mar y tierras en brazos del azar,
y voy, de mi fe mártir, mas fiel a mi des- [tino,
a España por doquiera cantando sin cesar;
y por doquiera francos encuentro en mi [camino
amigos que me esperan y hospitalario [hogar.

Como un ave de paso
que nunca anida
y que vuela al acaso
sola y perdida,
yo siempre he ido
por el aire del mundo
solo y perdido.
Pero ave como el águila
de noble vuelo,
la voz para mis cánticos
busco en el cielo:
y donde alcanza
mi voz va derramando
fe y esperanza.

VII

¿Comprendes, noble Burgos, de crónicas [archivo,
de tradición venero, de inspiración tesoro,
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,
por qué como a la madre que me engendró [te adoro?
¿Comprendes por qué el estro que en mí [atesoro
no puede decir nunca si canto o lloro,
y que por eso incierto siempre mi canto
unas veces es himno y otras es llanto?
¿Comprendes que al poeta libre y amante
da Dios la voz y el alma para que cante,
y que por eso en hojas doy a los vientos
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?
Ya de la mía, Burgos, tienes las llaves:
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué [tengo,
dónde voy, ni de dónde cantando vengo.

Vengo del Occidente
do muere el día,
a volver al Oriente

mi poesía,
y en tus hogares
a volver a mis cuentos
y a mis cantares.

VIII

Y como de el primer día
en que pude oír y hablar,
mi madre me entretenía
con los cuentos que sabía
de Ruy Díaz de Vivar,
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del burgalés solar,
de Ruy Díaz la memoria
voy la primera a evocar.
Mas no esperes que con pompa
de homérica entonación
emboque la épica trompa,
y al romper mi canto, rompa
en épica invocación.
No: va a acompañar mi acento
un viejo y tosco rabel;
con él canto: y me contento
con que oiga mi pueblo atento
lo que le cante al son de él.
A que mi patria me entienda,
no aspira a más mi ambición:
otro prez y honras pretenda:
mi atmósfera es la leyenda,
mi campo la tradición.
Si en tal aire cojo viento
y en tal campo hacino mies...
Burgos, no llevo otro intento
sino que en tu hogar asiento
entre tus hijos me des.

LA LEYENDA DEL CID

Despuntaba una mañana
de abril, el mes de las flores;
de sus vírgenes olores
impregnada el aura sana,
esparcía sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.
No suele en comarcas tales
el mes de abril tan temprano
dar con tan pródiga mano
capullos primaverales:
mas el año en que esto pasa,
temprano en flores y mieses,
a los pueblos burgaleses
cosechas rindió sin tasa;
y vieron los africanos
de la Castilla fronteros,
apuntalar sus graneros
a los pueblos castellanos.
Era que ya comenzaban
sus pueblos a rehacerse,
y por tierras a extenderse
que a los árabes ganaban.
Era que ya amanecía
el albor de aquella aurora
que de la fortuna mora
la estrella apagar debía.
Era, en fin, que ya la mano
del Dios que humilla y levanta,
comenzaba la fe santa
a levantar del cristiano.

En la edad, pues, en que empieza
mi cuento, con el risueño
albor de un día abrileño
(según la historia lo reza),
asumía en su persona
la autoridad real suprema
don Fernando, en real diadema
vuelta la condal corona.
Sancho el Mayor, rey navarro
su padre, le dió esta herencia
porque gozara existencia
par con su aliento bizarro.
El hijo, con la osadía
y el valor de él heredados,
fué ensanchando sus Estados
palmo a palmo cada día;
y al burgo ruin dando creces,
en donde los fundadores
fueron los legisladores
de Castilla a un tiempo y jueces,
fué extendiendo los cimientos
de una capital cristiana,
que a amparo de su ley gana
cada año acrecentamientos.
Y es que ya está ardiendo el rayo
con que ha de apagar Castilla
la luna mora, que aún brilla
desde Calpe hasta el Moncayo;
y que se traba y prolonga
ya aquella lucha bizarra,
que concluyó en la Alpujarra
comenzando en Covadonga.

Era, en fin, que ya los soles
de siete siglos corrían,
que hacer señores debían
del mundo a los españoles;
y aquella fe castellana
audaz, ignara y grosera,
tal vez salvó a Europa entera
de ser hoy mahometana.
Por aquel valor salvaje
y aquella fe intransigente,
que a la ilustración de Oriente
jamás rindió vasallaje,
volvió a pasar el Estrecho
la raza de Agar vencida,
y hoy de la Europa es la vida
y la ilustración un hecho.
Bendita, pues, la ignorancia
de aquel nuestro fanatismo,
que dió a nuestro patriotismo
tanta fe, tanta constancia:
y bendito nuestro atraso,
que hizo culta y floreciente
a Europa, a la árabe gente
cerrando de Europa el paso.
Siete siglos nos batimos:
siete centurias de glorias,
que han llenado las historias
con las hazañas que hicimos.
Y de una de estas centurias,
gloria de España, a hablar voy,
mientras a la España de hoy
desgarran sueltas las furias.
Del poeta es la misión:
su voz al pueblo dirige
cuando al pueblo más aflige
alguna desolación.
Hoy, en vez de ser profetas
del porvenir desastrado,
consuelan con lo pasado
a sus pueblos los poetas.
Cual las golondrinas son,
que no echan nunca en olvido
el muro en que hicieron nido
en la pasada estación:
porque siendo hija del cielo
la poesía divina,
cuando el presente declina
tiende ella al pasado el vuelo;
y mirando éste a través
del tiempo y de la distancia,
cobra vida e importancia
y más poético es.
Depurado y desprendido
de las mortales miserias,
por las sociales lacerias
no le vemos ya roído.
Sólo los recuerdos son
veneros de poesía:
siempre cree de más valía
lo perdido el corazón.
Aún imberbe, a mi nación
se lo dije, y hoy en día
que es cana la barba mía,
no he cambiado de opinión.
Política..., ni la tengo
ni me podrán convencer
de que una es fuerza tener,
ni con ninguna me avengo.
Tal vez lo entiendo yo mal:
pero mi opinión sería
que hiciera la patria mía
política nacional.
Mas política de bando
ni me place ni la entiendo,
y sólo un poeta siendo
no tengo ambición de mando.
Basta, pues, de digresiones;
yo no sé si es la política
quien tiene España raquítica
y a cola de las naciones:
mas yo que, sin ambición,
versos tan sólo sé hacer,
útil tan sólo he de ser
con versos a mi nación.
Hice versos a destajo;

y fundo mi patriotismo
en hacer siempre lo mismo
y en vivir de mi trabajo.
Yo sé que los versos son
ocupación harto fútil
y trabajo casi inútil
para el bien de la nación:
mas no supe otro jamás:
y a creer no me acomodo
que soy apto para todo
como piensan hoy los más.
Versos hice y los haré
mientras dure mi existencia;
me dan pan e independencia,
y no sé quién más me dé.
Que solo quien no progresa
soy, dirán, y quien no avanza;
mas voy con fe y esperanza
caminando así a mi huesa;
y al cabo de la jornada,
para morir me es igual
cama de encajes colgada
que paja en el hospital.
Mi patria, cuando en la lid
de existencia tal sucumba,
me hará justicia en la tumba...
Vuelvo a los tiempos del Cid.

II

Volvamos a la mañana
de abril, el mes de la flores,
en la cual de sus olores
impregnada el aura sana,
esparcía sus aromas
de Arlanza por las riberas,
perfumando sus praderas,
valles, oteros y lomas.
Burgos, corte de Castilla,
pobre aún de caserío,
se contemplaba en el río
del cual se tiende a la orilla,
como moza labradora
que de despertarse acaba,
y en el arroyo se lava
ante la casa en que mora.
Burgos, aunque reina no era
de toda España Castilla,
de un rey en ella la silla
veía por vez primera;
porque bajando de Asturias
van ya los reyes cristianos
cuenta a pedir en los llanos
al moro de sus injurias;
y aunque por las viejas leyes
de sus jueces aún se rige,
Burgos ya jueces no elige,
ni condes: corona reyes.
Ciudad guardada por muros
y con puentes defendida,
Burgos, al crecer, olvida
sus orígenes oscuros:
y aquella humilde aldeana
que se cunó en una choza,
aunque aún no rica y aún moza,
ya aspira a ser soberana.
Torres son ya sus zarcillos,
y fosos sus ceñidores;
ya no se toca con flores
sino con recios castillos.
En torno suyo, en lugar
de campesinos hogares,
se levantan ya solares
de porvenir secular.
Y entre los cien lugarejos
que salpican sus campiñas,
como sus jóvenes viñas
agazapados conejos,
Arlanza por ambos lados
de su cultivada vega,
lame, espeja, arrulla y riega
cien castillos blasonados.
Y en aquellos torreones
y solares de Castilla,
germinaba la semilla
de los bravos infanzones

que debían engendrar
la nobleza castellana,
que llevó la cruz cristiana
triunfante de mar a mar.

Nobles de Asturias, Galicia,
de Navarra y de León,
alzan ya en ellos pendón
y sustentan ya milicia.

Y Burgos, la albergadora
de labradores sencillos,
del reino de los castillos
comienza a ser la señora.

En uno de ellos, sentado
en la cúspide de un cerro,
de puntas de piedra y hierro
como un jabalí erizado,

vive un asturiano conde
que con el rey mucho priva:
con cuya prez positiva
su orgullo audaz corresponde.

Rico en valor, pobre en vicios
y sobrado de riquezas,
al rey con grandes proezas
tiene hechos grandes servicios.

Robusto y sano, aunque viejo,
al rey Fernando acompaña,
tan bizarro en la campaña
cuan útil en el consejo.

Mucho el rey en él se fía
y él mucho en verdad merece:
mas toda su prez empece
su insufrible altanería.

Ni cree que puede a él igual
estar hombre a su nivel,
ni que haya quien, par con él,
sea en nada su rival.

Sirve al rey como a señor;
mas no piensa que del rey
le puede alcanzar la ley,
no siendo el rey que él mejor.

Tiene al rey por el primero;
mas del rey como segundo
no cree que va por el mundo,
sino como compañero;

y aunque fiel a su señor
le asiste y le satisface,
cree que es él quien al rey hace
con sus servicios favor.

Tal es el conde asturiano
que en aquel castillo habita,
y a quien la crónica escrita
titula el conde Lozano.

Si Gómez, Gormaz u Orgaz
antes de éste usó o se puso,
no sé; por Lozano es uso
tomarle: séalo en paz.

De averiguaciones largas
sobre nombres no me ocupo;
bien éste nunca se supo;
conque averígüelo Vargas.

Lozano o no, el en cuestión,
conde o no conde, en mi escrito
lo es, y ni pongo ni quito:
me atengo a la tradición.

Del cerro, en que su castillo
está sentado, la falda
cubre un tapiz de esmeralda
hecho de trébol, tomillo,

césped y musgo muy grueso,
que se pierde en la llanura
bajo la ondosa espesura
de un robledal muy espeso.

Desde la verde colina
que aquel castillo corona,
de tierra una extensa zona
defiende en torno y domina;

siendo aquella posesión
un productivo solar,
y un buen puesto militar
de muy fuerte posición.

Del castillo dependiente
y por él bien protegido,
de palomas como nido,
de abundancia como fuente,

comenzábase a formar

un caserío de exótico
aspecto, entre árabe y gótico,
que empieza a pueblo a aspirar.
Hoy no es más que una alquería;
y entre el bosque que la esconde,
rompe extensa y labra el conde
tierra no ha mucho baldía.
Cuida esta granja un colono,
y labriegos y soldados
la dan con lanza y arados
labor, y tal vez abono
también con su sangre misma;
pues no ha mucho que hizo osada
por su coto una algarada
la ribereña morisma.
Mas desde entonces acá
tanto Castilla creció,
que a lo que entonces osó
jamás a osar volverá.
El moro está tan lejano,
que puede ya sin recelo
dejar sin guarda en el suelo
su mies el conde Lozano.
Tiene una hija el conde aquél
que entra en su quinceno abril,
como una garza gentil,
lozana como un clavel;
blanca como una azucena,
casera como una hormiga
y rubia como una espiga,
la cual se llama Jimena.
Nunca en el suelo español
desde el tiempo de Tubal
belleza a la suya igual
alumbró la luz del sol.
Sus cabellos son un rayo
de luz en hebras partido:
de su piel está el tejido
hecho con nardos de mayo:
su sonrisa es una aurora
que a su faz da un albor suave;
su voz es cántico de ave
que a quien le escucha enamora.
Su boca es una granada;
sus ojos un cielo doble
son: y la da su aire noble
el de una reina o una hada.
Del viejo conde hija sola,
único y postrer capullo
de su raza, a quien su orgullo
pospone todo y lo inmola,
tiene en su casa sin tasa
la libertad y el poder,
y es en forma de mujer
el buen ángel de su casa.
De gracia y virtud tesoro,
del débil amparadora,
de casa gobernadora
y sostén de su decoro,
cuantos en su casa moran
o de su casa dependen,
como a su honor la defienden,
y como a su ángel la adoran.
Su nodriza, montañesa
que desde que la dió el pecho,
la ha aderezado su lecho
y la ha servido a la mesa,
logró para su marido
la guarda de la alquería,
por vivir en compañía
de la de quien madre ha sido:
pues muriendo la condesa
al dar a Jimena aliento,
vió desde su nacimiento
su madre en la montañesa.
Así que una y otra ya
como hija y madre se ven;
y a que se avengan tan bien
avenido el conde está.
La alquería y el castillo
son, pues, morada igualmente
de ambas, a estilo corriente
en aquel tiempo sencillo,
en que el siervo y el señor
solían a un tiempo dar,

al calor de un mismo hogar,
a su intimidad calor:
y ante el siervo y el colono
en su castillo o su aldea,
servía la chimenea
al castellano de trono.

El viejo conde Lozano,
cuyo genio altivo y fosco
le hacía con todos hosco
y a quien nadie iba a la mano,
mas que a Jimena quería
como a la luz de sus ojos,
y de la cual los antojos
más mínimos prevenía,
con su nodriza no más
era manso y halagüeño;
y nunca la puso ceño,
ni la contrarió jamás.

Y como creía que era
el solo amor de la niña,
que con ella se encariña
como una hija verdadera;
y comprendiendo que al par
ella a Jimena adoraba,
a su capricho y sin traba
dejólas a ambas obrar.

Y hacía bien: la asturiana
era de lealtad modelo
o no la había en el suelo
de la tierra castellana.

Bibiana (que este era el nombre
de la asturiana nodriza)
no descuidó olvidadiza
nunca el honor del rico-hombre;
y cual madre verdadera
de la hija de su señor,
guardó en sus manos la flor
de la honra de ambos entera.

Franca, empero, y complaciente
la asturiana con Jimena,
de tacto mujeril llena,
de su genio la corriente
sabe llevar con tal tino
que la muchacha no avanza,
si en ella no se afianza,
un paso de su camino.

Jamás Bibiana atajó
su voluntad frente a frente,
ni sola por la pendiente
nunca expuesta la dejó.

Tenía, pues, en Bibiana
la venturosa Jimena
esclava de adhesión llena
amiga, madre y hermana:
y el viejo conde Lozano
fiado en tan buen guardián,
no tuvo el menor afán
de irlas jamás a la mano.

Él, tranquilo, a sus negocios
del castillo se ausentaba,
y ausente o no, no turbaba
sus quehaceres ni sus ocios.

Iban y venían juntas
de la alquería al castillo,
y sentábanse en un trillo,
y aguijonaban las yuntas,
y trepábanse en los carros,
y trampas en las montañas
iban a las alimañas
a poner tras los chaparros:
y de nardos y amapolas
coronadas, se las vía
con infantil alegría
correr tranquilas y solas
del castillo a la alquería,
de la alquería al castillo;
que en aquel tiempo sencillo
tales costumbres había.

Así hoy y de esta mañana
con la luz tibia y serena,
entraba tras de Jimena
en la alquería, Bibiana;
y mientras que su marido
iba al campo con sus yuntas,
en su hogar soplaban juntas
el fuego mal encendido:

y cuando a solas quedaron,
ido el marido, en su hogar,
de este modo a platicar
ambas a dos comenzaron.
Y aquí, para que marchemos
bien de su diálogo en pos,
a lo dicho por las dos
su nombre al margen pondremos.
Dirá algún crítico acaso
que esto es de comedia a modo,
y que es barajarlo todo
por salir mejor del paso:
pero esta es la gran ventaja
que tienen nuestras leyendas;
de modas son como tiendas,
que todo en ellasse encaja.

III

JIMENA. ¿Estamos solas, Bibiana?
BIBIANA. No hay hombre en casa, Jimena.
JIM. Hablemos.
BIB. Enhorabuena:
ya de hablar tenía gana.
Poco hace que silenciosa
andabas y distraída.
JIM. Claro-oscuro de la vida:
ahora estoy de hablar ganosa.
BIB. De enamorados costumbre
dicen que es.
JIM. Eso es: entabla
tú ahora un sermón.
BIB. Vaya, habla
mientras yo avivo la lumbre.
JIM. Digo, pues, que me escribió.
BIB. ¿Quién?
JIM. Rodrigo.
BIB. ¿Cuándo?
JIM Ayer.
BIB. ¿Y has contestado?
JIM. ¡Mujer!,
¿estás loca?
BIB. Creí.
JIM. No.
Vendrá él mismo esta mañana
a recibir de mi boca
la respuesta.
BIB. ¡Tú estás loca,
Jimena!
JIM. ¿Por qué, Bibiana?
BIB. ¡Dar cita a un mozo!
JIM. ¿No es noble?,
¿no estarás tú aquí conmigo?,
¿no oirás lo que le digo?
BIB. Y será la falta doble,
pues yo contribuiré
a hacer tu culpa más grave:
y si tu padre lo sabe...
JIM. ¡Pues si yo se lo diré!
BIB. ¿Tú se lo dirás?
JIM. Hoy mismo.
BIB. Y a las dos por la ventana
nos echa el conde.
JIM. ¡Bibiana!
BIB. Si no le da un paroxismo
de cólera y se desmaya.
JIM. ¿Pues no he de acudir a él
si me propone el doncel
pedirle hoy mi mano?
BIB. ¡Vaya!
¡No pica poco alto el mozo!
JIM. Nieto es de Diego Porcelos.
BIB. Harto hará con sus abuelos
sin dineros y sin bozo.
JIM. Tal como es, es tan valiente,
que por su gran corazón
ya en Castilla y en León
anda en bocas de la gente.
BIB. Sé que en una montería
de un jabalí al rey libró.
JIM. Muerto a sus pies le dejó
cuando al rey acometía.
BIB. Nadie lo vió.
JIM. Estaba solo
y extraviado el rey.

BIB. Se inventa
mucho de lo que se cuenta
en la corte.
JIM. El rey contólo.
BIB. Y el rey lo inventa tal vez
al padre para premiar
en él: son los de Vivar
gente en verdad de honra y prez.
Mas diz que ha venido a menos.
JIM. Podrá haber sido en hacienda,
mas no hay nadie que pretenda
rebajarles en lo buenos.
BIB. De ajar al mozo no trato;
mas diz que al rey sin respeto
dejó tirado en un seto
a la par con el jabato;
y, pues, ni cortés le alzó,
ni sacó de su acción fruto,
paréceme que es tan bruto
como el bruto que mató.
Sintió Jimena la injuria
de tal frase, y sintió el fuego
pronto a estallar de una furia
justa, con ímpetu ciego.
El genio feroz del conde
se reveló un punto en ella:
mas su ímpetu corresponde
resistir a una doncella.
Bajó los ojos, calló,
y dejó la ira pasar.
Pasó, sonrió y tornó
conversación a trabar.
Y una mirada tan pura
como el sol de la mañana
posando sobre Bibiana,
la preguntó con dulzura:
JIM. ¿Por qué le quieres tan mal?
BIB. No le tengo antipatía,
pero tengo la manía
de que ha de sernos fatal.
JIM. ¿Por qué?
BIB. Con él he soñado
dos veces ya, y en las dos
corría de ambas en pos
furioso y ensangrentado.
JIM. Dos veces también con él
soñé y sangre le teñía,
pues de la guerra volvía
con el sangriento laurel:
con que el doble sueño augura
que va a ser un gran guerrero.
BIB. Es que aún no te he dicho entero
mi sueño: en él su figura
era la de un asesino:
la sangre que le manchaba
era tuya: te acababa
de matar.
JIM. ¡Qué desatino!
BIB. Yo soy muy supersticiosa:
soñarlo ambas, es preciso
que sea del cielo aviso.
JIM. ¡Delirio!
BIB. Siempre me acosa
desde que tal he soñado:
y el mozo, por quien sentía
al principio simpatía,
por darme miedo ha acabado.
Rompe con él.
Tornó el fuego
de la ira a arder en Jimena;
pero, más que altiva, buena,
dijo, templándose luego:
JIM. Bien: si debo... romperé,
y si después que le veas
y le hables hoy, tal deseas
que haga...
BIB. ¿Le amas?
JIM. Sí a fe.
Siento que en mi corazón
se acrecienta cada día
su cariño.
BIB. Niñería
sin consecuencia.
JIM. Pasión
profunda, según la siento
mi corazón asaltar,

y ocuparme sin cesar
voluntad y pensamiento.
Interrumpió su quehacer
Bibiana, y muy tristemente
dándola un beso en la frente
dijo a la doncella...

BIB. A ser
lo que me dices verdad,
y tal a ser tu pasión,
va a ser..., ¡es mi convicción!,
una gran fatalidad.

JIM. ¿Por qué lo ha de ser?

BIB. Escucha;
tú eres niña y aún no ves
la sociedad tal cual es;
yo, sin perspicacia mucha,
tengo tacto y reflexión;
y en mí la falta de ciencia
suplen la grande experiencia
del tiempo y la observación.
Tu padre con el rey priva
años hace, y se me alcanza
que nunca la real privanza
partirá con alma viva.
Don Diego Laínez, padre
del doncel que te enamora,
sea porque al rey ahora
mostrar gratitud le cuadre
a la estirpe del mancebo
que la vida le salvó,
o por razones que yo
ni alcanzo ni alcanzar debo,
del rey a obtener empieza,
según se dice, un favor,
que tiene ya ojo avizor
a toda nuestra nobleza.
La ambición es mala amiga
y con la envidia se aloja,
y al conde, tu padre, enoja
que se piense y que se diga
que puede hombre alguno haber
que le pueda hacer mal tercio:
en política y comercio
todo el mundo es mercader;
y el favor es mercancía
que todos quieren pujar,
aunque tengan que empeñar
toda su hacienda en un día.
Si en otra ocasión pudiera
dar tu mano a don Rodrigo,
lo que es hoy, ya te lo digo,
es imposible que quiera.
El conde, si otro en Castilla
favor gana y es don Diego,
ha de odiarle desde luego,
y ha de ser su pesadilla.
La demanda de tu mano
por su hijo tomará a injuria:
que la ambición y la furia
turban el juicio más sano.
Nunca el amor querrá ver
en demanda semejante,
sino afán de irle delante
en la privanza y poder.

—

Calló Bibiana: Jimena
quedó muda y pensativa,
de nueva tan aflictiva
devorando mal la pena;
y la nodriza, creyendo
corroborar motivándola
su razón, acariciándola,
siguió a Jimena diciendo:

BIB. Jimena del alma mía;
si fuera sólo un capricho
todo esto que aquí te he dicho,
jamás dicho te lo habría.
Tengo a tu padre respeto,
gratitud, veneración;
pero de tal posición
te he revelado el secreto
a riesgo de entristecerte,
porque como a hija te quiero,
y a tu desdicha prefiero
mi desventura y mi muerte.

Muchos nobles le han pedido
para sus hijos tu mano,
y por el conde Lozano
desairados han salido.
El conde a tu inclinación
atenderá, no lo niego;
pero el hijo de don Diego
viene en muy mala ocasión.
Convencida imaginaba
ya a la muchacha tener
y peroraba a placer;
mas con su amor no contaba.
No sé qué vago rumor
de Jimena hirió el oído,
por Bibiana no sentido
de su charla en el calor,
que atajándola, sin tiento
se lanzó a la celosía
de un ajimez que se abría
en el contiguo aposento.
Siguióla inquieta Bibiana:
y empinada en la tarima
del alféizar, por encima
de su hombro, por la ventana
miró, pero ambas en vano
gastaron vista y oído:
ni nada vieron, ni el ruido
se percibió más lejano.
—¿Qué fué?—preguntó Bibiana.
—No sé—respondió Jimena:
creí oír..., mas nada suena.

BIB. No vendrá tan de mañana.

JIM. Pero al fin ha de venir
hoy o mañana: ¿qué hacer?
¿Con él sin razón romper?
¡No! Ni yo le he decir
lo que él acaso no sabe
y en lo que parte no tiene,
ni a mí este amor me conviene
que sin razón por mí acabe.

BIB. Déjamelo a mí pulsar.
Veremos después de oír
lo que te viene a decir,
cómo lo hemos de arreglar.
¿No sabe él ya que yo sé
que te ha visto y que te ha hablado?

JIM. Sabe que hay siempre a mi lado
quien nos oye y quien nos ve:
y que de no ser así
ni me viera ni me hablara;
que más que mi amor me es cara
la honra limpia en que nací.

BIB. Bien, Jimena; y pues que todo
como ha debido ha pasado,
después que él se haya explicado,
yo me explicaré a mi modo.
Y con lo mal que el tiempo anda
y con vuestra poca edad,
yo haré sin dificultad
que él suspenda su demanda.
Y si os queréis bien los dos
y Dios el tiempo mejora,
lo que no atemos ahora
más tarde lo atará Dios.

—

Y así diciendo Bibiana
y dando un beso a Jimena,
tornó aquélla a su faena
y ésta tornó a la ventana.

IV

Levantóse el caserío
de aquella granja del conde
de un castillo de los moros
con los viejos paredones.
Sobre unas ruinas romanas
por los moros fabricóse;
quemáronle los cristianos:
y, abandonado en el bosque,
creció sobre la maleza,
sus ruinas guardando el monte
ocultas desde su pérdida
por los moros hasta entonces;

y cuando el conde Lozano
con el rey vino a la corte
de Castilla y fincó en ella,
las descubrió en el desmonte.

Era el castillo condal
de piedra una inmensa mole,
que campeaba sobre un cerro
sin que las vistas le estorbe
nada en torno: dominando
sus macizos torreones
llano y valle, cual vigía
de aquellos alrededores.

En tiempo de Carlo-Magno
unos ricos borgoñones
con el rey mal avenidos,
fueron de él los fundadores.

Rico en agua, esbelto y sólido,
sobrado de habitaciones,
abundante en caza y aguas
su comarca, superiores
sus terrenos, su aire sano,
buenos y bravos sus hombres,
de palacio y fortaleza
tiene a un tiempo planta y dotes.

Así que al hallar en ruinas
el moruno, despreció́le
el conde, y a sus colonos
pudiendo útil ser, cedióséle
al marido de Bibiana,
de cachicanes, pastores
y motriles para albergue.

El colono, más que pobre
ruin, aprovechó los muros
y los bajos de las torres:
y escombros vendiendo y piedras
a ricachos hidalgotes
del lugar, para él se hizo
en ellas habitaciones:
y en torno de ellas y a vista
de sus mismos miradores,
dejó el recinto en que tiene
cuadras, rediles y trojes,
y las demás dependencias
de su tráfico y labores.
Pero por fuera y por dentro,
todo ello fué hecho conforme
del viejo castillo moro
permitieron trecho y corte;
de modo que la alquería
era un conjunto deforme
de partes heterogéneas,
en el más gayo desorden.
Aquí de un arco cargado
de cúficas inscripciones
cerraba el hueco un tabique
hecho de toscos adobes.
Más allá, y entre dos tapias
de escombros y de cascote,
se abre un pórtico arabesco
festonado de agallones,
frisado de alicatados
y cargado de labores
laberínticas, miniadas
con minuciosos primores.
Allá, en la esquina en que corta
el viento de Oriente al Norte,
junto a un ajimez esbelto
gira un balconaje enorme,
del cual formó el buen labriego
un corredor sobre postes,
y sobre el cual dan las luces
del aposento en que come.
Este ajimez pintoresco
y este corredor que corre
a Oriente con escalera
a un jardinillo sin flores,
están sombreados y orlados
por los verdes pabellones
de las hojas de una parra
que bajo de ellas les coge:
y tras de la celosía
de aquel ajimez, fué donde
se apostó muda Jimena,
y allí permanece inmóvil.
Por cuanto alcanza la vista

su vista el campo recorre
y escucha atenta, mas nada
alcanza a ver, nada oye.
Jimena a quien ama espera,
y en su tardanza supone
falta de amor o palabra,
o empeños que desconoce.
El corazón amoroso
vagas sospechas la roen,
y hacen tal vez que las lágrimas
a sus pupilas se agolpen.
¡Ella espera... y él no viene!
y el sol en el horizonte
corrió ya un cuarto del cielo:
ya envió a los trabajadores
de su primera comida
Bibiana las provisiones:
y su marido muy pronto
es fuerza que a casa torne.
Las dos veces que ha venido
el enamorado joven,
para acercarse ha tomado
minuciosas precauciones.
Una, apenas era día;
otra, empezaba a ser noche:
y ambas, para no ser visto,
amparábase del bosque;
y obró en ambas el mancebo
como caballero noble,
que evita, cauto, apariencias
que la calumnia provoquen:
que el español que es hidalgo,
jamás a su dama expone
en lenguas y ojos del vulgo
por cartas, ni por balcones.
Hoy, si viene, no ser visto
es imposible que logre:
todo el campo está ya lleno
de sol y trabajadores.
Ya no vendrá: tal vez tenga
para ausencia tal razones,
para falta tal excusas
que en tal conducta le abonen;
mas como no las alcanza
Jimena, que en vano absorbe
todos los ruidos del aire,
que, apoyos engañadores
de sus esperazas frágiles,
al alzarse en él se rompen,
desesperanzada al cabo
del ajimez retiróse.

V

Pero no bien apartó
la faz de la celosía,
pasos de alguno sintió
que al huerto saltado había;
y al ajimez se volvió.
Jimena, con alborozo
y sobresalto a la par,
vió al enamorado mozo
que procuraba el embozo
sobre la faz conservar:
y en la amante imprevisión
de tal gozo y sobresalto,
corrió a la otra habitación
y echóse, abriendo el balcón,
en el corredor de un salto.
Bibiana al par, que tal ve,
corrió al ajimez de junto
al balcón: y a punto fué,
porque ya el mozo en tal punto,
del balcón llegaba al pie.
Jimena intentó ordenar
del huerto al mozo salir:
pero no pudo llegar
tal orden a pronunciar
porque él la empezó a decir:
«Jimena del alma mía,
si cual yo os amo me amáis,
hoy ha amanecido el día
en que el alma a la alegría
y a mi corazón me abráis.
»Yo en decir como en obrar
soy breve, recto y sencillo:

mi padre acaba de entrar
vuestra mano a demandar
al conde, en vuestro castillo.
»Mi padre lo ha consultado
con don Fernando primero,
y el Rey su venia ha otorgado;
que salga el Rey desairado
por vuestro padre no infiero.
»Yo al mío hoy acompañé
hasta el castillo, y corrí
a deciros el por qué
tanto a la cita tardé;
mirad si el tiempo perdí.
»Debo a mi padre aguardar
del robledal a la vera;
no me quisiera arriesgar
a que un instante tuviera
por su hijo allí que esperar.
»Conque, pues, sabéis desde hoy
el favor que con el Rey
tiene mi padre, y yo estoy
en que a su demanda es ley
que acceda el conde... me voy.
»Jimena del alma mía,
si vuestra mano me dan,
dijo el Rey que al otro día
del casamiento, me haría
de una hueste capitán.
»Si tal mano y tal bandera
llego en un día a lograr,
Jimena, en España entera
no ha de haber rey ni bandera
que abata la de Vivar.»
Y así el mancebo diciendo,
y el balcón tan bajo viendo,
de la retorcida parra
el pie en un nudo poniendo,
trepa y del balcón se agarra:
y con esfuerzo pujante
que la baranda estremece,
ízase de ella delante;
la da un beso... y de un gigante
salto... cae... y desaparece.

Por rápida que acudió
Bibiana al balcón y a ella,
ni el beso de él atajó,
ni vió si se le volvió
aturdida la doncella.
Jimena en su confusión
y en su duda la asturiana,
quedaron en conclusión
como quien ve una visión
al abrir una ventana.
Ninguna osando abordar
la delicada cuestión
de lo que se pudo dar
ni tomar en el balcón,
mirábanse sin chistar.
Colocándose, por fin,
Bibiana en la situación,
dijo: «Quien pudo al balcón
saltar, bien pudo al jardín:
mas no es ésta la cuestión.
»Ya no hay remedio: tu mano
dió ya o le negó a don Diego
tu padre el conde Lozano.»

JIM. Y a la boda el soberano
ha accedido, desde luego.

BIB. Que eso no te dé esperanza.

JIM. ¿Por qué?

BIB. Porque ni con Dios
parte el conde la privanza;
y aquí está la malandanza
del negocio entre los dos.

JIM. ¿Creéis que mi padre quizás
resistir osará al Rey?

BIB. Tu padre es hombre que atrás
nunca se hará, ni jamás
sufrirá de nadie ley.

JIM. ¡Dios sea entonces mi escudo!
Ya he dado a Ruy el corazón
para siempre.

BIB. No lo dudo:
sólo teniéndole pudo
llegar hasta tu... balcón.

Dios quiera que ese mancebo
fatal a ambas no nos sea.

JIM. ¿Ya vuelves a eso de nuevo?

BIB. Creer en sueños no debo,
lo sé: ¡mas tengo esa idea!
De silencio tras buen trecho,
Bibiana, oyendo arrancar
a Jimena un ¡ay! del pecho,
dijo: «Ya el mal está hecho:
a lo hecho pecho... y andar.»

VI

Cuando al fin de su carrera
Rodrigo Díaz llegó
del robledal a la vera,
a un paje no más halló
que le habló de esta manera:
«Tu padre, a escape al tornar
a Burgos torvo y mohíno,
te envía por mí a ordenar
que deshagas el camino
y le esperes en Vivar.»
El mancebo, aunque azorado
por lo que el paje le dijo,
obedeció a lo mandado,
en la sumisión criado
y el respeto de un buen hijo;
y vueltas dándose a dar
a lo que a entender no acierta,
no dejó de caminar
cavilando hasta la puerta
de su casa de Vivar.

—

Cuando a más del mediodía
repecharon del castillo
Jimena y su ama la vía,
dijo a aquélla en el rastrillo
el paje que se la abría:
«El conde a Burgos no ha un hora
al partir a rienda suelta,
dejó ordenado, señora,
que no volváis desde ahora
a salir hasta su vuelta.»
Jimena, aunque no avezada
a que nadie la dirija
orden así formulada,
la así por su padre dada
acató cual buena hija.
Y, aunque azorada, a no dar
su brazo a torcer resuelta,
se fué en silencio a encerrar
en su aposento, la vuelta
del conde en él a esperar.

II

I

Hombre don Diego Laínez
de edad no poco avanzada,
cuando empieza la leyenda
mal zurcida en estas páginas,
era muy bien quisto en Burgos,
y cabeza de una casa
hidalga, rica y antigua
antes ya de Íñigo Abarca.
Habíase envejecido
peleando en cien batallas
en pro del Rey don Fernando
con numerosa mesnada:
y asistido había a aquella
lid fratricida e infausta
en que fué muerto su hermano
don García de Navarra.
Conquistó a Ubierna y a Orbel;
y supo tan bien guardarlas
contra navarros y moros,
que el Rey le ofreció donárselas.
Don Diego, cuya progenie
cual la del Rey es preclara,
juzgó que aceptarlas era
servir al Rey por la paga;
mas viendo que al mismo tiempo
con el tiempo se mellaban

en el servicio del Rey
su salud, hacienda y armas,
fué poco a poco esquivándose
de la corte, siempre ingrata
con el que no adula al príncipe
y ante el poder no se arrastra.
Lejos, pues, de las intrigas
palaciegas, se ocupaba
de sus negocios domésticos
y de su hijo en la crianza.

Don Rodrigo era el postrero
de tres; pero dos, por causa
de una de esas mil dolencias
que se dicen profilácticas,
eran mozos de altos cuerpos,
pero de fuerzas escasas,
por traer en los pulmones
grande flaqueza heredada.

Por uno de esos misterios
que tan solamente alcanza
Dios, que hizo del cuerpo humano
la maravillosa máquina,
al tercer parto su madre,
del mal desembarazada
que por tisis de la suya
a su estirpe inoculaba,
dió a luz en su tercer hijo
una muestra inesperada
de robustez y de fuerza,
y en proporciones sin tacha.

Don Diego, que en aquel hijo
funda toda su esperanza
de perpetuar su familia
de extinción amenazada,
dió desde niño a Rodrigo
una educación gimnástica,
que al completo desarrollo
de su vigor ayudara.
Crecer le hizo en ejercicio
continuo; y dado a la caza,
a la lucha y al manejo
del caballo y de la lanza,
logró a los diez y nueve años
ser una muestra acabada
de un noble de la Edad Media,
tiempo de fe y de batallas.

Rodrigo, hidalgo de entonces,
tenía sólo en el alma
la fe de Cristo y la idea
de echar al moro de España:
y en estas dos cualidades,
fuerza hercúlea y fe cristiana,
del noble de aquellos tiempos
el porvenir estribaba.

Tal es Rodrigo, que hoy tiene
amistad y favor gana
con el infante don Sancho,
a quien en edad iguala;
porque desde que la vida
salvó al Rey de una alimaña,
don Sancho con fe de mozo
mucho del mozo se paga;
y si a reinar llega un día,
claro es que con él se labra
un gran porvenir por poco
que por sí el mancebo haga;
y por eso es ya Rodrigo
en la edad corta que alcanza,
el orgullo de sus padres
y el adalid de su raza.
Con ésta puede una hueste
sacar si quiere a campaña,
porque tal es en Castilla
su parentela de larga.

Por su virtud a don Diego
todos sus deudos acatan:
cuantos tienen sangre suya
todos su padre le llaman;
y no hay en sus tierras hombre
a quien apunte la barba,
que no dé su sangre toda
por él, si se la demanda:
ni hay uno de los que forman
de su pendón la mesnada,
que cuando al campo le saque
tras de Rodrigo no salga.

Porque ya tiene el mancebo
la simpatía ganada
de sus gentes, y en él cifran
el porvenir de su raza.

Doña Teresa Rodríguez,
de alto linaje entroncada
en la nobleza de Asturias
que es la más vieja de España,
es la venturosa madre
de este doncel cuya fama
ha de ensordecer la tierra
con el son de sus hazañas.
Don Diego ha tenido en ella
durante vida tan larga
un aliento en la fortuna
y un consuelo en la desgracia.
De sus secretos domésticos
y su honor depositaria,
la honra de su casa en ella
tuvo siempre buena guarda:
y desde el sillón de cuero
donde envuelta en tocas blancas
se sienta a su puerta, su honra
como el sol luz pura radia.
Don Diego y doña Teresa
ven al Rey veces muy raras,
en ocasiones extremas
o imprevistas circunstancias.
Rara vez van a palacio:
pero cuando van, les trata
el Rey como se merecen
tan buen viejo y tan gran dama.
Sus riquezas han tenido
por las guerras grandes bajas:
pero gozan en Castilla
consideración muy alta.

Este rico-hombre de Burgos,
esta rica-hembra asturiana
y este mozo en quien se fundan
tan risueñas esperanzas,
tienen su casa en Vivar:
lugar muy pobre de casas,
mas rico de hombres valientes
y de generosas almas.

Para seguir esta historia
comenzada esta mañana,
de esta casa solariega
entremos en una cámara.

—

La última luz del crepúsculo
ya el Occidente se traga,
haciéndola por momentos
más trémula y más escasa.

En un aposento vasto,
en cuyas paredes blancas
cuelgan cabezas de fieras
entre panoplias y armas,
Rodrigo, su noble madre
y sus hermanos aguardan
la vuelta de su buen padre
con impaciencia y con ansia.
Inquietud desconocida,
zozobra insólita y vaga
les roe los corazones
y les atribula el alma.

Mil veces ha ido don Diego
a la ciudad del Arlanza
desde Vivar, pero nunca
les dió zozobra su marcha.
Mucho ha tardado mil veces:
tardó días y semanas
en volver de allá; mas nunca
les extrañó su tardanza.

Hoy ansia sin precedentes,
impaciencia inmotivada
el alma les atribula
y el corazón les escarba;
a cada ruido que sienten,
a cada sombra que avanza
por el camino, se asoman
con afán a las ventanas:
mas sobre el camino expira
el ruido, la sombra pasa,

y no es él quien la proyecta,
ni su caballo el que le alza.
Saben los cuatro que ha ido
don Diego por la mañana
a ver al conde Lozano:
mas nadie sabe la causa
que le obligó por la tarde
a emprender nueva jornada
a ver al Rey, sin que el Rey
a la corte le llamara.
Siendo cual es el asunto,
siendo él quien es, y el monarca
siendo un Rey que con él usa
de benevolencia tanta,
¿qué hay de extraño si su vuelta
Diego Laínez retrasa,
siendo el negocio una boda
y dos leguas la distancia?
Probabilidades, cálculos
y razones hay sobradas
para tal viaje, tal prisa
y semejante tardanza;
mas sobre todos los cálculos
que en las razones se basan,
sobre todas las medidas
y las cuentas más exactas,
está el corazón que siente,
y la intuición del alma
que prevé lo incalculable
y presiente la hora aciaga.
Y he aquí por qué su familia
espera al viejo con ansia:
porque el corazón alberga
lo que la razón rechaza.
Así esperan: y aunque a veces
algunos de ellos arranca
del pecho un suspiro ahogado...
suspiran, pero no hablan:
la madre, por no afligirles,
los hijos por no faltarla
al respeto que la deben,
sin que les pregunte, hablándola:
porque en aquel siglo bárbaro
todavía era, a Dios gracias,
el padre para los hijos
la imagen de Dios en casa.
Así esperan... y se cierra
la noche, y en torno ataja
la vista de las tinieblas
la densa, insondable masa,
en cuyo lóbrego fondo
nada pueden las miradas
ver ya, aunque en él mil quimeras
la imaginación levanta.
La lobreguez en silencio
tiempo hacía que miraban
la rica-fembra y sus hijos
inmóviles en la estancia,
cuando Rodrigo a sí mismo
formulándose en palabras
su idea fija, dijo alto:
«¡Válgame Dios!, ¡cuánto tarda!»
Cual si un fantasma evocase,
a su voz inesperada
todos sintieron tornárseles
la faz invisible pálida;
mas como si Dios hubiera
escuchado su plegaria,
al ¡válgame Dios!, se oyeron
sobre el camino pisadas.
El relincho de un caballo
rasgó la atmósfera, y rápida
sintieron del de su padre
la bien conocida marcha.
«¡Él es! ¡Luz!»—gritó Rodrigo:
y a su voz que avisa y manda,
los siervos atropellándose
sacaron candiles y hachas:
mas cuando llegaron todos
al zaguán, ya se apeaba
de su caballo don Diego
con presteza desusada.
Dióles la faz, y por cima
del embozo de la capa
pudieron ver que traía
descolorida la cara,

enmarañado el cabello
de la cabeza y la barba,
el entrecejo fruncido
y las pupilas con lágrimas.
Efecto acaso del cierzo,
que con sus ásperas rachas
en la rapidez del paso
el semblante le azotaba.

La capa a tomarle un mozo
fué: pero él le dijo: —«Aparta»;
y umbral adentro metióse
de los hombros arrastrándola.

«¿Qué tienes, padre?»—le dijo
Rodrigo: y respondió: «Nada»:
y emprendió escalera arriba
desciñéndose la espada.

Salió al descanso a abrazarle
su mujer; pero él negándola
su abrazo, la dijo: «Quita,
que quien me toca se mancha.»

Siguió adelante: siguióle
su familia acongojada,
triste y silencioso séquito
formándole hasta su cámara;
mas él, volviéndose a ellos
en el umbral de su estancia,
les dijo con gesto trémulo
y voz descompuesta y áspera:

«Nadie conmigo. No quiero
ni necesito ya nada.
Cada uno a su cuarto. Dios
nos alumbrará mañana.»

Cerró la puerta de golpe:
dió a la llave en la cerraja
vuelta por dentro, y afuera
dejó a su gente asombrada.

«A obedecer todo el mundo»,
dijo Rodrigo en voz alta.
«Dios manda en el universo
y nuestro padre en su casa.»

Criada en principios tales
la familia castellana,
cada cual se fué a su lecho
oídas tales palabras;
mas desde él oyeron todos
toda la noche en su estancia
ir y venir a don Diego
como a un león en la jaula.

II

Y al tiempo que sucedía
esto en Vivar, al rastrillo
llegaba de su castillo
el conde que a él se volvía.

Echó pie a tierra, y llegó
Jimena a abrazarle; pero
él, con semblante severo,
su abrazo la rechazó.

«¿Qué traes, padre?»—le pregunta
la niña atemorizada:
respondióla el conde: —«Nada!»
Y la cara cejijunta

volviendo a su servidumbre
dijo: —«Mañana volvemos
a Asturias, donde tendremos
mejor sol que nos alumbre.»

Dijo, y a su cuarto fuése:
Jimena al suyo tornóse,
y sin que chistar nadie ose
aunque tal orden le pese,

buscaron todos sus lechos,
como a siervos corresponde,
que las órdenes del conde
a obedecer están hechos.

Mas desde el suyo Jimena
oyendo a su padre estuvo
que en vela en su cuarto anduvo
como en su jaula una hiena.

III

A la mañana siguiente,
rayando apenas el alba,
estaban en pie ya todos
de Laínez en la casa.

Cuantos de él, bajo su techo
reciben pan o soldada,
a que se despierte y llame
esperan en la antesala.
Les dijo ayer que debía
Dios alumbrarles mañana,
y con la luz que amanece
a Dios y a don Diego aguardan.
Adheridos a su jefe
como a su tronco las ramas,
esperan en Dios y creen
de don Diego en la palabra;
y no habiendo comprendido
la escena anoche pasada,
a que se la explique esperan
cuando se despierte y salga.

Abrió, por fin, las dos hojas
de la puerta de su estancia
don Diego, y pudieron todos
ver que estaba hecha su cama.
Un noble su cama no hace
cuando de ella se levanta;
con que no ha entrado en la suya
puesto que la tiene intacta.

Don Diego tiene los ojos
hinchados, la cara pálida,
la calva testa sin toca
y la cintura sin daga.
Todo muestra en su persona
negligencia desusada,
que está revelando un duelo
que el corazón le ataraza.

Con casi invisible seña
mandó a sus hijos que entraran,
y cuando puertas adentro
les tuvo, volvió a cerrarlas.
En cuanto a solas con ellos
quedó su padre en su cámara,
fuese al mayor, y cogióle
la diestra entre sus dos palmas.
No para estudiar en ella
sus quirománticas rayas,
que aún este abuso hechicero
no había entrado en España:
sino para hacer con ella
una experiencia extremada,
con la cual piensa que su honra
de allí en buena mano salga.

Asió, pues, del primer hijo
la diestra; y de su avanzada
edad y senil flaqueza
a pesar, con fuerza tanta
se la apretó, que el mancebo
no pudiendo retirarla
exhaló un ¡ay! y los ojos
se le arrasaron en lágrimas.
Soltóle el viejo, y ante él
poniendo la puerta franca,
le dijo: «¡Vete: el que llora
no es digno más que de lástima!»
Tomó al segundo la diestra;
y con ira al estrujársela,
al rostro que palidece
de hito en hito le miraba.
Cayendo el mozo de hinojos
gritó: «¡Padre, que me matas!»
y el viejo dijo soltándole:
¡Vete, se muere y no se habla!»

Fuese en seguida a Rodrigo,
que viendo en silencio estaba
lo que hacía con los otros,
sin comprender de qué trata.
Tomóle también la diestra
y en medio de sus dos palmas,
los cuatro dedos cruzando
por debajo, asegurándola,
enclavijó los pulgares
por encima, y apretándosela
cada vez más, parecía
que intentaba triturársela.
Subió el dolor hasta el codo,
y Rodrigo, que empezaba
a ponerse rojo de ira,
exclamó, al fin, con gran saña:
«Padre, al tenerme esa mano,
si quien eres no mirara,

con la que me dejas suelta
por Dios que te acogotaba.»
Siguió apretándole el viejo
sin curar de la amenaza,
y del dolor en el colmo
gritó el mozo ebrio de rabia:
«¡Suéltame esa mano, padre,
que la suelta se me escapa!»
y levantando la zurda...
sintió la derecha salva.
«Suéltalas, le dijo el viejo,
suéltalas, hijo de mi alma:
que sueltas las necesitas
para lavar mi honor ambas.»

RODR. ¿Qué dices, padre? ¿Estás loco?
¿Quién en tu honor puso mancha?

LAÍN. ¡Quien puso en mi faz su mano!

RODR. ¿Su mano un hombre en tu cara?

LAÍN. Sí.

RODR. ¡Tú mientes o deliras!
Padre, ¿a ti una bofetada?
¿Y vives... y vivo... y vive
un solo hombre de tu raza?
¿Quién es él?

LAÍN. Oye.

RODR. Su nombre:
no pierdas tiempo en palabras;
porque las manchas del rostro
con el sol se tornan llagas,
y se gangrenan muy presto
si con sangre no se lavan.

LAÍN. Escúchame.

RODR. No: no quiero
más que su nombre y tu espada.

LAÍN. ¿Le buscarás?

RODR. Al instante.

LAÍN. ¿Le matarás?

RODR. En la cara
le heriré, si me hace frente,
y si huye, por las espaldas.

LAÍN. Tiene muy alta la frente.

RODR. Mi justicia irá más alta.

LAÍN. Es muy fuerte.

RODR. Mi razón
será más.

LAÍN. El Rey le ampara.

RODR. Le mataré aunque le encuentre
del mismo Rey en la cámara.

LAÍN. En ella me hizo el ultraje.

RODR. ¿Y el Rey lo vió?

LAÍN. En ella estaba.

RODR. Morirá aunque se cobije
del mismo Rey a las plantas.

LAÍN. ¿Aunque arriesgues?...

RODR. Aunque arriesgue
la salvación de mi alma.

LAÍN. ¿Lo juras?

RODR. Ante ese Cristo
que tienes junto a tu cama.

LAÍN. Pues arrodíllate y toma
mi bendición y mi espada.
Arrodillóse Rodrigo,
puso don Diego sus palmas
sobre su cabeza y díjole:
«¡Dios ampare tu demanda!»
Y tomando un gran mandoble
que sobre su mesa estaba,
colgóselo al cinto; un beso
dióle y díjole: «Levanta.»
Levantóse el mozo y dijo:

RODR. Su nombre no más me falta.
¿Quién es?

LAÍN. El conde Lozano.

RODR. ¡Jesucristo!

LAÍN. ¿Qué te pasa?

RODR. Nada.

LAÍN. Entonces, ¿por qué a Cristo
invocaste?

RODR. Porque a espaldas
con ese nombre he sentido
que el mundo entero me echabas.

LAÍN. ¿Y vacilas?

RODR. No es extraño
que un momento vacilara
tal carga al tomar en hombros,
dándome al mundo por carga.

LAÍN. Suéltala, pues.
RODR. No me insultes.
Padre: con la cuchillada
con que le abra el pecho, voy
a abrirme yo mismo el alma:
mas para tu hijo, señor,
antes que tu honor no hay nada.
LAÍN. Mas si antes te lo dijera...
RODR. Lo mismo te contestara.
Mi corazón es de carne,
mis pasiones son humanas;
pero de ahogarme a mí mismo
soy capaz si me lo mandas.
LAÍN. ¡Quien manda así sus pasiones
será un héroe!
RODR. No es hazaña
cumplir mi deber contigo:
ser hijo tuyo me basta.

Tornóle a abrazar el viejo;
y cruzando la antecámara,
llevándole por su mano
abrió el balcón de la sala.
A la plaza de Vivar
daba aquel balcón, y estaba
ansiosa de saber algo,
llena de gente la plaza.
Laínez, mostrando a su hijo,
dijo al pueblo con voz clara:
«Desde hoy es mi hijo Rodrigo
la cabeza de mi casa:
él presidirá mi mesa
y se ceñirá mi espada.
Infanzones de Vivar,
desde hoy al ir a campaña
él montará mi caballo,
y guiará mi mesnada,
y él meterá por Castilla
mi pendón en las batallas.»

Dió a Rodrigo un viva unánime
la multitud exaltada,
y tornó al silencio viendo
que el noble mozo iba a hablarla.
Rodrigo, con voz de trueno
que retumbó en la montaña,
dijo, echando el medio cuerpo
por cima de la baranda:
»Hijosdalgos de Vivar,
nuestro honor tiene una mancha.
Hay un hombre que a mi padre
ponérsela osó en la cara.
¡A caballo! y con su sangre
mientras no quede lavada,
que a Vivar no vuelva vivo
ni un solo hombre de mi raza.»

Dijo, y cerrando el balcón
pidió el caballo y la lanza;
y a punto de mediodía
partía con su mesnada.

IV

Aquella mañana misma,
y en el punto mismo acaso
en que pedía Rodrigo
contra él armas y caballo,
en el cuarto de Jimena
entraba el conde Lozano;
y su hija, apenas entraba,
le echaba al cuello los brazos.
—«Padre, ¿qué tienes?, le dijo:
¿no estás aún desenojado?
Bendíceme: ayer me hicistes
en el alma mucho daño;
y por tu enojo de anoche,
la noche habemos pasado
en vela; tú, dando vueltas,
yo, tus huellas escuchando.»
—«Tienes razón, hija mía,
respondió el sombrío anciano:
ayer volví con enojos
que durarán muchos años.
Siéntate y oye.» Sentáronse
cada cual en un escaño;
y en guisa tal entablóse
entre padre e hija el diálogo.
CONDE. Nada hay para mí en la tierra

que valga como tú tanto;
tú eres lo único a que atiendo,
y eres lo único que amo.
Por ti he procurado hasta ahora
ir al par del Rey Fernando,
y para ti creí poco
aun al infante don Sancho.

JIMENA. ¡Padre!...

CON. Escucha. Por la sobra
de libertad que has gozado,
los frutos de mi esperanza
en flor se me malograron;
todo mi afán se ha perdido
y en tierra con mi obra has dado,
dando tú esperanzas locas
a un mozuelo castellano,
que sin merecer atarte
de tus chapines los lazos,
ha osado enviar a su padre
a pedir al Rey tu mano.

Jimena a su padre oyendo
hablar así de su amado,
enrojeció: mas templóse
y díjole balbuceando.

JIM. Pues, padre; ¿los de Vivar
no son nobles hijosdalgos?

CON. Los nobles reyes de Oviedo
son nuestros antepasados,
y no hay par nadie en Castilla
con los que de allí arrancamos:
las montañas crían águilas
y las llanuras milanos.
Has puesto, además, los ojos
do sólo te era vedado
ponerlos; los de esa raza
son para la nuestra infaustos.
Tiempo hace ya que esas gentes
voy en mi camino hallando:
siempre tropezar con ellos
me temí, y ya he tropezado.

JIM. Padre, no comprendo bien
lo que me estáis platicando,
porque lo estáis dando vueltas
cual si temierais soltarlo.

CON. No temo nada; don Diego
ante el Rey se me ha igualado,
y yo le hice echarse atrás.

JIM. ¿Cómo?

CON. Con mi propia mano.

JIM. Padre, tiemblo al comprender
lo que habéis hecho, hablad claro.

CON. La mano en la faz le puse.

JIM. ¡Y ante el Rey!

CON. Sí.

JIM. ¡Cielo santo!

CON. En la presencia del Rey
subírseme osó tan alto,
que al salir a la antesala
le traté como a un villano.

JIM. ¡Ay, padre mío! ¿Qué hicisteis?

CON. Tal vez hice demasiado:
mas ya está hecho, y yo nunca
de mis hechos me retracto.

JIM. Dad satisfacción al Rey.

CON. Yo ni aun al Rey satisfago;
hoy partimos de Castilla:
de sus dominios me extraño.

JIM. Pensadlo bien, padre mío.

CON. Ya está todo preparado;
carros, gente y hacanea
ya te aguardan en el patio.
Tú partirás con Bibiana
delante, al Rey don Fernando
mientras yo escribo; y enviada
mi carta, saldré a alcanzaros.

JIM. Miradlo, padre, dos veces.

CON. Ya doscientas lo he mirado,
y tú estás ciega, y no miras
que tu pensamiento alcanzo.

JIM. ¡Señor!...

CON. Lo que tú quisieras
volver a ver, y yo trato
de que no veas, es a él,
y más no has de verle: vamos.

—

Jimena, que no vió nunca
con ella a su padre airado,
y vió que con él serían
ruego y razones en vano,
de miedo y angustia trémula
cogiendo sumisa el manto,
bajó al patio tras el conde
sus lágrimas enjugando.
El conde altivo, hecho a ver
ir juntos en sus mandatos
la ejecución y la orden,
como el trueno y el relámpago,
no aguardó más que a ver puestas
a las hembras a caballo,
para dar de la partida
la señal: dióla y marcharon.
La cabalgata, compuesta
de cien jinetes mallados,
cien peones ballesteros,
cuarenta mulas, diez carros,
y el servicio de Jimena
de un deudo del conde al mando,
comenzó a bajar la cuesta
y a adelantar por el llano.
Salió el conde a los adarves
a ver del soto a lo largo
tenderse aquel cordón de hombres
que eran todos sus vasallos.
Jimena, que iba en el centro
del viejo deudo al cuidado
y servida por Bibiana,
decía a ésta por lo bajo:

JIMENA. Bibiana, razón tenías.
BIBIANA. Mas, ¿qué pasa?, ¿dónde [vamos?
JIM. Por haberme al Rey pedido,
del reino nos extrañamos.
BIB. ¿Y su privanza?
JIM. Perdida.
BIB. ¿Y tu esperanza?
JIM. Se ha ahogado.
BIB. ¿Dónde?
JIM. En la faz de don Diego
do el conde puso la mano.
BIB. ¡Dios mío! ¿Y los de Vivar?
JIM. Aunque sufran tal agravio,
ya es entre ellos y nosotros
imposible todo lazo.
BIB. ¡Ay, Jimena, y tú le amabas!
JIM. ¡Ay, Bibiana, le idolatro!
¡Su amor no sabré echar nunca
del alma en que está arraigado!

Llegaba el deudo solícito
por si las servía en algo,
y ellas al verle acercárselas
la conversación cortaron.
Continuó la cabalgata
en silencio caminando,
hasta dar en la espesura
en que remataba el páramo;
y allí a mirar el castillo
por movimiento simpático
todos sus húmedos ojos
por última vez tornaron.
Ya el conde, viéndoles lejos,
habíase retirado
del adarve y escribía
su despedida a Fernando.
Los que partían a entrarse
por la espesura empezaron,
hacia el castillo volviendo
los ojos a cada paso.
Y al darle su adiós postrero
en lágrimas arrasados,
los de Jimena y Bibiana
no pudieron con el llanto
ver una nube de polvo
que, por el opuesto lado,
saliendo al llano, elevaban
los pies de muchos caballos;
y mientras entraban ellas
de los árboles por bajo,
como un huracán salían
los que llegaban al llano.

V

Era costumbre de entonces:
un noble, señor de Estados,
no dependía del Rey,
le prestaba voluntario
servicio con su mesnada;
mas si descontento, o harto
de su servicio, con él
quería romper el pacto,
le decía o le escribía:
«Señor, os beso las manos;
desde este momento dejo
de ser ya vuestro vasallo.»
Si los servicios del noble
rehusaba el soberano,
se lo intimaba, le daba
treinta y tres días de plazo
para salir con su gente
de las tierras de su mando,
y rota entre ambos la liga,
quedaban libres entrambos.
De esta costumbre aceptada,
y de esta ley al amparo,
estábase despidiendo
del Rey el conde Lozano,
en un pergamino, en donde
con legibles garrapatos,
había escrito la frase
convenida en tales casos.
Y ya tenía sujeto
su pergamino enrollado
con un cordoncillo de oro
con el cual le estaba atando;
y ya había puesto cera
del cordón en los dos cabos,
para dejar con dos sellos
lo escrito dentro cerrado;
cuando oyó un clarín que hacía
con son imperioso y alto
seña de abrir el rastrillo
a alguien que llega del campo.
Frunció el conde el entrecejo
al oír son tan osado,
que manda más que demanda
abrirle al castillo paso.
Y estaba de tal audacia
la explicación esperando,
con impaciencia visible
y ceño aún encapotado,
cuando el noble que debía
ir a dar al rey Fernando
su pergamino, en la cámara
entró con otro en la mano.
—«¿Qué hay?—dijo el viejo.—Señor,
respondió el recién llegado,
un paje de hoscos modales
este pergamino os trajo.
—¡Y cómo! —¿Cómo?, en la punta
de la lanza; y en reparos
sin andarse, presentómele
diciendo: Al conde, tu amo.
—¿De quién? —No quiso decirlo;
diómele desde el caballo,
tomésele, y volvió grupas
con no visto desenfado.»
Abrió tal misiva el conde;
y al leer con ojos ávidos
el nombre del que la firma,
se le tornó el rostro pálido.
Si de cólera o de miedo
no es fácil adivinarlo,
porque dos veces a un tiempo
al corazón le han hablado
con aquel nombre su ira
y su conciencia; y los rayos
que en él la ira le enciende,
en él la conciencia apágalos.
He aquí lo que el pergamino
decía en sus garrapatos;
que escribir bien no fué nunca
propiedad de fijosdalgos:
«Esto es lo que yo Ruy Diaz,
hombre libre é infanzon,
escribo al conde Lozano
ante Dios Nuestro Señor.

Non fué de un home sesudo
ni de un infanzón de pro,
facer denuesto a un fidalgo
que es tan noble y más que vos.
Mano en mi padre pusisteis
delante al Rey con furor,
sin curar al denostarle
de que soy su fijo yo.
¿Y cómo vos atrevisteis
a un home á quien solo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
Mal fecho ficisteis, conde;
yo vos reto de traidor,
y en el campo vos atiendo
fasta la puesta del sol.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
porque lidiarán conmigo
la justicia y la razón.
Catad que salgades, conde;
que tan mozo como soy,
yo os reto de solo á solo
fiando mi causa a Dios.
Y ved que si non viniéredes
do atendiéndovos estoy,
pondré fuego a vuestros montes,
non vos dejaré un pastor
ni una oveja con pellejo,
ni una espiga en granazón,
ni una yerba con un tallo,
ni un árbol con una flor.
Si non viniéredes, conde,
ataré el vuestro blasón
del mi caballo á la cola,
e arrastrando de mí en pos
le llevaré por las tierras
de Castilla y de León,
acusándovos por ellas
de cobarde y de traidor.
Y esto es lo que yo, Ruy Diaz
de Vivar, libre infanzón,
escribo al conde Lozano
a los pies del Redentor.»

—

No podía el conde menos
de sentir la convicción
de que él era en tal demanda
el desleal agresor;
pero al leer las palabras
del reto y la acusación
del mancebo de Vivar,
su vanidad le cegó.
No vió que aquellas injurias
escritas en el dolor
de la afrenta hecha a su padre
por el joven infanzón,
nunca equivaler podían
a la injuria que infirió
él a su padre, sentándole
en la faz un bofetón;
y ofendido de aquel reto,
prueba noble de valor
y amor filial en el joven,
de cólera se embriagó.
Resuelto de un modo u otro,
cara a cara o a traición
a vengarse de Rodrigo,
por él herido en su honor,
caballo, broquel y lanza
a grandes voces pidió,
y salió a él del castillo
con toda la guarnición.
Desde lo alto del cerro
tendiendo en su derredor
una mirada voraz
como la de hambriento halcón,
en medio de la llanura
al mozo a ver alcanzó,
que le esperaba a caballo
y apoyado en su lanzón.
El conde, al verle allí solo,
con alegría feroz,
bajando a escape la cuesta,
dijo... «¡Ah, rapaz, allá voy!»

VI

Cuando en confuso tropel
salió el viejo conde al llano,
yendo contra el castellano
treinta jinetes con él,
teniendo con ellos cuenta,
y saliendo del abrigo
del bosque, en pro de Rodrigo
destacáronse otros treinta.
No quieren los de Vivar
venganza mal obtenida;
mas es de honra la partida,
y la quieren igualar.
Por eso tras de sus treinta
los trescientos avanzaron,
y en círculo comenzaron
a envolver a los sesenta:
maniobra que, en conclusión,
por resultado iba a dar
la lid cerrada guardar
de ventaja o de traición.
Y así el bando castellano
guardador de su honra avanza,
y así ansioso de venganza
avanza el conde Lozano.
Sobre el mozo, ebrio de ira
corre, y de su sangre ávido
mirando que ante él impávido
ni tiembla ni se retira:
sin ver que, según con él
la distancia ciego estrecha,
corre y encima se le echa
la treintena del doncel.
Al fin, por ciega que fuese
su carrera y su ira brava,
el torbellino avanzaba
y era fuerza que le viese.
Percibió la polvareda
que alzaban al avanzar
los jinetes de Vivar
salidos de la arboleda:
y vió lo que a su salida
no calculó: que era el riesgo
en que le ponía el sesgo
que tomaba la partida.
El conde, en su red cogido,
pero fiando a la par
de la gente de Vivar
en el honor conocido,
a los suyos de repente
gritando: ¡Alto!, ¡no seguirme!»,
paró su caballo en firme
y quedó inmóvil su gente.
A su vez los de Castilla
refrenando sus corceles,
quedaron, a su honra fieles,
inmóviles en la silla.
Si el conde fió en su astucia
para salir de la red
de los de Vivar, la sed
de venganza que le acucia
más tarde para saciar
en el mancebo inexperto
engañándole, es incierto
y arriesgado de afirmar:
mas con tal evolución,
se encontró el conde Lozano
cara a cara y mano a mano
con el burgalés garzón.
El conde, con la carrera
tal vez escaso de aliento,
dejó en el primer momento
que el mozo así le dijera:
«Que no habéis leído creo
bien el pergamino mío;
yo os retaba a desafío
y vos venís a torneo.»
«Rapaz, dijo el conde, vete
por donde has venido: y piensa
que para vengar tu ofensa
eres aún un mozalbete.»
Echó a Lozano el mancebo
una mirada arrogante
y con tranquilo semblante
volvió a decirle de nuevo:

«A quien por razón tan alta
se arriesga en tan buena obra,
en el corazón le sobra
lo que en los años le falta.

»A mi padre he prometido
la infame mano cortaros,
y en ser quien sois sin reparos
a cortárosla he venido.»

Esto al escuchar Lozano,
de cólera enrojeció;
mas intrépido siguió
diciéndole el castellano:

«Para daros el castigo
que vuestra injuria merece,
traigo, a lo que me parece,
gente bastante conmigo;

»mas sólo me han de servir,
siendo nobles de Vivar,
el campo para guardar
en que habemos de reñir.

»Reñid, pues, y compasión
de mis años no tengáis;
porque os mato o me matáis;
traigo esa resolución.»

Dijo el mozo; y en el acto,
tomando a caballo vuelto
campo, se vino resuelto
sobre el conde estupefacto.

Reinó un silencio leal
de los dos en rededor,
y el conde, ebrio de furor,
tomó su salida mal.

Hirió con el acicate
a su corcel con tal furia,
que cual se cegó en su injuria
Dios le cegó en el combate.

Descompúsose en la silla
con los botes del corcel,
y al primer bote con él
dió en el suelo el de Castilla.

Cayó el conde mal herido
en el ijar por la lanza,
de vida sin esperanza
quedando en tierra tendido.

Dió sobre él el castellano
con no vista ligereza;
guardó el conde la cabeza
por instinto con la mano;

y alzando el mozo la espada
cuando el brazo el conde alzó,
la mano le cercenó
de la primer cuchillada.

Mirando los del caído
el número superior
del bando del vencedor,
le dieron por bien vencido:

y las gentes de Vivar
cuyo odio no les alcanza,
exentos de su venganza
les dejaron alejar.

Echó pie a tierra Rodrigo,
y fué con salvaje calma
a ver cómo daba el alma
al Criador su enemigo.

Su mano, al verle expirar,
tomó y guardó en la escarcela;
volvió a montar; metió espuela
y dió la vuelta a Vivar.

Entonces con la fiereza
de esta edad semi salvaje,
al muerto se llegó un paje
y le cortó la cabeza.

Y aquel trofeo de horror
en los arzones colgando,
montó, y salió galopando
a alcanzar a su señor.

VII

Costumbres de aquella era
caballeresca y feroz,
en que degollando moros
se glorificaba a Dios,
y en que no había un exceso
que no obtuviera sanción,

como tuviera por móvil
honra, fe, patria o amor.
Estaba Diego Laínez
recostado en su sillón,
acabado su yantar
en su oscuro comedor.
Entornados tiene aposta
ventana, puerta y balcón;
porque a quien sin honra vive,
le ofende la luz del sol.
Su familia, silenciosa
está de él en derredor,
esquivando sus miradas
por velarle su aflicción.
Ninguno hizo en aquel día
a los manjares honor:
porque tampoco Laínez
bocado de ellos probó.
Laínez y su familia
y Vivar todo, están hoy
sufriendo de honda impaciencia
febril sobrexcitación.
Partió Rodrigo, y en tanto
que no torne vencedor,
no saben si tienen honra
ni si él por ella murió.
Diego Laínez ha hecho
voto y juramento a Dios,
si es que no torna Rodrigo,
de no dormir en colchón,
ni comer pan a manteles,
ni oír de amigos la voz,
ni ceñirse más la espada,
ni montar más su bridón,
ni hacer ni admitir visitas,
ni ver a su confesor
más que a la hora de la muerte,
ni dejar su habitación,
para no mostrar al mundo
la faz donde él recibió,
y toda su raza en él,
la afrenta de un bofetón.
Por eso Diego Laínez
de su mesa no tomó
más que agua y pan, sin llegar
a la mesa su sillón:
y por eso su familia
de su mesa en rededor
calla, y bocado no prueba
por no doblar su aflicción.
Y así se pasó la siesta,
y la tarde se pasó,
y la noche se venía
de su crepúsculo en pos:
y la sombra por la tierra
se iba extendiendo veloz,
y el cielo tornando negro
iba su azul pabellón;
y conforme iba muriendo
la luz que infunde valor,
muriendo iba la esperanza
del viejo en el corazón.
¡Si su hijo ha sido vencido!...
¡Si su mañero ofensor
le ha hecho caer en un lazo!...
¡Si la acendrada pasión
que tiene a Jimena le hace
posponer la honra al amor!...
Si él abandonó su causa...,
si Dios a él abandonó...
y el viejo al pensar en esto,
por no perder la razón,
cierra los ojos y reza
fervorosamente a Dios.
Entraba un paje las lámparas
a encender con un farol,
a tiempo que las campanas
tocaban a la oración,
cuando tropel de caballos
a lo lejos se sintió,
y por la calle adelante
crecer y acercarse el son.
Púsose en pie el buen Laínez:
y al repentino rumor,
pasó su alma a sus oídos
y su pulso se paró.

Toda su familia en pie
viéndole, se levantó;
todos, como el viejo, atentos
y trémulos de emoción.
Llegó el tropel a la puerta
de la casa y se paró:
mas no osó nadie arriesgar
palabra ni exclamación.
Sintieron subir a un hombre
la escalera, el corredor
atravesar... y... en la estancia
Rodrigo se presentó.

«¡Hijo mío!»—exclamó el viejo:
y atajándole la voz,
le dijo el mancebo: «—Padre,
ya podéis mañana al sol
mostrar vuestra faz ya limpia:
la mano que os la ultrajó
podéis colgar a la puerta
en lugar del aldabón.»

Y asiéndola en su escarcela,
prenda de venganza atroz,
la mano que cortó al conde
sobre la mesa arrojó.
Lanzó el anciano un suspiro
de inmensa satisfacción,
al ver la mano que lava
la mancilla hecha a su honor;
y su familia, que el aire
del aliento comprimió
para ver y oír, del pecho
soltó la respiración.
Costumbres de aquella era
caballeresca y feroz,
en que acogotando moros
se glorificaba a Dios;
y en que no había un exceso
ni un crimen sin galardón,
como tuviese por móvil
honra, fe, patria y amor.
Laínez con una seña
a su gente despidió,
y la familia en silencio
salió de la habitación.

VIII

Quedáronse padre e hijo
con la cercenada mano,
y así el mancebo al anciano
con honda congoja dijo:
—Cumplí con mi obligación;
mas esa mano cortada,
padre, la siento agarrada
con miedo a mi corazón.

LAÍNEZ. ¡Tú miedo, Rodrigo mío!
¡Tú miedo a la infame mano
que ultrajó a tu padre anciano
y que cercenó tu brío!
¿Te arrepientes de ello?
RODRIGO. No:
volvería a hacer lo hecho;
mas ved qué áspid en mi pecho
con hecho tal se albergó.
Jimena y yo pasión franca
nos teníamos, señor;
y hoy esa mano mi amor
de su corazón arranca.
Era mi esperanza toda:
la suya en mí ella fió...
y esa es la mano que yo
la voy a dar en mi boda.
LAÍN. ¡Rodrigo de mis entrañas!
Tú con hazañas sin par
te harás de ella perdonar.
RODR. ¡Buen principio a mis hazañas!
LAÍN. Rodrigo, ley del honor
era, lo que has hecho, hacer:
no hay para un noble mujer
que valga más que su honor.
RODR. No temáis, padre, jamás
que a él falte vuestro Rodrigo;
esto que os digo..., os lo digo
porque lo sepáis no más.

Cumplí con mi obligación;
mas por saberla cumplir,
no me podéis exigir
que no tenga corazón.
Bajó el padre la cabeza
de tal razón convencido.
y el hijo, al verle rendido,
añadió con entereza:
—Oíd mi resolución,
padre: no hay otro camino
para cumplir mi destino
bien, u obtener mi perdón.
Cuando todo en nuestro hogar
duerma y mi madre se acueste,
partiré yo con mi hueste
con los moros a lidiar.
Si me matan... moriré
como bueno en causa buena;
decid vos, padre, a Jimena,
por qué a su padre maté.
LAÍN. ¡Rodrigo!...
RODR. No hagáis asombros;
desde que hice tal proeza,
os juro que la cabeza
me estorba sobre los hombros.
Y al moro vóisela a echar;
mas como cristiano soy,
a disputársela voy
y no se la voy a dar.
Y si vuelvo a esta mansión,
podréis, padre, con banderas
alfombrar sus escaleras
y entoldar vuestro balcón.
Y así fué; cuando en su hogar
su familia en paz dormía,
él a la guerra partía
con su hueste de Vivar.

IX

A la mañana siguiente,
cuando el sol con resplandores
trémulos, doraba apenas
del palacio los balcones,
ya esperaban en su patio
monteros y cazadores
con los perros en traíllas
y en sus perchas los halcones.
Relinchaban los caballos
amarrados a los postes;
atarazaban los perros
inquietos los correones
de sus collares; chillaban
ciegos bajo el capirote
que les encaperuzaba
los neblís y los azores.
Los podencos de don Sancho
y los galgos retozones
de la infanta doña Urraca,
estando en el amplio goce
de la regia inmunidad
de sus dueños, sus blasones
ostentando en las mantillas,
introducen el desorden
entre personas y bestias;
sin que mal hacerles ose
nadie y de sus estropicios
sin que ninguno se enoje;
porque la gente adherida
a los reyes en las cortes,
adulan hasta a las bestias
por placer a sus señores.
Iban y venían pajes,
mayordomos, guardabosques,
palafreneros, ujieres,
reposteros y ojeadores,
que cargaban en acémilas
y a hombros de robustos hombres
cestas, canastas y cuévanos
con vajilla y provisiones.
Todo era algazara, prisas,
señas, advertencias, voces,
entre los que van y vienen,
y encuentros y tropezones.
Galerías, escaleras,
pórticos y corredores

estaban llenos de damas,
palaciegos, ricos-homes,
soldados, caballerizos,
curiosos y espectadores,
que animaban aquel cuadro,
alegre, ruidoso y móvil.
El Rey va a caza, y para ella
ha mandado invitaciones
a cuantos tienen derecho
a que con ellas les honre;
y esperan ya a que se abran
sus regias habitaciones,
los dignatarios a quienes
ir con el Rey corresponde.
Abrió, al fin, de la áurea cámara
un rey de armas los portones,
y al grito de «¡El Rey!», quedaron
todos callados e inmobles.

Apareció el Rey Fernando
cuyos ojos vibradores
radiaban una alegría
que alegró los corazones.
Aparecieron tras él
sus hijos y sucesores
los infantes Sancho, Alfonso
y García; y, sus facciones
juveniles y risueñas
mostrando como dos flores
que al matutino rocío
abren sus frescos botones,
salieron las dos infantas
que de la mano se cogen,
doña Urraca y doña Elvira;
dos niñas como dos soles.

El Rey va no más armado
con un tremendo mandoble,
que manejan como un mimbre
sus dos muñecas de bronce.
Lleva el infante don Sancho
un venablo de tres cortes,
que encadenado a la mano
después que hiere recoge.
El infante don Alonso,
mozo galán y de porte
cortesano, sólo lleva
en la cintura un estoque;
y el infante don García,
que es de los tres el más joven,
una ballesta que se arma
y tira con un resorte.
Las dos infantas, que aves
cazan sólo y liebres corren,
llevan no más en el puño
dos gerifaltes veloces;
mas tan mansos y domésticos,
que por sí en él se las ponen,
las traen la presa a la mano
y en su misma boca comen.

Así el Rey y sus infantes
en medio de aclamaciones,
para montar hacia el patio
cruzaron los corredores.
Pusiéronse en movimiento
pajes, traillas, bridones,
guardas, halconeros, guías,
donceles y picadores;
y ya el Rey, en pos llevando
sus infantes y sus nobles,
pisaba de la escalera
los últimos escalones,
cuando a la puerta se oyeron
del palacio, los clamores
de una mujer y la gente
se hizo ante ella pelotones.
«¿Qué es eso?», preguntó el Rey,
deteniéndose en el borde
del penúltimo escalón;
y viendo que no responde
nadie y que siguen los gritos,
exclamó: «Que desalojen
esos villanos el pórtico
y que la entrada no estorben.»

A la voz del Rey airado
se abrió la gente, y metióse
desatentada en el patio
la hermosa Jimena Gómez,

descabellado el cabello,
mal abrochados los broches,
y arrastrando el suelto manto
y los sueltos ceñidores.
Tras ella, Diego Laínez
también en palacio entróse,
pálido y enmarañados
cabello, barba y bigotes.
A los pies del Rey Fernando
Jimena Gómez postróse,
y respetuoso Laínez
de él cerca esperó sus órdenes.
Y así, con ira, Jimena,
Laínez con calma noble
y el Rey con pesar, el diálogo
entre los tres entablóse:

JIMENA. ¡Justicia, señor! ¡Han muerto ayer a mi padre!
EL REY. ¿En dónde?
JIM. Casi al pie de su castillo: en la explanada del monte.
EL REY. ¿Cómo?
JIME. A traición.
EL REY. ¿Quién?
JIM. Rodrigo Díaz.
EL REY. ¿Él?
JIM. Sí. De ladrones y asesinos como banda llevaba trescientos hombres; los de mi padre eran treinta: yo, su cadáver anoche recogí: está mutilado por un alevoso golpe: la mano diestra le falta. Justicia, señor: a ese hombre pedid su hijo, y entregádmele como las leyes disponen.

Y esto diciendo Jimena con descompuestas acciones, tendía un dedo a Laínez que esperaba de hablar orden.

Levantó el Rey a Jimena, su mano para que apoye la suya al alzarse dándola, y a Laínez dirigióse.

EL REY. ¿Oísteis?
LAÍN. Sí.
EL REY. ¿Qué decís?
LAÍN.—Que en mi raza no hay traidores: mis trescientos liza abrieron y lidiaron de hombre a hombre. Dios estuvo por Rodrigo; y manos que bofetones dan a los padres, los hijos es muy justo que las corten.
EL REY. ¿No hay Rey ni ley en Castilla que juzgue de tales golpes?
LAÍN Los de la mano en el rostro a la mano corresponden.
EL REY. Será en Vivar, que no en [Burgos.
LAÍN. En Vivar y en todo el orbe donde hay vergüenza en los rostros y honor en los corazones.
EL REY. Pues en Castilla hay mis leyes; traed, don Diego, a ese joven para que haga de él la huérfana lo que mejor la acomode.
LAÍN. Mi hijo fué a tierra del moro a pelear.
EL REY. ¿Cuándo?
LAÍN. Anoche.
EL REY. Enviadle a llamar; que vuelva.
LAÍN. Vuestra Alteza me perdone, pero no puedo.
EL REY. ¿Por qué?
LAÍN. Porque a mi voz será indócil. Mi hijo amaba a esa doncella: y como la afrenta enorme de su padre y su venganza un abismo entre ambos pone, fué a morir desesperado, y es probable que no torne.

Al oír anuncio tal...,
¡oh debilidad terrenal,
sintió de su alma, Jimena,
doblarse el ansia mortal.
Mas domó a su corazón,
y al punto con alma entera,
demandó de esta manera
al Rey con resolución:

JIM. ¡Señor, justicia!
EL REY. Os la haré:
mas para hacérosla creo
que es preciso haber al reo.
JIM. Buscadle.
EL REY. Le buscaré.
JIM. Si yo sé que está con vida
de vuestra ley al alcance,
yo os traeré a este mismo trance.
EL REY. Justicia os haré cumplida
tal como esté en mi poder.
JIM. Señor, la palabra os cojo:
y en vuestros brazos me arrojo
fiada en vuestro poder.
EL REY. Pues mirad que os tomo yo
a mi vez esa promesa.
En mi casa y a mi mesa
vuestro padre se sentó,
y a amparo mío declaro
que os tomo, y que por él soy
padre vuestro.
JIM. Y yo que estoy
acogida a vuestro amparo;
pero en memoria guardad
que en teniendo de él noticia,
vendré a que me hagáis justicia.
Dadme la mano.
EL REY. Tomad.

La mano al Rey la doncella
besó: saludó y volviéndose
a la puerta, partió abriéndose
la gente en silencio ante ella.
El Rey la dejó salir;
y cuando lejos la vió,
pidió el caballo, montó,
e hizo señal de partir.
Volvióse todo a poner
a su voz en movimiento;
y aprovechando un momento,
sin que lo echara de ver
el Rey, se acercó al anciano
Laínez, don Sancho, su hijo;
y así el príncipe le dijo
apretándole la mano:

«Id a esperarle en Vivar,
que creo yo, o mucho yerro,
que aun no está forjado el hierro
que a Rodrigo ha de matar.
»Id, y si Rey llego a ser,
en la tierra en que yo mande,
ni ha de haber quien le demande,
ni ha de faltarle mujer.»

—

Fuése la corte a cazar;
y viéndose solo el viejo,
tomó de Sancho el consejo
y dió la vuelta a Vivar.

III

Cinco meses han pasado:
Rodrigo Díaz no vuelve,
y han pasado cinco siglos
en aquellos cinco meses.
Cinco meses de ventura
se pasan rápidamente;
mas éstos son de desdichas
y cinco siglos parecen.
Cinco meses de esperar
lo que anhela y no sucede,
a cualquier hombre apesaran
y a cualquier pueblo entristecen.
Todos a Rodrigo esperan:

Laínez para volverle
a sus brazos, y volver
al ser y a la vida viéndole:
el Rey para castigarle,
Sancho para protegerle,
para vengarse Jimena
y de él por saber la gente.
Porque la gente de España
de Dios el instinto tiene
de conocer y estimar
al que estimación merece:
y la cábala, la crítica,
la envidia y la mala suerte,
del pueblo en vano a los ojos
al que algo vale oscurecen,
rebajan, desacreditan,
calumnian, roen y muerden:
el pueblo quien vale sabe,
y el pueblo a quien vale quiere.

Rodrigo ha salido al mundo
con un hecho tan valiente,
que el buen pueblo castellano
lo que ha de valer prevee;
y a más, el pueblo en secreto
al mozo audaz agradece
el bote con que ha tendido
a un favorito insolente;
porque el pueblo de Castilla
siempre ha querido a sus reyes,
pero siempre ha detestado
a los que su alma pervierten.

Castilla, desde los tiempos
de sus condes y sus jueces,
aborreció a los validos
que no valen lo que obtienen.
He aquí por qué por Rodrigo
Burgos todo está impaciente,
y cinco meses de ausencia
cinco siglos le parecen.
La verdad es que estos cinco
no es extraño que le pesen,
por las desventuras nuevas
en que al transcurrir le envuelven.

El Rey Fernando, de genio
atrevido y diligente,
con pactos y con victorias
se había hecho grande y fuerte;
y recibiendo homenaje
y parias de árabes jeques
y de príncipes cristianos
que se titulaban reyes,
había tomado, al estilo
de Alemania y del Oriente,
título de Emperador:
lo que a la Alemania ofende.
Como cuando en varias marcas
partida y de Europa jefe
Carlo Magno, le fué alguna
en España dependiente,
el Emperador Enrique
hoy presuntuoso, pretende
que el nombre de Emperador
el Rey don Fernando deje,
y Castilla tributaria
de Alemania se confiese:
lo que rebaja a Castilla
que es altiva y serlo debe.

De tal pretensión reírse
pudiera bien, si no fuese
porque el Papa en el asunto
por el alemán se mete.
Es alemán el Pontífice;
por donde naturalmente
del Emperador Enrique
la demanda favorece.

De Florencia en un Concilio
se acordó que incontinenti
se enviara un Nuncio a Fernando
que a lo tal le compeliese;
que pusiera en entredicho
sus reinos, si resistiere,
excomulgando a sus pueblos
como a salvajes y herejes.
Achaque ha sido en política
a la de Roma inherente,

sacar a Dios en demanda
de mundanos intereses.
Siempre ha sido nuestro pueblo
castellano, buen creyente,
buen católico romano
y hasta fanático a veces;
pero nunca se ha avenido
con que vengan a imponerle
cadena de servidumbre
que a extranjeros le sujete.
Llegó el enviado apostólico
a Burgos; muy reverente
le recibió el Rey, y el Nuncio
le mostró mucho copete.
Temblaron los timoratos,
se ofendieron los prudentes,
indignáronse los nobles;
y en la cuestión ingiriéndose
los inquietos y los díscolos,
dieron cara los valientes
y empezó a arremolinarse
en pro y en contra la plebe.

El Rey que, entre su creencia
y su dignidad, se siente
entre la espada y el muro,
juntar las Cortes resuelve.
Insta el Nuncio; el Rey insiste
en que por sí obrar no puede
sin las Cortes, que en Castilla
son no más las que hacen leyes;
y el Rey y el Nuncio tomando
los días conforme vienen,
van haciéndose uno a otro
apechar con su corriente.

Las Cortes están ya juntas;
con ceremonia solemne
las abrió el Rey don Fernando
el último de setiembre.
El Nuncio ha exhibido ante ellas
las credenciales, los breves,
y las letras que acreditan
por el Papa sus poderes.
Los juristas y los teólogos
les han dado muchas veces
muchas vueltas y revueltas,
una falta por cogerles:
mas no es hombre el italiano
que entre las redes se enrede
sin estar antes seguro
de poder romper las redes;
y por más que entre argumentos
le vuelven y le revuelven,
él nada siempre a flor de agua
y vence si no convence.
Los prelados y los próceres
discusión abierta tienen,
y los hidalgos y el pueblo
dan sobre ella pareceres.
Unos, temiendo al Pontífice,
que les excomulgue temen;
otros, no temiendo a nadie,
que les subyugue no quieren.

Unos dicen que a la Iglesia
debe todo posponerse;
otros dicen que la honra
ni la libertad, no deben.
Los unos dicen que el Nuncio
a arreglarlo todo viene:
los otros dicen que vino
en casa ajena a meterse,
y que en vez de meter orden
cizaña en Castilla mete;
que bien San Pedro está en Roma,
que allá es mejor que le dejen;
y en fin, que el juego va a oros,
mas que como a espadas se eche,
entre San Pedro y Santiago
aquéllas están por éste.

Los árabes, que son linces
y que ven que se entretienen
los infanzones de espada
en argucias de arciprestes,
asieron de sus gumías,
y a lomos de sus corceles
entraron por la Rioja
merodeando impunemente,

Aprieta el Rey a las Cortes
para que pronto decreten;
y apretado por el Papa
deja que el moro le apriete.
El Nuncio en nombre de Dios
a más cada vez se atreve,
y según él crece en bríos
del Rey el aprieto crece.
Si el Nuncio el nombre de Dios
por escudo no trajese,
ya el Rey le hubiera arrojado
por un balcón bravamente;
mas el Rey, que echara a Enrique
a la faz su guantelete,
la sobrepelliz del Nuncio
a arrugar no se resuelve;
y así los moros avanzan,
y los pueblos se revuelven
y las Cortes deliberan
y el tiempo y la honra se pierden.
He aquí cómo están pasando,
mientras Rodrigo está ausente,
los cinco meses que a todos
cinco siglos les parecen.

—

Y esos cinco meses ha
que en su castillo Jimena
anda a vueltas con su pena
y vueltas a su amor da.
Todos los días previene
que a su vuelta estén atentos,
y todos sus pensamientos
están puestos en si viene.
Palabra le ha dado el Rey
de hacer justicia en su amante,
y está espiando el instante
para echar sobre él la ley.
Hasta obtener su castigo
ni reposa, ni sosiega.
¡Ay!, y como nunca llega,
no piensa más que en Rodrigo.
¿Mas quién sonda los arcanos
del humano corazón,
si enigmas vivientes son
los corazones humanos?
Siente aquél pasión extraña
por lo de que el ser ignora:
cree éste que odia lo que adora,
y éste como aquél se engaña.
Jimena a Rodrigo amó;
pero, ¿habrá quien pueda amar
a quien fué impío a matar
al padre que le engendró?
¡Y al suyo mató Rodrigo!
Comprende muy bien Jimena,
que en lid y por causa buena,
de afrenta atroz en castigo:
con razón le mató aquél;
cruel fué, ¡vive Dios!, la afrenta;
¿mas por tener ésta en cuenta
es su pena menos cruel?
Dos hombres no más tenía
en el mundo a quien amar:
y a los dos el de Vivar
se los mató el mismo día.
Si al uno matara Dios,
el otro, al fin, la quedara;
mas, ¿cómo volver la cara
al que queda de los dos?
De la vida en el camino
tiene de hoy más que ir perdida,
mirando cómo se olvida
del muerto y de su asesino;
lo que imposible va a ser,
porque en pro del matador
aboga en su alma el amor
y en pro del muerto el deber.
Cuando de ella el Rey exija
poniéndosele delante
del matador y el amante
que uno de los dos elija,
ya absuelva a Rodrigo el Rey,
ya le condene a morir,
a ella siempre la ha de herir
en su honra o su amor la ley:

y sin saber qué resuelva,
de dudas en un abismo,
pide a Dios a un tiempo mismo
que vuelva pronto y no vuelva.

Él con razón le mató
del fuero de la honra a juicio;
mas aunque falle propicio
por él el mundo, ella no:

y en cuanto vuelva ha de ir
a cumplir con su deber,
y el Rey justicia ha de hacer,
y el que mató ha de morir.

Mas luego que muera él
y ella sin ambos se quede
sola en el mundo, ¿ser puede
su soledad menos cruel?

Así cinco meses ha
que en su castillo Jimena
anda a vueltas con su pena
y vueltas a su amor da.

Mas ¿quién sonda los arcanos
del humano corazón,
si enigmas vivientes son
los corazones humanos?

Los de don Diego y Jimena
cinco meses ha que a Dios
se encomiendan, y los dos
por causa igual e igual pena.

Al Rey cinco meses ha
que el buen Laínez no vió:
porque por su hijo abogó
tal vez ofendido está.

Mas poco a don Diego importa
que el Rey le mire o no amigo;
no teniendo ya a Rodrigo,
¿su favor, qué le reporta?

Por su hijo iba él a la corte;
si a su hijo no ha de servir,
el ir a ella o no ir
no alcanza lo que le importe.

A veces su situación
sonda, empero, su buen juicio,
y de su hijo el sacrificio
le echa en cara su razón.

Con su padre por cumplir
él al conde fué a matar
y por ello fué a buscar
campo bueno en que morir.

Contra su honra se levanta
su conciencia y le remuerde;
si por ella su hijo pierde,
con vengarse, ¿qué adelanta?

Él cumplió su obligación,
pero al cumplirla le dijo:
«No exijáis a vuestro hijo
»que no tenga corazón.»

Y si en el de una mujer
cifró su hijo su esperanza,
sólo logró su venganza
cuatro víctimas hacer:

el a quien su hijo mató,
su hija, que infeliz ser debe,
él, que ha de morir en breve,
y el hijo a quien él perdió.

¿Pero si Dios a Vivar
triunfante a Rodrigo trae?
No, que en manos del Rey cae
que a Jimena ha de vengar.

Y él tal vez de su pasión
con el poder obtuviera
no venganza más entera,
mas mejor satisfacción.

Sin saber lo que resuelva
de dudas en tal abismo
pide a Dios a un tiempo mismo
que vuelva su hijo y no vuelva.

Y así cinco meses ha
que oculto en Vivar don Diego,
dando vueltas sin sosiego
a su pensamiento está.

—

Era la mañana fría
del primer día de octubre,
en que por azar no encubre
el sol con nieblas al día.

Días de los que es extraño,
en el cielo burgalés,
que se alcancen dos o tres
a ver en tal mes del año.
Estaba en su camarín
Diego Laínez rezando,
a Cristo Dios demandando
que ponga a su angustia fin;
cuando paró ante el postigo
de su casa un mensajero,
que jinete en un overo
trae noticias de Rodrigo.
Alborotóse el lugar
al que llega al conocer,
y más por él al saber
que vuelven los de Vivar.
Corrió el pueblo la noticia,
y alzó en él tal alboroto,
que por algún terremoto
parece que se desquicia;
y cuando abrió sus ventanas,
por ver qué pasa, don Diego,
ya a gloria, rebato y fuego
repicaban las campanas.
Subió el mensajero a él,
y al verle el viejo le dijo
con ansia: «¿Qué es de mi hijo?
—Ahí viene ya, dijo aquél.

DON DIEGO. ¡Viene!
MENSAJERO. Cerca.
DON DIEGO. ¡Dios divino!,
y ¿cómo?
MENS. ¡Con más honor
que el rey más grande, señor!
Leed ese pergamino.»

Tomó don Diego temblando
la carta que aquél traía,
y esto leyó, de alegría
trémulo el viejo y llorando:
«Padre y señor: me he metido
»a morir en el combate;
»mas no hallando quien me mate,
»he matado y he vencido.
»Como peleo por Dios,
»creo que es Dios quien me escuda
»y a llevar siempre me ayuda
»de mí la victoria en pos.
»Cinco reyes cautivé,
»que por ley son mis vasallos;
»voy al Rey a presentallos,
»pues lo que al Rey debo sé.
»Idme a Burgos a encontrar;
»y si mal con el Rey caigo,
»los cinco reyes que traigo
»la mano os han de besar.
»Principio a mis hechos di:
»si el Rey no me los abona,
»hombre soy de hallar corona
»con que coronarte a ti.»
Besó con llanto de gozo
los signos por su hijo escritos,
y el pueblo a su puerta a gritos
daba vítores al mozo.
Salió el buen viejo al balcón
con el escrito en la mano,
y dijo, queriendo en vano
ser dueño de su emoción:
«Cinco reyes cautivar
»ha sabido con sus bríos
»y al Rey los va a presentar.
»¡A Burgos, pues, hijos míos,
»a Burgos todo Vivar!»
Y a Burgos van, arrastrando
todos los pueblos en pos
y a Rodrigo victoreando...
y ahora, que tino en Fernando
y en Jimena ponga Dios!

II

Sus Cortes el Rey Fernando
está en Burgos presidiendo,
escuchando de hombres doctos
el parecer y consejos:

mas andan sabios y teólogos
en pareceres opuestos,
los unos en pro del Papa,
los otros en pro del reino.
Todos su opinión sostienen
con lógicos argumentos
en pro y en contra, y el caso
no queda jamás resuelto.
A las razones de un sabio
tal vez vacila un momento
la opinión de la asamblea,
pronta a ceder a su peso;
mas una réplica pronta
o un buen silogismo adverso
a sus razones, destruye
de su discurso el efecto;
con que las Cortes de Burgos
parecen un mar revuelto
cuyas ondas traen y llevan
los alborotados vientos.
Y en asambleas de muchos
así ha sido en todo tiempo;
hay para todo razones,
mas para nada hay acuerdo:
todos dicen buenas cosas,
mas nadie hace nada bueno;
se exponen todos los males,
mas nadie ofrece un remedio.
Yo estoy siempre por los pocos;
y de pocos, por los menos;
las grandes cosas del mundo
uno siempre las ha hecho.
Los muchos meten gran ruido,
producen gran movimiento;
mas son como aquellos montes
que sólo un ratón parieron.
Así las Cortes de Burgos
están en este momento
de aquel parto de los montes
la reproducción haciendo.
Perdido el hilo del caso,
perdido al Rey el respeto,
todos gritan sus razones
y aúllan sus argumentos;
pocos en favor del Rey,
muchos del Papa con miedo
están a dar ya muy próximos
con la razón en el suelo.

Y estaba ya el Rey Fernando
con el capirote puesto,
a poner fin de sus Cortes
a la discusión resuelto,
cuando del salón las voces
ahogó y dominó el estruendo
con que hizo temblar sus bóvedas
la voz gigante del pueblo.
Quedáronse amedrentados
los próceres en silencio
ante aquella tumultuaria
gritería de plebeyos,
y el buen Rey, que de paciencia
no ha sido nunca modelo,
abrió el balcón y arrojóse
sobre el barandal de pechos.
Para desfogar en alguien
la ira que amasar le hicieron
los próceres en sus Cortes,
buscaba acaso pretexto:
de modo que al asomarse
cejijunto y zahareño,
amenazas engendrando
y castigos prometiendo,
se asemejaba a un nublado
pronto a lanzar de su seno
detrás del primer relámpago
todo un turbión o un incendio.
Mas su ira cambió en asombro,
tornó en sonrisa su ceño
y su enojo en alegría
lo que al balcón vió saliendo.

Diego Laínez, jinete
en su corcel, como él viejo,
pero como él todavía,
de joven con brío y genio,
del palacio hacia la puerta
caminaba a paso lento

con altivo continente
y semblante satisfecho.
Su hijo en pos de él, en caballo
encubertado de hierro,
manchado de polvo y sangre
desde el acicate al yelmo,
avanzaba por la plaza
tras su caballo trayendo
vencidos y encadenados
cinco reyes prisioneros.

Cinco jaques musulmanes
que en Castilla se metieron
y con quienes dió Ruy Díaz
en mal hora para ellos.
Cuatro mil cautivos moros
cogidos en el encuentro
les seguían desbarbados
por ignominia o por duelo.
Tras vencedor y vencidos,
los soldados vivareños
les custodiaban cercados
y seguidos por el pueblo;
y el son de los atabales
y de las trompas los ecos,
juntos con la voz de todos
formaban aquel estruendo
que a través de polvo alzado
por el gentío revuelto
llegaba hasta el Rey, rasgando
y haciendo olas en el viento.
Mas según iban entrando
por la plaza y al Rey viendo
puesto en el balcón, las turbas
iban quedando en silencio.
Cuando en medio de él, debajo
del balcón llegó don Diego,
dijo al Rey, birrete en mano,
sin temor, mas con respeto:

«Señor Rey, he aquí a mi hijo;
no he podido hasta que ha vuelto
ponerle la mano encima;
mas en las vuestras le entrego.
»Tiempo ha que me le pedisteis
y aquí, señor, os lo dejo;
pero mirad que es ya un hombre;
y catad, Rey, que os prevengo
que es cachorro de leones,
y aunque en Vivar de conejos
nació, trae garras y dientes:
conque andad con él con tiento.»

«Laínez, respondió el rey,
con ese león tan fiero
meteos acá, y veréis
cómo le abrazo sin miedo.»

Quitóse el Rey del balcón,
rompió en aplausos el pueblo,
y desmontando hijo y padre
en palacio se metieron.

III

Pero a una seña del mozo,
en el alcázar del Rey
los cinco reyes cautivos
metió su guardia también;
y una seña hecha ante muchos
y que muchos pueden ver,
ser por muchos puede a veces
interpretada a través;
y como dice un refrán
ciertísimo a mi entender,
suele tomarse la mano
aquel a quien se da pie;
y como en Castilla poco
va de gentío a tropel,
y como entrarse en palacio
vieron muchos a ocho o diez,
creyéndose autorizados
para lo mismo otros cien,
cien vivareños primero
y mil de Burgos después
y todos cuantos cupieron
se metieron a su vez:
lo cual suele siempre en juntas
populares suceder.
Los reyes, los triunfadores

y los célebres se ven
en sus triunfos y ovaciones
en un caso como aquél.
Espinas son de la gloria,
sinsabores del placer
y hiel de la miel del mundo,
do nada completo es.

Ruy Díaz puso a la gente
fosca faz; mas tarde fué,
pues fué ya la galería
superior a trasponer,
cuando del salón franqueaba
ya un rey de armas el cancel
y salía a recibirles
a la galería el Rey.
Don Diego y su hijo intentaron
afinojarse a sus pies;
mas él recibió afectuoso
en sus brazos al doncel.
Desde escaleras y patios
y pórticos pudo ver
el honor que el Rey le hacía
todo el pueblo burgalés:
y el pueblo, que ya le adora
porque en él su héroe ve,
rompió en vítores que hicieron
el palacio estremecer.
El Rey, que ve de muy lejos
y su porvenir prevé,
vió que con él ante el pueblo
ganaba siendo cortés;
y así en voz alta trabó
la conversación con él,
para que el pueblo de su honra
parte alcanzara a tener.

EL REY. Bienvenido seáis, Ruy Díaz;
¿qué es lo que ahí me traeis?

RODRIGO. Cinco reyes tributarios
por un conde que os maté.

EL REY. Cinco por uno, Ruy Díaz,
es grande usura; que os den
su tributo a vos, que vos
sois quien preso les habéis.

RODR. Yo les apresé por vos:
mas si vos no les queréis,
darán parias a mi padre
y honraré así su vejez.

EL REY. De buen hijo y buen vasallo
buenas prendas ofrecéis.
Buena es la presa y es vuestra;
yo os hago de ella merced.

RODR. Me servirá su tributo
al campo para volver.

EL REY. ¿No descansaréis en Burgos?

RODR. No me encuentro en Burgos
[bien.

EL REY. ¿Pues en Burgos qué os enoja,
Ruy?

RODR. No me lo preguntéis.

EL REY. Yo despejaros de enojos
a Burgos puedo tal vez.

RODR. Yo no puedo en parte alguna
estarme quieto.

EL REY. ¿Por qué?

RODR. La inquietud de mi alma corre
por mis manos y mis pies.
Yo nací para campear,
dejadme al campo volver.

EL REY. Entrad antes en mis Cortes
y consejo me daréis.

RODR. Soy mozo aún para dárosle.

EL REY. Yo soy ya viejo, y hacer
no he sabido a sesenta años
lo que vos a veintitrés,
conque entrad: que los que saben
obrar tan pronto y tan bien,
pueden tener voto en Cortes
y dar un buen parecer.

Al viejo y al mozo, afable,
tomó las manos el Rey,
y entró en el salón, guardando
un rey de armas el cancel.
Y quedó la muchedumbre
fuera esperando, hasta ver

la salida que tendría
esta entrada de los tres.

IV

El Rey Fernando en su trono,
los próceres en su asiento,
al diestro bando Laínez
y Ruy Díaz al siniestro,
dijo a éste el Rey, en dos frases
la situación exponiendo:

EL REY. El Emperador y el Papa
nos piden parias: ¿qué hacemos?
RODR. Negarlas, dijo Ruy Díaz:
ganaron nuestros abuelos
nuestra tierra con sus lanzas
y a nadie parias debemos.
EL REY. El Papa, dicen los teólogos,
que es señor del Universo.
RODR. De las almas que le pueblan;
pero no de los terrenos.
EL REY. Alega el Emperador
que las cobró en otro tiempo.
RODR. Los que en aquél las pagaron
con aquel tiempo se fueron.
El Emperador y el Papa
son en Castilla extranjeros,
y sólo el Rey de Castilla
cobra en Castilla derechos.
Así es como desde niño
lo oí decir a los viejos;
y así el pueblo lo comprende,
y así es como yo lo entiendo.

Dijo el mozo: y no hecho aún
tanto a hablar de un solo aliento,
ni a hablar en foros, ni estrados,
ni a dar su voto en congresos,
sintió que el rostro de pálido
se le tornaba bermejo,
y ante los ojos de tantos
bajó los suyos modesto.

Sonrió el Rey, y notándolo
los nobles y caballeros,
dieron muestra de adhesión
a la opinión del mancebo.
Mas los doctos, los legistas,
los letrados y los clérigos,
a las palabras del mozo
de sus casillas salieron.
Tomaron aquel rubor
propio de su edad por miedo,
y creyeron que era caso
de apretar los argumentos:
pensaron que las protestas
y la autoridad del clero,
la voz de los ergotistas
y la fuerza de los ergos,
el alma intimidarían
de Ruy Díaz, bajo el peso
de la cólera de Roma,
su excomunión prediciendo.
Creyeron fácil, en fin,
ahogar aquel rapazuelo,
que osaba abogar en contra
del Papado y del imperio.
Y como entonces y ahora
y siempre el saber y el fuero
de plumas, borlas y togas
contra las espadas fueron;
porque la cuestión del mundo
es ser en él los primeros,
quedar encima, mandar,
y estar en el mejor puesto,
toda la gente de pluma,
borla, toga y solideo,
se fué encima de Ruy Díaz
por mozo, soldado y lego.
Pero el unánime instinto
que impulsó contra él a éstos,
les desordenó el ataque
falto de plan y de acuerdo.
Lo primero, lo preciso,
lo perentorio para ellos,
era atajar su influencia.

protestar de sus asertos;
impedir que la nobleza,
la gente de armas, consenso
dando a su opinión, hicieran
a la suya contrapeso;
y en repentino desorden,
diez, veinte, cincuenta, ciento,
reclamaron, protestaron
e interpelaron frenéticos;
no dudando al ser traidores
a su patria, ¡crimen negro!,
de él en poner... ¡mal pecado!,
por encubridor al cielo.
El Rey, a quien importaba
no poner a nadie freno,
para ver con quién podía
contar en un caso extremo,
calló y dejó que el desorden
fuera tomando incremento,
hasta que el hilo saltara
y asiera él los cabos sueltos.
La discusión fué a contienda
rápidamente subiendo,
y de contienda a tumulto:
mas Ruy Díaz, tampoco hecho
a aguantar tales desmanes
ni a escuchar tales denuestos,
comenzó a entoldar los ojos
debajo del entrecejo;
y mientras él comprendía
que era un desacato aquello
contra el Rey, contra la Patria
y contra Dios, acreciendo
se iba el tumulto, y llovían
epítetos y dicterios,
provocaciones, injurias
y votos y juramentos.
Cobardes llaman a unos,
a otros herejes, a éstos
llaman malos castellanos,
malos cristianos a aquéllos:
y perdido, al fin, el tino,
perdido al Rey el respeto,
cruzaron el aire guantes,
birretes y solideos.

Y estaba ya el rey cansado,
con el capirote puesto,
a cortar aquellas Cortes
de tan mal corte resuelto,
cuando dominó el tumulto
estallando como un trueno
un «¡Silencio!» de Ruy Díaz,
que del salón saltó al medio.
Al trueno de aquella voz,
al contacto de los hierros
de que estaba armado, solo
le dejaron en el centro.
Estaba el mozo anheloso,
por la vista echando fuego,
y temblándole de cólera
la barba bajo del yelmo:
y avergonzados y absortos
contemplábanle de lejos
todos, cuando el Rey le dijo
mirándole satisfecho:

«Hablad, Ruy Díaz, hablad;
porque, ¡vive Dios!, que creo
que en esta junta de locos
sois vos el único cuerdo.»

Ruy Díaz, con voz sobrada
para oírse en campo abierto,
dijo entre airado y confuso,
su situación comprendiendo:

«Perdonadme, Rey Fernando,
si os he faltado al respeto;
mas al ver tamaña mengua
de mí mismo no fuí dueño.

»¡Tantas barbas ya sin jugo,
tantas testas ya sin pelo,
contra un mozo a quien apenas
las barbas están saliendo!
¿Y por qué?, porque su patria
dar no quiere a yugo ajeno,
ni que se humille o se venda
por superstición o miedo.
Hombre de guerra, del arte

de hilvanar frases no entiendo;
mas sin miedo a nadie, digo
la verdad como la siento.

»Rey, si ha de ser tributario,
reinando vos, este reino,
grande infamia vais a echar
sobre vuestro honor por ello.

»Tomarnos han las naciones
por una raza de siervos,
y pondrán a nuestros hijos
los collares de sus perros.
Rey, no ven por vuestra honra
ni el pro ven de vuestros pueblos,
los que por miedo o por oro
os aconsejan hacerlo;
y por mí, si a Rey ni a Papa
os bajáis a pagar pechos,
me extraño de vuestras tierras
y mi vasallaje os niego.
Cristiano soy: ¡sí, por Cristo!,
de lidiar por Cristo vengo;
pero no son mis señores
San Enrique ni San Pedro;
y antes de que mi cabeza
doble yo a un yugo extranjero,
yo mismo, si no hay quien lo haga,
me la cortaré del cuello.
Seamos buenos cristianos,
pero no nos deshonremos:
y estése San Pedro en Roma,
dejando a Santiago quieto.
Enviad al Papa doctores
que le apeen de su yerro,
y al Emperador conmigo
enviad diez mil caballeros;
y si al Papa no convencen
y al Emperador no venzo,
yo prefiero, a ser esclavo
de uno ni de otro, ser muerto.
Los que digan que Castilla
debe a nadie pagar pechos,
son villanos y traidores,
y a lid sin merced les reto.
Señor Rey: mi fe, mi espada
y mi corazón son vuestros:
yo os sostendré por Castilla
contra todo el universo.»

Dijo Ruy Díaz: pasmados
los próceres un momento,
quedaron entre el temor
y el entusiasmo suspensos.
Al fin, al viejo Laínez
las lágrimas le rompieron,
y el Rey de Rodrigo Díaz
echó los brazos al cuello.
Lloró el buen Rey de alegría
a Ruy abrazado teniendo,
y no quedó un diputado
que no aplaudiera frenético.

Un valiente a veces hace
leones de los corderos,
y una gran fe caminar
delante de ella los muertos.
Infundió a todos la suya
Ruy Díaz, o con el riesgo
de aparecer por traidores
apechugar no quisieron:
quedó, pues, por voto unánime
no pagar parias resuelto,
y enviar un mensaje al Papa
y al Emperador un reto.
Con lo cual el Rey Fernando
dió por cerrado el congreso,
y tornó a la galería
con Ruy Díaz y don Diego.

V

Y mientras el Rey tenía
sus Cortes en el salón,
plaza, patio y galería,
Burgos atestado había
con toda su población;
y aunque como gente buena
serenamente aguardaba,
la multitud más serena

es como la mar, que suena
siempre, ya mansa, ya brava.
El movimiento y rumor
de aquel oleaje humano,
fué atrayendo al corredor
a todo ser morador
del alcázar castellano.
Y uno tras otro saliendo
fueron a la galería
los infantes, ver queriendo
quién y por qué tal estruendo
en el alcázar movía.
Don Sancho, allí al encontrar
moros atados y esquivos,
la causa se hizo explicar
de aquel flujo popular
y ser tantos los cautivos.
No bien llegó a comprender
ser presa del de Vivar,
sin poderse contener
dejó a la cara el placer
del corazón rebosar;
y a las infantas llevando
y a sus hermanos con él,
pasó, la presa admirando,
por entre el vencido bando
de los hijos de Ismael.
Y al moro que superior
juzgó entre el bando enemigo,
preguntó: «¿Quién tu señor?»
y sin miedo y sin rencor
dijo aquél: «Sidi Rodrigo.»
En esto a la galería
saliendo el Rey don Fernando,
su buen pueblo de alegría
levantó tal gritería,
que hizo comba el aire blando.

—

Entre el buen viejo don Diego
y su hijo, el ilustre mozo,
muestra el Rey muy gran sosiego:
mas puede ver el más ciego
cuán lleno está de alborozo.

Tras de la abierta mampara
sacaron al corredor
los diputados la cara;
cuidando que no mostrara
la ira o la envidia interior.
La mano al padre a besar
fueron las infantas niñas
la muchedumbre al cruzar,
recogiéndose al andar
las haldas de las basquiñas:
y al Rey, imagen de Dios,
fueron a hacer pleitesía
de sus hermanas en pos,
Sancho y Alfonso, a García
conduciendo entre los dos.
Mientras los más principales
lo mismo hacían después
de los príncipes reales,
atento a homenajes tales
calló el pueblo burgalés.
Cumplido el ceremonial
y cuando en torno reinó
un silencio general,
a Rodrigo en guisa tal
el Rey don Fernando habló:

«De esos moros disponed;
presa de vuestro valor,
yo os hago de ellos merced;
y pues sois capaz, traed
lo mismo al Emperador.»
Ruy Díaz, bajo la fe
de la real palabra, fué
donde los moros están
con resignado ademán
su suerte esperando en pie,
y díjoles: «Dar jurad
parias a mi Rey, y os doy
mañana la libertad:
mi madre, en Vivar, por hoy,
os dará hospitalidad.»
El rey, o xeke, o walí
a quien Ruy se dirigió,

así lo dicho por Ruy
en árabe marroquí
a los suyos explicó:
«Libres nos deja tornar
si a su Rey como señor
tributo juramos dar:
a quien nos puede matar
rendir parias es mejor.»

Apenas esto escucharon
los moros de su adalid,
de bruces se prosternaron
ante Rodrigo, y gritaron
muchas veces: *¡ia, sid!*

El Rey, que no la entendía,
preguntaba en rededor
qué era aquella algarabía;
y el buen Ruy le respondía:
«Señor, me llaman *señor*.»

Tomó el Rey entrambas manos
a Ruy; y mirándole fijo,
con modales soberanos
ante el pueblo y cortesanos
de esta manera le dijo:

«Que hubiese fuera mancilla
dos señores de Castilla:
pero sin par tú en la lid,
nadie tendrá a maravilla
que tenga un señor y un Cid.

»Cid desde hoy te han de llamar;
y pues tiene ese valor,
señoría te han de dar
los de Cristo y los de Agar
aun ante el Rey tu señor.»

Los moros, que esto entendieron,
a sus *¡ia, sid!* volvieron:
«¡Salve al Cid!», dijo Fernando:
y «¡salve al Cid!», repitieron
todos, al Cid saludando.

Y el pueblo, que comprendió
lo que en la alta galería
pasando estaba, rompió
en inmensa gritería
y frenético aplaudió.

Y no desbordó torrente,
ni catarata o volcán
reventaron de repente
con ruido tan estridente
en mitad de un huracán:

ni rugió mar en tormenta,
cuando del fondo en que asienta
levanta con iras locas
montes de agua, que en las rocas
estrepitoso revienta;

como estalló el grande estruendo
del aplauso popular,
el palacio estremeciendo,
su noble apodo poniendo
a Ruy Díaz de Vivar.

VI

Saboreaba éste anhelante
de la gloria el gran placer,
brisa fugaz de un instante,
que suele en su aura embriagante
un soplo letal traer:

y entre el buen viejo don Diego
y su hijo el ilustre mozo,
mostraba el Rey gran sosiego,
por más que pudiera un ciego
ver de su alma el alborozo:

cuando rompiendo la gente
ante sus pasos abierta,
una enlutada doliente
se presentó de repente
del alcázar a la puerta.

Jimena Gómez, vestida
de negros paños de duelo,
avanzó descolorida
arrastrando, mal ceñida,
manto y haldas por el suelo.

Aunque entre ella no podría
hallar sitio un alfiler,
la muchedumbre se abría

y ante los pasos le hacía
de la doliente mujer.
Frunció el Rey el entrecejo:
tembló de ira el padre viejo:
Ruy Díaz palideció;
y el pueblo en silencio oró
del Rey por el buen consejo.
La triste doncella en tanto
como una visón fatal,
los ojos nublos en llanto,
mal tocada y suelto el manto,
llegó a la presencia real:
y así, con solemne acento
dijo al Rey falta de acción,
cual sombra sin movimiento
que arranca a su monumento
diabólica evocación:

«Huérfana y a amparo vuestro,
hoy vuelvo a que me amparéis,
o contra vuestra justicia
yo de Dios me ampararé.
Ruy Díaz mató a mi padre:
vos de castigarle en vez
le tratáis en vuestra casa
como si fuera otro rey.
Señor, si ésta es la justicia
que a los huérfanos hacéis,
yo, huérfana, antes de irme
en un convento a meter,
delante de vuestro pueblo
por más que os pese os diré:
que Rey que no hace justicia,
no merece, a mi entender,
ni cabalgar en caballo,
ni ceñir cruzado arnés,
ni llevar espada al cinto,
ni calzar espuela al pie,
ni tener hijos legítimos,
ni tener esposa fiel,
ni tener vasallos buenos,
ni tierra en que nazca mies,
ni morir en paz en cama,
ni la absolución tener,
ni encontrar después de muerto
quien sepultura le dé.»

«¡Por Cristo!, exclamó don Sancho
sin poderse contener,
¡catad que habláis con mi padre
y que estoy yo aquí con él!»
«¡Sancho!», dijo el Rey: mas Sancho,
rota la valla una vez
del respeto al Rey debido,
siguió interrumpiendo al Rey:

«Ruy Díaz mató a su padre
y aunque era altanero y cruel,
por ser hija suya ella
no la digo que hizo bien;
mas ya que la ley invoca,
que se sujete a la ley.
La ley dice: «el que a hembra deje
»en orfandad o viudez,
»su esclavo sea, o marido
»si puede casar con él.»
De hacer su esclavo a Ruy Díaz
no hay modo, siendo quién es;
conque echar por el atajo,
y a todos nos irá bien,
y aunque cien hembras no valen
un Cid, casarles y amén.»

Rudo discurso, mas propio
de un noble del tiempo aquél,
tal exabrupto hizo a un tiempo
a Díaz estremecer,
palidecer a Jimena,
dar a don Diego un traspiés,
y asombrarse a todos: pero
sacó de un apuro al Rey.
Soñaba él ya con tal boda;
pero debía, a su ver,
entre la boda y la muerte
dejar más tiempo correr.
La impetuosidad de Sancho
rompió del agua el nivel:
y el Rey, diestro nadador,
corriente abajo se fué.

Adelantóse a Jimena
y así la dijo cortés:
«Perdona a Sancho: y airada
conmigo antes de romper,
vamos a elegir a solas
lo que mejor nos esté.
Dame el brazo, y de mis hijas
a los aposentos ven.»
No pudo excusar Jimena
tal invitación: y el Rey
a la corte despidiendo
de su cámara al dintel,
afable dijo a Ruy Díaz:
«Recibe mi parabién;
a Vivar con tus cautivos
a ajustar tus cuentas ve;
abraza a tu madre, y prontas
tu hueste y tus armas ten
para ir... donde quiera Dios,
que quien manda a todos es.»

VII

Llevó Ruy a Vivar sus moros:
todo el pueblo burgalés
le acompañó vitoreándole
en clamoroso tropel.
Su madre hospedó a los jeques;
y llorando de placer
besó a Ruy en las dos mejillas
al echar a tierra pie.
Los moros se convinieron
a dejar en su poder
dos de ellos, mientra el rescate
juntaban los otros tres.
Ruy Díaz con su palabra
se contentó, y mandó hacer
pandorgas y luminarias;
y los moros a su vez
hicieron sus torres de hombres,
y sus saltos de través
con gumías apuntadas
en la garganta y la sien.
Quedaron todos contentos
los de España y los de Fez,
y cuando todos partían,
y los de Vivar a ver
su marcha fuera del pueblo
iban alegres también,
en el umbral de su casa
Rodrigo y don Diego en pie,
este diálogo trabaron
empezado por aquél.

RODRIGO. ¿Qué os parece de esto, [padre?

DON DIEGO. Lo que está de Dios no [hay ser
que lo impida.

RODR. ¿Y de la boda, qué pensáis?

D. DIEGO. Que os casaréis si está de Dios.

RODR. ¡Él me abone en su corazón!

D. DIEGO. Ten fe.

RODR. ¡Cuando vea y reflexione que yo a su padre maté!...

D. DIEGO. No te quite eso el sosiego.

RODR. ¿Por qué no?

D. DIEGO. Porque yo sé que el amor, que es niño y ciego, ni reflexiona ni ve.

VIII

Enigmas vivientes son
los corazones humanos
y escudriñar sus arcanos
jamás podrá la razón.
Conque el Rey, sin pretender
sus enigmas explicar,
mas sabiendo manejar
el genial de la mujer,
en una larga sesión
con Jimena y las infantas,

dió a aquélla razones tantas
que la trajo a la razón.
Entre el amor y el deber
encastillada Jimena,
de su esperanza y su pena
no sabía a cuál ceder:
mas sobre su pena había
trascurrido el tiempo ya,
y su esperanza quizá
más con el tiempo crecía:
de modo que a la razón
su corazón al ceder,
no tuvo mucho que hacer
el Rey con su corazón.
Con su razón tardó más
en avenirse: a mi ver
más por mirar al deber
y por no volverse atrás.
Pero el Rey era hombre ducho:
y tan bien lo manejó,
que al fin Jimena creyó
que hacer más sería mucho:
y entre el amor y el deber
dejando que la convenza
el Rey, pudo sin vergüenza
dejar al amor vencer.
Al fin en llanto rompió
de las infantas en brazos,
y entre ellos hecho pedazos
el viejo deber quedó.
Con sus hijas aposento
el Rey la dió en su palacio,
y al duelo sin dar espacio,
y dando al amor fomento,
a Ruy Díaz escribió:
«Ven: que la ley te condena
a casarte con Jimena:
hombre dé quien le quitó.
»Con Valduerna y Belforado,
con Cardeña y con Saldaña
la doto, y serás de España
el barón más hacendado.
»Y pues, cumplida la ley,
a lidiar tendrás que ir,
no tardes en acudir
a la voluntad del Rey.»
Llegó a Vivar tal mensaje:
y como buenos vasallos
aprontaron sus caballos
padre e hijo para el viaje.
Dejando órdenes Rodrigo,
para que a la lid se apreste
mientras él torna, su hueste,
tomó a su madre consigo.
Sus dos hermanos, a quienes
Rodrigo empequeñeció
porque su valor le dió
más favor, fortuna y bienes,
la acompañaban sin ceño.
de envidia vil y rastrera,
de ver que en su casa era
el mayor el más pequeño.
Seis acémilas cargaron
de bodas con el presente,
y escoltados por su gente
a Burgos enderezaron.
Y al ir a montar los dos,
al padre preguntó el hijo:
«¿Qué os parece?» Y aquél dijo:
«Hijo, que estaba de Dios.»

IV

I

A las diez de la mañana
del florido mes de mayo,
ante mucha noble gente
reunida en su palacio,
a Jimena y a Rodrigo
toma el Rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
con indisoluble lazo.
Jimena está conmovida,
roja y con los ojos bajos,

para ocultar la alegría
de los ojos con los párpados.
Tal vez se avergüenza un poco
de entregarse tan de grado
a aquél contra quien justicia
pedía airada tan alto.
Rodrigo, tan fresco y ágil
ante una hueste a caballo,
delante está de su novia
un poco encogido y pálido.
El Rey mira sonriendo
el encogimiento de ambos,
y a su ronrisa sonríen
los malignos cortesanos.
La Reina, como madrina,
está de Jimena al lado;
detrás de ella las infantas
como testigos del acto:
y la nodriza Bibiana
en el nupcial aparato
no ve más que a su Jimena
por quien reza por lo bajo.
A la derecha del Rey,
junto a Rodrigo, don Sancho
le asiste como pudiera
de lid en campo cerrado.
Tras de don Sancho don Diego,
de Ruy con los dos hermanos
y con su madre Teresa
asisten al desposado.
El Rey, cuando vido juntos
a todos los convidados,
se puso en pie y dijo al Cid:
«Dad a la novia la mano.»
Tendiéndosela a Jimena
dijo el Cid todo turbado:
«Jimena, maté a tu padre,
pero no como villano:
de hombre a hombre le maté
porque a mi padre hizo agravio.
La ley me hace esclavo tuyo,
tu marido el Rey Fernando;
marido y esclavo a un tiempo
aquí estoy a tu mandato:
hombre quité y hombre doy;
no sé más; lo que sé hago.»
Pareció a todos lo dicho
muy bien dicho y muy al caso,
y echaron hacia la iglesia
su discreción alabando.

—

Delante de todo el pueblo,
que se juntó muy temprano
por ver al Rey y a los novios,
y al pasar por vitorearlos,
les casó el señor Obispo
en latín un poco bárbaro,
pronunciado un poco en godo,
con acento un poco arábigo;
lengua informe y corrompida
que aún usan los escribanos,
los dómines y los frailes,
que aún gustan de latinajos.
Hubo misa con sermón,
salmodia e incensario,
y paz, que fué a dar al Rey
y a los dos novios un diácono.
Estuvieron en la Corte
en el presbiterio hincados,
la Reina en reclinatorio,
el Rey en sillón de brazos,
sus hijas en taburetes,
los infantes en escaños,
y los novios en cojines
de terciopelo muy blandos.
Jimena lleva partidos
los cabellos, y trenzados
con hilos de gruesas perlas
en dos trenzas de ocho cabos.
El jubón de mangas cortas
por el cuello abierto en cuadro,
muy desgarrado el escote
y muy bien acinturado.
El pecho y hombros la cubren
collares y relicarios,

con medallas guarnecidas
de amatistas y topacios.
Cintillos, pulsos y ajorcas
lleva puestos en los brazos,
y anillos de pedrerías
en los dedos de ambas manos.
En la falda delantera,
de damasceno brocado
cuelga un abanico persa
de plumas de papagayo.
Por toca y corona lleva
de oro en la cabeza un aro,
y un velo de gasa de oro
prendido en lugar de manto.
Las joyas que lleva encima
en muchos cuentos tasaron;
herencia son de su padre,
y de los reyes regalos:
la luz que destellan, ciega
con mil destellos y rayos,
con que parece Jimena
más que una mujer, un astro.

Ruy Díaz viste un justillo
con hebillas ajustado,
cortado el vuelo en almenas
del cinturón por debajo.
Las mangas lleva atacadas
con herretes cincelados,
que cuelgan de las hombreras
cuando se mueve sonando.
La espada en cinto de cuero
colgada de acero en ganchos,
que no usa estoques de corte
quien gana la tierra a tajos.
Un birretillo de grana
con una pluma de gallo,
y guantes y borceguíes
de ante guadamacilado,
completan la vestidura
del Cid, en el día fausto
en que ante Dios a Jimena
jura amor eterno y casto.

A la luz de los dos cirios
que les han puesto en las manos,
la bendición recibieron
y el *¡sí!* tremendo cambiaron.
Todos los ojos estaban
en sus semblantes clavados,
y ellos, rojos como guindas,
ante el fuego de ojos tantos.
Los abades y los monjes,
entonces asaz livianos,
miraban un poco audaces
a Jimena de soslayo.
La gente andaba en puntillas
para mirarla ondulando,
y el pueblo hacía en el templo
como en plaza de mercado.
Jimena estaba más roja
que la flor del amaranto,
y al ver lo que esto duraba
se iba el Cid amostazando.
Por fin, dió fin el Obispo
a los kiries y los salmos,
y devotos santiguándose
los Reyes se levantaron.
Abrieron calle entre el pueblo
los maceros con trabajo,
y la nupcial comitiva
cruzó la iglesia a codazos.
Monjes, abades, obispos
y canónigos con palio
salieron a despedir
a los Reyes hasta el atrio.
Diéronles allí, muy graves,
el último guisopazo,
y así se hicieron las bodas
de Rodrigo el Castellano.

—

De la iglesia van saliendo
los Reyes, los desposados,
los infantes y la corte
con sus nobles dignatarios.
Todo es oro, seda, plumas,
brinquiños, joyeles, lazos,

pajecillos con blasones,
y corceles con penachos.
Los pertigueros delante
van abriéndoles el paso,
con bastones regateros
romper pies amenazando.
Tras de ellos los concejales
con anguarinas de paño,
con monteras de tres puntas
y medallones dorados.
Detrás los jueces de Burgos
con sus varas en las manos,
y sus birretes con chías
y sus luengos capisayos;
detrás los reyes, los novios,
las damas, los cortesanos,
y detrás los ricos homes,
y detrás el populacho.

El Rey, como buen padrino
dadivoso y manilargo,
con él llevaba a los novios
a yantar a su palacio.
Por las calles por do iban
hallaban engalanados
balcones y miradores
con colchas y con damascos:
y en miradores y calles
agitándose apiñado,
les saludaba de Burgos
el honesto vecindario.

El suelo estaba cubierto
de trébol, juncia y mastranzo,
y las tapias de retama
y madreselva con ramos.
A la entrada de la plaza
y a costa del Rey alzaron
de cañas, flores y juncos
muy pulidos unos arcos;
y por divertir al Rey
y a los novios por el tránsito,
hicieron unos festejos
tan sinceros como zafios.
Salió Pelayo hecho toro
con un capuz colorado,
seguido de mojigangas
de gigantes y de enanos.
Salió también Antolínez
a la jineta en un asno,
y Peláez con vejigas
sacudiendo a los muchachos.
Bailáronse por seis danzas
las de espadas y de palos,
con gaitas y tamboriles
gallegas y zamoranos.
Diez maravedís de plata
mandó el Rey dar a un lacayo,
porque asustaba a las mozas
con un vestido de diablo;
y otros diez a una zagala
que le ofreció desde un carro
un gran queso en una cesta
y dos corderillos blancos.
Iba con el Rey Jimena
trabada de él por la mano,
con la Reina, su madrina,
sus suegros y sus cuñados.
Por las rejas y ventanas
arrojaban trigo tanto,
que el Rey llevaba en la gorra,
que era ancha, un gran puñado;
y como a Jimena Gómez
se la metían los granos
por el escote y collares,
el Rey se los va sacando,
Para que lo oyera éste
dijo don Suero muy alto:

«Aunque es de estimar ser rey,
estimara más ser mano.»

Mandóle por el requiebro
el Rey un rico penacho,
y a Jimena para en casa
mandarle la hizo un abrazo.

Así iba la comitiva
la ciudad atravesando
desde la iglesia al alcázar
entre vítores y aplausos.

Trataba el Rey con Jimena
de trabar plática en vano,
porque ella su discreción
acreditaba callando;
pues sabe que la mujer
que habla con un soberano,
es pez que abre mucha boca
en agua en que están pescando.

Llegó a palacio el gentío,
y partiéndose a dos lados
entróse en él a yantar
el Rey con sus convidados.

II

La gente a la mesa puesta
a la del Rey hizo honor:
y estuvo él tan decidor
como la novia modesta.

El Cid comía y callaba
como hombre de poca lengua:
que en hombres bravos es mengua
mostrar tener lengua brava.

Hubo algo más que el diario
sin que hubiera demasías;
pues los reyes de estos días
no se comían su erario:

que estaba avizor el moro
día y noche en la frontera,
y en aquellos tiempos era
caro el hierro y poco el oro.

Lo cual no quiere decir
que el Rey anduviera avaro:
sino que el Rey no era caro
en el comer y el vivir.

Mas lo era en el regalar;
porque tenía por ley
ser pródigo como Rey
y económico en su hogar.

Hubo, pues, lujo de sopas,
caza, pescado de río,
tierno pan y vino frío
servido de plata en copas:

carne y temprana legumbre,
hojaldre y pastelería,
y queso y confitería
de postre, según costumbre.

Comióse bien; y fué, en fin,
un festín, según se ve,
la comida: aunque no fué
de Baltasar el festín.

Brindóse tras el yantar,
bebiendo con discreción;
y al fin de la colación
entró en la sala un juglar;

y en un romance tan rudo
como el latín eclesiástico,
salmodió un ritmo encomiástico
tosco y de tropos desnudo:

mas que al juglar dió gran prez
en aquella edad sencilla,
en que el habla de Castilla
aún estaba en su niñez.

El Rey, con largueza mucha,
en premio del buen cantar,
dió un vaso de oro al juglar
y un sayo azul con capucha.

El Cid, que es muy poco amigo
de versos y que desprecia
lo que ni entiende ni aprecia,
le mandó un saco de trigo.

El Rey, por enhorabuena,
hizo al Cid presentes varios;
la Reina, unos relicarios
de gran valor dió a Jimena.

Las infantas la besaron
dándole el tú como a hermana,
y al Cid, con franqueza llana,
los infantes abrazaron.

Con que, acabado el yantar,
tornaron todos contentos
el Rey a sus aposentos
y los novios a Vivar.

Allí, en su hogar solariego
al dar a Jimena abrigo,

la dió posesión Rodrigo
de pan, agua, sal y fuego:
y legítima mujer,
quedó instalada en Vivar
como el ángel del hogar
de todo el pueblo a placer.
Doña Teresa y don Diego
con deferencias sin tasa,
como señora en su casa
la aceptaron desde luego:
y habiendo puesto Rodrigo
en el cuarto en que nació
su lecho nupcial, llevó
a él a su mujer consigo.
Cerró las puertas Bibiana:
y al retirarse discreta,
a los novios y al poeta
dijo al par: «Hasta mañana.»

—

Todo el amor lo acomoda,
todo lo allana y lo llena;
los enemigos acoda,
los extremos encadena;
y olvidando ofensa toda,
absuelve de culpa y pena:
por eso se hizo la boda
de Rodrigo con Jimena.

III

Ella, heredera opulenta
del rico conde asturiano,
y él, por su hogar castellano
y por su Rey rico en renta,
juntaron en un solar
tanta riqueza y poder,
que sólo reyes a ser
podrían a más llegar.
Mas no imagines, lector,
que en Vivar vivía el Cid
como hoy un duque en Madrid
o como en Londres un lord:
porque la oncena centuria
en la que el buen Cid vivía,
era una mezcla bravía
de lujo y bárbara incuria.
Un rico, obispo o guerrero,
de siervos o feligreses
gastaba el oro en arneses
de preste o de caballero.
Llevando de soberano
lujoso atalaje encima,
tal vez dormía en tarima
y comía con la mano.
Y gastando oro sin tasa
hasta en las casas que hacía,
apenas tener sabía
comodidad en su casa.
La de Rodrigo en Vivar
era la de un labrador,
hereditario señor
de un solariego lugar.
Su solar hereditario
formaban, según mis cuentas,
de casas más de doscientas
con plaza, iglesia y santuario.
Uno es posesión precisa
para romería anual,
que siempre ha de acabar mal,
con palos tras de la misa.
Es costumbre inmemorial
por ley en Castilla impuesta:
sin paliza no hubo fiesta
desde el tiempo de Tubal.
Y como no hay sin santuario
lugar, Vivar tiene el suyo;
en el cual, si mal no arguyo,
se apaleó su vecindario.
Frente de él, en un cerrillo,
se elevaba un castillejo,
fuerte aún, pero ya viejo,
con foso, puente y rastrillo;
donde en caso de algarada
salvos hembras y caballos,

iban señor y vasallos
a huir la primer entrada;
pero la espalda al volver
la rapaz morisma suelta,
les salía el Cid la vuelta
por los valles a coger.

Así entonces se vivía
y no se vivía mal;
porque siempre juego tal
que iba a espadas se sabía.

De peor modo hoy se campa:
nuestra sociedad de hoy
juega a oros, y yo estoy
en que se juega con trampa.

En aquella edad de hierro
en que había que tener
algún hierro que coger
y un castillo en algún cerro,
de sus tierras cual señor
era juez territorial
y juzgaba el Cid no mal
desde el clérigo al pastor.

Como labrador tenía
la propiedad del terruño;
que no labraba su puño,
mas que con él defendía.

Defendido y defensor
viendo cual propio el terreno,
se hacían uno a otro bueno
el labriego y el señor;
y toda la vecindad
familia suya o su sierva,
vino, pan, frutos y yerba
le pechaba por mitad.

Y como predios tenía
más de cincuenta en la vega
que hasta Muñón y Pampliega
el Arlanza recorría;
y como todo labriego
era tenido en pericia
de labranza y de milicia
y entraba en la guerra en juego;
y como en tal tiempo y tierra
tenía todo vasallo
de la labranza el caballo
con caparazón de guerra,
resultaba que era el Cid,
y antes su padre don Diego,
un riquísimo labriego
y un poderoso adalid.

Mas no por eso en su hogar
vivía mucho mejor
el señor que el labrador
que por él iba a sembrar.

No había de ambos en casa
más que lo muy necesario
para el servicio diario,
con comodidad escasa;
pues con la existencia activa
que era preciso traer,
nadie había menester
comodidad excesiva.

Lo que más se procuraba
era tener al abrigo
mucho vino o mucho trigo
por si no se laboreaba:
lo cual suceder solía
por el repentino daño
que al mejor tiempo del año
el moro en la tierra hacía.

Noble y rico un castellano,
viviera en pueblo o castillo,
tenía un vivir sencillo
mezcla de regio y villano.

La casa partida en dos;
arriba el señor, abajo
el siervo: éste a su trabajo
y él a la buena de Dios,
vivían ambos en ella
ni divididos, ni a par:
uno y otro sin cuidar
que fuera cómoda o bella.

No era, pues, la servidumbre
rudo afán, tirano yugo
de víctima y de verdugo,
sino deber de costumbre:

creada fraternidad
entre el siervo y el señor;
basada en el mutuo amor,
no de éste en la autoridad.

Los aperos del trabajo,
todo en lo que éste no piensa,
cuadra, hogar, cueva, despensa,
están en el piso bajo:
do en trabajo no servil,
viven con muy poco afán
desde el paje al capellán,
desde la dueña al motril.

De noche abajo las telas
se hilan de lienzo y manteles:
se bebe en hondos picheles,
se come en anchas cazuelas:
arriba se sirve en plato
y el vino en copa se escancia:
el lujo está en la abundancia,
no en señoril aparato;
pues suelen en las veladas
bajar amos y señoras
a escuchar con sus pastoras
los cuentos de sus criadas.

Amo y siervo en su interior
no tienen más diferencia
que aquella que la decencia
exige del superior.

Arriba, grandes armarios,
arcas, baúles roperos,
armaduras en percheros,
junto al lecho relicarios;
y si hay en casa quien lea,
lo que hace el señor muy mal,
algún viejo santoral
o vulgar farmacopea.

Nada de los mil primores
fútiles de que hoy usamos;
palmas al balcón o ramos,
y en los aposentos flores.

Allá en algún gabinete
de una señora feudal,
luce tapiz oriental,
trasciende árabe pebete;
viste cuero cordobés
guadamacilado el muro;
un atril de nácar puro
sostiene un libro al revés.

Cargadas de virgen cera
penden lámparas del techo;
y alfombran los pies del lecho
pieles de oso y de pantera;
mas tal vez estos primores
ante su dueño atarazа
algún gran perro de caza
o una pareja de azores.

Así en Vivar se vivía
y así en nuestra tierra toda,
y desde la época goda
quien vive así hay todavía.

Y plegue a Dios que esta sana
franqueza entre siervos y amos
jamás del todo perdamos
en la tierra castellana.

Los de Vivar a Jimena
cuya estirpe conocían,
cuya historia atroz sabían
y de quien ven la alma buena,
miraban con el respeto
con que a una imagen de altar;
siendo Jimena en Vivar
de alta reverencia objeto.

Sus colonos asturianos
la enviaban con pocas cuentas
las muchas y pingües rentas
del solar de los Lozanos.

El pueblo, a quien generosa
trató desque a él ha venido,
bendecía al buen marido
de tan noble y buena esposa.

Con las rentas de los dos
casa y hueste mantenían,
como sacar no podían
algunos reyes en pos:
y así viviendo en Vivar

el Cid Rodrigo y Jimena,
vieron límpida y serena
la luna de miel pasar.
Amándose con pasión,
y olvidadas las injurias,
en Castilla y en Asturias
adorados ambos son:
Conque los nuevos esposos,
idolatrados señores,
en sus logrados amores
eran en Vivar dichosos.
Pero dicha sin disgusto
jamás hay sobre la tierra,
y siempre al amor la guerra
tuvo en incesante susto.
El Rey salir a Rodrigo
mandó a campear por España,
y el Cid no puede a campaña
sacar su mujer consigo.
Los que habían jurado a Dios
dos vidas en una unir,
tenían que dividir
otra vez su vida en dos.
Deber y amor exigían
a la mujer y al marido
del voto tan mal cumplido
la unión que romper debían:
y entre el amor y el deber
y la mujer y el honor,
ni vaciló el Campeador
ni discutió la mujer.
Triste sí, pero serena,
le ayudó ella misma a armar;
partió él al campo, y Jimena
se quedó sola en Vivar.

IV

Sostén de Castilla el Cid,
del Rey de Castilla en pro
por él fué, riñó y venció
en una y en otra lid.
Levantó el Rey mucha gente,
recibió el Cid de sus moros
mil caballos y tesoros;
y puesto el Rey a su frente,
el Rey y el Cid a domar
del alemán la arrogancia,
fueron por tierra de Francia
las de Alemania a buscar.
Con asombro, allá en su tierra,
llegó a oír el alemán,
que el Rey y el Cid sobre él van
con diez mi hombres de guerra.
Conque, entrando en reflexiones
con datos más valederos,
comprendió que los corderos
se le volvían leones.
Según el viento la capa
se puso, y cambió lenguaje
enviando un doble mensaje
al castellano y al Papa.
Alcanzó al Rey en Tolosa
el mensajero imperial;
y al leer mensaje tal
dijo: esto ya es otra cosa.
Mas previniendo un ardid
si por la mano le toma,
envió, incontinenti, a Roma
por su embajador al Cid.
Para tener algo a raya
de éste el carácter entero,
le dió el Rey por compañero
a Alvar Fáñez de Minaya:
y con una escolta gruesa
de caballos berberiscos,
por atajos y por riscos
diéronse a Roma en ir priesa.
Fernando asentó sagaz
una tregua sin mancilla,
y dió la vuelta a Castilla
con el corazón en paz.
A su palacio llegando,
fiel vasalla y mujer buena,
demandando halló a Jimena
nuevas, que la dió Fernando.

Y al oír que ha de tardar
el Cid de Roma en volver,
de ofrecérsele a pesar,
no quiso en palacio entrar:
y como buena mujer
tornó a esperarle a Vivar.

—

Y esperando día a día,
contando el tiempo corrido
y el que trascurrir debía,
Bibiana un día al oído
la dijo: «Pues, hija mía,
esto no es tener marido.»

V

Alvar Fáñez, hombre ducho
en negocios y prudente,
trabajó muy bravamente
y alcanzó del Papa mucho.
Mas Ruy, que sus miramientos
por miedo y vilezas toma,
comenzó a hartarse de Roma,
su Papa y sus monumentos.
Comparó el lujo pagano
del clero cardenalicio
con el mísero servicio
del buen clero castellano;
y las costumbres romanas
llenas de sensual cinismo;
los templos del cristianismo
llenos de estatuas paganas;
la vieja *auri sacra fames*
que roe a la vieja Roma,
que alarga doquier y asoma
sus viejas garras infames;
aquel su instinto perverso
e inmemorial de pedir,
de servirse y no servir
sin cobrar al universo:
aquel su orgullo tirano
de centro del mundo ser,
sólo a sombra por yacer
del Capitolio romano:
le hicieron ratificar
en que había obrado en conciencia,
la romana dependencia
de Castilla en rechazar.
Conque el instante no ve
de volver la espalda a Roma,
do siente que una carcoma
le está royendo la fe.
Minaya, que el tiempo pasa
en procederes de curia,
puede mal tener su furia
ni tenerle quieto en casa:
y conociendo su humor,
teme que no le haga el diablo
con San Pedro o con San Pablo
dar al traste a lo mejor.
Al fin, les dió el Papa audiencia;
y entre príncipes romanos
y purpurados cristianos
se hallaron en su presencia.
Expuso Alvar su misión;
y mientras Alvar hablaba,
Ruy Díaz examinaba
la gente y la habitación.
Al pie del trono Papal,
vió en círculo colocadas
siete sillas blasonadas
todas con corona real.
Examinólas atento,
y vió que el Emperador
antes que el Rey, su señor,
tenía puesto su asiento.
La sangre se le encendió;
pero pensando en Jimena
que era cristiana tan buena,
como pudo se aguantó;
mas hizo el diablo de modo
que cuando Alvar concluía,
vió que el Papa le ponía
dificultades a todo:
y entendiendo que, alemanes

el Emperador y el Papa,
se hacían uno a otro capa
como dos viejos truhanes,
para probarles con hechos
que tenía conocida
y aceptada la partida,
el juego tomando a pechos,
se avanzó a las siete sillas,
y dió al asiento imperial
una puntillada tal
que con el pie le hizo astillas:
y sin pararse a mirar
el general estupor,
puso la de su señor
de la que rompió en lugar.
Un príncipe bavarés
se fué a Díaz con enojo:
mas Ruy Díaz le echó el ojo
mirándole de través,
y al alzarle aquél la mano,
le sentó el puño en el pecho,
haciéndole dar maltrecho,
sobre el grupo cortesano.
Tras de lo cual se cuadró
diciendo: «El que bien no lo halle,
»échese tras mí a la calle
»y verá lo que hago yo.»
El Papa Víctor, airado,
puesto de pie ante su trono,
dijo con tremendo tono:
«Sal: estás excomulgado.»
Ruy, que no tembló delante
de hombre alguno en paz ni en guerra,
hincó la rodilla en tierra
y al Papa dijo arrogante:
«Fuerza es que aquí se resuelva
»del Rey y el Emperador
»el pleito en nuestro favor
»antes de que yo me vuelva.
»Y siendo muy buen cristiano
»de raza y de corazón,
»no acepto yo excomunión
»de alemán ni de romano.
»Conque, ojo alerta vivid:
»absolvednos a los dos,
»o por Papa que seáis vos
»vais a ver quién es el Cid.»
Fijo el Papa le miró:
y como viéndole, ve
de su alma el brío y la fe,
calmándose sonrió.
Comprendiendo que era España
tierra de hombres tan enteros
como cristianos sinceros,
dijo ya manso y sin saña:
«Castellano, absuelto estás:
»nada mientras el sol radie,
»ni al Emperador ni a nadie
»pechará España jamás.»
Y fuera porque en conciencia
viera en Castilla razón,
o por no ver la ocasión
de traerla a dependencia,
risueño y benevolente
de Ruy se apoyó en el hombro,
y fuése, con grande asombro,
de su cortesana gente.
Alvar, que desde la cuna
fué sagaz observador,
dijo: «Siempre van a una
la fortuna y el valor.»

VI

Nuevas están esperando
del Cid el Rey y Jimena:
ella en Vivar con gran pena
e inquieto en Burgos Fernando.
Ella, el ángel del hogar,
tuvo con sus propias manos
los ojos de los hermanos
de Ruy Díaz que cerrar.
El uno, al fin consumido
por su enfermedad interna,
fué de esta vida a la eterna
pasando a paso medido.

El otro, tal vez del Cid
envidioso, fué a campaña
y fué su primera hazaña
caer en la primer lid.

Trajéronle moribundo
a Vivar; y, hermana buena,
en su agonía, Jimena
le ayudó a salir del mundo;
y desolada en Vivar
quedó, de su esposo lejos,
consolando a los dos viejos
como el ángel del hogar.

El Rey, por su parte, anda
mustio y falto de reposo,
porque el moro revoltoso
se rebela o se desmanda.
Y proyectada una empresa
contra Aragón y Toledo,
está esperando, con miedo,
de que Ruy no torne apriesa.

Al fin, tornó una mañana;
y Alvar al Rey cuentas dió
de cómo se aseguró
la libertad castellana.
De cómo en junta en Tolosa
un Nuncio y jueces romanos,
ante ellos y los germanos
dejaron a España airosa.
Explicó así por qué tanto
tardaron de allá en volver,
e hizo, al fin, al Rey saber
lo del Cid y el Padre Santo.
De ello holgó el Rey muy contento;
y al demandarle, jovial,
por qué ante el Papa hizo tal,
dijo el Cid con firme acento:
«Porque español de fe sana,
»gobernar al Papa dejo
»las iglesias: mas no cejo
»ante la ambición romana.»

—

Suspenso el Rey se quedó
a estas palabras del Cid:
y cuando les despidió
estar les recomendó
prontos para entrar en lid.
Y Alvar, que todo lo apunta,
y todo lo toma a peso,
dijo: «Ruy, se me barrunta,
»que es el solo hombre que junta
»con buenos puños buen seso.»
Y partiéndose a la par,
fuése el Rey a su aposento,
y Alvar y Ruy a descansar:
aquél a su alojamiento,
y éste a su paterno hogar.

—

La alegría y el dolor
saliéronle a recibir
con el ángel del amor,
que ayuda consolador
allí a expirar y a vivir.
Hijo y padres se agruparon
en los brazos de Jimena,
y en su regazo lloraron
por los que en ella encontraron
al morir hermana buena.
Y con su amor y dolor
encerrados en Vivar,
sintieron consolador
ir poco a poco al amor
tornando el gozo al hogar.
Que todo amor lo acomoda,
y acaba con toda pena;
y Dios la ventura toda
envió a Vivar con la boda
de Rodrigo con Jimena.
Mas como Dios siempre es justo
y ha nivelado en la tierra
el placer con el disgusto,
y siempre en continuo susto
al amor tuvo la guerra,
volvió a la guerra a llamar
otra vez el atambor;
y tornó el Cid a campear

y a quedar sola en Vivar
la vejez con el amor.
Y al anochecer del día
en que el Cid había partido,
Bibiana, triste, decía
a su Jimena: «Hija mía,
»esto no es tener marido.»

VII

Ruy Díaz, hombre de puños,
de seso y de corazón,
es hijo de la fortuna
y favorito de Dios.
Donde él mete sus dos puños
de campañas en cuestión,
por sus puños queda siempre
suyo el campo y el honor.
Donde él, en duda o apuro,
da una idea u opinión,
duda y apuro se allanan
por lo que él imaginó.
El último en la palabra,
es el primero en la acción;
y en defensa de Castilla
siempre dice: —¡Allá voy yo!
El móvil de sus hazañas
es la gloria y la extensión
del pendón y las fronteras
de la patria en que nació.
Y antes de que él de su tierra
deje arrancar un terrón
a Emperador, Rey o Papa,
ni el privilegio menor
de su absoluto derecho
de independiente nación,
aunque arriesgue padres, hijas,
hacienda, vida y amor,
aunque haga campo la Iglesia
e incurra en excomunión,
con él se las ha de haber
Papa, Rey o Emperador.
Sin una tacha en su vida
ni una mancha en su blasón,
jamás los ojos altivos
ante hombre alguno bajó:
jamás volvió un paso atrás,
ni tuvo retractación
que hacer de dicho ni de hecho
en cuanto dijo y obró.
Invencible combatiente,
generoso vencedor,
entre amigos y enemigos
ganó prez y estimación.
Los moros le llaman Cid,
los cristianos Campeador;
y donde él campea, campa
por sí solo como el sol.
A los árabes da miedo,
a los cristianos valor,
a los extraños envidia,
y a todos admiración.
Los castellanos le adoran,
el Rey le da su favor,
y delante de el del Rey
va a la guerra su pendón.
Mas do lleva por Castilla
la victoria de sí en pos,
el pendón del Rey tremola
sobre el campo que ganó;
porque el Cid es de Castilla
la personificación,
y donde él vence, es quien vence
su patria, el pueblo español.
Por eso el Rey don Fernando
a Calahorra le envió
de sus derechos a ella
por juez y mantenedor.
Por sí el Rey aragonés
a Martín Gómez sacó,
como la primera lanza
de su reino de Aragón.
Lidióse en campo cerrado:
bien Martín Gómez justó,
pero en el segundo encuentro
le sacó el Cid del arzón.

Bote mortal por desgracia
para tan buen justador,
el Cid ganó a Calahorra
del bote que le mató.
Holgóse el Rey don Fernando
del pro de su campeón;
y avezado ya del Cid
a fiar su honra y su pro,
«puja», le dijo; y pujando
Ebro abajo, en meses dos
a moros y aragoneses
trajo el Cid a la razón.

—

Y mientras él se batía
por Dios, Rey, patria y honor,
Jimena en Vivar moría
de angustia y melancolía
consumiéndose de amor.
Y de este amor puro y bueno,
siempre en soledad y luto
envuelto, y de angustias lleno,
siente Jimena en su seno
que gesta ya el primer fruto.
Y viendo que no volvía
de la guerra a do era ido,
Jimena, triste, decía
a Bibiana: «¡ay, ama mía,
»esto no es tener marido!»

VIII

En su Vivar solariego
a su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Jimena
que espera próximo el parto.
Cuando además dolorida
una mañana en disanto
bañada en lágrimas tristes
tomó la pluma en la mano.
Y después de haberle escrito
mil quejas a su velado,
bastantes a domeñar
unas entrañas de mármol;
de nuevo tomó la pluma,
y volvió de nuevo al llanto,
y de esta guisa le escribe
al noble Rey don Fernando:
«A vos, mi señor el Rey,
el bueno, el aventurado,
el magno, el conquerídor,
el agradecido, el sabio,
»la vuestra sierva Jimena,
fija del conde Lozano,
a quien vos marido distes,
bien así como burlando;
»desde Vivar os saluda,
donde vive lacerando;
las vuestras andanzas buenas,
llévevoslas Dios al cabo.
»Perdonédesme, señor,
que no tengo pecho falso,
y si mal talante os tiene,
no puede disimularlo.
»Yo estoy de vos querellosa,
y os escribo mal mi grado,
maguer que enemiga os tengo,
a fuerza de mis agravios.
»Respondédme en puridad
con letras de vuestra mano;
aunque yo al demandadero
le pagare el aguinaldo.
»¿Qué ley de Dios vos otorga,
que podáis por tiempo tanto,
como ha que fincáis en lides,
descasar a los casados?
»¿Qué buena razón consiente,
que a un garzón bien doctrinado,
falaguero y humildoso,
le enseñéis a león bravo?
»¿Y que de noche y de día
le traigáis atraillado,
sin soltarle para mí,
sino una vez en el año?
»Y esa que me le soñáis,
fasta los pies del caballo

tan bañado en sangre viene,
que pone pavor mirarlo.
»Y no bien mis brazos toca,
cuando se duerme en mis brazos,
y en sueños gime y forceja,
que cuida que está lidiando.
»Y apenas el alba rompe,
cuando le están acuciando
las escuchas y adalides
para que se vuelva al campo.
»Lástima tiene de verle
tan extraño y acosado
la su madre y los mis ojos
de tanto llorar cansados.
»Y aun cuando se desposó,
fizo tan buen desposado,
que pasar no le dejastes
tres meses en cuatro mayos.
»Si lo facéis por honrarle,
asaz Rodrigo es honrado,
pues no tiene barba, y tiene
cinco reyes por vasallos.
»Yo finco, señor, en cinta,
y en nueve meses he entrado,
y me pueden empecer
las lágrimas que derramo.
»Que como otro bien no tengo,
y me lo avedes quitado,
en guisa le lloro vivo,
cual si estuviere finado.
»No permitáis se malogren
prendas del mejor fidalgo,
que sigue cruces bermejas,
ni a Rey ha besado mano.
»Doleos, noble señor,
de ver que acueste a mi lado,
en vez de su mancebía,
una vieja, y suegra al cabo.
»Que aunque me muestra cariño,
dos celebros entranzados
mala amistanza mantienen
en un hogar y un estrado.
»Dadle mi escrito a las llamas,
non se faga dél palacio;
que en malos barruntadores
no me será bien contado.
»Y enderezadme este tuerto;
ya sabéis lo que os demando.
Mirad que se ofende el cielo
de fecho tan mal guisado.»

IX

Pidiendo a las diez del día
papel a su secretario,
a la carta de Jimena
responde el Rey por su mano.
Después de facer la cruz
con cuatro puntos y un rasgo,
aquestas palabras finca
a guisa de cortesano:
«A vos, Jimena la noble,
la del marido invidiado,
la discreta, la homildosa,
la que cedo espera el parto,
»el Rey, que nunca vos tuvo
talante desmesurado,
vos envía sus saludes
en fe de quereros tanto.
»Que estáis de mí querellosa
decís en vuestro despacho,
y que no suelto a Rodrigo
sino una vez en el año.
»Y que cuando está con vos,
en lugar de falagaros,
en vuestros brazos se duerme,
como viene tan cansado.
»A no vos tener en cinta
vuestro esposo el alindado,
creyera de su dormir
lo que me avedes contado.
»Mas, pues vos tiene, señora,
con el brial levantado,
no se ha dormido en el lecho,
si espera en vos mayorazgo.
»Que si Rodrigo estuviera

al vuestro llavero atado,
en patrimonio ni hacienda
no hubiera sobrepujado.

»Si con otros infanzones
se anduviera paseando,
vuestro San Miguel de oro
no estuviera bien parado.

»Y si yo no hubiera puesto
las mis huestes a su cargo,
no fuérades más que dueña,
ni él fuera más que fidalgo.

»Decísme que soy mal rey,
y que descaso casados,
y que por el mi provecho
no cuido de vuestros daños.

»Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
para mis namoramientos,
fuera bien el lamentarlo.

»Mas, pues, sólo vos le quito
para lidiar en el campo
con los moros convecinos,
no vos fago grande agravio.

»Decís, que vuestro Rodrigo
tiene reyes por vasallos;
ojalá como son cinco,
fueran cinco veces cuatro.

»Porque teniéndolos él
sujetos a su mandado,
mis castillos y los vuestros
no tendrán tantos contrarios.

»Decís que entregue a las llamas
la carta que me habéis dado:
a contener herejías,
fuera digna de tal pago.

»Mas, pues razones contiene
dignas de los sietes sabios,
mejor es para mi archivo,
que no para el fuego ingrato.

»Y porque guardéis la mía,
y no la fagáis pedazos,
por ella a lo que parierdes
le mando buen aguinaldo.

»Si fuese fijo, daréle
una espada y un caballo,
y cien mil maravedís
para ayuda de su gasto.

»Si fuere fija, prometo
de poner su dote en cambio,
desde el día en que naciere,
de plata cuarenta marcos.

»Con esto ceso, señora,
mas no de estar suplicando
a la Virgen vos ayude
en los dolores del parto.»

X

Y mientras el Cid triunfante
va por el Rey, su señor,
extendiendo sus fronteras
de Castilla y de León,
la noble Jimena Gómez,
mujer del Cid Campeador,
en sus solares de Burgos
el primer hijo le dió.
Fué a visitarla la Reina
con las infantas en pos;
hizo el pueblo luminarias
y el Rey la cumplimentó.
A bautizar al nacido
vino a la iglesia mayor
Poncio, arzobispo de Oviedo,
que a Jimena bautizó.
Grande amigo de su padre
el conde, a quien haya Dios,
bendecir quiso la prole
de su hija y su matador.

Mas no para sancionar
el hecho en conciencia atroz,
sino para dar al hecho
del muerto en nombre perdón.

Diego pusieron al niño:
y cuando el riesgo pasó,
salió a misa de parida
doña Jimena hecha un sol.

Para salir, de contray
sus escuderos vistió;
que el vestido del criado
dice quién es el señor.
Un jubón de grana fina
la hermosa dama sacó,
con fajas de terciopelo
picadas de dos en dos.
De lo mismo una basquiña
con la misma guarnición,
donas que le diera el Rey
el día que se casó;
y con los cabos de plata
un pulido ceñidor,
que a la condesa, su madre,
el conde en donas le dió.

Lleva una cofia de papos
de riquísima labor,
que le dió la infanta Urraca
el día que se veló.
Dos patenas lleva al cuello
puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pedro,
santos de su devoción.
Y los cabellos que al oro
disminuyen su color,
a las espaldas echados,
de todos hecho un cordón.
Lleva un manto de contray,
porque las damas de honor
mientras más su rostro encubren,
más descubren su opinión.
Tan hermosa va Jimena,
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera
por podella ver mejor.

A la entrada de la iglesia
al Rey Fernando encontró,
y para metella dentro
de la mano la tomó.

Dícele: «Noble Jimena,
pues es el Cid Campeador
vueso dichoso marido,
y mi vasallo el mejor,
que por estar en las lides,
hoy de la iglesia faltó,
a falta de brazo suyo,
yo vuestro bracero soy.
»Y a aqueste fermoso infante,
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedís,
y mi plumaje el mejor.»

No le agradeció Jimena
al Rey tan alto favor,
que le ocupó la vergüenza,
y a sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besar, y el Rey las huyó,
y acompañóla en la iglesia,
y a su casa la volvió.

XI

El Rey estaba ya viejo
de tantas guerras cansado,
puesto que toda la vida
se la pasó peleando:
empobrecidos los pueblos
de tantos tributos hartos,
gastadas las rentas anuas
y el tesoro real exhausto;
mas muchos los enemigos
y muy envalentonados
con la impunidad, se hacía
un ejemplar necesario.

Con la victoria del Cid
abierto a la lid el campo
y llegada la ocasión
que aguardaba el Rey callando,
un día llamó a campaña
y empezó a alistar soldados
con las joyas que la Reina
empeñó para pagarlos.
El pueblo, al ver de sus reyes
la alta prueba de amor patrio,

dijo: No haya reyes tales
a sus pueblos por ingratos
Y haciendo los municipios
esfuerzos inesperados
y en las iglesias el clero
por santa a la guerra dando,
reunieron seis mil hombres
y al Rey se los presentaron,
con caballos y con armas
y con sueldo de medio año.

El Cid, en triunfal carrera
corrió desde el Ebro al Tajo
contando un triunfo por día
y una conquista por paso.
Del huracán con el ímpetu
y la rapidez del rayo,
fué en rededor de Castilla
las fronteras ensanchando.
El Rey, que era el pensamiento
de quien él era la mano,
llegó muy a tiempo a dársela
al terreno toledano,
y en los árabes rebeldes
poniendo juntos espanto
con el castigo, volvieron
a los más bravíos mansos.
Lleváronse por delante
cautivos, oro y rebaños,
que a Castilla repusieron
de pérdidas y de atrasos;
y en seis meses de campaña
desde diciembre hasta mayo,
desde Toledo a Coimbra
corrieron y la sitiaron.

Pero era lugar muy fuerte,
todo en torno amurallado,
bien guarnecido de torres,
ceñido de fosos anchos.
Los moros que la tenían
eran mucho y muy bravos;
peleaban día y noche
sin temor y sin descanso.
El cerco los de Castilla
apretaban, pero en vano;
ellos están más enteros
cuanto mejor apretados.
Seis meses duraba el sitio
y era ya el invierno entrado,
y andaban los sitiadores
de fuerza y víveres faltos.
Gastábase tiempo y sangre
y comenzaba el desánimo
a cundir entre la gente,
rendida de hambre y cansancio.
Ya de levantar el cerco
trataba el Rey, y un asalto
postrero dar proponía
el Cid ya desesperado,
cuando los frailes Benitos
del convento de Lormano,
de trigo, mijo y legumbres
dieron al Rey grande abasto.
Juraba el abad que en sueños
le había Dios revelado
que Santiago pelearía
en pro de los castellanos;
y que levantar el cerco
era hacer injuria al Santo,
que ya el corcel ensillaba
para bajar a ayudarlos.

La fe hace andar a los montes:
ordenó el Rey el asalto:
fiados en el Apóstol
lanzáronse a él los cristianos,
y hubo quien vió andar en medio
del Rey y el Cid a Santiago
repartiendo cuchilladas
desde su jamelgo blanco.
Ello es que entraron a fuerza
en Coimbra los cristianos,
y dieron gracias a Dios
por la intervención del Santo.
El Cid, resistido al verse
por la vez primera tanto,
hizo esfuerzos de energúmeno
y hazañas de endemoniado.

Él fué quien entró el primero,
y a él se dieron despechados
los moros de la alcazaba,
como se dieran al diablo.
Inmenso fué el regocijo,
inmenso el botín ganado,
inmensa del Rey la gloria,
inmenso al Cid el aplauso.

Descansó en Coimbra el Rey
el mes de noviembre, y trajo
en literas a la Reina
y a las infantas, llamando
al buen obispo de Oviedo
con todos sus sufragáneos
para consagrar a Cristo
las mezquitas de los bárbaros.
Hubo tres días de fiestas;
y al mediodía del cuarto,
en la mezquita mayor
que a la Virgen dedicaron,
a Ruy Díaz de Vivar,
el campeador castellano,
armó caballero el Rey
en el altar de Sant Yago.
El Rey le ciñó la espada;
y no le dió espaldarazo,
sino le besó en la boca
como si fuera su hermano.
Y por hacerle más honra
la Reina le dió el caballo,
la armadura don Alonso,
la lanza y broquel don Sancho.
Y la infanta doña Urraca
con sus nacarinas manos
le calzó la espuela de oro
sobre un cojín de damasco.
Porque se la puso trémula,
roja y con los ojos bajos,
dieron en decir que fueron
de chicos enamorados.
Si fueron o no, lo saben
ellos y Dios: los hidalgos
jamás fían los secretos
del corazón a los labios.

Así fué el Cid caballero;
y si su Rey le honró tanto
fué porque mantuvo el Cid
la honra del Rey en sus brazos.

XII

Conque, firmadas las paces
y ensanchadas sus fronteras,
a sombra de sus banderas
el Rey recogió sus haces:
y a los reyes de Sevilla,
Córdoba, Murcia y Toledo,
impuesto tributo y miedo
volvióse en triunfo a Castilla.

Mas en su vuelta triunfal,
de él y su gloria mundana
triunfó la flaqueza humana
con enfermedad mortal.

Cuando vencedor volvía
del aragonés y el moro,
soñó que San Isidoro
de su muerte le advertía:
y confirmó su visión
el mal que le sobrevino
en la mitad del camino
desde Coimbra a León.

Entró en aquella ciudad
en litera conducido,
de fiebre mortal cogido,
el día de Navidad.

Y aunque en lecho no se puso
porque morir en pie quiso,
morir vió que era preciso
y a morir bien se dispuso.

Se hizo a la iglesia llevar;
oyó misa y comulgó,
la corona se quitó
y exclamó vuelto al altar:
«Dios, creador y sostén
»del mundo, en él todo es tuyo:

»cuanto hube te restituyo.
»¡Clemencia de mi alma ten!»
Y delante del altar
sobre ceniza tendido,
quitóse el regio vestido
y se mandó amortajar.
Rey bueno, de juicio sano,
gran fe y corazón sincero,
vivió como caballero
y murió como cristiano.
Pero hizo un mal testamento,
lo que afanes muy prolijos
juntar costó, entre sus hijos
dividiendo en un momento.
Partió el reino en cinco trozos,
y cuando se los legó
discordia en ellos dejó
sembrada a sus hijos mozos.
En vano a tiempo le dijo
el buen viejo Arias Gonzalo
que aquel testamento malo
no iba bien a ningún hijo.
El Rey, por Rey, o por viejo,
o por paternal amor,
juzgando el suyo mejor
no oyó de Arias el consejo:
y preparóse a morir
dejando, obcecado, a España
hecha campo de cizaña
que acizañó el porvenir.
Rey grande y conquistador,
de su patrimonio estrecho
un gran reino había hecho,
de día en día mayor;
y fuerte por la unidad,
libre por su independencia,
le echó al fin de su existencia
en mayor debilidad.
¡Tal es el hombre mejor!
En el que más ve y más sabe,
montón de polvo, no cabe
más que falacia o error.
Creen los Reyes que su Estado
es hacienda propia suya
que es justo que distribuya
cada Rey según su agrado:
y por este error fatal,
cual capa vieja y raída
con cien remiendos zurcida
de su color cada cual,
vivió reyezuelo tanto
la España en hombros trayendo,
cada cual de su remiendo
aspirando a hacer un manto.
¡Errores de cada edad!
Por un viejo error muy sendo
tiene aún España un remiendo
de muy mala calidad:
y hoy al contemplar su mapa
hay quien dice al ver su trazo:
¡qué lástima de retazo
cortado a tan buena capa!

XIII

Sujeto a error por ser hombre,
pero con fe buena y cándida,
muere el Rey dejando duelos
tras una vida sin tacha.
En San Isidoro muere
de su altar sobre las gradas,
sobre un montón de ceniza
con humillación cristiana.
Cilicios tiene ceñidos
bajo la pobre mortaja,
y los salmos de la muerte
el clero abacial le canta.
Con una vela en la mano
responde el Rey con voz flaca
al arzobispo de Oviedo
que le recomienda el alma.
En torno suyo la Reina,
los príncipes, las infantas,
los nobles, los ricos homes,
Alvar Fáñez de Minaya,
el conde don Per Anzules,

Ruy Díaz, Gonzalo Arias,
sus soldados y su pueblo
lloran rezando en voz baja;
y se oye en los intervalos
de las mortuorias plegarias,
el estertor del que lucha
con sus postrimeras ansias.

En un intervalo de éstos,
cuando nadie respiraba
por no turbar al que expira
con una muerte tan santa,
desprendida de repente
de los demás doña Urraca,
postróse junto a su padre
diciéndole, desolada:

«Padre, ¿cómo, buen cristiano,
»mueres en Cristo y en calma,
»dejándome de tus hijos
»sólo a mí desheredada?
»¿Qué te hice yo, padre mío?
»¿Soy, tal vez, hija bastarda?
»¿Por qué a todos mis hermanos
»dejas mucho y a mí nada?
»¡En la miseria me dejas
»siendo de Castilla infanta!
»¿Quieres que mercado infame
»de tu honra y mi cuerpo haga?»

El Rey, un punto a la vida
vuelto por tales palabras,
alzó la cabeza y dijo:
«¿Quién de mi deshonra me habla?»
Respondióle el arzobispo:
«Vuestra hija doña Urraca.»
Miróla el Rey, ya sin vista,
mas con los ojos buscándola,
y díjola: «No te pierdas
»por pobre, ni por liviana.
»En un rincón de Castilla
»dejé a Zamora olvidada
»en mi testamento; tómala:
»como feudo tuyo, guárdala;
»y a quien te quite a Zamora,
»que mi maldición le caiga.»

Todos dijeron: «Amén.»
Don Sancho sólo callaba,
mirando la triste escena,
torvo y con la cara pálida.

El Rey, con su esfuerzo último
su última fuerza agotada,
cerró los ojos, dejando
caer la cabeza calva
sobre las losas; soltó
la vela que conservaba
en la mano, y quedó inmóvil,
vacío el cuerpo del alma.
La vela entre la ceniza
chisporroteando humeaba;
apagóla el arzobispo
diciendo: «Dios en su gracia
le reciba»; y sobre el cuerpo
tendiendo una oscura sarga,
quitó el muerto de la vista
de los que por él lloraban.

—

Vació el pueblo poco a poco
la iglesia, mientras hincadas
junto al cadáver la viuda
y sus hijos sollozaban.
Don Sancho permanecía
inmóvil como una estatua,
torvo, de pie y apoyado
en su espadón de batalla.

Por fin, el buen arzobispo
sacó de allí a doña Sancha
y a la infanta doña Elvira
enjugándose las lágrimas;
y el buen viejo Arias Gonzalo
asiendo de doña Urraca,
la dijo: «A Zamora vámonos,
»antes que alguno allá vaya.
»Vamos: mientras en Zamora
»viva yo y los de mi raza,
»podrán ir mil a pedírosla,
»pero ninguno a quitárosla.»

Dióla el brazo, y extendiéndola

el velo sobre la cara,
pasaron ante don Sancho
sin decirle una palabra.
Y mientras cruzar el templo
don Sancho les contemplaba,
juntáronse a él el Cid
y Alvar Fáñez de Minaya.

—

Se hicieron al Rey exequias
si no con pena sobrada
con llanto del pueblo, que es
la más pomposa mortaja.
Quedó el porvenir preñado
de tempestades cercanas;
y, Rey don Alonso siendo
de la tierra en que se hallaban,
doña Elvira se fué a Toro
y don García a Vizcaya;
don Sancho y su madre a Burgos,
y Alvar y el Cid a su casa.

V

I

Año y medio ha que don Sancho
reina en Castilla, y aún nadie
sus pensamientos penetra
ni sus intentos precave.
Sombra de su padre muerto,
de su guarda como ángel,
como freno de sus ímpetus,
vive a su lado su madre.
Don Sancho, de condición
natural, manso y tratable,
pero de impetuoso genio
y calentísima sangre,
necesita quien de su alma
las fieras tormentas calme:
y no quien las crespas olas
de sus pasiones levante.
La Reina ve cuán difícil
es dirigir una nave
de timón tan inflexible
y de aparejo tan frágil:
mas doña Sancha la guía
más de quince meses hace,
con una mano flexible
y una vigilia constante.
Don Sancho cumple severo
con sus deberes filiales,
y guarda a su madre viuda
miramientos sin iguales.
Él es el Rey: él gobierna,
administra, hace y deshace:
mas lo que su madre quiere
no es menester que lo mande.
Si ella pide, Sancho acuerda:
si ella exige, él satisface:
ella es la madre, él el hijo;
y él va después, ella es antes.
El primogénito siendo,
ni pudo él imaginarse
ni nadie dudó en Castilla
que entera no la heredase:
con que los cuatro pedazos
de ella el Rey al arrancarle,
debieron doler a Sancho
como si fueran de carne.
Pensar que de carne o tierra
ha de dejar que le arranquen
cuatro pedazos sin dar
de ira ni dolor señales,
es abnegación de monjes
y heroicidad de mártires:
pero no es virtud de príncipes,
ni en don Sancho de esperarse.
Doña Sancha, con el tacto
delicado que no cabe
más que en la mujer que ama
o en entrañas maternales,
de don Sancho y sus hermanos
con infinitos afanes
procura los rotos hilos
atar de las voluntades.

Conoce bien doña Sancha
de sus hijos el carácter,
y sabe bien que don Sancho
cambiará cuando ella falte;
mas sabe también que, noble,
de palabra inquebrantable,
si promete cumple: y quiere
a prometer obligarle.
A sus hijos en secreto
cartas ha enviado y mensajes,
aconsejando y rogando
que hagan a don Sancho avances;
mas don Alonso es altivo,
don García inmanejable;
aquél piensa en sostenerse,
y éste sólo en arruinarse.
Aquél trata de hacer liga
con cristianos y con árabes
para cuando el día llegue
en que la tormenta estalle.
Éste, dado a favoritos,
a juegos y liviandades,
goza y exprime a sus pueblos
del porvenir sin cuidarse.
Mas como en conciencia todos
comprenden, por más que callen,
que haber dividido el reino
ha sido debilitarle,
que era mejor dar impulso
a su unidad y su ensanche,
hasta volver a los moros
de África a los arenales;
todos temen que don Sancho
en tal empresa se embarque,
y a todo derecho alegue,
o a fuerza se lo demande.
Con que nada fué posible
que la Reina recabase
de sus hijos; y siguieron
las nubes aglomerándose.
Solamente doña Urraca,
que par en los años casi
con don Sancho, le mostró
siempre cariño entrañable,
más amante, más sagaz,
más obediente o más hábil,
escribió a don Sancho cartas
de tan cariñosas frases,
le mandó tantos regalos
de infantil cariño imágenes,
que el Rey excusar no pudo
por sinceros aceptárseles.
Al fin concluyó al carteo
con la infanta a acostumbrarse,
y sus dones mujeriles
a pagar con dones reales:
con que el cielo por Zamora
comenzaba a despejarse,
y de los vientos de Burgos
a no temer huracanes.
Doña Sancha, aprovechando
aquel soplo favorable
para el porvenir de su hija,
no quiso desperdiciarle:
y un día arrancó a don Sancho
prenda de fe, de amor gaje,
una promesa firmada
de que «en cualquier tiempo y trance
»que una gracia o una vida
»doña Urraca le demande,
»la tenga por otorgada
»por aquellas credenciales.»
Poco era; mas era el cabo
un punto de que hacer base,
en que apoyar una valla
que algún arrebato ataje.
Doña Elvira estaba en Toro
donde a labradora dándose,
podar y acodar hacía
sus cepas y sus guindales:
y contenta con sus huertos,
reina de sus cachicanes,
calculaba sus cosechas
de albillos y garrafales.
Ni recela ni imagina
que de sus viñas la saque

la ambición de sus hermanos
ni el moro se las asalte;
y anda, de andar por el campo
día y noche al sol y al aire,
tan gorda y tan colorada
como un madroño salvaje.

Así en mil sesenta y siete
vivían los cinco infantes,
esperando un porvenir
preñado de tempestades;
y ha quince meses que reina
don Sancho en Burgos, y trae
una vida sosegada
que no era de imaginarse.
Cortés, pero reservado
con todos a la par, nadie
sus pensamientos penetra
ni sus intentos precave.
Alvar, el Cid, y los nobles
de su bandera secuaces,
ven, oyen, callan y esperan
que obre el Rey o se declare;
porque nadie cree tampoco
que en su corazón no guarde
algún secreto su calma,
o se haya vuelto cobarde;
porque él dió desde pequeño
de grande esfuerzo señales,
de grandes ímpetus muestra,
y hombre no hay que de alma cambie.
Su calma, están avisados
de que es la de los volcanes;
montes verdes apagados,
y en erupción Leviatanes.
Con indiferencia fría
ha visto de él alejarse
a los que en pos se llevaron
sus hermanos los infantes.
Poderosos ricos-homes,
barones de alto linaje
que flor y prez de Castilla
en su corte fueron antes,
de sus hermanos, ya Reyes,
siguiendo los estandartes,
abandonaron a Burgos
por sus nuevas capitales.
El conde don Per Anzules,
el mayor entre los grandes,
el más rico de los ricos,
y el leal de los leales,
anda en León con su hermano
don Alonso gallardeándose,
de consejero y privado
y de Mecenas con aires.
Arias Gonzalo y sus hijos,
oriundos de los solares
de los condes de Castilla,
nietos de Fernán González,
por la infanta doña Urraca,
se dan por los tutelares
de Zamora, y la defienden
sin que ninguno la ataque.
Con don García se fueron
mancebos muy principales,
tan levantiscos e inquietos
como de todo capaces;
y aunque en Burgos le quedaron
los Laras y los Peláez,
los Núñez y los Porcelos,
y Ruy Díaz y Alvar Fáñez,
don Sancho ni con larguezas
ni les intima ni atrae,
ni a su consejo les llama
jamás para consultarles.
Y en una vida inactiva
que en Burgos no hay quien no tache,
ni va a caza, ni hace de armas
ni de caballos alarde;
ni galantea, ni feria,
ni hace mercedes; y nadie
penetra en su pensamiento,
ni sus intenciones sabe.

Entretanto, prevaliéndose
de su calma inexplicable,
tomándola por inercia
y a él por de poco tomándole,

aragoneses y moros
han comenzado a agitarse,
las parias y los tributos
resistiéndose a pagarle;
y el Rey de Aragón, su tío,
a los navarros audaces
permite que las fronteras
impunemente le talen.
Don Sancho se ha limitado
reclamaciones a enviarle,
y don Ramiro y los moros
le dan ya por Rey cobarde.

Así ha pasado año y medio;
y aunque de don Sancho nadie
los pensamientos penetra
ni los intentos precave,
piensan los más que su calma
ha de ser la de los mares,
que las borrascas cobijan
bajo sus ondas falaces.

Ello es que en el cielo y tierra
del reino de los infantes,
no rompen, pero fermentan
los nublos y los volcanes;
y aunque es el tiempo que corre
primaveral, fresco y suave,
se respira cual sintiendo
cargado de miedo el aire.

II

Jimena es buena cristiana,
como en la centuria oncena
pudo ser cristiana y buena
una mujer castellana;

porque en su modo de ser,
ninguno puede evitar
ser del tiempo y del lugar
en que le cupo nacer.

Y en ningún tiempo y nación
jamás el pueblo ha sabido
separar lo que han fundido
la fe y la superstición.

Y es tan fácil de explicar,
tan claro de comprender
esto, que no es menester
más que ponerse a pensar.

El hombre, que nada sabe
de lo que antes ni después
de la vida fué ni es,
cree cuanto en mente le cabe.

De todas las religiones
que el mundo antiguo inventó,
el tiempo nuestro heredó
las locas supersticiones:

y Cristo, que la verdad
revelándonos moría,
no ha logrado todavía
disipar tal ceguedad;

pues su santa religión,
única luz verdadera,
no deja brillar entera
la ciega superstición.

¡Cuidado, que no pretendo
en estos pobres renglones
tocar profundas cuestiones
que ni me tocan ni entiendo!,
sino apuntar hechos reales,
dar observaciones hechas
desde años de largas fechas
hasta los tiempos actuales.

Decir claro y sin rodeo
como una cuestión de casa,
lo que en este mundo pasa
porque lo he visto y lo veo.

Se dice que el diablo sabe
más por viejo que por diablo;
y yo, como viejo hablo
de lo que vi y en mí cabe;

y sin mucho pretender,
tras medio siglo que ando
el mundo viendo y mirando,
algo he debido de ver.

Y que existen aún he visto
en las más cultas naciones,

mil sandias supersticiones
en contradicción con Cristo.
Y no hay corte ni lugar
que no tenga suya propia
de supersticiones copia,
que restan por extirpar.
No hay pueblo que el Cristianismo
profese, cuya razón
no ofusque del paganismo
alguna superstición.
Roma, sol de las naciones,
centro del mundo cristiano,
es el pueblo más pagano
y de más supersticiones.
La quiromancia, los sueños,
los agüeros, los hechizos,
conjuros y bebedizos,
de su razón aún son dueños.
Mas de la gente romana
no hablemos: porque la estoy
estudiando y de ella voy
a hacer un libro mañana.
Volviendo al mundo que vi;
de viles supersticiones
presa, a todas las naciones
he visto que recorrí.
Y no intentemos, cuitados,
engañarnos con utopías:
las tienen muchas y propias
los hombres más ilustrados.
Y tú, lector, a tu vez
tienes en tu corazón
cualquier ruin superstición,
crees cualquier estupidez.
De niños, nuestra nodriza
nos las inculca y son luego
como residuos de un fuego
conservado entre ceniza.
Quién teme la oscuridad,
quién al martes, quién a un mosco...,
del sabio al labriego tosco
caen en tal vulgaridad;
y de la superstición
aunque el tejido es tan burdo,
no crea ningún absurdo
de que alguien no haga adopción.
Y es que el hombre, que no sabe
lo que ni antes ni después
de la vida fué, ni es,
cree cuanto en mente le cabe;
y el sencillo Cristianismo
tropieza en la muchedumbre
popular, con la costumbre
y el error del paganismo.
Y aquí brota la cuestión
que yo no quiero tocar,
porque ni éste es su lugar
ni está en mi jurisdicción.
¿Por qué en siglos diez y nueve
la superstición pagana
anubla la luz cristiana,
y quién extirparla debe?
¿Por qué está en Roma, más cerca
de la luz del Vaticano,
en el pueblo más pagano
la superstición más terca?
Cuestiones por resolver,
que otros siglos zanjarán,
y que me traen sin afán,
porque yo no lo he de ver.
Sólo una cosa me resta
a la cuestión que añadir,
por si es que la quiere asir
por ella un sabio: y es ésta.
¿Y nuestra edad... que se cree
despreocupada y culta
y a sonámbulos consulta
y a charlatanes da fe?
Es cosa que hace reír
mirar el mundo por dentro:
yo me río cuando encuentro
sus sabios del porvenir.
Lo que siento es no poder
vivir todas sus edades
para ver las necedades
en que tiene aún que creer.

Jimena, pues, que es cristiana
como en la centuria oncena
pudo ser cristiana buena
una mujer castellana,
tiene una superstición
que Bibiana la fomenta,
y que en secreto atormenta
su cristiano corazón.
Bibiana dió en el desliz
de temer, supersticiosa,
que haya una ley misteriosa
que deba hacerla infeliz,
y a cada angustia o revés
de aquella vida agitada,
la dice, desesperada:
¿lo ves, Jimena, lo ves?
Superstición popular
que el sino del paganismo
y el musulmán fatalismo
vinieron a inocular.
En la cristiana creencia
de la divina venganza,
Bibiana a explicar no alcanza
por qué lo cree su conciencia.
Mas como tenaz mosquito
que al oído a zumbar viene,
al de Jimena sostiene
su son tenaz e infinito.
Jimena también lo cree:
pero esta superstición
la alberga su corazón
basada en su propia fe.
Mató a su padre Rodrigo:
y aunque diz que bien matóle,
le mató: y Dios en su prole
al matador da castigo.
Él a su padre mató
y ella se casó con él:
¿tomará venganza cruel
Dios del hijo que engendró?
Mas ya, el matrimonio hecho,
ella que a Rodrigo adora,
el temor que la avizora
sepultar debe en su pecho:
pues no es justo ir a turbar
la paz de su corazón
de ruin preocupación
por la pavura vulgar;
ni debe hacerla nacer
en aquella alma serena
que creyó una acción muy buena
tal muerte y tal boda hacer.
Sólo una palabra más:
ella, en su fe sin malicia,
de Dios la eterna justicia
juzga con juicio quizás:
porque ella tiene entendido
que el Evangelio relata
que Dios castiga a quien mata;
¡y a quien mató su marido!
La ley del tiempo que alcanza
boda y muerte justifica:
pero remisión no implica
de la divina venganza.
Y a su hijo Diego en la cuna
no hay vez que coloque o meza
que no diga con tristeza:
¡Ay!, ¿cuál será tu fortuna?
Y esta tristeza interior
que no debe revelar,
la hace vivir en su hogar
presa de oculto dolor.
Pagana superstición
o santo temor cristiano,
roe, escondido gusano,
de Jimena el corazón.
Ruy Díaz, hombre que vive
lidiando y poco en su casa,
del duelo que la traspasa
el alma no se apercibe.
Él supone que en su hogar
mujer que al marido quiere,
siempre en temor de si muere,
nunca alegre puede estar.
Y mira a su hijo en la cuna

esperando sin tristeza
que cual le dió la nobleza
le dará Dios la fortuna.
Pero Jimena, Bibiana,
doña Teresa y don Diego,
son gente del vulgo lego,
mas de buena fe cristiana;
y habiendo llegado a oír
lo de Ruy Díaz y el Papa...
lo que a nadie se le escapa
no osa ninguno decir.
Y es: que si él ha amenazado
al Papa y le excomulgó,
bien a su patria sirvió,
pero, ¿estará excomulgado?
Y a pesar del heroísmo
con que el Cid por Cristo lidia,
con buena fe o con perfidia
pensaban muchos lo mismo.
Y esto, que hoy mismo materia
de inquietud fuera y de duda,
en aquella época ruda
era una cuestión muy seria.
Fe viva o miedo pueril
escondido en la conciencia,
y de triple procedencia
cristiana, mora y gentil,
es una neblina densa
que anubla el tranquilo hogar
de la casa de Vivar,
cada día más intensa:
y obliga a sus habitantes
si no a vivir desdichados,
sombríos y ensimismados
y sin la franqueza de antes.
Es decir, que en una casa
do no pasa mal alguno,
comienza a ser importuno
vivir, porque nada pasa.
Y es tan fácil de explicar,
tan claro de comprender
esto, que no es menester
más que en ello meditar.
Secreto que todos callan
y que fe o superstición,
todos en su corazón
guardan y con él batallan,
es, cuando a bandos se afilia
políticos, la creencia,
gusano de la conciencia
y acíbar de la familia.
Pero en su modo de ser
nadie ha podido evitar
ser del tiempo y del lugar
en que le cupo nacer;
y allá en la centuria oncena,
la familia más cristiana
sin ser esclava romana
no cree ser cristiana buena.
Y si el Cid, más avanzado
que su edad o más amante
de su patria, fué delante
de su edad, lo hubo a pecado.
Tal era la situación:
y si explicarla en lo escrito
no he conseguido, remito
al tiempo la explicación.

III

Era una noche de octubre,
oscura, fría y ventosa,
en que todo removido
crujía en la tierra lóbrega.
Rompía el viento en el monte
robles y encinas añosas,
que preferían romperse
antes que soltar sus hojas.
Las campanas de la torre
lanzaban aisladas notas,
arrancadas a la fuerza
de su embocadura cóncava;
y la veleta torciéndose
sobre su barra mohosa,
chirreaba como una víbora
a quien un águila ahoga.

Todo temblaba en la tierra,
todo zumbaba en la atmósfera,
todo cimbraba en las casas
con terror de las personas.
La familia de Vivar
de esta noche a primer hora
ponía fin a una cena
como de vigilia, sobria.
Doña Teresa y don Diego
a Dios, en voz baja, imploran
favor para los perdidos
en noche tan tormentosa.
Jimena fija en silencio
su mirada melancólica
en su hijo Diego que duerme
en los brazos de su rolla:
y la nodriza Bibiana
está de pie, temerosa
de cuantos lúgubres ruidos
fuera el temporal provoca.
La turbia luz de la lámpara
haciendo lenguas y ondas,
dibuja informes y móviles
por las paredes sus sombras;
y en aquel mustio silencio
que nadie interrumpir osa,
el pensamiento de todos
ocupa una idea sola.
Veinte meses han pasado
desde que bajó a la fosa
don Fernando, y hace tres
que el Cid fué al campo y no torna.
El Rey don Sancho ha tres meses
como desvelada zorra
salió una noche a campaña
a expedición misteriosa.
Poco a poco y en secreto
juntó en la frontera tropas,
y con el Cid y sus nobles
partió. ¿Dónde?, ¿a qué?, se ignora.
Como de este primer paso,
de esta primera e ignota
empresa, derrota o triunfo
pende un porvenir de gloria
o de vergüenza, y Castilla
va a saber, triste o gozosa,
qué Rey es su Rey don Sancho
y qué alma en su cuerpo aloja,
Castilla entera en silencio
está con inquietud honda
esperando ver sus hechos
y juzgarle por sus obras.
La incertidumbre es profunda,
la situación angustiosa,
y en el aire se respira
en vez de aliento, congoja.
Por eso en Vivar se vive
en esa inquietud monótona
del que aguarda en las tinieblas
la luz de Dios con la aurora.
Jimena, de sobremesa,
buscando ocasión y forma
de distraer a los viejos
ahogando su angustia propia,
busca en su mente confusa
ideas consoladoras
que formular en palabras
alegres o cariñosas.
Pero mientras ella busca
ideas que hallar no logra,
vino un rumor repentino
a confundírselas todas.
En medio de los mil ruidos
con que con furia diabólica
el vendaval desatado
las casas bate y azota,
oyó ladrar a lo lejos
los mastines de las chozas
del redil donde es costumbre
que el ganado se recoja.
El redil con sus tenadas
la vía de Burgos orla,
y algo hay en ella de extraño
que sus perros alborota.
Arrojóse a la ventana
Jimena, por fin, y abrióla

con ansiedad: metió el viento
el frío, el polvo y las hojas
en la cámara, apagando
la luz: y en aquella tromba
rasgada de él, entró el ruido
de caballos que galopan.
Todos lo oyeron: y todos
en callada y afanosa
inmovilidad, escuchan
sufriendo el viento en la sombra.
Son caballeros cristianos:
la caballería mora
entra en las villas que asalta
con salvaje batahola;
y ésta llega sin más ruido
que el monótono que forman
con las pezuñas herradas
los arneses que se chocan.
Del vendaval el estrépito
desgarrando, vigorosa
lanzó entre sus torbellinos
su son marcial una trompa.
¡Es Ruy Díaz! Todo el pueblo
se echa a la calle en la sombra,
porque el huracán no sufre
candil, linterna, ni antorcha:
mas lo imposible a los ojos
lo facilitan las bocas;
y a voces se reconocen,
se saludan y se alojan;
y mientras Bibiana enciende
luz, y los viejos sollozan,
y el muchacho grita, el Cid
dió en los brazos de su esposa.
Abrazó a todos; y echando
a un lado cuanto le estorba,
sentóse a la mesa y dijo:
«Traigo un hambre de quince horas.»
Sírvele al punto Bibiana,
en torno se le colocan
todos, y a sus mil preguntas
responde mientras devora.
Los héroes de la Edad Media
eran gente brava y tosca,
que en su interior no gastaron
melindres ni ceremonias;
y el Cid comía y bebía:
los romances y las crónicas
cuentan sus lides; mas nadie
lidia bien sin que bien coma.
Con que, aquietado el muchacho
y con los suyos a solas,
y aplacada un poco el hambre
de pernil con una lonja,
don Diego en breves preguntas
y el Cid en respuestas cortas,
fueron en limpio sacando
los hechos en esta forma:

DON DIEGO. ¿Dónde fuisteis?
EL CID. A Aragón.
D. DIEGO. ¿Muy dentro?
EL CID. Hasta Zaragoza
D. DIEGO. ¿Y qué?
EL CID. Rendimos al moro
Almaugadir, y a otra cosa.
D. DIEGO. ¿Cómo a otra cosa?
EL CID. Don Sancho
parece que reflexiona
mucho un plan; mas en campaña
maniobrando no reposa.
Dimos sobre don Ramiro,
su tío.
D. DIEGO. ¡Extraña maniobra!
¿Contra un pariente cristiano?
EL CID. Y en buen derecho.
D. DIEGO. ¡Me asombras!
EL CID. Ofensiva y defensiva
hecha liga en pro y en contra
con el moro, el ayudarle
era obligación forzosa.
D. DIEGO. Pero ¡en paz con don Ramiro!...
EL CID. Dijo don Sancho que rota
la tenía él, y hecha afrenta
por escrito a su persona.

D. DIEGO. ¿Y qué pasó?
EL CID. Sobre Grados
estaba: la gente mora
hizo una salida: mientras
nosotros sobre sus tropas
dimos por la espalda, y fué
breve y total la derrota
con su muerte.
D. DIEGO. ¿Murió el Rey
don Ramiro?
EL CID. De Dios goza,
porque murió confesado;
se le han hecho grandes honras,
y ya en San Juan de la Peña
con sus abuelos reposa.
D. DIEGO. ¡Es una traición inicua!
EL CID. Por todas partes se cobran
ya en paz los tributos: fué
una lección provechosa.
D. DIEGO. Rodrigo, ese Rey me es- [panta.
¿Y si se revuelve ahora
contra sus hermanos?
EL CID. Él
sabrá lo que más le importa.
D. DIEGO. ¿Tú le ayudarás?
EL CID. Y muchos.
D. DIEGO. ¿Y en tal ocasión?
EL CID. En todas.
Castilla debe ser grande
y partida se aminora.
D. DIEGO. Mientras que la Reina viva...
EL CID. Mientras vivió respetóla
don Sancho.
D. DIEGO. ¡Ha muerto!
EL CID. Esta tarde.
D. DIEGO. ¡Dios nos ampare!
EL CID. Él os oiga.
Santiguáronse los viejos;
Rodrigo apuró su copa
y dijo: «Estoy muy cansado;
pónganme luz en la alcoba.»
Besó a sus padres y a su hijo:
y ayudado por su esposa,
cayó en el lecho postrado
por el sueño que le agobia.

—

Si alguien cree que acuesto al Cid
de manera indecorosa,
le diré que en aquel tiempo
lo mismo que antes y ahora,
los héroes sufren de hombres
las necesidades todas;
y no solamente duermen,
sino que los hay que roncan.

IV

Doña Sancha, Reina noble,
madre buena, esposa casta,
vivió envuelta en el respeto
y murió como una santa.
Querida de sus vasallos
y por sus pueblos llorada,
dejó, ramo de virtudes,
celeste aroma en su patria,
y Dios la evitó ver de ella
las desventuras nefandas,
de las que al romper su vida
rompió el demonio las vallas.
Apenas su cuerpo frío
en su sepultura entraba,
rugió don Sancho, león
escapado de su jaula.
Juntó a sus nobles y díjoles:
«Barrera de Europa España,
al cristianismo protege
de la invasión musulmana.
Si ha de ser España grande,
es preciso unificarla;
y arrojar de ella a los moros
si Europa ha de ser cristiana.
Mi padre partió a Castilla
cuando iba haciéndose ancha,
y de mantenerse unida
cuando la hacía más falta.

Antes que el amor de padre
era el amor de la patria;
y antes que el respeto de hijo
es mi deber de monarca.
Don García y don Alonso
hacen contra mí alianzas,
y me insultan, me hostilizan
y las fronteras me asaltan.
Yo les dejara ser Reyes
si conmigo se juntaran,
y fuéramos tres en uno
contra la morisma bárbara.
Mas si hoy no doy yo sobre ellos,
darán sobre mí mañana;
y sólo serán los moros
los que saquen la ganancia.
Mi padre nos hizo libres
de Roma y de la Alemania;
pero me amarró las manos,
y me recortó las alas.
Quiero ser Rey de Castilla
como mi padre, sin trabas;
y hacer de ella, si no el único
el primer reino de España.
Ya sabéis quién es don Sancho
y qué bandera levanta:
conque, si queréis seguirla,
por don Sancho tremoladla.»

—

Este discurso capcioso,
cuyas brillantes palabras
doran de un mal corazón
la ambición y la falacia,
como alucina a los buenos
y a los aviesos halaga,
las voluntades de todos
del Rey en favor arrastra.
Juró, pues, fe al Rey don Sancho
la nobleza castellana,
y de la lid fratricida
se preparó a la campaña.

V

Cinco años lleva Jimena
con Ruy Díaz de casada;
y aunque no pasa Ruy Díaz
tres meses del año en casa,
por segunda vez Jimena
de él se siente embarazada,
cuando ya su primer hijo
anda solo y rompe el habla.
Ama Jimena a Ruy Díaz
con toda la fe de su alma,
y sólo a Dios le pospone
como el Evangelio manda:
y aunque goza de él apenas,
pues cuando apenas le abraza
le vuelve a perder, acepta
su condición resignada.

Cinco años ha que don Diego,
viendo el mundo cómo anda,
anda mustio y silencioso
aunque lo que piensa calla:
pero lo que calla siente
que el corazón le trabaja,
y el roedor sentimiento
le debilita y le acaba.
De los viejos es achaque:
llegan a un tiempo y se paran;
y el tiempo sigue pasando,
y ellos sienten lo que pasa.

Doña Teresa, ya abuela,
con su nieto y con Bibiana
goza, y cae de la vejez
en la decrépita infancia.
Así aunque a Vivar sustentan
rentas que no sólo bastan,
sino que sobran con mucho
para familia y mesnada,
se vive en él sin placeres,
sin aficiones, ni galas;
lejos de la corte, ajenos
a la pompa cortesana,
y de su regia nobleza

privados de la importancia,
de sus secretos temores
y de las guerras a causa.
Pero como ni aprensiones
ni guerras han traído nada
de aciago sobre Vivar,
y en vez de duelo y desgracias
han procurado a Ruy Díaz
poder, riqueza, honra y fama...,
parece que se atormentan
con penas imaginarias.

—

Es una mañana fría,
pero azul, serena y clara
del segundo mes del año
de mil setenta. En la plaza
de Vivar en son de guerra
se junta la gente de armas;
y se ordenan los peones,
y los bagajes se cargan,
y los caballos de guerra
con los arneses se embardan,
y a la puerta de Ruy Díaz
«Babieca» impaciente piafa.
Las mujeres y las hijas
de los que a la guerra marchan
y las novias de los mozos,
están desde las ventanas
saludando a los que parten
con pañuelos y con lágrimas,
dándose el último adiós
y las últimas miradas.
Rodrigo, en el aposento
donde la escalera arranca,
se arranca de los abrazos
de su buena madre anciana:
y a su hijo que llora besa,
y a su triste esposa abraza
y a su viejo padre pide
la bendición en voz baja.
Éste, tendiendo los brazos
a todos de su hijo aparta;
se arrodilla ante él Ruy Díaz,
y sus dos trémulas palmas
poniendo el viejo en los hombros
del Cid, con voz que le embargan
los años y la emoción,
le dirige estas palabras:
«Dios te bendiga, hijo mío:
y por si al volver no me hallas
en vida ya, o tú allá quedas,
esto en tu memoria graba:
Sin fe en Dios nadie fué grande:
no hay buen fin con causa mala;
antes que el Rey está Dios:
mal a su Iglesia no hagas.
Conciencia tienes: contra ella
en caso ninguno vayas,
porque la conciencia es áspid
que el corazón ataraza.
Lidia por Cristo: no lidies
por ambiciones humanas;
porque los Reyes y el diablo
son los que dan peor paga.
Bendito seas, Ruy Díaz:
yo te bendigo. A Dios plazca
que mi bendición paterna
la suya al morir te atraiga.»
Besóle el viejo en la frente:
besó las manos escuálidas
de su padre el Cid llorando:
y mientras todos las caras
en las manos escondían
enjugándose las lágrimas,
ganó la escalera a saltos
y se presentó en la plaza.
Montó a caballo, embrazó
el broquel, asió la lanza,
y partió... como le pinta
la tradición castellana.

VI

Don Alonso era hombre astuto,
prevenido y avisado,

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

y estaba dispuesto a todo,
pues nunca fió en don Sancho.
Con don García y sus primos
el de Aragón y el Navarro,
y con los Reyes infieles
Cordobés y Toledano,
hechos ajustes y ligas
del Rey de Castilla en daño,
en cuanto oyó que venía
salió a encontrar a su hermano.

Topó con él en Carrión;
y el burgalés, que tan bravo
no le creía y aún lejos,
se halló con él descuidado.
Cayeron sobre los suyos
los leoneses, llegando
con la cautela de zorras
y con la furia de alanos.
Los de Castilla cogidos
en Carrión de sobresalto,
cuando esperaban coger
de sorpresa a los contrarios,
pelearon como buenos;
mas sin orden pelearon,
y al fin volvieron la espalda
con vergüenza y con espanto.

Lidiaba el Rey de Castilla
como un oso acorralado,
con un puñado de nobles
de puños como él y de ánimos;
pero viéndose perdidos,
de las riendas del caballo
del Rey asiendo, a la fuerza
de la liza le sacaron.
Bramaba el Rey de coraje
viendo huir a sus soldados,
y en las sombras del crepúsculo
esconderse en los chaparros;
y sin poderse valer
huía también bramando,
arrastrado por sus nobles
ganosos de verle en salvo.

Interrumpió su carrera
la oscuridad en un páramo,
y en un robledal vecino
con su señor se ampararon.
La noche lóbrega y húmeda
era una del mes de marzo,
mala de pasar a esta época
y en aquel país al raso.
Salieron, pues, a orientarse
Diego Ordóñez e Iván Dávalos;
dos hombres siempre valientes
y nunca desesperados.
Quedóse el Rey con los otros:
mas como presa del diablo,
blasfemaba furibundo
sin hacer de nadie caso:
y revolviéndose inquieto
entre los robles, y dando
en las tinieblas de bruces
con ellos a cada paso,
maldecía su fortuna
dando en los troncos hachazos,
matar arriesgando a alguno
de los que le habían salvado.

Callaban éstos, del Rey
por precaución apartados:
mas viendo que no atajaba
sus furiosos arrebatos,
trataban ya en voz muy baja
de sujetarle los brazos,
para no tener traidores
que dejarle solo..., cuando
sintieron por la llanura
son de corceles lejanos,
que hacia el robledal venían
tan derechos como rápidos.

La previsión del peligro
calmó al Rey y le hizo cauto:
escuchó y dijo: «Nos buscan
y se acercan; defendámonos.»

Todos en torno del Rey
pusiéronse espada en mano;
y oyóse a los que venían
decir «por aquí» buscándolos.

Entonces el Rey volviéndose
a los suyos dijo alto:
«No muramos aquí a oscuras
como lobos entrampados.»
Y saliendo de repente
del robledal a lo llano,
dijo, golpeándose el pecho:
«¡Aquí está, aquí está don Sancho!»
Todavía en el ambiente
su voz estaba vibrando,
cuando otra voz vigorosa
dió a los jinetes el alto.
Quedaron todos inmóviles:
y de los recién llegados
tres hombres en la penumbra
hacia el Rey se adelantaron.
El Rey, que en la oscuridad,
ve los tres bultos cercanos,
¿quién va?, gritó, y respondieron:
el Cid Ruy Díaz, don Sancho.
Respiraron todos: juntos
Diego Ordóñez e Iván Dávalos
detrás del Rey se pusieron
y con el Cid le dejaron.
Llegósele el Rey: el Cid
echó pie a tierra, y la mano
dándole el Rey, en voz baja
trabaron y aparte diálogo.

D. SANCHO. ¡Dios me perdone! Creíme también por ti abandonado
EL CID. Yo nunca abandono a nadie, sea Rey, sea vasallo.
D. SANCHO. Nos han vencido.
EL CID. Sin mí.
D. SANCHO. ¿Por qué atrás me habéis [dejado?
EL CID. Fué error dividir la hueste: lo dije.
D. SANCHO. Y me cuesta caro; pero aún hay tiempo, y en Burgos gente fresca: rehagámonos.
EL CID.—Ya estamos aquí rehechos:
yo he recogido, avanzando,
los dispersos, y aún están
mis vivareños intactos
y ganosos de romperse
por vos y por mí los cascos.
Conque, si queréis seguir
mi consejo, no perdamos
el tiempo, y a don Alonso
vamos a dar un albazo.
Yo conozco a los gallegos,
astures y lusitanos;
pelean bien, mas el triunfo
les desvanece: volvamos
sobre Carrión. A estas horas
están beodos bailando
con las mozas, y creyendo
que aún corremos como gamos.
Vamos, señor: en la cama
como conejos cojámoslos,
y el sol de mañana puesto
verá lo de arriba abajo.
D. SANCHO. ¿Tú respondes?
EL CID. Con mi vida.
D. SANCHO. Vamos, pues.
EL CID. ¡Pues a caballo!
Dió al Rey un caballo el Cid
y de las huestes el mando:
y en las tinieblas, cual duendes,
se perdieron por el páramo.

VII

Tiene a Carrión mal tendido
un árido cerro a lomos,
entre un puente de romanos
y un castillejo de moros.
El río, haciendo una comba
de la loma en el recodo,
al puente sirve de espejo
y al castillejo de foso.
Tienen unos condes ricos
hacienda grande en sus cotos;
mas de seso muy escasos,

de corazones muy flojos
y avaros como judíos,
sus tierras dan a colonos
en arriendo; y no se ocupan
en labores, sino en cobros.
Dueños de los encinares
y las dehesas del contorno,
sus maderas y sus pastos
cambian sin trabajo en oro.
Teniendo así sus terrenos
en tan cobarde abandono,
ni han pensado en su defensa
ni la han menester tampoco;
pues consistiendo su hacienda
en escondidos tesoros,
en caso de guerra huyen,
y al volver se encuentran horros.
Con un vigía en la torre,
y un velador cuidadoso
a la cabeza del puente,
de sorprenderles no hay modo:
porque el puente está torreado,
y el Cea por allí es hondo;
y en largo trecho adelante
sólo hay llanos y rastrojos,
por donde alcanza la vista
gran distancia sin estorbos,
regando el río, agua abajo,
de fértil vega un buen trozo.
Del otro lado del río
el terreno es pedregoso,
y unos tapiales ya viejos
guardan el pueblo tan sólo.
Verdad es que por las breñas,
zanjas, barrancales y hoyos
que al pie del cerrillo esconde
tupida capa de abrojos,
sólo los pastores andan
por mil senderillos corvos,
que cortan tajos continuos
y llovedizos arroyos.

Ya está la noche avanzada;
cubre el cielo nebuloso
un pabellón denso y móvil
de nubarrones de plomo;
y un aire pesado y débil
con interrumpidos soplos,
la lluvia amaga y no puede
sacar de sus senos cóncavos.

Leoneses y asturianos
del triunfo en el alborozo,
están en Carrión de fiesta
gran gasto haciendo de mosto.
Habiendo a los burgaleses
tan completamente roto,
que ni seguirles quisieron
al ver su total destrozo,
creían caer en Burgos
dentro de plazo tan corto,
que ni pudieran rehechos
estar, ni a defensa prontos.
Así, del lado de Burgos
guardado el puente tan sólo,
solamente están guardados
por las tapias por el otro:
y abandonados al goce
del triunfo y del tiempo próspero,
en vez de ser campamento
era Carrión Pandemonium.
Los villanos, no cuidados
por sus condes, dieron fondo
al envás de sus bodegas
por cuenta de don Alonso.

De soldados y villanas
parejas, grupos y corros
estaban de la alegría
y la embriaguez en el colmo.
Los gallegos, de una gaita
al son, girando en redondo,
con las mozas en la plaza
danzaban su baile godo.
Los lusitanos, cebados
en un aloquillo rojo,
tan bocón como caliente,
tan traidor como sabroso,
primero alegres, después

pesados, y al fin beodos,
dormitaban calentándose
ante hogueras de manojos;
y los aliados infieles,
cansados ya de ser sobrios
y aguados como muslimes,
bebían como católicos.
Sentados en los talones,
en las rodillas los codos,
entre las manos la barba,
encandilados los ojos,
y empinados en la nuca
los turbantes y los gorros,
como un congreso de enanos,
como un sanhedrín de gnomos,
contemplaban y aplaudían
ebrios, un grupo diabólico
que ante ellos bailaba, al son
de un tamboril y un piporro.
Y en tan culpable desorden
que estuvieran fué forzoso
el Rey don Alonso ciego,
y sus capitanes locos.
Conocedor del terreno
y en estratagemas docto,
el Cid vadeó el río Cea
por un bajío arenoso:
y echando a ancas los peones,
primero unos y luego otros,
en breve tiempo a pie enjuto
a la otra orilla pasólos;
y avanzando por atajos,
cruzando dehesas y sotos,
dió en las eras de Carrión
entre la iglesia y el hórreo.
Dejando allí los caballos
a bagajeros y mozos,
trepó al cerro con los suyos,
a la rastra como topos;
y cuando al pie de las tapias
arribaron silenciosos,
del baile y de los cantares
a merced del alboroto,
vieron a los leoneses
sin oídos y sin ojos,
como conejos en brama
sin sentir a los raposos.
En el salón del consejo
cenaba el Rey don Alonso,
futuros planes trazando
con sus capitanes todos,
cuando interrumpió su fiesta
estrépito clamoroso
y rudo son de pelea
que apercibieron absortos.
Pusieron mano a los hierros,
más que espantados, atónitos,
pero sin tiempo ni espacio
para sacarles del forro;
porque puertas y ventanas
hechas de repente trozos,
dieron paso a una centena
de burgaleses furiosos,
que gritando «¡por don Sancho!»,
como banda de demonios
en un círculo de espadas
les encerraron de pronto.
De la sorpresa el buen éxito
fué completo y perentorio:
ni resistencia posible,
ni esperanza de socorro.
Don Alonso se cubría
con ambas manos el rostro,
o por no ser conocido
o por cubrir su sonrojo;
cuando, al tiempo que una mano
tocaba apenas su hombro,
oyó una voz que le dijo:
«Preso por don Sancho os cojo.»
¡El Cid!, exclamó el infante:
haznos paso, y en retorno
te daremos...
—Las espadas:
yo ni me vendo ni compro.
En esto, en medio del ruido
de la lid y el fulgor torvo

del incendio que arde fuera,
entró respirando encono
don Sancho con el mandoble
ensangrentado hasta el pomo;
y al ver a su hermano, encima
vínosele como un lobo.
Metióse el buen Cid entre ambos.

—Dámele, dijo rabioso
don Sancho. —Es mi prisionero,
respondió el Cid. —Te le compro,
véndemele; dijo el Rey.
—En cautivos no negocio.
—Te doy por él... —Vuestra mano,
señor; y cuando el enojo
dominéis con la razón,
en esta mano que os tomo
pondré la de vuestro hermano,
como la mía hoy os pongo.
—Yo soy el Rey.
—Dios es Dios:
Él me juzgue según obro;
dijo el Cid al Rey irguiéndose.
Miróle éste airado y hosco,
y el Cid sin soltar la mano
que el Rey le dió, poco a poco
con su mirada serena
hizo al Rey bajar los ojos.
—Señor, dijo el Cid, lo mismo
que por vuestro honor afronto
vuestra cólera, en el campo
por él los huesos me rompo.
Si a vos por él os prendiera,
dijera yo a don Alonso:
«Don Sancho es hermano vuestro:
sed cristiano y generoso.»
El Rey, escuchando al Cid,
iba su semblante fosco
serenando y escondiendo
en su corazón el odio.
Al fin, con faz ya tranquila,
pero con acento aún ronco
por la ira mal apagada,
dijo: —Sé, pues, su custodio:
mas no quiero que en Castilla
haya más que un sol y un trono:
las cabezas con corona
que tope en ella, las corto.
Si él mismo rompe la suya
en su regio territorio,
y sus pueblos se me entregan...
veré a lo que me acomodo.
Soltó la mano del Cid;
y a pasos lentos y cortos
salió del cuarto, dejando
respirar en él a todos.

—

Y cuando en el aposento
les dejaron a ambos solos,
hablaron así en voz baja
Ruy Díaz y don Alonso.
—Ruy, mi hermano es una fiera.
—Mas ya veis que yo le domo.
—Tengo miedo a que me mate.
—Siento que seáis miedoso.
—No tengo miedo a la muerte,
sino a morir de mal modo.
—No temáis: mientras yo viva,
yo de él y de vos respondo.

VI

I

Una mañana de mayo.
fecundo mes del amor,
vestido el suelo de verde
y el firmamento de sol,
entraba en guisa de triunfo
el Rey don Sancho en León,
con todos sus ricos-homes
y toda su hueste en pos.
León, mientras se acercaba,
en resistirle pensó:

mas al saber cómo viene
lo reflexionó mejor.
Del concejo y del cabildo
en la doble reunión,
hubo muy bravos discursos
y muchos bravos de voz:
y, muy brava en pareceres,
fué muy brava discusión:
pero al fin a recibirle
salir se determinó,
puesto que el Rey es muy bravo
y de genio muy feroz,
y don Alonso el vencido,
y don Sancho el vencedor.
Así en todo tiempo y tierra
las cosas del mundo son:
el vencido pierde y paga,
y ¡salud al triunfador!
Con que cabildo y concejo
con brava resignación
convocaron a los nobles;
la plebe se les juntó,
y haciendo como que hacían
por salir de mal humor,
y a mal tiempo buena cara,
y de tripas corazón,
a don Sancho a ofrecer fueron
en el postigo exterior
las llaves de la ciudad,
que don Alfonso perdió.

Llegó don Sancho al postigo:
y una elocuente oración
le hizo el Obispo en latín,
que fué cosa que asombró.
Rayó en el latín tan alto
que ni el mismo Cicerón;
el pueblo le escuchó absorto
y el Rey se le sonrió:
ganóse todas las almas
con su latino sermón:
y aunque se supo después
que nadie se le entendió,
porque nadie más que él era
del latín conocedor,
como era de oficio, nadie
a torcer su brazo dió;
y como el Rey, le escucharon
todos con gran atención.
Pero hubo quien dijo luego
que el Rey de él se fastidió,
porque cuando su papel
concluyendo el orador
las llaves dió al Rey, tomólas,
colgóselas del arzón,
y dando al caballo espuela
en la ciudad se metió.
Tras él se metió hasta el último
castellano triunfador,
y detrás tornó el cabildo
a ordenar su procesión.
Engalanadas las casas
con más o menos primor,
no había un puesto vacío
en ventana ni en balcón.
De algunos tiraban flores,
de pocos trigo u arroz;
de muchos al Rey miraban
con inerte admiración:
pero ninguno cerrado
disgusto significó,
ni se señaló ninguno
con hostil demostración.

Cuestión resuelta: la fuerza
es el derecho mejor:
donde le llevan va el pueblo
y aplaude el contra y el pro:
el vencido pierde y paga;
y ¡salud al vencedor!
y así entró un día de mayo
el Rey don Sancho en León.

Avanzando hacia palacio
va por la calle mayor,
y en la plaza para verle
se apiña la población.
Mozo, bello, audaz, gallardo,
y gentil cabalgador,

muy bien don Sancho parece
sobre su inquieto bridón.
La juventud, la hermosura,
la osadía y el valor,
jamás parecieron mal
en ningún pueblo español.
La nobleza burgalesa
le forma guardia de honor
y un fuerte golpe de lanzas
le sigue por precaución.
Don Alonso, en una mula,
el gabán sin ceñidor,
el mortero sin penacho,
sin espada el cinturón,
marcha ante el Cid cabizbajo
llevando en torno y en pos
dos cientos de ricos-homes
presos con él en Carrión.
Bajo palabra, a merced
van del Cid que les prendió:
desarmados, pero sueltos;
vencidos, mas sin baldón.
Rescate le han ofrecido,
mas les dijo el Campeador
que él no imponía a cristianos
rescate ni humillación.
Muchos de los que el infante
consigo a Carrión llevó,
escapados por milagro
de las sombras a favor,
la entrada triunfal presencian
del Rey don Sancho en León,
sin mostrar odio a Castilla
por escarmiento y temor.

Muchos..., muchas, sobre todo,
ven pasar con compasión
a su joven Rey cautivo
y ruegan por él a Dios.
Mas ya es juego sin desquite;
ni cariño, ni rencor
pueden ya de hombres ni de hembras
poner el brío en acción.
Ellas lloran y ellos callan:
del árbol que se cayó
la caída de las hojas
comienza antes de estación.

Subió don Sancho al palacio
que preparado encontró:
y cuando de ricos-homes
vió todo lleno el salón,
con corona en la cabeza
bajo dosel se sentó;
y ante él trayendo a su hermano
le dijo con firme voz:
—No hay más que un reino en Castilla:
renuncia tú al de León.
Don Alfonso, de pie y pálido,
pero firme, contestó:
—Hízome Rey nuestro padre.
León es reino: Rey soy.
—Lo que nuestro padre hizo
lo quiero deshacer yo:
renuncia, dijo don Sancho,
o vivirás en prisión.
—Moriré en ella, si quieres,
don Alonso replicó:
y don Sancho, llameándole
las pupilas de furor,
dijo, dando un puñetazo
en el brazal del sillón:
—Y morirás, aunque digan
que en ella te maté yo.

A cuyo tremendo anuncio
los ánimos embargó
el silencio del asombro:
y en muda estupefacción
quedó la asamblea helada
con el frío del terror.

El Rey miraba a su hermano
rojo de ira: sin color
por el miedo, don Alfonso
como quien ve a un escorpión
le miraba a él... vacilando
en tartamudear un no.
que iba a provocar Dios sabe
qué desastre entre los dos.

Mas este instante insufrible
de angustiosa expectación,
un rey de armas, presentándose
de repente, interrumpió.
«¡Su señoría la infanta
doña Urraca!»—en alta voz
dijo—. Y sin venia, tras él,
la infanta en la sala entró.
Y su extraña, inesperada,
repentina aparición
pareció, por lo oportuna,
obra del diablo o de Dios.
Tiróse el Rey sorprendido
hacia atrás en su sillón:
vió don Alfonso a su hermana
como a un ángel salvador:
y como un hombre asfixiado
a quien abren un balcón
del cuarto en donde se ahoga,
la asamblea respiró.

La infanta, mujer no hermosa,
mas de regia distinción
de modales; alta, pálida;
con dos cejas de espesor
notable, bajo las cuales
sus dos pupilas de halcón
cuanto ven abarcan rápidas
de una mirada veloz,
es la imagen de su madre
doña Sancha, en el vigor
de la edad, con más firmeza,
más vida y más decisión.
Por eso, cuando de pronto
en la sala pareció,
de su madre doña Sancha
pareció la evocación.
Hasta el trono de don Sancho
con majestad avanzó,
haciendo a todas las frentes
inclinarse en su redor,
e hizo ademán de postrarse;
don Sancho se lo impidió,
sorprendido, fascinado...
dominado, en conclusión,
por la vista y el aplomo
de aquella hermana mayor,
que parece de su madre
viva representación.
El Rey, un poco cortado
ante aquel fascinador
recuerdo de doña Sancha,
silla a su par la ofreció;
mas ella en pie, con acento
cuyo timbre e inflexión
son ecos del de su madre,
de esta manera le habló:

«Apenas supe que a Alfonso
habíais preso en Carrión,
en nombre de nuestra madre
corrí a echarme entre los dos.
Yo os cuné a entrambos: y hermana
y madre al par, puedo y voy
a daros paz, como tengo
derecho y obligación.
Cuando nuestro noble padre
al expirar dividió
en tres reinos a Castilla,
cometió de hombre un error.
Castilla debe ser grande,
de solo un Rey: sedlo vos.
Alfonso os cede su trono:
sí: y entrará en religión.
El interés de la patria
es al nuestro superior:
no debe haber más que un Rey.
un Dios, un Papa y un sol.
Motilado, encogullado,
enclaustrado y sin acción
para reinar, ya causaros
no debe Alfonso temor.
Dádmele, convenceréle,
y hará en Sahagún profesión;
nuestro padre le hizo Rey;
pero no estaba de Dios.»

Y decía esto la infanta
mirando tan avizor

a Alfonso, que parecía
conjuro o fascinación.
Tembló don Alfonso oyéndola;
la asamblea se asombró;
don Sancho, absorto, mirábala,
y el general estupor
aprovechando la infanta
del seno un rollo sacó;
y ante el Rey, desenvolviéndole,
siguió diciendo: «Señor,
escrita vuestra palabra
tengo: «en cualquier ocasión
»que una gracia o una vida
»me pidieres, te la doy.»
»Infanzones de Castilla,
caballeros de León,
a su palabra ninguno
de nuestra raza faltó.
Yo tengo aquí la palabra
de don Sancho, y le pido hoy
la vida de don Alfonso
contra el reino que heredó;
sino... ¡en nombre de mi madre...!»
«¡Basta, hermana, vive Dios!»,
exclamó don Sancho alzándose
con gran precipitación.
«Libre está Alfonso: el convento
que elija guardaré yo.»
—¿Hasta cuándo?, dijo Urraca.
—Hasta que haga profesión,
respondió el Rey. Doña Urraca
a don Alfonso cogió
las manos, y sacudiéndole
de mando y consejo en son,
le dijo: «¿Lo oyes, Alfonso?,
nuestro padre se engañó:
da tierra a Sancho y profesa;
que así te ayudará Dios.»
Don Alfonso, o convencido
o fascinado, cayó
de hinojos, dando en silencio
consenso a su abdicación.
Doña Urraca, adelantándose
a todos se dirigió
diciéndoles: «Caballeros,
yo me fío en vuestro honor:
llevad a Sahagún a Alfonso,
y si hay alguno a quien yo
merezca algo..., vine sola,
y voy mal si sola voy.»
El conde don Per Anzules
a la infanta respondió:
«A ser libre, yo tomara
el serviros a favor.»
«Don Pero, le dijo el Cid,
nadie os tiene aquí en prisión:
yo os prendí, mas si os da venia
el Rey..., a la paz de Dios.»
Hizo el Rey con la cabeza
una señal de adhesión,
y doña Urraca a él volviéndose,
así de él se despidió:
«Gracias, señor; nuestro padre
partió a Castilla, y fué error:
no debe de haber en ella
más que un reino: reinad vos.
No os hablo de mi Zamora:
cuando la queráis, señor,
id; que seréis recibido
en ella como quien sois.»
Frunció el Cid el entrecejo.
doña Urraca del salón
se fué sin venia, y el Rey
meditabundo quedó.

II

Disolvióse la asamblea;
y cuando el Rey con el Cid
se halló en el salón a solas
trabaron diálogo así:

—¿Qué piensas de Urraca?
—Mal.
—¿Qué me aconsejas?
—Cumplir.
—¿Y si me engañan?

—Tendréis
mucha más razón así.
—Llevarás a don Alonso
a Sahagún.
—Hallaréis mil
mejores que yo para eso.
—¿Por qué?
—Porque no nací
para carcelero yo.
—¿Debo de eso deducir
que entre ellos y yo no quieres
meterte franco por mí?
—Yo franco por todas partes
sé sólo entrar y salir;
lo que no quiero es dejaros
que salgáis solo a otra lid,
y tenéis a don García
su reino que ir a pedir
como el suyo a don Alfonso.
O todo o nada.
—¿Es decir
que también Toro y Zamora?
—Son mujeres las de allí,
e infantazgos son, no reinos,
sus feudos.
—¿Y ha de vivir
Alfonso libre en Sahagún?
—Lo habéis prometido así,
y un Rey debe a todo trance
su real palabra cumplir.
—La suya infringirán ellos.
—Si vos la vuestra infringís,
en su derecho estarán.
—¿Contra mí derechos?
—Sí.
—O eres por demás honrado
o hábil por demás, buen Cid.
—Si no estimáis mis consejos,
¿para qué me los pedís?
—Tienes razón.
—Yo no sé
ni perorar ni argüir:
a mí me abonan mis obras:
y los consejos que os di
son leales como yo:
puedo errar, mas no mentir.
—Irá a Sahagún don Alfonso
y nosotros a la lid
con don García.
—La guerra,
dejádmela hacer a mí.

III

Aunque ven que a don Alfonso
tanto el cielo se le anubla,
amor sus pueblos le tienen
por su garbo y donosura.
Don Alfonso es hombre bravo:
mas en él la fuerza bruta
ni domina a la razón
ni embrutece la bravura.
Educado por su hermana
que es hembra avisada y culta,
don Alonso tiene el brío
amoldado a la cultura.
Jamás le exalta la ira
aunque impaciente la sufra,
y al meterse en el peligro,
aunque le ve no le asusta.
Es hermoso y bien formado;
mas en sus formas robustas
tiene algo de femenino
y de infantil su hermosura.
Tiene los ojos azules,
la melena riza y rubia,
las manos como alabastro
y sonrosadas las uñas:
los pies pequeños: se calza
con pretensión; se perfuma;
y aunque es hombre y hombre de armas,
el parecer bien le gusta.
Cuando es menester pelea;
pero muy diestro en la lucha,
evita las cicatrices
en la faz, que desfiguran.

Liberal y dadivoso,
pero no rico, procura
dar con gracia, porque el garbo
de dar la largueza supla:
de modo que satisface
más con los modos que usa
que con lo que da, y por ellos
con todos se congratula.
Tiene dos defectos: uno,
que cuando da en dar abusa,
dando a extraños como a propios
como sus antojos cumplan:
otro, que oye a cortesanos
que a otros muerden y a él le adulan
y en sus afectos mal firme
a poco viento se muda.
No miento un tercer defecto
de que la historia le acusa
y es que le gustan las hembras,
lo que para mí no es culpa.
Los leoneses le quieren,
y si sufren la coyunda
de don Sancho, es porque ven
la suerte y la fuerza suyas.
Don Sancho ve que su triunfo
su influencia dificulta,
y por dominar la tierra
se revuelve, avanza y puja;
porque sabe que los pueblos
pronto a todo se acostumbran,
y del poder y la gloria
la aureola les deslumbra.
Donde una villa se le alza
cae veloz y la subyuga,
y hace al amor que no adquiere
que el pánico sustituya.
Todo el verano ha gastado
en recorrer de una en una
las villas y las ciudades
del reino que a fuerza usurpa;
y en el agosto dejando
la capital insegura,
se le rebeló, arrostrando
de su audacia las resultas.
Fatales fueron: don Sancho
con minas y catapultas
la batió, la entró y la impuso
la pena igual a la culpa.
Cortó las cabezas altas;
diezmó la gente menuda,
y con sus huestes leales
la mezcló para ir a Asturias.

Era en ella don García
ocasión de desventuras,
germen de duelos y escándalos
con su ceguedad estúpida.
Un favorito avariento,
plebeyo vil sin alcurnia,
la voluntad le domina,
y la reflexión le ofusca.
Por su consejo las leyes
más insensatas promulga,
y en vicios inmundos hoza
y sus blasones deslustra.
Nada respeta ni atiende
su avaricia y su lujuria;
prende, asalta, roba, expolia,
mata, deshonra y estupra.
El odio de sus vasallos
se atrae; y se le conjuran
nobles y villanos, hartos
de su tiranía impúdica.

Con su favorito un día
al cruzar la plaza pública,
se le mataron a hachazos
y escapar él fué fortuna.
Rota la valla, los nobles
de Galicia en una junta,
cogieron de libertarse
de él la ocasión oportuna.
Don Sancho que la esperaba,
mientras Galicia y Asturias
están por él en secreto
llenas de espías y escuchas,
cogiéndoles divididos

y por el mando en disputas,
metió en Galicia sus huestes
como en conquista segura.
Y aunque era enero y de frío
era la estación muy cruda,
el Rey por la tierra llana
y el Cid por la sierra inculta,
van avanzando triunfantes
ganando terreno a una;
y como a libertadores
las ciudades le saludan.

IV

Profesó, al fin, don Alfonso;
pero no fué fraile nunca,
ni jamás en la cabeza
se le tuvo la capucha.
Acostumbrado al birrete
y al casco de la armadura,
la capucha, que ni ciñe,
pesa, ni encaja, ni junta,
es un tocado que puesto
le tiene en perpetua furia;
y unas veces de la boca
y otras veces de la punta,
la tira atrás y adelante,
dejándola siempre a zurdas
unas veces en las cejas
y otras veces en la nuca.
De las costumbres monásticas
a la claustral estrechura,
ni puede avenirse a buenas
ni al hábito se acostumbra.
Su brío al andar no cabe
dentro de la estrecha túnica,
y se pisa y se descose
el ribete y las costuras.
Con las sandalias de cuerda
como al pie no se le ajustan,
o trastrabilla o las suelta
en cuanto el paso apresura:
en fin, a través del hábito
tanto el hombre se columbra,
que, por más que hace, hace un fraile
de muy mala catadura.
En el coro se distrae
y los oficios perturba:
si le advierten, fruce el ceño,
y si le reprenden, bufa.
En vez de escuchar al chantre
los ruidos de fuera escucha:
y en lugar de santiguarse
barba y bigote se atusa.
Parece, en fin, que del diablo
la tentación le atribula,
según las reglas infringe
y sus deberes conculca.
En lugar de ir a maitines
se va a pasear a la luna,
y en vez de estudiar los salmos
cifras de cartas estudia.
En vez de consultar libros,
con adivinos consulta;
y de judíos y moros
tiene visitas nocturnas.
Recibe de doña Urraca
cartas muy largas y muchas,
que según lee arroja al fuego
o en átomos desmenuza;
y en vez de olvidar del mundo
la profana baraúnda,
por lo que en el mundo pasa
a todo el mundo pregunta.
Los frailes hacen novenas
porque Dios fervor le infunda,
haciendo la vista gorda
sobre su profana incuria.
Doña Urraca y sus enviados
a los frailes aseguran
que él se avendrá con los hábitos
llevándole con dulzura:
que al fin del Rey es hermano,
y aunque no sea su conducta
santa ni ejemplar, el ser
fraile a fuerza le disculpa:

que su presencia en el claustro
un día y otro sin duda
les traerá de privilegios
y de gracias una lluvia:
que don Sancho, siempre en guerras,
puede morir en alguna;
y no teniendo el Rey hijos,
y teniendo el Papa bulas,
al Rey-fraile cambiar puede
en fraile-Rey la fortuna,
y que del porvenir siempre
se debe estar a la husma.
Los frailes, que no son tontos
y que esto y aún más barruntan,
de doña Urraca reciben,
y a don Alfonso no apuran,
y lo que fraguan él y ella
saben, si no les ayudan:
y así es fraile don Alonso
de la infanta por la astucia.

V

Don García era un gran loco:
un poco menos de incuria
en su educación, y un padre
vivo hasta edad más madura,
hubieran de él hecho un hombre
bueno en aquella centuria,
en la cual con fe y sin miedo
nadie hizo mala figura.
Mas niño aún cuando el Rey
su padre bajó a la tumba,
fué Rey antes de ser hombre:
fermentó la levadura
de Adán en su alma muy pronto;
y, en libertad absoluta,
se corrompió al mal contacto
de almas viles ya corruptas.
Así cayó de repente
en abyección tan profunda,
que historia no hay ni leyenda
que le abone, ni le encubra.

Con trescientos caballeros
fieles en su empresa última,
a moros fué y a cristianos
amparo a pedir y ayuda.
Nadie quiso darle oídos:
y abandonado a su angustia,
de cristianos y de moros
llamó a sí toda la chusma.
Cuantos por odio o temor
a don Sancho, o a una justa
ley o venganza, llevaban
una vida vagabunda,
se le juntaron, resueltos
con él a probar fortuna,
del botín con la esperanza,
o por no tener ninguna.
Rompió por sus propias tierras
con aquella osada turba,
que creció como un incendio
que un viento furioso impulsa.
Sus pueblos de Lusitania,
sorprendidos por la suma
rapidez y el despechado
arranque de sus columnas
de aventureros, volvieron
a su poder; y confusas
ante su vuelta las gentes
se le prosternaron mudas.
A quien la suerte sonríe
amigos se le acumulan:
en torno de don García
ya hueste grande se agrupa.
Don Sancho se le vió encima
cuando le creía en fuga,
y acudió a apagar la chispa
antes de que a hoguera suba.
Junto a Santarén hallóles;
y con sus huestes, ya duras
por tres campañas, sobre ellos
dió como halcón sobre grullas.
La embestida fué tremenda,
la pelea furibunda:
los de don García lidian

con desesperada furia;
los de don Sancho con orden
cual gente en lides más ducha;
y aunque avanzan, la victoria
es difícil e insegura.
Topó el Cid con don García;
y entrando con él en lucha,
el Cid le asió y del caballo
le arrancó por la cintura.
A prenderle o a librarle
unos y otros se apresuran;
y a salvarle o a cogerle
no hay valiente que no acuda.
Mas hace el Cid tal estrago
con la tizona que empuña,
que los de García rotos
a libertarle renuncian.
Triunfó por el Cid don Sancho:
y por buena compostura
a don García encerraron
en el castillo de Luna.
Un año hace que don Sancho
va de coronas en busca,
y al cumplirse el año, en junio,
recogía la segunda.

VI

Los de León conducidos
por don Sancho a la victoria,
partícipes de su gloria
se dieron por bien vencidos:
e instalada la justicia
con la paz en sus aldeas,
harta de ruido y peleas,
por Rey le aceptó Galicia.
Volvió, pues, Castilla a ser
de un solo señor: ahora
no hay más que Toro y Zamora
de mujeres en poder.
Mas de ir ahora a quitar
su hacienda a sus dos hermanas
ni don Sancho tiene ganas
ni en ello prez que ganar.
Déjanle libre la vía
y de rivales exento,
don Alfonso en su convento
y en su prisión don García;
y de su ambición el vuelo
puede ya, libre quedando,
ir sus alas ensayando
para volar hacia el cielo.
Conque encomendando al Cid
por sus conquistas velar,
determinó descansar
para emprender su gran lid.
Ya desde niño lo dijo:
arrojar de España al moro
fué siempre su sueño de oro
y su pensamiento fijo.
Y ya fuera que tuviese
fe tal en su corazón,
o que a cubrir su ambición
con tal pretexto tendiese,
si algo le puede abonar
de Castilla en la memoria,
es esta anhelada gloria
que quiso a Castilla dar.
Y si al fin no se la dió,
no fué por falta de fe,
ni empeño, ni ánimos: fué
porque el tiempo le faltó.
Planteando, pues, la cercana
y oportuna ejecución
de su primera irrupción
por la tierra musulmana,
camino de León van
el Rey y el Cid lentamente,
de escolta brillante al frente
y el corazón sin afán.
Delante enviaron el grueso
de la gente, que ya era harta,
porque se aloje y reparta
sin tumulto y sin exceso:
y con mesnada lucida

de vivareños y nobles,
van a sombra de los robles
en plática entretenida;
que eran entonces, y aún son,
poéticas, pintorescas,
ricas de arboleda y frescas
las montañas de León.

El Rey al Cid por premiar,
mercedes grandes le ha hecho;
y va honrado y satisfecho
del Rey don Sancho a la par;
y en hacer de España huir
a Mahoma lisonjeándose,
van con sus planes labrándose
el más grato porvenir.

En aquel dulce momento,
en que cada cual ve acaso
la tierra estrecha a su paso
y escaso el aire a su aliento,
a un mismo tiempo a los dos,
rompiendo su breve calma,
iba a herirles en el alma
con un rudo golpe Dios.

Ya de León las campanas
doblar a vuelo sentían,
y ya en sus torres veían
las banderas castellanas,
cuando por sobre el sendero
que a la ciudad les guiaba,
que asendereado avanzaba
vieron a un buen caballero.

Escuderos trae y pajes;
y a juzgar por los arneses,
son hidalgos burgaleses
de solariegos linajes.

Apenas el que venía
les vió, el caballo espoleando
llegó ante ellos; y llegando,
el Cid le reconocía.

«Es mi buen Gil Antolínez,
le dijo al Rey, que en mi hogar
quedó, por ser del solar
como yo de los Laínez.»

«Mensaje es, pues, para vos,
dijo el Rey, y ojalá albricias
me pidáis por sus noticias.»
Y dijo el Cid: «¡Plegue a Dios!»

Paráronse en el camino:
fué al Rey a besar la mano
en silencio el castellano
y dió al Cid un pergamino.

¡Mísera gloria mundial!,
al ponérsele delante
de los ojos, su semblante
tiñó palidez mortal.

Leyó del llanto a través
que los ojos le nublaba,
y el Rey que le contemplaba
dijo con ansia: «¿Qué es?»

Dióle el escrito Rodrigo;
y sin poderse valer,
a no llegarle a tener
el Rey, da en tierra consigo.

Con las manos se cubrió
la faz el Cid sollozando,
y el pergamino tomando
el Rey esto en él leyó:

«Ruy, mi marido y señor;
la pena que os voy a dar,
me la habéis de perdonar
comprendiendo mi dolor.

»Que Dios os dé más que a mí
valor para soportarla:
y a mí para mitigarla
sacadme, señor, de aquí.

»Aquí a toda vuestra raza
a morir bien ayudé;
y en esta casa no sé
para vivir darme traza.

»Mientras yo os daba otra hija,
moría vuestro buen padre:
tal dolor en vuestra madre
engendró lenta y prolija

»una última enfermedad:
y hecha de dolor pedazos,

vi a los dos desde mis brazos
pasar a la eternidad.
»Orad por ellos a Dios:
y si cual debéis me amáis
mirad cómo me sacáis
de esta sepultura vos.
»Todo cuanto me rodea
me representa la muerte:
tal pena va a ser más fuerte
que yo, por fuerte que sea.
»Decidme, pues, qué he de hacer,
porque me siento morir;
y a vos os toca decir,
señor, cuál es mi deber.
»Mas si esta angustia prolija
mucho en Vivar se me alarga,
la leche se me hará amarga
y envenenaré a mi hija.
»Conque acabad con mi pena
antes que acabe conmigo:
y a Dios que os guarde, Rodrigo,
mirad por vuestra Jimena.»
Leyó el Rey: y presa viéndole
de su hondo pesar, asióle
por las manos, y apartóle
de ellas el rostro, diciéndole:
«Todo en el mundo a merced
está de Dios: contra Dios
no hay poder. Sed hombre vos
y vuestra aflicción venced.»
Él, en llanto al reventar,
con voz que la angustia trunca
dijo: «No he llorado nunca;
señor, dejadme llorar.»
Y alzó los brazos al cielo:
el Rey los suyos echó
al cuello al Cid, y lloró
partiendo con él su duelo.
Ante el dolor natural
de herida tan fresca y viva,
prudente la comitiva
guardó un silencio glacial.
Al fin el Cid, desprendiéndose
de los brazos de don Sancho,
del pecho robusto y ancho
exhaló un suspiro irguiéndose;
y posponiendo al honor
del buen vasallo al buen hijo,
cobró las riendas y dijo:
«¡Dios lo hizo! Vamos, señor.»

—

¡Mísera gloria mortal!...
y mísera humana historia
que tienen la vanagloria
por guía y por pedestal.
¡Pobre criatura humana!,
la más noble y más entera
sacrifica a la quimera
de su vanidad mundana,
que en la más justa aflicción
exige el rostro contento,
sofocado el sentimiento
y cerrado el corazón.
¿Y por qué? Porque no vea
la sociedad corrompida
la realidad de la vida
ni del mal la cara fea:
porque entonces como ahora
la egoísta sociedad
se hace sorda a la verdad
y vuelve el rostro al que llora.
El Cid soportó su duelo
con cortesana grandeza,
venció a la naturaleza
e infringió la ley del cielo;
mas cumplió con su deber:
su continente y su porte
fueron dignos de la corte
que el dolor no debe ver;
y siguiendo hacia León
iba con rostro tranquilo
sus lágrimas hilo a hilo
vertiendo en el corazón.
Y han debido obrar como él
antes, hoy y en la Edad Media,

los que en la humana comedia
han hecho bien su papel.

VII

Media noche era por filo:
todo en León yace inerte,
donde temprano se acuesta
y se recoge la gente.
En la lobreguez nocturna
ni un pelo de aire se mueve,
ni una luz tardía brilla,
ni un vago rumor se siente.
Todo es paz, silencio y sombra:
sólo dos hombres no duermen
en dos cámaras opuestas
del palacio de los reyes.
El uno una larga carta
escribe difícilmente,
que en aquel tiempo los nobles
no eran grandes escribientes.
Las lágrimas, escribiéndola,
a los ojos se le vienen,
y a cada frase que escribe
más la faz se le entristece.
A veces deja en la mano
zurda reposar la frente,
y en la derecha en la pluma
que la tinta se le seque:
y según como su escrito
corta, interrumpe y detiene,
o mucho escribir le cuesta
o mucho escribir le duele.
El otro una abierta carta,
que mal en las manos tiene,
con ojos desencajados
devora mejor que lee.
A cada frase completa
que de la carta comprende,
estruja el fatal escrito
y los bigotes se muerde:
y bufando de coraje,
por la cámara va y viene
como una fiera encerrada
que en su jaula se revuelve.
El que lee y bufa es don Sancho;
el que escribe, el Cid. Dejémosle
a aquél con su ira y su carta,
y vamos a leer la de éste.
Decía así, de lo escrito
supliendo prudentemente
la ortografía imperfecta
y los cojos caracteres.
«Alma noble, esposa buena,
ya sé que en mi casa vos
fuísteis un ángel de Dios:
él os lo premie, Jimena.
»¡De vuestra carta el pesar
pedísme a mí que os perdone!
Teniendo a Dios que os abone,
¿qué os tengo que perdonar?
»Antes perdonadme vos
la vida que os he labrado:
mas ved que tal os la he dado
porque así lo quiso Dios.
»Mis padres por vos sin mí
murieron con santa muerte:
reposar su cuerpo inerte
vísteis vos y yo no ví.
»De sus tumbas a la puerta
quedáis sola y desolada,
esperando mi tornada
en esa casa desierta.
»Comprendo bien la aflicción
que os causa tal amargura,
y que horrenda sepultura
os parezca esa mansion.
»Concibo, santa mujer,
que en esos cuartos desiertos
vivos a mis padres muertos
creáis y os aflija ver.
»Por mí y por ellos orad,
y haced que se les enfoye;
que si Dios a vos no os oye
no me hará a mí más bondad.
»Teñidas siempre las manos

tengo de sangre hasta el codo:
y harto haré si encuentro modo
de que no corra entre hermanos.
»En la iglesia vivareña
haced mis muertos guardar,
que yo les iré a enterrar
en San Pedro de Cardeña;
»y a Burgos os podéis ir,
donde en casa grande y fuerte,
podéis, sin ver a la muerte,
sin mí y mis padres vivir.
»Y adiós, mi santa mujer,
todo mi poder os doy;
no me preguntéis desde hoy
qué es lo que debéis hacer.
»Con mis padres al morir
tomado habéis mi lugar:
dejar os debo en mi hogar
como señora vivir.
»Para ir a la eternidad
me les tuvisteis en brazos:
hoy de nuestro amor los lazos
aprieta esa soledad.
»Ya no tengo más que a vos,
mas renacéis en mis hijos;
tened, pues, los ojos fijos
en los hijos de los dos;
»y no miréis hácia atrás
que el pasado que os labré
tela de pesares fué
tupida y negra de más.
»Con nueva aflicción prolija
no os hagáis doble su carga,
y con una leche amarga
no envenenéis a mi hija.
»Juzgad por esto que os digo
cuál está mi alma de pena:
y a Dios que os guarde, Jimena,
por bien de vuestro Rodrigo.»
Con esta carta delante,
que con amargo deleite
repasa, a través mirándola
de las lágrimas que vierte,
estaba el buen Cid pasando
esos momentos solemnes
del primer día del duelo
de quien a sus padres pierde.
En aquella primer hora
de orfandad, en que el más fuerte
al verse en la tierra huérfano
los pies sin tierra se siente;
y aunque sea poderoso,
rico, y joven, le parece
que no hay nada ya en la tierra
que a la vida le sujete.
Todo es menos que los padres
para el que a los suyos quiere
como buen hijo, y el mundo
vacío ve cuando mueren.
No importa saber que son
mortales, ver que envejecen
y que van con cada paso
acercándose a la muerte:
siempre como inesperado
su fin mortal nos sorprende,
y nos quedamos sin ellos
como sin sombra ni albergue;
y el buen Cid Rodrigo Díaz
que sabe que no los tiene,
en la soledad les llora,
insomne e indiferente
para el mundo, que vacío
ve ya de ellos, y no puede
ofrecerle nada tal
que tal pérdida compense.
Mas ¡ay de un afortunado
si se le cambia la suerte:
cual le llovieron las dichas
las desventuras le llueven!

VIII

Percibió el Cid, acercándose
por la inmediata crujía,
pasos de alguien que por ella
desatentado camina.

Según la desigualdad
con que avanza y con que pisa,
o viene a oscuras y a tientas,
o ebrio o enfermo vacila.
Chocóle oír tales pasos;
mas absorto en sus desdichas
esperó, de él sin curarse,
que pasara el que venía.
Mas éste, en vez de pasar,
llegó, y a su puerta misma
dió tal empellón, que abriéndola
por poco no la desquicia.
Sin miedo, mas con asombro
alzóse el Cid en su silla,
y al volverse vió a don Sancho
con la faz descolorida,
trémulo el cuerpo de cólera,
los ojos echando chispas,
y estrujando un pergamino
que había casi hecho trizas.
Aguardaba el Cid que el Rey
hablara, mas no podía;
y el pergamino alargándole,
díjole tan sólo: «Mira.»

Costó al Cid harto trabajo
volver el alma y la vista
a los negocios del mundo
desde el mundo de sus cuitas;
mas con el ánimo de hombre
que sus pasiones domina,
comenzó a leer de lo escrito
las tan maltratadas cifras.
La letra era contrahecha,
mas clara, redonda y limpia,
y sus frases sin retóricas
de tal modo concebidas:

«Alfonso ha huído a Toledo,
y van en su compañía
Per Anzules y otros nobles
de León y de Castilla.
Doña Urraca es quien dineros
y escolta le facilita,
quien le preparó la fuga
y le asegura la vía.
Los frailes os darán tarde
disculpas con tal noticia:
mas sus disculpas son tramas
y sus protestas perfidias.
Los frailes en su clausura
y en Roma contra vos fían;
y esperando más de Alfonso,
los frailes son alfonsistas.
Andad, pues, cauto, don Sancho,
porque la tierra vos minan:
León a Alfonso recuerda,
Zamora por él conspira,
hojas, pueblos y veletas
con cualquier ráfaga giran;
y si habéis de crecer solo,
cortaos púas y espinas.
Humillad humos y torres;
porque mujeres y villas,
quien las guarnece las tiene:
no os fiéis en pleitesías.
Quien bien os sirve os lo advierte,
quien bien os quiere os lo avisa:
obrad como más os cuadre,
y a Dios que os guarde la vida.»

Leyó esto el Cid, impasible,
y mientras el Cid leía,
tenía en su austero rostro
el Rey su mirada fija.
¡Oh vil suspicacia regia!
¡Oh ambición vil y egoísta!
El Rey la fe, los servicios
y el duelo del Cid olvida,
y... ¡que Dios se lo perdone!,
mientras lee tal vez espía
si por traidor le delata
la exterioridad más mínima:
y ante la tranquilidad
leal del Cid, daba grima
la expresión del Rey ceñuda,
desconfiada y ambigua.
Devolvió el Cid el escrito
al Rey; y éste, a quien animan

la ira y la suspicacia,
trabó diálogo en tal guisa:

EL REY. Ya ves el fruto que han dado
tus consejos e hidalguía.

EL CID. Yo aconsejé lo mejor;
palabra empeñada, obliga.

EL REY. Pues me diste un mal consejo,
prueba que fué sin malicia.
Mientras yo voy a Sahagún
a reducir a cenizas,
ve tú a cazarme la urraca
que allá en Zamora se anida.

EL CID. Ambas cosas son más fáciles
que para hechas, para dichas.

EL REY. ¿Defenderás a los frailes
también?

EL CID. No a fe: aborrecidas
fueron siempre por los frailes
la nobleza y la milicia:
mas entre el mundo y sus claustros
han puesto cruces benditas,
y hay que pasar para entrarles
de las cruces por encima.
Fuerza y poder para tanto
no tiene un Rey todavía;
dejad a los frailes quietos
y haced que tragáis la píldora,

EL REY. ¡Y Zamora!

EL CID. Está Zamora
bien murada y bien provista,
circundada por el Duero
y por peñas defendida.
Si la pedís, de seguro
que os la niegan.

EL REY. Ve a pedirla:
si te la dan, asegúrala;
y si no te la dan, sítiala.

EL CID. Iré a enterrar en Cardeña
a mis padres y en seguida...

EL REY. Para el buen vasallo es antes
la patria que la familia.
Yo haré a tus padres en Burgos
hacer exequias magníficas;
yo cuidaré de tu casa,
de Jimena y de tu hija;
pero si tú no me traes
a Zamora en garantía
de tu lealtad, creeré...

EL CID. ¿Qué?

EL REY. Que con ellos conspiras.
Frunció el Cid el entrecejo;
clavó su mirada límpida
y serena de don Sancho
en las llameantes pupilas,
y sintió el Rey que la faz
se le tornaba amarilla
al frío de la vergüenza
por sus palabras mezquinas.
Calló el Cid y calló el Rey:
mas adquiriendo ambos íntima
convicción de que el Cid era
fiel, y el Rey se arrepentía,
anudó el diálogo el Cid
con estas frases de él dignas,
con voz sosegada y suave,
y faz ni humilde ni altiva:

EL CID. Si a mí el pesar me cegara,
señor, como a vos la ira,
de vuestras tierras desde hoy
y de vos me extrañaría.
Jamás creyó vuestro padre
traición en mí ni mancilla,
desde que maté a mi suegro
hasta que me armó en Coimbra.
Juréle serviros siempre,
y de su fin desde el día
he ido yo hora por hora
ensanchándoos a Castilla.
Nada hay que por vuestros medros
se me haga a mí cuesta arriba:
desde niños mantuvimos
nuestras dos almas unidas,
y deben de andar ligadas
mientras los cuerpos existan.
Por mí, pues, no han de romperse
fe y amistad tan antiguas;

no haré de vuestras palabras
caso, ni de mi familia,
e iré por vos a Zamora
a armar con mujeres lidia.
Yo iré a Zamora, don Sancho,
mas enviad vuestras milicias
tras mí, porque habrá que entrarla
o por brechas o por minas.

EL REY. Ofrece a mi hermana en cam-
la villa o ciudad que elija, [bio
de Castilla o de León,
de Asturias o de Galicia:
Osma, Tiedra, Villalpando,
Valladolid o Medina;
yo necesito Zamora
por cesión o por conquista.

EL CID. Y yo os la daré, o daremos
los míos y yo las vidas
a Dios ante sus murallas.

EL REY. Las huestes tendré yo listas:
ve: Zamora para mí
no es más que un nido de víboras.

EL CID. Yo iré a ahogarlas; mas será
milagro si no nos pican.
Iré a Zamora: y ahora
dejadme llorar mis cuitas,
y orar a Dios por mis padres
hasta que despunte el día.

Dijo el buen Cid: y el Rey, visto
que ante un Cristo se arrodilla,
echóse atrás ante Cristo
ante quien todo se humilla.

VII

I

Del dicho al hecho va trecho:
Dios lo que el hombre propone
dispone, y el tiempo pone
torcido lo más derecho.

Cierto es que el tiempo lo allana
todo y todo lo endereza:
mas nunca una fortaleza
se tomó en una mañana.

En su impaciencia y su ira,
don Sancho a Zamora pide;
mas ni bien el tiempo mide,
ni a su fortaleza mira.

El Cid le dejó marchar,
y ahogando el duelo en el alma,
quedóse en León con calma
tal empresa a meditar.

No sé si aquel cerco fué
del refrán de que *Zamora*
no se ganó en una hora
el origen: pero sé

que el Cid saberlo debía;
pues, aunque el Rey se lo manda,
él ir a hacer su demanda
retrasa de día en día.

Mas no la debe olvidar;
y según mi parecer,
quiere no el tiempo perder,
sino a Zamora ganar;

y como buen adalid
los estorbos allanando,
no entrar en lid sino cuando
pueda vencer en la lid.

Quedóse, pues, en León,
y por sus llanos y sierras
fué afirmando de sus tierras
a su Rey la posesión,

y mientras nadie sospecha
que el Rey a Zamora mira,
el Cid por España gira,
puntos pone y líneas echa.

Zamora amenazadora
no es para él grande amenaza,
sino porque es una plaza,
por don Alfonso, traidora.

Y de Zamora sin miedo,
si en Toledo no estuviese
don Alfonso, a meter fuese
ojos suyos en Toledo.

Tan experto como en luchas

en lazos y estratagemas,
ambas fronteras extremas
sembró de espías y escuchas;
y a fuerza de astucia y oro,
de artificios y disfraces,
ojos y oídos sagaces
metió en la corte del moro;
y tanto hizo, que hubo un día
en que en León mudo y quedo,
desde Zamora a Toledo
hasta las moscas veía;
y no pasa ya traidora
sin que de ella se aperciba,
carta, palabra o misiva
desde Toledo a Zamora.
De ocultas tramas los hilos
don Alfonso en tierra mora
y doña Urraca en Zamora
tejer creían tranquilos.
A lo mejor se saltaba
de su red un cabo o nudo:
y era el Cid, que atento y mudo,
le cogía o le cortaba.
El Cid, aunque hombre de guerra
de buen ojo y seso grave,
comprende y tiene la clave
de lo que pasa en su tierra;
y al Rey don Sancho al servir
y por su causa al lidiar,
tiene puesta sin cesar
su vista en su porvenir.
Quitar su hacienda a la infanta
es un vil hecho en su hermano,
que a su honor de castellano
repugna, mas no le espanta;
porque Zamora es el dique
de la ampliación de Castilla,
y él cree la mayor mancilla
impedir que se amplifique.
Como español y cristiano,
a África al moro volver
cree que es el primer deber
de todo rey castellano:
que abre lid de mala ley
quien contra el Rey se levanta
cree: y entre el Rey y la infanta,
el Cid está por el Rey.
Cuando ciudad no haya alzada
contra él de Granada a Oviedo,
el Rey, después de Toledo,
debe asaltar a Granada:
y hombre o ciudad que le impida
marchar a tan alta empresa,
puede el Rey hacer pavesa
sin respetar honra o vida;
pues cuando la cruz se plante
del mar por toda la orilla,
deberá Europa a Castilla
cuanto sea en adelante.
El Rey moro Aly Maimún
que esto mismo echa de ver,
tiene a Alfonso al proteger
con él interés común.
Aly hará que no se mueva
mientras que don Sancho viva,
pues en don Alfonso estriba
el porvenir, cual ser deba.
Mientras mucha tierra no haya
que por él no se levante,
no hay miedo de que el infante
de Toledo se le vaya;
pues teme que Sancho emprenda
de Toledo la conquista;
y tiene larga la vista
y en Alfonso buena prenda.
Si el Rey sus fronteras pasa,
suelta a Alfonso y le da mano
para que al Rey castellano
meta la guerra en su casa.
Si muere el Rey y le hereda,
debiéndole Alfonso abrigo,
claro es que quedará amigo
del que agradecido queda.
De la hidalguía cristiana
ni da en la exageración,

ni da en la superstición
fanática musulmana.
Don Alfonso mozo, bello,
franco, alegre y confiado,
le había el alma ganado
y ambos ganaron en ello.
En Toledo Aly Maimún
con don Alfonso tenía
amistad y cortesía
en moros aún no común;
y permitía al cristiano
desde tierra toledana
comunicar con su hermana
y su bando castellano:
pensando el árabe Emir
con tan leal proceder,
si llegaba Rey a ser,
un buen aliado adquirir.
Mas de su raza arrastrado
por la genial suspicacia,
su astucia y su diplomacia
no echaba del todo a un lado;
y aparentando no hacer
de él ni sus cristianos caso,
ni él ni ellos daban un paso
que él no pudiera saber.
Tal era la situación
de gente cristiana y mora;
tal era la de Zamora,
Burgos, Toledo y León;
y así el tiempo se pasaba,
y en pro de su bandería,
cada cual se prevenía
a vil traición o a lid brava.
Don Sancho desesperábase
con la tardanza del Cid,
mas para el trato o la lid
fiado en él aguantábase;
y en expectativa tal
días y meses corrieron;
mas el Rey y el Cid cumplieron
su palabra cada cual.
Teje en Toledo el infante,
y en Zamora doña Urraca;
nudos les corta y les saca
hilos el Cid vigilante;
y en su red cuando a los dos
creyó, en camino se puso
de Zamora. Mas propuso
el Cid, y dispuso Dios.

II

La casa del Cid en Burgos
abandonada, no vieja,
hicieron los alarifes
en dos meses vivídera.
Cumplió su palabra el Rey;
y ordenando a sus expensas
en la abandonada casa
quitar al patio la yerba,
jalbegar los corredores,
embarandar la escalera,
ensamblar techos y pisos,
herrar ventanas y puertas,
y cerrar de vidriería
sus balcones y lucernas,
la decoró con los propios
tapices, muebles y telas
de su real palacio, en uno
de aquella edad convirtiéndola:
es decir, en lo que hoy es
una casa solariega.
Cuando juzgó que la casa
del Cid, de ser la primera
después del palacio en Burgos
tenía ya la apariencia,
en la mañana de un lunes
de un día de primavera,
de los pocos que se gozan
en la zona burgalesa,
con el clero parroquial,
la corte y su escolta regia,
en traje de ceremonia
de Burgos salió a las puertas.
Al punto en que a ellas llegaba,

se adelantaba hacia ellas
por el camino, que entonces
era poco más que senda,
otra comitiva grave,
vestida de ropas negras,
precedida de unas andas
de negros paños cubiertas.
Una cruz trae por delante
con dos ciriales con velas,
cuyo pábilo sin llama
en su remate negrea;
cuatro clérigos en torno
fúnebres salmos la rezan,
y cierra la comitiva
una enlutada en litera.
Reunidas ambas, juntas
dirigiéronse a la iglesia,
los clérigos salmodiando,
don Sancho con reverencia,
la corte al Rey amoldándose,
la dama en crespón envuelta,
y el pueblo absorto, formando
la comparsa de la escena.
Cumplió su palabra el Rey:
como si a infantes se hicieran,
hizo a los padres del Cid
solemnísimas exequias.
Pagó cientos de responsos,
limosnas repartió espléndidas,
siendo los muertos llorados
por todas las almas buenas.
Concluídos los oficios,
sacó del templo a Jimena
el Rey don Sancho del brazo,
y la instaló en su vivienda:
y cuando el Rey de su casa
salió dejándola en ella,
a saludarle al partir
se asomó al balcón Jimena.
Rompió en aplausos la gente;
y al dar a la esquina vuelta,
el Rey se quitó la gorra
y ella inclinó la cabeza.

—

Cumplió su palabra el Cid,
y como adalid que piensa
asegurarla bien antes
de meterse en una empresa,
la gente de su mesnada
dividió en partidas sueltas,
despachando a cada una
por una vía diversa.
A Burgos diz que se vuelven
ya que en León la paz reina,
encargadas por los pueblos
fronteros de establecerla.
Mas todos los jefes orden
de caer en un día llevan
en un lugar diferente,
pero de Zamora cerca.
El Cid cumplió su palabra:
con una escolta pequeña
de hijosdalgos vivareños
salió de León, sin muestras
de algarada o correría,
sin aparato de guerra,
sin vererederos delante,
sin carros detrás ni acémilas.
Armados van: mas del noble
la armadura entonces era
indispensable atavío
y natural vestimenta;
con que miró su partida
la población leonesa
de la paz como precisa
y natural consecuencia.
Cumplió su palabra el Cid:
a la jornada tercera,
con tranquilo continente
de Zamora entró por tierras;
y con el sol de la cuarta
comenzó a subir la cuesta,
cuyo sendero tortuoso
al postigo viejo lleva.
Según avanza comprende
por lo que avanzando observa,
que está la infanta en Zamora

preparada a su defensa:
las murallas con reparos,
los cubos con aspilleras,
el castillo con vigías,
las torres con centinelas;
el postigo mantelado
con puente, rastrillo y verja,
y a verle subir creciendo
el gentío en las almenas.

Subía el Cid a Zamora
cual si no se apercibiera
de su catadura hostil,
ni de su gran fortaleza;
como a un jabalí erizado
va un cazador con cautela,
fingiendo no apercibirle
para tirarle de cerca.
Llegó ante el postigo viejo;
y plantado en la plazuela
que ante el puente y sus dos torres
se abre, a sus tiros expuesta,
cual si no viese a la gente
que a los muros se aglomera,
mandó de pedir entrada
con un clarín hacer seña.
—¿Quién va?—preguntó, asomando
hasta el pecho la cabeza
por el muro Arias Gonzalo,
que el infantazgo gobierna.
—Abrid al Rey—dijo el Cid—:
de él traigo a la infanta nuevas,
y a una demanda del Rey
ha de darme una respuesta.
—Ya no hay en Zamora Rey
ni hay en Zamora ya orejas,
demandas de castellanos
que estén a escuchar dispuestas.
—Las palabras de la mía
están escritas en letra
del Rey don Sancho a su hermana
y es preciso que las lea.
—Si traéis letras mandádnoslas
pasadas en una flecha
por cima de la muralla;
pues las llaves de las puertas
de Zamora se han perdido
y no hay de abrirlas manera.
—Muy mala de recibir
cartas de Reyes es esa:
si ésta ha de saltar el muro,
prefiero al Rey devolvérsela,
y que entre él por donde yo
su carta enviar tengo a mengua.
—Si lo que en ella demanda
es, según siento sospechas,
entrar el Rey en Zamora,
no hay que cansarse en leerla.
—Eso pide, Arias Gonzalo:
mas no es cortés que yo vuelva
a Burgos de vuestra infanta
sin ver el rostro siquiera.
Y por si al perder Zamora
las llaves y las orejas,
perdiendo memoria y ojos
no hay quien me conozca en ella,
yo os suplico, Arias Gonzalo,
que si anda por ahí cerca
mi señora doña Urraca,
que sí andará a la hora de ésta,
la digáis que soy Ruy Díaz,
y que ésta es la vez primera
que a su morada llamando
me hizo esperar a su puerta.

A estas palabras del Cid,
sacando entre dos almenas
el medio cuerpo y los brazos,
asomó la infanta mesma:
y con voz desentonada,
y con acción descompuesta,
al absorto castellano
imprecó de esta manera:
«¡Afuera, afuera Rodrigo!
Jamás pensé que tú fueras
quien viniese a despojarme
en mi casa de mi hacienda.
Antes de arriesgarte a ello,

acordártese debiera
de aquel buen tiempo pasado
de nuestra niñez más tierna;
cuando criado en mi alcázar,
en infantiles franquezas
con mis hermanos crecías,
siendo yo tu compañera.
Leíamos en un libro,
comíamos a una mesa,
y unos mismos, cual de hermanos,
nuestros pensamientos eran.
Creciste y te hicistes hombre,
de héroe hiciste proezas;
y al hacerte hombre, olvidaste
por lo que eres lo que eras.
Mi padre te armó en Coímbra;
yo te calcé las espuelas
porque fueras más honrado,
pero lloraba al ponértelas.
Pensé de casar contigo;
casaste tú con Jimena;
dejastes hija de Rey
por casar con rica-fembra:
con ella hubiste dineros,
comigo Estados hubieras
¡y hoy vienes a demandarme
los Estados de mi herencia!
No tomaras tal demanda
si tuvieses fe y vergüenza:
y si no fueras quien eres
de aquí vivo no volvieras.
¡Afuera, afuera Rodrigo!
Zamora es mía, y tendréla
por mía mientras me queden
de ella un hombre y una piedra.
Yo no entregaré a Zamora:
y si don Sancho la entra,
me hallará entre sus escombros
antes que rendida, muerta.
Dejómela a mí mi padre,
y maldijo a quien viniera
a pedírmela o quitármela
por voluntad o por fuerza.
Tú vienes hoy a pedírmela.
¡Afuera, Rodrigo, afuera!
mi padre maldice a Sancho:
¡maldito con Sancho seas!»

Dijo, y quitóse la infanta
de la muralla, colérica,
y todo el pueblo quitóse
de las murallas tras ella.

Quedóse el Cid pensativo
en la explanada desierta,
absorto de lo escuchado
y de lo visto con pena;
y en vista de que Zamora
no ha de abrirle ya sus puertas,
tornándose con los suyos,
tornó a bajar por la cuesta.
Los vivareños del Cid,
aunque mucho le respetan,
por lo que la infanta dijo
conforme a lo dicho piensan.
El Cid sabe bien que el necio
que en sincerarse se empeña,
agrava más ante el vulgo
lo de que mal se sincera;
y aunque lee en sus pensamientos,
con ellos sin tener cuenta,
sigue en silencio bajando
como si no los leyera.
Lo mal dicho por la infanta,
mal, sin embargo, le sienta,
por ser palabras tan locas
en una mujer tan cuerda;
y como sabe que siempre
palabras por mujer sueltas,
en lugar de ser el aire,
el diablo es quien se las lleva,
se asombra de que la infanta
haya así soltado aquellas,
que cogidas por el diablo
pueden pedradas volvérsela.
Y el Cid para sí decía:
«Comprendo que se defienda:

mas no que ofenda su honra
publicando sus flaquezas.
Si me quiso y no la quise,
secreto entre los dos era:
por cima de las murallas,
¿a qué sus secretos echa?
Y con el Rey me maldijo...,
¡maldita sea su lengua!
Sobre Zamora vendremos
el Rey y yo..., por bien sea.»
Así pensando llegaba
el Cid al fin de la cuesta,
y enarcando el ceño, hizo
salir al trote a «Babieca».

—

Cogidas dejó en contorno
de Zamora las veredas,
mas fuera de sus terrenos
del infantazgo a fronteras:
y escalonando jinetes
según de León se aleja,
dió en Burgos a dar al Rey
de su misión mala cuenta.
Le oyó el Rey, y dijo en calma:
«Las huestes tengo dispuestas;
tomaremos a Zamora
una vez que nos la niegan.»
No como quien amenaza,
sino como quien recuerda,
dijo el Cid: «Tened presente
que, al descender a la huesa,
vuestro padre a doña Urraca
se la dejó por herencia,
y que al expirar maldijo
al que a tomársela fuera.»
No como quien contradice,
sino como quien comenta
una cuestión que ha estudiado,
dijo el Rey con mucha flema:
«La voluntad de los Reyes
la muerte al matarles quiebra:
no hay, Díaz, voluntad póstuma
de Rey que se cumpla entera:
el que se va mira atrás
y adelante el que se queda:
y en cuanto a sus maldiciones
nunca a los malditos llegan;
Dios es sólo el que bendice
y maldice, y manda y veda.
Conque ¡a Zamora!; mi padre
ya a Castilla no gobierna.»
Metióse el Rey en sus cámaras;
y tomando la escalera
del palacio el Cid, metióse
en su vieja casa nueva.

—

No era el Cid supersticioso,
mas era hombre de la época
y creyente; lo que dicen
que el Rey don Sancho no era.
Llevaba el Cid en su ánimo
una inexplicable mezcla
de esperanza y desaliento,
de alegría y de tristeza:
y al encontrarse en los brazos
de Bibiana y de Jimena
y de su hijo don Diego,
que en los catorce años entra,
al recuerdo de sus muertos
de los vivos en presencia,
siente que llora, mas duda
si de placer o de pena.
Y a su mujer y a su hijo
y a la chica abraza y besa,
y entre sus brazos sintiéndoles
en sus brazos les estrecha.
No hay paz, ni dicha, ni gloria
ni prez como las domésticas;
no hay paz como la de casa
cuando hay paz en la conciencia.
Sólo al calor del hogar
amor y bien se conservan;
y el amor de la familia
todo el del mundo concentra.

Amor que todo lo parte
por igual, todo lo llena,
todos los placeres dobla,
todos los pesares merma;
y depurando los gustos
y los disgustos, les deja
sin hiel ni acritud que el alma
con sabor áspero hieran.
Las más amargas memorias,
aun las de personas muertas,
son luego un aniversario,
marcan en casa una época;
y las familias que se aman,
cuanto más aisladas quedan
en el mundo, más dichosas
en la soledad se encuentran.
Y el Cid se encontró en su casa
después de una larga ausencia
en esta tristeza alegre
que se siente y no se expresa.

Seis días vivió en su casa;
y al cerrar la noche sexta,
marido y mujer a solas
hablaban de esta manera:

JIMENA. ¿Vais sobre Zamora?
EL CID. En vano
le recordé lo que olvida.
JIM. Es de su hermana.
EL CID. Es guarida
de rebeldes por su hermano.
JIM. ¿Y vas con él?
EL CID. Sí que voy.
JIM. ¡Mal de la guerra presiento!
EL CID. No voy yo a ella contento,
mas a ir obligado estoy.
Si el fuego que en Zamora arde
pronto don Sancho no apaga,
lid más fratricida amaga
prender más pronto o mas tarde.
Mujer inquieta es la infanta
y todo contra él lo agita:
si a Zamora no la quita,
medio reino le levanta.
JIM. La infanta es del Rey hermana.
EL CID. Mas, levantisca y traidora,
amaga desde Zamora
turbar la paz castellana.
JIM. Jamás discutir, Rodrigo,
cuestiones de Estado intento,
lo sabes; mas mucho siento
que el Rey te lleve consigo.
EL CID. Si no voy yo de él en pos
¿quién le enfrena o le aconseja?
JIM. Mira si en Burgos te deja.
EL CID. Déjalo en manos de Dios.
¿Qué temes por mí en Zamora?
JIM. Nada: mas pésame ver
que vas contra una mujer
con tantos hombres ahora.
EL CID. Pésame también a mí.
JIM. Quédate en Burgos.
EL CID. No puedo.
JIM. No sé por qué tengo miedo
por primera vez por ti.
EL CID. Déjalo en manos de Dios.
El Rey va a tierra traidora,
e imposible es que a Zamora
no vaya yo de él en pos.
JIM. ¡Luego tú también me ocultas
un fatal presentimiento!
EL CID. Sí, mas lo que yo presiento,
tú, que lo ignoras, lo abultas.
Presiento dificultades
e imprudencias de don Sancho,
que cree, sin duda, muy ancho
que así se asaltan ciudades
como Zamora en un día;
y yo le he dicho en su cara
que nadie en Zamora entrara
si Zamora fuera mía.
JIM. Pues, ¿a qué vas?
EL CID. A probar
que plaza que a mí ninguno

me tomaría, no hay uno
que me impida a mí tomar.
A esta respuesta del Cid
que su carácter revela,
que en él es genio y en otro
revelaría demencia,
los ojos al cielo alzando
calló y suspiró Jimena,
convencida de que nadie
cambia de naturaleza;
Y dijo entre sí: «Es inútil
querer torcerle: en la tierra
todo tiene una atracción
que a un fin natural lo lleva:
el sol va siempre a Occidente,
contra el aire las cigüeñas,
los ríos hacia la mar,
y mi marido a la guerra.»

III

En un camarín de fábrica
entre bizantina y gótica,
cuyas paredes tapiza
labrado cuero de Córdoba,
cuyo pavimento sólido
cubre valenciana alfombra,
y cuyo mueblaje rico
por su materia y su forma,
la opulencia y el buen gusto
de su posesor denota,
sentada está doña Urraca
en su alcázar de Zamora.
A sus pies, en un escaño,
está una mujer aún moza,
pero de carnes enjuta,
de recia armazón huesosa,
de contornos masculinos,
cabello negro, piel roja,
y vestida a la africana,
con fez, saragüil y ajorcas:
con que ella y su vestimenta
son una mezcla estrambótica
de hombre y mujer, pareciendo
que hay en ella dos personas.
Es una felláh nacida
del monte Atlas en las rocas,
ágil como sus panteras,
astuta como sus zorras,
hecha a lidiar del desierto
con las fieras tribus nómadas,
y a usar de las armas como
las antiguas amazonas.
Sus padres y sus maridos
en su aduar las dejan solas,
y ellas guardan y defienden
de los beduinos sus chozas.
Los Emires marroquíes
y los xeques de la costa
traían de estas mujeres
entre sus rapaces hordas.
Fieles, sagaces, de todo
capaces y a todo prontas,
eran espías, correos,
de sus esclavas y esposas
guardas en su harén: en suma
eran las ejecutoras
privadas de sus empresas
íntimas o misteriosas.
Una de éstas es aquella
a quien está oyendo absorta
la infanta, y que de un mensaje
ha sido la portadora.
De Toledo vino: Alfonso
en una carta muy corta,
dice *que la mensajera*
trae buena lengua en la boca:
y la infanta doña Urraca,
que es muy buena entendedora,
para entender tal epístola
media palabra bastóla.
Convocó, pues, a sus íntimos,
sentó a sus pies a la mora,
y, pues su hermano en la lengua
se fía de ésta, buscósela:
y en este punto agrupados

de ella están a la redonda,
y la mensajera acaba
de don Alfonso la historia.
Tras de la infanta la escuchan
Gonzalo Arias, que es su sombra,
y sus cuatro hijos, que son
donceles de su señora.
Damas de su confianza
y adalides de sus tropas,
de la extraña mensajera
el noble auditorio forman;
y en el punto en que comienza
este romance en mi crónica,
de este modo a sus oyentes
decía la narradora.
Y lo decía con esa
entonación armoniosa,
con ese acento que a su habla
da inflexiones de salmodia;
con esa forma voluble,
que en sus cuentos amontona
tropos, símiles e imágenes,
de los africanos propia.
«—Dos veces en riesgo puso
su vida la recelosa
suspicacia de unos mutfis
y unos faquíes; carcoma
de nuestra fe y nuestra corte,
que de todo se avizoran,
de todo se escandalizan,
y a los creyentes deshonran.
Uno de éstos una noche
soñó que en triunfante pompa
tu hermano entraba en Toledo
a caballo y con corona;
y apoyándose en el hecho
de que, con tiesura indómita,
tu hermano en la cabellera
tiene un mechón que se enrosca
y arremolina rebelde,
con ira supersticiosa
quisieron que en pro del reino
le diera el Rey muerte pronta.
El Rey que no cree en agüeros,
trató su pretensión loca
de vil traición con un huésped,
y en tu hermano rechazóla.»
—¡Ah, buen Rey!—dijo la infanta.
—¡Azzaláh!—dijo la mora.
—Sigue—dijo Urraca—, eso
fué una vez: ¿qué fué la otra?
—La otra—siguió la felláh—,
fué que durmiendo a la sombra
de una datilera espesa
una siesta calurosa,
tu hermano, sin verle el Rey
por estar entre las hojas
él de una parte, sentóse
el Rey a hablar de la otra.
Iban con el Rey los mutfis
y los xeques de su escolta;
y mirando a la ciudad,
fuerte entre el río y las rocas,
juzgábanla inexpugnable
y de una manera sola
posible de entrar: talando
siete años su vega toda.
Apercibió un mutfi al príncipe,
y para que no recoja
secreto tal, si no duerme,
propuso una horrible cosa.
—¿Cuál?
—Con plomo derretido
con que los caños se soldan
de las fuentes (y soldaban
uno a una pila marmórea
muy cerca unos alarifes)
echarle ardiendo una gota
en la mano que tendía
sobre la yerba.
—¿Y por obra
pusieron tan vil idea?
—¡No que no!; mas la modorra
de Alfonso era tan profunda,
que nada oyó; ni sintióla
caer ardiendo en su mano,

ni a su impresión dolorosa
despertó, hasta que en la palma
se enfrió la ardiente gota.
—¡Habrá perdido la mano!
—Curó muy bien; y salvóla
con la vida, por tener
la soñarrera tan honda.
Y desde entonces tu hermano
es la alegría y la gloria
de Aly Maimún, que no sabe
vivir sin él una hora.
Con lo que el Rey don Alfonso
podéis comprender que goza
de Aly Maimún de Toledo
la hospitalidad fastuosa,
y la protección más amplia:
en sus alcázares mora,
sus propios siervos le sirven,
sus propios caballos monta,
en los cotos reales caza,
del Rey se viste las ropas,
sus caballeros cristianos
sueldos del erario cobran;
los toledanos le admiran,
las toledanas le adoran,
doquiera que se presenta
de bendiciones le colman;
vive tranquila, sultana,
porque en tierras de Mahoma
tu hermano está tan seguro,
tan libre y tan sin zozobra,
como la anguila en el río,
como en el bosque la corza,
como en su enjambre la abeja,
como en el viento la alondra:
y en ti su esperanza tiene,
y en Aly Maimún la apoya;
y esto me mandó a decirte;
si lo he dicho mal, perdona.
—No, sino muy bien; y en premio
este anillo mío toma
para que por él mi hermano
tu fidelidad conozca.
Yo te pondré en los oídos
mi respuesta, y de tu boca
la oirá cual yo tu cuento.
Te daré dos líneas cortas
escritas: porque las letras
son al que escribe traidoras,
y las palabras son ruido
que se disipa en la atmósfera;
mas de palabras y letras
dirásle en suma estas pocas:
que a dar la vuelta a León
dentro de un mes se disponga.
A estas palabras la infanta
iba sin más ceremonia
a levantar el estrado,
cuando el fragor de las trompas,
el doble de las campanas,
y mil voces tumultuosas,
del camarín bizantino
estremecieron las bóvedas.
Salió al ajimez la infanta,
y como la vega toda
domina su alcázar, puesto
en la cima de una roca,
la causa de tal tumulto,
sin preguntarlo, vió absorta:
don Sancho acampa sus huestes
en rededor de Zamora.

IV

Y uno es un mal esperar
que nos puede acaecer,
y otro es sentirle llegar,
y, sin poderle atajar,
cómo nos sucede ver.
Así que los zamoranos
tuvieron bajo sus muros
a los tercios castellanos,
no les bastaron ni manos
ni ojos para estar seguros.
Y aunque está muy bien murada
y son muchos en la villa,

no hay hora en que amenazada
no se halle de ser entrada
por las gentes de Castilla.
Y minándoles la tierra,
y dando a peñascos vuelo
con sus máquinas de guerra,
el Rey de Castilla cierra
sobre ella por tierra y cielo.
Y comienzan a entender
que uno es a Rey tal bravear,
y otro con tal Rey tener
sin dormir y sin comer
día y noche que lidiar.
Grandemente les ensaña
ver que Galicia, León,
Asturias y toda España,
al Rey, en esta campaña,
dan hueste y mandan pendón;
pues ven desde sus baluartes
entre los del Rey y el Cid,
ondear los estandartes
que llegan de todas partes
desde Oviedo a Val-de-Olid.
Mas no por eso villano
cede o se descorazona
el fiel pueblo zamorano:
cuanto el riesgo es más cercano,
más puja y se envalentona.
Al largo asedio se aveza,
y cuanto el Rey más la plaza
bate, con más entereza
defiende él su fortaleza
y los asaltos rechaza.
Y sobre su fuerte muro
al castellano provoca
tras de cada asalto duro,
como un viejo halcón seguro
en la cresta de una roca.
¡Bien Zamora se defiende!
y aunque bien Sancho la ataca,
la estrecha, mas no la ofende:
cuanto en ira él más se enciende,
más firme está doña Urraca.

—

Mas todo ímpetu primero
de alta fe, valor profundo
o amor el más verdadero,
da en el pueblo más entero
en un extremo segundo.
El tiempo, de amor y fe
y entusiasmo popular
gran roedor, no hay con qué
por tierra al cabo no dé
en un pueblo a largo andar.
En el pueblo más constante,
más leal y más valiente,
nunca falta un intrigante
o un traidor, que ir adelante
le impida y le desaliente.
Jamás falta un agorero
que mal no le vaticine,
o un traidor aventurero
que alce un murmullo primero
y a un mal parecer le incline.
Y alzado el primer rumor,
cual mina que se dispara
sube el murmullo a clamor;
y un pueblo entrado en furor,
¿quién sabe dónde se para?
.....
Ve el de Zamora que pasa
a largo andar el octubre,
y aunque el invierno se atrasa,
que comienza a estar, descubre
su gente y vitualla escasa.
Y con secreta zozobra
comienzan a comprender
los zamoranos, que es obra
su resistencia de sobra
difícil de mantener:
pues mientras ellos se merman
de heridas, cansancio y hambre,
con los que mueren y enferman,
sin que ellos coman ni duerman
crece el campo como enjambre.
Y ya Arias Gonzalo el viejo,
el más ducho en el consejo

y el más bravo en la batalla,
aunque en público lo calla,
a solas anda perplejo.

Y ya que el hambre le venza
o ceda su ánimo flaco,
del viejo Arias con vergüenza,
el pueblo a temer comienza
que la ciudad se entre a saco.

Y en vez de aquella fiereza
con que leal se batía,
le ve con mortal tristeza,
vista torva y faz sombría,
contemplar la fortaleza
del muro en que ya no fía.

Y empieza extenderse a ver
del alcázar en redor,
y por las plazas crecer,
ese siniestro rumor
con que el miedo empieza a ser
de la rabia precursor.

Aún reina Urraca en Zamora,
aún no ha recibido insulto,
aún no es Zamora traidora,
aún piensa y sospecha a bulto;
mas ya el germen se elabora
de la traición o el tumulto.

Anda por Zamora ya
un hijo de Olfos Bellido,
Bellido D'Olfos, que va
allegándose partido;
que amigo de Arias no ha sido
nunca y recelos le da.

Hombre de muy mala fe
y gran traidor tiempo atrás
dicen que su padre fué:
dicen del hijo, además,
que mató al padre; no sé
si se averiguó jamás.

El odio a él de Arias Gonzalo
en tales dichos estriba:
el hecho es que es hombre malo,
pero con la infanta priva:
y aunque Arias entre ojos halo,
D'Olfos es diestro y le esquiva.

La infanta le quiere bien
porque la lleva el genial:
y los villanos también
le aman y temen, por tal
historia tradicional;
por la que en él tal vez ven
algo sobrenatural.

Este hombre de extraña raza
y de extraña historia, empieza
a andar ya de plaza en plaza,
y a ser de grupos cabeza:
todavía no amenaza,
mas ya bulle y embaraza
y doquier se le tropieza.

Aún Zamora se defiende:
mas tan recio el Rey le ataca,
que ya sus muros ofende,
sus piedras y almenas saca
de asiento y sus cubos hiende;
y ya con miedo comprende
su situación doña Urraca.

Ya empieza la población
a comprender de Zamora,
que no tiene, en conclusión,
que esperar desde esta hora
remedio ni salvación,
sin un milagro, que implora
sin fe, o por una traición.

—

Mas la gente pensadora
se hacía esta reflexión:
«Dios milagros no hace ahora,
»¿y quién hace la traición?»

V

En la mañana sombría
del primer martes de octubre,
en una mañana de esas
en que de los ríos surgen

esas nieblas ondulantes,
que en sus orillas se tupen
frías, espesas y pardas,
y el día en tinieblas sumen;
a favor de su calígine
sin que le vean ni turben,
registra el Rey los estragos
que muros y torres sufren.

La densidad de la niebla,
por entre la cual no luce
el sol, que por ella ahogado
parece y de arder concluye:
el son del Duero, que cerca
grueso e invisible ruge,
y el del robledal que a intervalos
ráfagas sueltas sacuden,
si no pavor en el ánimo
del hombre de guerra infunden,
su imaginación asaltan
con presentimientos lúgubres.

Las sombras que las creencias
en nuestro espíritu nutren,
en la niebla y las tinieblas
en nuestro espíritu influyen.
Creyente o supersticioso
nadie su influencia elude,
si una incrédula osadía
de su ánimo no la excluye.
El Rey, a quien no hay agüeros
ni pronósticos que asusten,
ni presentimientos que hagan
que a sus proyectos renuncie,
va entre la niebla girando:
con la sola pesadumbre
de que un día para dar
un asalto no le dure.
Sus catapultas estudia
do le conviene que apunte,
y do aplique sus arietes
porque brecha le procuren;
mas va viendo que los muros
por ninguna parte se hunden,
aunque ya han hecho sus tiros
que mal sus piedras ajusten.
Marcha en silencio y a pie,
habiendo hecho que se oculten
los pajes con los caballos
del cerro a pie por do sube.
Subió hasta el postigo viejo;
y con gran gozo descubre
un lienzo que, si se bate,
es fácil que se derrumbe.

El Cid, Ordóñez, Velasco,
Alvar Fáñez, Pero Núñez,
y otros veinte caballeros
que su escolta constituyen
y su consejo, examinan
el lugar; y que consulten
les deja el Rey, de sus cálculos
para apreciar el resumen.

En esto, mientras que todos
en móviles actitudes,
gesto expresivo y voz baja
sus pareceres aducen,
dentro y detrás del postigo
perciben que se difunde
confuso rumor que crece
cual la disputa que surge,
y va en motín convirtiéndose;
lo que a esperar les induce
que por rendirse allá dentro
el pueblo se atumultúe.

La curiosidad y el riesgo
hacen que a un lado se agrupen
mientras que los gritos crecen;
y según lo que deducen,
por las voces de *¡abre!*, *¡cierra!*,
¡paso haced!, *¡que no se fugue!*,
parece que es el postigo
por abrir por lo que pugnen.

No hay con el Rey un cobarde
que en caso de lid repugne
meterse en ella, ni en dar
por él su existencia dude;
pero de cuál sea el riesgo

próximo en la incertidumbre,
firmes, callados e inmóviles
esperan lo que resulte.
De repente las cadenas
rechinan, el puente cruje,
y se oyen por él los pasos
de los que parece que huyen.
Corriendo bajan la cuesta;
y como es fuerza que crucen
por entre el Rey y los suyos
que el paso les interrumpen,
por el sendero que ocupan
dióse en la niebla de bruces,
el que huía con el Rey,
que aguantó apenas su empuje.
El fugitivo que, asiéndose
del Rey que lo asió, sostúvose,
apenas a su equilibrio
natural se restituye
dijo—«¡el Rey...!»—reconociéndole,
y amparado tras él púsose.
Sin tiempo de que demande
qué es el Rey ni él continúe,
los que le siguen metiéronse
entre los del Rey, que acuden
a rodearles de espadas,
sin que ellos de ellas se asusten.
Arias Gonzalo y sus hijos
son: y aunque ya se presumen
presos por el Rey, impávidos
esperan que él se lo anuncie.
El que huye de ellos es Dolfos,
que procura que le escude
el Rey; sin que ose ninguno
hablar sin que el Rey pregunte.
El Rey entabló, al fin, diálogo,
pues la autoridad asume
entre amigos y enemigos,
y el caso es bien que él apure.

EL REY. ¡Tres contra uno entre hi-
[dalgos!
¡Qué es esto!

DOLFOS. Que yo propuse
salir a tratar con vos
y a los Arias no les cumple.

G. ARIAS. Don Sancho, no hemos de-
[jado
salir a ese hombre a que os busque,
porque es maestro en traiciones
y una tememos que os urde.

DOL. Don Sancho, tengo un partido
que quiere que capitule
la ciudad, y de la Infanta
el juicio más no se ofusque.
Los Arias, señor, os odian:
ella deja que la usurpen
el poder, y bajo él quieren
que Zamora se sepulte.

G. ARIAS. Don Sancho, ved que os lo
si dejáis que os embaúque [avisc
ése, que es gran forjador
de traiciones y de embustes,
no respondo de que en una
no os haga dar, y no abuse
de vuestro amparo; porque esa
es en su raza costumbre.

DOL. Don Sancho, veis que razones
no os pueden dar, y recurren
a las calumnias. Yo tengo
parte por do os asegure
la entrada en Zamora, y dentro
partido que me secunde.
Ellos lo saben, señor,
por más que lo disimulen.
Cogedlos y yo os entrego
la ciudad, que en servidumbre
tienen y miedo en el punto
en que su prisión anuncie.
Yo os hago pleito homenaje:
tomadme, aunque me calumnien,
a vuestro servicio y de ellos
con vos dejadme que triunfe.

G. ARIAS. Rey don Sancho, dadle am-
mas del daño que os redunde [par
que nadie ante Dios ni el mundo

a nosotros nos acuse;
y del modo con que a vos
nos atrajo, se me ocurre
si entrasteis para cogernos
aquí con él en ajuste.

EL REY. Don Arias, yo ni rechazo
a quien a mi amparo acude,
ni armo a un enemigo trampas
que mi honra de Rey deslustren.
Dolfos se vendrá a mi campo:
libre id vos; mas si sucumbe
la ciudad, os descabezo
el día en que yo la ocupe.

Tornó la espalda don Sancho;
y antes de que se procuren
los zamoranos auxilio,
envuelto en la doble nube
de niebla y del polvo que alzan
sus caballos andaluces,
entró en su campo con Dolfos,
su escolta y su servidumbre.

VI

Los Arias, que bien conocen
del Rey el feroz carácter
y que de él, si son vencidos,
lo que les espera saben,
decidieron en Zamora
morir, mejor que entregarse
y darle a gozar el bárbaro
placer de descabezarles.
Don Sancho, viendo el setiembre
encima lluvioso echársele,
apretó y plantó sus tiendas
debajo de los baluartes:
y no hay ya un hombre que a ellos
pueda seguro asomarse,
ni modo de que un minuto
los zamoranos descansen.
Partida ya sin desquite
va de tercos a tenaces;
mas es ya fuerza perderla
por una o por otra parte.
Colérico ante Zamora
bramaba el Rey de coraje,
contra Arias mil maldiciones
echando al par de mil planes;
pero por más que discurre,
por más que a Zamora bate,
allí la tienen los Arias
para que el paso le ataje.
Ni hay medio de que sus ojos
ni sus pies del muro pasen,
ni hay medio de que se quite
a los Arias de delante.

Los Arias, al ver que en lluvias
amaga el tiempo cerrarse,
fían en que hará el invierno
que el Rey el cerco levante:
y como el Rey de Zamora
el campo abandone o alce,
de Zamora por la falta
tal vez la tierra le falte;
porque si Zamora triunfa,
a su ejemplo es indudable
que por don Alonso muchas
fortalezas se declaren.

Tal porvenir no se oculta
ni a los ojos perspicaces
de don Sancho que le teme,
ni de Arias que se le abre;
y está don Sancho en Zamora
como oso que ve un enjambre
tan alto, que de él no puede
llegar hasta los panales;
y los Arias, de Zamora
tras los muros seculares,
como en roca inaccesible
un nido de gavilanes.

—

El Rey, de Bellido D'Olfos
aceptó el pleito homenaje,
contra el parecer del Cid
y todos sus capitanes.

Lo que Arias de D'Olfos dijo,
lo que se habló de su padre
mientras vivió y las sospechas
del parricidio, retraen
de su intimidad y trato
a las gentes de linaje:
y anda en el campo cual sombra
sin cuerpo a quien arrimarse.
Sólo el Rey le trata bien,
como a hombre que diz que trae
de un juez fundador de Burgos
el apellido y la sangre.
El Rey dice que a su amparo
se acogió y que debe dársele:
que si traidor fué a Zamora
era a Zamora por darle;
que siempre del mal y el bien
que el vulgo propala de alguien,
son erróneas o supuestas
las nueve décimas partes:
que siempre topan con D'Olfos
los que de Zamora salen,
y que en salidas y asaltos
bien por Castilla se bate;
que nadie debe juzgar
que ha fraguado ni que fragüe
nada de lo que evidentes
no hay ni pruebas ni señales;
que, pues nadie le halla en falta,
ninguno de sobra le halle,
y, en fin, que de él amparado
no es bien que le desampare.
Todas las supersticiones,
y las creencias vulgares
sobre el fatalismo, tienen
orígen en hechos reales,
en experiencias continuas
de casos inexplicables,
que obra del sino parecen
por más que sean casuales.
La luz a la mariposa,
y al pez el anzuelo atraen,
y a los hombres desdichados
los que han de serles fatales.
Ampara don Sancho a D'Olfos
de quien todos se precaven;
entrada le da en su tienda,
soldada y gente que mande:
con él intima, a pretexto
de que es un hombre importante
en Zamora y dentro de ella
tiene influencia y parciales.
Y a la verdad, sea D'Olfos
traidor o de serlo trate,
no trata contra don Sancho
de usar sus iniquidades:
porque en sus manos le tiene
a solas mañana y tarde,
y por él llamado a solas,
a solas con él departe.
A D'Olfos pueden traidor
los de Zamora llamarle,
porque la traición que trata
es a don Sancho entregarles:
y le asegura y le jura
que conoce un medio fácil
y un sitio oculto por donde
puede en ella penetrarse;
pero que sólo al Rey quiere
como leal revelársele,
puesto que al Rey debe sólo
favor y amparo en sus reales;
y que si le da cien hombres
tan valientes como audaces,
él y los suyos de adentro
el postigo viejo le abren.
Don Sancho no ha respondido
ni aceptado ofertas tales;
mas piensa en probar si son
efectivas y aceptables.
Bellido D'Olfos, en tanto,
anda en el campo, entra y sale,
de la manera más franca
y más digna comportándose.
Anda solo y desarmado,

no habla sin que le hablen,
saluda a quien le saluda
y contesta en breves frases.
D'Olfos, aunque traidor sea
o haya sido, no es cobarde;
pero es astuto y sereno,
sagaz entre los sagaces,
y elude con tacto sumo
de los nobles los desaires;
sin que ellos jamás le sonden
ni que él jamás se delate.
Al que adelantarle quiere
le deja pasar delante,
no ve a quien bien no le mira,
no mira a quien no le place.
Pero no está, por lo visto,
dispuesto a gastar en balde
ni servicios ni razones,
ni a sufrir befas ni ultrajes;
y un día que un leonés
se propasó a codearle,
al ir por una estocada
a salir emparejándose,
le dió tal puñada D'Olfos
que hizo que trastrabillase,
por ir él inerme, usando
de las armas naturales.

El leonés, furibundo,
ciego y resuelto a matarle,
empuñó el mandoble y vínose
sobre él; pero apoderándose
D'Olfos de una estaca aguda
de las del cerco sobrantes,
lanzósela como un dardo
con tino y con fuerza tales,
que en la juntura del peto
y escarcelas acertándole,
pasóle el cuerpo de modo
que el leonés cayó exánime.
El Rey le dió la razón;
y aún diz que llegó a alabarle
la maestría de un tiro
tan diestro y tan de remate.

Y hay en predestinaciones
sinos y fatalidades
coincidencias extrañas;
tan fuera de todo alcance,
tan raras e inverosímiles
mas tan claras e innegables,
que la razón las rechaza,
la religión las combate,
la fe y la ley las proscriben,
ninguno las prevé antes,
pero después de los hechos
todo el mundo en ellas cae.
Todos los hombres de juicio
las llaman vulgaridades;
todos los pueblos han hecho
de ellas proverbios vulgares;
y el saber popular siempre
reducido estuvo casi
a dichos y tradiciones,
a proverbios y refranes;
y los pueblos, sobre todos
los pueblos meridionales,
dicen que son evangelios
sus proverbios populares.
«Lo que está de Dios, sucede
siempre»—dice un refrán árabe;
y otro andaluz: «De este mundo
»sin pagarla nadie sale.»

VII

Eran costumbres del tiempo:
los ejércitos entonces
tomaban gentes de todas
especies y condiciones:
nobles, hidalgos, plebeyos,
artesanos, labradores
y hasta clérigos y obispos;
y, unos ricos y otros pobres,
todos iban a la guerra
porque del Rey los pendones
daban sombra a las rapiñas,
que eran sus logros mejores.

Las presas de los saqueos,
los rescates, que conforme
a su condición pagaban
los jefes y los señores;
la venta de los cautivos
o los derechos del goce
del fruto de su trabajo
a no tener compradores,
eran gajes de la guerra,
cebos a las ambiciones,
gérmenes de empresas altas
de hazañas engendradores.
Así que nunca faltaban
soldados a los barones
belicosos de aquella era
de guerra a su primer toque.
Mas cuando se prolongaba
una campaña, o mal corte
la daban las circunstancias,
la suerte o las estaciones,
disolviéndose iba el núcleo
de las milicias mejores,
cual la nieve en las montañas
al empezar los calores.
Sólo al cebo de un asalto
fácil, o el valor enorme
de una presa, mantenían
la disciplina y el orden.
El Cid, que del Rey don Sancho
el campamento recorre
vigilante, y por doquiera
lo ve y todo lo oye,
todos los murmullos siente,
todas las quejas recoge,
todos los secretos sabe,
todos los riesgos conoce,
y conoce la inconstancia
de la suerte y de los hombres,
dijo al Rey que era preciso
tentar el último golpe.

Las nubes comienzan gruesas
a aglomerarse en los montes
y el campo va a ser un lago
si la nublazón se rompe.
Los soldados se fatigan,
se aburre la gente noble,
Zamora fía en las lluvias
ya más que en muros y torres;
y divididos y flacos
y pocos sus defensores,
y los del Rey hastiados
y propensos ya al desorden,
el medio de dar fin de unos
y de que los otros cobren
aliento con la esperanza,
es hacer que éstos se arrojen
a un postrer asalto enérgico;
la ciudad, si vencedores
entran, dándoles a saco,
con que al alcázar no toquen.
Aceptó el Rey su propuesta;
y el Cid yéndose a dar órdenes
para el asalto, en su tienda
el Rey a solas quedóse.

Era la hora de nona,
hora a que don Sancho come,
y el asalto había de darse
a altas horas de la noche.
Comió el Rey solo; y atento
a buscarse ayudadores
dentro, porque de Zamora
mejor la toma se logre,
picó en el cebo, y a D'Olfos
mandó llamar a los postres.
Don Sancho o por su mal sino,
o por ver las opiniones
de sus nobles contra D'Olfos,
o por ser lo que él propone
una traición, o tan sólo
porque a Reyes y a señores
gusta obrar por sí, a los suyos
sus tratos con él callóles.
Cuando alzaron los manteles,
despidió a sus servidores;
y con el tránsfuga a solas,

dijo: «Tus proposiciones
acepto; ¿a Zamora puedes
darme? —Os mostraré por dónde
podáisla entrar»—dijo D'Olfos.
El Rey fué a sacar de un cofre
dos anguarinas muy anchas
con mangas y capuchones;
y dándole a D'Olfos una,
le dijo: «—Ese saco ponte;
yo me pondré estotro, y vamos»;
y así diciendo, endosósele.
Vistióse D'Olfos el suyo;
el Rey se ciñó un estoque,
tomó en la diestra un venablo
y a D'Olfos brindó un mandoble.
D'Olfos dijo: «—Señor, yo ando
sin armas siempre»; y mostróle
su cuerpo inerme apartando
sus ropas de él. Encogióse
de hombros el Rey, cual si fuese
cosa de que no le importe;
y la capucha calándose
con D'Olfos emparejóse.
Salieron encapuzados
al real: dos caballos jóvenes
largos de carona, enjutos,
ágiles y corredores,
con sillas a la jineta,
libres de caparazones,
de mallas y lambrequines
que la marcha les estorben,
les presentó un picador.
Montáronles: encargóse
el Rey de dar a las guardias
la contraseña; y, al trote
saliendo de las barreras,
el Rey preguntó: «¿Por dónde?»
y D'Olfos respondió al punto:
«Por la loma: hacia aquel roble.»
Estaba éste en un cerrillo
que se alzaba en el desmonte
del trecho que separaba
del foso a los sitiadores.
Por aquel lado la peña
tajada a una altura enorme,
era inaccesible; el foso
lleno de fango se opone
a que ninguno a la fuga
ni a la escalada se arroje
por allí. Plantas parásitas,
líquenes, zarzos y bojes
salvajes y seculares,
de crecidísimos brotes
y gigantescas raíces,
cuyas marañas informes
crecen en las quebraduras
de las peñas, interponen
una barrera a la vista
de los que arriba se asomen;
sobre la cóncava peña
tendiendo sus pabellones
selváticos, que hace el viento
que en lo alto zumben y floten.
De ellos a sombra, y saliente
del foso sobre los bordes,
el roble del cerro inclina
su viejo tronco deforme.
Era un sitio solitario
y encubierto, que en mejores
tiempos sirvió a amantes citas
y a festivas reuniones.
Llegado allí: «—Aquí es»,
dijo D'Olfos, y apeóse,
yendo a tener el caballo
de don Sancho, que imitóle.
«—Con que Vuestra Alteza trepe,
dijo D'Olfos, a ese roble
media vara, y la cabeza
al foso incline y se asome,
puede ver entre los brezos
de una poterna el emboque.
Da a un aljibe de Zamora,
que está seco: tengo un hombre
puesto en atalaya; si entro
por él al caer la noche,

Zamora es vuestra: miradlo,
y obrad como os acomode.»
Don Sancho, mientras hablaba
D'Olfos, del árbol asióse
y empezó a trepar, dejando
su venablo al pie del roble
para que no le embarace
las manos con que a él se coge.
D'Olfos, sin soltar la brida
de su bestia, recogióle;
y haciéndose atrás dos pasos
para dar vuelo a su golpe,
mientras don Sancho trepaba
por las espaldas lanzósele.
Pasóle de parte a parte:
el Rey del tronco soltóse,
y cayó inerte, la sangre
arrojando a borbotones.
Como un relámpago D'Olfos
montó a caballo: metióle
los acicates, y a escape
hacia Zamora lanzóse.
Los del Rey, desde su campo
le ven, mas le desconocen
bajo el capuz; pero el Cid,
que lo que es sospecha, echóse
sobre el caballo que halló
más a mano y persiguióle.
Mas iba el Cid sin espuelas,
y aunque su caballo corre
bien, del campo es el de D'Olfos
uno de los más veloces;
y sólo vió que el postigo
viejo le abrían sus cómplices.
«—¡Maldito sea, dijo el Cid,
el que sin espuelas monte!»
Y empezó a los zamoranos
a volver sus maldiciones;
pero mientras él les daba
de alevosos y traidores,
del Rey, vuelto en sí, se oyeron
las desesperadas voces.

VIII

Desatalentada a ellas
mucha gente de su campo
acudió, en tropel confuso
capitanes y soldados.
El Cid, que ha reconocido
la voz del Rey, su caballo
volvió hacia donde la oía
corriendo hasta sofocarlo.
Llegó donde el Rey estaba:
tiróse a tierra; a su lado
se arrodilló, y ayudóle
a incorporarse en sus brazos.
Todos le dieron por muerto.
¡Era un horrendo espectáculo!
Pasado de parte a parte,
el regatón del venablo
le asomaba por la espalda
y la punta por debajo
del esternón con la sangre
cuajada ya en hierro y palo;
su respiración difícil,
sus ojos desencajados,
las ansias con que se asían
a cuanto hallaban sus manos,
mostraban que era de muerte
la herida doble del dardo,
y que iban a apresurársela
con sólo intentar sacárselo.
Lloraban todos: y el Rey
entre uno y otro desmayo,
así decía, postrándose
y animándose a intervalos:
«¡Yo me he tenido la culpa:
ya me avisó Arias Gonzalo!
¡Sin duda, estaba de Dios!
Decid por mí a mis hermanos
que me perdonen; yo obraba
como Rey..., mas fué pecado.
No hagáis nada por mi vida,
porque es inútil. ¡Me abraso!
¡Agua!» No la había cerca:

fueron por ella: y en tanto,
luchaba el Rey con las ansias
de la muerte agonizando.
De pronto, uno de sus últimos
esfuerzos haciendo, atrajo
a sí del Cid la cabeza;
y poniéndole los labios
casi en la oreja, le dijo:
«Díaz, tú eres el más bravo
y el más leal de Castilla;
entre moros y cristianos
tu gloria es mucha: te debo
mi reino y consejos sabios
que debí seguir; y ahora
te dejo desamparado,
lo sé: vas a ser desde hoy
de todos los tiros blanco.
No te recomiendo a nadie,
porque te haría más daño;
todos los nobles te envidian:
Urraca me cree azuzado
por ti contra ella: Alfonso
comprende que está más bajo
que tú: los grandes te odian:
pero el pueblo castellano
te adora. Por él pelea:
no fíes en mis hermanos;
fíate en Dios y en tu espada;
los Reyes somos ingratos
casi siempre, pero el pueblo
te pondrá que ellos más alto.»
Dijo don Sancho y tornóse
a desmayar: sollozando
sostenía el Cid su cuerpo,
y en silencio contemplábanlos
sin respirar los presentes.
Llegó en esto con un vaso
un doncel, al mismo tiempo
que un obispo con el Viático
y un capellán con los óleos:
pero ya no le alcanzaron
los Sacramentos ni el agua:
ya era muerto el Rey don Sancho.
Hincóse el Obispo, y todos
en torno se arrodillaron:
y rasgándose las nubes
comenzó a llover a cántaros.

VIII

I

D'Olfos no tenía cómplices:
nadie esperaba su vuelta
en Zamora: nadie estaba
con él en inteligencia;
mas él contaba con todos
sin que nadie lo supiera,
y con todos le ayudaron
su osadía y su destreza.
Todo lo había calculado:
de su traición la tragedia
consumada en sitio oculto,
antes de que descubierta
fuese, le daba harto tiempo
para huir; de las trincheras
del campo al foso, tenía
franca una llanada extensa
dominada por Zamora;
y al salir de las malezas
donde hizo su hecho, contaba
con la vigilancia atenta
de la ciudad, y no en vano;
del muro los centinelas,
los vigías del postigo
y torres que le flanquean,
vieron un encapuzado
tomar a escape la cuesta,
y conocieron al Cid
que tras él iba subiéndola.
El alcaide del postigo
(cual D'Olfos lo pensó) piensa
que, mensajero o espía
de doña Urraca, atraviesa
el campamento audazmente;
y teniendo sólo en cuenta

que por el Cid perseguido
ser debe amigo, la puerta
le franqueó y le tiró el puente:
y por si su afán le ciega
y entra el Cid tras él, se puso
para entramparle en espera.
El Cid, que es muy ducho en trampas,
celadas y estratagemas,
que en los mayores peligros
la serenidad conserva
y que siempre hacia adelante
mirando jamás tropieza,
viendo en salvo al que seguía,
cortó su inútil carrera.
Entró D'Olfos como un rayo,
y sin dejar tiempo apenas
para verle a nadie, a escape
metióse por las callejas,
y mientra el absorto alcaide
con sus gentes en perpleja
indecisión consultaba,
él se perdió en sus revueltas.

Ya dentro, estaba seguro
de que en sus calles desiertas
no tendría ojos Zamora
para él, pues sólo hacia afuera
mira, viendo allá su riesgo;
y si es que alguno a una reja
se asomó al son del galope
de su caballo en las piedras,
ya D'Olfos desparecía
dando a las esquinas vuelta;
ni era bajo la capucha
fácil que le conocieran.

Cruzó, pues, la población,
sin que de él apercibiera
nadie en ella todavía
la traición ni la presencia.
Rincón no había en Zamora
que conocido no fuera
por el traidor palmo a palmo:
llegado a una calle estrecha,
por un convento de monjas
y las tapias de una huerta
formada, y sobre la cual
no hay ventana alguna abierta,
paró en firme su caballo
que de cansado revienta,
se apeó y le dejó libre
al cuello echadas las riendas.
Todo lo ha pensado D'Olfos;
corre vecina la acequia
del agua que entra en el huerto,
fina y helada: la bestia
se echó a ella con sed rabiosa;
y sabe D'Olfos que es fuerza
después de carrera tal
que en ella su muerte beba.

Rompió en esto en un diluvio
la nublazón, la postrera
luz de la tarde extinguiéndose
detrás de su lluvia espesa.
D'Olfos dobló a paso largo
del monasterio las cercas,
y sin vacilar cruzando
callejones y placetas,
dió en un postigo trasero
de una casa solariega
situada de la ciudad
en la parte al real opuesta.
Por allí el Duero a Zamora
con turbias aguas rodea
cuya anchura y profundísima
corriente son su defensa.
Las casas por allí están
muradas y con almenas
y abren postiguillos falsos
sobre las ásperas peñas,
entre las cuales se ocultan
arriesgadísimas sendas,
por do se baja por agua
del río hasta las riberas:
el postigo en que dió D'Olfos
de una de estas casas era:
metió con tino una llave
en la cerradura a tientas;

y es claro que tiene práctica
de usarla, pues se maneja
a tientas cual si llevara
en la mano una linterna.
Era su casa; metióse
dentro... y la calle desierta
llenó la lluvia y el ruido
con que cae sobre la tierra.

—

D'Olfos no tenía cómplices:
jamás su traidora idea
salió de su mente; a frase
no la redujo su lengua
jamás. Sabía que hay cosas
que a ninguno se revelan
ni con nadie se consultan:
porque por más que convengan
a muchos, no las sanciona
nadie dichas, sino hechas;
y sólo por su buen éxito
pasan como hecho y se aceptan.
D'Olfos no tenía cómplices:
de su traición la secreta
causa la saben sólo él,
Dios y el diablo que le tienta.

—

Ahogado, al fin, el crepúsculo,
cerraba la noche apriesa
entre la lluvia y la sombra
dejando al mundo en tinieblas.
Zamora ignoraba aún
lo hecho por D'Olfos: las fieras
voces del Cid en el campo
impidió el viento que fueran
en la ciudad comprendidas;
porque rotas y dispersas
por el viento, en la distancia
se perdieron inconexas.
Arias Gonzalo y sus hijos
andaban en ronda y vela
por la ciudad, y la infanta
desde un ajimez atenta
contemplaba el aguacero,
aliado de quien espera
que la libre de su hermano,
cuyo campamento anega.
Mas dando en su mente a solas
a sus esperanzas vueltas,
veíalas inseguras
sobre aire y agua poniéndolas,
y se aburría mirándose
en tal extremidad puesta,
sin paz, ni esposo, ni amigo
que la distraiga en su pena:
todos los que tiene en torno
sólo la hablan de peleas,
de carestía y de riesgos
de su situación extrema.
Los príncipes son así
todos: aun en las más serias
situaciones, necesitan
quien la situación desmienta:
y del fugitivo D'Olfos
la infanta a veces se acuerda,
el solo que estar sabía
siempre alegre en su presencia:
el solo que la animaba
con misteriosas promesas,
y el solo que la infundía
una esperanza perpetua.
D'Olfos, mientras que los Arias,
hombres adustos de guerra,
vigilaban por Zamora,
teniendo galán en cuenta
que la infanta era mujer
por más infanta que fuera,
la inventaba distracciones,
y relatando leyendas,
cantando amorosas trovas
e improvisándola fiestas
familiares, la fingía
una ventura doméstica.
Mas D'Olfos estaba ausente;
y aunque se fué prometiéndola

en secreto, y ella sola
lo sabe, felices nuevas,
sólo oía de él informes
malos y malas ausencias;
y aunque en secreto esperábale
era con fe muy incierta.
Estando, además, la infanta
muy nerviosa y violenta,
no hay ya a familiaridades
quien con la infanta se atreva:
así es que ahora su alcázar
parece el de la tristeza,
y las visiones de un miedo
sin esperanza le pueblan.
En tal situación la infanta,
a través de las vidrieras
miraba maquinalmente
sin que ver nada pudiera
en la oscuridad nocturna,
cuando sintió, con sorpresa,
a una puertecilla falsa
un toque..., casi una seña.
Sólo persona muy íntima
podía ser, mensajera
de alguna urgente noticia...,
¡plegue a Dios que no funesta!
Corrió a abrir y hallóse en frente
de D'Olfos: quedó suspensa
un instante y «¿que hay?», le dijo:
y él respondió: «Es cosa hecha.
Los castellanos el campo
levantarán, y que venga
escribid a don Alfonso.
—¿Y don Sancho? —Sus banderas
abandonarán mañana
las milicias leonesas,
las de Asturias y Galicia
y la gente aventurera.»
Quedó la infanta asombrada
sin comprenderle, e incierta
entre el miedo y la alegría
dijo a D'Olfos con voz trémula:
«Mas, ¿quién hizo tal prodigio?
—Un hombre que sólo alienta
para vos, y a quien no hay nada
por vos que imposible sea.
Un hombre que os ama; un hombre
capaz de dar su existencia
por una mirada amante,
por una sonrisa vuestra.»
Doña Urraca era mujer,
niña no, pero aún doncella,
y si inspirar no la plugo
una pasión tan frenética,
no se ofendió de saber
que la inspiraba de veras,
y dejaba sin enojo
que D'Olfos se lo dijera.
Él al decírselo estaba
atento a cómo la sienta,
y ella tan mal no sentándola,
oíale circunspecta;
mas en las frases de D'Olfos
empezaba la princesa
a entrever algo de extraño
que a sobresaltarle empieza;
no porque el amor la asuste
ni porque aquél no comprenda,
sino por algo que alcanza
de éste, al fin, que la amedrenta.
Y él a apurarla resuelto
y ella a apurarle dispuesta,
al diálogo interrumpido
tornaron de esta manera.

INFANTA. En fin, ¿quién es ese hombre
que tal pasión por mí engendra,
y cómo del Rey don Sancho
los batallones dispersa?
D'OLFOS. Yo, señora; yo, que os amo;
yo a quien nada hay que detenga
ni amedrente por libraros
de un enemigo en la tierra.
INF. ¡Jesús me ampare!, ¿qué has [hecho?
Habla: que yo te comprenda
bien: ¿qué es de mi hermano?

D'OL. Ha muerto.
INF. ¡Cómo!
D'OL. Atravesado queda
por un venablo.
INF. ¡Y tú fuistes!
D'OL. Yo, por vos.
INF. ¡Maldito seas!
D'OL. ¿No le aborrecéis?
INF. ¡Traidor!
por mucho que le aborrezca,
Judas infame, mi odio
hasta el de Caín no llega:
dijo doña Urraca, irguiéndose
con la dignidad más regia.
D'Olfos, furioso, entendiendo
con ira que inútil era
su infando crimen y vanas
sus esperanzas quiméricas,
irguiéndose ante la infanta
como pisada culebra,
dijo, perdido el respeto,
el temor y la vergüenza:
D'OL. ¡Es decir, mujer ingrata,
que te salvo y me condenas,
que te pierdo y que me pierdes,
que te adoro y me desprecias!
¿Tú, mi cómplice ante el mundo?
INF. ¿Yo? ¡Insensato!
D'OL. Pues qué, ¿piensas
que he de cargarme yo solo
con la traición por ti hecha?
¿Pues la muerte de tu hermano,
a quién si no a ti interesa?
INF. ¿Quién osará ni pensarlo?
D'OL. Todos, en cuanto mi lengua
lo diga, y quedará póstuma
en la historia la sospecha.
INF. Contra la historia y el mundo
Dios me basta y mi conciencia.
D'OL. Dios y la conciencia salvan
en el cielo, no en la tierra.
INF. Y a ti ni en tierra ni en cielo
habrá quien salvarte pueda.
Dijo la infanta: y lanzándose
con juvenil ligereza
a la mampara, «¡a mí, guardias!»,
gritó con ímpetu abriéndola.
Mas cuando el primer soldado
llegó, ya por la escalera
secreta se había fugado
D'Olfos, y había barreado
la puertecilla por fuera.

—

La infanta se vió perdida
si en Zamora no presenta
vivo o muerto al traidor D'Olfos,
y ordenó que lo cogieran
a todo trance. Él, que es hombre
de diabólicas ideas
que a cabo a llevar le ayuda
el diablo que le aconseja,
perdido en Zamora viéndose,
pues de él la infanta reniega,
pensó en salvarse achacándola
su salvación y perderla.
Cuando su traición fraguaba
D'Olfos, de sus cien maneras
de irse de Zamora al real,
por el río era una de ellas.
Tenía una balsa pronta,
hecha de una tabla gruesa
con dos rodillos traviesos
para que no se le vuelva,
y un gran lanzón de virar
para evitar, si tropieza,
golpe o vuelco, tiene atado
a su extraña carabela.
Tiénela a orilla del río
oculta entre la maleza
y atada a un árbol, teniéndola
para un extremo en reserva.
Corrió a su casa; embolsóse
el oro de sus gavetas;
bajó al río, entró en la balsa;
una punta de la cuerda

soltó desensortijándola
del árbol y recogiéndola,
dióse un empuje, y fióse
a la corriente revuelta.
Nadie le vió, nadie pudo
en tal lobreguez: sus huellas
borró la lluvia: en su casa
no se halló indicio ni seña
de lo que de él pudo ser,
de su salvación o pérdida.
Zamora le buscó en vano;
la infanta quedó en sospecha;
y una y otra sin venganza,
y de inocencia sin pruebas,
se contentaron de D'Olfos
con el nombre y la leyenda.

II

Tristísima fué la noche
del Rey en el campamento
con su cadáver en tierra
y la tormenta en el cielo.
Las tiendas arrebatadas
por el ímpetu del viento,
por las aguas de un diluvio
enlodazado el terreno,
los corazones transidos
de horror y de sentimiento,
soldados y capitanes
calados hasta los huesos,
todo en el real de Castilla
era angustia, afán y duelo,
y maldiciones y llantos
y votos y juramentos.
Para el traidor maldiciones;
y votos de amor eterno,
juramentos de venganza
y lágrimas para el muerto.
Extraído ya el venablo,
lavado el tronco sangriento,
tienen el frío cadáver
aderezado en un féretro,
sobre un túmulo formado
con militares trofeos,
alumbrado con hachones
que tienen monjas y clérigos;
y arrodillados en torno
se turnan para tenerlos,
como los que guardia le hacen,
hidalgos y caballeros.
De la tienda real en otro
vecino compartimiento,
velan el Cid y los nobles
adalides del ejército;
todos castellanos; todos
sus partidarios con feudos
en Castilla y de don Sancho
mantenedores resueltos.
La tienda real, que está hecha
con doce argollados lienzos,
encerados por afuera
y tapizados por dentro,
sujetos todos en cruz
con frenadores de cuero,
por anillaje pasados
a las puntas por los centros,
está alzada y sostenida
en ocho mástiles recios,
equilibrados y firmes
en cordones contrapuestos,
y en estacas poderosas
de cuatro en cuatro sujetos;
y está alcázar de campaña
tan segura como un templo.
En ella está la tristeza
veraz, el dolor sincero,
la lealtad que no sabe
bastardar los sentimientos.
Alrededor de esta tienda
acampan los verdaderos
castellanos, los leales
burgaleses, que, aunque envueltos
en fango y tinieblas, guardan
los militares respetos

a sus jefes, y vigilan
campo y trinchera en sus puestos.
Del campo en las otras alas
la inquietud es de otro género:
los jefes tienen consultas,
los soldados cuchicheos.
Van y vienen, salen y entran
pajes y palafreneros;
todo está en desordenada
confusión y movimiento.
Eran ya las altas horas
de la noche; el aguacero
cesaba y el temporal
poco a poco iba cediendo:
si hubieran los zamoranos
aprovechado el momento
de aquel descuido y desorden,
¿quién sabe qué hubieran hecho?
Mas en buscar al traidor
pensaron sólo; y queriendo
probar que no eran traidores,
la oportunidad perdieron.
Los Arias, husmeando a D'Olfos
como despistados perros,
al vecindario inquietaron
y la ciudad revolvieron,
y por atender a su honra
su interés desatendiendo,
tal vez de salvarlo todo
triunfando desatendieron.
Sólo la infanta esperando
su salvación de más lejos,
el caso al Rey don Alfonso
escribió, y en el silencio
de la noche a la Felláh
llamó y la dijo: «¿A Toledo,
te atreves a ir?» Y la mora
dijo: «—Yo a todo me atrevo.
—¿Llegarás? —Sí. —¿Cómo el campo
cruzarás? —Como un conejo,
por entre los mismos pies
del Cid, si con él tropiezo.
—Mejor es que busques paso
por donde él no esté. —Yo vuelo
como las aves y nado
como los peces; sin miedo
queda, sultana, por mí,
que yo por mí nada temo.
—Pues toma y que Dios te ampare.»
Dióla su carta y dineros
la infanta: y para mayor
seguridad y secreto,
por el muro descolgándola
por entre el monte y el Duero,
partió la mora: y la infanta
quedó a sus solas diciendo:
«Dios me perdone olvidar
por el Rey vivo al Rey muerto.»
Los príncipes son así
casi siempre todos ellos:
son hombres, mas obligados
a ser príncipes primero.

III

Alboreó: salió el sol
e iluminó el firmamento
alumbrando los desastres
del temporal en el suelo.
El campo real de Castilla
era un barrizal extenso
do yacían de sus tiendas
y sus barracas los restos.
Si ha de continuarse el sitio
habrá que hacerlas de nuevo,
pues quedan pocas capaces
de dar abrigo a sus dueños.
Arneses, armas y ropas
chorrean a cielo abierto,
y los caballos de guerra
en estacas y maderos
atados, en vano esperan
el enlodazado pienso,
enfangados hasta el vientre,
trasijados y sedientos.
Por limpiar y pulir sudan

las gualdrapas y los frenos
los jinetes; pero el día
va a ser corto para hacerlo.
Sólo en las tiendas del Rey,
del Cid y otros opulentos
barones, queda algo limpio,
útil, servible o ileso.

El Cid y los adalides
castellanos, asumiendo
la autoridad y en la tienda
del Rey habido consejo,
habían determinado
mandar a Burgos el cuerpo,
y tenían ya el cadáver
encajonado y cubierto.
Ya estaba en un carro fúnebre
colocado y pronto el séquito
que había de darle en el viaje
guardia y acompañamiento,
cuando llegó a la real tienda
un grupo de caballeros,
jefes leoneses, cántabros,
asturianos y gallegos.

Los de Castilla, aunque graves,
corteses les recibieron,
del muerto Rey que venían
por homenaje creyendo:
mas con sorpresa, en tal caso
por lo inoportuna, oyeron
la razón que dió por todos
de su venida uno de ellos;
diciéndoles en resumen:
«que desbaratado habiendo
su campamento el turbión;
sin caudales para sueldo
de sus gentes; y esta guerra
no en pro general del reino
sino personal del Rey
por él sostenida siendo
contra su opinión, creían
que, pues, leales le fueron
mientras vivió, habían cumplido;
y libres de todo empeño
juzgándose, desistían
y se apartaban del cerco
de Zamora, de la infanta
legítimo heredamiento.»

Los de Castilla esperaban
de ellos tal; mas no tan presto,
ni bajo tan mala forma
dicho, ni tan a mal tiempo;
y aunque muchos lo escucharon
arrugando el entrecejo,
todos a la situación
mirando, se contuvieron.

El Cid, que tácitamente
después del Rey por supremo
adalid está aceptado
en Castilla por lo menos,
se encargó de contestar
y contestó en estos términos:
«Vuestra partida no extraño,
yo la esperaba, y comprendo
que nadie debe ir en contra
de su conciencia: mas tengo
para mí que es para iros
coger pronto un mal pretexto.»
—Aún no hay Rey. —Lo es don Alfonso,
dijo un cántabro. —En efecto,
lo es, dijo el Cid: mas del moro
es huésped o prisionero.
—Volverá—replicó el cántabro—;
y dijo el Cid: —Debe hacerlo:
mas mientras vuelve, en Castilla
sin Rey nos gobernaremos:
y como somos leales
y justos, en el derecho
de partir o de quedaros
que os halláis reconocemos.
Obrad, pues, como os pluguiere:
nosotros hemos resuelto
vengar al Rey, y Dios juzgue
a cada cual por sus hechos.

Los disidentes, que horros
salir a tan poco precio

no esperaban, se alejaron
sin más hablar, satisfechos.
El Cid les dejó partirse,
y cuando ya les vió lejos,
dijo con tono solemne
a sus castellanos vuelto:
«Caballeros de Castilla,
fijos-dalgos y homes buenos
de Burgos, tomad en cuenta
lo que os propongo: nombremos
un campeón que a Zamora
vaya hoy mismo en nombre nuestro
al traidor Bellido D'Olfos
a demandar vivo o muerto.
Si se le dan muerto o vivo
con sus cómplices, a haberlos;
si doña Urraca y los Arias,
por sí y por todo su pueblo,
juran que parte en la muerte
del Rey don Sancho no hubieron,
justicia hecha en los traidores,
de Zamora el sitio alcemos.
Mas si no le entregan, queden
por traidores todos ellos:
que nuestro campeón por tales
les acuse, desde luego,
y rete desde los Arias
hasta el último pechero,
a batalla, a todos juntos:
y a cinco por uno a duelo.
Si aceptan haremos campo;
si rehusan, ¡por San Pedro
de Cardeña!, hasta acabar
con todos, aquí quedémonos.»
Todos lo que el Cid propone
aceptaron, y dijeron:
«Mejor que vos nadie puede
ser campeón de Burgos: sedlo.»
El Cid replicó con noble
resolución: «Yo no puedo:
al viejo Rey don Fernando
hice en vida juramento
de no hacer contra sus hijos
armas nunca y protegerlos.»
«Cogisteis a don García»,
dijo una voz; y sereno
repuso el Cid: «Le cogí
a brazo, y sólo blandiendo
mi espada contra los que iban
cuando le aterré a cogerlo.»
«Mas hoy sois contra la infanta»,
a replicarle volvieron:
mas él volvió a replicar:
«No soy fuerte en argumentos;
mas si se alzara don Sancho
responder pudiera al vuestro
cuánto abogué por su hermana
antes del sitio: y por eso
a ser campeón de Castilla
contra la infanta me niego.
Yo obro según mi conciencia:
respetad mi error, si yerro,
y elegid otro campeón.
Pero juez me considero
en nombre del Rey, su padre,
de los infantes, e intento
pedirles cuenta de Sancho:
y a servirles me rebelo
mientras no prueben o juren
que nada en su muerte hicieron.»
Dijo el Cid, y conmovido
quedó por unos momentos
durante los cuales todos
guardaron ante él silencio.
Rompióle, por fin, un mozo
de tan noble nacimiento,
que de los antiguos condes
desciende por abolengo.
Don Diego Ordóñez de Lara
se llama; y aunque mancebo
de años veintiséis, ya hombrea
entre hombres de grande esfuerzo.
Éste dijo: «Pues que el Cid
juró lo que fuera bueno

que no jurara, de Burgos
yo por campeón me ofrezco.
Yo iré a Zamora por D'Olfos,
y si sin D'Olfos me vuelvo,
retaré a los zamoranos
uno a uno o ciento a ciento,
como quiera que se atengan
a la batalla o al duelo:
a duelo en campo estacado,
a batalla en campo abierto.
Yo lidiaré en la batalla
como es ley con cinco de ellos;
y si os dejo mal, será
dejando en la lid los huesos.»

A estas palabras del mozo,
el Cid y los jefes viejos
por campeón aceptáronle
y su bendición le dieron.

Tras esto empezó su marcha
a emprender a paso lento
la comitiva mortuoria
con aparato funéreo:
y según iba cruzando
el Real a campo travieso,
soldados y capitanes
íbanse en pos reuniendo.

Al trasponer las barreras
tras sus atrincheramientos
se hincaron todos, enviando
al Rey su adiós postrimero.

Aún se apercibía el carro
negrear por el sendero
del monte, cuando empezaban
a partir del campamento
las huestes desordenadas
de asturianos y gallegos,
cántabros y leoneses;
y al llegar el sol al centro
del cielo, los castellanos
se preparaban el cerco
a mantener por sí solos,
tan leales como tercos.

IV

Lo que de Castilla entera
lograr no pudo el valor,
el miedo de la deshonra
de Zamora lo alcanzó.

Los Arias se acobardaron
cuando con resolución
caballeresca don Diego
entrada en ella pidió.
Todo el pueblo salió al muro,
mas nadie tuvo valor
para franquear a don Diego
la entrada en la población.
Al oír que muerto o vivo
les demandaba al traidor,
acusándoles por cómplices
del regicidio si no,
quedaron mudos e inmóviles
en la triste convicción
de no poder entregarle
ni tener prueba mejor.
Don Diego, dando por causa
de tal irresolución
la de hacer causa de todos
de D'Olfos el hecho atroz,
dijo airado, en los estribos
alzándose: «Una de dos:
con D'Olfos, o contra D'Olfos;
pues de Zamora salió
y se refugió en Zamora,
lo que es de él, en conclusión,
debéis saber: conque o dádmele
o con él traidores sois.»

Era dilema sin réplica,
y sobre Arias ejerció
y sobre el pueblo una especie
de aojo o fascinación.
Mirábanse unos a otros,
unos de otros con temor
de darse o de ser tomados
por reos de la traición,
y aquel alucinamiento

que les embarga, mayor
cuerpo dando a la sospecha
y más fuerza a la razón
de don Pedro, alucinándole
de exasperarle acabó,
y al fin a los zamoranos
dijo con tremenda voz:

«Traidores sois: y por ello
malditos seáis de Dios;
yo os reto, pues, como a viles
sin fe, indignos de perdón,
hijos de padres infames
y de madres sin honor.
Yo os reto como a traidores
uno a cinco, diez a dos,
veinte a ciento y ciento a mil,
desde el pechero al barón,
desde el más grande al más chico,
desde el infante al pastor,
y a cuantos hombres nacidos
dentro de Zamora son,
y a cuantos hijos nacieren
de quien de ellos concibió.
Malditos sean, traidores,
malditos sean de Dios
las aguas de que bebéis,
el pan que os da nutrición,
el aire que respiráis,
el fuego que os da calor,
la luz que os luce y la sangre
con que os late el corazón.»

Y de este atroz torbellino
de maldiciones en pos,
don Diego contra los muros
de Zamora arremetió,
y en señal de desafío,
de desprecio y de baldón,
rompió la lanza en sus piedras
y luego las escupió.
Y esto hecho, volviendo grupas
tornóse al campo veloz,
dejando a los zamoranos
en muda estupefacción.

—

Arias Gonzalo a su pueblo
reanimar procuró,
pero en vano: entrado había
en ese torpe estupor
en que caen los pueblos bravos
cuando entran en reacción
de miedo, tras de un esfuerzo
gigantesco de valor.

El de Zamora, extenuado
del hambre en la inanición;
más acorralado viéndose
cuando libre se creyó:
viendo por el regicidio
hecha su causa peor:
presa de un miedo que engendra
en él la superstición
de que Dios le abandonaba
de mengua y de deshonor
cargándole, cayó en hondo
desaliento y se obcecó
fundando sólo de D'Olfos
en el castigo su honor,
y en entregarle tan sólo
su rehabilitación.
Arias Gonzalo, arrastrado
por tal creencia, perdió
su serenidad; la infanta
encerrada en lo interior
de su alcázar esperaba
de Alfonso la intervención
que no llegaba. En seis días
nadie en Zamora durmió
buscando a D'Olfos, por cuya
total desaparición
llegó a creerse que al diablo
tuviera por protector.

Fueron seis días de afán:
y en todos sin excepción,
don Diego Ordóñez de Lara,
al salir y al caer el sol,
del muro al pie repetía
su reto y su maldición;

y nadie contra él osaba
salir de Zamora en pro.
¡Hechos de aquel tiempo heroico
que archiva la tradición!,
nadie a traición desde el muro
tampoco dañarle osó.

V

Los hombres como los Arias
no sufren más que intervalos
de debilidad; el tino
pierden tal vez, nunca el ánimo.
Al mediodía del sétimo
el buen viejo Arias Gonzalo
llamó a asamblea en la plaza
a todos los zamoranos.
A la infanta doña Urraca
obligó a que en un estrado
la presidiera, y así
habló a sus conciudadanos:
«Habitantes de Zamora,
oíd, que con todos hablo,
desde el primer barón libre
hasta el último vasallo.
Don Diego Ordóñez de Lara
nos reta como a villanos
y traidores si al traidor
Bellido D'Olfos no damos.
Bien sabéis que hemos revuelto
la ciudad de arriba a bajo,
y a lo que parece a D'Olfos
o ampara o se llevó el Diablo.
Veo con asombro y duelo
vuestra flaqueza y desánimo
y que en lugar de batiros
pensáis sólo en sinceraros.
Por mi parte, de los fieros
de don Diego ya estoy harto,
y he resuelto con mis hijos
salir con él a hacer campo.
Mas saber antes me importa
si con justicia me bato,
pues no quiero como bueno
morir en empeño malo.
Ciudadanos de Zamora,
por todo lo que hay sagrado
en el cielo y en la tierra
os conjuro y os demando
que declaréis si hay alguno
entre vosotros culpado
de parte o conocimiento
en la muerte de don Sancho.»
«¡No!»—respondieron a un tiempo
todos—. «Por Cristo jurádmelo»,
dijo él: y dijeron todos
a una voz: «Te lo juramos.»
«Elegid, pues, siguió el viejo,
doce barones fiados
que vayan a hacer del duelo
las condiciones y pactos:
y en cuanto esté hecho el palenque,
puestos de Dios al amparo,
mis hijos y yo en la liza
haremos lo que podamos.»
Dijo Arias, y la asamblea,
sus doce jueces nombrando,
se disolvió, y doña Urraca
les envió al Real castellano.

VI

En Toledo estaba Alfonso
al parecer sin cuidados
y entretenido en amores,
que no fué él Alfonso el Casto.
En Toledo estaba siendo
del Emir mahometano
la delicia y de las moras
toledanas el encanto:
todo, al parecer, a cazas,
a fiestas y a zambras dado,
pero en realidad atento
a Castilla y a su bando.
Don Per Anzules, el noble
conde vallesolitano,

que le siguió en el destierro
y que es en él su privado,
mientras él finge que atiende
sólo a amoríos livianos,
atento está a sus negocios
por él, y avizor velando.
Cien alas y lenguas dieron
a la Fama los paganos,
y a fe que mete más ruido
y anda más que los nublados.
Ya por su voz indiscreta
y vagabunda los átomos
de algo nuevo ha percibido
el conde en el aire vago;
pero por más que las sendas
espía y demanda al paso
a vagos y traficantes,
vagamente barrunta algo.
Mas algo que nada explica
ni aclara; rumor sin datos
de agitación en Castilla
y de sucesos extraños;
algo que aún es casi nada,
mas que le trae sin descanso
temiendo que se haga un monte
lo que aún de arena es un grano.

Era una tarde de un día
de invierno frío, mas claro,
y el sol en el Occidente
se hundía trémulo y cárdeno.
Don Alfonso y Per Anzules
exploraban al acaso
los confines de la vega,
como sabuesos husmeando
el aire y la tierra, en donde
esperan siempre presagios
de algo que en sus esperanzas
no existe fuera de cálculo;
y ya a volver iban riendas
a la ciudad, por debajo
del inmarchito ramaje
de encinas y de castaños,
cuando en una encrucijada
de tres sendas se pararon
de repente, percibiendo
un galope no lejano.

Que un jinete ande a galope
en campo abierto, no es caso
que asombrar pueda a dos hombres
como si fuera un endriago;
mas para el que ansioso espera
nuevas de país lejano,
todo el que galopa puede
ser correo o emisario.

El que galopar oían
y que se iba aproximando
por uno de los senderos
de los que ven sólo un cabo,
traía, sin duda alguna,
miedo de dormir al raso
y espoleaba por no hallar
los postigos ya cerrados.
Don Alfonso y Per Anzules,
teniéndolos todos francos
por orden de Alí Maymún,
no hacían del tiempo caso.
El que venía avanzaba
rápidamente, y en tanto
que le esperaban de frente,
desembocó por el flanco.
Era un almogávar moro
cubierto de polvo y barro,
cogidos, según parece,
por un camino muy largo.

Al dar en la encrucijada
con los dos nobles cristianos,
paróse: y reconociéndoles
echó pie a tierra de un salto.
Postróse ante don Alfonso,
y haciéndole, a uso africano,
tres zalemas y la orla
de su túnica besando,
se levantó, presentóle
con muy gentil desenfado
un pergamino, y le dijo:
¡Salam aleika!, entregándoselo.

Era la Felláh enviada
por él a Zamora; pálido
de emoción, rompió los sellos
don Alfonso, y leyó ávido,
y lanzó un grito... ¡quién sabe
si de alegría o de espanto!,
al descifrar de su hermana
los confusos garrapatos.
«¡Sancho ha muerto!»—dijo Alfonso—,
y Per Anzules: «Pues vámonos.»
Miróle severo el príncipe,
y el conde calló asombrado.
Mandó a la Felláh que echase
detrás de ellos, y a buen paso
sin hablar más, fué a apearse
del Rey moro en el palacio.

—

Don Alfonso entró derecho
de Alí Maymún en el cuarto
seguido de la Falláh
y del conde cabizbajo.
Don Per Anzules temía
que aprovechase el Rey bárbaro
la ocasión de haber a un rey
de Castilla entre sus manos,
y que a la vuelta a su reino
pusiera, astuto, reparos,
con él a hacer obligándole
desventajosos tratados.
Anzules opinó siempre
por huir sin hacer tratos
que rebajaran a Alfonso
ante el pueblo castellano.
Salvarse en Toledo había
sido astucia de un Rey cauto,
mas fuera mengua volver
con el moro atraillado.
No fuera Rey en Castilla
bienquisto tras de don Sancho
el que a costa de los moros
no la siguiera ensanchando.
He aquí por qué Per Anzules
entraba con sobresalto
temiendo que el Rey del árabe
se iba a enredar en los lazos.
Mas don Alfonso, tranquilo
ante Alí Maymún llegando,
le dijo, sin emplear
circunloquios ni preámbulos:
«Esta Falláh que envié a Urraca,
vuelve de ella con encargo
de decirnos lo que pasa
en mi reino; preguntádselo.
—No es menester, dijo el moro:
ya lo sé. Murió tu hermano
y eres Rey: mis mensajeros
son más fieles y más rápidos.»
Y con un gesto imperioso
despidiendo al secretario,
a la Felláh y a los guardias,
los tres a solas quedaron.
Entonces a don Alfonso
junto a sí el moro sentando,
dejando en pie a Per Anzules
trabó de este modo diálogo:
—¿Qué quieres, Rey de Castilla,
de Alí Maymún?
—Un abrazo,
y para entrar en mi reino
que me des tu beneplácito.
Yo soy tu huésped: he sido
por ti como hijo tratado,
y no pienso separarme
de ti como un hijo ingrato.
Fugarme me aconsejaban
mi hermana y mis partidarios;
se huye de enemigos viles,
no de nobles soberanos.
A ti he venido sin miedo
cuando me hallé en desamparo;
como te di mi cabeza,
mi corona te demando.
He dicho: di tú.
—Hijo mío,
hablas como bueno y sabio

y obras como fiel y noble;
si huir intentaras, sábelo,
hubieras sido cogido
con los tuyos y hecho esclavo,
que es lo que hacer me aconsejan
contigo mis cortesanos.
Pero, pues de mí te fías,
te pondré en Castilla salvo,
aunque contra mí se vuelvan
mis bereberes fanáticos.
Todos los caminos libres
tendrás mañana, y caballos,
guías, escoltas y pases:
yo diré que te has fugado.
Te descolgaré yo mismo
de noche del muro al Tajo,
y haré que por él te lleven
a tierra segura en barco.
Corre, y Alláh te bendiga:
prométeme sólo en cambio,
a pesar de nuestros súbditos,
paz leal mientras vivamos.
—Te lo juro.
—Alláh te premie
o te castigue. Descanso
ve a tomar: para mañana
voy yo todo a preparártelo.
Esto dicho, Alfonso Sexto
y Alí Maymún se abrazaron;
y el conde don Per Anzules
lo miraba estupefacto.

—

Y en su lecho, revolviéndose
por el placer desvelado,
se decía aquella noche
los dos Reyes comparando:
«Alí sabe pescar bien
en río revuelto y manso;
pero Alfonso es una anguila
que se le va de las manos.»

VII

Día de los Inocentes
un hora después del alba,
del Obispo de Zamora
la misa oía la infanta.
Del leal Arias Gonzalo
el hijo cuarto, Pedr'Arias,
mozo de años veintitrés,
del presbiterio en la grada
está de hinojos, y ante él
depositadas las armas
que ha de usar y las espuelas
que ha de calzarle la infanta.
Sin ser caballero, armado
de aquellos tiempos a usanza,
ningún campeón podía
entrar en liza aplazada;
y siendo él, de sus hermanos,
quien la primera batalla
ha de reñir, caballero
antes la princesa le arma.
Sobre el arnés, pieza a pieza,
recitó las frases santas
el Obispo, y las bendijo
ante la hostia consagrada.
Su padre, que era el padrino,
le dió al tiempo de entregársela
con la espada de dos cortes
la inexcusable espaldada;
y sobre un cojín de raso
teniendo el mozo las plantas,
le calzó la espuela de oro
su madrina doña Urraca.
Dióle un abrazo el Obispo
y diéronle la acolada
cuantos nobles contenía
la capilla del alcázar.
Entonces Arias Gonzalo
tragándose mal las lágrimas,
completó la ceremonia
diciéndole estas palabras:
«Caballero eres, mi hijo;

haz como los de tu casa
hasta mí han hecho, mirando
siempre el riesgo cara a cara.
Caballero de Zamora,
a lidiar vas por tu patria;
si vences, sé generoso:
si vencido, muere y calla.
Tras de ti irán tus hermanos,
tras ellos yo, si me os matan:
y si yo no os vengo, juntas
al cielo irán nuestras almas.
Sed dignos de mí, hijos míos;
ya las trompetas nos llaman;
morid y no huyáis; por Cristo,
no deshonréis vuestra raza.»

—

Ya estaban los castellanos
guarneciendo la estacada
de Burgos y de Zamora
mitad por mitad con guardas.
Los jueces del campo tienen
dentro de la empalizada
un andamio colocado
en parte cómoda y alta;
los obispos de León,
Santiago y Burgos, mitradas
las cabezas, con sus báculos
pastorales y las mangas
de sus parroquias, delante
de un altar móvil aguardan
a los campeones que deben
jurar lealtad a la entrada.
El Cid, en un alto escaño
a alcance de las miradas
de todos, y dominando
por dentro y fuera las vallas
con la suya, estaba atento
a que al pueblo acomodaran
los guardas, sin que a ninguno
dieran queja ni ventaja.
Todo el pueblo de Zamora
y el ejército que acampa
por Burgos, delante de ella
en muchedumbre compacta
se apiñaban de la liza
en derredor, y la infanta
y su corte iban el paso
a ver desde la muralla.
Después que los pregoneros
con voz vigorosa y clara
a ambos pueblos anunciaron
las condiciones pactadas;
y después que los farautes
silencio a la gente baja
impusieron, de castigos
atroces con amenazas,
cuando a punto lo vió todo
y a toda la gente en calma
pronta a presenciar la justa
sin impedirla o turbarla,
dió el Cid la señal de abrir
la liza: y bien nivelada
y limpia, quedó la arena
a los combatientes franca.
Fué el primero que entró en ella
don Diego Ordóñez de Lara
en un caballo bardado
de acero alemán con llantas.
Todos los arneses negros
traía, y de la celada
solamente en la cimera
un crestón de plumas blancas.
Apenas en el palenque
por el lado norte entraba,
cuando por el sur a escape
lanzábase en él Pedr'Arias.
El caballo de don Diego
era de sangre normanda;
reposado, aunque brioso
y de fuerza extraordinaria.
El de Pedr'Arias era árabe,
cenceño, inquieto y con trazas
de estar muy amaestrado
en saltos y suertes rápidas.
Don Diego, mientras su parte

de campo y de sol tomaba,
examinó al enemigo:
y a ver su primera entrada
esperó para juzgarle,
pues su presencia es bizarra.
El mozo tomó su puesto
con impaciencia marcada.
Sonó el clarín: arrancaron;
topáronse: y con extraña
destreza hicieron astillas
uno y otro sus dos lanzas.
El caballo árabe casi
tocó tierra con las ancas;
mas mientras don Diego vía
si caía o si se alzaba,
se encontró a Arias por el flanco
metiéndosele a estocadas,
como si él fuera de pluma
o el caballo tuviera alas.

Picado Ordóñez sintiéndose
en la carne y en el alma,
sentó su caballo dando
al mozo inquieto la cara:
y cuando el mancebo un círculo
quebrando, le dió otra entrada,
le dió un tajo en la cabeza
don Diego, con tal pujanza,
que con él dió en tierra, y fin
con su vida a la batalla,
pues dejó al mozo tendido
de sangre sobre una charca.

Contemplándole don Diego
dijo: «Era un niño... ¡qué lástima!
Si le dejaran ser hombre
con los mejores hombreara.»

Tornó a su puesto en la liza,
sacaron de ella a Pedr'Arias,
y se oyó en el muro el llanto
de la princesa y sus damas.
Arias Gonzalo, más pálido
que su blanquísima barba,
paralizado tras ellas
ni oraba a Dios ni lloraba.

Fijas entre cielo y tierra
las pupilas, sus miradas
de tierra y cielo apartando,
nada ver aparentaba.
Sonó el clarín: aquietóse
el pueblo: y ebrio de rabia,
entró en el palenque, a brincos,
su tercer hijo, Diego Arias.
Pidió otra lanza don Diego,
mojó con un buche de agua
la piel de su guantelete,
y tomó puesto tanteándola.
El segundo Arias es hombre
de buena estatura, de anchas
espaldas y monta erguido
un corcel de mucha alzada:
tiene aspecto de hombre recio
y de buen jinete planta,
pues cae a plomo en la silla
y bien su caballo manda.
Mas se ve que viene ciego
por la sed de la venganza,
y de la impaciencia siempre
partido don Diego saca.
Soltáronles, y arrancaron,
topándose. ¡Suerte brava!
Don Diego su lanza rompe
del mancebo en la coraza
sin moverle de la silla;
mientras él la suya encaja
por bajo el brazo derecho,
y hombro y brazo le desarma.
Tendióse hacia atrás Ordóñez
vencido de la lanzada
de Diego Arias, que por poco
de los arzones le arranca:
y cuando volvió a equilibrio,
vió que aparentando calma
a que otra lanza tomase
ya el zamorano aguardaba.
Tomóla cambiando sitio
quedando al Sur; y enristrándola,
vió que desarmado el brazo

expuesto el hombro quedaba,
si el bote el mozo repite,
lo que es natural que haga
teniéndole ya estudiado
sobre aquella parte flaca.
Mas don Diego, en su desarme,
no vió más que la ventaja
de tener más libre el brazo
para manejar su lanza.
Partieron: Ordóñez muestra
según su posición baja,
o debilidad, o intento
traidor que al caballo amaga.

El zamorano, mirándole
recogerse tanto, trata
de nivelar el encuentro
y el punto de mira cambia;
pero Ordóñez de repente
y al llegar a él, levanta
su tiro; hiere con ímpetu
de la visera en las barras,
y mientras Arias su hierro
por los pretales resbala,
por el ojo izquierdo Ordóñez
derribándole le ensarta.
Un grito desesperado
dió el infeliz Diego de Arias,
y arrancado de la silla
a tierra vino de espaldas.
Revolvió Ordóñez atento
a rematarle si se alza;
pero era inútil: el hierro
hasta el cerebro le entraba.

Los castellanos rompieron
en aplausos: doña Urraca
en llanto, y Arias Gonzalo
del terror como la estatua,
inmóvil permanecía
sin acción y sin palabras,
cual si temiera al moverse
arrancar del cuerpo al ánima.
Los zamoranos con miedo,
ya aun de Dios desconfiaban,
y los jefes viendo a Ordóñez
que del hombro herido sangra,
le mandaron que a su tienda
a curar se retirara.
Mas él, en su tienda entrando,
dijo a los jueces: «No es nada:
¡otro arnés y otro caballo!
Con que no me enfríe basta;
no perdamos, pues, el tiempo,
que el Arias tercero aguarda.»

—

¡Fiereza brutal del hombre
convertido en bestia brava,
que de su razón por prueba,
como irracional se mata!
Costumbres de siglos bárbaros
que aún heroicos se llaman,
que a gloria tienen los pueblos
y que los poetas cantan;
mas costumbres, a mi juicio,
tan estúpidas y bárbaras,
que hacen dudar de su origen
divino a la raza humana.
Mas tal es la historia nuestra:
no es culpa mía si es bárbara:
yo cumplo con advertírselo
a mi pueblo al relatársela.

VIII

Vuelto, al fin, del paroxismo
de dolor que al padre ahoga,
volvió el viejo Arias Gonzalo
a su bárbara fe heroica:
y viendo a su tercer hijo
que para entrar en lid monta
a caballo al pie del muro,
así desde él le apostrofa:
«Ve, Hernán D'arias, ve, hijo mío,
y que no te sobrecoja
el oler sangre en la liza
por ser nuestra sangre propia.

Tu causa es buena: si Dios
tu buena causa abandona
y eres vencido... ¡por Cristo
que mueras, hijo, con honra!
Moriremos uno a uno
todos cinco por Zamora;
y si Dios nos desampara,
Él de nosotros responda.»

No se sabe si Hernán D'arias
oyó estas frases: si oyólas,
nada respondió a su padre
atento a lo que le importa
por el momento: el cuidado
de sus armas y persona,
que de la prez de su estirpe
van a ser mantenedoras.
A caballo ya, tantea
cinchas y riendas: coloca
bien los pies en los estribos
y en la silla se encajona.
Mueve y revuelve el caballo
para ver si algo le estorba
o le hostiga que le impida
ser dócil a la maniobra;
y hallándose a gusto, pide
broquel y lanza: los toma,
pica, y del campo a las puertas
presentándose se nombra.

Abriéronle todos paso;
juró, e hicieron las trompas
señal de atención, la gente
contemplándole anhelosa.
Don Diego Ordóñez, al son
de los clarines, por la otra
parte al palenque bajando
con nuevas armas, galopa
sobre un caballo de encuentros
ancho, largo de carona,
y tan duro de jarretes
como sentido de boca.

Al presentarse don Diego
la gentualla bulliciosa
quiso aplaudir: mas el Cid
gritó con voz estentórea:
«¡Silencio! Dios y los jueces
entre Castilla y Zamora
juzgarán: el que partido
tome en la lid, va a la horca.»

A cuyas palabras, dócil,
inmóvil y silenciosa
la multitud quedó en torno
de la arena a la lid pronta.
Don Diego, en vez de armadura
de piezas, viste una cota
con mangas, cuello y capucha
que de la cabeza dobla
la defensa bajo el casco,
y que por debajo sobra
de la coraza, argollada
por el puño a las manoplas.
Bajo ella de pierna y brazo
se ve la atlética forma
muscular, adivinándose
su agilidad vigorosa:
y entra, al parecer resuelto,
a emplear su fuerza toda
en la primer embestida,
para ahorrar fatiga y horas.
Hernán D'arias viene armado
y montado a la española,
con armadura vizcaína
tan sencilla como sólida.
Su caballo es bayo-lobo,
árabe y criado en Córdoba,
más recio que corpulento,
de una agilidad que asombra.
Sus pupilas centellean,
y cuando respira y sopla
parece que en las narices
enciende dos ascuas rojas.
Los dos campeones son pares,
y en ambos a dos se nota
el ardor por el combate
y el afán por la victoria;
en Arias, por dejar libre
a su pueblo de deshonra,

y en Lara por inmolar
a su Rey tal hecatomba.
Ya están ambos en su puesto
y esperan sólo que se oiga
la última señal, pudiéndose
sentir volar una mosca.
¡Partid!—gritó el real heraldo—:
y el uno del otro en contra
partieron como dos piedras
disparadas de dos hondas.
Encontráronse con ímpetu
de torbellinos, y rotas
las lanzas en los broqueles,
la carrera ambos se cortan.
Ambos vacilan un punto
mientras los caballos cobran
el equilibrio; mas, firmes,
ninguno se desarzona.
Menos sentido Hernán D'arias
del encuentro, o más briosa
su ágil bestia amaestrada
en la escaramuza mora,
quebróla a zurdas con rápida
destreza maravillosa,
y dió una estocada a Ordóñez:
por ventura suya corta.
Don Diego, al sentirse herido
caballo y hierro recobra,
y se la paga en un tajo
que le hace el broquel dos hojas.
Arias, entrando y huyendo
tan sin descanso le acosa,
que por tres golpes que para
siente que cuatro le tocan:
y a no ser por los anillos
de su bien templada cota,
ve que su piel ya estuviera
por más de tres partes rota.

Su caballo, que no puede
revolverse en tierra poca,
da en vez de quiebros corcovos,
se engalla, se barre y bota.
Don Diego, al ver la ventaja
de Hernán D'arias, reflexiona
que va a perder tal partida
si su caballo acalora;
y de repente, sacándole
cual si se le huyera, a posta
esquivando a Arias, terreno
le gana: en carrera loca
creyéndole, Arias, huído,
da sobre él: mas él le afronta
de repente revolviéndose
y sin darle a que recoja
su ciego caballo tiempo,
por entre el peto y la gola
metióle don Diego, rápido,
de su ancha espada la hoja.
Arias, sintiéndose ahogarse,
su ciego esfuerzo redobla;
jinete y caballo a tajos
en lugar de herir, azota,
y con el último, al caer
con las mortales congojas,
cortó al caballo de Ordóñez
brida, belfo y muserola.
El bruto, desenfrenado,
se espanta, huye y se desboca:
y mientras al tercer Arias
su misma sangre le ahoga,
salta la estacada y saca
de ella a Ordóñez, cuya cólera
no tiene límites viendo
de los Arias la victoria.

Ley de esta lid: «quien del campo
sale, pierde y se deshonra
aunque venza; se supone
que huye y que el triunfo abandona».

IX

A este lance inesperado
que da al desafío un éxito
contradictorio, imprevisto
en los códigos del duelo:
pues le da fin, por vencido

dando al vencedor don Diego
y por vencedor al Arias
por él en la liza muerto,
se armó un terrible tumulto
entre soldados y pueblo
de Zamora y de Castilla
por fallar en su pro el pleito.
Mezclados en el palenque
ciudadanos y guerreros,
viejos y mozos, mujeres
y hombres, nobles y plebeyos,
gran vocerío levantan,
todos tener, pretendiendo,
la razón y la victoria
según su ver y comentos.
Unos dicen: «Fué vencido:
salió del palenque huyendo.»
Otros gritan: «Fué el caballo
el que huyó, no el caballero.»
Unos: «Es juicio de Dios.»
Otros: «Es juicio de necio.»
Unos: «Sin acción no hay culpa.»
y otros: «No hay duda en los hechos.»
«Salió del campo.» —«Sacóle
su caballo.» —«Porque el freno
le rompió Arias.» —«Por acaso.»
«Fué buen golpe.» —«No fué bueno.»
Y unos y otros en su juicio
sin ceder, a cual más tercos,
sostenían sus razones
con insultos y denuestos;
y no entendiéndose nadie
y nadie a escuchar dispuesto,
ya en alto andaban los puños
y era la liza un infierno.
Los jueces y el Cid, que aparte
sobre el caso resolvieron,
pusieron fin al tumulto
lanzas en la lid metiendo,
y a unos con voces y amagos,
y a los más hoscos y aviesos,
con los cuentos de las lanzas
entrar en cuentas hicieron.
Y de ambos campos la fuerza
poniendo a la ley por medio,
velis nolis de la ley
el fallo a oír se avinieron.
Entonces, sobre el estrado
de los jueces el Cid puesto,
dijo, escuchándole todos
en absoluto silencio:
«El juicio de Dios ha estado
en esta lid manifiesto.
Los jueces fallan... ¡y nadie
reclame en tierra ni en cielo!
que Zamora queda limpia
de traición: que se alza el cerco:
que Diego Ordóñez de Lara
ha cumplido como bueno:
que él y los Arias de culpa
y tacha quedan exentos:
y la lid, por Dios cortada,
no ha lugar al cuarto duelo.»
Dijo el Cid: diéronle un vítor
los dos enemigos pueblos
reconciliados, quedando
ambos por él satisfechos.
Mas el tumulto extinguido
a estallar volvió de nuevo
de repente, y de la liza
por los dos lados opuestos.
Por el del Norte, dejando
en mitad del campo muerto
a su caballo, pasándole
la espada por los encuentros,
llegaba a pie Diego Ordóñez
desatentado y sangriento,
otro caballo y otro Arias
desaforado pidiendo.
Y en vano por contenerle
sus amigos y sus deudos
hacían para impedirle
entrar en la liza esfuerzos:
él no oía ni veía
desatinado y colérico,

y ya contra él y por él
iban gentes acudiendo.
A la parte sur del campo
don Arias Gonzalo el viejo,
armado hasta las mandíbulas
desafiaba a don Diego.
En vano le sujetaban
los zamoranos, asiendo
las bridas de su caballo
que él espoleaba frenético:
en vano la misma infanta,
que atropellando, con riesgo
de su decoro, tras él
se vino hasta el campamento,
se le ponía delante
desmelenado el cabello,
con lágrimas conjurándole
a desistir de su empeño.
Los pueblos y el mar se agitan
fácilmente a cualquier viento,
y los de Zamora y Burgos
ya en remolino revuelto
de Norte a Sur comenzaban
a alzar tumbos turbulentos,
agrupándose a sus bandos
y las armas requiriendo.
El Cid y los adalides
discurrían ya algo inquietos
cómo echar agua y no sangre
sobre aquel naciente incendio,
cuando del real destacándose
en ruido y en polvo envueltos,
un buen golpe de jinetes
vieron correr hacia ellos.
Dió el grito el Cid de «¡los moros!»,
y la contienda rompiendo,
a los que del real venían
unos y otros atendieron.
Venían como una tromba:
apenas tuvo el Cid tiempo
para salir a caballo
con cien nobles a su encuentro.
«¿Quién va?», gritó, espada en mano.
«Paso haced», le respondieron.
—¿A quién? —Al Rey. —¿A qué Rey?
—Al Rey don Alfonso Sexto.
Y el infante don Alforso
con un numeroso séquito
de cristianos y de moros
en tren y atavío espléndidos,
echó pie a tierra a la entrada
del palenque; y le echó al cuello
los brazos al apearse
la infanta reconociéndolo.
Estrechóla él en los suyos;
y con imperioso acento
dijo a ninguno y a todos
dirigiéndose: «¿Qué es esto?»
Todos callaron: el vulgo
y los soldados por miedo
de su continente altivo;
y los jefes porque lejos
se quedaron agrupados
detrás del Cid, y en el centro
de las haces burgalesas
que se les iban uniendo.
El infante, atravesando
la muchedumbre sereno,
se fué al Cid y a él y a los suyos
se dirigió repitiendo:
«¿Qué es esto? ¿Burgos me esquiva
cuando a mis tierras regreso?»
El Cid respondió con firme
pero respetuoso acento:
«Burgos, señor, os demanda
con firmeza y con respeto
una gracia, por su Rey
antes de reconoceros.
—¿Cuál? —De que estáis inocente
de una muerte el juramento.
—¿De la muerte de mi hermano
muerto por D'Olfos? —Por eso
hubo aquí un juicio de Dios
que deja de culpa ilesos
a los de Zamora: a vos...
si juráis, os juraremos.»

Enmudecieron de asombro
todos del Cid al arresto:
y don Alfonso escuchándole
enrojeció y frunció el ceño.
«Jurad, le dijo don Per
Anzules interviniendo:
no hay ni Papa excomulgado
ni Rey traidor.» —¡Por supuesto:
dijo el infante, a este dicho
del privado, sonriendo:
nada hay que jurar me impida.
Juro... —Señor, en el templo
de Santa Gadea es donde
se jura y coronamiento
de sus Reyes hace Burgos.
Dijo el Cid: y el entrecejo
frunciendo, Alfonso repuso
mal conteniéndose: «Acepto.
Id, pues, a esperarme en Burgos.»
Allí a esperaros iremos,
respondió el Cid saludándole:
y las espaldas volviendo
metióse en Zamora el príncipe
con su hermana: convencieron
y amistaron, perdonándose
ambos, a Arias y a don Diego;
y alzando los burgaleses
el campo aquel día, dieron
la vuelta a Burgos, quedando
sin Rey hasta el juramento.

IX

I

En aquella edad bravía
de gran fe y grandes peleas,
había en cortes y aldeas
grande atraso todavía;
y aún comprendían muy mal
cortes, pueblo y municipios
cosas que hoy son ya principios
de utilidad general;
y aun de las públicas rentas,
al pensar en el empleo,
con las rentas del correo
no se habían echado cuentas.
Así que un noble en España
cuando a campaña salía,
a saber más no volvía
de su mujer en campaña;
a no que por un azar
hallándole en su camino,
bagajero o peregrino
le hablaran de ella al pasar.
El Cid, que a Burgos volvió
de él ausente un año largo,
a hacerse comenzó cargo
de lo que en él sucedió.
Dos cosas de consecuencia
nuevas hallaba en su hogar,
que añadían a la par
pena y gozo a su existencia.
Una: que otra hija tenía,
doña Sol, que era un hechizo;
otra; que vió, cuando hizo
sus cuentas, que empobrecía.
De Zamora había el asedio
sus dineros consumido,
puesto que no había habido
saqueo y presas por medio.
Amor y honor en su hogar
a él al volver le esperaban,
mas pobres con él tornaban
sus hidalgos de Vivar.
Jimena se echó en sus brazos
con fe y efusión prolijas,
teniendo en brazos dos hijas
de sus entrañas pedazos.
Su hijo, mancebo quinceno
de tan precoz desarrollo
que, alto y fuerte como un rollo,
ya para la lid es bueno,
de su buena madre en pos
salió a abrazarle; y el Cid,

viéndole ya apto a la lid,
dijo: «Bendígate Dios.»
Bibiana, vieja asturiana,
con fuerza y salud de moza,
con los derechos que goza
en la casa castellana,
le dió su abrazo al entrar
tan sin aprensión ni empacho,
como si fuera un muchacho
de la escuela del lugar.
Y así entró el Cid en su casa.
Dejémosle allí dichoso
mientra el tiempo proceloso
tormentas sobre él amasa;
que en Castilla siempre al bueno,
al grande y al que merece,
en vez de loa parece
que se le ha de dar veneno.
Mientras doña Sol mamaba
y hombre don Diego se hacía,
y el Cid en orden ponía
la hacienda que le quedaba,
doña Urraca y don Alfonso
se abrían camino ancho
hasta el trono de don Sancho
sin rezarle ni un responso.
¡Maldito afán de reinar,
que hace a los Reyes romper
con el amor y el deber
y a los muertos olvidar!
Doña Urraca, previsora,
sagaz y astuta, procura
poner la vía segura
desde Burgos a Zamora.
La infanta, siempre doncella,
por rencor que en su alma abriga
fué siempre dada a la intriga
y Alfonso reinó por ella.
Éste, que desde muy niño
por la viudez de su padre
la tiene en lugar de madre
y gran respeto y cariño,
la da una grande ingerencia
en las cosas del Estado,
y gran fe en ella le ha dado
de su acierto la experiencia.
Atento a los intereses
del nuevo Rey castellano,
quiere a Castilla su hermano
dar contra los burgaleses.
Alfonso, por sus consejos,
no debe en Burgos entrar,
tras él sin poder llevar
todos los demás concejos;
y habiéndose don García
de su prisión escapado,
debe ir contra el rebelado
hasta ahogar su bandería.
Don Alfonso, obedeciendo
sus consejos, acudió
a Galicia, le venció,
le encarceló; y se fué haciendo
ver, respetar y temer
cual solo Rey por doquiera;
haciendo a Castilla entera
sus leyes obedecer.
Galicia, Asturias, León,
cual reinos de él heredados,
tributos, oro y soldados
le dieron con sumisión.
Entró en tratos e hizo asientos
con los moros fronterizos,
fijando a los tornadizos,
templando a los turbulentos;
y con el aragonés
y el navarro hecha alianza,
trató bodas con Constanza
de raza del Rey francés;
y cuando al fin de año y meses,
con ayuda de su hermana,
no vió contra él fuerza humana,
se volvió a los burgaleses.
La infanta les conocía,
y arriesgados y tenaces,
que eran de todo capaces
al mando del Cid, sabía:

y mientras que no jurara
Burgos por Rey a su hermano,
no fuera Rey castellano
por más que se lo llamara.
Mas con el conocimiento
de aquel pueblo audaz y noble,
conoce que ha de ser doble
la prenda y el juramento;
y da por cosa segura
que, el juramento propuesto,
del Rey don Sancho en el puesto
no le pondrá si no jura.
Sola, empero, esta ciudad
de tal jura en el empeño,
cree ya obstáculo pequeño
la impuesta formalidad.
Y la infanta previsora,
teniéndolo todo a punto,
y un buen ejército junto
por don Alfonso en Zamora,
dijo un buen día a su hermano:
«Ve a Burgos, y no te apures,
porque, jures o no jures,
sobre él tenderás tu mano;
pero al tenderla no olvides
que con sus nobles en lid,
si no atajas hoy al Cid,
te se alzarán muchos Cides.»
Decía bien, a mi ver,
la infanta en lo que decía,
mas mucho en su dicho había
de ruin rencor de mujer.

II

Doña Urraca era hembra astuta,
y todo en pro de su hermano
para la jura de Burgos
lo ha ido a solas amasando.
Doña Urraca, que experiencia
tenía de lo pasado,
no era hembra que el porvenir
encomendara al acaso,
y en Burgos ha ido metiendo
uno a uno partidarios
que en Burgos moviendo fueran
por don Alfonso los ánimos.
Diestramente dirigido
por sus consejos su hermano,
obró antes de entrar en Burgos
tan activo como cauto;
y ya por suya teniendo
toda Castilla, y el acto
de la jura como fórmula
tomar no más afectando,
mandó aderezar en Burgos
para habitarle el palacio,
y envió a él su servidumbre,
sus bagajes y caballos.
Como gente de su casa
fué metiendo hombres fiados,
para darle en Burgos crédito
y guardar su alcázar aptos;
y con pretexto del doble
acontecimiento fausto
de su advenimiento al trono
y el matrimonio tratado,
pues iba doña Constanza
a la frontera llegando,
desplegó en su vuelta a Burgos
tanto lujo y aparato,
que se vió bien que volvía
a tomar determinado
asiento en su trono en Burgos
como un triunfador romano.
El Cid y los burgaleses
venir así le dejaron,
sin dar muestras de extrañeza
ni menos de sobresalto.
Dejaron aposentarse
en su alcázar y en sus barrios
toda aquella extraña turba
de moros y de cristianos,
de árabes y de judíos,
de borgoñones y francos,

que componían el séquito
de su nuevo soberano.
Mas resueltos a obligarle
a llevar la jura a cabo,
o a negarle, si él se niega,
la obediencia de vasallos,
para que, antes que al alcázar,
tuviera que ir en llegando
a Santa Gadea, todo
los nobles lo prepararon.
Desde la puerta de entrada
de Burgos, por todo el tránsito
de las calles hasta el templo
las bocacalles barrearon;
y cubriendo las barreras
con colchas y con damascos,
desde la puerta hasta el templo
le hicieron forzoso el paso.

A las diez de la mañana
de un día limpio de mayo,
llegó el nuevo Rey a Burgos
con séquito soberano
de nobles y caballeros,
de pajes y de soldados,
de mercaderes y siervos,
de acémilas y de carros;
porque el Rey Alfonso Sexto
fué el Rey más abigarrado
en su corte y en su ejército,
nutrido de todo cuanto
fuerte, audaz, aventurero,
advenedizo y bastardo
había en Europa entonces
de pueblos cultos y bárbaros,
con tal que fuese valiente,
útil, resuelto y al caso
para dar a sus empresas,
dispendios o amores pábulo.
Así que, del primer día
llegó a Burgos rodeado
de aquellos heterogéneos
elementos, que bizarros
en su esencia y en su forma,
dieron, al fin, tiempo andando,
a su reinado fastuoso
un carácter tan romántico.

El Cid y los burgaleses
barones y fijosdalgos,
salieron a recibirle
hasta el puente de Malatos:
y allí el honor de escoltarle
como era ley, demandaron,
y entró en Burgos entre vítores,
aclamaciones y cánticos.
De los balcones echábanle
trigo, arroz, yerbas y ramos,
de los que llevaba llenos
birrete, gorguera y manto.
Todo era alborozo y vivas,
danzas, ofrendas, regalos,
y el Rey, más que satisfecho,
de ello iba maravillado;
porque hallar tan sólo un frío
acogimiento esperando,
se vía acogido en Burgos
con caluroso entusiasmo.
Mas cuando vió barreadas
las calles que a su palacio
quebraban, y que a seguir
recto a la iglesia obligábanlo,
comprendió que la nobleza
de Castilla daba al acto
de la jura más valor
de lo que había imaginado.
Comprendió que el Cid y todos
los con él coaligados,
tomando a pechos la muerte
de su antecesor don Sancho,
sospechaban de él en ella;
y, o con la jura lavarlo
quieren de culpa, o quedar
horros de su desacato:
mas viendo que ya era tarde
para excusar el mal paso,
subió hasta Santa Gadea
no apercibirlo afectando.

Lleno está el templo de nobles
y próceres castellanos,
y más que lleno parece
al Rey por ellos tomado:
pues que de todas sus puertas
cogidos tienen los vanos
grupos de ellos, a propósito
al parecer agrupados.
Con don Alfonso en el templo
no cupieron y no entraron
más que el conde Peranzules
y los grandes dignatarios:
su servidumbre, su escolta
de leoneses, asturianos,
franceses y borgoñones,
quedaron fuera en el atrio.
El Cid, en el presbiterio,
ante el altar colocado
tiene en un atril el libro
de los Evangelios santos;
y al pie, instrumentos de oculto
perdido significado
un gran cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.
El Rey, ante el escalón
del presbiterio llegando,
puso un pie sobre la grada
y sobre el libro la mano:
mas el Cid, sin darle tiempo
para despegar sus labios,
le dijo: «Para jurar,
señor Rey, arrodillaos»:
y en cuanto ante él don Alfonso
se arrodilló mal su grado,
dijo el Cid con voz solemne
de acento sonoro y claro:
«Rey don Alfonso, a traición
murió en Zamora don Sancho;
y los burgaleses, antes
en su trono de sentaros,
por mí os piden juramento
de que en tal asesinato
no han tenido parte alguna
vuestra alma ni vuestra mano.
Jurad, pues; y tened cuenta
con que si juráis en falso,
os caerán las maldiciones
que vais a oír en jurando.»
«Sí juro, dijo en voz alta
el Rey, que el alma y las manos
tengo de su sangre limpias»:
y entre él y el Cid, por lo bajo,
el Cid en el presbiterio
de pie y don Alfonso hincado,
se entabló, de nadie oído,
rápidamente este diálogo:

EL REY. Mucho me aprietas, Ruy Díaz.
EL CID. Es que el lance es apretado.
EL REY. No aprietes tanto que el hilo
se te rompa entre las manos.
EL CID. No importa, señor, si en ellas
me quedo yo con los cabos;
así no podrán traidores
tenderos con ellos lazos.
EL REY. Aprieta, pues; pero acaba
de apretarme porque estallo.

Dijo el Rey bajo a Rodrigo,
y éste siguió diciendo alto
con voz tremenda, que puso
en él y en todos espanto:
«Rey Alfonso, si perjuras
ante este libro sagrado,
este cerrojo de hierro
y esta ballesta de palo,
permita Dios que te maten
también a traición villanos
de las Asturias de Oviedo,
no de Castilla hijosdalgos:
de cuero calcen abarcas,
no borceguíes con lazos;
capas traigan aguaderas,
no manteletas ni mantos;
con camisones de estopa,

no de holandas con recamos;
en sendas burras cabalguen,
no en generosos caballos,
embozaladas con cuerdas,
no enfrenadas con bocados:
mátente por las aradas,
no por villas ni en poblado,
con cuchillos cachicuernos,
no con hojas de Damasco.
Permita Dios, Rey Alfonso,
si ante Él aquí has perjurado,
que los que a traición te maten
como traidor de fe falto
te saquen el corazón
por el siniestro costado,
y se lo echen a los lobos
y a los cuervos para pasto.»
«¡Basta!—exclamó el Rey en pie
poniéndose exasperado—:
¡basta, Ruy Díaz, que es mucho
para ti y para mí tanto!
Ya juré lo que quisisteis
tú y tus nobles castellanos:
ya hice yo lo que debía,
mas tú has hecho demasiado:
y ese cerrojo de hierro
y esa ballesta de palo
como fincan en mi jura
también fincan en mi agravio.
Y pues juré, dadme libres
las puertas, hacedme paso,
u os tendré aquí por traidores
contra su Rey conjurados.»
Tal don Alfonso diciendo
y el altar abandonando,
se dirigió hacia la puerta
y gritó el Cid: «¡al Rey paso!»
Abriéronse ante él las puertas
a la voz del Cid: rodearon
a Alfonso don Peranzules
y todos los de su bando;
y el Rey, del templo a la puerta
volviéndose al Cid, que impávido
desde el altar le miraba
marcharse, le dijo airado:
«Cid, pues tantas alas tienes
que volar quieres tan alto,
ve a buscar, para extenderlas,
mejor viento y más espacio.
De hoy en nueve días sal
de mis tierras por un año,
y a ellas no vuelvas si a ellas
yo, tu señor, no te llamo.»
Dijo el Rey; e iba a bajar
la escalinata del atrio,
cuando el Cid le dijo a voces
y con sus voces parándolo:

«Por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro:
mas no olvides, Rey Alfonso,
que hoy que de tus tierras salgo,
juro no volver a ellas
hasta me hayas llamado
tres veces arrepentido;
porque yo estos años cuatro
te doy para que conozcas
que soy tu mejor vasallo,
y pues las alas me sueltas,
pienso, Rey, volar tan alto,
que te has de espantar sintiendo
que en mis alas te levanto.»
Dijo el Cid; y el Rey Alfonso,
o esquivo o amedrentado,
salió en silencio del templo,
trémulo, ceñudo y pálido.

III

Es la noche de aquel día:
dos horas ha que Jimena
con sus hijos va camino
de San Pedro de Cardeña.
Lo más rico de su haber
lleva cargado en acémilas,
y trescientos caballeros

para su custodia lleva:
y mientras del claustro a sombra
va a ampararse de Dios ella,
el Cid esta noche en Burgos
a darse al diablo se queda.

Solo está el Cid ya en su casa,
un solo criado vela
de ella en un postigo falso
esperando a alguien de fuera;
y el Cid, que en su cuarto tiene
aderezada una mesa
con tres cubiertos, a solas
esperando se impacienta.
Al romper el toque de ánimas
de Burgos en las iglesias,
como ecos de las campanas,
sonaron en la escalera
los pasos acompasados
de los que a su cita llegan,
exactos como las horas,
que jamás faltan ni yerran.

Eran dos viejos, que echando
con tiento a un lado la puerta,
se presentaron envueltos
en dos hopalandas negras.
Dos viejos de aspecto humilde,
de faz grave y barba luenga,
que ante el Cid algo encogidos
o recelosos se muestran.
El Cid, no muy a sus anchas
tampoco ante ellos, la mesa
les señaló a ella invitándoles,
e hizo al criado una seña.
A luz de dos candilones
colgados en dos cadenas,
sentáronse, y el criado
dejó servida la cena.
No era un festín; un solomo
de venado con lentejas,
un hojaldre con pichones,
pan fresco y vino de Rueda
sirvió el Cid a sus dos huéspedes,
sin tener su edad en cuenta,
con profusión, y empezó
a comer él con presteza
militar: pero los viejos,
que por lo visto no esperan
tanto saciar su apetito
como abrir plática seria,
no hicieron honra a los platos;
porque con sobria abstinencia,
con tres bocados mostrando
dejar su hambre satisfecha
y con un sorbo su sed,
mostraron tener abiertas
más que con la hambre las bocas,
con la atención las orejas.
Y fuera porque empachados
se hallaran en la presencia
del Cid, o porque supiesen
que era un pretexto la cena
para otro asunto que el Cid
tratar con ellos quisiera,
a que él trabara la plática
aguardaban con paciencia.

El Cid, que allá en sus adentros
a la cuestión daba vueltas,
cuando juzgó del convite
salvadas las apariencias,
apartó el plato, al criado
echó, aseguró la puerta,
y el diálogo con sus huéspedes
entabló de esta manera:

«Sabéis, y si lo ignoráis
yo os lo digo, que el Rey me echa
de sus reinos y que yo
me voy mañana a otras tierras.
Como soy buen campeador,
mi porvenir y mi hacienda
están en el campo, y voy
a haceros una propuesta.
Necesito de dineros
para partirme a la guerra;
y como en esa partida
llevo por mí las noventa,
prestadme diez mil florines,

y yo os entregaré en prenda
dos arcas de metal bueno
y de pedrerías llenas.
Si al fin de un año y un día
no os he pagado, vendedlas.
Mas hay una condición;
pertenecen a una iglesia
y al haber de mi mujer;
y como sería mengua
para mí y para mi esposa
que ojos y manos hebreas
sobre prendas tan sagradas
por mi culpa se pusieran,
habéis sólo de fiaros
en mi palabra y nobleza
sin abrir esas dos cajas
y sin mirar lo que encierran.»
Y así diciendo, el buen Cid
les mostró dos arcas viejas,
en un rincón a lo oscuro
de aquel aposento puestas.

Los dos judíos al Cid
oyeron con calma atenta,
y de consultarse a solas
le pidieron luego venia.
Otorgóla el Cid: hablaron
ellos un minuto apenas
por lo bajo, y el más viejo
le dió al Cid esta respuesta:

«Sabemos, señor, quién sois;
vivimos en vuestra tierra
y a vuestra merced estamos;
enviadnos las cajas vuestras,
el dinero os enviaremos
con el que mandéis con ellas
y... el Dios de Abrahán de todos
tome las obras en cuenta.»

Mostróse el Cid satisfecho:
los judíos con serena
resignación, o fiando
en su palabra de veras,
con humildad saludándole
partieron: en la escalera
encontraron al criado,
que a la luz de una linterna
les condujo hasta el postigo;
y el Cid, al sentirles fuera,
como un hombre a quien le quitan
de los lomos una peña,
respiró a plenos pulmones
diciendo allá en su conciencia:
«¡Que me la perdone Dios
y me la depare buena!»

IV

El templo de la abadía
de San Pedro de Cardeña
de los oficios católicos
con la salmodia resuena.
Sus ámbitos perfumando
dos incensarios humean,
y el humo las vivas luces
de sus rosetones templa.
El sacro altar resplandece
de flores cargado y velas,
cuyo reflejo hacen móvil
las colgaduras espléndidas,
Damascos y terciopelos,
brocados y ricas telas
visten del piso las bóvedas
de su fábrica las piedras;
y, complemento estruendoso
de la católica fiesta,
al vuelo de las campanas
parece que el suelo tiembla.

Está atestada la nave
de gente hincada en hileras,
como en orden de milicia
y en aparato de guerra;
no se ve más que brillar
armas, ondular cimeras
y tremolar estandartes
desde el altar a la puerta.
En él el abad, anciano
de alba barba y calva testa,

de espléndidos ornamentos
vestido, misa celebra.
La noble Jimena Gómez
con sus dos hijas pequeñas
la oye al lado de la Epístola
hincada en cojín de seda.
El Cid, al del Evangelio
con cristiana reverencia
la oye también, circundado
de adalides hasta treinta:
y en mitad del presbiterio
su hijo Diego Díaz vela
sus armas que ante sí tiene
y en las manos su bandera.
El Cid sale desterrado,
y con el Cid se destierran
quinientos hombres de Burgos,
que por el Cid al Rey dejan.
El Cid sale desterrado
y saca por vez primera
a campaña a su hijo Diego,
aguilucho que ya vuela.
El Cid sale desterrado;
mas con él a Burgos dejan
la juventud, la hidalguía
y la honra burgalesas.

De Dios a amparo y del Rey
contra el desamparo, quedan
de San Pedro en la clausura
su esposa y sus hijas tiernas;
y al partir a su destierro,
el Cid con su hueste fiera
la bendición de Dios pide
y el buen abad se la echa.
Alzó el buen viejo las manos
sobre todas las cabezas,
y ante él se doblaron todas
como de Dios en presencia.
Y aquella cruz que en el aire
trazó con su mano trémula,
fué a dar a las almas todas
un nuevo germen de fuerza.
La fe cristiana que el alma
de los creyentes alienta
da a su espíritu del mar
y del huracán la fuerza;
y esa cruz de la que rastro
ni sombra en el aire resta,
infunde una fe en sus almas
que hasta el cielo las eleva.
Bendijo el abad la hueste
en nombre de aquella eterna
Trinidad que el universo
sobre su palma sustenta;
y tremolando don Diego
Díaz con ambas muñecas
la bandera de Vivar,
se alzó en pie la hueste entera;
y el Cid, que de el presbiterio
domina toda la iglesia,
dijo estas palabras, símbolo
de su fe caballeresca:

«Padre Abad de la abadía
de San Pedro de Cardeña,
que fundaron mis abuelos
de tributo al Rey exenta:
tú enterraste aquí a mis padres
que me oyen desde su huesa,
y a ti encomiendo mis hijas,
mi mujer y mi honra; ténlas
a tu amparo hasta que torne
vencedor, o hasta que muera.
Y dile al Rey de Castilla
si te pregunta por ellas,
que yo la honra de mi casa
dejo aquí de mi fe en prenda:
que ilesa deje mi honra
cual su honra yo dejo ilesa:
y que cuando con un reino
para él conquistado vuelva,
ajustaremos entre él
y los burgaleses cuentas.
Castellanos desterrados
con el Cid, que no nos pueda
llamar nunca malos hijos
nuestra patria en nuestra ausencia.

Si el Rey nos expulsa ingrato,
a la patria representa;
vamos a la lid por él
que será lidiar por ella.
Caballeros desterrados
con el Cid, ¡a la frontera!,
¡a caballo y lanza en ristre
por el Rey que nos destierra!»
«¡Viva el Cid!»—gritó la hueste
con unísona e inmensa
y potente voz, cuyo eco
estremeció las vidrieras
del templo, yendo a perderse
sus sonoras ondas trémulas
por la altura en el vacío,
por la llanura en la selva.
Abrazó el Cid a sus hijas
y a su esposa y a la vieja
Bibiana y al viejo Abad
y a los viejos que le quedan
a su servicio: y el son
al oír de las trompetas,
montó a caballo, se puso
de su hueste a la cabeza
y partieron los de Burgos
con el Cid a la pelea,
tan alegres como mozos
convidados a una feria.

V

Aquí, y antes de seguir,
debe el autor decir algo
que quisiera, como hidalgo
de Castilla, no decir.
Mas aunque sólo un romance
escribe y de luenga edad,
decir de ella la verdad
debe en él a todo trance.
Y es: que entonces un varón
poderoso, desterrado
por su Rey, se iba a otro Estado
a servir a otra nación.

Y como entonces España
estaba de Reyes llena,
que por razón mala o buena
andaban siempre en campaña,
por el más fútil motivo
el mejor campeón cristiano
para irse a un campo pagano
ponía pie en el estribo.
Y agotaba sus tesoros
un Rey cristiano, para ir
un hermano a combatir,
en pagar huestes de moros;
y no era entre éstos mal visto
que un moro a sueldo tuviera
toda una mesnada entera
de caballeros de Cristo.
Vencedor o derrotado,
el Rey a quien se adhería
el desterrado, salía
con él rico o arruinado;
y así allegaban tesoros
o perdían sus pendones
los desterrados varones,
ya cristianos o ya moros;
y el Rey que les desterraba,
si tan potentes los vía,
que por fuertes los temía
o de ellos necesitaba,
les levantaba el destierro;
y no echaba lo pasado
sobre el Rey ni el desterrado
baldón, mancilla ni yerro.
Hoy fueran estos señores,
que al moro daban ayuda
contra cristianos, sin duda
renegados y traidores;
pero del Cid en la edad
no eran cosas excesivas
éstas, y eran relativas
fe, virtud y lealtad.
Con que el Cid va desterrado
y el Rey sus feudos le embarga:

si el Rey su destierro alarga
él se ha de ver obligado
a vivir por cuenta suya,
y para dar el Cid paga
a su hueste, tal vez haga
algo que en su pro no arguya.
Mas si hace tal, ¡vive Dios!,
que no hacen de ello memoria
la tradición ni la historia,
y no he de ir contra las dos
yo, que autor de estos romances
tengo por mi héroe al Cid,
y debo al grande adalid
sacar bien de malos lances.
Ni él pudo hacer más ni menos
de lo que entonces se hacía,
ni dar de él es cuenta mía
más que resultados buenos;
y como en último, todo
por el éxito se mide,
si él sale bien, ¿quién nos pide
el cómo, el por qué, ni el modo?

X

Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar, por no perturbar la memoria si se dividieran en muchas partes.—Mariana, *Historia de España*, libro IX, cap. XI.

I

El Rey y sus cortesanos,
si no olvidaron al Cid
porque le temían, viéronle
con satisfacción partir;
y un muy poderoso aliado
recibió su envidia ruin
de la infanta de Zamora
en el odio mujeril.
Doña Urraca vino a Burgos
a la Reina a recibir,
y ocupó el puesto de honor
de su boda en el festín.
Instalada en el alcázar
por el Rey, de dirigir
se encargó la casa real
con altivez señoril.
El Rey no la iba a la mano,
y se pudo presumir
que mientras ella pudiera
de su rencor femenil
el veneno de su hermano
en el ánimo inferir,
no correría en la corte
muy buen aire para el Cid.
El Rey con su nueva esposa
pasó medio año feliz,
dando a sus Estados orden
eclesiástico y civil.
Con ayuda de un Concilio
que hizo en Burgos reunir,
en nombre del Papa puso
coto al menos, si no fin,
a la vida escandalosa
del clero, que andaba allí
vago y embarraganado
y enfangado en vicios mil.
Costóle esto en cada diócesis
y parroquia entrar en lid
con feligreses y clérigos,
hechos a tan mal vivir;
tuvo que multar cabildos
y municipios, y en fin,
que leer sendos libelos
e injurias grandes que oír.
Mas aquel Papa Ildebrando,
que de uno a otro confín
de Europa a pueblos y a Reyes
hizo a sus plantas rendir,
no aceptando en este mundo
poder ni ley sobre sí,
sostuvo al Rey, y los clérigos
tuvieron que sucumbir.
Se cambió el misal mozárabe

por el romano en latín,
se marcó en el rito el uso
del alba y sobrepelliz;
comenzaron indulgencias
y reliquias a venir
por la mediación de un Nuncio
de Roma, que empezó allí
de los buenos castellanos
a enviar florín tras florín;
y todos quedaron bien,
y no hubo más que pedir.

Atajáronse los vicios,
comenzó a la gente vil
una justicia severa
y necesaria a regir;
y un año de paz, si no hizo
de Burgos, a fe, un jardín
del Edén, se pudo al menos
tal cual en Burgos vivir.

En todo lo cual no hay duda,
pues a por b y c por i
lo cuenta, y lo copian todos,
el buen don Lucas de Tuy.

Mas al fin del año, el Rey
de Sevilla y el Emir
de Córdoba, so pretexto
de guerrear entre sí,
por las fronteras cristianas
se metieron, el país
talando sin dejar grano
de trigo ni de maíz,
dejando aldeas y pueblos
hechos montones de hollín;
de modo que tuvo Alfonso
contra los dos que salir.

Topó con ellos; mas fué
con suerte tan infeliz,
que hay cronista que barrunta
que empezó ante ellos a huir.

Mas corriendo por acaso
aquellos rumbos el Cid,
sobre ellos dió; uno tras otro
los venció; y con tan sutil
ingenio como lealtad,
hizo a Burgos conducir
a Alvar Fáñez para el Rey
un espléndido botín.

El Rey le aceptó sin ceño,
sin decir ni no ni sí,
y del Cid los enemigos
no supieron qué decir.

Nadie en la corte chistó;
mas no fué entre el pueblo así;
porque con la tosquedad
primitiva e infantil
de aquella edad, empezó
en gritos a prorrumpir,
encendiendo luminarias
con alegría pueril;
con que nadie pudo en Burgos
aquella noche dormir,
por las voces incesantes
de «¡viva el Cid!, ¡gloria al Cid!».
De modo que al otro día
queriendo muchos partir
con el Cid a reunirse,
y al Rey en son de motín
pidiéndoselo, viendo éste
su autoridad en un tris,
el desentendido haciéndose
les dejó sin verles ir.

Mas ni levantó el destierro
al generoso adalid,
ni tuvo para Alvar Fáñez
una palabra gentil.

—

Rayaba el sol; los judíos
Manasés y Benjamín,
que al Cid sobre sus dos arcas
dieron florines diez mil,
dormían sobre unas pajas
allá en el zaquizamí
de un caserón viejo en donde
se juntaba el sanhedrín.

De repente su escalera

vieja sintieron crujir
bajo el pie de un hombre que
llamó a su chiribitil.
La cerradura era lo único
que había de bueno allí;
aunque era un lujo harto inútil
en huronera tan ruin.
Llamó el que subía y dijo
en la puerta al sacudir
con los nudillos: «En nombre
del Cid, no temáis y abrid.»
Alzáronse los judíos
asombrados: y al abrir,
entró Alvar Fáñez diciéndoles
sin ceremonia: «He aquí
los diez mil florines de oro
que al burgalés adalid
Ruy Díaz habéis prestado»;
y en el suelo sin tapiz
tiró dos sacos, no viendo
mueble capaz de sufrir
peso tal; y añadió luego
que los tiró: «Y advertid
que hay unos cuantos de más
como interés mercantil.
Conque en paz y adiós, que tengo
poco tiempo.» —«Pero oíd,
dijo Manasés, cogiéndole
por la capa: ¿os vais de aquí
sin las arcas?» Y Alvar Fáñez
dijo, echándose a reír:
«¡Si no tienen más que piedras
y herraje, que yo cogí
en la capilla que echamos
abajo en casa de Ruy!»
Miráronse los judíos
estupefactos, y al fin
dijo el más viejo: «¡Dios santo!
¿Y si a él le toca morir
y no vencer?» «¿Qué importaba,
dijo Alvar, judío vil,
si estaba bajo las piedras
la fe y palabra del Cid?»

II

Y así pasó el primer año
del destierro de Rodrigo;
doña Jimena, al abrigo
de enclaustramiento extraño,
y en horas de afán prolijas,
viendo a sus hijos crecer,
oraba al Supremo Ser
por el padre de sus hijas.

III

La corte del Rey Alfonso,
en moral no muy severo,
en el dar muy manilargo,
y en el justiciar muy recto,
iba en gala y opulencia
rápidamente creciendo,
y su fama se extendía
de día en día más lejos.
La boda con la francesa
y el haber bajo su cetro
vuelto a unir los cinco Estados
de que su padre hizo reinos;
el apoyo de un Pontífice
de tan indomable genio
y poder tan absoluto
como fué Gregorio Sétimo;
las victorias con que iban
sus Estados en aumento
y del botín de las guerras
contra los moros el cebo,
a Burgos y a su servicio
rápidamente atrajeron
muchos ilustres barones
y príncipes extranjeros,
ganosos de oro y de gloria
y de mostrar sus alientos,
o de saciar su codicia
en batallas y torneos.
De su poder y grandeza
pagado del crecimiento

con su auxilio, le aceptaba
don Alfonso satisfecho,
y salía contra moros,
que siempre falsos e inquietos,
o los tributos negaban,
o guerreaban entre ellos.
Salían con él los príncipes
y barones forasteros,
y le daban y ganaban
con él honor y provechos.
Mas los moros eran muchos,
y Castilla en creces yendo,
y la envidia y el temor
de tal acrecentamiento
levantándola enemigos
y suscitándola émulos,
no bastaba para tantos
del castellano el ejército.

Partió en mil setenta y seis,
a principios de febrero,
contra los de Andalucía
por ver templado el invierno;
mas los moros de Aragón
cuando partirse le vieron,
la frontera de Castilla
entraron a sangre y fuego.
Los campos de Santisteban
dejaron tras de sí yermos,
sin cosechas, sin ganados
y de vivientes desiertos.

El Rey, cuando junto a Córdoba
llegó en mal hora a saberlo,
con el pesar y la ira,
mesóse barba y cabellos;
y juró tomar venganza
tal de Aragón en volviendo,
que no se olvidara de ella
Aragón en mucho tiempo.

Mas le ganó el Cid la mano:
porque a Aragón acudiendo
con grande auxilio de moros
y hueste de aventureros,
que había ido a la zaga
en sus triunfos reuniendo,
cobró la presa y metióse
del moro por los terrenos.
Obligó a rendirle parias
a seis moros reyezuelos,
y se llevó las riquezas
de más de cuarenta pueblos.
Mas olvidando en su gloria
que con el Rey de Toledo
tenía el Rey don Alonso
hecho de por vida asiento,
metióse sin reparar
por el confín de su reino,
y hasta Alcalá llevó el daño
huir a su Jeque haciendo.

Y un día después que a Burgos
llegó don Alfonso Sexto,
llegó Alvar Fáñez, las llaves
de Santisteban trayendo,
las de cuatro villas fuertes
y seis castillos roqueros,
con tres mil cautivos moros,
treinta mulos y camellos
cargados de telas, armas,
plata y valiosos objetos,
y una carta en la que el Cid
decía al Rey no más que esto:
«Aceptad, Rey, esos dones,
y haced cuenta que yo mesmo
desde el destierro que cumplo
de hinojos os los presento.»

Por la ciudad derramándose
los que con Alvar vinieron,
contaron a los de Burgos
del buen Cid los altos hechos;
y tornaron a aclamarle
tumultuados los plebeyos,
celebrando sus victorias
con luminarias y fuegos.

La aura popular del héroe
amenguar se propusieron
los cortesanos; mas no
(por no poder) con el pueblo,

sino con el Rey. «El Cid
más Rey que vos, le dijeron,
rompe con pueblos y reyes
los pactos que habéis vos hecho.»
De su autoridad celoso
el Rey, iracundo y ciego,
al buen Cid mandó esta carta
en vez de agradecimientos:
«Si atendéis que de los brazos
vos alce, atended primero
si no es bien que con los míos
cuide de alzaros al cielo.
Bien estáis afinojado,
que es pavor veros enhiesto;
y asiento es asaz debido
la tierra al hombre soberbio.
Descubierto estáis mejor,
después que se han descubierto
de vuesas altanerías
los mal guisados excesos.
¿En qué os habéis empachado
que desde hace dos inviernos
non vos han visto en las cortes,
puesto que cortes se han fecho?
¿Por qué, siendo cortesano,
traéis la barba y cabello
descompuesto y desviado
como los padres del yermo?
Mas aunque vos lo pregunto,
asaz que bien os entiendo.
Bien conozco vuesas mañas
y el semblante falagüeño.
Querréis decir que cuidando
de mis tierras y pertrechos,
non cuidades de aliñarvos
la barba y cabello luengo.
Atropellasteis mis pactos
con el moro de Toledo,
a quien yo juré alianza
y amistad mientras viviéramos.
Al de Alcalá contrallasteis
mis treguas, paz y conciertos,
bien como si el poder mío
vos estuviera sujeto:
y a los fronterizos moros
diz que tenéis por tan vuestros,
que os adoran como a Dios.
¡Grandes algos habréis de ellos!
Cuando a mis tierras volví
después del fatal suceso
del Rey don Sancho, mi hermano,
por D'Olfos a traición muerto,
besaron mi mano todos
y por Rey me obedecieron:
sólo vos me contrallasteis
tomándome juramento.
En Santa Gadea lo hice
sobre los cuatro Evangelios,
sobre el ballestón de palo
y el gran cerrojo de hierro;
mas a Bellido matarais
si ficiérais como bueno;
que no ha faltado quien dijo
que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro le seguisteis;
y al entrar la puerta adentro,
bien cerca estaba quien dijo
que non osasteis de miedo;
y nunca fueron los míos
tan astutos y mañeros,
que cuidasen que don Sancho
muriese por mis consejos.
Murió porque a Dios le plugo
allá en sus juicios secretos,
quizás porque de mi padre
quebrantó los mandamientos.
Por estos desaguisados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
vos desterré de mis reinos:
y tendré vuesos condados
fasta saber por entero
con acuerdo de juristas
si confiscaros los puedo.
Yo os desterré por un año,
van ya dos y no habéis vuelto;

no volváis hasta que os llame;
pues si volvéis, por San Pedro
y por San Millán os juro
que enforcar os haré luego.»
Estas palabras injustas
escribía Alfonso Sexto,
inducido de envidiosos
al Cid, gloria de su tiempo.

IV

Alvar no leyó esta carta
que el Rey sellada le dió,
mas con ella comprendió
que quiere el Rey que se parta.
Mas él antes de partir
ha resuelto al monasterio
de Cardeña, con misterio,
sin que el Rey lo sepa, ir.
Endosó, pues, un disfraz,
montó un rocín de mal ver,
y ambulante mercader
arribó a Cardeña en paz;
y mientras vil mercancía
vende al vulgo, dió a Jimena,
de oculto en moneda buena,
la suma que el Cid le envía;
pues como todo su haber
le tiene el Rey embargado,
con el botín de soldado
acude él a su mujer.
Y al Rey para no irritar,
que pobre le quiere y deja,
con precaución se maneja
por su mujer al mirar.
He aquí por qué modo extraño
y por qué buen mensajero,
nuevas recibió y dinero
de su marido aquel año.
Y Alvar otra vez partido,
quedó en sus penas prolijas
viendo crecer a sus hijas,
y orando por su marido.

V

Dos años después la Reina
dió a luz una linda infanta,
que yendo y viniendo días,
fué la reina doña Urraca.
Cuarenta después del parto,
domingo por la mañana,
sale a misa de parida,
la Reina doña Constanza.
Los pueblos y Reyes toman
de cualquiera circunstancia
favorable, pie y motivo
para festejos y danzas.
Así que con este fausto,
toda la ciudad es gala,
yerbas y flores sus calles,
colgaduras sus ventanas,
música y vivas su atmósfera;
y sus matutinas auras,
sueltas a vuelo, estremecen
las estruendosas campanas.
El Rey y don Peranzules
y toda la cortesana
turba, sirviendo a la Reina,
a la iglesia la acompañan.
Una montañesa, moza
vigorosa y colorada,
lleva a la infanta en los brazos,
bestia de cría y de carga.
Doña Urraca, a quien diez lustros
de doncellez avinagran,
va en litera sonriendo,
mas febril, doliente y flaca.
El Rey va tan satisfecho
como la Reina galana;
los cortesanos sonríen,
victorea el pueblo y canta;
y del palacio a la iglesia
la real comitiva avanza,
de oro, perlas, seda y plumas,
como ondulante cascada.
Ya del pórtico del templo,

en la comba escalinata,
el Obispo bajo un palio
con su clero le esperaba,
envuelto en la nube móvil
trasparente y aromada,
del humo de áloe y mirra
que diez incensarios lanzan;
y ya iba el Rey con séquito
atravesando la plaza,
cuando un tropel bizarrísimo
salió a interrumpir su marcha.

Sobre un caballo que airoso,
corvetea, bufa y piafa,
y flecos y lambrequines
por el empedrado arrastra,
armado de punta en blanco,
pero sin broquel ni lanza,
hecho un San Miguel venía
Alvar Fáñez de Minaya.
Tras él venía un faraute,
que en un cofre de oro y nácar,
forrado de red de aljófar,
trae dos llaves y una carta.
Tras él vienen treinta esclavos
vestidos a la africana,
con treinta caballos árabes
de la más hermosa raza;
que, encubertados con ricos
paramentos de batalla,
traen treinta alfanjes colgados
en las sillas enmalladas;
y detrás de los caballos
vienen cinco mulas blancas,
con veinte talegos de oro
en monedas acuñadas.

Paróse el Rey contemplando
comitiva tan bizarra,
entre absorto por su lujo
y ofendido por su audacia;
mas despejóse su ceño
al oír estas palabras,
que, echando pie a tierra, díjole
Alvar Fáñez de Minaya.

«Señor Rey, estas dos llaves
son de Alcocer y de Alhama,
y el río Jalón os riega
treinta villas tributarias,
que en esos treinta caballos
os traigo representadas;
y en esas talegas viene
lo que por vuestras os pagan.
El Cid, vuestro buen vasallo
que os las conquistó, me manda
a que os las dé por albricias,
y os saluda en esta carta.»

Sonrió graciosamente
don Alfonso y dijo: «Dádmela,
después la leeré despacio:
llevad vos todo esto a casa
y esperadme, allí hablaremos
de la iglesia a la tornada.»

Y esto dicho y haciendo ánimo
de avanzar el Rey, se echó Alvar
a un lado haciéndole calle:
y mientras el Rey las gradas
subía y a verle al paso
sacaba su cara pálida
la infanta de la litera,
Alvar Fáñez de Minaya
se fué a palacio seguido
del pueblo que le aclamaba.
Y durante los oficios,
a los Reyes y a la infanta
distrajo el pueblo, que al Cid
daba vivas en la plaza.

VI

Al mediodía en palacio,
el Rey de vuelta del templo
estaba a solas con Alvar,
del Cid la carta leyendo;
y unas veces sonreía,
y otras enarcaba el ceño,
según la impresión que hacían
sus renglones, que eran éstos:

«Señor, dado os he dos años
para que tuvierais tiempo
de reflexionar, y en calma
leyerais lo que os contesto.
Téngovos de replicar
y de contrallarvos tengo,
que no han pavor los valientes
ni los no culpados miedo.
Si finca muerta la honra
a manos de los denuestos,
menos mal será enforcarme
que el mal que me hacéis con ellos.
Yo seré en tierra homildoso:
mas ved bien que no os ofendo
si teniendo los mis brazos
cuido alzarme sin los vuestros.
Dos vegadas hubo cortes
desde antaño, por invierno,
mas un año me impusisteis
y yo cuatro me destierro.
En León ficisteis cortes;
y yo los campos corriendo
fazañas fice, y desfice
de los moros los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
non lo que fica primero;
y es mal juzgador quien juzga
sin mirar todo el proceso.
Folgad, señor, que los moros
respeten mis fechos buenos,
que si no me los respetan
non vos guardarán respetos.
Asaz me parecéis blando,
pues que de tiempo tan luengo
de apretarvos en la jura
vos duele el escocimiento.
Porque os apreté allí mucho,
os saqué de aquel aprieto,
y no quedó en vuestra honra
por mí ningún cabo suelto.
Mentirá quien me achacase
que hube en lo de D'Olfos tuerto;
pues a más que sin espuelas
cabalgué por prisa y yerro,
consta a todos lo que fice
en su fuga y en el reto.
Mas siempre vencen falsías
la fe de los nobles pechos:
y pues gasté mis haberes,
en prez y servicio vueso,
y de lo que voy ganando
os hago señor y dueño,
nada me confiscaredes
vos, ni vuesos consejeros;
pues mal podredes tollerme
faciendas que no poseo.
De hoy más seré facendoso:
pero de vos cerca o lejos,
aunque para mí me gane
nunca para vos me pierdo.
En prueba os mando las llaves,
los tributos y los pechos
de las tierras que conquisto
para vos y por vos tengo.
Vos me habedes desterrado,
movido, según entiendo,
de envidiosos o cobardes,
por escuchar los consejos.
No tornaré a vuestra corte:
mas, por Dios, que con mis fechos
os iréis de sus falacias
y mi lealtad convenciendo.
Tenedme, pues, mis condados,
confiscadme vos mis feudos,
idme vos quitando haciendas...
yo os iré ganando pueblos:
y a este paso, Rey Alfonso,
fío en Dios que acabaremos,
vos por hacerme justicia,
o yo por vos en ser muerto.»

Esto escribía, atrevido,
el noble Cid, respondiendo
a las querellas injustas
del Rey don Alfonso Sexto.

Al concluir de leer
dijo el Rey a Alvar: «Soberbio

me escribe aún: mas su escrito
no quita a sus obras mérito.
Decidle que no le llamo
ni le levanto el destierro,
porque no cobren los moros
con su retirada aliento.
Que le serán a Jimena
todos sus bienes devueltos,
y que del tiempo pasado
ni se acuerde, ni me acuerdo.»
No le satisfizo mucho
a Alvar de Minaya esto;
mas el Rey no pasó a más,
y se contentó con ello.

VII

Y yendo a Jimena a ver,
tal noticia la fué a dar;
pero la santa mujer
no quiso a Burgos volver,
ni sus haciendas cobrar.
En vano con sutileza
la arguyó Alvar: sus razones
escuchó ella con tristeza
y desechó con firmeza
del Rey las proposiciones.
«Que el Rey me ponga en olvido,
dijo: y hacedle saber
que, en destierro mantenido
el Cid, no irá su mujer
donde no está su marido.
»Que al Rey desplazca o le cuadre,
yo apoyo en bases muy fijas
mi deber de esposa y madre:
de aquí no saldrán mis hijas
si no las saca su padre.»
Y aquella mujer modelo
de amor y fe conyugal,
sobre su faz echó el velo
y a amparo siguió del cielo
en la soledad claustral.

—

Y el Rey, ya fuese ofendido
de aquella repulsa audaz,
o contento de poder
tal pretexto aprovechar
para no cumplir su oferta
y ser con el Cid leal,
ni la devolvió sus feudos,
ni volvió al Cid a mentar.
Alvar Fáñez, que era hombre
expertísimo y sagaz,
que la corte conocía
y que sabía sondar
el ruin corazón humano,
viendo una conducta tal,
vió bien que era con el Cid
el Rey ingrato y falaz,
y que dominaba en Burgos
una influencia fatal
que no dejaría al Cid
volver a Burgos jamás.
Mas Alvar Fáñez, que sonda
el porvenir, perspicaz,
y que conoce del pueblo
español la calidad,
dijo para su conciencia:
«Rey don Alfonso, mal vas;
lo que el Rey niegue a su héroe
su pueblo se lo ha de dar,
y si tu pueblo del Cid
en hacer su ídolo da,
los siglos vendrán estrechos
a su gloria popular.»

—

Cuestión de España; el que vale
tiene en vida tal vez pan
si se lo gana; y es, muerto,
una gloria nacional.

VIII

Murió el buen Aly Maimón:
sucedióle su hijo Hisén:

y surgió, no sé por quién
provocada esta cuestión:
«Muerto el padre, que en su tierra
a don Alfonso amparó,
¿puede Alfonso, sí o no,
al Rey Hisen mover guerra?»
Tiene Alfonso grande afán
por conquistar a Toledo;
los moros siempre con miedo
de que lo pretenda están:
y creen con superstición
que si lo llega a emprender,
debe realizarlo y ser
cumplida una predicción.
Mas siendo Hisén un Rey bueno
y habiendo amistad pedido,
hubiera una infamia sido
romper con el agareno.
Y dijo el Rey: «Es cuestión
fuera de tiempo y lugar;
yo tengo que respetar
al hijo de Aly Maimón.»
Y cumplió el Rey satisfecho
su deber sin pesadumbre:
mas la cuestión es ya lumbre
que arde, y el fuego está hecho.
Al fin del año murió
Hisén: su hermano Abd-al-wil,
hombre feroz, cruel y vil,
al trono tras él subió;
y no curando de hacer
paz ni amistad con Castilla,
gobernando con mancilla
y haciéndose aborrecer,
volvió a surgir la cuestión
bajo esta faz: ¿A Abd-al-wil,
siendo un tirano tan vil
aunque hijo de Aly Maimón,
puede mover el Rey guerra?,
y dijo el Rey: «Solamente
si me pidiera su gente
contra él que entrara en su tierra»:
y aquí varió la cuestión
y se volvió a preguntar:
«¿Se puede o no provocar
semejante petición?»
Nada esta vez el Rey dijo;
mas dicen que un cortesano
dijo: «Siendo él tan tirano,
os lo pedirán de fijo.»
Un año después vinieron
a Burgos amedrentados
dos moros, que disfrazados
de Toledo huir pudieron;
y revelando las mil
infamias de aquel mal Rey,
dijeron: «Por fuerza o ley
hay que echar de allí a Abd-al-wil»;
y gentes de autoridad
y poder los toledanos,
la cuestión los castellanos
plantearon en puridad
preguntando: «Si el Rey entra
por la tierra toledana
¿qué recibimiento encuentra
entre la grey musulmana?»
Los moros, a esta pregunta,
interrumpieron la plática:
y que se hizo diplomática
la cuestión se me barrunta,
porque seis meses después
una comisión entera
pidió al Rey que se metiera
por sus tierras a través;
y dijo: «Excepto la chusma
fanática e inconsciente,
está ya toda la gente
para aguardarte a la husma.»
Y yo ignoro cómo fué,
mas se acaba la cuestión;
a este hijo de Aly Maimón
nadie le debía fe.
El Rey levantó banderas
contra él, alistando gente
no en sus tierras solamente
sino en tierras extranjeras;

y al eco de sus clarines,
a sus huestes acudieron
mil héroes que vinieron
de los más luengos confines;
y aluvión de hierro y mallas,
como catorce nublados
lanzó catorce batallas
de valerosos soldados
por los campos de Toledo,
y ante ellos los berberiscos
por valles, llanos y riscos
huían blancos de miedo.
Luego el Rey de Badajoz,
el de Córdoba y Sevilla
a atajar al de Castilla
acudió a cual más veloz:
pero era su hueste tal,
que con ímpetu pujante
se los llevó por delante
y lo pasaron muy mal.
Huyeron; se adelantó
don Alfonso hasta la vega
que el Tajo estruendoso riega
y vista a Toledo dió:
pero fuerte y enrocada,
Abd-al-wil bien pertrechado
y el invierno adelantando,
emprendió el Rey la tornada.
Dejó yermas las campiñas
y desiertos los lugares;
sin rama los olivares
y sin vástagos las viñas.
Pasando como un torrente
y dejando tras sí el llanto,
la miseria y el espanto,
dijo: «¡Hasta el año siguiente!»
Tal era entonces la guerra:
tal es lo que llama gloria
el mundo hasta hoy: tal la historia
de nuestra española tierra.

—

Y aquí entro yo en la cuestión:
Abd-al-wil era un tirano;
es verdad: mas en razón
entremos: ¿su sinrazón
daba razón al cristiano?
¿Era o no era el toledano
un hijo de Aly Maimón?
¿Qué era, pues, el castellano?
Sigamos la narración.

—

Volvía a Burgos triunfante
y persuadido el monarca
de que lo puede y lo abarca
todo de allí en adelante.
Y en esta fe y persuasión
otros viviendo sin duda,
llegó a demandarle ayuda
un moro de otra cuestión.
A Adofir, señor de Grados,
una zalagarda mala
le armó el feroz Almofala
y le quitó sus Estados.
Acudió al Rey Adofir
contra Almofala: y el Rey,
un medio de buena ley
sus triunfos para seguir
ver creyendo en tal demanda,
le acogió benevolente,
y echándole de su gente
delante, le dijo: «Anda.»
Echó el moro y guió a Grados;
mas Almofala, hombre fiero,
Grados muy fuerte y entero
y sus moros muy bragados,
detuvo ante él más de un mes
al Rey, que al fin comprendía
que el tiempo que allí perdía
le iba a hacer falta después.
Vió que iba a ser gran desdoro
tras del triunfo de Toledo
cejar, dejándole ledo,
ante un reyezuelo moro:
vió que por un compromiso
sin previsión aceptado,

iba o nada o demasiado
hacer allí a ser preciso:
y buscando un adalid
que por su honor lidie y venza,
pensó, tal vez con vergüenza,
la vez primera en el Cid.
Mas recordando lo dicho
por el Cid al desterrarse,
y temiendo que emperrarse
le ocurriera en tal capricho,
le escribió así: «A mi presencia
ven; y haz cuenta que te llamo
tres veces, y que reclamo
como tu Rey tu asistencia.»
Vino el Cid: por él quedó
sobre Grados: y en un mes
dió con Grados a través
y al Rey Almofala envió
amarrado en un rocín,
para que el Rey de él hiciera
lo que más le conviniera
lo mismo que del botín.
¡Gran triunfo! ¡Gran lealtad!
¡Grande alegría en Castilla!
El Cid es la maravilla
de su patria y de su edad.
Es el primer adalid
de España, el terror del moro:
y es de Castilla desdoro
que no entre en Burgos el Cid.
El pueblo le pide a gritos,
los cortesanos le aclaman,
los soberanos le llaman,
¡y horros todos!, ¡todos quitos!
¡Viva el Cid!, gritan ufanos
los nobles y los villanos
los grandes y los chiquitos.

IX

En aquel mismo palacio
donde ha ya más de años veinte
que al Rey don Fernando el Cid
presentó sus cinco Reyes;
y en aquel mismo salón
donde a sus cortes presente,
contra Roma y Alemania
alzó el Cid su voz valiente,
el Rey don Alfonso Sexto
al Cid a su gracia vuelve,
y en sus brazos le recibe
agradecido y alegre.
El pueblo que, ebrio de gozo
por el alcázar se mete,
atropellando sus guardias
y sin respeto a sus Reyes,
para ver y victorear
y bendecir a su héroe,
al custodio de la patria,
al ídolo que enaltece,
presencia la noble escena
y en entusiasmo se enciende
viendo al Rey que al Cid abraza
de esta manera diciéndole:
«Ceñid los brazos al cuello
del Rey que asaz bien os quiere,
por ser brazos de tal home
que el mundo otro par no tiene.
»Non excuséis de abrazarme:
que brazo de home tan fuerte
desentollesen mis tierras
y las de moros tollescen.
»Facedlo, que bien podéis,
e cuidad non me manchedes,
que aún finca en las vuesas armas
la sangre mora reciente.
»No atendáis tuertos que os fice,
pues en tan buen fin fenecen;
que un home a quien Reyes sirven,
a mí servirme no debe.
»Si vos desterré, Rodrigo,
fué porque a moros que crecen
desterréis de mis fronteras
y alto vuesos hechos vuelen.
»No os eché yo de mi reino
por falsos que vos mal quieren,

mas porque en tierras ajenas
por vos mi poder se muestre.
»De Alvar Fáñez, vuestro primo,
recibí vuesos presentes
no en feudo vueso, Rodrigo,
sino como de parientes.
»Las banderas que ganasteis
a los árabes de allende,
por mandadería vuesa
en Cardeña las pondredes.
»La vuesa Jimena Gómez,
que tanto vos quiso siempre,
porque la he desmaridado
ponerme pleitos pretende.
»No escuchéis, Cid, sus querellas
cuando a mí las enderece,
que a quien las toma el marido
no perdonan las mujeres.
»Andad a verla a Cardeña,
que pienso que allí os atiende
más ganosa allí de veros
que vos a mí aquí de verme.
»Andad, y desenojadla
porque no ansíe mi muerte,
creyendo mal que de mí
la dijeran malquerientes.
»Id y a volver preparaos
al campo, porque sabedes
que los valientes y el hierro
con la quietud se enmohecen.
»Id, y prendedme los brazos
otra vez: que bien merecen
prenderse a su Rey en paz
los que cinco en guerra prenden.»
Esto dice el Rey al Cid
a quien abrazado tiene;
y el pueblo prorrumpe en gritos
tan desaforadamente
y aplaude con tal estrépito,
que del alcázar parece
que el pavimento se hunde
y el techo abajo se viene.

Alvar Fáñez, que sagaz
está en todo, a todo atiende,
todo lo observa y lo pesa
y vueltas lo da en la mente;
Alvar, que sabe que el habla
servir en el mundo suele
para con lo que se dice
ocultar lo que se siente,
comprendió bien que la corte
al Cid más que admira teme,
y al popular entusiasmo
y no a su entusiasmo cede.
Mas Alvar que al Cid conoce,
y a la infanta y a los Reyes,
y a la corte de Castilla,
y de Burgos a la gente,
de tal recepción durante
la ceremonia solemne,
lo estaba todo observando
en sus adentros diciéndose:
«¡Bah!, los hombres y los ríos
todo es que cojan corriente;
que en cogiéndola, ya sólo
Dios o el diablo los detiene.
Ya el Cid va corriente abajo;
si por medio no se meten
Dios o el diablo, la carrera
ni Rey ni Roque le tuercen.»

X

De palacio el Cid Ruy Díaz
salió en triunfo como entró,
como el héroe de Castilla
y en ella sin superior.
En premio y en desagravio,
el Rey por juro le dió
a Bribiesca y a Escalona,
a Berlanga y a Muñón.
El Cid tiene satisfechos
ya su orgullo y su valor:
nadia hay ya que no le tenga
o miedo o admiración;

y con lo que el Rey le ha dado
y lo que él en lid ganó,
no hay ya sobre él más que el Rey.
Mas de Alvar la apreciación
era exacta: el Rey tenía
más que entusiasmo temor,
y el Rey, ni entonces ni nunca,
leal con el Cid obró.
El Cid no volvió a la corte,
ni de su Rey al favor,
por más que ante ella el Rey, falso,
de favores le colmó.
El Rey le dijo: «tú eres
de Castilla el Campeador;
ve por Castilla a campear:
tus feudos guardaré yo:
y pues de Castilla el héroe
eres, sólo a condición
de no dejar de campear
de Castilla un día en pro.»
Y el Cid, después de a Cardeña
que volver tiene a Aragón,
donde campean los moros
o su Rey cuando ellos no.
Esto, según pensaba Alvar,
era ir de la suerte en pos;
porque cuanta más corriente
hombres y ríos, mejor.
Mas como en la vida humana
todo lo compensa Dios,
y no ser feliz en ella
es humana condición,
Dios a este astro sin mancilla,
que en la historia es casi un sol,
a este rey incoronado,
a este inmarchito florón
de las crónicas de España,
con las espinas que no
le ciñó la frente, quiso
coronarle el corazón.
Dios es justo; sus pecados
de su edad fueron error;
pecó por no saber más,
es verdad: pero pecó.
Y así como sus virtudes
no dejó sin galardón,
su pecado sin castigo
no dejó tampoco Dios.

XI

Con bélica comitiva
aun para un Rey no pequeña,
corre el Cid con ansia viva
la senda que monte arriba
va de Burgos a Cardeña.
Ya avista sus capiteles,
ya ve en su puerta y ventanas
su blasón de seis cuarteles,
y oye que sus monjes fieles
le volean las campanas.
Ya al atrio que salen ve
su esposa y sus hijas, que
le esperan con hondo afán,
y a los monjes que de pie
tras ellas y en torno están.
Su bizarro hijo don Diego,
a quien su padre el Cid dió
un corcel que ardiente y ciego
parece que alienta fuego,
fué el primero que llegó;
y en grupo que huye al pincel
y a la pluma, con su madre
y hermanas quedó el doncel
hasta que fué a unir a él
su gran figura su padre;
y nunca el arte pagano
pudo ni en su Laocón
crear grupo tan galano;
porque el grupo castellano
tenía fe y corazón.
Dos chispas con que el cristiano
da vida a su creación:
que no cupieron en don

al arte griego y romano
en su fría inspiración.
Lloró el Cid cuando Jimena
y sus hijos le abrazaron.
Basta· porque de una escena
de éstas jamás copia buena
pluma ni pincel sacaron.
De piedad cristiana ejemplo
marido y mujer, en pos
llevándose de los dos
sus tres hijos, en el templo
entraron a orar a Dios.
Él de sus padres difuntos
lloró ante la sepultura;
y ella al recordar los puntos
de su muerte, les vió juntos
del firmamento en la altura.
Cuando tan santo deber
juzgaron cumplido haber
como debían, contentos
del claustro a sus aposentos
fueron marido y mujer.

XII

Aquella noche sus cuentas
con el Abad ajustó
el buen Cid, y aseguró
a Cardeña grandes rentas.
Dió a los monjes gracias mil
por la guarda de su honor,
y presentes de valor
con largueza muy gentil.
Y concluyendo de hacer
con los monjes y Jimena
y sus hijos sobria cena,
se fueron a recoger.
Entonces en su aposento
antes de irse a reposar,
a solas a platicar
se pusieron un momento.
Era la primera vez
que el Cid a dormir tranquilo
iba en aquel santo asilo:
¡y ya era tiempo, pardiez!,
pues más de veinte años ha
que la guerra por hacer,
no estuvo con su mujer
tan libre como ahora está:
y desde su edad primera,
no habían tenido ocasión
de abrirse su corazón
con satisfacción entera.
Así que libre de todo
cuidado y del mundo ajeno,
entró el Cid de gozo lleno
en plática de este modo:
«Al fin, Jimena de mi alma,
nos torna Dios a juntar,
y al fin podemos gozar
unos momentos de calma.
No te hablaré de mi amor
ni me hables tú a mí del tuyo:
pues no hubo, a lo que yo arguyo,
otro que el nuestro mayor.
¡Qué pesares tan prolijos,
qué ausencias nos le han probado!
Mas no hablemos del pasado:
hablemos de nuestros hijos.»
Jimena palideció
y se nublaron sus ojos.
«¿Qué te da miedo o enojos
ahora?»—él la preguntó—.
«Nada, Rodrigo», dijo ella.
«Algo, por Dios, te apesara,
pues veo impresa en tu cara
de oculto pesar la huella.
Como marido y mujer
que nos podamos echar
algo en rostro, ni pensar
me ocurre, ni puede ser.
Tú y yo por el cómo y cuándo
y por qué casado habemos,
ejemplo que dar tenemos
al mundo, y lo estamos dando.
Ni hay que dudar, ni yo dudo

de ti, ni nadie es posible
que piense tal imposible;
conque de argumento mudo.
Cuando a los hijos nombré,
la color te se mudó.
¿Son malas mis hijas?

JIMENA. No.
EL CID. ¿Os faltó alguno?
JIM. No a fe.
EL CID. Si alguien osó, claro dilo:
aunque el mismo Rey sido haya,
que él nunca se tiene a raya
y tengo el alma en un hilo.
JIM. Nadie osó, Rey ni vasallo,
ni osara jamás, Rodrigo.
EL CID. Es que el Rey...
JIM. Que no, te digo:
mi palabra basta.
EL CID. Callo.
Mas roe tu corazón
pesar oculto, y yo creo
que por los hijos: lo veo
y estas penas de ambos son.
¿Mal te ha parecido Diego?
JIM. ¡Mi hijo parecerme mal!
EL CID. Es un mancebo cabal.
JIM. Me enorgullece.
EL CID. ¿Pues luego
qué te inquieta, qué te apena
por el hijo o por las hijas?
¡Los ojos en tierra fijas!
Habla: ¿qué tienes, Jimena?
JIM. Nada.
EL CID. ¿Un secreto conmigo?
JIM. Es una superstición.
EL CID. Mas ¿tiene alguna razón?
JIM. Para mí sí, mi Rodrigo.
EL CID.. Pues habla: que cuando a
llega la aprensión más leve, [haber
ser comunicada debe
entre marido y mujer.

JIM. Ya te he dicho que no es más
que una ruin superstición.
EL CID. Di lo que es en conclusión.
JIM. Acaso a ofenderte vas.
EL CID. ¡Angel de mi hogar!, ¿qué
haber en ti que me ofenda? [puede
Explícate: que comprenda
tu aprensión, y entre ambos quede.
¿Qué temes?
JIM. Tan sólo a Dios.
EL CID. Mas, ¿por qué por nuestros
temes a Dios? [hijos
JIM. Porque fijos
sus ojos de ellos en pos
deben de estar y... perdona,
Ruy; yo te amo, te venero:
mas Dios juzga justiciero.
EL CID. Mas a los justos abona.
¿Qué tiene que hacer de Dios
con mis hijos la justicia?
JIM. ¡Ojalá sea propicia
con los hijos de los dos!
EL CID. Jimena, me estás abriendo
ante la mente un abismo,
que lucho conmigo mismo
por no entender que comprendo.
JIM. Perdóname, Ruy; perdona
mi superstición: mas temo
que hay algo ante el Ser Supremo
que en su ley no nos abona.
El delito de los padres...
EL CID. Yo al tuyo...
JIM. ¡No lo recuerdes!
EL CID. ¡El juicio creo que pierdes!
JIM. ¡El alma no me taladres!
EL CID. Tú sabes cómo y por qué:
la ley y el honor me abonan.
JIM. La ley y el honor perdonan
aquí..., pero Dios, no sé.
EL CID. ¡Jimena!
JIM. Yo quise en mí
mi creencia sepultar;

tú me mandastes hablar:
tú mandas: yo obedecí.
Ya sabes, pues, mi Rodrigo,
cuál es la superstición
que roe mi corazón.
Y yo la parto contigo.

EL CID. Razón no tiene, a mi ver:
mas tú eres, mujer, tan santa,
que desde hoy al Cid le espanta
lo que espanta a su mujer.
Mas quédese entre los dos;
nunca más nos lo digamos.
Jimena, es tarde: durmamos:
déjalo en manos de Dios.

—

Es disposición divina:
toda humana criatura
sobre la tierra camina
royendo alguna amargura,
u ocultando alguna espina.
Misterios de la existencia,
poder de la fe, influencia
de la educación..., ¿quién sabe?,
no hay quien por llevar no acabe
un gusano en la conciencia.
Y el que más crece y se eleva,
aquel venturoso al cual
no hay ya poder que se atreva...
ese es quien al cuello lleva
más apretado el dogal.

—

Vuelve el Rey sobre Toledo
y el Cid se vuelve a Aragón:
y el Cid... (hablemos muy quedo)
por primera vez el miedo
percibe en su corazón.
A Aragón lleva Rodrigo
su hijo don Diego a la lid:
Jimena queda al abrigo
del claustro, y guarda consigo
a las dos hijas del Cid.

XI

I

La Condesa de Carrión
dió a luz dos hijos gemelos
y a Dios el alma al parirlos:
quince años hacía de esto.
La condesa parió tarde;
el conde, que ella más viejo,
viendo crecer a sus hijos
rayaba casi en decrépito:
mas hombre que había cuidado
no más que de sí viviendo,
iba a cumplir ochenta años
robusto y sano de cuerpo.
Este conde de Carrión,
sus padres y sus abuelos,
no habían tenido nunca
más afán que el del dinero;
y por juntarle y doblarle,
nunca mientes habían puesto
ni en las glorias de la patria,
ni en las guerras de su tiempo.
Tan aislados de la corte
como esquivos con el pueblo,
vivieron encastillados
cual judíos avarientos.
Tenían en subterráneos,
cuevas y silos secretos,
todo su oro, y lo aumentaban
con logrerías y préstamos.
El Rey Fernando, su hijo
don Sancho, los caballeros
más ilustres de Castilla
y hasta don Alfonso mesmo,
para sostener su hueste,
sus mesnadas o su ejército
en campaña, muchas veces
a sus arcas acudieron.
El conde actual, secundado
por un viejecillo enteco
y apergaminado, que es

su agente y su consejero,
hacía grandes ganancias
procuradas en silencio
por aquel grande *agibilibus*,
en cálculos gran maestro.
Hombre con vista de lince,
con olfato de sabueso,
como anguila escurridizo
y como raposa diestro,
por cualquier puerta pasaba,
cabía en cualquiera hueco,
llegaba a cualquier altura
a cualquier trato dispuesto.
Con ribetes de retórico,
de astrólogo y leguleyo,
y en Carrión, según los casos,
hombre de curia y comercio,
era en Carrión el *factotum;*
y a sus ignaros plebeyos,
según el caso, servía
de agente, escribano y médico.
Él va y viene por el conde,
tal vez cerca, tal vez lejos;
de día, de noche, a pie,
en mula, solo o con séquito.
A veces desaparece
un día o un mes entero;
y a veces en un tenducho
que tiene en la plaza abierto,
bodega, almacén, oficio,
cueva y casa, en que revuelto
tiene algo de todo, pasa
toda una estación expuesto.
Allí recibe, consulta,
compra, vende, da remedios,
escribe, cambia monedas
y acepta prendas a empeño:
fía a las mujeres, presta
semillas a los labriegos,
y se aviene al cobro siempre,
sin ser a nadie molesto.
Este ser, a quien se llama
en Carrión Maese Luengo,
sin que nadie sepa de él
ni patria ni nacimiento,
ni si lleva nombre tal
por apodo u abolengo,
es del avariento conde
un *tuautem* mefistofélico.
Este hombre tiene sus cuentas
y de su casa el gobierno,
recibiendo de él lo que hoy
se llama tanto por ciento;
sin que le haya puesto el conde
jamás sobre sus derechos
cuestión, ni en sus cuentas nunca
el reparo más pequeño.
El conde, cuando sus hijos
año tras año crecieron,
se los fió, cual le había
fiado su oro y secretos.
Y el conde con todo el mundo
avaro como un hebreo,
era con él generoso
y con sus hijos espléndido.
Espléndido y generoso,
bien entendido, respecto
de su ruindad y avaricia
de los hombres con el resto.
Su esplendidez con los hijos
llegó hasta darles dos perros,
dos halcones y dos flacos
asturianos caballejos.
Cuanto a Maese pedían
para reteles, anzuelos,
trampas y hurones, Maese
se lo procuraba luego.
En suma, lo que hoy haría
cualquier ricacho hidalguejo
de Carrión, hacían él
y el conde con los mozuelos:
y eran éstos lo que hoy
serían, ni más ni menos,
los de un viejo ex mayorazgo
de Alcorcón o Ciempozuelos.
Mas poco después que Alfonso

se tornara de Toledo
y antes que, jurando en Burgos,
se llamara Alfonso Sexto,
del viejo conde cambiaron
casa, negocios y genio,
a causa de un imprevisto
y extraño acontecimiento.
En mil y setenta y dos
se estableció en los terrenos
de Carrión un peregrino:
el cual, con permiso previo
del conde, hizo su morada
de un torreoncillo viejo,
en santuario convertido
en el picacho de un cerro.
El viejo conde, que nunca
pensó bien de un forastero,
el peregrino a Maese
encomendó un poco inquieto.
Fué y vino y tornó Maese
desde Carrión al cerruelo,
desde el cerruelo a Carrión
y volvió, al fin, satisfecho.
El solitario era un hombre
inofensivo; sincero
cristiano, a quien por un áspero
confesor hecho muy crédulo
y escrupuloso, traían
a buscar en el desierto
paz para el alma intranquila
su fe y arrepentimiento.
Dos años de penitencia
habíanle sido impuestos
en la soledad de un monte
por el Obispo de Oviedo,
y él a cumplirla venía
en lugar del suyo lejos,
donde sus cuentas, incógnito,
pudiera hacer con el cielo,
y parecía hombre noble
y a comodidades hecho:
tal dijo maese al conde,
creyéralo o no creyéralo.

Maese y el solitario
entrando en conocimiento,
fueron trabando amistad
e intimando; y año y medio
del conde con beneplácito,
vivió en la ermita el romero,
llegando a ser la amistad
de él y maese un misterio.
Y un día fué a verle el conde:
muchos iban los mancebos
a oírle contar leyendas,
de las que sabía cientos.
Y un día fué él al castillo;
y al cabo costumbre haciendo,
y necesidad tornándose
la costumbre, concluyeron
del romero en el castillo
por necesitar: cediendo
a la influencia que ejerce
el que es más sobre el que es menos.
El ermitaño era un hombre
de mundo y de buen consejo,
cuya condición mostraban
sus alzados pensamientos;
y aunque a su nombre y su historia
jamás había alzado el velo,
su traza es de buen cristiano
y su aire de caballero.
Poco a poco del buen conde
se fué en la casa ingiriendo;
viéndolo el mismo maese
y aun ayudándole a ello.
Y un día..., una noche de esas
de nevada y ventisqueo
que pasaban en Carrión
los cinco al amor del fuego,
hizo al conde el peregrino
este discurso discreto,
exponiendo sus ideas
con aire franco e ingenuo:
«Señor conde, antes que torne
al mundo, al que deber tengo
de volver, mi penitencia

cumplida, que será presto,
os diré como cristiano
e hijodalgo lo que siento.
»La vuestra es raza de halcones
no de buhos, ni mochuelos:
vuestros hijos tienen alas
y deben alzar su vuelo
a una región en que cacen
águilas y no vencejos.
Según lo que a catorce años
fuertes y ágiles les veo,
ya de que monten caballos
y empuñen lanzas es tiempo.
Con ejercicio en las armas
y trato de mundo, pienso
que pueden dar a Castilla
honor y a su padre nietos.
Yo, que bajo esta esclavina
soy otro del que parezco,
y antes de endosar este hábito
calcé espuela y blandí acero,
antes de volver al mundo,
si no os ofende, me ofrezco
a enseñarles de las armas
y del caballo el manejo:
que aunque para mí más logra
que las armas el ingenio,
aun para ir de éste por rumbos
saber de aquéllas es bueno.
Y como conozco todos
los linajes solariegos
de Castilla, de Aragón
y demás cristianos reinos,
os haré de ricas hembras
casaderas un recuento,
con dos de las cuales llegue
a ser Carrión casi un reino.
Dos mozos que son tan nobles
y tan ricos y tan recios,
hasta a las hijas del Cid
a aspirar tienen derecho.»
Dijo el penitente: el conde
calló y frunció el entrecejo,
y a los muchachos los ojos
les chispearon de contento.
El cómo fué no se sabe,
ni importa mucho saberlo:
el caso es que al fin del año
el cambio era tan completo
en Carrión, que ya en justar
eran los muchachos diestros,
y había armería y cuadras
y hueste de Carrión dentro.

—

El año de mil y ochenta,
el primero en que a Toledo
taló el Rey, murió maese
de un modo extraño y horrendo.
Fué a Burgos y no volvió;
al pie de un despeñadero
en el fondo de un barranco
se halló su tronco sangriento.
¿Cayó en él o en él le echaron?
Jamás se supo: sus restos,
presa de cuervos y lobos,
reconocerse pudieron
por sus ropas y sus cuentas
que se encontraron en ellos:
y el conde al sentir tal pérdida
se alegró de tal encuentro.
Mas no tuvo gran lugar
de echarle mucho de menos,
porque el incógnito, al punto,
supliólo y tomó su puesto.
Y hecho él del conde a las cuentas
y el conde de él a los cuentos,
nadie se quejó del cambio
y allí se quedó el romero.

—

Al año siguiente el conde,
según consta en documentos
perdidos ya, pidió al Rey
un extraño privilegio:
y fué doblar su condado

de Carrión en sus gemelos,
es decir, crear dos condes
de igual título y derechos.
El Rey, que segunda vez
iba a dar tala a Toledo
y que ya debía al conde
desde tiempo atrás dineros,
pensó..., ¿quién sabe si fué
suyo o no tal pensamiento?,
darse por quito del oro
a cuenta del privilegio.
Y se le otorgó: a los condes
homónimos previniendo
que con él se apersonaran
en la corte para verlos.

Vinieron acompañados
de un ayo: el mismo romero
en hábito penitente
encapuzado y envuelto.
En la corte un poco toscos
los muchachos parecieron,
y el ayo con quien venían
asaz raro compañero;
mas pasaron por galanes
por ser ricos como Cresos,
y nadie faltó del ayo
del hábito al miramiento.
El Rey, a quien importaba
no entrar en cuentas ni en cuentos
con su padre, a los dos mozos
otorgó cuanto pidieron;
y entraron, según el conde
manifestaba deseos,
de doña Urraca por pajes
y a su merced se pusieron.
Acostumbráronse pronto
en el alcázar a verlos
sin extrañeza, de tantas
extrañas gentes en medio.
De los condes de Carrión
tal fué el extraño comienzo;
aunque lo calla la historia
y hay quien lo tiene por cuento.

II

Don Alfonso, por su suerte,
de sus hermanos por muerte
y por su ingenio y valor,
de España era el Rey más fuerte
y aspiraba a Emperador.

Fué extraña excentricidad:
los Reyes conquistadores
de aquella revuelta edad,
tuvieron debilidad
por hacer de Emperadores.

Siendo Toledo el Estado
moslémico más antiguo
a los godos conquistado
y por los moros guardado
a Castilla más contiguo,

don Alfonso comprendió
que si a Toledo ganaba,
de cuanto el moro ganó
desde que en España entró,
lo mejor le arrebataba.

Cabeza Toledo siendo
del imperio moslemín,
al moro en la frente hiriendo,
va a ser golpe tan tremendo
el principio de su fin.

¡Gloriosa era tal proeza!
Después de conquista tal,
con tal gloria y tal riqueza
bien podría a su cabeza
ceñir diadema imperial.

Y atropellando por todo,
sobre Toledo se fué:
y tiempo ha que sabe el modo
de poner del reino godo
en la capital el pie.

Y con fuerza y con amaños
la atacó y la corrompió,
y la taló por seis años;
y al cabo de inmensos daños
el séptimo la sitió.

¡Gran tempestad se levanta!,

árabes y castellanos
predican la guerra santa:
la gente que se arma espanta
entre árabes y cristianos.

¡Ay de la Toledo mora!,
ya suena su última hora,
el Rey se entra a sangre y fuego
por su tierra do va ahora
de poder y ambición ciego.

Cuanto célebre en valor
y en nobleza hay en Europa,
lleva Alfonso en su redor:
toda Europa da favor
a su empresa y a su tropa.

A más de sus leoneses,
gallegos y castellanos,
lleva el Rey aragoneses,
alemanes y franceses,
borgoñones e italianos.

Tanto su empresa se aprecia,
que no hay Rey que no le acuda
con oro o con mano recia:
y hasta fueron en su ayuda
los Paleólogos de Grecia.

Los Reyes de Badajoz,
de Córdoba y de Sevilla
acudieron a una voz;
mas como el rayo veloz
los arrolló el de Castilla.

¡No hay remedio para ti,
capital mahometana!
Dios te quiere para sí;
tu mezquita marroquí
será catedral cristiana.

Ya desamparada y sola
te ves; toda tu comarca
se rinde a Alfonso o la inmola;
su pendón, solo, enarbola
Abdarwil como monarca.

Ejército mercenario,
mas fanático y tenaz,
a pesar del vecindario
le sostiene temerario
de todo exceso capaz.

Cinco meses la mantuvo
contra el destructor asedio:
bravos asaltos sostuvo;
mas vióse, al fin, sin remedio,
y al fin que rendirse tuvo.

Por hijo de Aly Maimón
salvó Abdarwil la existencia;
vencido, mas sin baldón,
salió con hueste y pendón
y fué a ser Rey de Valencia.

Cayó Toledo la altiva
por más que foseó el Tajo,
y puesta en la peña viva
tuvo el viento por arriba
y las ondas por debajo.

Fin de tan dichosa lid,
mientras el clero consagra
su vega, como adalid
mayor, en Toledo el Cid
entró por puerta Visagra.

Y enarbolando el pendón
de Castilla y de León
en los alcázares reales,
de la ciudad y arrabales
dió a Alfonso la posesión.

Golpe fué al moro fatal
y fué de la Europa entera
la alegría universal;
y quedó Castilla fiera
con su conquista imperial.

El Rey armó caballero
a don Diego; que, aunque mozo,
fué en hazañas el primero,
y el mundo cristiano entero
hizo fiestas de alborozo.

Y un corredor bereber
envió el Cid a su mujer:
quien, cuando la gloria supo
que a España y a su hijo cupo,
lloró y tembló de placer.

Y ante el altar prosternándose,

por su hijo y el Cid a Dios
oró, al par congratulándose
su espíritu y espantándose
de la gloria de los dos.
Y donde el godo en poder
del moro empezó a caer,
allí la mora grandeza
siendo herida en la cabeza
se comenzó a estremecer.
Fué la conquista mejor
desde Pelayo hasta allí;
y de dos reinos señor
el Rey, pagado de sí
se tituló Emperador.
Casas dió, barrios enteros,
privilegios y exenciones
a los bravos caballeros
y barones extranjeros
que seguían sus pendones.
A todos de algo hizo don,
e hizo corte de Toledo;
y al buen Cid por galardón
le envió a lidiar a Aragón
de él o del moro con miedo.
Y andando por su camino
dijo Alvar Fáñez al Cid:
«que el Rey te quiere, imagino,
lejos de él y siempre en lid.»
Y el Cid dijo: «es mi destino».
—Pues no es la lid mala senda:
ándala solo por ti.
—¿Quieres, Alvar, que al Rey venda?
—No, Ruy: mas hazle que entienda
que le entiendes.
—Lo haré así.
Y yendo por su camino
se entraron en Aragón:
y el Cid iba algo mohino,
y Alvar sembrando, ladino,
en su alma una tentación.

—

III

Hay mujeres a las cuales
tan bien la doncellez sienta,
que vida muy larga alcanzan
acaso por ser doncellas;
mas doña Urraca, tal vez
no siendo una mujer de éstas,
por ésta o por otra causa
sin serlo aún se hizo vieja.
La mayor de sus hermanas
pasaba de los cincuenta;
pero flaca y enfermiza
parecía ya decrépita.
El Rey no la iba a la mano:
de él y de su alcázar dueña,
en gran respeto teníala
como si su madre fuera.
Tenía aposento aparte,
guardias, servidumbre y rentas,
y no fué la Reina nunca
como doña Urraca Reina.
Los dos condes de Carrión,
que no fueron a la guerra
de Toledo y se quedaron
por pajes suyos con ella,
pasaban en el alcázar
una inútil vida quieta,
pues la infanta del Rey sólo
por mandato les acepta.
El romero encogullado
con ellos tiene vivienda,
maestro, ayo, mayordomo
y consejero; mas ni entra
en los cuartos de la infanta
jamás, ni habla en su presencia,
y un respeto profundísimo
por ella tiene o afecta.
Cuando pasa ante él o al paso
con ella tal vez se encuentra,
la hace paso y dobla humilde
sobre el pecho la cabeza:
pero después que ha pasado

y entretanto que se aleja,
hasta donde verla alcanza
torvo y tenaz la contempla
hasta perderla de vista,
con dos ojos que chispean,
y lanzan rayos vibrantes
como los de una culebra.
La infanta no es hosca ni áspera,
pero es una mujer seria,
y su servicio no es
cosa que mucho divierta.
Los gemelos de Carrión,
algunas veces bostezan
en el cuarto de la infanta;
y el romero les alienta
con gracia a hacer su servicio
y a llevarlo con paciencia,
por ser cosa el de la infanta
con la que se honran y medran.
«Mejor es servir, les dice,
a doña Urraca en la mesa
y el oratorio, que al Rey
en la lid e ir a la guerra.
Aprended a cortesanos,
que aquí se vive y se huelga,
mientras otros por vosotros
en la lid se descabezan.»
Y avezados los dos mozos
a entrar en la dependencia
de aquel hombre, le obedecen
y hallan sus razones buenas.
Mas la infanta tiene días
de insufrible impertinencia,
y ataques de un histerismo,
que más cada día arrecian.
Los médicos la propinan
sus pócimas: mas no aciertan
a atajar la enfermedad
que la roe la existencia.
Consúmese día a día
presa de mortal tristeza,
y los hay en que un instante
nada más el lecho deja.
Complácela solamente
la soledad más completa;
y ya tienen prevenido
al Rey los hombres de ciencia
que ha de morir sin sentirlo,
cual vidrio que el aire quiebra.
El Rey la deja a su antojo
vivir y morir: atenta
su servidumbre está, nunca
con ella, mas de ella cerca.
Nada se la niega nunca,
nadie jamás la impacienta,
ni se la da carta alguna,
para que imposible sea
que conmoción imprevista
acelere su hora extrema.

Una tarde, casi noche,
doña Urraca en una de esas
horas de melancolía
hipondríaca e histérica,
yacía en su lecho a solas,
entre la luz y tinieblas,
complacida en verse aislada
del mundo que la molesta,
cuando asaltada de pronto
de imprevisto mal, las fuerzas
que la faltaban sintiendo,
pidió auxilio con gran priesa.
Mas no llegó su voz débil
nada más que a las orejas
del de el sayal que guardaba
por los gemelos las puertas.
Llegóse éste en la penumbra
hasta el lecho de la enferma,
y ofreciéndola una copa
que tiene a la cabecera,
la dijo: «bebed, señora»;
y a su voz, la infanta, trémula,
sintió que se le erizaba
el cabello en la cabeza.
Tendió adelante las manos
como a quien, dormido, aqueja

una pesadilla y la halla
realidad cuando despierta.
Abrió la boca; pero antes
de que algún nombre saliera
de entre sus labios, el monje
la mano en ellos poniéndola,
«¡yo!, ¡yo!», la dijo: y la infanta,
cual vidrio que el aire quiebra,
cayó hacia atrás en la almohada
con la congoja postrera.

Quedó doña Urraca inerte,
y el monje inerte sintiéndola,
a su aposento volvióse
sin que nadie le sintiera.

Quedó la cámara a oscuras:
cerró la noche, y sus lentas
horas pasando, y la infanta
luz no pidiendo, a la puerta
del camarín, de puntillas
se acercó una camarera.

Paróse, espió, escuchó;
mas bullir no percibiéndola,
llamóla y amedrentóse
de no recibir respuesta:
dió un grito: corrieron todos
quién al Rey, quién a la Reina,
a avisar; y tras los Reyes
la servidumbre revuelta
de la infanta entró en la cámara:
y de pie a su cabecera
hallaron ya a los gemelos
de Carrión, que con atenta
curiosidad contemplaban
a su ayo; que hombre de ciencia
al parecer, de la infanta
pulsaba la mano yerta.

Y antes de que la ansiedad
del Rey razón le pidiera
de su inspección, aquel hombre
con acentuación siniestra
y voz que dió miedo a todos,
dijo: «La infanta está muerta
y fría ya. Su alma ahora
está a Dios dando sus cuentas.»
Postróse a orar: sacó el Rey
de la cámara a la Reina,
y tras el Rey, de ella fueron
saliéndose todos fuera.

IV

Dios es Dios, dicen los árabes
y dicen exactamente,
pues Dios siendo incomprensible,
ser definido no puede.
Dios es Dios: y Creador
infalible, omnipotente,
sabio y justo, en lo creado
el equilibrio mantiene.
Dios es Dios: él creó al hombre
para que en la tierra fuese
libre y feliz, entregándosela
con sus males y sus bienes.
El hombre, de Dios sujeto
a las inmortales leyes,
camina sobre la tierra
feliz o infeliz haciéndose
según la senda que elige,
según la vida que tiene,
según el mal o el bien siembra,
y él se prepara su muerte.
El hombre inventó la guerra
e hizo de locas sandeces
principios que ciego sigue
y por los que ciego muere.
Quién por el honor se mata;
cosa que cada uno entiende
desde el Rey hasta el ladrón
de manera diferente.
Quién se mata por dinero,
quién se mata por los Reyes;
quién se hace matar por fe
en cosas que no comprende;
quién es héroe, y quién es mártir;
mas pocos, naturalmente,

hallan su fin en el cabo
de la carrera que emprenden;
y en la mar se hunde el marino,
y en la lid sucumbe el héroe,
y es natural que en el riesgo
muera quien en él se mete.
Mas hay hombres que al nacer
predestinados parece
que nacen para ver cómo
muere por ellos la gente.
Los Reyes y los Pontífices
de muy larga vida, suelen
dejar tras de sí más muertos
que el terremoto y la peste.
Don Alfonso fué uno de éstos:
para que al trono subiese
murieron sus dos hermanos:
y como casó seis veces,
reinó cuarenta y tres años
y vivió setenta y nueve,
que enterrar a sus hermanos
tuvo y a sus seis mujeres.
A don García el primero,
que murió preso teniéndole
por lo que razón de Estado
llaman los inteligentes.
Le enterró en León con grillos,
como él mandó, penitente;
o despechado y rabioso,
según a mí me parece.
Le enterró con regia pompa
y funerales solemnes:
mas regias honras y grillos,
son yerros un poco fuertes.
Ahora a doña Urraca: luego
a doña Elvira, que tienen
sepulcro en León, y cuyos
epitafios aún se leen.
Vió morir por él a miles
de cristianos y de infieles;
y de amigos y enemigos,
cerró tumbas a centenes.
Así que este Rey de España
gastó todos sus haberes
en enterrar muchos muertos
y hacer a extraños mercedes.
Y como la muerte a ciegas
y a mal hacer tira y hiere
a los mejores, y mata
a aquellos que más merecen
vivir, del Rey don Alonso
fué sino marcar los meses
de su reinado con lápidas
mortuorias; que a la presente
edad guían por la suya
sobre huellas indelebles,
para dar con nombres y hechos
en su edad grandes y célebres.

—

Peleaba en Aragón
el Cid, por él, con un Jeque
que se llamó Rey de Denia
y allí reinó independiente.
Astuto, inquieto, ambicioso,
el Cid le venció dos veces;
mas otras dos volvió a alzarse,
tan tenaz como valiente.
La tercera, resolviendo
todo Aragón, alzó hueste,
y su mismo Rey don Sancho
logró que se le adhiriese.
Salieron ambos al campo
contra el Cid: salióles éste
al encuentro y dió sobre ellos
al amanecer de un viernes.
Siete horas duró la lid;
Sancho y sus aragoneses
sostuvieron a los moros,
como si cristianos fuesen.
¡Mal pecado y mengua grande
para don Sancho, que aleve
faltó a la fe a los cristianos,
en pro de los bereberes!
Don Diego Díaz, topándose
del Rey de Aragón en frente,

adelantósele, vivo
con intención de cogerle.
Cercóle con su batalla;
pero acorralado viéndole
llegó con su guardia negra
Alfagib a socorrerle.
El Cid a salvar a su hijo,
cargó allí toda su hueste,
y se salvó por milagro,
don Sancho del campo huyéndose.
Cayó Alfagib en la lidia,
y en vez del Rey por cogerle,
don Diego se le echó encima:
mas la africana serpiente
le mordió en el corazón;
porque abrazado teniéndole,
le sumió en él la gumía
por la unión del coselete.
Los brazos aflojó el mozo;
de sí el moro le echó inerte,
y aprovechando el espanto
de los del Cid, de repente
levantóse ágil, metióse
entre sus negros, y asiéndose
de las crines de un caballo,
montó a salto, y salvo fuese.
Quedó el Campo por el Cid;
pero quedó infelizmente
en él de su hijo el cadáver.
¡Qué dirá su madre al verle!

V

El Rey don Alfonso Sexto
logró con esta victoria
ser el primer Rey de España,
y el mejor quisto en Europa:
y el darle tan alto puesto,
tal grandeza y tanta gloria,
costó de su sangre al Cid,
la más noble y pura gota,
de su prole el mejor vástago,
la fe y esperanza toda
de su casa, y de su alma
la pesadumbre más honda.
En San Pedro de Cardeña,
con la más solemne pompa,
mandó el Rey hacer a su hijo
regias exequias mortuorias.
Impuso a toda su corte
asistencia obligatoria,
y fué a presidir él mismo
la fúnebre ceremonia.
El camino de Cardeña
cubrió de tiendas y escoltas,
para que las nobles damas,
prez de su corte fastuosa,
hallaran en ida y vuelta
paz, refrigerios y sombra,
y ocasión los pueblos próximos
de hacer feria ventajosa.
El hueco del atrio al pórtico
cubrió con toldos de lona,
mullendo bajo él de arena
el empedrado y las losas;
y en línea recta las ramas
de los árboles con hojas
ligando, alargó del templo
hasta la selva la bóveda:
para que bajo ella viera
la multitud en la hora
de los oficios, la fúnebre
solemnidad religiosa.
Mandó el Cid su guardia regia:
de telas de rica estofa
enlutó el templo, y tendió
su pavimento de alfombras.
Mandó al obispo y al clero;
las chirimías, las trompas,
los coros y los salmistas
y mangas de las parroquias;
en fin, cuanto dar podía
al Cid y a su santa esposa
consuelo y honra en su pena,
la mundana vanagloria.
Jimena, con fe cristiana

y resignación heroica,
sobre el cadáver de su hijo
oró y lloró silenciosa;
y concentrando en su espíritu
su pesadumbre recóndita,
ni al Cid, por más no afligirle,
dijo una palabra sola.
De abstinencia, insomnio y llanto
que atestiguan su congoja
tras dos días, bajó al templo
la dignísima matrona.
En frente al Rey, que seguía
del cabildo la salmodia,
sobre un cojín de velludo
negro, de plata con borlas,
se arrodilló con sus hijas,
envuelta como una sombra,
en un ancho velo negro,
prendido a su negra toca.
Doña Elvira y doña Sol,
ya gentilísimas mozas,
apagadas por el llanto
de sus mejillas las rosas,
modestas, graves, inmóviles,
del Cid esperanza ahora
única ya, y del gentío
admiración por lo hermosas,
atrajeron hacia sí
las miradas y almas todas
de los circunstantes; presa
de esa tierna y melancólica
exaltación que producen
las ceremonias católicas,
con que los que de la nada
vienen, a la nada tornan.

Los dos condes de Carrión
que, por el favor que logran
del Rey, entre su más íntima
servidumbre se colocan,
con osada impertinencia
y terquedad enojosa,
las contemplaron de modo,
que estaban como amapolas.

Concluídos los oficios,
llegó la tremenda hora
de sepultar el cadáver
y sellar sobre él la losa.
La firmeza de Jimena
llegó hasta allí: y allí rotas
las dos fuentes de las lágrimas
y la voz, entre nerviosas
convulsiones, cayó en brazos
de sus dos hijas que, prontas
en su auxilio, la creyeron
a expirar también muy próxima.
Mientras Jimena en un síncope
perdía vista, memoria
y sentimiento, cumplióse
la inhumación piadosa:
y cuando volvía en sí,
ya Alfonso con voz monótona,
despedía el duelo y se iba
quedando la iglesia sola.
Vuelta en sí Jimena, madre
cristiana, con fe valerosa,
tornó a postrarse ante Dios
y oró así más de una hora.
Cuando volvió a presentarse
al Rey, ya de sí señora
era, como él firme y grande
del Cid Ruy Díaz la esposa.
El Cid, ante la grandeza
de fe tan dominadora,
sintió entrar en su alma el miedo
y asombrado contemplóla.
Dudó si se cumpliría
su aprensión supersticiosa:
recordó que les quedaban
dos hijas... y sudó a gotas,
como Cristo al rechazar
en Getsemaní la copa,
y por sus hijas su alma
pidió a Dios misericordia.

—

VI

Muerta antes que él doña Urraca,
su misteriosa enemiga;
muerto por su gloria el áspid
de la cortesana envidia,
terror de la mora gente
y adoración de Castilla,
todos creyeron que el Cid
a la corte volvería.
Mas nada el Rey habló de ello,
y un mes transcurriendo iba,
y el Cid moraba en Cardeña
con Jimena y con sus hijas.
Y el Rey al Cid no llamaba
y el Cid no se despedía,
y Cardeña para el Cid
debe ser mansión tristísima.
Pasó otro mes; Alfagib,
el moro que la morisma
tiene más bravo, más firme
de alma y de más dura vida,
levantando nueva hueste,
con invasión imprevista
se entró por tierras de Burgos
hasta dar sobre Medina.
A tal insulto y audacia,
montó don Alfonso en ira,
y esta carta desde Burgos
escribió al Cid con gran prisa:
«Los males del alma encuentran
en los campos medicina,
y a ti tan sólo en los míos
respeta la morería.
En campaña está otra vez
Alfagib: sobre su pista
ponte y no envaines la espada
hasta dejarle sin vida.
Toma tu hueste y mis huestes
si crees que las necesitas:
yo cuidaré de tus tierras,
agrándame tú las mías;
y por Dios que no te pares
hasta dejármelas limpias
de moros, aunque tras ellos
tengas al mar que dar vista.»
Súplica u orden, los Reyes
ordenan cuando suplican;
y al Cid toca concluir
con aquel moro la lidia.
Si es orden, no tiene réplica,
y si es súplica, es justísima;
orden o súplica, el Cid
cumplir ésta determina.
Y mientras echa su gente
a los caballos las sillas,
con el correo del Rey
le mandó estas breves líneas:
«Señor, hay males del alma
que no curan medicinas,
ni el aire de ningún campo
ni de corte alguna alivian.
Pero hay hombres que, más fuertes
que el mal que les martiriza,
por curar de las del Rey,
no curan las propias cuitas.
Yo soy de esos; parto al campo
por vos y vuelvo a la lidia:
yo os cuidaré vuestras tierras,
cuidad vos de mi familia.
Y si Dios no me abandona,
de mí no os daré noticia
hasta que tras de los moros
al mar Tirreno dé vista.»
Partió el Cid y agradeció
el Rey su pronta partida,
aunque echó a baladronada
lo de avistar la marina.
Y a Jimena, como a esposa
de un hombre de tal valía
queriendo tratar, fué a hacerla
a Cardeña una visita.

VII

Cuando el Rey al irla a ver
la brindó en Burgos a entrar

con él, la santa mujer
no quiso a Burgos volver,
ni en él su rango cobrar.
En vano, con sutileza,
la arguyó el Rey: sus razones
escuchó ella con tristeza
y desechó con firmeza
del Rey las proposiciones.
En vano la dió a entender,
que tenía que casar
dos hijas; y que, a su ver,
en la corte había de ser,
no en Cardeña ni en Vivar.
«De eso, señor, aún no cuido:
es pronto—dijo ella—y ya
sabéis que, de Burgos ido
el Cid, su mujer no está
bien allí sin su marido.»
Discreto el Rey no insistió;
su escrúpulo mujeril,
o respetó o lo afectó;
y con largueza gentil
a sus hijas regaló.
La dejó servicio y oro
de su real casa, y tesoro
con que sostener su porte
de dama de alto decoro,
y dió la vuelta a su corte.
Y aquella mujer modelo
de amor y fe conyugal,
con sus hijas y su duelo,
siguió al amparo del cielo
en la soledad claustral.

XII

I

A Alfagib venció Minaya,
y de moros pie a pie
limpiando la tierra fué
de Aragón hasta la raya.
Allí con el Cid se unió,
quien, de sus victorias fruto,
cobra allí pecho y tributo
de los Reyes que venció:
y allí, del Rey adalid,
aunque manda por el Rey,
de nadie recibe ley,
tan señor como él, el Cid.
Agarenos y cristianos
le dan tan alto decoro,
que no hay rey cristiano o moro
con humos más soberanos:
y cristianos y agarenos
tan suyos por allí son,
que el mismo Rey de Aragón
es por allí que el Cid menos.
Allí Minaya, el más fiel
de los suyos, su pariente
más cercano, y de su gente
el tenido en más por él,
vueltas dando en su cabeza
a una idea que tiempo ha
que en ella bullendo está,
de Alhama en la fortaleza
con el Cid entró en consejo;
y haciéndole en él entrar,
empezó vueltas a dar
a su pensamiento viejo.
Y como grande en el mundo
no se hizo en un día nada,
ni grande empresa o jornada
nadie acabó en un segundo,
dando vueltas a su idea
siguieron ambos a una,
de plantearla con fortuna
para cuando tiempo sea.
Y el Cid siguió aquella tierra
sin superior y sin par
y a su Rey sin consultar
gobernando en paz y en guerra;
y alcanzó tal poderío
por toda aquella comarca,
que en ella como monarca
vivió y mandó a su albedrío.

Hizo tratos con los Reyes
de los Estados contiguos;
ratificó los antiguos,
juntó milicias, dió leyes,
fundó templos, municipios
y villas: pobló lugares,
asalarió mudejares;
y estableció, en fin, principios,
costumbres, parias e impuestos
que rigieron adelante
cual por príncipe reinante
y por real derecho puestos.
Y dejando la llaneza
y sencillez castellanas,
con ínfulas soberanas
ostentó lujo y grandeza:
y aunque todo lo ordenaba
a nombre de Alfonso sexto,
su nombre estaba bien puesto
y el Cid en su puesto estaba;
y así, sin que nadie lea
en su mente claramente,
Alvar y el Cid en su mente
daban vueltas a una idea.
Y siguió dando sus vueltas
el mundo; y allende el mar
comenzáronse a juntar
cien tribus que andaban sueltas.
Y la región Mauritana
ganaron tras bravas lides
los fieros Almoravides,
raza valiente africana;
y fué en verdad maravilla
cómo desde allende el mar
vino también a estallar
tal tempestad en Castilla.
La historia es oscura cosa;
y es fuerza que raíz prenda
en su verdad la leyenda
galana y maravillosa.
Y he aquí de aquella invasión,
que presa de gente extraña
por poco no hace a la España,
la histórica tradición.
Dicen que el Rey de Castilla
se enamoró, en mala hora,
de una hermosísima mora
hija del Rey de Sevilla.
Dicen otros que el cristiano
quien se enamoró no fué,
sino ella y que le dió pie
para tomarla la mano.
Hay quien cree que el moslemita
al cristiano se la dió,
y quién que él se la robó
al hacerle una visita.
Ello es que, por él cristiana
tornada, la mora hermosa
fué, quien dice que su esposa
y quién que su barragana.
Mas, concubina o mujer,
todos contestes están
en que, marido o galán,
por ella a España perder
arriesgó en tal ocasión,
por ella entrando en campaña,
tras de atraer sobre España
de moros nueva invasión.
Y fué así; el Rey sevillano
padre de la linda mora,
sabiendo cuán ciego adora
a su hija el Rey castellano,
por valedor atraerse
al Almoravid pensó,
y de Alfonso imaginó
de la autoridad valerse.
El andaluz se mecía
en el ambicioso sueño
de ser el único dueño
de toda la Andalucía;
y dijo al Rey burgalés:
«Si yo al Almoravid llamo
solo, a mí solo reclamo
que acuda difícil es;
mas si los dos a la par

pedímosle ayuda, de hecho
que cruza al punto el Estrecho;
y si yo llego a reinar
en toda la Andalucía,
no habrá más que una frontera
y será la España entera
nada más que tuya y mía.»

La erró Alfonso suponiendo
que dando al Rey de Sevilla
un gran reino, iba Castilla
a ganar, su suegro siendo;
y el de Sevilla, apoyado
en la autoridad cristiana,
de langosta musulmana
trajo a Sevilla un nublado.

Pero fué mal para todos;
porque Aly, el fiero adalid
que el Emir Almoravid
mandó al reino de los godos,
viendo que aquella era presa
rica y bella a maravilla,
mató en lid al de Sevilla;
tomó por suya su empresa;
y adelantó tan sin miedo,
con tan feliz osadía,
que rindió la Andalucía
y entró en tierras de Toledo.

Comprendió el Rey castellano
qué error había cometido
y campeó: mas fué vencido
dos veces por el pagano;
y de su insensato amor
único inmediato fruto,
recogió aflicción y luto,
vencimiento y deshonor.

Todos los moros que parias
de tiempo atrás le rendían,
del Almoravid se unían
con las huestes a él contrarias:
y hubo un momento en que España
estuvo para volver
toda del moro a poder
en esta infeliz campaña;
porque el Rey Almoravid
Yussuf, pasando el Estrecho,
mató a Aly; mas tomó a pecho
por él la tremenda lid.

¡Justicia sea hecha al Rey!
Supo el yerro de su amor
compensar con un valor
y una fe de buena ley.

En tamaña adversidad
Alfonso, con alma fiera,
llamó a sí de Europa entera
a toda la cristiandad.

Y teniendo, solo, el Cid
bien sujeta su región,
le acudió el Rey de Aragón:
y acudieron a la lid
nobles del Loira y del Sena,
don Raimundo el Borgoñés,
y el luego Rey portugués
don Enrique de Lorena:
y nobles cien además
alemanes e italianos,
que a los bárbaros paganos
hicieron volver atrás:
y con su ayuda Castilla
volvió a aquellas hordas fieras
a arrojar de sus fronteras
hasta Córdoba y Sevilla.

¡Pesadilla atroz fué aquella!
Al cuello se echó una soga
que por poco no le ahoga
el Rey por su Zayda bella:
mas respiró Alfonso al fin,
al salir de aquel mal sueño
viéndose aún Rey y dueño
del castellano confín.

Y con pródiga largueza
como a Toledo al tomar,
sin tino comenzó a dar
a la extranjera nobleza.

Dió y dió: hasta que dar no hallando
les dió sus hijas nacidas

en ley, y hasta las habidas
por hurto y de contrabando:
y aquellos nobles señores
tomaron con alegría
el hurto y la bastardía
de sus augustos amores.

Y hay quien quiere a este Rey mal
porque dió a un aventurero
pie para ser el primero
que hizo reino a Portugal.

Verdad es que estuvo a pique
de perder a España entera,
si en su ayuda no acudiera
con otros mil don Enrique;
mas si salvó la nación,
también la mermó después
por pagar al lorenés
de España con un jirón.

Salvóse él en una tabla:
mas echó a España a perder
por una extraña mujer
y un conde de extraña fabla.

Cuando volvió a despertar
de aquella atroz pesadilla,
supo y vió con maravilla
los hechos del de Vivar.

Mientras él se había expuesto
a perder hasta su herencia,
el Cid llegó hasta Valencia
y habíala sitio puesto.

II

Sitiada tiene a Valencia
el burgalés capitán:
y ésta fué su grande hazaña
y la mayor de su edad.

Sitiada tiene a Valencia;
y hasta ella para llegar
tuvo que hacer maravillas
de brío y sagacidad.

Para llegar a Valencia
y expeditos conservar
los caminos, y enemigos
no dejar de sí detrás,
tuvo que pasar tres años
de vigilias y de afán,
de Reyes cristianos y árabes
haciéndose respetar.

A quién le ayudó en sus lides;
a quiénes les puso en paz;
a quiénes venció en batalla;
a quiénes dió libertad.
Tuvo a alguno que vender;
tuvo a alguno que comprar;
por muchos ayudar se hizo;
tuvo, en fin, cauto, sagaz,
prudente, osado y constante
para dar cima a su plan,
tantos odios e intereses
que extinguir y concordar,
tantos riesgos que prever
y tanta dificultad
que vencer hasta Valencia
las vías para allanar,
y a los moros comarcanos
hasta ver prendidos ya
en la red de su estrategia
e incapaces de dañar,
hasta tenerlos por suyos
por fuerza o por voluntad;
y ayudado de Alvar Fáñez
en su idea pertinaz,
hizo, en fin, tales prodigios
de valor y habilidad,
que fueron trabajos de Hércules
y labores de Titán.

Mas al fin sitió a Valencia,
cuya opulenta ciudad
tienen los Almoravides,
que ayudaron a matar
al hijo de Aly Maimún;
de cuya muerte fatal
la venganza dió ocasión
al Cid para irla a sitiar.

Defendiéronse los moros

con fiera heroicidad;
mas atacóles el Cid
sin dejarlos respirar
día ni noche sin tregua
hasta que sin poder más
tuvieron, amedrentados,
con él que capitular.

De moros y de cristianos
fué asombro conquista tal,
y postróse ante el Cid todo
el Aragón musulmán.

Cuando se supo el buen éxito
de una empresa tan audaz,
difícil aún para un Rey
poderoso por demás,
llevada a cabo por sólo
un infanzón de Vivar,
los señores de Aquitania,
del condado catalán,
de Tolosa y de Narbona,
de Beziers, Tarbes y Dax,
del Rosellón y el Pirene
oriental y occidental,
los príncipes más ilustres
de toda la cristiandad,
enviaron sus mensajeros
al Cid a felicitar;
y fueron del Cid tan altos
el poder y autoridad,
que quedó sobre la tierra
con los Reyes por igual.

Mas él, luego que en Valencia
se vió, determinó enviar
por ella pleito homenaje
a su señor natural.
Y el Rey don Alfonso Sexto
vió un día a Burgos llegar
a Alvar Fáñez de Minaya,
con don Tello Sandoval,
don Diego Ordóñez de Lara
y otros nobles de solar
burgalés, con lujo y porte
de una embajada real.

Doscientos caballos árabes
al Rey conducidos van
por esclavos africanos;
traen en el arzón de atrás
de la silla un saco de oro,
y en el de adelante están
puestos doscientos alfanjes
en tahalís de Tafilat.
Los esclavos, negros, traen
como esclavos de un Sultán
ajorcas y brazaletes
y collares de coral
y los sacos traen del Rey
el blasón particular
como si fuesen dineros
de su renta personal.
Alvar Fáñez de Minaya,
en el salón al entrar
en donde el Rey presidiendo
cortes en Burgos está,
afinojóse; y pidiéndole
su regia mano a besar,
del Cid le entregó una carta
a guisa de credencial.
Decía: «Rey don Alfonso:
desde Burgos hasta el mar
libre el camino os he puesto;
ved si mandáis algo más.
Valencia es vuestra: las parias
que vuestra por ser os da,
van en doscientos saquillos
de a cien doblas cada cual.
Las tierras que hay intermedias
desde Castilla hasta acá,
también son vuestras; las tengo
en nombre vuestro no más:
y tengo el placer, señor,
de haberos podido dar
más tierra que vuestro padre
os dejó por heredad.
En premio, señor, enviadme
a mi mujer, que tendrá
en ver el mar que no ha visto

un grandísimo solaz:
y si os pluguiera venir
por él un paseo a dar,
decídmelo, para haceros
de aloe un barco labrar.
No extrañéis, señor, mi oferta
ni mi estilo algo oriental;
que a fuerza de andar con árabes
tengo algo de árabe ya:
mas culpaos a vos sólo
si cambié de natural,
pues vos me habéis hecho siempre
entre los moros morar.
Para que aquí no concluya
por leer en el Korán
en vez de en los Evangelios,
atrévome os a rogar
que me enviéis obispo y clero
y campanas y lo al,
esta ciudad moslemita
cristiana para tornar.
Y aunque os vayan a decir
que toda el África va
a venir a recobrarla,
tranquilo, señor, estad:
yo la sabré defender
como la supe tomar,
y mientras yo viva en ella,
cristiana y vuestra será.
Con esto os beso las manos;
y os ruego que me tengáis
por vuestro mejor vasallo
y servidor más leal.»

El Rey don Alfonso Sexto
era hombre harto perspicaz
para no ver que ya el Cid
de él estaba casi a par:
y como Alvar con los suyos
con aparato triunfal
la ciudad habían cruzado
a palacio antes de entrar,
ya por el Cid todo Burgos
entusiasta, era capaz
de alzarse contra el Rey mismo
por el héroe de Vivar.
Don Alfonso, a ver el riesgo
de su popularidad,
del mismo riesgo hizo base
para hacerse popular.
Tomando, pues, una pluma,
en llano estilo cordial,
escribió al Cid en respuesta
estas palabras no más:

«Valencia y todas las tierras
que has sabido conquistar,
antes son tuyas que mías,
puesto que tú me las das.
Ténlas, pues, por mí o por ti,
como te acomode más,
o haz con ellas a tus hijas
un dote y feudo condal.
Con Alvar irá Jimena
a Valencia a ver el mar;
y si a mí me viene antojo
de mecerme en su cristal,
al Cid, señor de Valencia,
pediré hospitalidad;
no como a un vasallo mío,
sino como a un Rey mi igual:
«que vasallos como tú
»que a su Rey un reino dan,
»si no son Reyes como él,
»con él merecen reinar.»

Ante los ojos del pueblo,
del palacio en el umbral,
expuso Alvar esta carta
que le dió el Rey sin sellar;
y cuando del contenido
se enteró el pueblo leal,
rompió en aplausos de modo
que pareció un huracán.

Y si al Cid sirvió bien Alvar,
tampoco al Rey sirvió mal;
y si bien lo hizo el Rey, bien
le supo Alvar ayudar.

III

Y yendo a Jimena a ver
tales nuevas la fué a dar:
y aquella santa mujer
con lágrimas de placer
se las oyó relatar.

Y cuando de él llegó a oír
que el Rey la daba licencia
a Valencia para ir,
quiso al instante partir
con sus hijas a Valencia.

Siempre que el Rey la brindó
su alcázar, jamás le hirió
con negativa absoluta;
mas, cauta, jamás volvió
a su corte disoluta.

¿Fué vanidad personal?
¿Fué afán de guardar su extraña
posición excepcional?,
¿o fué, fiel, casta y leal,
la mejor mujer de España?

Mujer del Cid Campeador
de su padre matador
y casada por el Rey,
de ser se impuso la ley
santuario de fe y honor.

Y lo fué: y en la nación
do un Rey de moral tan ancha
alardeó de corrupción,
no echan en ella una mancha
ni historia ni tradición.

Aquella mujer dotada
de tal fe y tan buen sentido,
de Dios se estuvo amparada
mientras el Rey separada
la tuvo de su marido:

y en cuanto el Rey la soltó,
paloma que busca el nido
que su único amor labró,
desde el convento voló
al hogar de su marido.

Y el Rey comprendió, asombrado,
que mientras él por un lado
su reino a palmos perdía,
por otro a pies se lo había
engrandecido un soldado.

Y no sabemos decir
si con placer o pesar
vió a aquel soldado cumplir
su palabra de seguir
a los moros hasta el mar.

Y nadie podrá saber
si el Rey, en su corazón,
al Cid en Valencia al ver,
llegó del Cid a tener
más miedo que admiración.

IV

Ya en Valencia está Jimena,
y dama de altas virtudes,
como quien es de su estado
los altos deberes cumple.
No es menester que a ello nadie
la impela ni la estimule;
la basta de sus deberes
el sentimiento que nutre.
Valencia es ciudad muy rica,
y de muy antiguo surten
de Asia y África su mercado
los bajeles que a él acuden.
Sus moros son laboriosos,
cultivan, labran, construyen;
y es Valencia un paraíso
que a poca labor produce
la más exquisita seda,
la fruta y uva más dulce,
los arroces más nevados
y las más suaves legumbres.
Su gente es bella y alegre,
su clima suave y salubre;
un mar tranquilo la baña,
la alumbra un cielo sin nubes,
un aire sano la orea,
y eterno verdor la cubre,

que mil manantiales riegan
que en sus mil pensiles surgen.
Los moros que en ella moran
han vivido en servidumbre
de usurpadores alarbes
o de piratas de Túnez:
así es que son recelosos
y taimados, por costumbre
de verse de unos o de otros
bajo el yugo que mal sufren.
Al dar en manos del Cid
y por conquista, presumen
que van cual nunca del yugo
a sentir la pesadumbre:
y el trato, vida y comercio
con los cristianos eluden,
y en el fondo de sus casas
torvos y tristes se sumen.

En vano el Cid, para que ellos
mal porvenir no se auguren,
les prodiga, aunque vencidos,
paternas solicitudes;
los moros, escarmentados
de halagos y mansedumbres
de sus tiranos que empiezan
en miel y en sangre concluyen,
oyen, callan y se esquivan,
sin que en nada coadyuven
a establecer en Valencia
la amistad a todos útil.

Mas he aquí que en la mañana
del primer día de octubre,
a la luz de aquel sol tibio
que en su cielo limpio luce,
llega a Valencia Jimena,
y los cristianos prorrumpen
en vivas y aclamaciones
que a los moriscos aturden.
Los moros, cuyas mujeres
jamás la faz se descubren
en público, a ver a aquélla
por curiosidad se suben
a los terrados, se asoman
a las rejas, y a sus mutfis
y kadís ven que se postran
ante el carro que conduce
a Jimena y a sus hijas,
sombreado de gasa y tules
y tirado por seis mansos
alazanes andaluces.

Aquellas públicas fiestas
entre moros no comunes,
aquellas tres hermosuras
que al sol sus semblantes lucen,
hacen, al fin, que abandonen
sus casas y que se agrupen
a ver aquellas tres damas;
que el efecto les producen
de tres hurís que descienden
de las bóvedas azules
del paraíso cristiano
entre oro, luz y perfumes.

Jimena, al día siguiente,
sin temor de que la insulten
ni se la atrevan los moros,
a quienes respeto infunde,
comenzó a dar a sus pobres,
a aliviar a los que sufren,
a hablar a los que la esquivan,
y a hacer de ellos, en resumen,
mansas ovejas que siguen
al pastor que las conduce,
en vez de toros que al yugo
se resisten que les unce.
Poco a poco comenzaron
a ver sin odio las cruces,
a abrir tiendas y talleres
y mercados; y sus lúgubres
semblantes tornando alegres,
comenzó la muchedumbre
a asistir a sus mezquitas
sin que sus ritos perturben
los cristianos; sin que al paso
a las mujeres injurien,
ni a nadie roben ni vejen
ni en nada del triunfo abusen.

Y los moros, que a Jimena
y a sus hijas atribuyen
de sus bravos vencedores
la fraternal mansedumbre,
comenzaron a mirarlas
como a tres santos querubes
del cielo cristiano enviados
por Dios a que les escuden.
Tornó, pues, Valencia a ser
el edén que era: y discurren
ya por sus calles los moros
sin miedo ni incertidumbre,
dejando libres por ellas
vagar sus doncellas núbiles,
sus esposas, sus esclavas
y sus hijos, sin que curen
de echar la llave a sus puertas
ni de cerrar sus baúles,
dando a Aláh gracias de que hoy
tal libertad les procure.
Así en Valencia Jimena,
la dama de altas virtudes,
como quien es, de su estado
los altos deberes cumple.
Y así está el Cid en Valencia;
y de esta conquista ilustre
no fué la prez el lograrla,
sino el conservarla inmune.

V

Y la conservó: y en vano
Búcar sobre ella se puso,
para cobrarla del Cid
el mar cruzando, iracundo.
El Cid volver hizo al árabe
a sus desiertos incultos,
en la playa de Valencia
abriendo a seis mil sepulcro.
Otra vez volvió del África
tan tenaz como sañudo
Búcar, y otra le hizo el Cid
darse a la mar dando tumbos.

El Cid mantuvo a Valencia
sin favor de Rey alguno
con sólo su corazón
y el aliento de los suyos:
y el mantenerse cinco años
como por él la mantuvo,
fué asombro del universo
y gloria eterna de Burgos.
Mantúvola: y pudo darse
de Rey de Valencia humos,
pues fué, cuanto reino era
de Valencia mora, suyo.
De Reyes moros en ella
cual Rey recibió tributos,
y hasta Aragón se extendían
de ella los confines últimos.
El Cid la abasteció, pródigo,
la embelleció, la repuso,
la almenó, y aspillerándola
y cerrándola con muros
flanqueados de torreones
y reforzados con cubos,
la guarneció con milicias
de hombros mozos y robustos.
La fama su nombre y hechos
llevó a tan opuestos rumbos,
que un barco del Rey de Persia
a los pies del Cid condujo
una lujosa embajada
y un cargamento de frutos,
gomas, perlas, chales, pájaros
y leones melenudos,
y caballos conducidos
por siervos de pelo rufo,
piel negra y uñas doradas
camarcandanos y nubios.
Todo ellos especificado
en una hoja de oro puro,
que escrita una carta al Cid
trae en caracteres kúficos:
que le presentó de hinojos
un rajáh, que en un discurso

pomposísimo ofrecióle
del Rey de Persia el saludo.
Nada faltó, pues, al Cid
para ser Rey: de Rey tuvo
tierras, poder, influencia,
rentas, ejército y lujo.
Se alojó en alcázar regio,
y tuvo en él que hacer uso
de reales atavíos,
armas y talares túnicos;
porque aquel lujo exterior
en un cristiano profuso,
era para con los moros
necesario y oportuno.
Fué, en fin, el Cid de Valencia
tan distinto del de Burgos,
como un manto de brocado
y un gabán de paño burdo.
La noble Jimena Gómez
tuvo de Reina recursos,
y dió, cual Reina, a los pobres,
y gracias de ello al Dios sumo.
Las hijas del Cid ataron
sus cabelleras con nudos
de perlas como princesas,
siendo el amor y el orgullo
de Valencia; los dos ángeles
buenos del pueblo, que en grupos
se juntaba a bendecirlas
cuando salían en público.
Bibiana, al verse entre moros
y a sus señores tan unos
con ellos, veía siempre
en vida tal algo turbio;
y allá a sus solas decía:
«Pues señor, yo me confundo:
jamás creí que todo esto
pudiera andar así junto.
¿Somos cristianos o moros?»
Y en su entendimiento rudo,
de algún castigo de Dios
siempre andaba con barruntos.
Mas Valencia era un edén,
y el reino de España único
donde árabes y cristianos
vivían cual pueblos cultos;
los árabes con sus mutfís
en sus mezquitas seguros,
de las católicas fiestas
entre el campaneo y júbilo.
Así que el Cid una noche
en el reposo nocturno
y en el dichoso retiro
de su alcoba, decir pudo
a su Jimena en voz baja:
«Ahora, Jimena, presumo
que ya el alma no te acosan
aquellos miedos absurdos.
Por Dios, por tí y por mi patria
hice cuanto en hombre cupo:
más áspera penitencia
que yo no hizo hombre ninguno.
Treinta años lidié y Dios creo
que dió a nuestras penas punto.»
Jimena suspiró y dijo
solamente: «Dios es justo.»

VI

Su porvenir a Dios fían:
¡bueno Dios se lo depara!,
que si es grande su justicia,
su misericordia es grande.
Todo el Cid lo espera de ésta;
pues en su mente no cabe
la idea de un Dios sañudo,
vengativo e implacable.
Mas Jimena, amamantada
de Asturias en los breñales
con las leyendas fantásticas
de las creencias vulgares,
sólo en su justicia piensa;
en los ejemplos fundándose
que oyó contar desde niña
a peregrinos y frailes,
y allá con Bibiana a solas

teme siempre, aunque ambas callen,
que Dios en sus hijas vengue
al descabezado padre.
Para ellas el fin de Diego
es ya una prueba palpable,
por más que el Cid simplemente
a azar de la lid lo achaque.
Sueños, preocupaciones,
quimeras... aunque ¿quién sabe
si justos presentimientos
e instinto de hija y de madre?

Seis meses después, de un día
lluvioso al caer la tarde,
del Rey don Alfonso al Cid
llegó a Valencia un mensaje.
El mensajero venía
precedido de un faraute,
con las armas de Castilla
en pecheros y espaldares.
Es un rey de armas que ostenta
blasón y colores reales,
trayendo escolta detrás
y pendoncillo delante:
grande honor que al Cid Ruy Díaz
el Rey don Alfonso hace,
siendo el Cid vasallo suyo
como a monarca tratándole.
El mensaje era una carta,
en cuyas sencillas frases
venía a un tiempo una súplica
y una orden irrecusable:
pues una parte debía
de hacer el Rey, y otra parte
tocaba al Cid: mas la suya
había el Rey hecho antes.
Decía así: «Cid, Ruy Díaz,
cual tú por mí cuitas graves
pasas, yo de ti me ocupo
con solicitud constante.
Sólo para hablar contigo,
emprendo a Requena un viaje;
vente, pues, para Requena
porque contigo allí hable
de un negocio, que deseo
que antes que lo husmee nadie,
a solas y de palabra
entre ambos a dos se trate.»

El Cid vió que no podía
hacer que el Rey le esperase,
y resolvió ir a Requena
sin más tiempo que el de armarse.
Mientras a armarse y vestirse
doña Jimena ayudábale,
de la misiva del Rey
dió el Cid a Jimena parte.
«¿Qué te parece?, la dijo,
el Rey como a sus iguales
nos trata.» Y dijo Jimena:
«No sé por qué no me place.»

—

Al llegar el Rey, al Cid
halló en Requena esperándole
y díjole: «Anduve recio,
mas por los pies me ganaste.»
Y dijo el Cid: «Por las manos
o por los pies, lidie o ande,
siempre, señor, me está bien
que algo os sobre o algo os gane.
Me hubiera desesperado,
señor, el que me esperaseis:
vos sois el Rey y yo soy
vuestro vasallo: mandadme.»
Pagado de tal respuesta
sonrió el Rey; y, abrazándole,
díjole: «Luego hablaremos,
que traigo cansancio y hambre.»
Y sentándose a yantar
y al lado suyo sentándole,
y tras de yantar, el Rey
a solas con él quedándose,
dijo al Cid, sencillamente,
como quien somete y trae
al juicio de un buen amigo
un negocio íntimo y grave:
«Yo no sé, buen Cid Ruy Díaz,

si tú sabes o no sabes,
que a los condes de Carrión
servicios debo importantes.
—Nunca les vi en las batallas:
observó el Cid. —Pues no obstante,
repuso el Rey, en las mías
tuvieron siempre gran parte.
Fué el viejo conde riquísimo,
y a la corte antes de enviarme
a sus hijos, me había enviado
cuentos largos de contarse.
Murió el viejo sin hablar
de sus cuentos; mas rogándome
que tuviera con sus hijos
más cuenta que con su padre.
Los chicos son buenos mozos,
y son nobles como infantes,
y son ricos como Cresos
y se portan como tales.
Jamás me pidieron nada
hasta hoy, que piden que trate
contigo que con tus hijas
en matrimonio se casen.
Yo nada he comprometido,
siendo cosa que te atañe
a ti sólo: mas te cuento
lo que hay, y creo que baste.»
Del Rey escuchó el discurso
sereno el Cid, y al cerrarle
el Rey de tal modo, dijo:
«Señor, para mí es bastante
que mi Rey me abra su alma,
de ella un secreto fiándome.
Tanta por vos he vertido
que os debo toda mi sangre:
pues necesitáis mis hijas
para que de empeño os saquen,
yo no las caso: las doy
al Rey para que las case.
—¿Y Jimena?—dijo el Rey—.
Y el Cid dijo: —Aunque es su madre,
es mi mujer y jamás
se opondrá a lo que el Rey mande.
—Entendámonos, buen Cid,
yo no mando en cosas tales.
—Mas venido hais por mis hijas:
yo os las doy: creo que baste.
—Y yo las tomo a mi amparo
como si fuera su padre.
Y dijo el Cid: —Haced cuenta
que lo sois desde este instante.
Y si mal porvenir logran
ved que vos se le labrasteis:
hacedlo, señor, con ellas
como el Cid con vos lo hace.»

Dió el Rey las gracias al Cid,
prometiéndole probarle
lo que su fe en él estima
cuando tal caso llegare.
Y llamando luego a todos
los que en su compaña trae,
publicó los tratos hechos
con el Cid: ofreció darle
ocho mil marcos de plata
cuando sus hijas se casen:
mandó haberlas en depósito
a su buen tío Alvar Fáñez,
que por pedidas las tenga
hasta que se desposaren,
cual si del Rey fueran hijas
y en guarda él se las fiase.

Llamó el Rey luego a los condes
y les mandó que homenaje
hiciesen al Cid Ruy Díaz
y las manos le besasen.
Hiciéronlo así los condes
ante el Rey y ante sus grandes,
e hizo allí el Rey infantazgo
a Carrión y a los infantes:
E invitando el Cid a todos
a que en las bodas se hallasen,
partió el Rey, y a la frontera
salió el Cid acompañándole.

Cuando a Jimena en Valencia
dió el Cid de lo hecho parte,
sabido, no gustó de ello,

y dijo: «Poco me place
emparentar con los condes,
magüer sean de linaje
y ricos; mas si así cumple
a Dios, a ti y al Rey..., hágase.»

—

Y se hizo: en malhora un día
de febrero, a trece y martes,
los gemelos de Carrión
por el Rey hechos infantes,
llegaron acompañados
de su ayo, de los magnates
burgaleses y gran séquito
de servidores y pajes.
Entráronse por Valencia
como adalides triunfantes,
yendo con su comitiva
al alcázar a apearse.
Presentáronse a las novias,
que al verles ruborizáronse,
ricos regalos de bodas
ofreciéndolas, galanes.
El obispo don Jerónimo
con mitra, entre dos ciriales,
la bendición de la Iglesia
les dió en un altar portátil.
Hubo aquella noche fuegos,
birrias, pandorgas y bailes,
y cena, y hasta alta noche
los festejos prolongáronse.
Con cirios y chirimías
a sus cámaras nupciales
solemnemente a los novios
llevaron, felicitándoles,
el obispo, los testigos,
y de Castilla los grandes,
y Alvar Fáñez por el Rey
padrino y representándole;
y de la cámara doble
ante el umbral, en las faces
dándoles paz uno a uno,
fueron todos abrazándoles.
Lloró el buen Cid de alegría;
lloró Jimena, y quedáronse
las novias con sus maridos...
y sin sus hijas los padres.

—

Hubo diez días de fiestas
como en las bodas reales,
y holgáronse en ellas juntos
los cristianos y los árabes.
Los condes con sus mujeres
por Valencia paseáronse,
de sus preseas de bodas
por Valencia haciendo alarde.
El Cid les dió del Rey persa
las joyas inestimables,
y a Tizona y a Colada
su par de espadas sin pares.
Les dió seis yeguas tordillas
tan ligeras como el aire,
y seis caballos ruanos
bardados para el combate:
y a admirarles y a aplaudirles
se apiñaban por las calles,
cuando en ellos cabalgaban,
cristianos y musulmanes.
Fueron diez días de gozo,
y a las gentes que a mirarles
se llegaban, parecieron
los dos condes muy galanes.

VII

Mas no era todo oro y rosas
en la Valencia del Cid,
ni las fiestas y la huelga
eran frutos del país.
Al cabo de mes y medio
en Valencia de vivir
los condes, como en Edén
musulmán con sus hurís,
les llamó el Cid una noche
cuando se iban a dormir,

y en su aposento metiéndoles
les dijo a los dos así:
«Yernos míos: el Rey Búcar,
poderosísimo Emir
marroquí, con grande armada
viene por mar contra mí.
Tenaz y no escarmentado,
aunque una vez le hice huir,
contra Valencia revuelve
y mañana estará aquí.
Mis yernos sois, y yo os quise
de su llegada advertir,
porque seáis los primeros
en entrar con él en lid.
Para ello buenos caballos
y finas armas os di:
con que mañana, apretad;
y hasta mañana, dormid.»

—

Cómo sentó a los dos condes
noticia tal, a decir
no se atrevieron jamás
las nobles hijas del Cid.

XIII

I

Del sol del siguiente día
la luz apenas rayando,
subió el Cid a una alta torre
a explorar el mar y el campo.
La mar se vía a lo lejos
toda cubierta de barcos,
y por el campo huir de ellos
a la ciudad los paisanos;
los hombres con sus aperos
y con sus armas cargados,
y las mujeres sus hijos
trayendo asidos y en brazos.
Las escuchas y vigías
al ver a los africanos,
dieron la alarma y echáronse
las campanas a rebato.
Cubriéronse en un momento
las defensas de soldados;
y los moros de Valencia
hechos al gobierno blando
del Cid, y más que a él temiendo
ya a sus correligionarios,
acudieron a los muros
a ayudar a los cristianos;
pues los moros mudejares,
como apóstatas mirados
por los berberiscos, eran
contra los suyos más bravos.
El cuadro era animadísimo,
pintoresco el espectáculo
de las carabelas árabes
en su arribo y desembarco.
Se acercaban a la playa
cual banda de ánades blancos,
y en tierra echaban sus hombres
sus blancas lonas plegando.
Unos salían en botes,
otros sacaban a nado
sus corceles de batalla,
camellos y dromedarios.
Todo era tumulto, gritos,
caídas y encontronazos;
y en tal desorden, de moros
se iba la playa llenando.
El Cid llamó a sí a Jimena,
y tras Jimena llegaron
sus hijas sobresaltadas
y sus maridos muy pálidos.
Acudió Alvar de Minaya
y el buen escudero honrado
don Ordoño y el valiente
Pero Bermudo, su hermano.
Y acudió, en fin, la nodriza
Bibiana, que por sus años
llegó la última, mover
no pudiendo aprisa el paso.

«¡Ah, perros!—decía el Cid—
salid, salid, que aquí estamos.»
Y bajo uno a otro sus yernos
se decían: «¡Mira cuántos!»
Doña Jimena y sus hijas
veían con sobresalto
desembarcar tantos moros
e irse por la playa entrando;
y el Cid las decía: «¿Veis
todo ese fiero aparato
de guerra y todo ese tren
de camellos y caballos?
Pues cuanto más traen, con más
se hallan luego embarazados,
porque luego entran en lid
en desorden como bárbaros.
Esa es la ventaja nuestra:
nosotros, disciplinados,
con plan combinado entrándoles,
cuantos más son, más matamos.
Jimena, a quien no alentaba
su militar entusiasmo,
viendo tal turbión de moros
escuchaba al Cid temblando;
y éste a Alvar Fáñez volviéndose
y a los deudos y allegados
que tenía en torno, díjoles:
«Vamos, amigos, salgamos
a darles la bienvenida
como hombres bien educados,
y que vean estas damas
que sabemos hacer algo.»
Y el Cid, sus yernos, Minaya
y Ordoño y Bermudo echando
por su caracol torcido,
de la torre se bajaron.
A poco el Cid y sus deudos,
de un escuadrón muy bizarro
de castellanos jinetes
a la cabeza, amparados
de las huertas por los árboles,
furiosos desembocaron
como una tromba en la playa
sobre los árabes dando.
Éstos, que andaban sin miedo
en su multitud fiados,
al verse asaltados antes
en grande pavura entraron.
«¡Alá huakbar!», exclamaban
los árabes reculando;
y el Cid, matando e hiriendo
gritaba: «¡Cristo y Santiago!»
Los moros cuán pocos eran
viendo al fin, avergonzados
se rehicieron y cercáronles
grandes alaridos dando.
Doña Jimena y sus hijas
no les vieron más; y en lo alto
de la torre, por perdidos
dándoles se arrodillaron.
Mas mientras ellas arriba
por ellos a Dios orando
temblaban, lo hacían ellos
como demonios abajo.
El Cid echaba por tierra
con cada bote un pagano,
y Minaya una cabeza
cortaba con cada tajo.
Entre un cerco de cadáveres
y de sangre sobre un lago
quedaron los burgaleses,
de los moros con espanto.
Mientras los que le cercaban
vacilaban, esperando
el refuerzo que pedían
a gritos desesperados,
el Cid amagó una carga
hacia adelante, aclarando
tras de sí el espeso círculo
de los moros engañados.
—¡Vuelta!, ¡vuelta!, gritó entonces
rompiendo por lo más claro,
y emprendió la retirada
abriendo a los suyos paso.
Los moros, que comprendieron

del Cid ya tarde el engaño,
le vieron, con rabia inútil,
volver a Valencia salvo.
Los dos condes de Carrión
en el centro colocados
de la hueste, no tuvieron
que hacer más que ver callando:
mas al volver grupas, ellos
a retaguardia quedaron
por su miedo o su torpeza,
y lo vieron con espanto.
Bermudo, habiendo advertido
que eran de espíritu flacos,
a la vera se les puso
previniendo un feo caso.
Y a tiempo fué; porque un moro
de gran talla y bien montado
que tenazmente veníales
la retaguardia picando,
alcanzó, audaz, a don Diego;
y éste, en lugar de afrontarlo,
espoleó el cansado potro,
a las crines agarrado.
Bermudo, con imprevisto
quiebro y bote zurdo y rápido,
tendió al moro, y a las bridas
de su montura echó mano.
Dióselas listo a don Diego
y dijo: «Tomad, cuñado;
decid que al moro matasteis
que le montaba, y honraos
con mi golpe; que, pues, nadie
volvió la cara a mirarlo,
callaré del Cid por honra
tomando la vuestra a cargo.»
El Cid, que oyó hablar tras él,
la faz sin parar tornando
dijo: «¿Qué fué eso?» y Bermudo
respondió con desparpajo:
«Que don Diego mató un moro,
»y siendo bueno el caballo
»que traía, le recoge
»como campeador de garbo.»

Pagóse el Cid del buen hecho,
sonrió a los dos hermanos,
y entró en Valencia, a sus hijas
tan buenas nuevas llevando.

—

Búcar asedió a Valencia
de tomarla esperanzado
siendo los del Cid tan pocos
y sus musulmanes tantos;
pero el Cid la mantenía,
y el cerco se iba alargando
y según perdía él gente
los del Cid cobraban ánimo.
Los dos condes de Carrión,
don Diego por lo pasado
con el moro, y por andar
con tercianas don Fernando,
no habían gran papel hecho,
mas tan mal no habían quedado,
y el Cid les miraba bien
al de sus hijas mirando.
Nadie, por respeto al Cid
hubiera emitido un fallo
contra su valor, si en tierra
no diera con él el diablo.
Quiso su mala fortuna
que una siesta, reposando
el Cid, con el codo puesto
en el brazal del escaño,
y apoyada la cabeza
en la palma de la mano,
su sueño estuvieran ellos,
Ordoño y otros guardando.
Hablaban de juglerías
y reían por lo bajo,
ahogando sus carcajadas
en la boca con la mano
por no despertar al Cid,
cuando de pronto estallaron
voces de «¡guarda el león!»,
que aturdieron el palacio.
Era que el mayor de aquéllos,

del Rey de Persia regalo,
habíase de su jaula
por un descuido, escapado.
El león, al que tal vez
en Persia habían hecho manso,
contento de verse libre,
dando rugidos y saltos,
su fué de cámara en cámara
metiendo, hasta que en el cuarto
do estaba el Cid presentóse
la melena espolvoreando.
Bermudo, Ordoño y los otros
que allí estaban, esperaron
a ver que hacía, los hierros
a precaución empuñados;
mas los condes de Carrión,
sólo a su miedo escuchando,
dieron dos pruebas ridículas
de un miedo indigno de hidalgos.
Don Fernando, de un sillón
se escondió tras el respaldo,
como si contra una fiera
fuese tal mueble resguardo,
y don Diego, como huyera
un chisco de un espantajo,
salió de la sala huyendo
por un postigo excusado.
El Cid, con calma serena
se fué al león, y atusándolo,
la greña le asió y llevóselo:
lo que pareció milagro.
Enjaulóle; al leonero
riñó por su mal cuidado,
y a su aposento volvióse:
mas a sus yernos buscando,
le dijo Ordoño, riendo:
«De uno yo os daré recaudo,
que aquí se agachó por ver
si era el león hembra o macho.»
Y echando a tierra el sillón
mostró al conde don Fernando
trémulo aún de pavura
cual liebre cogida en lazo.

Sonrojóse el Cid por él:
mas su sonrojo dió en asco
cuando supo que don Diego,
ciego y desatalentado
de pavura, unos corrales
vecinos atravesando,
en un muladar, huyendo,
había consigo dado.
Una situación ridícula
es para el hombre más sabio
atolladero del cual
jamás sale bien parado;
y el Cid, aunque hombre de guerra,
hombre de instinto y de tacto,
quiso evitar que el ridículo
por él llegase hasta escándalo.
Calló, pues: llevóse a todos
tras de sí, y salió del cuarto,
dejando en él sin decirle
nada al conde don Fernando.
Pero produce el ridículo
peor herida que el dardo;
la de éste se venda y tapa
y aquél no hay cómo taparlo;
y las heridas al aire
con él se enconan, y al cabo
matan: y las del ridículo
pulverizan como el rayo.
Lo de los Condes se supo
hasta entre el vulgo villano;
y honra que el vulgo mancilla
jamás se limpia de fango.

II

Con los condes de Carrión
venido había a Valencia
el sombrío encogullado
que con ellos se aposenta.
Desde que al conde, su padre,
Dios llamó a la vida eterna,
quedó en Carrión cual si fuese
de la condal parentela.

De seglar y de eclesiástico
a un tiempo con apariencia,
puesto que el sayal se endosa
por temporal penitencia
y en él viviendo, en el mundo
que puede cumplirse prueba:
para el mundo bajo el hábito
a amparo está de la iglesia.
Eran costumbres del tiempo;
y en todos en nuestra tierra,
haciendo a pelo y a pluma
ha habido y hay gente de ésta.
Si es disfraz, es bueno y cómodo;
pues con él cubre completa
su figura y su aire oculta
si es que disfrazarse intenta.
Si de buena fe lo endosa,
tiene la ventaja inmensa
del respeto que se capta
la buena fe en todas épocas.
Ayo, intendente y maestro,
y consejero, gobierna
en Valencia como en Burgos
de los dos condes la hacienda.
Los mozos, de seso escasos,
dominados por su inercia
y su vanidad de infantes,
por él gobernar se dejan.
Y como él jamás en nada
les coarta ni escasea
y les alivia del peso
de cuidados y de cuentas,
viven, hechos desde jóvenes
a estar en su dependencia,
como pródigos pupilos
en generosa tutela.
Observa aquel personaje,
como en Burgos, en Valencia
una intachable conducta
y una absoluta reserva.
Jamás sale de su círculo,
jamás relaciones mezcla
con las que contraen los condes
y a su deber se concreta.
Administra, disciplina
la servidumbre; sustenta
en buen orden de la casa
oficios y dependencias;
y no hay nada que el servicio
desnivele ni entorpezca,
y siempre está a su mandato
todo a punto y todo en regla.
Como en nada se entromete
y en nada por nada entra,
ni aspira a mando ni influjo
en Castilla ni en Valencia;
como de administrador
sólo el papel representa
y en el interior gobierno
de casa no más se emplea,
ni nadie de él se apercibe,
ni nadie de él se recela,
y todos dentro de casa
de los condes le respetan.
A nadie tal vez gustando
su aire sombrío y faz tétrica
y a nadie siendo simpático
tal vez, nadie se le acerca.
Desde que a Valencia vino
tomó una costumbre nueva,
pasea de noche: acaso
por necesidad higiénica
de movimiento y de aire;
pero sólo se pasea
por las calles silenciosas
que la morería puebla.
Y al pasar ante los moros
reunidos a sus puertas,
al *Salam aléika* de ellos,
aleikum Salam contesta.
Santón cristiano creyéndole,
a su virtud o a su ciencia
remedio o socorro pídenle
de enfermedad o miseria:
y él al enfermo visita,

y alarga al pobre monedas
y a ningún moro el cristiano
remedio o socorro niega.
Alguna vez en la casa
de enfermo o pobre le espera
alguno con quien a solas
bajo y aparte conversa.
Y alguna vez uno de esos
sigue a la playa desierta
y algo de la mar aguardan
según lo que la contemplan.
Mas siempre a la despedida
de éstos, al *Salam aleika*
dice *askut wa Allah iaunek*,
silencio y Dios te proteja.
Jamás vuelve tarde: asiste
de los condes a la cena
siempre, y a solas con ellos
entonces de sobremesa,
es cuando de sus negocios
les habla, y les aconseja,
y, alma de ellos, le obedecen
como al viento las veletas.
Y ángel bueno para ellos
o divinidad maléfica,
él parece que ha de ser
quien les salve o quien les pierda.
He aquí por qué del mal día
en la noche a horas primeras,
en su cámara los condes
decía de esta manera:
«Reasumamos los hechos
y saquemos consecuencias.
Los hechos son que os sacó
los primeros a pelea
y os puso en riesgo de muerte
a retaguardia a la vuelta,
do a ti te ayudó Bermudo
sin que tú se lo pidieras.
Que hoy en el cuarto en que estabais
metió un león; cuya fiera
con vosotros fuera brava
aunque con él sea doméstica.
Ahora oíd: de estos dos hechos
saco yo estas consecuencias:
os sacó el Cid los primeros
a lid porque allí murierais.
Visto que salíais horros,
en ya fatigadas bestias
os dejó a la retaguardia
para que el moro os cogiera.
Al ver que vuestros caballos
conservaban aún sus fuerzas,
Bermudo contra un moro ebrio
por mandrias os dió defensa.
El Cid, que os dió sus dos hijas
sólo al Rey por deferencia
o por no poder negárselas,
no quiere que sean vuestras.
Y al sacaros contra Búcar
y al echaros una fiera,
sólo quiso en ambos casos
vuestra muerte o vuestra afrenta;
pero muertos o afrentados
es aquí una cosa mesma:
conque de la muerte se huye
y las afrentas se vengan.
¿Queréis seguir mi consejo?
Salgámonos de Valencia
con sus hijas; yo os diré
cómo habéis de devolvérselas.»
Los condes, mozos que andaban
con las mandíbulas trémulas
en casa del Cid, corridos
de pavura y de vergüenza,
aceptando el mal consejo
resolvieron, con vileza,
disimular hasta cuando
vengarse y huir pudieran.

—

Huir no necesitaron:
el Cid, que está que revienta
de cólera por sus yernos,
mas que con ellos no piensa
desfogarla, sus enojos

porque a sus hijas no hieran,
determinó aquella noche
contra los moros volverla.
Llamó a consejo a sus jefes
y adalides de más cuenta,
y una salida nocturna
les propuso. Una tormenta
amagaba; al estallar,
entre granizo y centellas,
del campo moro asaltaron
estacadas y trincheras.
Dentro ya del campo, dieron
fuego a prevenidas teas,
y empezaron como diablos
a incendiar chozas y tiendas.
Los moros supersticiosos,
desvelados de sorpresa,
al ver tantas luces móviles
cobardes se desconciertan.
Los del Cid van de concierto
en bien concertada empresa:
los moros desconcertados
a concertarse no aciertan.
Los del Cid hieren y matan,
derriban, rompen e incendian,
y al pabellón del rey Búcar
el Cid a caballo llega.
Búcar tuvo apenas tiempo
para echarse a la carrera
sobre un caballo espantado
sin arneses y sin riendas.
El Cid gritaba, siguiéndole:
«¡Yo soy el Cid!, ¡tente, espera!»
Búcar taloneaba el bruto
y cerraba las orejas.
Los moros, con él huyendo,
llegaron a la ribera,
y a las ondas se arrojaron
a alcanzar sus carabelas.
Empezó a rayar el alba
y con alegría inmensa
de los del Cid, alumbró
de moros libre a Valencia.

Búcar y los venturosos
que no quedaron en tierra
muertos o esclavos, al África
tornaban a remo y vela.
Cogió el Cid botín riquísimo,
apresó huestes enteras;
el tesoro del Rey Búcar,
su favorita Zuleika,
su alfanje de puño de oro,
su fez con borlón de perlas;
diez y ocho xeques aliados
que por salvar la existencia
ofrecieron en rescate
tanta plata como pesan,
y tantos caballos, que hubo
que venderlos por las ferias.
Y en medio de un campaneo
triunfal y de la frenética
gritería de las turbas
que casi en vilo le llevan,
cubierto de sangre y lodo
llegó al pie de la escalera
de su alcázar, el buen Cid
y a los brazos de Jimena.

—

Al cerrar de aquel buen día
la noche azul, a presencia
del Cid, pidieron los condes
de ser admitidos venia.
El noble Cid recibióles
como si olvidado hubiera
lo pasado, y cual debía
a los que sus yernos eran.
De partirse a Carrión ellos
le demandaron licencia
y de llevarse consigo
sus mujeres a sus tierras.
El Cid, pues son sus maridos
y poder tienen sobre ellas,
se la otorgó, pero díjoles
con voz firme y faz serena:
«Lleváoslas y tratádmelas

como a hidalgas ricas hembras,
que os las dió el Rey, y son hijas
mías y mujeres vuestras.»
Ambos se lo prometieron,
y en las nocturnas tinieblas
partieron con sus mujeres,
siervos, bagajes y acémilas.

Jimena abrazó a sus hijas
de angustia insólita presa,
cual si en vez de ir a sus casas
ambas al suplicio fueran:
y el Cid salió a acompañarlas
hasta el confín de las huertas,
de la vega a la salida
con emoción despidiéndolas.
Cuando vió el Cid alejarse
su comitiva por ella,
dijo a su sobrino Ordoño:
«Sígueles a la encubierta;
porque el corazón me acosa
no sé qué inquietud secreta;
que hombres cobardes con hombres,
no son buenos con las hembras.»
Dió a Ordoño un tabardo burdo
y una corredora yegua,
y aquél partió tras los condes,
y el Cid se tornó a Valencia.

—

Y mientras a ella volvía,
lleno de inquietud y pena
a sí mismo se decía:
«¿Si tendrá razón Jimena?
¿Si Dios a toda una grey
por culpa de uno condena?
¡Mas de *Él* no puede ser ley
ley tan de justicia ajena!
¡Buenos yernos me dió el Rey!
Dios nos la depare buena.»
Y en su corazón leal
sintiendo de algún mal hecho
presentimiento fatal,
se fué aquella noche al lecho;
pero se duerme muy mal
con afán al suyo igual;
y el Cid, a lo que sospecho,
no hizo sueño de provecho
con presentimiento tal.

III

Ardía en fiestas Valencia;
el placer era común
entre el cristiano y el moro;
y entre el Korán y la Cruz
había un lazo de unión:
la justicia y la virtud
del Cid, que hacía dichosos
ambos pueblos; que según
su rito y genio, aplaudían
su brío y solicitud
en pro de la que fué corte
del hijo de Aly Maimún;
dando al moro los cristianos
seguridad y quietud
para hacer sus saltos árabes
y merendar su kuzkuz.
Al son de sus motes bárbaros
marroquíes y tumbuctús
y sus agrios guitarrillos
que conservamos aún,
bailaban sus danzas godas,
y entre oro, flores y luz
e incienso, con salmos e himnos
daban gracias a Jesús.
Jimena y el Cid pasaron
dos días de honda inquietud,
cual si resonara en su alma
la voz de algún mal augur.
Traspuso el sol del segundo
y comenzó el cielo azul
de la noche a entenebrarse
bajo el lóbrego capuz.
De repente, descuajando
la puerta, como un alud

cayó en la cámara Ordoño,
y exclamó el Cid: «¡Aquí tú!»

—

—Yo, dijo Ordoño, que entrando
al cansancio se rindió,
dando en el suelo sin habla
falto de respiración.
Ayudóle el Cid a alzarse;
Jimena se le acercó
de miedo y de angustia trémula;
y dijo Ordoño: «Señor,
dejadme tomar aliento;
y perdonadme los dos
si os hago el alma pedazos
con lo que a deciros voy.
—¡Habla!—exclamó el Cid ceñudo.
—¡Habla, Ordoño, habla, por Dios!,
dijo Jimena, sintiéndose
desfallecer. Alentó
Ordoño y con contristado
semblante y cóncava voz,
comenzó de su deshonra
la tremenda relación.
Mas Ordoño, hombre de espada,
pero no hábil narrador,
así por dar pormenores
el alma les torturó:
«Les fuí, según me mandasteis,
siguiendo con precaución,
hasta que en Tormos pararon
ya en mitad del cielo el sol.
Fuí a apostarme al otro lado
del lugar, y de Aragón
a la vista del camino;
del pueblo a poco salió
toda su gente, llevándose
las acémilas en pos,
y de Aragón por la vía
a buen paso continuó.
Yo esperé oculto a los condes
en la choza de un pastor
hasta que salieron: iban
doña Elvira y doña Sol
entre sus maridos, yendo
como escucha y conductor
aquel hombre encogullado,
su guía y su perdición.
En vez de seguir camino
derecho, aquel gran traidor
les metió en el robledal,
y eché a pie tras ellos yo.
De los troncos guareciéndome
y a rastra como un hurón,
fuí sin perderles la huella
del monte hasta lo interior.
Cuando aquel vil, en lo espeso
en seguró se juzgó,
lejos de toda vereda
y de toda población,
echó pie a tierra; los condes
también; cada cual ató
su bestia a un árbol, y entonces
oí de Elvira la voz;
mas ni entendí sus palabras,
ni ví por qué voces dió,
pues me hube de echar de bruces
con gran precipitación;
porque, a la voz de mi prima,
los tres con ojo avizor
escudriñaron en círculo
cuanto su vista abarcó.
A poco hasta mí llegaron
grandes gritos de dolor
con que espritadas pedían
vuestras dos hijas perdón.
—¡Acaba, por Cristo!, ¿qué era
de ellas?—el Cid exclamó.
Y siguió Ordoño: —Azotábanlas
desnudas a ambas a dos.

Se hincó Jimena aterrada:
y un salto atrás el Cid dió,
encrespándosele de ira
las greñas como a un león.
—¿Y no les mataste?—dijo:
y dijo Ordoño —Señor,

si a mí me mataran ellos,
¿quién fuera de ellas en pro?
¡Solas, desnudas, atadas,
con los lobos, que en montón
en husmeándolas hubieran
acudido en derredor!
Convencido y aterrado
el Cid, por tal reflexión,
calló un momento, mas rápido
así el diálogo anudó:

CID. Mas, ¿qué es de ellas?
ORDUÑO. Salvas.
CID. ¿Dónde?
ORD. En la choza del pastor.
Por muertas se las dejaron,
y como Dios me inspiró
yo cubrí su desnudez
y atendí a su salvación.

Entonces el Cid, los ojos
llameándole de furor,
de un balcón que da a la plaza
sobre el barandal se echó;
y asiendo el clarín que lleva
colgado en el cinturón,
su agudo toque de guerra
furioso al aire lanzó.
Surgieron como evocados
sus hombres bajo el balcón,
y el Cid gritó con voz tal
que la plaza estremeció:
«¡A caballo por mis hijas!,
y de ellas y de mi honor
a pedir cuentas al Rey
y a los condes de Carrión!»
A este toque y a este grito
Jimena se levantó,
y abrazándose a su esposo
del miedo con el temblor
le dijo: «¡Dios nos castiga
humillémonos a Dios.»
Y el Cid, en la frente pálida
besándola con amor,
dijo, irguiéndose radiante
de fe sin superstición:
«¡De Dios acepto el castigo;
pero de los hombres, no!»

IV

Cundió por Valencia al punto
la nueva del hecho atroz,
y cambióse la alegría
en ira e indignación.
Alvar Fáñez de Minaya
al alcázar acudió
con todos los ricos homes
y adalides; y en montón
de cristianos y de moros
multitud tras él entró,
a dar testimonio al Cid
de su pesar y adhesión.
Alvar, dando a todos gracias
por el Cid, les despidió:
y templando sabiamente
su primera exaltación:
«Pensemos primero en ellas,
dijo el Cid: que si el Rey no,
para hacer justicia en ellos
bastamos nosotros dos.»

XIV

I

Tornó aquella noche Ordóñez
del buen pastor a la choza,
con tres literas cerradas
guardadas por buena escolta.
Llevaba Bibiana en una
bálsamos, lienzos y ropas
para Elvira y Sol, heridas
en la carne y en la honra.
Trajéronlas a Valencia:
en sus brazos recibiólas

Jimena deshecha en lágrimas;
y su lamentable historia
queriendo su padre y ella
saber de su misma boca,
ellas respondieron sólo
de ira y de vergüenza rojas:
«¡Venganza!, hasta estar vengadas
»dejadnos mudas y sordas.»
Su justo horror comprendiendo
a recordar su deshonra,
respetaron su reserva
delicada y pudorosa.
Las tres damas a llorar
se encerraron su congoja,
y el buen Cid con Alvar Fáñez
venganza a concertar pronta.

Hombre Arías de buen consejo,
dió al Cid el de que a la hora
al Rey ante sí mandase
una carta clara y corta.
Dictósela, pues, Minaya
y él de su puño escribióla
concisamente, encerrándola
en estas palabras pocas:

«Rey, mi señor: vos tratasteis
»de mis dos hijas las bodas,
»y en sus maridos las disteis
»verdugos que las azotan.
»En el robledal de Tormos
»ayer amarradas, solas,
»azotadas y desnudas
»las dejaron. A vos toca
»hacerlas justicia, y voy
»a pedírosla en persona:
»porque para su venganza
»poder y brío me sobran.
»Mas como vos sois mi Rey
»y de ellas padrino, pronta
»de vos espero la una
»antes de tomar la otra.»

Esta carta breve, clara,
firme a par que respetuosa,
fiada a Pero Bermudo
fué con orden perentoria
de partir al Rey a dársela,
anunciándole la próxima
llegada del Cid en cortes
a hacer su demanda en forma.
Partió Bermudo, la noche
al caer: y al rayar la aurora,
novecientos caballeros
que a seguir al Cid se aprontan,
le esperaban ya en el patio;
y los caballos que monta
en jornada y en combate,
piafaban sobre sus losas.
Dejando el Cid a Jimena
por él de gobernadora,
y a Alvar Fáñez de Minaya
por adalid de sus tropas,
en lo alto de la escalera
armado de casco y cota,
de esquinelas y quijotes,
de brazales y manoplas,
apareció en tren de guerra,
envolviendo su persona
un manto blanco, que airoso
terciado a media le emboza.
Saludó su aparición
la gente, unánime toda
en mostrarle cuán a pechos
su afrenta y su causa toma.
A despedirle al umbral
salió Jimena, su esposa;
y al abrazarle le dijo
puesta en su oreja la boca:
«Ruy, no entres en lid tú mismo,
que no es justo que tú expongas
una vida tan honrada
contra gente tan traidora.
—Descuida, la dijo el Cid,
y quédate sin zozobra:
que yo pondré en buenas manos
mi Colada y mi Tizona,
y no entrarán en la lid
más que mis espadas solas:

a no que... un Rey entre en ella
de nuestras hijas en contra.
—¡Dios no lo quiera, y ampare
nuestra causa!, dijo ansiosa
Jimena; y el Cid repuso:
—Dios aprieta, mas no ahoga.»
Montó a caballo: rompió
la marcha; y haciéndose ondas
se abrió paso victoreándole
la gente cristiana y mora.

Su sobrino Ordoño Ordóñez
quedándose atrás a posta,
esperó a Alvar, que platica
con el Cid y órdenes toma.
Salió Alvar hasta los muros:
y al tornarse, en una angosta
calleja al meterse, Ordoño
le abordó sin ceremonia.
—Tío, le dijo, escuchadme
dos palabras que me importa
deciros aquí que nadie
nos oye ni nos estorba.
—Di—le respondió parándose
Minaya—: y con misteriosa
precaución entabló Ordoño
plática así:

ORDOÑO. Hay una cosa
que ayer no dije yo al Cid
de sus hijas en la historia,
y sobre la cual os pido
consejo.
MINAYA. Di.
ORD. Entre las hojas
de los chaparros, a rastra
avanzando como una onza
que caza, llegué al teatro
de aquella escena afrentosa.
Solas creí ya a mis primas:
pero con asombro y cólera,
vi a aquel ayo de los condes
que, rezagado, con sorna,
las decía, ya a caballo:
«Conque hasta más ver, señoras.
Yo perdí por vuestro padre
nombre, amor, fortuna y honra:
veinte años hace que rumio
esta venganza sabrosa;
y mientras de él cobro el resto,
me he cobrado esto en vosotras.»
MIN. ¡Y no le matastes!
ORD. No era
cuestión de entonces. Si tornan
los tres sobre mí, ¿quién salva
de los lobos a las otras
amarradas a dos árboles?
MIN. Es verdad.
ORD. Decidme ahora:
¿se lo digo al Cid?
MIN. Jamás.
ORD. ¿Le mato?
MIN. En cuanto le cojas.
ORD. ¿No adiviníais vos quién sea?
MIN. ¿Quién da en ello? ¡Uno a quien
[de honra,
nombre y bienes privó el Cid!
ORD. Y de amor.
MIN. Eso y más obra
la ciega casualidad
en la guerra. En nuestra propia
tierra y la extraña hemos hecho
tantos estragos, tan hondas
desgracias hemos causado,
tantos palacios y chozas
quemado, tantas familias
exterminado, que es cosa
natural que haya como ése
algunos. Tocóle novia,
tierras, parientes y pruebas
perder a ése... y ¿quién sonda
de esa existencia el misterio?
ORD. Mas, tío, aquella faz hosca
y aquella voz y aquel aire
y aquel ojo, ¿a la memoria
no os trajeron el recuerdo

de alguno visto en remota
tierra o edad?

MIN. Yo no hice alto
en él: quizás le reconozca
si le miro atentamente.
Mas, entre los mil que odian
al Cid y a los que de él somos,
desde el sitio de Zamora
y el juramento de Burgos,
ése que rumia en la sombra
tal venganza contra el Cid
es víbora ponzoñosa
de que es menester librarle
cuanto antes y a toda costa.

ORD. Esa corre de mi cuenta.

MIN. Pues no la dejes que corra.

ORD. Ya sabemos dónde el nido
tiene.

MIN. Pues en él sofócala,
antes que como a sus hijas
toque al Cid con su ponzoña.
Mas, si puedes, hazlo, Ordoño,
sin que él ni la tierra lo oiga,
que hombre que sabe secretos
del Cid que todos ignoran,
que tales infamias fragua
contra el Cid y así las logra
preparándolas veinte años
con tenacidad diabólica,
debe morir sin hablar:
de una estocada bien honda
en los pulmones o ahogándole
con la cuerda de una horca.

Siguió Minaya, esto dicho,
su camino, y mientras trota
él por la ciudad, Ordoño
tras del Cid pica y galopa.
Mas iba así discurriendo:
«No es comisión muy honrosa
para un noble, hombre de guerra;
mas bien mi tío razona.
Se ahuma al grajo; se atrapa
entrampándola a la zorra,
se aplasta al sapo y la víbora,
y a un monstruo se le acogota.
Y a más, arriesgar debemos
los de Vivar vidas y honras
por las del Cid, aunque infames
muramos en la picota.»

Así razonaban todos
los de Vivar, gente tosca,
mas del Cid en cuerpo y alma,
de él y de su honor idólatras.

II

Los de Carrión entretanto
no se dormían: el monstruo
que fraguó su crimen, díjoles
de hacerlo justicia el modo.

El conde don Suer González,
riquísimo y poderoso
barón, viudo de la infanta
doña Elvira, la de Toro,
de doña Urraca privado
y el más tenaz y más hosco
enemigo del Cid, era
tío de los condes mozos.
A él se fueron, y con él
entrando el ayo en coloquio,
vuelta completa y distinta
faz dió a su hecho alevoso.
Díjo que el Cid por quitarles
sus hijas con sus tesoros
y sus regalos de bodas,
a que asintió temeroso
del Rey, les dejó en la lid
a la merced de los moros,
el valor con que salváronse
atribuyéndose Ordoño.
Que viendo que por su brío
de la lid salían horros,
les echó un león doméstico
para el Cid y algunos pocos
de los suyos; mas que a ellos

iba a arrojarse furioso,
y que a no huir, desarmados,
hubiérales hecho trozos;
y, en fin, que el Cid, no pudiendo
matarles bien y de modo
que accidental pareciese,
puso, taimado, ante todos
en deshonor y en ridículo
a sus yernos, y llevólos
con arte infernal a verse
sumidos en tal oprobio.
Befados, escarnecidos,
deshonrados, encerrólos
durante el sitio en sus cámaras
para impedir que animosos
desmintieran sus calumnias
con hechos bravos y heroicos,
partido haciéndose acaso
contra el Cid, de ellos celoso.
Que corridos y afrentados
les hizo salir con dolo
de la ciudad por la noche
temiendo algún alboroto:
y entonces ellos, de la ira
y la vergüenza en el colmo,
se vengaron en sus hijas
en el robledal de Tormos.

Con esta infernal destreza
dió vuelta el ayo al negocio
tan favorable a los condes,
que el juicio contradictorio
pudiera bien sostenerse
contra el Cid, cuando a los ojos
del Rey y de jueces fuera
el someterle forzoso.
Don Suero, en su enquina antigua
contra el Cid, con alborozo
viendo la causa así vuelta
contra él, se la echó a hombros.
Juntó partido, hizo bando,
armó escándalo mañoso
y alzóse en pro de los condes
y contra el Cid amparólos.

Bajo esta faz colocado
el hecho atroz de los mozos
por la malicia diabólica
de su instigador incógnito,
estando en Toledo cortes
celebrando, con asombro
la carta y queja del Cid
recibió el Rey don Alfonso;
y, padrino de sus hijas,
tomó el Rey a grande enojo,
el mal hecho de los condes
como afrenta hecha a sí propio.
Comunicóla a las cortes;
mas ya la intriga y el oro
en ellas habían creado
parte y bando por los otros.
Don Suero, con grande audacia
acusó al Cid de orgulloso,
que dándose aires de Rey
había pretendido, loco,
ser más que el Rey en Castilla,
intentando por el cobro
de la dote asesinar
de sus hijas a los novios.
Que siendo él un vil labriego
de Vivar, y de los Godos
Reyes descendientes ellos,
le había sido ventajoso
pues su villanía honraba,
tan desigual matrimonio.
Que había obrado con sus yernos
como hombre facineroso
y felón, a ir invitándoles
a su casa, y en su propio
hogar tratándoles luego
tan mal y tan sin decoro,
que hasta hizo que de inmundicia
les enlodasen el rostro,
para decir que se echaron
en sitio inmundo medrosos;
y que cuando ellos con brío
se salvaron de aquel ogro,

en sus hijas se vengaron
con mucha razón en Tormos.
Que él acusaba por ellos
al Cid de vil y alevoso,
y que estaba a apadrinar
a sus dos sobrinos pronto.
Al oír tales denuestos
contra el héroe más famoso
por su lealtad e hidalguía
de todo el mundo católico,
los más nobles castellanos
echaron mano a los pomos
de sus espadas, en liza
convirtiendo el consistorio.
Los de don Suero llegaron
hasta sacar de los forros
las suyas delante al Rey;
quien de ira y vergüenza rojo
por su dignidad ajada,
puesto de pie ante su solio,
su cetro y sus reyes de armas
metió en aquel pandemonium.
Apaciguóse el tumulto:
avergozáronse todos;
pidieron al Rey excusa,
tornó el congreso al reposo
y el Rey dijo: «El Cid me anuncia
que llegará aquí muy pronto,
y hasta oírle yo, de parte
del Cid ausente me pongo,
porque no creo, ni pienso
que ninguno de vosotros
creerá que tal caballero
dé en tan gran facineroso.
«Gracias, señor, dijo entrando
»el Cid, descubierto y solo;
»tras treinta años de ser lo uno
»no puedo en un mes ser lo otro.
»Escrita os envié mi queja
»y estoy mi demanda pronto
»a entablar contra mis yernos:
»sed vos juez entre nosotros.»
Mandó el Rey al Cid Ruy Díaz
poner al pie de su trono
un escabel, y sentarse
de infante con el decoro.
Nombró en seguida seis próceres,
tribunal de jueces probos
que el pleito del Cid juzgasen:
presidirle hizo a propósito
a don Ramón de Borgoña,
yerno suyo, que en el código
del honor era tenido
por el profesor más docto;
y abrióse en cortes el juicio
presente el Rey don Alfonso
y ante él acusó a los condes
el Cid, de palabras sobrio.
Limitóse a repetir
lo escrito al Rey; afirmólo
con juramento y pidió
el combate y el divorcio.
Don Suero, y sirviendo a éste
de mentor el ayo torvo
de los condes, defendióles
en un discurso capcioso
tornando el hecho en pro suya.
El borgoñón, diestro y lógico,
fué en pro del Cid deshaciendo
su inverosímil embrollo.
Discutiéronlo en secreto
los seis jueces, y en apoyo
del Cid hallando las pruebas
sentenciaron a los mozos:
a devolver a Ruy Díaz,
como él demandaba, todo
el dote de sus dos hijas,
sus dos espadas, el oro,
plata y joyas del Rey persa,
que era un haber muy valioso,
y los caballos y arneses
y por último el divorcio;
debiendo, además, quedar
por infames y alevosos
si al juicio de Dios no osaban
apelar y a salir horros.

Don Suero y los del partido
de los de Carrión con él
dijeron que el Cid mostraba
avaricia y mala fe.
Que demandando el divorcio
y el dote, mostraba bien
que lo que el Rey había hecho
intentaba él deshacer;
lo que de hombre tan avaro,
que había obrado con doblez,
y que mentía perjuro,
se podía suponer.

El Cid, sintiéndose herido
con armas de tan ruin ley,
dijo, ante el Rey y sus cortes
poniéndose, altivo, en pie:

«Yo ni he mentido jamás,
»ni hoy ni nunca mentiré:
»cuando yo digo esto es esto,
»éso y no más es lo que es.
»En una contienda de honra
»entre hidalgos de mi prez
»y hombres que azotan a hembras,
»no eran jueces menester.
»Quién soy yo y quién son los condes
»saben todos y yo sé:
»si pido que mis espadas
»y mis alhajas me den,
»no las pido por miseria
»ni por sórdido interés:
»las pido porque en sus cintos
»sin honra aquéllas no estén:
»y éstas, porque yo con ellas
»sólo a mis hijas doté;
»y, pues, de ellas se divorcian
»derecho no han a su haber.

»Que han azotado a mis hijas
»es tan cierto, que en su piel
»de los sangrientos azotes
»las cicatrices se ven;
»por eso pido el combate,
»sangre suya para ver;
»que es justo que la justicia
»sangre por sangre me dé.
»¡Si no!..., yo jamás al campo
»me he de echar contra mi Rey;
»mas soy el Cid y a Vivar
»sobre Carrión echaré.»

Dijo el Cid, y como un hombre
resuelto con su deber
a cumplir, volvió a sentarse
con reposo en su escabel.
El Rey dió por bueno el fallo
y a los dos condes un mes
para entrar en lid cerrada
con el Cid, siendo él el juez.
Don Suero y los de su bando,
al Cid por escarnecer,
de imponerles condiciones
tuvieron la avilantez.
Don Suero dijo que él iba
padrino en la lid a ser,
y que no terciaba en ella
por no hacerla de uno a tres:
mas que del Cid rechazaba
la entrada en ella, porque
los condes son dos y mozos
y el Cid uno y viejo es.
Todos los nobles de seso
se volvieron contra él
ante injuria tan excéntrica,
inútil y descortés.
Y el Cid dijo sonriendo
con soberano desdén:

«Lo que vos y vuestros condes
rechazáis no es mi vejez,
sino la liza conmigo
por miedo que me tenéis.
Mas podéis tranquilizaros
vos y ellos; porque a mi vez
rechazo yo campeones
que no están a mi nivel.
Mis dos espadas por mí
en buenas manos pondré,
y entrad en lid los tres juntos

contra mis dos, y veréis
que mis dos campeones bastan
y sobran para los tres.
—Han de ser nobles de raza,
dijo don Suero. —¡Pardiez!,
repuso el Cid, no descienden
de los godos: mas si hacer
no pueden por su abolengo
con los de Carrión papel,
entrarán por ser sobrinos
míos y de mi mujer.
No han azotado a ninguna,
mas porque a la par estén,
yo que azoten a los vuestros
a los míos mandaré.»

Se echó a reír la asamblea,
sin poderse contener;
y despidiendo a sus próceres,
dijo al Cid riendo el Rey:

«Cosas tenedes, buen Cid,
»que harán de vos hablar bien
»por más siglos que años diz
»que vivió Matusalén.»

Y asiéndose de su brazo
con familiar sencillez,
se entró con él en su alcázar
convidándole a comer.

III

Su venia al Rey pidió el Cid
para tornarse a Valencia,
y el Rey se encargó en su ausencia
del cuidado de la lid:

y habiendo cobrado aquél
su Tizona y su Colada,
nombró quien en la estacada
entrase a lidiar por él.

Per Bermudo, hombre de entero
corazón y de buen puño,
y el burgalés Gustios Nuño,
buen mozo y buen caballero.

Los dos sus sobrinos son
hijos de primos hermanos,
y de los dos deja en manos
su causa y satisfacción;

y para el conde don Suer
por si tercia, deja, en fin,
a Gil Gómez Antolín,
sobrino de su mujer.

Caballos y armas les dió,
y con sus buenas espadas
de sus hijas ultrajadas
la venganza les fió.

Su fe como buen vasallo
amparando de la ley,
encomendados al Rey
les dejó, y montó a caballo.

Bajó el Rey, familiarmente,
a despedirle hasta fuera
del portón, porque lo viera
desde la plaza la gente:

y díjole así al partir:
«O yo quien soy no he de ser,
»o te han de satisfacer:
»tranquilo te puedes ir.»

Ido el Cid y Alfonso vuelto
al alcázar, a aprestar
la lid comenzó: a llevar
a cabo la lid resuelto.

Más días don Suer pedía:
en los treinta se cerraba
el Rey: y el tiempo pasaba
y se iba el mes día a día.

Los dos condes a Carrión
sin venia del Rey se fueron:
pasó el mes y no volvieron,
ni se hubo de ellos razón.

El Rey ordenó a don Suer
que ante él a Carrión se fuese
y a sus sobrinos dijese
que les iba el Rey a ver.

Don Suer a Carrión partió:
mas en son de rebeldía
defensas y bandería
a levantar comenzó.

Acudieron con bandera
a las de Carrión sus gentes,
con señales evidentes
de que miedo o traición era:
mas antes que en rebelión
se alce y la traición se apreste,
con una crecida hueste
cayó el Rey sobre Carrión.
Tuviéronsele que abrir
de las dos banderas juntas
los jefes, a sus preguntas
sin saber lo que decir.
Dió al Rey don Suero a entender
que en ellos no había dolo:
que todo aquello era sólo
seguro en Carrión poner.
El Rey, con acento duro,
dijo: que donde él estaba,
ninguno necesitaba
más que de él fe ni seguro:
y que si al día siguiente
no se efectuaba la lid,
daría a Carrión al Cid
con condes, feudos y gente.
Osó don Suero alegar
con excusa subrepticia,
que no iba el Rey con justicia
entre él y el Cid a juzgar:
y que, pues, ya se mostraba
por el Cid antes del duelo,
contra su fallo ante el cielo
por los condes protestaba.
Entonces echando el manto
atrás, y furioso irguiéndose
dijo el Rey, hacia ellos yéndose
con gesto y voz que dió espanto:
»Ni de ellos ya ni de vos
»dilaciones más prolijas
»quiero aceptar. ¡Voto a Dios!,
»dad pro al Cid vosotros dos
»que azotasteis a sus hijas.
»Pues con azotes herís
»a mujeres, hombres malos,
»o como hombres os batís,
»o como perros morís
»en una picota a palos.»
Nadie había visto jamás
tan airado a Alfonso Sexto,
y a su voz y ante su gesto
se echaron todos atrás.
Mandó la lid prevenir:
y abriendo puente y rastrillo,
la guarnición del castillo
hizo sin armas salir:
e izando su real pendón
sobre el castillo condal,
quedó como feudo real
el condado de Carrión.

IV

El Cid en el Rey fiado
tornó a Valencia a cuidar
de su casa y de su estado,
y tranquilo el resultado
de la contienda a esperar.
Y allá con él esperaban
del éxito de la lid
noticias que no llegaban,
y esperándolas temblaban
las tristes hijas del Cid.
Pasó día a día un mes:
pasó de otro una quincena
y otro día, y dos, y tres;
y andaba el Cid de través
por consolar a Jimena.
Hecho de mil dudas centro
disimulaba Rodrigo,
mas del corazón adentro
daba a mil dudas abrigo:
un mal paso..., un mal encuentro,
un ímpetu de Bermudo,
un descuido de Antolín,
un maca en un escudo,
lanza, freno o malla pudo
dar a la lid un mal fin.

Del Rey no dudó jamás:
mas hechos a la traición,
teme que hagan otra más
o que se hayan vuelto atrás
los traidores de Carrión.

E insomne, febril y ayuno,
va y viene, alerta, intranquilo,
todo siéndole importuno,
sin confiarse a ninguno
y con el alma en un hilo.

Jimena andaba tras él
sin abordarle jamás:
y haciendo su mal más cruel
verter lágrimas de hiel
de él la sentía detrás:

e iban ambos a la puerta
del camarín de sus hijas,
jamás para nadie abierta,
y andaban de ellas alerta
mirando por las rendijas.

Y en su camarín cerradas
inmobles, mudas y fijas
en el suelo sus miradas,
de su venganza, azotadas,
desesperaban sus hijas.

Y en el corredor oscuro
al encontrarse los dos,
un beso el Cid, casto y puro,
la daba como seguro,
diciéndola: «Espera en Dios.»

Y otra semana del mes
pasó, y de la otra quincena
otro más, y dos y tres;
y andaba ya de través
tras de su esposo, Jimena.

Y estaba ya en su buen sino
desesperanzado el Cid,
pensando, perdido el tino,
en ponerse ya en camino
para el campo de la lid,

cuando una tarde a un balcón
do suele permanecer
con profunda distracción,
del vidrio y de su aflicción
mirando a través sin ver,

sintió Jimena a su oído
llegar de caballos ruido
y de tumulto rumor,
que, acercándose, nutrido
íbase haciendo y mayor.

Hecha asaltos a esperar
de los moros, a espiar
aplicó su vista activa,
y a poco en la plaza entrar
vió una inmensa comitiva.

Viene el primero arrogante,
sobre un alazán pujante
que arrastra rica mantilla,
un rey de armas de Castilla
con batidores delante.

Viene tras él Gustios Nuño;
y junto a Gustio, Antolín,
con un ojo como un puño,
y en la faz con un rasguño
y sobre un manso rocín.

Bermudo, con tardo andar
trae su corcel de batalla
sin encaparazonar:
que algo ambos contra una valla
se hubieron de quebrantar.

Y en larga y cuádruple hilera
viene empolvada tras éste
del buen Cid la hueste fiera,
y en torno y tras de la hueste
gritando, Valencia entera.

Dióla un vuelco el corazón,
que casi perdió el sentido,
a Jimena; y el balcón
acudió a abrir su mar'do
de aquel alboroto al son.

Sus hijas, que en su aposento
le oyeron son sobresalto,
de agitación sin aliento
abrían en tal momento
otro mirador más alto.

Mas ya el mensajero real

con rapidez se apeaba
en el patio principal,
y el pueblo el patio asaltaba
rompiendo el ceremonial.

Cuando al tramo alto salieron,
padres e hijas ya le vieron
subir, sin ninguno en pos
de los que con él vinieron,
las gradas de dos en dos:

que por el placer de dar
las albricias el primero
a las damas de Vivar,
por ellas el mensajero
su decoro echó a rodar.

Mas cuando a sus pies llegó,
a su dignidad atento
de real heraldo, cobró
su aire oficial y mostró
grande aplomo y buen talento.

«Por cumplir con vos mejor,
dijo al Cid, al honor real
por poco hago poco honor:
mas va aquí el vuestro, señor,
e ir aprisa no es ir mal.»

Y con garbo cortesano
puesta en tierra una rodilla,
poniendo un pliego en su mano,
dijo: «Del Rey de Castilla
para el héroe castellano.»

Y entregado el pliego real,
como era costumbre y ley
del regio ceremonial,
dió un viva al Cid y otro al Rey
con aplauso universal.

Y el pueblo, que suponía
lo que el escrito encerraba,
con tremenda gritería
oír lo escrito pedía
y al Rey y al Cid victoreaba.

Dió el pliego el Cid, conmovido,
a Alvar Fáñez de Minaya
que al palacio había acudido;
y el gozo teniendo a raya
calló el pueblo y prestó oído.

Mas del Rey no siempre atento
y en calma el escrito oyó:
porque ebrio a cada momento
de entusiasmo y de contento,
a Minaya interrumpió.

—

Y he aquí lo que el pergamino
del Rey al Cid contenía,
todo escrito de su puño
desde la fecha a la firma.

«Cid, Ruy Díaz de Vivar,
di de mi parte a tus hijas
que muestren al sol sus caras
pues no han sus almas mancilla.
Yo mismo, por ti encargado
de su honra que era la mía,
te doy testimonio y cuenta
de la lid en estas líneas.
Los condes la hicieron ascos
y buscaron evasivas,
mas yo a la razón les traje
y en Carrión se abrió la lidia.
Lo hicieron más como buenos
que su maldad prometía:
pláceme de ellos por todos,
pues no hubo allí cosa indigna.
Bermudo pasó a don Diego
a través de la loriga
de una lanzada que en pago
le dió de una gran caída:
mas mozo es tan duro de alma
como recio de costillas,
pues tras golpe tan tremendo
dió lanzada tan magnífica.
Tendió Gustio a don Fernando
debajo de su rodilla;
y él, vencido confesándose,
confesó su alevosía.
Al conde don Suer González
terciar hice yo en la liza

harto de su atrevimiento
y procaz altanería:
mas lo hizo tan como bueno,
que a no ser porque la ira
le cegó y le perdió al cabo,
nos empata la partida.
Gil Antolín, por fortuna
tiene el alma tan tranquila
como ligeras las manos:
con rapidez nunca vista
del conde al primer descuido
le descargó con tal prisa
seis tajos en la cabeza,
que le hizo el casco ceniza.
Cayó don Suero sin habla,
mas di a Antolín que te diga
cómo siente lo que lleva
en el ojo y la mejilla.
Vengado estás ya no hay condes
de Carrión: su tierra es mía:
murió el uno en el palenque,
no sé el otro dónde exista.
Vengado estás: dime ahora
si te acomoda, Ruy Díaz,
que el Rey que aquel tuerto hizo
le enderece y le corrija.
Para su hijo don Ramiro,
el Rey don Sancho García
de Navarra, por esposa
me demanda a doña Elvira:
y al Rey de Aragón le tengo
a doña Sol prometida
para el infante don Pedro:
si ellas se avienen, envíalas.
Su padrino soy; las debo
dos maridos: con que dilas
que en cambio de malos condes
buenos príncipes reciban.
Así obra tu Rey contigo:
ve si algo más necesitan
para quedar satisfechas
de mí Jimena y tus hijas:
que porque ellas me perdonen
y ella quede por mi amiga,
haré cuanto en poder quepa
de Alfonso, sexto en Castilla.»
Volvió al Cid Alvar la carta:
volvió Jimena a la vida,
y a sus hijas abrazándose
dijo llorando: ¡Hijas mías!
El Cid se enjugó una lágrima,
y de tal cuadro a la vista
el pueblo rompió frenético
en aullidos de alegría.

—

A sus tres campeones dió
las gracias públicamente
el buen Cid, les abrazó
y retiróse; y la gente
en triunfo se les llevó.
Como un enterrado vivo
a quien la losa se quita,
da ansioso al pulmón activo
el hálito fugitivo
del aire en que resucita,
así a solas respiraron
en su alcázar al entrar
las dos hijas, que quedaron
libres de infamia y tornaron
a ser gloria de Vivar.
Bendijéronlas contentos
sus padres: y todos faltos
de palabras y de alientos
tras de tantos sobresaltos,
ganaron sus aposentos.
En una grande aflicción
y en una alegría inmensa
jamás las palabras son
del sentimiento expresión:
quien siente, ni habla ni piensa.
Minaya, en tanto, perdido
tras de un hombre y una idea,
del palacio había salido
con la turba confundido
que al Cid y al Rey victorea.

Y cuando entre tal tropel
con Gustio y Bermudo dió
a su vez, a éste y aquél
«¿y Ordoño?», les preguntó:
mas nada sabían de él.

XV

I

El Rey don Alfonso Sexto
que a Ruy Díaz desterró,
o como Rey ofendido
de la jura por rencor;
o a influjo de doña Urraca
que le amó y le aborreció:
o porque hacía al Rey sombra
hombre que, al Rey superior
mostrarse osaba, pidiéndole
descargos de un hecho atroz;
o por envidia de ruines;
o de Estado por razón;
al cabo de veintiún años,
o porque el tiempo aplacó
su encono: o por comprender
que era exceso de rigor:
o en la buena fe del Cid
por sincera convicción:
o atendiendo a sus hazañas,
o porque tanto creció
en el favor de sus pueblos
que de él tuvo el Rey temor:
o porque, por sí tomando
de sus hijas el baldón
como su padrino, hizo
uno de ambos el honor:
o, en fin, por razón de Estado,
que es razón de contra y pro,
por lo pasado dió al Cid
completa satisfacción,
liberal recompensando
su lealtad y valor:
y el Rey don Alfonso Sexto,
que al Cid con él igualó,
más fuerte que desterrándole
fué otorgándole perdón.
El Rey don Alfonso Sexto
al Cid identificó
con su raza real, en ella
dando a sus hijas padrón.
Después de la lid, llevólas
a su alcázar, y las dió
en él de infantas el trato
y la regia estimación;
mientras sus segundas nupcias
cual padrino de las dos
trataba con los infantes
de Navarra y Aragón.
En fin, cuando se efectuaron,
él mismo las entregó
en la frontera a los príncipes
con tan regia ostentación,
tan cargadas de regalos,
que ir no pudieran mejor
a ser de veras sus hijas
doña Elvira y doña Sol.
Quedó satisfecho el Cid
y en Valencia se quedó
con Jimena, de su Estado
como Rey en posesión.

—

Cuarenta años han pasado
desde que el Cid Campeador
a campear contra los moros
por primera vez salió.
Su nombre dió a su centuria,
y aun a tiempo posterior,
de *tiempos del Cid* el título,
de fe y de gloria expresión.
Su nombre hasta hoy desde entonces
es símbolo del honor,
de la fe y la lealtad,
a los que nunca faltó.
Su vida fué ejemplo heroico
de incontrastable tesón

en pro y sostén de lo que él
derecho y deber juzgó.
Opuesto a toda extranjera
inútil innovación,
que a establecer propendiese
derecho contra el honor,
el fuero o la independencia
de su patria, rehusó
a las prodigalidades
del Rey Alfonso sanción.
Pero aunque a extraños hacérselas
desatinado le vió,
el desdén y los peligros
dándole a él por galardón,
impertérrito en su fe,
sin envidia y sin rencor,
a su Rey, su fe y su patria
su existencia consagró.
Desterrado de Castilla,
la calumnia, la traición
y la envidia le mordieron
sin piedad: mas su valor,
su lealtad, su constancia,
su honda fe y noble tesón,
a la envidia amordazaron,
a la calumnia feroz
arrancaron la vil lengua;
y alma y pura como el sol,
basada en su prez, su gloria
a la fin resplandeció.
Su vida fué ejemplo heroico,
modelo sin par hasta hoy
del caballero cristiano
y del hidalgo español.
Mucha gloria dió a Castilla:
tres Reyes de esta nación
debieron a sus victorias
de su reino lo mejor.
Fiel cristiano y buen creyente,
con fe y sin superstición,
al atraso de su siglo
su instinto se adelantó.
Creyente, pero no crédulo,
cristiano, pero español,
de África, Alemania y Roma
a Castilla emancipó.
Lidió con la cruz al pecho
por su patria y por su Dios,
la avaricia rechazando
bajo faz de religión.
Sobre arábigas mezquitas
muchos templos levantó,
de los Papas en Castilla
rechazando la intrusión;
y entre Cristo y los Pontífices,
con instinto superior
a su tiempo y a los nuestros,
hacer supo distinción.

El Rey don Alfonso Sexto
fué quien más contribuyó
con su esquivez a ganarle
de sus pueblos el favor.
Con los árabes veinte años
en trato o lid le dejó,
y tuviéronle los árabes
miedo y consideración.
Alejado de los suyos,
con los árabes trabó
relaciones que templaron
su cristiana exaltación:
y puesto entre las dos razas,
lo bueno en él se fundió
del espíritu de una
y otra civilización;
y aunque en la guerra a los moros
como a lobos acosó,
en la paz les puso de hombres
en la noble condición:
y adalid tan alentado
cual sagaz negociador,
ante sí sembró el espanto,
tras de sí la estimación.
El leal de los leales,
de los grandes el mayor,
el mejor entre los buenos,
el sin par mientras vivió,

tuvo huestes como Rey,
de señores fué señor,
tuvo Reyes por vasallos;
y al campear con su pendón
y su hueste por España,
la victoria le siguió
de cristianos y de moros
con igual admiración.
Venció siempre: y los vencidos
le acataron sin rencor,
porque dió fin de los bárbaros
y a los vencidos perdón.
Fué buen hijo, fué buen padre;
y a la esposa que eligió
guardó siempre alto decoro,
casta fe y leal amor.
A ella el suyo de su padre
la cabeza le costó:
y él la dió por su cabeza
todo entero el corazón.

Cuarenta años han pasado
desde aquella hazaña atroz,
y cuarenta de cariño
de ella han hecho expiación.
Mas son muchos cuarenta años,
arrostrados al rigor
de fatigas sin reposo
como el Cid los arrostró.
Son un siglo cuarenta años
de vivir ojo avizor
en lid, más que con los moros,
con la envidia y la traición.
Cuarenta años que ha vivido
por Castilla campeador,
por las noches al sereno,
por el día al viento y sol,
consumido han de su cuerpo
la sustancia y el vigor;
y su barba ha encanecido,
y su testa encalveció,
y sus ojos se han nublado,
y su piel curtió el sudor,
y sus miembros ya están rígidos,
y su carne enflaqueció:
y sus hombros se curvaron
bajo el peso abrumador
del arnés, con que en los campos
a caballo trasnochó.
Aun conserva su alma entera
de su espíritu el valor;
pero el Cid no es más que un hombre
y los hombres tierra son:
y la tierra es polvo que hizo
de la nada el Criador,
y el polvo debe a la nada
volver de donde salió.

—

Y el Cid un día de junio
teniendo abierto el balcón,
dijo a Fáñez: «—Tengo frío»,
y apretaba ya el calor.
A la faz desencajada
Alvar Fáñez le miró,
y le dijo: «—Primo, acuéstate
si estás mal. —Será mejor,
dijo el Cid, febril temblando,
porque en verdad malo estoy
y por vez primera el lecho
menester he»; y se acostó.
Su buena esposa Jimena,
a pesar de la estación,
con una piel de bisonte,
dón del Persa, le abrigó.
Salióse Alvar de la cámara,
y al salir al corredor,
apresurado Bermudo
al encuentro le salió;
y sin darle tiempo a que él
le preguntara, —Señor,
le dijo, los moros vuelven;
avisad al Cid. —Hoy, nó.
—¿Por qué? —Porque fuera sólo
doblar su peligro: Dios

le envía hoy para que lidie
algo que el moro peor.
—¿Con quién lidia? —Con la fiebre,
que es la que rinde al león.
—Pasará como la de éste.
—El que una jamás sufrió
corre riesgo en la primera:
por si acaso y mientras voy
por los médicos para él,
en armas la hueste pon.

II

Eran los almoravides
gente brava: y estrelládose
había contra el Cid solo
su valor doquier triunfante.
Por eso, sólo abatidos
por el Cid sus estandartes,
contra el Cid solo en Valencia
revolvían más tenaces.
Tres veces huyó ante el Cid
Búcar: mas no era cobarde,
y tomar juró a Valencia
o en Valencia sepultarse.
Y esta vez con los de Murcia
y Algeciras coligándose,
bogaba trayendo al flanco
los murcianos almogávares.
De noche arribó a las costas,
de noche hizo el desembarque:
y al presentarse él por tierra
bloqueó el puerto con sus naves:
y esta vez por tierra y mar
se ve bien que Búcar trae
otra táctica en sus huestes
y en su cerebro otros planes.
Esta vez se ha prevenido
con tratos secretos antes
de hacerse a la mar, y cuenta
con secretos auxiliares.
Esta vez no se presenta
con uno de esos ataques
tumultuosos, con que traban
todas sus lides los árabes;
los cristianos no han podido
ni desordenar sus haces
en dos salidas inútiles,
ni impedirle que acampase:
y Búcar, o esperando algo
que ha menester, o arrogante
a que salga provocando
al Cid, que ve que no sale,
a asegurar se limita
su campamento delante
de Valencia, escaramuzas
a provocar limitándose.
Cristianos y árabes guardan
campo y ciudad vigilantes;
y escaramuzan, los unos
a los otros observándose.

El Cid, entretanto, presa
de la calentura yace,
sin saber qué es de sí mismo
y sin que de él sepa nadie.
Prudente y no sin recelo
de *algo*, en Valencia, Alvar Fáñez
cuida bien de que el secreto
de su enfermedad se guarde;
porque al temer por su vida
o de menos al echarle,
ni se envalentone Búcar,
ni los cristianos desmayen.
Teme Alvar de los faquíes
que, como a husmear alcancen
la falta del Cid, con Búcar
se entiendan o la plebe alcen:
y Búcar, no viendo al Cid,
o recela que le trame
alguno de sus ardides
al asalto provocándole,
y espera que se descubra,
o aguarda para asaltarle
algo de él sólo sabido
con que ventaje le saque.
Bermudo y Gustios las órdenes

de Alvar llevan y le traen
las noticias, manteniéndose
en vigilancia incesante;
para que si el mal del Cid
entra en crisis favorable,
y la ciencia lo domina
y quiere Dios que se salve,
la traición no se urda dentro;
y haya cuando se levante
que pelear dentro y fuera
con moros y mudejares.

Así han pasado tres días;
y a pesar de los calmantes
y las pócimas, el Cid
de su letargo no sale.
A veces con los delirios
de la fiebre que le abate
parece en lucha, y profiere
mil incoherentes frases.
A veces con torpe esfuerzo
los ojos y brazos abre,
como si fantasmas viese
o visiones abrazase;
y a lo que se le comprende
delira con santos y ángeles,
con San Miguel y Santiago,
y los suyos tutelares
San Pedro y la Santa Virgen;
a cuyas sombras o imágenes
se recomienda o escucha,
como si le contestasen.
Los médicos se desvelan
con inútiles afanes,
la fiebre que le devora
sin atinar cómo atajen:
y temen ya al mismo tiempo
que libre de sí al dejarle,
tan débil su cuerpo deje
que al extinguirse le mate.
¡Miserable ciencia humana,
vida humana miserable,
que cuando son más precisas
son más vanas y más frágiles!

La noche del cuarto día
cambió el buen Cid de semblante,
y entró en un calor, un sueño
y una calma naturales.
Volvió al alma de Jimena
y a los pocos familiares
y médicos que le velan
la esperanza; y despertándose
el Cid al amanecer,
ya de fiebres sin señales,
sonrió a su buena esposa
y dijo a los circunstantes:
«Mi fin se acerca: la muerte
ha llamado a mis umbrales
y Dios me llama a su juicio:
a Alvar aprisa llamadme,
y mientras le doy mis últimas
instrucciones terrenales,
que el Sacramento y los óleos
el obispo me prepare.»
Echóse a llorar Jimena
oyendo palabras tales,
y se alzó Alvar que velaba
del Cid muy poco distante:
y hecho a obedecer sus órdenes
sin dudar ni replicarle,
ordenó lo que mandaba
el Cid que se aderezase.

Oyendo éste los sollozos
de Jimena, en aquel trance
incapaz de sofocarlos,
la dijo, hacia ella tornándose:
«No llores, Jimena mía:
cuando mi cuerpo te falte
contigo estará mi espíritu:
las almas son inmortales;
y estando unidas las nuestras
de Dios ante los altares,
Dios las mantendrá ligadas
aunque los cuerpos separe.»

Mientras Jimena, escondiendo
la faz en los cabezales
del Cid, lloraba de hinojos

el mayor de sus pesares,
el obispo don Jerónimo
llegó con sus capellanes
y el Cid se incorporó un poco,
Alvar, su primo, ayudándole.
Con faz serena y voz flaca,
porque iba debilitándose
lentamente, dijo a todos
y especialmente a Alvar Fáñez:
«Oíd mi voluntad última
y cuidad de que se acate.
Mi alma es de Dios y a Dios vuelve:
de las villas y lugares
que conquisté de los moros
al Rey entregad las llaves;
que yo por suyas las tuve
sin pensar en rebelarme.
Decídselo así: no quiero
que ni hoy ni en lo de adelante,
mi lealtad de la duda
ni con la sombra se manche.
Los bienes por mí heredados,
los que adquirí por rescates
de los vencidos, los que hube
por dádivas personales
del Rey persa y de otros Reyes
y xeques cristianos y árabes,
y el tesoro que he juntado
para mantener mis haces,
son míos, y se los lego
a Jimena: si quitárseles
intenta alguno, valedla
contra quien a tal osare.
Mis hijas son hoy infantas
y ricas: por mí su madre
las bendiga, y de mis algos
parte las dé, si la place.
Mi cuerpo debe en San Padro
de Cardeña sepultarse,
en donde están enterrados
mi hijo don Diego y mis padres.»
Aquí se interrumpió el Cid
fatigado unos instantes
para alentar, y siguió
después de reanimarse:
«He soñado que habían vuelto
los moros; tal vez me engañe;
mas si no he soñado, de ello
Dios se ha servido avisarme.
Si Búcar sitia a Valencia,
sin mí no ha de sustentarse
por Castilla: y yo no quiero
que Búcar, muerto, me ultraje.
Después que muera y mi cuerpo
con cuidado se embalsame,
colocad en mi armadura
y a caballo mi cadáver:
y antes de alborear el día,
a la cabeza llevándome,
salgan de Valencia todos
los que no quieran quedarse
aquí, con cirios y antorchas,
los salmos penitenciales
por mí cantando, y de Burgos
echen camino adelante.
Mi hueste partida en tres,
una a los que partan guarde,
y otras dos en las tinieblas
de Búcar el campo asalten.
Que yo amedrente a los moros,
o que los rompa Alvar Fáñez,
para sacaros a salvo
aun muerto seré bastante.»
Esto dicho, y el esfuerzo
con que habló debilitándole,
sobre el pecho la cabeza
dejó caer desmayándose;
pero la separación
de su espíritu y su carne
se efectuó en lenta agonía,
como lid de dos titanes.
En sí volvió y confesóse
y comulgó: y a animarse
tornó y a rendirse; y próximo
viendo su fin, oleáronle.
Lloraban todos; y oíanse

los esfuerzos desiguales
y postrimeros que hacía
su estertor agonizante.
De repente, cual si toda
su vitalidad cobrase,
se reanimó, y en el lecho
por sí solo incorporándose,
dijo: «Acércate, Jimena,
que te bendiga y te abrace.»
Jimena, deshecha en lágrimas
fué ante su esposo a postrarse;
y al poner en su cabeza
sus dos manos vacilantes,
todos para recibir
su bendición prosternáronse.
«Dios te bendiga conmigo»,
dijo el Cid: y en inefable
exaltación y a un influjo
celestial transfigurándose,
cual respondiendo a un espíritu
que invisible le llamase,
dijo con su último aliento:
«¡Allá voy!» y cayó exánime.

III

Murió el Cid como cristiano:
y en el intervalo corto
de su lucidez postrera,
ejemplo maravilloso
de pericia militar,
de conocimiento sólido
de las dos razas ibéricas,
y de un valor generoso
hasta su postrer suspiro,
dió el plan y detalló el modo
de salvar a sus cristianos
y lograr un triunfo póstumo.
La estratagema del Cid
era en aquel tiempo tosco
lo que un buen plan estratégico
hoy, y de la audacia el colmo.
Los árabes, más fanáticos
que diestros, con más arrojo
que saber, sólo en sus huestes
miraban lo numeroso.
Cual fatalistas sin miedo
de la muerte, ágiles, sobrios,
un Emir juntaba muchos
presto y le costaban poco.
Mas fiándose, fanáticos,
en Dios y en su sino, indómitos
al orden y disciplina,
y en los planes defectuosos
de cercos y de batallas
sin unión ni mutuo apoyo,
solían a sus Emires
ser, cuantos más, más incómodos.
El asedio de una plaza
en su táctica, a su antojo
conducía cada tribu
a estilo y sistema propios.
Sus estancias muchas, débiles
sus trincheras y sus fosos,
a unas de otras separaban
los naturales estorbos
del terreno: y lomas, breñas,
tajos, barrancas, arroyos
torrenciales y aun acequias;
todo lo áspero, lo bronco
y lo difícil, cual fuerte
guardado con abandono,
jamás cerraban bloqueándola
la plaza sitiada en torno.
Donde ellos al enemigo,
no veían, de sus ojos
y de su brazo al alcance
no se creían: tan tontos
en eso cual de su Sahara
los avestruces, que, estólidos,
se creen seguros si esconden
su cabeza tras un tronco.
Por eso de los cristianos
los ataques, más metódicos
y combinados, traían
a su hacinamiento exótico

casi siempre la sorpresa,
siempre un inmenso alboroto:
y, en triunfo o derrota, siempre
un infinito destrozo.
Alvar Fáñez, como el Cid,
conociendo bien a fondo
el carácter de ambos pueblos,
de la ciudad los contornos
y la fe en él de sus huestes,
su pesar ahogando en lo hondo
de su corazón, activo,
diestro, vigilante y próvido,
proveyó del plan del Cid
del éxito para el logro,
a todo lo necesario
con empeño perentorio.
Cuidó del sigilo e hizo
guardar la ciudad celoso,
porque de nada pudieran
apercibirse los moros:
y al fin del segundo día
estaban a partir prontos
los cristianos de Ruy Díaz
con su cuerpo y sus tesoros.

—

Era alta noche y muy lóbrega:
un vapor caliginoso
tendía entre cielo y tierra
de parda neblina un toldo.
En el campamento árabe
vigilaban perezosos
centinelas descuidados
de su ejército en reposo:
y el Rey Búcar, en su lecho
bregando con el insomnio
se revolvía, a la par
esperanzado y dudoso.
Fiaba en alguien que dentro
crear debía un trastorno
infernal y una traición
que viniera en su socorro:
y casi desesperado
la esperaba, receloso
de aquella inacción del Cid
y aquel su silencio insólitos.

Ya casi al sueño rendido,
comenzaban vagorosos
a surgir de su cerebro
los mil fantásticos monstruos
y delirios inconexos,
disparatados, ilógicos,
informes, mudos e ingrávidos,
que en giro vertiginoso
nos hacen ver al dormirnos
círculos, losanges, rombos,
rayos, chispas y polígonos,
ya muy lejanos, muy próximos,
excéntricos y concéntricos,
ondulantes, giratorios,
trémulos, reverberantes,
chispeadores o fosfóricos,
antes de que los sentidos
nos embargue el misterioso
poder del sueño: gemelo
de la muerte, que al gran pozo
de la nada nos asoma
con el gran poder narcótico,
que suspende nuestra vida
por un diario período.
Mientras entre sus quimeras
creía él lejano, sordo
y extraño sentir un ruido
incomprensible..., entre el polvo
de la neblina los árabes
centinelas, a sus ojos
sin atreverse a dar crédito,
veían, realmente, absortos,
como una doble serpiente
de luz salir poco a poco
de Valencia, a sus anillos
dando inmenso desarrollo.
Conforme iba aproximándose,
sentían el son monótono
de la salmodia cristiana
de los oficios mortuorios;

pareciendo a los alarbes
mudos y supersticiosos,
que iba brotando la tierra
de sus abismos recónditos,
dos interminables filas
de espíritus luminosos,
y una procesión fantástica
de salamandras y gnomos.

Nada hay para el hombre ignaro
más temible y pavoroso
que lo absurdo, lo fatídico,
lo indefinido y lo incógnito.
De aquella parte del campo
los árabes silenciosos
y agrupados, contemplaban
tal espectáculo atónitos.
Alguno creyó entre aquella
móvil claridad sin foco
distinguir al Cid: mas era
sin duda, fingido, apócrifo,
en sombra, evocado acaso
para causarles asombro:
porque era un Cid mudo, rígido
e inofensivo: muy otro
del Cid que ellos conocían,
asolador, impetuoso,
antes sentido que visto...
y nadie vivo creyólo.
Y como a ver no alcanzaban
distintamente los rostros
de los que pasar veían
entre la neblina; y como
su masa móvil cubría
un trecho más espacioso
que las batallas del Cid
dos veces y aun cuatro y ocho:
y como iba lentamente
sumiéndose entre los bordos
de un desfiladero, abierto
entre un peñasco de abrojos
tupido y un bosquecillo
de silvestres sicomoros,
del campamento esquivándose
en su movimiento combo;
los moros se aglomeraban
a la trinchera afanosos,
creyendo aquello un efecto
de un artificio diabólico.

Búcar despertó creyendo
sentir cual de un terremoto
o un trueno lejano un ruido
aun inexplicable: ansioso
por lo que esperaba, echóse
fuera del lecho, su corvo
alfanje asió, y de la tienda
fuera, anhelante escuchólo.
Era cuando aquella turba
fantástica, como el lomo
de un lago que se desagua
por compuerta o dique roto,
se iba mermando y sumía
su última luz en lo fosco
del bosque, tras sí dejando
un silencio tenebroso.

De repente estalló horrísono
del campamento en el fondo
de insperado combate
el estruendo tumultuoso:
y entre la mar y su estancia,
rasgar sintió el aire cóncavo
el clarín del Cid: era Alvar
que aprovechando el asombro
y la atención de los árabes
llamada a un lado a propósito,
el campamento de Búcar
asaltaba por el otro.

Al mismo tiempo, Bermudo,
como una tromba impetuoso
cayendo en él, sin ser visto
por los deslumbrados ojos
de los que viendo las luces
no le veían, furioso
por el lado de Valencia
entró arrollándolo todo.
Búcar cayó atropellado
en el tumulto y lo lóbrego

de la noche por los de Alvar
sin conocerle. Los moros,
fascinados por lo que obra
suponían del demonio,
oyendo por todas partes
«¡el Cid!», ¡el Cid!», y medrosos
no viendo al Rey ni a sus jeques
parecer, pensaron sólo
en salvarse y espantados
diéronse a huir como corzos.

Bermudo y Alvar juntáronse,
según su plan, en el rojo
pabellón de Búcar, meta
puesta por su valor loco;
y viendo, alegres, el éxito
de su desatino heroico,
y resuelto por el Cid
de Valencia el abandono,
antes de que con el alba
se rehicieran los moros,
saqueando su campo aprisa,
rápidos y cautelosos
volvieron riendas, saliéndose
de los valencianos cotos:
y al rayar de un día turbio
alcanzaron, de despojos
cargados, a Antolín Gil
con el pueblo y con los pocos
que escoltaban a Jimena
y al cadáver de su esposo.
Cuando entraban ya seguros
en cristiano territorio,
en sí volviendo el Rey Búcar
se halló cubierto de lodo,
desgarrado, contundido,
y teniendo de sí en torno
a los faquís de Valencia
que le lavaban el rostro.
Cuando del todo el sentido
recobró, oyó mudo y torvo
la muerte del Cid y el cuento
de su revés desastroso:
y exaltando, al fin, su espíritu
la cólera y el sonrojo,
dijo a los faquís: «¡Traidores!,
pero ¿qué hacíais vosotros
allá dentro? —Emir, le dijo
el más anciano, de hinojos
postrándosele: esperábamos
vuestro enviado, que el depósito
de las armas y al Cid muerto
entregarnos prometiónos.
—¿Y qué es de él? —Partió y no ha
[vuelto.
—¡Traidor rumí!, vendió a todos.
Mas si es muerto el Cid y Aláh
nos da, aunque a tamaño costo,
a Valencia, el triunfo es mío.
¡Dios es grande y yo le adoro!»
Y postrándose, con ese
fanatismo religioso
de los árabes, con él
se echaron por tierra todos.

—

¡Extraño caso!, increíble,
si no dieran testimonio
de él tradiciones y crónicas
y no fuera un hecho histórico.
Dicen que su plan al Cid
dió San Pedro, su patrono,
y que se vió al lado de Alvar,
sobre su caballo tordo,
a Sant-Yago, de la España
el protector y el Apóstol;
pero el autor de este libro
los cree delirios piadosos.

IV

CONCLUSIÓN

Jimena y Alvar mandaron
corredores por delante,
para los cristianos Reyes
del duelo con el mensaje;

y en unas andas y a hombros
del Cid llevando el cadáver,
continuaron poco a poco
hacia Cardeña su viaje.
Según iban avanzando,
salían de todas partes
a ver los mortales restos
cristianos y mudejares;
y por doquier bendecíanle,
y por doquiera llorábanle,
por doquier reconociéndole
bueno, generoso y grande.

Cuando a Cardeña llegaron,
ya estaban allí esperándoles
el Rey, la Reina, del Cid
los dos yernos, los infantes
de Aragón y de Navarra;
sus hijas, que inconsolables
en llanto amargo rompieron
al abrazar a su madre:
y de cien cristianos príncipes
los enviados y farautes,
de aquel gran duelo partícipes
y en él sus representantes.
Alfonso había preparado
al Cid regios funerales,
en que oficiaron el Nuncio
del Papa, obispos y abades;
al que asistieron con cirios
concurso inmenso de frailes,
arciprestes y canónigos,
la corte, los principales
dignatarios, la nobleza,
los consejos populares;
y cuyo oficio cantaron
seises, salmistas y chantres.
Cuando llegó de meterle
en su sepulcro el instante,
Jimena y Alvar instaron
por que no se le enterrase.
Su cuerpo, que embalsamado
entre aromas orientales
de los que envió el Rey de Persia,
trascendía un olor suave,
mostrando bien aliñados
cabello y barba, el semblante
muy aseado, los ojos
cerrados con tan buen arte
que parecía dormido,
sin tener de repugnante
nada mortal, conservaba
su expresión serena y grave,
con que, más que de hombre muerto,
representaba de imagen
de patriarca dormido
exposición venerable.
El Rey y el clero acordaron
que expuesto se le dejase
junto al altar, según pide
Alvar y a Jimena place.
Y ésta hizo voto con él
en Cardeña de encerrarse,
a velar su cuerpo inerte
hasta morir consagrándose.
Ejemplo sin par de esposa,
renunció a cortes y alcázares,
para siempre de sus hijas
y del mundo separándose.

Entonces el Rey el duelo
despidiendo, de él delante
a desfilar comenzaron
Nuncio, obispos, clero, grandes
y emisarios y adalides,
y todos los personajes
castellanos y extranjeros,
la mano, al partir, besándole.
Y estando en tal ceremonia
asistiéndole Alvar Fáñez,
vió a Ordoño que recostado
en un pilar esperábale.

Concluyó el duelo: partió
el Rey: y el reino al hallarse
sin el Cid, quedó como árbol
sin sombra y alma sin ángel.

—

Así que el Rey el camino
tomó de Burgos, los ojos
en torno echó Alvar buscando
a su buen sobrino Ordoño.
Éste, que le había seguido,
le abordó al punto; abrazólo
aquél, diciendo: «¡Loado
sea Dios, que vuelves! —Y todo
dejándolo rematado
para siempre. —¿Sí? —Sí. —¿Cómo?
—Apartémonos do a solas
podamos hablar.» Y el pórtico
del monasterio dejando,
y entrándose entre los olmos,
del soto, a solas el diálogo
anudaron de este modo:

ALVAR. Habla.
ORDOÑO. Si no ando tan listo,
nos estaba hilando un copo
con cuyo hilo hace una red
en que nos entrampa a todos.
Mas yo le así bien los cabos:
cogí conmigo tres mozos
de Vivar, que hallé en la liza
de Carrión, y a mi propósito
instruyéndoles, mostréles
al hombre y les dije sólo:
«Importa cogerle vivo,
sin sangre y sin alboroto.»
En cuanto él previó del duelo
el éxito, cauteloso
y taimado, fué del pueblo
entre el tumulto y el polvo
esquivándose del campo;
y de una zanja en el fondo
hallando camino oculto,
creyó escapar, e irse horro.
Pero mis dos vivareños,
a abrigo de haldas y cotos
como culebras siguiéndole,
no quitaron de él el ojo.
De las ruinas de una ermita
en los paredones rotos
fué a meterse; y nos despista
si nos dormimos un poco.
La ermita tenía un silo;
pero quedó como un zorro
en cueva de dos salidas
acechado por dos osos.
Por aquel silo dejé
entrar dos espías moros:
mas les confesé al salir,
y ahogué al uno y ahorqué al otro.
Viendo, en fin, el caso urgente
y el tiempo ya perentorio,
le sorprendí a él en su antro;
y de una peña en el cóncavo
dando con pruebas que me eran
menester...

ALV. *(impaciente)*. Acaba pronto.
¿Quién era?

ORD. Aliado de Búcar
y compadre del demonio.

ALV. Pero, ¿quién era? ¡Por Cristo,
que me tienes en un potro!

ORD. Juzgadlo vos por sus hechos
de los que hallé testimonios:
mató a un príncipe: engañó
y difamó a don Alfonso,
perdió y robó a los tres condes,
a doña Urraca dió un tósigo,
azotó a mis nobles primas,
juntó en Valencia un manojo
de traidores en el tiempo
que estuvo allí con nosotros;
de las cuevas del alcázar
falseó las llaves, mañoso;
prometió a Valencia a Búcar;
y si a tiempo no le cojo,
incendia una de estas noches
la leña de nuestros sótanos,
nos arma a los mudejares,
abre a Búcar los cerrojos
del postigo bajo, y diestro

nos ahuma como a tordos
en un sauce, en el alcázar
por él convertido en horno.

ALV. Pero, ¿quién era?

ORD. El más vil,
y el más gran traidor del globo;
su nombre será en Castilla
de toda infamia sinónimo.
Yo le llevaba a Valencia
para que, según los códigos,
juzgado, acabase en público
y en patíbulo afrentoso;
pero viendo, del camino
guarecido tras un bordo,
venir el convoy del Cid,
por no daros más estorbos
ni pesadumbres, metíle
en el robledal de Tormos.
Le até a uno de los de marras;
y como a un perro rabioso,
le clavé con un venablo
por las espaldas al tronco.
—¡Como a don Sancho!—dijo Alvar
recordando, melancólico,
la gran traición de Zamora.
—Ley del Talión, dijo Ordoño;
si vos le hubiérais cogido,
su fin no hubiera sido otro
que el suyo.

ALV. ¡Torpe de mí!,
¿era, pues?...

ORD. Bellido D'Olfos.

GRANADA MÍA!

LAMENTO MUZÁRABE

GRANADA MÍA!

LAMENTO MUZÁRABE

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO [3]

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

Cuatro años ha que me propuse no hacer versos y vivir prosaicamente, ganándome la vida en prosa, por razones que a nadie importan; pero desde que comenzó a comprenderse la gravedad del horrible desastre de los terremotos de Andalucía, comencé a recibir cartas de cuantos pensaban dar a luz una hoja, o número extraordinario de periódico, o una función de teatro, pidiéndome versos a Granada para imprimirlos o leerlos en sus publicaciones o en sus veladas. Contesté a *El Día* enviándole dos octavillas muy medianas y creí poder contestar a todos agradeciéndoles el honor que me hacían de acordarse de mí; pero al llegar estas demandas a la docena, me convencí de que me era imposible satisfacer a todos; sintiéndome, empero, bajo la dolorosa impresión de tamaña catástrofe, ya que no bajo el impulso de mi perdida inspiración, que al cielo se volvió de donde vino, determiné cumplir al menos con mi obligación como Dios me diese a entender, enviando a Granada un ¡ay! de mi corazón, ya que no siendo rico no he podido enviarla de mi bolsillo más que el óbolo del pobre.

Estas cuatro palabras sirven de contestación a los que me han pedido versos para Granada: este lamento puede ser leído, en todo o en parte, en todas las funciones y veladas que en favor de las víctimas de los terremotos de Andalucía den en teatros, ateneos, liceos y casinos, empresas y sociedades establecidas o caritativamente improvisadas, suplicando a sus empresarios y directores que me hagan el honor de tasar su lectura al menos en dos reales y que los añadan al producto de la función en que se lean. Queda prohibida la reimpresión en los periódicos, en todo ni en parte, y la citación de ninguna de sus estrofas completa, so pretexto de crítica ni de encomio; los agentes de la Casa de Santarén, de Valladolid, harán uso del derecho que me da la ley contra los que la

reproduzcan, como usurpadores de la hacienda del pobre; porque del producto de esta poesía piensa el autor comprar una choza a un huérfano de Granada.

Había pensado enviar el autógrafo de ella para que fuera rifado en el Ateneo de Madrid o en el baile del duque de Fernán Núñez; pero no considerándolo objeto de suficiente valor para que su posesión sea apetecida, he temido que mi caritativa intención fuera tomada por ridícula vanidad y el lote de mi manuscrito quedase sin compradores.

Las sociedades o empresas que quieran ayudarme a vender la corta edición de esta poesía, la pedirán a la Casa de Santarén; pero a los agentes de esta Casa darán sus cuentas y entregarán los dos reales recaudados; porque yo quiero administrar mi hacienda.

Esta poesía es mala y de trasnochado gusto literariamente considerada: está plagada de versos ásperos y de frases vulgares. Por eso, lejos de presentarla como obra superior, ni como modelo del género, la he titulado *lamento muzárabe*, por la mezcla de cristiano y de moro, de humanitario y salvaje, de científico y de grosero que constituye su esencia y su artificio.

Valladolid, 23 de enero de 1885.

José Zorrilla.

TRENO I

GRANADA

Hija del Sol, Granada, fanal del paraíso,
de las huríes espejo, de sus cinturas chal,
que un día Aláh en el cielo con dos luceros
[quiso
prender, porque sombreara sus puertas de
[coral;
joyero de ámbar y oro del kiosko Nazarita,
de perlas criadero, de esencias manantial;
como la Meka santa, como Salém bendita,
katifa de la gloria tendida ante el umbral:
Sultana, que oro pisas
en polvo entre tus flores,
ante quien van las brisas
abanicando olores,
y a quien de amor sonrisas
envía en sus albores
el ángel que trae trémula
la luz matutinal...
¿Qué ha pasado en mi ausencia para que
[llores?
Tienes los ojos mustios y sin destellos,
flotan tus vestiduras sin ceñidores,
y sueltos por tus hombros caen tus cabellos.
¡Sultana mía!,
¿quién dejó tus mejillas tan sin colores?,
¿quién ahogó los cantares de tu alegría?,
¿por qué pálida tiemblas con los temblores
de una agonía?
¿Por qué cuando a ti vuelvo, redil de amo
[res
no hay en tus miradores sin celosía
jaulas con pajarillos, tiestos con flores
y muchachas de alegre fisonomía?
¿Qué ha pasado en mi ausencia?, di y no
[me azores
escondiendo tus ojos del sol del día;
dime, ¿qué te ha pasado para que llores,
Granada mía?

TRENO II

¡AY DE MÍ ALHAMA!

Me asombra el abandono de la ciudad
[desierta,
me aterra su siniestro silencio funeral;
ningún viviente asoma por ajimez ni
[puerta,
no hay una que encajada se tenga en su
[quicial.
Con pasos vacilantes y dirección incierta,
descolorido y torvo, con lentitud glacial,
un hombre mal sus calles a través atraviesa,
como un espectro huído del nicho sepulcral.
Va sin saber a dónde
con esquivez furtiva;
mas ni de mí se esconde,
ni el paso ante mí aviva:
le llamo, y no responde;

le abordo y no me esquiva;
le miro... ¡oh Dios!, es víctima
de alienación mental.
«Yo ando solo, me dijo: vete y no explores,
»no caves..., no los busques..., todos se
[hundieron
»allá! —¿Dónde? —En Alhama: la tierra
[abrieron
»los de abajo y... ¡ni casas, ni moradores!
»¡Alhama mía!
»¡Ay de mi Alhama!»—dijo, de sus clamores
comenzando aquel hombre la letanía:
y—»¡ay de mi Alhama!»—clama con ester-
[tores
de honda agonía.
¿Qué pasa en tu recinto y alrededores
que vaga la locura suelta y baldía,
repitiendo los ayes aterradores
que a Boabdil auguraron que te perdía?
¿Dónde están de tus casas los moradores?
¿Por qué no halla en ti un eco mi poesía?
¿Qué ha pasado en mi ausencia para que
[llores,
Granada mía?

TRENO III

EL REY

De ruinas por tus calles doquier se ven
[montones;
desierta está Bib-rambla, desierto el Za-
[catín,
desiertos de la Alhambra los patios y sa-
[lones,
de Lindaraja y Aixa desierto el camarín.
¿Qué pasa? Alhambra, déjame mirar por
[tus balcones
y registrar los ámbitos de tu región-jardín.
¿Qué tiendas son aquéllas y toscos barra-
[cones?
¿Qué gente la que en ellos acampa en tu
[confín?
¡Aláh clemente y sumo!
Allí hay un Rey cristiano
que, entre la nieve y humo
del campamento insano,
regula su consumo
y al noble y al villano
da desde el pan al zumo
que al morbo pone fin.
El Rey es de Castilla: sin batidores,
sin estruendo de cajas, ni artillería,
ni alardes soberanos deslumbradores,
casi sin las insignias y los honores
de jerarquía.
Es el Rey: con él vienen, de la hidalguía
y caridad Ibéricas embajadores,
del duelo de Granada consoladores
en su agonía,
escritores modestos, distributores
con él de lo que España con él la envía;
y ante ellos, hembras y hombres, viejos
[y niños
del Rey yacían arcas, sacos y escriños.
Mas con tales servicios y servidores
¿por qué vuela en socorro de Andalucía?
¿Qué pasa? ¿Qué es lo que hace que ante
[el Rey llores,
Granada mía?

TRENO IV

EL TERREMOTO

«Espera, rawí o bardo, almoghrebí o
[cristiano,
»y cuando algunas horas en donde estás
[estés,
»en tu cantar muzárabe, si escapas de mí
[sano,
»de lo que pasa es fuerza que explicación
[te des.
»Espera ahí, aunque el ritmo de tu cantar
[sea roto:

»espera..., ¿sientes?..., ¡tiemblas! ¿Concibes
[ya lo que es?
»Yo soy quien pasa. ¡Paso! Yo soy el te-
[rremoto,
»que te alza con la tierra sobre que están
[tus pies.
»Yo soy: poeta, canta
»sobre mi espalda ahora:
»yo soy: tu voz levanta
»sobre mi rastro y llora,
»y la clemencia santa
»de Dios cantando implora
»tu fin si no te espanta
»cantar tan de través.»
—Yo espero en Dios: tu muerte con sus
[dolores,
no me espanta: me sobra lo que he vivido:
lo que me espanta, ¡oh germen de sus
[temblores!,
es mi Edén de Granada ver convertido
por ti en páramo agreste sin moradores.
¡Granada mía!
Yo incrustar en la tuya logré mi historia,
yo cifré en ti mi gloria, mi idolatría,
y mi vida cantando pasé tu gloria
día por día:
mas sabes que agua y fuego van a porfía
por regular del globo la trayectoria
rajándole y soldándole mientras se enfría;
y ante esos dos titanes trastornadores,
temblar y llorar puede ¡Granada mía!
nada más, cuando tiembles y cuando
[llores,
mi poesía.

TRENO V

EL POETA

Del Leviatán terráqueo contra el poder
[ignoto
que tiende las ciudades y montes de través,
sobre los tumbos de ebrio del ciego terre-
[moto,
los genios sólo pueden asegurar los pies.
Granada, si tu suelo por él ha de ser roto,
si hundirte por sus grietas te sientes y te
[ves
por ley a quien no hay otro que Dios que
[ponga coto,
y ley que de la tierra desaparezcas es...
¡Encanto de los ojos,
nidal de la alegría,
luciérnaga entre abrojos,
cocuyo en un ciprés,
hurí plantel de antojos,
edén de Andalucía,
si Dios en sus enojos
de su haz te borra un día...
¿quién en tus montes rojos
te cantará después?
Yo habré ya muerto: mudos, ya mis can-
[tares
a despertar perdidos no irán los ecos
de tus Torres-Bermejas ni de Comares,
que ya ciegos con tierra tendrán sus huecos.
¡Granada mía!
Dios afirme tus montes hasta los mares:
Dios encaje tus torres en sus cimientos,
Dios mantenga tus arcos en sus pilares,
del globo equilibrando los movimientos:
y ¡ojalá! un día
vuelva en que vuelvan todos tus mora-
[dores
a salir a las puertas de sus solares,
y vuelvan a ajimeces y miradores
a asomar su risueña fisonomía
las muchachas alegres de tus lugares,
a oír de estos cantares la algarabía
que trae su ritmo, origen y melodía,
de cristianos, muzárabes y mudejares;
y ojalá que conjuro de tus pesares,
sea, gentil Granada, mi poesía,
y que por ella
brille fija en el cielo tu buena estrella.

DESPEDIDA

¡Adiós, ciudad sagrada, ciudad bendita!
¡Adiós, vida y cariño de mis entrañas!
¡Adiós!...., porque las fuerzas y voz me quita
la vejez, que más útil serte en tu cuita
no me deja en tus barrios y en tus mon-
[tañas.
¡Adiós!, pasó mi tiempo y a nada aspiro:
ya, sin voz, cuando quiero cantar, me
[quejo
y al hablar del pasado, yerro y deliro.
¡Adiós!...., entre los brazos de Dios te dejo:
ya más no puedo enviarte que este suspiro,
rezagado RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO.

DISCURSO POÉTICO

Humíllate y serás ensalzado.

(Máxima del Evangelio.)

No te humilles para que te ensalcen, porque [illegible]; pero di de ti mismo [illegible], aunque no te la crean como la dices: los que no te crean probarán que están desprovistos de tu modestia y que son incapaces de tu probidad.

(Parátrasis mía.)

José Zorrilla.

I

Mi recepción, señores, como todo
lo que me sintetiza o me revela,
como todas mis obras y mis hechos,
para ser natural, va a ser excéntrica:
pero excéntrica y lógica: su forma
una tan sólo puede ser, y es ésta.
¿Qué es lo que me ha valido la honra doble
de aceptarme dos veces la Academia?
El bagaje de versos que me sigue
y mi exclusivo nombre de poeta,
que, título o apodo, estigma o nimbo,
encoroza o corona mi cabeza;
pero que, honroso título o estigma,
yo soy el solo que sin más lo lleva.
el único que más no ha sido nunca
y el solo acaso de la edad moderna.
La poesía fué mi único vicio,
mas son mis versos mi única defensa,
e imponerme la prosa y el discurso,
rigor fuera en vosotros y en mí mengua.
¿Qué discurso ha de hacer quien no le [tiene?
¿Sobre qué discurrir podrá aunque quiera,
ni sobre qué podrá formar un juicio
quien por vivir sin él hasta aquí llega?
Yo, conculcando vuestras reglas todas,
me hice famoso: de osadía a fuerza
atropellé y amordacé a la crítica,
sofoqué a la razón y formé escuela;
inconsciente, es verdad, justicia hacedme,
jamás cátedra abrí ni fundé secta:
levantó el remolino de mis versos
de sectarios tras mí la polvareda.
Y vosotros, señores, sí, vosotros
mismos, alucinados por aquella
luz de farol que os pareció de faro,
chispa de hogar que os pareció cometa
me abrísteis este templo ha siete lustros

DESPEDIDA

¡Adios, ciudad sagrada, ciudad bendita!
¡Adios, vida y cariño de mis entrañas!
¡Adios!... porque las fuerzas y vos me quita
la vejez, que más útil suerte en tu cuita
no me deja en tus barrios y en tus mon-
tañas.
¡Adios, pues mi tiempo y a nada aspiro;
ya, ¡ay de mí! cuando quiero cantar, me
ahogo
y al hablar del pasado, pierto y deliro.

DISCURSO POÉTICO

DISCURSO POÉTICO [4]

Humillate y serás ensalzado.
(Máxima del Evangelio.)

No te humilles para que te ensalcen, porque tu humildad será hipocresía; pero di de ti mismo la verdad como la sientas, aunque no te la crean como la dices: los que no te crean probarán que están desprovistos de tu modestia y que son incapaces de tu probidad.
(Parafrasis mía.)
JOSÉ ZORRILLA.

I

Mi recepción, señores, como todo
lo que me sintetiza o me revela,
como todas mis obras y mis hechos,
para ser natural, va a ser excéntrica:
pero excéntrica y lógica: su forma
una tan sólo puede ser, y es ésta.
¿Qué es lo que me ha valido la honra doble
de aceptarme dos veces la Academia?
El bagaje de versos que me sigue
y mi exclusivo nombre de poeta,
que, título o apodo, estigma o nimbo,
encoroza o corona mi cabeza;
pero que, honroso título o estigma,
yo soy el solo que sin más le lleva,
el único que más no ha sido nunca
y el solo acaso de la edad moderna.
La poesía fué mi único vicio,
mas son mis versos mi única defensa,
e imponerme la prosa y el discurso,
rigor fuera en vosotros y en mí mengua.
¿Qué discurso ha de hacer quien no le [tiene?
¿Sobre qué discurrir podrá aunque quiera,
ni sobre qué podrá formar un juicio
quien por vivir sin él hasta aquí llega?
Yo, conculcando vuestras reglas todas,
me hice famoso: de osadía a fuerza
atropellé y amordacé a la crítica,
sofoqué a la razón y formé escuela;
inconsciente, es verdad, justicia hacedme,
jamás cátedra abrí ni fundé secta:
levantó el remolino de mis versos
de sectarios tras mí la polvareda.
Y vosotros, señores, sí, vosotros
mismos, alucinados por aquella
luz de farol que os pareció de faro,
chispa de hogar que os pareció cometa,
me abristeis este templo ha siete lustros

sed, pues, lógicos hoy: si vuestras reglas
por infringir, dos veces me llamasteis,
dejad que las infrinja la tercera.
Acordadme los versos; porque al cabo
ya por la inevitable decadencia
natural de mi edad, ya de mi viejo
estilo con el nuevo por la mezcla,
ya, en fin, por el monótono y bastardo
metro que en mi discurso de manera
voy verso y prosa a amalgamar, es fácil
que ni prosa ni versos os parezca.

II

Por poeta no más logré tal honra...
¡gracias por tal favor, noble asamblea!
Mas ¿sabéis bien quién soy?..., porque en mí al hombre
no conocéis aún más que por fuera.
El poeta cargado de oropeles,
aclamado por turbas vocingleras
y a la humeante luz de las antorchas,
que siempre más que lo que alumbran ciegan,
os deslumbró: por moda me aceptásteis
ayer, y hoy por cortés benevolencia;
pero el hombre y sus obras constituyen
un aborto monstruoso y un problema:
juntos, parecen de su siglo cifra,
mas son una parásita excrescencia;
tal vez parecen bendición del cielo,
y resultado son de su anatema.
Permitid tal cual soy que me presente:
oídme la verdad por más que os sea
increíble en mis labios; y en la mía
creed, aunque no se use la modestia.
La historia del poeta, de sus libros
está en las hojas: ¡hojarasca seca!,
no más las hojeéis: sólo dan polvo,
y no mi gloria, mi baldón son ellas.
Sin principio ni fin determinados,
como sin intención sin consecuencia,
evocaciones son de la pasada
de escasa trabazón con la edad nuestra.
Divagador y descriptor difuso,
productor tan sin plan como sin ciencia,
y versificador tan laberíntico
que con versos labré rombos y trenzas,
si es flor mi poesía, es inodora,
rítmica y musical, mas sin ideas...,
poeta sin doctrina ni enseñanza,
útil al bien social, ¿de mí qué resta?
Humo de antorchas y rumor de aplausos,
lo único que de sí rastro no deja:
el humo se disipa al exhalarse
y el aplauso subsiste lo que suena.
No me habléis de mis obras: reunidas
al ofrecerlas hoy, no halló su venta
ni patrocinador ni compradores:
de su poco valor no hay mejor prueba.
No me habléis de mis versos: ya en la plaza
no corren, ya no son papel-moneda:
y es claro: no tuvieron mira alguna
y tener no pudieron trascendencia.
Tal es la historia del poeta: y como
tiene que ir en la del hombre envuelta,
y la historia del hombre está en el libro
del alma... voy a abrirle y a leérosla.

III

Es una historia ilógica y sin cabos:
amalgama de luz y de tinieblas,
de fe y de dudas, de osadía y miedo,
de indomable tesón e inconsecuencias.
Yo nací para amar y ser amado;
yo concebí desde mi edad más tierna
que el calor del hogar y la familia
es el solo que nutre y que calienta.
Mi alma fué del amor y de la casa
no más por Dios para los goces hecha:
un rincón de la tierra con cariño,
un techo propio en heredada tierra,
un heredado ajuar, un nombre oscuro,

ningún anhelo de mi casa fuera:
amigos, pocos; enemigos, nadie;
y una vida vulgar, honrada y quieta;
reunir a mis abuelos y mis padres
un día con mis hijos a la mesa,
juntos orar, sufrir y gozar juntos
el calor del hogar en paz perpetua,
fué mi bello ideal desde la cuna:
y no vi en el Edén de la existencia
más que luz, esperanza, poesía,
y eterno amor en juventud eterna:
y al sentirme la voz en la garganta,
la fe en el corazón y en la cabeza
la ardiente inspiración, como la alondra
en himno matinal solté mi lengua:
y amé cuanto Dios puso en torno mío,
canté del Universo la belleza,
el sol, el mar, los árboles, las flores,
cuanto absorto admiré sobre la tierra.
¡Bello es vivir! ¡La vida es armonía!,
exclamé: y comentando las sentencias
del Evangelio y de la Biblia, puse
en el hogar mi dicha venidera...
Pero nunca en mi hogar con mi familia
viví: por vanos humos de nobleza
fuera de ella educado entre los grandes,
mi casa, en fin, me resultó pequeña:
y al romper el volcán que fermentaba,
del hogar de mi casa solariega
extinguió de repente hasta el rescoldo
y sus cenizas dispersó la guerra.
Una guerra civil, feroz cual todas,
a mi padre arrastró tras su bandera,
a mi madre encerró tras de las nieves
de un monte, y en la atmósfera revuelta
me echó a mí como un átomo perdido;
mas yo que de laurel semilla era,
eché raíz donde caí, y mi tronco
de ramas coronó la estación nueva.
Árbol de Apolo, me creí del rayo
libre, y de él libre la mansión paterna
poder guardar, y los anillos rotos
soldar de la familia en la cadena.
En lustro y medio de voraz trabajo
que a mi patria asombró, ver logré en ella
volar mi nombre de la fama en alas,
e intenté realizar mi gran quimera:
alzar una pirámide de gloria
del solar de mis padres a la puerta,
y que al volver a él, hallaran limpias
mis manos, y mi honra y mi conciencia.
Hice milagro tal; pero fué inútil:
para no ver el resplandor siquiera
de mi gloria, cerraron de mi casa
por dentro los balcones y las rejas.
Toda España admiró mi fe y mi gloria;
¡mi raza nada más no quiso verla!
¡Fué la caída de Ícaro, fué el agua
pretender conservar en una cesta!
Dios no quiso aceptar mi sacrificio:
Dios maldijo mis versos y mi herencia,
y me volví a quedar ante mi gloria
vacío el corazón y el alma huérfana.
Entonces en mi ser se efectuó un cambio
rápido y radical: la pura esencia
de mi amor al hogar y a la familia
se convirtió, no en odio, ¡más valiera!,
de odio al amor, como de amor al odio,
fácil, por ser extremos, es la vuelta:
yo sentí por la vida un vago hastío,
caí en la más profunda indiferencia,
y desprecié mis versos y mi nombre,
la patria gloria, hasta la patria lengua;
y para ir a morir tendí la vista
a los desiertos páramos de América.
Entonces me llamasteis generosos
y alucinados por la vez primera;
¡pero yo abandonaba hasta las tumbas
de mis padres!... no oí: me hice a la vela,
y allá a morir me fuí!... mas no a matarme:
Dios hará de mi vida lo que quiera;
Él fué quien me la dió: yo no la estimo
y por Él la conservo, no por ella.
Veinte años de mi patria viví lejos;
ni supe de ella más, ni inquirí si era
ya en ella recordado: de mi vida

que he dormido veinte años hago cuenta.
Y ¡qué sueño!, ¡ay de mí!, ¡qué pesadilla!,
vagué entre tumbas a mi paso abiertas,
¡y cuanto allá me amó se hundió entre [sangre,
traiciones y calumnias y miserias!
Mas desperté y volví. Del hijo pródigo
la vuelta fué: con músicas y fiestas
me recibió mi patria generosa
de flores alfombrando mi carrera;
y hasta vosotros hoy aquí, olvidando
mi ingratitud, me abrís vuestra asamblea;
pero por más que a mi decoro cueste
tal confesión, descrédito o vergüenza,
una os debo de hacer como hombre hon- [rado.
creáis o no mi confesión sincera:
«ni allá ni aquí, por mí ni por mis versos
he podido vencer mi indiferencia».
Son trabajos forzados de mi vida,
una casi ridícula faena,
una labor de niños o de locos
que hoy la gente formal casi desdeña.
Los versos de esta década han sufrido
tal envilecimiento y decadencia,
que al caer de la cumbre del parnaso
se han ido a encanallar a la taberna,
y han procreado en el café flamenco
una vil poesía callejera;
todo está en verso ya: desde el anuncio
del sermón, al cartel del sacamuelas.
¿Qué me vais a decir? ¿Que ésta es, sin [duda
grande verdad pero que nada prueba?
¿Que los versos no son la poesía?
No: pero son su vestidura regia:
son de su jerarquía el atributo,
la pedrería son de su diadema,
de su manto real son los armiños:
la poesía por el verso es reina.
La versificación es la cuadriga
de corzas blancas en que va a las fiestas,
la góndola de nácar en que boga
y las alas de cisne con que vuela.
El verso es noble y de divino origen;
de los dioses no más habla la lengua;
bebe con ellos néctar y ambrosía,
calza coturno y desparrama esencias.
Sólo en las Academias y Liceos,
Ateneos y templos habló en Grecia,
y en Roma con Horacio y con Virgilio
bebió Falerno y conversó con César.
El verso que anda a pie, que coge barros,
fuma, se embriaga y riñe en las plazuelas,
no es el hijo de Apolo y de las Musas,
es un rufián de raza gitanesca:
y llamar al lenguaje tabernario
de sus ramplonas coplas chachareras
y obscenos chascarrillos poesía,
y a sus engendros bárbaros poemas,
es poner manto real al barrendero,
al mochuelo tomar por oropéndola,
tomar por tulipán a la amapola
y los huesos de dátiles por perlas:
es a su real cuadriga enganchar asnos
para acarrear a los establos yerba,
en su concha poner huevos de rana
y sus alas de cisne a la corneja.
Yo no hago versos ya: los que di al [pueblo
alzar al sol le hicieron la cabeza,
y los poetas de hoy en nuevo rumbo
de progreso social a entrar le enseñan.
Los poetas de ayer éramos pájaros,
hoy filósofos son, casi profetas:
yo embelesé a mi pueblo con gorjeos,
los de hoy el sol del porvenir le muestran.
Verdad es por su mal ¡y es el castigo
que da Dios a la altiva inteligencia!
que va un turbión de audaces rapsodistas
detrás del genio que descubre y crea;
y al viciar y enlodar sus creaciones,
va haciendo, al convertirlas en escuela,
de la antorcha del genio lamparillas,
del almo sol del porvenir linternas.
Por eso hace años que por mí y mis versos
no puedo dominar mi indiferencia:

y ya, sin fe, mi inspiración ahogada
mató su luz y me dejó en tinieblas.

IV

No imaginéis, ¡por Dios!, que es lo que [os digo
hiel que en el corazón se me aglomera
por creerme pospuesto o desdeñado
por la generación que me rodea:
no; yo he vivido siempre errante y solo
como el salvaje cárabo en la selva,
siempre encerrado dentro de mí mismo
sin querer de mí mismo salir fuera.
Mas ¿qué no pudo ser? *Don Juan Tenorio*
me franqueó en mi país todas las puertas;
yo me he parado en el umbral de todas
y he dicho a la fortuna: «vuelvo, espera».
Y no volví, me aguarda todavía
y yo la tengo aún la espalda vuelta:
mi popularidad estriba en eso;
en mi fría y salvaje independencia.

Yo vengo aquí como doquier he ido,
tal cual soy; como sombra de otra época
extraña ya a la actual; pero no sombra
sin espíritu, muda, sorda y ciega.
De mi siglo a través no paso mudo,
porque el ser de mi siglo no comprenda:
callo, al pasar, porque callar me cuadra,
no porque brío o qué decir no tenga.
Dios me dió un corazón con fe y sin miedo
con un valor civil de estofa recia,
y no hay nadie en el mundo que algo valga
de lo que vale sin tener conciencia.
Decir no quiero lo que siento en vida,
por decirlo después desde mi huesa;
porque la voz del muerto entre los vivos
traiga de Dios y la verdad la fuerza.

Treinta años ha se me hace una pregun- [ta:
ya aquí... tengo que dar una respuesta.
¿Qué pienso de esta edad? ¿Vivo o no vivo
en ella yo? ¿Por qué no influyo en ella?
Nuestras costumbres de expansión y [holganza,
nuestra afición al ruido y a la gresca
y nuestro afán de echarlo todo a broma
pienso yo que del siglo están ya fuera.
Responder con el chiste al argumento;
hacer arduas cuestiones bagatelas;
darnos todos por grandes, y tomarnos
por notabilidades y eminencias;
juzgarlo todo sin pararse en nada;
fiarlo todo a Dios y a como venga;
dejar pasar la vida haciendo tiempo;
tomar el sol punteando la vihuela
y la gloria falsear, poniendo la honra
de la nación de un diestro en la muleta,
bien podrán ser costumbres nacionales,
pero costumbres son que nos amenguan.

Una palabra más, y no temamos
a la verdad por agria que nos sepa:
va faltando lo serio en nuestra vida
social, y el porvenir es cosa seria.
Sí: ridiculizar todo lo bello,
de todos los respetos hacer befa
y caricaturarlo todo, haciendo
oposición a todo por sistema,
es traer al lodazal el blanco armiño,
es a quien nacen alas tirar piedras;
nada, en fin, respetar y osar a todo
no es progreso social, es desvergüenza.
Treinta años ha se me hace una pregunta,
me he resistido hasta hoy a dar respuesta:
¿Qué pienso de esta edad? No es ya mis- [terio:
si de ella soy, ¿por qué no influyo en ella?
Porque tal es mi ser: porque no abrigo
ambición de poder ni de influencia;
porque nací para vivir al fuego
del hogar, y no al sol que agosta y quema.
Porque perdí la fe que me guiaba
y de mi vida equivoqué la senda:
porque yo ni del mundo ni del claustro
pude ansiar ni el alcázar ni la celda.
Para vivir cual genio de su gloria,

o en la fe solitaria del asceta,
debí nacer dos siglos más temprano:
morir, o no tornar debí de América.
¿Qué ha de hacer con el oro y con la gloria
alma de envidia y vanidad exenta?
¡Si en mi hogar no hubo padres y no hay [hijos!...,
¿para qué quiero yo gloria y riquezas?
¡No me habléis de caudal hecho con cálcu- [los,
números no metáis entre mis letras!
Yo le engendré y vendí a *Don Juan Te-* [*norio*,
por no perder el tiempo en echar cuentas.

V

Excusad tan excéntrico discurso:
no puedo ya cambiar naturaleza,
¿qué más queréis de mí? Clara os he dicho
mi verdad, y podéis o no creerla.
Soy el más popular y el más famoso,
pero el poeta soy de menos ciencia:
miembro inútil a ser en vuestro cuerpo
voy, si tal me aceptáis; tenedlo en cuenta.
¿Ya académico soy? Dios os perdone
error tan grato para mí: sincera
será mi gratitud cuanto me dure
la vida... ¡lo que ya no es gran promesa!
Pero aunque viva siglos, ya mi gloria
no podrás revivir, ¡noble Academia!,
ni en el cielo del arte hacer de nuevo
brillar la luz de mi apagada estrella.
No arrancarán del alma las espinas
las coronas que nimben mi cabeza,
ni me hará creer el pueblo que soy grande
siendo, cual son, mis obras tan pequeñas

EL CANTAR DEL ROMERO

LEYENDA EN VERSO

EL CANTAR DEL ROMERO

LEYENDA EN VERSO

EL CANTAR DEL ROMERO

LEYENDA EN VERSO [5]

El 27 de septiembre de 1882, harto de andar en Madrid tras de mi todavía no acordada y prometida pensión; harto de zarzuelas sin música y sin poesía, de toros muertos a volapié después de diez pases de pecho, diez de telón, diez arrastrados y diez y siete incalificables, por celebridades taurómacas, para quienes fueron niños de teta desde Romero y Costillares hasta Montes y el Chiclanero; harto de los berridos de gañotillo, los meneos de lupanar y los salvajes pataleos de lo que se llama *cante y baile flamenco;* harto de todo el gárrulo ruido de discursos, y guitarreos y del ardillesco movimiento y bárbaro tecnicismo de lo chulo que hoy priva, y harto, en fin, de timadores, espadistas y rateros sueltos, todo lo cual compone la espuma del vicio tolerado por la justicia y mimado y celebrado y caído en gracia por los que creen que la gracia constituye la base del carácter de nuestro pueblo y que los españoles somos el más gracioso del universo, me acordé de una invitación que de tiempo atrás me tenía hecha mi amigo Manuel Madrid, de ir a pasar unas semanas en su casa solariega de Asturias, me salí de Madrid sin decir esta boca es mía, y del tren de Santander descendí en Torrelavega, donde atrapé la vetusta diligencia de Santander a Oviedo, y en el pescante de tan desvencijado vehículo dí conmigo en Vidiago, lugarejo que por mitad divide el camino real pocos kilómetros antes de cruzar a Llanes.

En Vidiago tenía mi amigo su casa; y desde el primer día de mi estancia en ella, comenzó a gustarme la pintoresca situación del pueblecito de Vidiago, entre las montañas y el mar, cuyo móvil y azulado lomo, cuya espuma y cuyo rumor se percibían desde los balcones de mi aposento. En cuanto el tiempo nos lo permitió, comenzó mi amigo a darse el placer de enseñarme su tierra, y yo a encantarme recorriendo aquellos montes cuajados de seculares encinas y robustísimos castaños, aquellos maizales sonorosos, tendidos como tapices en las hondanadas de los valles, aquellas rocas escarpadas y cortadas a pico sobre aquel mar rara vez en calma y aquellos horizontes rematados por un lado en el círculo del agua y por el otro en apilados montes cuyas espaldas parece que guarden los embreñados *Picos de Europa.* Desde lo alto de aquellos derrumbaderos, veíamos el puertecito en miniatura de Llanes, patria y solar de los Posada Herrera,

los peñascos de Covadonga, las avanzadas rocas que resguardan la regeneradora Comillas, hoy viuda de su opulento regenerador, y hasta la punta en que se destaca el faro de Santander sobre el gigantesco mogote de Santoña, envuelta en la bruma, último término de tan inmenso cuadro.

Allí respiré, a pleno pulmón, un aire vivificador, perfumado con el olor de las agrias manzanas, los acres nogales y los frescos castaños, y cargado de las salinas emanaciones del mar. Comenzó mi amigo a mostrarme los fenómenos geológicos de aquellos peñascos cuajados con hierro y carbón de piedra, aquellos páramos de riquísimos pastos y aquellos pueblecillos metidos entre árboles, cuyas casas blancas diseminadas sin orden entre su verdura parecen, desde lejos, palomas anidadas y corderos recostados entre la yerba. Aquella paz tranquila de la campesina vida, sin robos y sin quimeras, aquel continuo y pausado paso de las carretas chirrionas de ruedas sin rayos, aquellos cantares melancólicos de los pastores y las labradoras que limpian los maizales y recogen las mazorcas, aquellas frescas y rollizas muchachas, coloradas como las manzanas de sus pomares, aquellos viejos con sus monteras de pico y con sus ruidosas almadreñas, aquella gente franca y cordial que me saludaba sonriendo, sin asombrarse de mi legendaria perilla ni de mi facha tan diferente de su pintoresco traje, me trajo más de una vez a los ojos lágrimas de envidia a su vida pacífica y patriarcal.

Poco a poco fui sondando aquella capa de poesía y al apercibirme de la realidad que bajo de ella fermentaba, lamenté que el error, la preocupación y la rutinaria costumbre les impidiera convertir su pintoresca tierruca en el más rico paraíso. Si el progreso y el confort modernos hiciesen de Asturias una Suiza española, y aquellos sombríos y opulentos hijos de Albión pudieran, como lo desean, venir a ella como vienen sus barcos a sus puertos seguros de hallar albergue cómodo, sería aquélla una deliciosa jira de veraneo; y allí se quedaran tal vez y a la larga, a pesar de la moda y de la ruleta, los centenes españoles que se quedan en Biarritz y en Spa en compañía de las inglesas esterlinas.

Pero dos manías tiene aquella buena gente, que contribuyen a su pobreza y despoblación. Una es la de ser cosecheros de un maíz que les cuesta doble del que les costara el importado de América, en lugar de volver a ser ganaderos como sus abuelos, y otra la de enviar a sus hijos a hacerse millonarios a Cuba y a Méjico: de donde vuelven tales, uno de cada diez mil, ricos, tres o cuatro y los demás, o se casan allá, o mueren víctimas del trabajo o de los vicios, en aquel país del oro y de las fiebres, de las locas especulaciones y los desatinados, inútiles e inconcebibles despilfarros.

El ejemplo de algunos, cuyo trabajo coronó allá de oro la fortuna, hace que cuantos tienen hijos allá les envíen casi niños y en ellos funden la esperanza de una riqueza que rara vez logran. ¡Cuántas madres ya viejas se me han lamentado de que sus ingratos hijos no las envían ya ni lo suficiente para vivir en la más sórdida estrechez! Pero ¿saben, acaso, aquellas madres si viven los hijos de cuya ingratitud se quejan? Y entre tanto, ¿en quién esperan tantas mujeres sin marido para seguir poblando aquella madre tierra, la mitad de cuyos hijos se echan al mar mientras la otra mitad tiene que acudir a la voz de la patria que para soldados se los pide?

Basta de esto: por más que me apesaren y me importen los errores de mi patria,

cúmpleme a mí solamente, trovador vagabundo del siglo XIX, convertir en poéticas leyendas sus glorias y desventuras. De las breves relaciones que anteceden, tiene origen mi CANTAR DEL ROMERO: la voz de una muchacha me la hizo concebir al son de su pandero, y la vista de un fenómeno natural, del que en aquellas costas llaman *un bufón*, me la hizo determinar y extenderla en este libro. Escribíle yo con el solo intento de dejarle inédito para deleite de aquel amigo mío, que rarísima vez lee versos, y de aquellas muchachas que el cantar del romero me cantaron y a quienes yo quería que en mi ausencia se le leyeran unos hermanos Bustamante, a los cuales quiero yo mucho y que aquellas muchachas cantadoras me reunían para que sus cantares estudiara.

Pero al salir de Vidiago me detuvo en Torrelavega y me hospedó en su casa el propietario de *El Cántabro*, don Genaro Perogordo, a quien en Méjico conocí y donde por mí no dudó ponerse lealmente de mi parte en un trance un tanto difícil. Español de corazón, allá sacó sin miedo la cara y hoy sigue lidiando en su *Cántabro* por los intereses de España, y a mi paso por Torrelavega, se prendó por ceguedad de amigo de mi leyenda, ofreciéndose a imprimirla. Por fin, en Santander, don José M.ª de Pereda, escritor notabilísimo, a quien puede llamarse Walter Scott de la Montaña, con quien hice allí conocimiento y con cuyas obras me he familiarizado hasta tenerlas por solaz continuo, y alguna a la cabecera de mi cama para ahuyentar de noche las visiones de mis tristes recuerdos y acallar los remordimientos de mi insomne conciencia, se empeñó en que la diera a luz, para hacerme la honra de pedirme su manuscrito.

He aquí la historia de mi CANTAR DEL ROMERO y la razón de por qué la he dado a luz: y si llegara a hacerse popular en Asturias, y si por su lectura pudiera corregirse su gente de la manía de la emigración a América, y mi amigo de Vidiago no olvidarme y Pereda encontrar mi leyenda impresa tan a su gusto como le pareció, en la rápida lectura de mi manuscrito, bastará para que yo no me arrepienta de haberla impreso.

JOSÉ ZORRILLA.

Mayo, 30-83.

...ampliarse a mi soledad. Llevados vagando del siglo XIX, convertir en poéticas leyendas sus glorias y desventuras. De las brevas valencianas que adornaban, tiene origen mi CASTAÑA DEL ROSARIO, la vez de una mitología no la hice conocer al son de su pandero, y la vista de un fenómeno natural, del que en aquellas costas llaman un *bolón*, me la hice determinar y extenderla en este libro. Escribilo yo con el solo intento de dejarlo inédito para deleite de aquel amigo mío, que tantísima vez le versos, y de aquellas mismas que el cantar del romero me cantaron y a quienes yo quería que en mi ausencia se leyeran unos hermanos bienamados, a los cuales quiero yo mucho y que aquellas mismas cantadoras me tomaban para que sus cantares estudiara.

Pero el autor de *Nublado* me detuvo en Torrelavega y me llevó en su casa el pobrísimo de *El Cantábrico*, don Gumersindo Pérez-Orodeo, a quien en Madrid conocí y donde por mi no donde pondré lealmente de mi parte en un trance un tanto difícil. Español de corazón, allá supo sin miedo la cara y hoy sigue luchando en su *Cantábrico* por los intereses de España y a mi paso por Torrelavega, se prendó por segunda vez de amigo de mi juventud, divorciadísimos a empujones. Por fin, en Santander, don José M.ª de Pereda, escritor antidistinguido a quien puede llamarse Walter Scott de la Montaña, con quien hice allí conocimiento y con cuyas obras me he familiarizado hasta tocarlas por solas continuo, y algunas a la cabecera de mi cama para alimentar de noche las visiones de mis tiestos forasteros y acallar los ruidos dinerarios de mi mundo conocido, se empeñaron que la diera a luz, para hacerme la honra de pedirme un manuscrito.

He aquí la historia de mi CASTAÑA DEL ROSARIO y la razón de por qué la he dado a luz y al lenguaje a hacerse popular en Asturias, y al por la lectura pudiera convertirse en gente de la manada de la emigración a América, y mi amigo de Vallejo no olvidarme y Pereda encontrar mi letra impresa tan a gusto como la paseaba, en la rapidez lectura de mi manuscrito, bastará para que yo no me arrepienta de haberla impreso.

José Zorrilla.

Málaga, 30-63.

INTRODUCCIÓN

EL BUFÓN DE VIDIAGO

I

Vuelve a surgir, inspiración dormida,
en el fondo de mi alma fatigada,
sobre los desengaños de la vida
y ante su fin ya próximo... la nada.
En tu pulmón la voz enmudecida
busca y tu fuerza juvenil pasada,
y ven antes que el tiempo se me huya
y el hálito vital se me concluya.

Lo sé: los años sobre mí se apilan:
ya abre ante mí la eternidad sus puertas;
sobre la tierra ya mis pies vacilan:
mis oídos ya torpes y ya inciertas
mis miradas están: ya se aniquilan
mis fuerzas corporales: pero aún vive
la fe en mi alma; en mi cerebro aún arde
esa chispa del sol, la inteligencia,
emanación de Dios; que de ÉL recibe
el poeta de fe que a Dios concibe;
que en el hombre de fe se nubla tarde
y se apaga no más con su existencia:
porque Dios a su espíritu la adhiere
con la inmortalidad, y a su presencia
va con el alma cuando el cuerpo muere.
Y aún vive en mí, fermenta todavía
y en mi caliente corazón se esconde
esa honda fe que por doquier me guía,
y aun a la voz de la alma poesía
mi independiente corazón responde.

Aún vive: siento aun y aun oigo y veo
por donde fijo la insegura planta
la faz de Dios y su presencia santa,
de negarle o no verle nunca reo:
hoy que la tierra en mi vejez paseo,
sus maravillas ante mí levanta;
y poeta de Dios, porque en Dios creo,
mi inspiración sus maravillas canta.

II

Ábrete, pues, ¡oh sésamo!, que encierras
el geniecillo ruin y microscópico
que conmigo cruzó mares y tierras
desde la Alhambra hasta la mar del trópico.
Sal, atómico ser, sal de tu sueño:
rompe la leve cáscara del grano
de sésamo en que estás, átomo enano,
de los ingenios de hoy el más pequeño.

Sal y el viejo laúd toma en la mano;
pero vuelve gentil, ágil, risueño
como en el tiempo viejo, aún no en olvido,
cuando ibas por mitad cristiano y moro,

la cruz al pecho y de alquicel vestido,
cantando a Dios y despreciando el oro;
cuando, de audacia y de locura ejemplo,
salmodiabas los versos del poeta,
lo mismo al son del órgano en el templo
que al son de la morisca pandereta.

Sal, genio mío, ven: te necesito:
ven conmigo a asomarte a un agujero,
por do el poder de Dios que veas quiero
en un rincón de Asturias donde habito:
ven no más a escuchar un son, un grito,
un baladro, un bufido, un algo fiero
y encantador al par, santo y precito
tal vez; que nada siendo, es algo empero
como huella de Dios, casi infinito.

Algo compuesto de agua, luz, espuma,
ímpetu, ruido, fuerza y movimiento,
que debe hoy escribir mi vieja pluma
y tú cantar con tu postrer aliento:
y este algo misterioso, indescriptible,
aéreo y corporal, sólido y hueco,
frágil y recio al par, inconcebible,
del cual vamos a hacer algo legible...
un poema tal vez... no es más que un eco;
mas ten presente, geniecillo loco,
que un eco siempre es algo, aunque es
[muy poco.

¡Ea, pues, geniecillo que me inspiras,
a ver cómo de un éco en torno giras!
¡Sus! Tus alillas ágiles despliega,
recorre desde la alfa hasta la omega:
tu vuelo es libre, tu labor sin coto;
con la palabra y con la idea juega;
discurre, inventa, trama, afirma, niega,
canta, cuenta, salmodia.... arma alboroto,
hasta que ese eco que a rumor no llega
sea el de un huracán o un terremoto.
Prueba a Asturias que puedes todavía
un eco en sus breñales escondido
convertir en raudal de poesía
y en un recuerdo de hombre agradecido.
Mas al hablarla de él...; ¡por vida mía!,
no vayas indiscreto o distraído
a alardear de saber mitología.
Asturias es romántica y cristiana:
salvó a Europa de ser mahometana;
y tierra en que es santuario Covadonga,
su creencia y recuerdos no prolonga
hasta los mythos de la edad pagana.
No hables aquí de Ninfas: las de Grecia
no llegaron aquí: la Ninfa Eco
pasa aquí, con razón, por una necia,
que habló sin ton ni son y siempre en
[hueco.
Como Ninfa y Deidad la adoró Roma,
que adoró a todo dios: pero se opina
aquí que Grecia la admitió, una broma
por dar a Roma, en la mansión divina.

Eco fué Ninfa: más, sin forma humana,
hizo sólo en pinturas de persona;
y como Ninfa huera y casquivana
la aceptaron, de buena o mala gana,
desde el Areópago a la Sorbona.
Fué Ninfa, sí; pero la más perdida:
Divinidad rastrera y rezungona,
sin dar la cara se pasó la vida
por cuevas, subterráneos y rincones
para escuchar a todos escondida,
cortando por doquier conversaciones,
metiéndose con todos en cuestiones
y en divertir a tontos divertida:
y como, impertinente y holgazana,
repetir nunca supo más que un trozo
de una frase final, en la lejana
cavidad de una bóveda o de un pozo;
ya ni la poesía aquí la abona.
No hables, pues, de esa Ninfa charlatana,
aquí no quieren gente respondona;
y sabe la católica asturiana
que ante la Cruz que el Gólgota corona
a las Ninfas ahogó la fe cristiana.

Aquí el eco no es más que un ruido, seco
o prolongado que, de voz humana
u otro son, se repite en algún hueco.
El eco que fué Ninfa muerto yace:

con que no hablemos más de esa villana,
y ven el mío a oír; que es un son vago,
que en las entrañas de la tierra nace
entre liquen, adelfa y jaramago,
que en dormir en un antro se complace,
y que en vapor y estruendo se deshace
en la asturiana costa de Vidiago.

III

Vidiago es una gárrula aldehuela
donde un pueblo entre céltico e ibero,
franco, trabajador, sobrio y sincero,
suda en verano y en invierno vela,
labrador, traficante y ganadero:
y del sudor y afán del año entero
los domingos alegre se consuela,
bailando al son del árabe pandero
y al compás de la etrusca castañuela.

Vidiago es el lugar donde tranquilo
después de una existencia consumida
en inquietud y afanes sin medida,
que allende de la mar nos tuvo en vilo,
con la vida en un tris, la alma en un hilo
y la esperanza de volver perdida,
un amigo leal del tiempo viejo
volvió al paterno hogar en pos de asilo,
paz, pan, lana caliente y vino añejo;
cosas que ayudan a esperar sin pena
al fin de vida mala muerte buena.

A este amigo leal, que como hermano
me quiere y trata y como tal le tengo,
se me antojó venir este verano
a ver en la mansión de su abolengo:
y como él es un hombre de buen juicio
y yo un loco de atar desde *ab initio*,
antes de que la tumba se nos abra
vine a pedirle y darle, por si dejo
antes que él de vivir, su buen consejo,
mi último adiós y mi postrer palabra;
pues habiendo los dos vivido tanto,
ya al despedirnos suponer debemos
que sus consejos él me da postremos
y yo que alzo en su hogar mi último canto.

Su hogar, palacio señorial un día
y hoy albergue por mí del dulce encanto
de la amistad, la fe y la poesía,
se eleva al par de gigantesca roca
que ha socavado el mar; en cuyo hueco
cien metros tierra adentro abre una boca,
donde cuando pacífico le evoca,
de su manso rumor despierta un eco.

Este eco, de su alcázar no lejano,
de mi balcón los vidrios estremece
cuando, al crecer de noche el oceano
con la marea equinoccial, parece
que se viene la mar sobre la tierra;
el eco de su caverna se enfurece,
y al viento contra el mar llamando a
[guerra,
amedrenta la costa y la ensordece
con bufidos de son tan pavoroso,
que turban de los pueblos el reposo.

Mas cuando el mar azul en calma duerme
y humilde el pie de los peñascos lame,
el eco yace en la caverna inerme
sin responder aunque la voz le llame.
Eco que asorda la comarca entera,
no del hombre a la voz sale al encuentro;
sólo habla con el mar cuando se altera,
ruge a impulso del mar de dentro a fuera,
no responde jamás de fuera adentro.
Yo le he ido a buscar: en el embudo
de piedra en que la mar boca le cava,
me asomé y le llamé: mas se hizo el mudo,
porque era yo, no el mar quien le llamaba.

A este eco altivo y de desdén sultánico,
para que en él a reposar se acoja
después de su periódica pelea,
el mar, que es como Dios, un gran mecánico
labrar un grande alcázar se le antoja,
y en él trabaja con afán titánico
empleando el poder de su marea.
Y aquel calcáreo gigantesco embudo
que un día fué no más un agujero

áspero, tosco, desigual y rudo,
es calado marfil, es chal ligero,
obra de aguja y de cincel agudo;
blonda de piedra, berroqueño encaje
tendido encima de peñón roquero,
filigrana sutil, labor de pluma
tejida por el mar con su oleaje,
con su acre sal y disolvente espuma.
Y el mar, que es además un grande quí-
[mico,
descompone la roca y la rebaja,
la tornea, la ahueca y la trabaja
como pudiera artífice muslímico,
rumano, índico o godo; y la alicata
la dentella, la comba, la maquea,
la retuerce, la riza, la dilata,
la acanala, la istría y losangea:
sutil, cada partícula caliza
con sus sales disuelve o pulveriza;
y quitando y dejando donde importa
ya lo esponjoso, lo arenisco y blando,
ya lo duro y silíceo, y avanzando
en su trabajo sin cesar, recorta,
perfila, aguza, redondea, cuadra
y carcome la piedra y la taladra;
transforma, en fin, la roca, improvisando
primores mil de talla en su haz salvaje,
sin que la desmorone ni la raje
el ímpetu del agua; ya que brote
del cráter o del mar, ya suba o baje,
mane, esculle o con ímpetu rebote.

El alma del mortal contempla absorta
las maravillas que el capricho aborta
del agua en su labor, sin que se agote
la original y rica fantasía
de su trabajo secular: y espanta
ver cómo en él solícita adelanta,
y a su antojo fantástico modela
la peña, la abrillanta o la apomaza,
la esmerila, la pica o la cincela;
y en sus relieves incansable traza
repisas, ornacinas, doseletes,
nichos, estalagmitas, rosetones,
miles de inverosímiles juguetes,
miles de inconcebibles invenciones.

Y aquel cono invertido y trabajado
con labor tan sutil y complicada
que comprender a quien la ve no es dado,
que turba la razón y la mirada,
que ni el loco mayor nunca ha soñado
en su mayor delirio, es la portada
del cóncavo palacio en cuyo hueco
duerme alojado por el mar mi eco.

Y he aquí con aire y mar lo que sucede
cuando el trabajo de ambos verse puede.

IV

Este eco juguetón, hijo intranquilo
del aire, que del agua va envidioso
dentro del hondo socavón asilo
a buscar cuando el agua está en reposo,
susurra intermitente, rumoroso,
cual manantial oculto que hilo a hilo
se oye apenas manar dentro de un silo;
y su son subterráneo y misterioso
la atención de quien le oye tiene en vilo.

Es que su padre el aire, que le crea
de la boca de piedra a la salida,
de la boca en el fondo se recrea
en hacerle bullir y juguetea
con él, y en una hebra de su aliento
le mece, le columpia, le cunea
con un murmullo igual y soñoliento.
Una brizna silvestre que, prendida
su raíz al peñón, flexible ondea
con aquel flébil hálito menea:
y el eco con la voz adormecida
entre vigilia y sueño se estremece,
y a intervalos despierta y se adormece;
y turba a quien le escucha, y le marea
con la aprensión de cosa indefinida;
pues parece la boca chimenea
de algún laboratorio en que se anida
algún gnomo, que está con mala idea
trabajando en labor desconocida.

Este eco, empero, caprichoso, extraño,
varío y falaz como mujer coqueta,
finge dormir con malicioso engaño
móvil siempre y sin pie como veleta:
pues cuando más halagador arrulla,
móvil esclavo de la mar inquieta,
en cuanto siente que la mar murmulla
a la boca exterior del subterráneo,
ante el mar que se encrespa se levanta,
y con ímpetu al suyo simultáneo
se sacude con ímpetu instantáneo:
y al que le oía entretenido espanta
el ruido inesperado del embite
repentino del mar, que en su garganta
de piedra el eco del cavón repite.

V

Es que las ondas de la mar agita
ya la marea equinoccial que avanza:
es que el mar, que sus olas necesita
extender o romper, con infinita
creciente progresión sus olas lanza
más altas cada vez contra la roca;
y allí abre al mar el socavón su boca,
y allí el oleaje al socabón alcanza,
y el mar al eco con su voz provoca:
es que ya entre aire y mar la lid estalla,
y es que el aire que ocupa la caverna,
la defiende del mar: por lo que eterna
es del agua y el aire la batalla.
¡Ya la lid se trabó! Ya la marea
se desborda en la cueva: el aire grita,
silba, gime y tenaz puja y jadea
prensado sid cesar: el mar se agita
cada momento más: toca, rodea
y asalta el antro; de encontrar se irrita
al aire en el cavón: con él pelea
bajo la tierra: embravecido ondea,
y olas sobre olas al echar se comba,
y llena el socavón de espuma y ruido:
el eco, entre agua y aire comprimido
cual de prensa neumática en la bomba,
su hálito arrullador convierte en tromba,
su flébil son en infernal rugido.
Bufa el aire furioso: el mar rebrama
y ondas tras ondas en su auxilio llama:
montañas de agua sobre el aire arroja:
él reventando de furor se esprita:
dobla su empuje el agua: el aire afloja
sintiendo que, por fin, se debilita,
y muge con hondísima congoja:
pero por más tenaz que forcejea,
el agua de delante se le quita,
y él por la encañonada chimenea,
fugitivo huracán, se precipita.
¡Dios! Por el fondo del calcáreo embudo
de ciclones con fuerza estremeciendo
la mole inmensa del peñasco rudo,
aire y eco a la vez salen rompiendo
de la atmósfera el tul en cien jirones;
haciendo al desgarrarla más estruendo
que el que harían rugiendo cien leones,
cien ballenas un golfo revolviendo
y reventando a un tiempo cien cañones.
De darle con inútil esperanza
caza en el viento, tras del aire lanza
gigante surtidor de agua en espuma
furioso el mar; pero en su altura suma
de su empuje a pesar ya no le alcanza:
y él, vuelto ya de su pavor, se engríe
y, en lo alto, de él y de su afán se ríe.
Entonces, alardeando por despecho,
despliega el agua espléndido penacho
de opalino cristal y perlas hecho,
que en cada grieta cóncava o picacho
saliente, punta ruin o áspera escama
del cóncavo peñasco, desparrama
rizos, madejas, cintas, trenzas, blondas
y velos mil sin adhesión ni trama;
cuyos hilos fugaces culebrean,
y van a reunirse con las ondas
del socavón por el conducto estrecho,
en donde serpenteando burbujean,
sin conseguir jamás hacerse lecho.
El aire, que la siente bajo tierra

tornarse hirviendo al mar tras la resaca,
detrás del agua al socavón se arroja:
vuelve otra vez a provocarla a guerra:
otra vez del cavón la desaloja
ella: él entra otra vez: otra le saca
el agua y otras mil... y no se aplaca
de aire y agua la horrísona pelea,
de la caverna en el peñasco hueco
hasta que se retira la marea,
y vuelve, al fin, del socavón ya seco
a apoderarse el aire con el eco.

VI

Y vuelve a oír quien a escuchar se in-[clina
al cono, por el mar filigranado
como un joyel precioso colocado
bajo una recamada muselina,
cómo el aire del antro enseñoreado
en aspirar ufano se recrea
del agua, inmóvil ya, la ventolina
tenue y fugaz, bajo la cual no ondea:
y engreído, el cavón porque domina,
aun bufa por lo bajo y aletea:
y la brizna flexible que se inclina
enraizada en el peñón menea
y con su tallo móvil juguetea:
mientras, sin miedo de la mar vecina,
el eco imitador bufa y bravea
otra vez susurrando a la sordina,
y escondido en el fondo de la mina
con la brisa y el agua coquetea.

VII

CONCLUSIÓN

(Vidiago, 23 de septiembre de 1882)

Llaman a esto *un bufón* aquí en Vidiago
porque bufa, en verdad, y estruendo mete
que da pavura y amenaza estrago:
a mí nombre poner no me compete
a las obras de Dios: lo que aquí hago
es venir a adorar a este boquete
al Dios para quien es la mar un lago,
y este extraño fenómeno un juguete.

PRIMERA PARTE

IDA

I

EL CANTAR

Asturias es una tierra
no estudiada todavía,
cuya virgen poesía
porvenir próximo encierra.

Si un Walter Scott brotara,
cuya ciencia escrutadora
su comarca encantadora
con su genio escudriñara,

mal sufriera el parangón
la isla hermana de Inglaterra
con esta enriscada tierra
de la fe y la tradición.

Aquí tuvo España cuna:
desde esta costa marina
descendió la Cruz latina
a apagar la media luna.

Desde aquí, fulgor de rayo,
la luz de la Fe prolonga
hasta Tánger, Covadonga,
hasta Isabel, don Pelayo.

De Asturias en el rincón,
entre su sierra y el mar,
siete siglos al pasar
dejaron su tradición;

y de sus glorias archivo,
es del pueblo la memoria
la tradición de su historia
el manantial primitivo.

Aquí al pie de los altares,
fe, amor, valor e hidalguía
dejaron la poesía
de los cuentos populares:

y de fe y superstición
mezcla, y de gozo y tristeza,
aquí cuenta la cabeza
sus sueños al corazón.

Y el corazón, con fe sana
orando a Dios, se extravía
en pos de una poesía
de alma inspiración cristiana,

pero envuelta entre la niebla
de la céltica y la goda,
con que su comarca toda
de viejos fantasmas puebla.

Ye he venido tarde aquí;
ya mi inteligencia vaga,
con la oscuridad se apaga
de los años que viví.

No puedo ya en las pavesas
del viejo romanticismo
animar para mí mismo
sus baladas montañesas;

pero tras de mí vendrá
un Walter Scott de Asturias
que el polvo de las centurias
por mí vivificará:

y a España ha de dar asombros
ver brotar de sus entrañas
lo que encierran sus montañas,
lo que encierran sus escombros.

Yo, que ya no puedo ver
ni tan hondo ni tan largo,
a evocar de su letargo
voy una imagen de ayer.

Imagen encantadora
de una mujer, que vivía
no ha cien años todavía,
donde estoy viviendo ahora.

Vagando por los breñales
de la costa de Vidiago,
la hallé entre su jaramago,
sus líquenes y endrinales.

Su leyenda está impregnada
de ese vago misticismo
en que envuelve el cristianismo
al Hada de una balada.

La mía era una mujer;
mas tan diminuta era,
que de Hada se la pudiera
dar por su tamaño el ser.

Una gentil criatura,
en sus contornos correcta
y en proporciones perfecta,
mas mujer en miniatura:

cuanto puede ser pequeña
la mujer sin ser enana,
blanca cual copo de lana,
como una corza cenceña;

era un dije, era un primor,
un juguete con aliento
alma, vida y movimiento:
capricho del Criador.

Sus dos manos dos jazmines
eran, y sus pies enanos
compañeros de sus manos
bailaban en sus chapines.

Era oronda y encarnada
y rubia como una poma:
su aliento exhalaba aroma
cual si tuviera arraigada

una mata de azucenas
en sus entrañas: sus ojos
brotaban chispas de antojos,
su voz ahuyentaba penas.

Cantaba que era un encanto:
no había viejo ni mozo
que embebecido de gozo
no la escuchara su canto;

pues aunque rica, ella era
quien el pandero cogía
siempre y quien bailar hacía
a la gente en la bolera:

y en empezando a cantar,
en todo el alrededor
no quedaba un labrador
que no viniera a bailar.

Tenía un cantar y un son
que ella a su antojo variaba,
que cuando ella lo cantaba
encantaba el corazón;

y había en aquel cantar
tan honda melancolía,
que a algunos ojos hacía
las lágrimas asomar.

Era un cantar de sentido
oscuro e incoherente,
de esos que *saca* la gente
del vulgo poco instruído,

y en los que no entran por nada
ni las reglas ni el talento;
mas que hijos del sentimiento
son de un alma apasionada.

Era, en suma, una canción,
cuya palabra y sentido
a escuchar por el oído
se subía el corazón.

Canción que de profecía
con vago presentimiento,
despertaba un pensamiento
melancólico, y decía:

CANTAR DEL ROMERO

O vuelve o me muero
de afán y dolor.

Arriba brotan las flores
en las ramas del romero
y Dios las da miel y olores:
del cielo tiene sabores
la miel del amor primero.
Adiós, dueño mío, flor de mis amores:
si allende los mares te vas, yo te espero
en tiempos mejores.
Arriba la flor,
abajo el romero,
la abeja en redor;
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
¡Allende los mares ve en paz, que te espero:
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve o me muero
de afán y dolor!

II

Te vas y volver me juras:
no olvides tu juramento:
mas mira cómo procuras
cumplir lo que me aseguras;
no lo escribas en el viento.
¡Que Dios, dueño mío, te dé allá venturas!
¡Te vas y me dejas sin luz ni contento,
llorándote a oscuras!

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
Si allende los mares te vas, yo te espero.
Adiós, dueño mío; mas vuelve o me muero
de afán y dolor.

III

Mas si todo se te olvida...
¡sea lo que Dios disponga!,
cuando yo pierda la vida,
que cuentas por mí te pida
la Virgen de Covadonga.
¡Adiós: y si un día por ti soy vendida,
que Dios de volverme la fe prometida
la pena te imponga!

La abeja la flor
le chupa al romero
zumbando en redor:
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
Si allende los mares te vas, yo te espero:
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve o me muero
de afán y dolor!

Ella sola este cantar
con esta letra cantaba,
pues ninguna otra acertaba
a entonarle en el lugar:

porque ella sola sabía,
con flexible donosura,
quebrar aquella cesura
que holgaba en la poesía:

y en su boca nada más
para el alma y el oído
tenía el cantar sentido
son, sentimiento y compás.

Mas cantaba rara vez
tal cantar ante la gente;
cantábale escasamente
una semana entre diez:

porque al lanzarle en el viento,
cambiaba de ser y humor
y en tórtola el ruiseñor
y el trino alegre en lamento.

Fuera del instante aquel,
risueña, inquieta, habladora,
como una alondra canora,
suelta como un cascabel,

como una corza ligera
y alegre como un jilguero,
movía con su pandero
toda la comarca entera.

Derramaba la alegría
por doquiera que pasaba;
se atraía a quien hablaba,
embobaba a quien la oía;

y se espritaba la gente
por venir a oír y ver
a aquel primor de mujer
de Llanes a San Vicente.

Era el hada del lugar,
dábale ella vida y ser,
y alguien de él la llegó a ver
como al ángel tutelar.

No puede mi vieja pluma
pintar, en fin, tal primor:
conténtate, pues, lector,
con saber que ella era, en suma,

tan querida por preciosa,
que la gente campesina
la llamaba Marifina,
Mariperla y Mariposa.

II

Su padre, hombre acaudalado,
noble y rico, en cuya raza
ni hay de bastardía traza
ni siervo que haya pechado,
tiene a su puerta un blasón
con casco de lambrequines,
y un par de buenos rocines
con silla y caparazón.

Tiene en un arca dos cruces
en el servicio ganadas,
y un par de buenas espadas
con un buen par de arcabuces.

Tiene de onzas españolas
un ciento siempre en un saco,
y cuando monta en su jaco
lleva un buen par de pistolas.

Orgulloso de su nombre
y haber con el Rey andado,
anda siempre bien portado
y se las echa de hombre.

Mas no se venga a juzgar
por tal porte y atavío,
que era altanero y bravío
ni mal quisto en el lugar.

La gente de Asturias toda
por antigua hace cabeza,
blasona de alta nobleza,
fe sin tacha y sangre goda:

mas como el tiempo la escuda
y Covadonga la abona,
con buen derecho blasona
de cristiana y linajuda.

Y cada villa y lugar,
de alta nobleza con fueros,
tiene en estos caballeros
García del Castañar.

Por eso este labrador
en Vidiago acaudalado,
andaba un poco engallado
y puesto en puntos de honor.

Especie de quijotismo
o pueril fanfarronada,
sólo por darse adoptada
satisfacción a sí mismo,

esto era costumbre en él,
por decoro personal
de hombre que hizo y no muy mal
en la corte su papel;

pero era el hombre mejor
de aquella parroquia entera,
capaz de hacer a cualquiera
sin vacilar un favor.

Cedía, carácter vivo,
a geniales prontitudes;
mas tenía las virtudes
de franco y caritativo:

con que, para todos franca
su casa a puertas abiertas,
tal vez no había en sus puertas
llave, cerrojo ni tranca:

de modo que armado andar,
era no más, a mi ver,
afán de dar a entender
que podía armas usar.

Y en aquella tierra honrada,
de robos y desafueros
exenta, en los caballeros
era un adorno la espada.

Y este hidalgo, que tenía
Noriega por apellido,
era un modelo cumplido
de lealtad e hidalguía.

De cariño de ordinario
más que de respeto objeto,
capaz de imponer respeto
era a cualquier temerario:

mas benévolo y cordial,
se igualaba con cualquiera,
y su vida íntima era
sencilla y patriarcal.

Viudo y cobrando sus rentas
de feudos y arrendamientos,
tenía un libro de asientos
y unos cuadernos de cuentas.

Las hacía ante testigos
con buenos datos e informes,
mas sus colonos conformes
quedaban con él y amigos:

y cuando a alguno tenía
atrasos que demandar,
«amigo, debo mirar
»por Marica»—le decía.

Marica era su pasión
única y última: era
la que le ocupaba entera
la existencia: su razón

por ella se alucinaba,
su autoridad se rendía
y ante su antojo cedía
su resolución más brava.

El más motivado exceso
de indignación o de enojo,
sosegaba ella a su antojo
con un cariño o un beso.

Fiada en su pequeñez,
se sentaba en sus rodillas
a brinco, de las ardillas
con la gentil rapidez;

y con infantil codicia
y con frases tan sabrosas,
le decía tantas cosas,
le hacía tanta caricia,

que él, trémulo de placer,
en sus brazos la cogía,
y a besos se la comía
sin poderse contener:

y otra existencia mejor
no acertaba a concebir,
que la de dejarse ir
tras aquel raudal de amor.

Aquella niña preciosa,
a quien llamaban al verla
tan hermosa, Mariperla,
Marifina y Mariposa,

era, pues, reina en su casa:
y entraba en ella y salía
con su capricho por guía
y su voluntad por tasa.

Su padre, que una fe ciega
tenía en ella, porque
bastaba a su buena fe
ser su hija y ser Noriega,

la dejaba a gusto hacer:
y nada hay por qué extrañar
en tal tiempo y tal lugar
tal modo de proceder;

pues saber es menester
que entre la gente asturiana
anda la mujer cristiana
como cristiana mujer:

que allí el siervo y el señor,
los pobres como los ricos,
tienen a honra desde chicos
el tener fe en el honor:

y, en fin, que cien años ha
no estaba aún nuestra España
de malicia y de cizaña
sembrada como hoy está.

Así que aquella Marica
hija de don Juan Noriega,
entre la gente labriega
andaba, aunque noble y rica:

y aunque de casa faltaba
dos o tres horas a veces,
si iba a orar o a coger nueces
ninguno la preguntaba.

Y todo el mundo sabía...
lo que el lector saber puede,
si osa seguir todavía
leyendo lo que sucede
en esta leyenda mía.

III

ANTECEDENTES

EL PADRE Y EL HIJO

EL PADRE. Dineros son menester,
dineros, hijo Fermín,
si don Juan Noriega al fin
te la ha de dar por mujer.

EL HIJO. Menester son, padre mío;
mas si no me echo a la mar,
sin ella me he de quedar:
conque escribid a mi tío.

EL PADRE. ¿Al fin te resuelves?

EL HIJO. Sí:
¿qué otro medio queda ya?

EL PADRE. Pues ya en Vigo el barco está.

EL HIJO. Pues mandadme a Vigo a mí.

EL PADRE. Pues voy a arreglarlo todo
con don Juan.

EL HIJO. ¿Si nos la niega...?

EL PADRE. Donde estamos ya, Noriega
de cejar no tiene modo.
Consintió en la romería
y autorizó de las prendas
el trueque: si oro o haciendas
granjeas tú... no hay tu tía.
¿Te quiere la chica?

EL HIJO. Sí.

EL PADRE. Pues él lo que prometió
cumplirá. Ve qué haces.

EL HIJO. Yo
cuanto pueda haré por mí.

EL PADRE. Pues fía en tu tío Gabriel,
que hizo en Méjico gran suerte,
y te llama para hacerte
millonario allí como él.

EL HIJO. No sé cómo lo hizo.

EL PADRE. Pues
creo que encontró una mina
por una doña Marina.

EL HIJO. ¡Vaya!, como Hernán Cortés.

EL PADRE. Creo que allá se hace así:
si él te dirige y tú quieres...

EL HIJO. Padre..., ir allá por mujeres...
dejando una y tal aquí!

EL PADRE. Si allá faltan novios pobres
y de aquí te hacen que saltes,
mejor estás donde faltes,
Fermín, que no donde sobres.

EL HIJO. ¿Estáis loco, padre mío?
Yo idolatro a Marifina:
sólo por ella la mina
fuera yo a ver de mi tío.

EL PADRE. Por ella te dejo ir,
pues que os ponéis en extremos
tales; porque aquí tenemos
casa y pan con que vivir.

EL HIJO. No: costumbres de esta
son, y soy joven: me voy [tierra
a Méjico, que aquí estoy
como un zorro a quien se encierra
en una jaula. Yo siento
que tengo necesidad
de tener más libertad,
de respirar con más viento,
de ser rico, en fin; don Juan
piensa bien; aunque no hay año
malo con pan, hace daño
el no comer más que pan.

EL PADRE. Pláceme oírtelo así:
creí que tu amor, primero
que todo era para ti.

EL HIJO. Y sí que lo es; pero aquí
no le logro sin dinero.
Y aunque mi amor yo aquí fiel
con fe y constancia aquilate,
no puedo aquí, aunque me mate,
lograr éste sin aquél;
con que me voy: otros van
y vuelven; con el apoyo
del tío, o me abren el hoyo
allá, o...

EL PADRE. ¡Calla!, yo a don Juan
voy a ver.

EL HIJO. Y yo a Marica.

EL PADRE. Ve y con él dejadme a [solas.
Llámala.

EL HIJO. Lo hacen las olas
del *bufón*, que el mar se pica.

EL PADRE. ¿Y es una seña?

EL HIJO. Son dos:
hemos hecho al mar y al viento
servirnos.

EL PADRE. ¡Anda con tiento,
Fermín!

EL HIJO. Dios os le dé a vos.

Esto don Diego Mijares
habló con su hijo Fermín,
cruzando los valladares
en que alindan tres lugares:
Vidiago, Puertas y Andrín:

y tomando cada cual,
don Diego el camino abajo
de Vidiago, y pedregal
arriba el chico un atajo
que del *bufón* va al breñal,

su padre se fué a poner
con el padre de la chica
de acuerdo, y Fermín a ver
si está en el *bufón* Marica:
y he aquí su historia de ayer.

En Andrín avecindado
don Diego, y venido a menos
porque, habiéndose aumentado
los Mijares, sus terrenos
para tantos no han bastado,

pensó que su hijo Fermín,
por quien una pasión ciega
tenía aquel serafín
que Dios dió a don Juan Noriega,
traer podía a buen fin

su mal estado, casándose
con Mariquilla: y hacía
medio año ya que, abocándose
con don Juan y espontaneándose
sobre lo que le traía

sin previo aviso a su casa,
planteó su plan; mas don Juan
su proyecto puso a tasa
diciéndole: «No se amasa
»con mala harina buen pan.

»Hombre que acepta mujer
»que le haya de mantener,
»o no tiene pundonor,
»o trafica con su amor
»a la novia sin querer.»

«—¡Señor don Juan!
—¡Voto va!
»¡Señor don Diego!..., ya sé
»que se quieren, bien está:
»que sois noble, ya se ve;
»que le quiere, yo querré:
»lo que ella quiera, se hará.

»Mas reflexionad, don Diego:
»los chicos son aún rapaces:
»pues se quieren, no os la niego:
»los que aman bien son capaces
»por su amor de echarse al fuego.

»Que se eche Fermín al mar
»como otros hacen; si aguanta
»su amor la ausencia y tornar
»sabe... mi hija es una santa
»y fe le sabrá guardar.

»Seis o siete años más tarde
»no lo es para ellos; aún son
»dos niños: que haga un alarde
»de fe y de vigor; que guarde
»su amor en su corazón

»labrándose un porvenir:
»no de un Creso, mas taer
»un peculiejo, un haber
»que baste a hacerle vivir
»sin vivir de su mujer.»

Don Juan habló sabiamente;
don Diego se convenció
de que el juicio era prudente;
la boda a más no era urgente:
y el trato se concertó.

Para un plazo no bien fijo
quedó como prometida
la muchacha de su hijo;
don Diego a éste se lo dijo
y él optó por la partida.

Mas no fué sin vacilar:
pues placíale, a mi ver,
más que por él navegar,
citas a orillas del mar
con la muchacha tener.

IV

Cuando un trato así se hacía
era costumbre, y hoy día
no hay padre que a ella se oponga,
que fuesen en romería
los novios a Covadonga.

Y en aquel santuario real,
voto de tan gran batalla,
prendas de empeño formal,
se ofrecían cada cual
una cruz o una medalla.

Daba a este acto voluntario
el vulgo importancia tanta,
que verle era necesario
aun por el más refractario
como ceremonia santa;

y estaba tal convicción
tan asida a la conciencia
de la rural población,
que tan sencilla creencia
pasó a ser superstición.

Si uno de los dos faltaba
a la fe dada, y rompía
con el otro o se casaba
con otro, no lo efectuaba
la prenda hasta que volvía.

Hasta aquí no iba tan mal;
romper un lazo de amor
no es una acción criminal;
mas romperlo con honor
es conveniencia social;

mas si sin dar se enterraba
su prenda alguno, creía
el vulgo que el muerto andaba
tras el vivo, y no moría
hasta que éste la tomaba.

Con que a Covadonga fueron
Marica y Fermín e hicieron
trueque de prendas un día
de los ocho que anduvieron
en su alegre romería.

Don Juan sancionó aquel viaje,
y dió bestias y equipaje,
y criados y vituallas
para ir al peregrinaje
por cruces y por medallas.

Los dos rapaces, sin juicio
aún, en libres correrías,
en diversión y en bullicio
se pasaron ocho días
fuera de casa y de quicio.

Para el abad y el guardián
en una carta don Juan
les dió recomendación,
y un par de onzas, porque van
donde saben quiénes son.

De Marica iba a la vera,
porque con Fermín no vaya
sola, una gran bachillera
de viuda, y que iba a manera
y con facultades de aya.

Allá el buen penitenciario
de Oviedo, don Gil de Olmedo,
sordo y vehedor del santuario,
les dió, hablándoles muy quedo,
una cruz y un relicario.

De oro y labrada a cincel
era la cruz, y un joyel
el relicario, con tapa
doble, un Lignum dentro de él,
y benditos por el Papa

los dos, según un papel
con sello pontifical;
regalo a don Gil debido,
que de don Juan había sido
siempre amigo muy leal.

Y tornaron los mozuelos:
Fermín tal formalidad
no vió a la luz de los cielos,
sació no más los anhelos
de su pueril vanidad.

La cruz de oro se colgó
con gozo infantil al cuello;
y a quien se lo demandó,
su cruz de oro le enseñó
sin poner reparo en ello.

Mas Marica, que aunque chica
de mujer formal se pica,
consideró el relicario
cual gaje que ratifica
fe empeñada en un santuario;

y leal, firme y sincera,
elevando a religión
su virgen pasión primera,
se dió a su amor toda entera
con todo su corazón.

El relicario bendito
al cuello se suspendió
con un placer infinito;
pero con tacto exquisito
a nadie se le enseñó.

Y siendo cosa aceptada,
y la idea del honor
estando tan arraigada

entre aquella gente honrada
cuando anda herida de amor,

comenzó la del lugar
a ver para el porvenir
apareado ya aquel par,
y volvió aquel par a ir
a hablar a orillas del mar.

Y como se abre el *bufón*
entre Vidiago y Andrín,
y aquel sitio y aquel son
hieren la imaginación
de Marica y de Fermín,

creyendo que a su amor dan
más fuerza y más poesía
en aquel sitio, allí van;
y al son de la mar bravía
allí en plática se están.

Y cuando ruge el *bufón*
y con el viento pelea
el mar en el socavón,
dice ella: —«¿ves la marea?
»pues más fuerte es mi pasión.»

Y entre el temeroso estruendo
con que el *bufón* ensordece
la costa, y el son tremendo
de la mar que se embravece
las rocas estremeciendo,

entona ella su canción;
que escuchada mas no oída
por Fermín, va del *bufón*
y el mar a expirar perdida
entre el terrífico son.

¡Ay! y tiene aquel cantar,
lanzado al viento y al mar,
un no sé qué de fatídico,
de conjuro o rito druídico
imposible de explicar.

Aquella canción, que oír
no se puede cuando suelta
entre aire y mar va a morir...
¡quién sabe si por él vuelta,
por él volverá a venir!

¿Quién sabe? En eso se pasan
sus citas los dos amantes:
cantando mientras los casan,
cual las gaviotas errantes
que a sus pies las ondas rasan.

Y cuando el día a su fin
entre el crepúsculo vago
toca, la besa Fermín;
y ella se torna a Vidiago
y el mozo se vuelve a Andrín.

V

A don Juan participó
lo del embarque don Diego,
y en lo dicho, desde luego,
don Juan se ratificó.

Llegó el momento fatal
de la despedida amarga.
¿Será la ausencia muy larga?
¿Será alguno desleal?

Fermín, una vez resuelto,
dijo a María: —Me voy.
Y ella dijo: —Tuya soy;
si muero antes que hayas vuelto,

con tu amor me enterrarán:
siempre fe te guardaré;
mientras viva... esperaré...
¡pero piensa con qué afán!

—No sé que va a ser de mí:
dijo Fermín; mas suceda

lo que quiera, en cuanto pueda,
como pueda vendré a ti.

—Vuelve, Fermín, sin temor:
si no haces fortuna allá,
la prueba de ir bastará
a mi padre y a mi amor.

Afánate y en mí piensa;
que como pienses en mí,
Dios no ha de dejarte allí
ni a mí aquí sin recompensa.

Yo te enviaré mi canción
del mar con las recias olas;
tú las oirás cuando a solas
estés con tu corazón.

Por más tiempo, tierra y mar
que entre los dos se interponga,
la Virgen de Covadonga
nos tiene al fin que juntar.

Mas si me olvidas, Fermín,
no vuelvas sin que haya muerto
yo; porque..., ¡tenlo por cierto,
tendremos ambos mal fin!

Sollozaba el mozo ahogándose
con las lágrimas; y viéndole
tan abatido, diciéndole
siguió ella de él apartándose:

«Ten valor: pues ha de ser,
ni lo pienses, ni me veas
más: ¡Adiós!, parte: no seas
más débil que tu mujer.»

No dió tal razón en vago.
Irguióse él: se despidieron
abrazándose y partieron
él a Andrín y ella a Vidiago.

—

Zarpaba un quechemarín
de Llanes al otro día,
con cuyo patrón podía
ir bien a Gijón, Fermín.

De su padre sin tomar
ni permiso ni consejo,
Mariquilla un catalejo
tomó que él solía usar;

y al cerro echando a correr
en el cual se abre el *bufón*,
se puso en observación
el quechemarín por ver.

En la agreste crestería
de la roca laboreada
por la agua del mar, sentada
permaneció todo el día.

Llanes desde allí se ve:
no su puerto en miniatura,
que oculta la curvatura
de la costa a cuyo pie

se resguarda, mas la peña
de San Pedro que levanta
su cabeza y adelanta
sobre el mar su cruz de leña.

Que era olvidó, Mariquilla,
la pleamar por la tarde,
y que es fuerza que la aguarde
de Fermín la navecilla:

y allí estuvo al sol y al viento
de las horas olvidada,
al catalejo pegada
y absorta en su pensamiento.

La marea empezó al fin
a subir: del catalejo
en el vidrio el aparejo
surgió del quechemarín.

Salió y viró: la marea
y el viento impulso le dan,
y entre los que dentro van
distingue a Fermín: vocea

su nombre, el cristal dejando
que se le acerca y le aclara;
mas él no vuelve la cara,
y el queche sigue bogando.

Torna a vocear y a mirar...
la faz no torna Fermín:
¡no llega al quechemarín
su voz por sobre la mar!
Lanza al viento su cantar
y el viento la favorece,
torna al vidrio y la parece
que el viento llega al bajel:
mira... y mira... y le ve a él:
¡pero inmóvil permanece!

No puede oírla: es verdad;
mas ¿no debió suponer
que ella había de irle a ver
allí por necesidad?
Siguió con tenacidad
mirando... ¡y viendo a Fermín
siempre de espaldas!, y al fin
entre su estela de espuma
y el velo azul de la bruma...
se perdió el quechemarín.

SEGUNDA PARTE

MARIPOSA

I

Feliz quien a la sombra de los castaños
[vive
al pie de los que humea su hereditario
[hogar,
y cartas, ni intereses, ni tiene ni recibe
de más allá del monte, ni más allá del mar.

Dichosa la aldeana, cuya ambición sen-
[cilla
no sabe de los lindes salir de su lugar,
y se bautiza, y reza, y casa en la capilla
donde sus viejos padres se fueron a casar.

No ve, no sabe, es cierto, lo que en el
[mundo pasa;
no tiene aspiraciones ni porvenir social;
para ella no hay más mundo, más vida que
[su casa,
en ella no se come más pan que el que ella
[amasa,
ni hay más amor que el santo del lazo
[conyugal.

Jamás a su marido, por luminosa cien-
[cia,
por influencia grande, por gran reputación,
le deberá los goces del fausto y la opu-
[lencia,
ni en nacional congreso le votarán panteón:
mas vivirán en calma y en su infantil
[creencia
se morirán ajenos y sin tener noción
de la amargura, hastío y afán de una exis-
[tencia
que da la vida póstuma, matando al co-
[razón.

Dios a los seres todos emparejó en la
[vida;
jamás encaman juntos la cierva y el cha-
[cal;
jamás la garza esbelta con el cóndor anida;
jamás labriega humilde con millonario
[unida
hicieron vida buena, ni matrimonio igual.

La cándida doncella que espera enamo-
[rada
la vuelta del amante que a la ambición
[se da,
con él, si vuelve, siente que está despa-
[rejada:
ella es la misma que era, mas él es otro ya.

El mundo cambia al hombre que por el
[mundo rueda,
no cambia la que a solas con su pasión
[está;
la fe se robustece del que esperando queda,
se mengua por el mundo la fe del que se va.
Y si los viajes cambian la fe y los carac-
[teres...
de Méjico versátil en el feraz jardín,
en sus argénteas minas y auríferos place-
[res,
entre sus ricas, bellas y gráciles mujeres,
¿al tiempo y a la ausencia resistirá Fermín?
¡Oh Virgen piadosa de Covadonga!, es-
[cucha
la férvida plegaria de la pasión más fiel,
del corazón que a solas consigo mismo
[lucha...
y con el mundo entero que se levanta ante
[él.
Partió..., la vista al cerro sin dirigir si-
[quiera
cuando al salir de Llanes le vió desde el
[bajel:
¡oh Virgen piadosa de Covadonga!..., ¿qué
[era?,
¿pavor del mar, mareo..., o indiferencia
[cruel?
Gusano inextinguible de la afanosa du-
[da,
¿por qué en su amante espíritu a guarecer-
[te vas?
Su amor la fe sagrada del juramento es-
[cuda;
y si la ausencia es larga y si la prueba es
[ruda,
su amor y el sol no pueden retroceder
[jamás.

Fermín no puede en horas atravesar los
[mares,
el barco va al capricho del viento y de la
[mar;
no le han de dar allende las onzas a mi-
[llares,
no más porque se vuelva con ellas a casar.
Entonces muchos meses necesitaba el via-
[je;
sin tiempo, nadie llega tesoros a juntar,
en lo que quier que emprenda, por bien
[que se le cuaje,
habrá, sin duda, meses y aun años que
[esperar.
Con tal razón y cálculos, Marica está
[conforme:
mas teme que se vea su espíritu en su faz
y de su afán el vulgo que conjeturas forme;
y sigue con esfuerzo de voluntad enorme
cantando descuidada y al parecer en paz.
Espíritu risueño, de la alegría ajena
excitador constante, de su pandero al son
para olvidar bailando su semanal faena
se junta en torno de ella la alegre pobla-
[ción.
Mas ya, aunque se la pidan, rehusa ni aun
[a solas
cantarles del romero su original canción:
y que se la oyen, dicen, al viento y a las
[olas
cantársela en los ásperos breñales del
[*bufón*.
¡Quién sabe a lo que el cielo predestinar-
[nos pueda!
El mundo dando vueltas con sus vivientes
[va;
van unos y otros vienen por él mientras él
[rueda;
pero la fe se arraiga del que esperando
[queda
y rueda por el mundo la fe del que se va.

II

Y van y vienen los días:
Fermín se embarcó en octubre:
transcurrió diciembre en fiestas,

se pasó enero a la lumbre,
febrero entre ventisqueros,
marzo entre el sol y las nubes:
abril, al pasar, de verde
vistió la tierra, y ya cubre
los árboles de hojas mayo,
los pajarillos implumes
pían ya entre ellas, y vuelven
las golondrinas de Túnez,
y ya junio llena el aire
de pájaros y perfumes,
y aun de Fermín no trae carta
de Veracruz ningún buque.

Por más que lo disimulan,
Marica, impaciente bulle,
don Diego va y viene a Llanes,
don Juan su entrecejo frunce,
el pueblo a mentar comienza,
según su mala costumbre,
los olvidos de los idos,
del mar las vicisitudes;
y es, en fin, inevitable
que ya de Fermín se ocupen
todos, y al fin de ocho meses
comenten y conjeturen.

Que a su hija olvide Fermín
tan pronto, o que les oculte
las noticias de él don Diego,
a don Juan no se le ocurre:
porque lo que en él no cabe
en ninguno lo presume;
mas como idolatra a su hija,
por ella se inquieta y sufre.
Don Diego, a quien aun no afana
el ver cómo su hijo cumple
con Marica, mas que es padre
y que de afán se consume
por saber de él, no hay un día
en que por él no importune
al maestro de posta, y si hay
carta de él no le pregunte.

Por fin al cerrar la noche
del siete de julio, lunes
y día de San Fermín,
dió, sin que nadie le anuncie
en la casa de don Juan
y casi con él de bruces,
don Diego y dijo: «aquí hay carta
que el chico en la mía incluye
para Marica». Hija y padre
se alborotan, piden luces,
y a la de un velón devoran
lo escrito: que se reduce
a nada, o lo abarca todo,
según se sonde o se juzgue.

«Que llegó bien; que su tío
le recibió como a un duque;
que va a llevarle a una mina
que plata a ríos produce:
que su tío es muy alegre,
que en su casa se reúne
mucha gente, muchas damas,
que se comen muchos dulces,
que se bailan unos bailes
hijos de los andaluces,
repicados, zapateados,
muy movidos y de empuje:
que su compás es tan vivo,
que no hay nadie que le escuche
sin que los pies se le bailen,
y que los cantares crujen
como castañas al fuego:
que su tía le introduce
con todo el mundo; que es rubia
y que se llama Gertrudis:
que le tienen como al pez
en el agua: y en resumen,
que aquello es un paraíso,
con ángeles y querubes;
y que a poco que se empeñe,
será tan rico que asuste.

Y luego, en una posdata,
con que la cartá concluye,
dice a Marica que la ama,
que solamente le nutre
la esperanza de volver,

que solamente le aburre
el no tenerla a su lado
y adiós y que le disculpe
si no escribe más, porque anda
sin saber a donde acude.»
Al concluir de leer,
a don Diego le relucen
los ojos con la alegría;
don Juan encuentra muy fútil
todo aquello, y no comprende
por qué sus tíos le impulsen
a esperar tantos dineros
sin que trabaje y que sude:
y Marica, hallando suelto
tanto cabo, se confunde
no hallando en la carta un hilo
que en el alma se la anude.

Y pasó un mes, y otro y otros:
la Mariquilla discurre
que con tantas novedades
es natural que se turbe,
con tan fáciles promesas
muy fácil que se deslumbre,
y que esperanzas tan fáciles
es preciso que le ofusquen:
suspendió, pues, su mal juicio
sobre aquel desbarajuste
de ideas y de impresiones
que de la carta resurte.
Marica, que aunque sencilla
es muchacha de cacumen,
calcula lo que en el ánimo
del pobre Fermín influye
el completo y repentino
cambio de país, costumbres,
esperanzas y proyectos,
que le admiran y seducen.
Algo hay que la alarma un poco,
en lo a que la carta alude:
algo que aun inapreciable
la desorienta y la aturde.
Fermín, hablando de todo
lo que ve y piensa, descubre
más ambición que cariño:
pero a la par se la ocurre
que si hacer allá fortuna
para casarse es lo que urge,
natural es que sea eso
lo que más le preocupe.
Don Juan no suelta palabra,
mas puede que disimule
lo que piensa, y algo duro
de tragar puede que rumie.
Don Diego, a quien poco importa
que su hijo a su amor renuncie
o no, con tal de que pronto
haga fortuna, y le ayude
a restablecer la suya
con lo que en Méjico lucre,
no anda con don Juan en muchas
atentas solicitudes.
A más de que se recela
que ruin rencorcillo encubre
contra él, por haber querido
que sus rentas se regulen
una por otra; y si un día
Fermín a do aspira sube,
para aceptarlo la chica
será menester que puje.

Y van trascurriendo meses,
y el tercer año trascurre,
y las cartas de Fermín
dicen... y a la gente aturden.
«Que está bueno; que no hay nada
que sus tíos le rehusen;
que le tienen como a un hijo;
que le obligan a que estudie
e intervenga en sus negocios
y asiduamente se ocupe
de ellos, y a lo que parece
su heredero le instituyen.
Que monta hermosos caballos;
que en roperos y baúles
de cedro y sándalo tiene

su equipaje: que reasume
la autoridad de su tío,
en cuyos negocios múltiples
le representa, y su firma
con la suya sustituye.
Que ha hecho de él un personaje,
y que adopte y que se ajuste
a lo que su estado exige:
que anda con lo más ilustre
de la juventud de Méjico;
que semanalmente acude
del Virrey a la tertulia
con sus tíos, y trasluce
que tienen algún proyecto,
al que quieren que coadyuve,
para elevarle de un salto
de la fortuna a la cumbre.
Que su tío es millonario,
y que el Virrey se conduce
con él cual si de ambos fueran
los intereses comunes.
Que con su favor no hay nada
ya que se le dificulte;
que no le conocerían;
que ha variado de costumbres,
de lenguaje y de modales;
que ya por más que le busquen
no hallarán al Fermín de antes,
que no queda ni vislumbre
de él; y, en suma, que es tan otro,
que ya ni se le figuren.»

Esto escribe el hijo, y esto
cuenta el padre; aunque presumen
muchos que el padre y el hijo
ensartan muchos embustes.
Mas corroboran sus dichos
hechos que a creer inducen
que no les falte dinero,
aunque de él tanto no abunden.
Fermín a Marica envía
Vírgenes de Guadalupe
de oro y de ámbar: esculturas
de plata copeya, cruces
de ágata y de malaquita
en primorosos estuches,
chocolate de Oajaca,
de Tehuacán fruta en dulce:
mas... ni una dulce palabra,
ni una frase que la augure
próxima o remota vuelta:
nada que en su amor se funde:
nada que lo prometido
ratifique o que formule
promesa o protesta nueva,
nada que recuerdo acuse
de lo pactado antes de irse,
ni que el porvenir alumbre,
nada de lo que un ausente
jura siempre aunque perjure.

Marica empieza a andar seria:
natural es que la nublen
negras ideas la mente
y el alma la apesadumbren.
Tiene una fija: ahuyentarla
no puede por más que luche
con su razón, y ya teme
tal vez que se la perturbe.
Del ido Fermín la imagen
nunca en su memoria surge
sino de espaldas: en ella
su faz no se reproduce.
Impresa está en su retina
de espaldas, y se la esculpe
así en el cerebro el ojo:
y por más que la conjure
en nombre de Dios y rece,
no hay manera de que mude
de posición: es la misma
del catalejo; recurre
en vano a esfuerzos supremos
de voluntad; son inútiles:
la faz de Fermín no puede
hacer ya que se dibuje
en su mente. Es un efecto
de alucinación, que sufren

los que dejan que una idea
sola y fija les subyugue.
Partió Fermín sin volver
la cara, y ella atribuye
a esta postura el fatal
poder de un presagio lúgubre.
Y anda esquiva de las gentes,
y el baile no contribuye
ya a animar, y deja al vulgo
que de altanera la culpe,
que su amor santo critique,
de su constancia se burle,
en su vida se entrometa
y su porvenir prejuzgue.

Don Juan lamenta en silencio
que así su hija se atribule
y que juicio, vida y alma
en tal pasión aventure:
mas no se atreve a abocarse
con don Diego, quien rehuye
al parecer su presencia,
o por carácter voluble,
o por algo que de él cele
y en su perjuicio redunde;
y evita, sin duda, esquivo,
que don Juan se lo pregunte.

Marica, por más que presa
de negras dudas barrunte
que el bello y frágil castillo
de su ventura construye
en el aire, y que es posible
que el aire se le derrumbe,
no puede creer que Fermín
su santo deber conculque.
Que las yerbas del camino
de la existencia despunte
al pasar, que se distraiga...
sí; pero no que la injurie
y se deshonre perjuro,
ni cual prenda vieja arrumbe
su memoria y de la suya
su imagen borre o la ensucie.

Así que un día resuelve,
por mucho que la repugne,
una carta dirigirle
cuyas razones alumbren
su razón, le hablen al alma
y la conciencia le puncen,
antes que en su alma el veneno
de otro amor se le inocule.

Marica escribió a Fermín:
mas, ¿quién la lengua traduce
en que habla el amor? María
su alma en su carta dilúe
gota a gota; y destilándola,
todo el pasado resume,
el presente patentiza
y el porvenir constituye
ante el juicio de Fermín;
y para que en él se inculquen,
le conmina en estas frases,
que con su llanto interrumpe:

«No me abandones: a Dios
»perjuro a tu fe no insultes:
»lo que ante Dios se ata, es fuerza
»que ante Dios se desanude.
»Hemos jurado: nos hemos
»dado prendas que nos unen:
»no lo olvides, ni que pueda
»perjurar yo te figures,
»ni que mi amor ceda nunca,
»prevarique, ni recule,
»ni que con la misma muerte
»se consuma ni se trunque;
»pues si el pesar, tu abandono,
»la fuerza o el mal me sumen
»en la eternidad..., no esperes
»que en tu olvido me sepulte.»

¿Llegó a Fermín esta carta?
No hay nadie que lo asegure:
el mundo sigue rodando:
veremos lo que resulte.

III

Pasó un año más: van cinco;
y en cinco años dan las cosas

muchas vueltas y cinco años
cambian mucho a las personas.
Don Diego anda muy rumboso
en un buen potro que monta,
haciendo buena figura,
buena vida y buenas compras.
Tiene en su casa de Andrín
emprendidas muchas obras,
y anda adquiriendo pomares
que paga en muy buenas onzas.

Es claro que allá de su hijo
va la suerte viento en popa,
y de allá viene, sin duda,
el buen viento que le sopla.
Mas para poco en Andrín
y por Vidiago no aporta
jamás: dicen que ha comprado
los pastos de las Arriondas
y que está metiendo en ellos
mucho ganado, que exporta
en barcos ingleses por
Gijón y Villaviciosa.

La verdad nadie la sabe:
los a quienes siempre enoja
y da envidia el bien ajeno,
dicen que anda en trapisondas
de créditos y de plazos
con gentes de baja estofa,
de las cuales tanto riesgo
como ganancia reporta.
Los que con buen ojo y calma
ven de otro modo las cosas,
dicen que con tino y suerte
dinero emplea y coloca
en negocios muy seguros,
cuyo lucro no deshonra;
y que tratando en ganados,
con gente baja se roza
por necesidad; pues es
comercio de gente tosca;
mas que por zafia no es vil,
maleante ni tramposa.

Charla de pueblos pequeños
donde la instrucción es poca,
la curiosidad es mucha
y la gente es habladora.

Como quier que sea, ello es
que la fortuna trasforma
a don Diego, el cual parece
rico, y como tal se porta.
Mas un año ha que don Juan
y él no se ven: si a su novia
escribe Fermín, don Diego
su correspondencia estorba.
Don Juan le busca y no le halla,
le espera y nunca le topa:
aquél no va ya a Vidiago
y a Andrín don Juan ir no osa.
Ello hay algo que uno esconde
y otro busca: y a la corta
o a larga, será fuerza
que se expliquen o que rompan.

Mariquilla se entristece
más cada día, y se enfosca
más don Juan; y ya mal ambos
su incertidumbre soportan.
Andan el padre y la hija,
aquél torvo y ésta sola:
él de su casa a la iglesia,
ella del pueblo a la costa.
Cuando ella tarda, su padre
va a buscarla, y a deshoras
la halla en el *bufón* cantando
y viendo el agua que arroja.
Él anda alerta y sombrío
como quien algo no logra
concertar, y ella tranquila,
mas en una idea absorta.
Ella ante su relicario
se extasía y reza a solas:
él limpia a solas sus armas
como si tenerlas prontas
le interesara: ella vive
junto al mar con las gaviotas,
y él encerrado en su cuarto
con su afán y sus pistolas.

¿Esperan o desesperan?
No se sabe: de su boca
no sueltan palabra alguna
ni uno ni otro: y jamás logran
saber su intención, por más
que la escudriñan y sondan,
ni el simpático interés,
ni la malicia curiosa.

Pero hay una circunstancia
muy extraña, casi anómala:
según decae, se desmedra
y se envejece y se encorba
don Juan, María embellece
y medra y se desarrolla;
no haciéndose lo que llama
el vulgo una buena moza,
sino afirmando la fina
delineación de sus formas,
según que naturalmente
la niña en mujer se torna.

Tenía al irse Fermín
quince años: pero era toda
espíritu y se nutría
el alma del cuerpo a costa.
Mas la niña diminuta,
en quien la niñez prolonga
con su escasez de estatura
su candidez de paloma,
al sufrir el ya tardío
paso de una edad a otra,
se transfigura y completa;
su vitalidad se colma,
su carne se vigoriza,
su perfil se perfecciona,
sus contornos se modelan
y al modelarse mejoran;
cambiando, en fin, gradualmente
la naturaleza próvida
a la primorosa niña
en una mujer preciosa.

Lo era tanto aquel capricho
del Criador, que si la fórmula
de su creación quisiéramos
hallar, tan sólo esta loca
suposición la planteara:
que fundido en su persona
hubiera Dios el ser doble
de la mujer y la alondra.
Pequeña siempre, mas siempre
como aquella ave canora,
ligera, errante, perdida,
suelta, libre y vagorosa,
era el tipo más poético,
más ideal que en sus hojas
pintan de mujer fantástica
las caballerescas crónicas.

Una palidez muy suave
que apenas la descolora,
la da entre el nácar y el ópalo
una tinta deliciosa:
y más que nunca atractiva,
más que nunca encantadora,
con su apostura de sílfide
pensativa y melancólica,
con su acento de sirena,
sus grandes ojos de corza,
su andar gracioso de antílope,
y su tristeza de tórtola,
tiene el aire de una ondina
que, abandonando las ondas
del mar, por algún misterio
entre los hombres se aloja;
de un ángel que desterrado
del cielo en humana forma
espera a cumplir su pena
para volver a la gloria.

Marica, todos los días
va a vagar entre las rocas
donde el mar por el *bufón*
ruge y la comarca asorda.
Aquel lugar, consagrado
de su amor a las memorias,
la trae como una vorágine;
su tenacidad monómana
la lleva allí; y allí el viento
la curte, el agua la moja,

los pies la hieren las piedras,
la enfría el cuerpo la ropa,
y allí va y vuelve sin tregua,
descuidada, imprevisora,
sin razón de sí, arrastrada
por recia impulsión recóndita
de sí misma, y de algún sino
por fuerza dominadora,
como va a la sierpe el pájaro
y a la luz la mariposa.

Y ya, al ver cómo va y viene,
cómo vuelve y cómo torna
alrededor de aquel silo,
cuya embocadura cóncava
parece que habla con ella,
o que ella por allí evoca
algún ser que la responde,
alguna visión ignota
de ignota mitología,
una ficción incolora,
invisible e impalpable,
un espíritu, una sombra,
una voz, una fuerza..., algo
cuya atracción misteriosa
inevitable, fatídica,
un día tal vez la sorba...
ya nadie la denomina
cuando la llama o la nombra
Marifina y Mariperla,
sino sólo Mariposa;
y allí a veces la acompaña
su padre, y pasan las horas
él sintiendo, ella cantando
su fe y esperanzas locas.

De los pueblos en contorno
la gente murmuradora,
quién sin piedad, quién con lástima,
quién con pena y quién con mofa,
comenta, critica o siente
constancia tan extremosa,
a la par calificándola
de extravagante y heroica;
mas todos al par lamentan
que una mujer tan preciosa
se pierda por esperanzas,
que sin esperanza forja.

La fama de su hermosura,
de su constancia la historia
y su canción del romero
ya popular y famosa,
su nombre han por muchas leguas
extendido a la redonda,
y a verla vienen de lejos
los que de su fe se asombran.
Y ni en recuerdo de vivos,
ni en cuento de muertos consta
que se haya visto en Asturias
mujer más fascinadora,
¡Ay!, ni más fatal tampoco,
porque los que se enamoran
de ella, o a los cielos claman
o en el infierno se arrojan.

El hijo de un naviero
riquísimo de Santoña,
ciego por ella, a su padre
se la pidió por esposa.
Era el mozo más galán
que hubo entre la gente moza
de la Montaña, y el alma
más amante y generosa.
Marica le vió, le oyó,
comprendió su pasión honda
y la nobleza de su alma;
mas le dijo, desdeñosa:
«—Yo amo a otro: amar es dar
»a quien se ama el alma toda.
»¿Con qué alma he de amaros ya?
»No tengo más que una sola.»
El mancebo, no pudiendo
domar su pasión fogosa,
se metió fraile, diciéndose:
«—O ella o Dios... ¡si Él me perdona!»

Un inglés, a quien en Londres
el *spleen* inglés acosa,
tan cargado de guineas
que de ellas la cuenta ignora,

que de hastío en todas partes
nadando en oro se ahoga,
y que harto de sus palacios
anda en una nave propia
buscando un ser que le impida
echarse al cuello una soga,
la vió al cruzar por Vidiago
examinando sus costas.
Ella andaba por las breñas
del *bufón:* apercibióla
él con su anteojo de mar;
un rayo de sol que dora,
sobre el cielo destacándola,
su silueta luminosa,
se la presentó como hada
de una leyenda de Escocia.

Imagen de una esperanza
mayor cuanto más incógnita,
echó detrás de ella, echando
del barco a la mar su góndola.
Desembarcó, tomó lenguas,
dió con ella, contemplóla;
quién era indagó, vagó
contemplándola horas y horas
como un niño el vuelo inquieto
de una leve mariposa...
y se cegó, y por el ángel
de su salvación tomóla.

Nadie más expuesto a hacer
una apreciación errónea
de la realidad, que un alma
positivista y filósofa.
El hastío de la vida,
la saciedad de su prosa
no llevan más que a cambiar
la verdad en paradoja.
El hombre es carne y espíritu;
quien al espíritu ahoga
en la carne, vive y medra
en la realidad, y goza
de la vida real: mas tarde
o temprano se ilusiona
de algo espiritual, y de algo
su espíritu se enamora.
Mas como a la realidad
al traerlo se equivoca,
cuando se le huye el espíritu
ve que la verdad es otra.
La verdad es Dios; espíritu,
luz de quien nuestra alma brota;
y el espíritu es el fuego,
y la materia la escoria.

Compró el inglés una casa
en Vidiago y amueblóla;
se instaló en ella, ofrecióse
a don Juan: sin ceremonia
le recibió éste en la suya,
y cordialmente ofreciósela.
Trabaron amistad ambos;
Marica, siempre obsequiosa
con el inglés, platicaba
con él, sin la más remota
sospecha de su intención,
porque era a fe la persona
mejor del mundo: hasta que él,
con la más noble y honrosa
buena fe, y una franqueza
y expansión merecedoras
del respeto más sincero,
pero en frase algo estrambótica
por su sintaxis inglesa
en su palabra española,
pidió a Marica, diciendo:

«Su hija de usté perla en concha,
»señor don Juan; yo cubrirla
»de diamantes de Golconda.
»Yo tengo muchos: he visto
»de Asia, América y Europa
»todas las mujeres: ni una
»me hizo pestañear: ahora
»yo he visto y amo a su hija:
»la araña ella, yo la mosca;
»si quiere ser mi mujer,
»yo muy rico; y no me importa,

»si ella me quiere, vivir
»aquí o en Constantinopla.
»Yo muy noble, solo y libre;
»*gentleman* con las señoras,
»la mía reina en mi casa,
»mi casa templo de honra,
»yo inglés del honor esclavo:
»vean si les acomoda.»
Y este inglés, joven, buen mozo,
de pura raza sajona,
tipo de una lealtad
que en hidalgos atesora
cuantas buenas cualidades
en un país culto abonan
al hombre civilizado,
para esposo era una joya.
Como la de aquel inglés
creó Dios almas muy pocas;
mas bebió en la agua del Támesis
el esplín que le devora.
Sólo una mujer podía
salvarle de esa diabólica
enfermedad suicida,
que al rico inglés emponzoña.
Marica le vió con lástima
pedirla... (¡horrible limosna
del millonario hastiado
sobre el oro que amillona!)
la vida, el ser, la esperanza,
la fe, la salvación póstuma,
que ha de perder si sin ella
se vuelve a su isla brumosa.
La pobre niña, cuya alma
de aquella al volcán se asoma,
ve que en su lava no puede
echar de agua ni una gota.
«Milord, le dijo, imposible:
»buscad de otro árbol la sombra:
»sondar vuestra alma me espanta,
»dejarla así me desola;
»pero yo tengo la mía
»encadenada con otra,
»y no sé qué va a ser de ella
»si Dios y él me abandonan.»
Comprendió el inglés que había
dado con la mujer sola
digna de él; mas que era estrella
que no tenía su órbita
dentro de la suya: y trémulo,
balbuciente, con zozobra
febril, exclamó: «¡Imposible.
Imposible!... ¿y una argolla
de esa cadena que os ata
nada hay ni nadie que rompa?
—Nadie, milord: lo que se ata
ante Dios, sólo ÉL lo corta.
—¿Y si el azar lo rompiera?
—Mi vida fuera la rota.
Quedó el inglés sin poder
el afán que le sofoca
dominar...: mas dominándose
al fin, dijo con voz ronca:
—Me vuelvo a Londres.
—Volveos
a Dios, le dijo angustiosa
ella a su ver; mas resuelto
dijo él: «—No: volvamos hoja.»
Y con corrección británica
saludándola, volvióla
la espalda y partió. Marica
por él sintió una congoja
profunda y dijo: «¡Que Dios
tenga de él misericordia!»

Ante estas dos negativas
quedóse la gente atónita:
y cuando lo supo, dijo
don Diego: «¡Vaya una tonta!»

IV

Es una historia tristísima:
pasaron tres meses más:
Marica y don Juan vivían
cada vez con más afán;

mas callaban esperando
en silencio cada cual
algo, que a cambiar viniera
su incertidumbre en verdad.
Una verdad que no osaban
a ninguno preguntar,
y que excepto ellos temían
que sabían los demás.
Las gentes con quienes daban
les miraban al pasar
y saludaban de un modo
que les sentaba muy mal.
Parecíales que nadie
les daba franca la faz,
y que todos la palabra
les querían esquivar.
¿Qué había en derredor de ellos?
¿Por qué emanación letal
de su palabra el aliento
no querían respirar?
Y los dos encastillados
en su propia dignidad,
en su aislamiento esperaban
en Dios y en algún azar.
Una tarde, ya al crepúsculo,
se volvían del breñal
a su casa padre e hija,
cuando sintieron detrás
de sí sobre la calzada,
muy sostenido e igual,
el galope de un caballo
que avanzaba; y a la par
echáronse padre e hija,
por instinto natural,
a la vera del camino
para dejarle pasar;
pero al conocer, volviéndose,
al del caballo, don Juan,
de la estrecha carretera
el centro volvió a ganar:
y al llegar a él el jinete,
echando la mano, audaz,
a las bridas del caballo,
le obligó en firme a parar
diciendo: «Pues no se os halla
»sino por casualidad,
»no quiero yo perder ésta,
»señor don Diego.» —¡Voto a...!
exclamó el jinete, alzando
la fusta para vengar
en su atajador osado
un atrevimiento tal;
mas conociéndole, díjole:
«—¡A no ser vos!...» «—Excusad,
dijo don Juan, mi mal modo,
pero tenemos que hablar.»
Y soltando el de Noriega
la brida del alazán
de don Diego, así entablaron
el diálogo: en que a terciar
no llegó, pero sí a oír,
Marica; quien, ¡ojalá
que no oyera lo que allí
oír la hizo Satanás!

D. JUAN. Tres años ha que no entiendo
vuestro proceder falaz
con nosotros: hay pendiente
un compromiso formal
entre nuestros hijos: ¿qué es
del vuestro?
D. DIEGO. ¡Dios mío!, ¿estáis
en eso aún?
D. JUAN. ¿Cómo no?
D. DIEGO. Pues, ¿no sabéis...?
D. JUAN. ¿Qué?
D. DIEGO. Que está
ya hace dos años casado
Fermín.
D. JUAN. ¡Casado!
D. DIEGO. Y no mal:
su mujer es propietaria
de unas minas que les dan
millones: en la parroquia
no hay quien no lo sepa ya,
y creí...

D. JUAN. Pero ¡y mi hija!,
¿y su juramento?

D. DIEGO. ¡Bah!,
cosas de chiquillos: eran
ambos menores de edad.

D. JUAN. ¿Pues no les dimos nosotros
nuestro asenso paternal?

D. DIEGO. Sin duda: mas vos entonces
no les quisisteis casar,
y él se fué... e ir le dajamos...
y van seis años... y allá
hay muchas novias muy ricas...,
la cosa era natural.

D. JUAN. No, sino villana, indigna,
y falta de probidad.

D. DIEGO. ¡Señor don Juan!

D. JUAN. Mi hija guarda
su fe incólume, y a dar
me vais razón de una afrenta
tan traidora y desleal.

D. DIEGO. Pensadlo, don Juan, mejor:
si fuera del mundo andáis
y no sabéis con el mundo
vivir...

D. JUAN. Yo sé ser veraz
y sostener mi palabra:
debíamos esperar,
y esperamos.

D. DIEGO. Mas seis años...,
cuatro sin cartas..., ¿señal
no era bien clara de que él
lo dejaba caducar
todo?

D. JUAN. Mientras que conserven
ambos prendas...

D. DIEGO. ¡Voto a San!,
¿quién había de creer
semejante terquedad?

D. JUAN. ¿Y quién que fuera el dinero
vuestro móvil nada más?

D. DIEGO. Mas si vos, señor Noriega,
fuisteis el que nivelar
quisisteis la hacienda de ambos,
y él por eso se fué allá.

D. JUAN. Y allá en cuanto vió dinero...

D. DIEGO. ¡Y a quién tenéis que envidiar
vos ahora, qué tenéis
más millones que el Sultán!

D. JUAN. ¡Aún os mofáis!

D. DIEGO. ¿Pues no os trajo
el escribano don Blas
hoy un pliego?

D. JUAN. Nada he visto.

D. DIEGO. ¿Por qué vivís junto al mar
siempre como las gaviotas?
Vaya, en vuestra casa entrad,
id lo que os envía Dios
por vuestra chica a tomar.
El inglés se ahorcó por ella,
y en documento legal
la deja por heredera
diz que de una enormidad.

D. JUAN. ¡Estáis en vos!

D. DIEGO. Por la chica
vais a ser vos un Nabab.
¡Vaya una estrella que tiene!
Si queréis, podéis comprar
de aquí a Llanes todo el Valle;
y si a la corte lleváis
a vuestra hija, lo que es
novios no la han de faltar.»

Y así diciendo, don Diego,
espoleando su alazán,
estupefacto dejóle
de la calzada en mitad.
Había anochecido en esto:
y por la mano don Juan
tomando a su hija, llevósela:
y ella se dejó llevar.

V

Todo era verdad: mas era
una tristísima historia.

Don Juan halló el testamento
del inglés sobre la cómoda;
pero al volverse a su hija,
que entre la nocturna sombra
desde la calzada había
venido tras él, hallóla
pálida, muda e inmóvil,
como sin conciencia propia,
como ajena a la existencia,
como una insensible autómata.
La habló, la movió; en sus brazos
la tomó, y acarició la
como a una niña a quien mece
para dormirla su rolla:
la dió los besos más tiernos,
los nombres más dulces dióla,
los más íntimos abrazos
con la agitación más honda:
mas todo el mimo extremoso
del padre arrancar no logra
ni una lágrima a sus ojos,
ni una palabra a su boca.
Como una escultura inerte,
que como quiera la ponga
deja a su padre; que, al verla,
de verla así se acongoja.

El viejo infeliz comprende
cómo en su espíritu obra
la certidumbre del hecho
que dudar pudo hasta ahora;
y teme que entre sus brazos
exhale su alma amorosa,
o que al desprenderse de ellos
se la arranque el pesar loca:
y así en brazos de su padre
pasó de angustia una hora,
del presente y del pasado
sin conciencia y sin memoria.

Al fin vagó una sonrisa
suavísima y melancólica
por sus labios; y dos lágrimas
turbias, ardientes... dos solas,
de acíbar del corazón
dos amarguísimas gotas,
anublando sus pupilas,
quedaron titiladoras
temblando de sus pestañas
entre las hebras sedosas,
hasta que voraz el aire,
sin dejarlas caer, secólas.

Volvió en sí la pobre niña;
pero quebrantada y rota,
como quedan los que sufren
convulsiones espasmódicas.
Observábala su padre
con atención recelosa
de una crisis, que podía
ser mortal o salvadora;
mas la niña enamorada,
del pesar que la desola
no dió la señal más mínima:
Dios acaso la conforta.
Besó a su padre en silencio,
y asiendo la palmatoria
que estaba sobre la mesa,
se fué en silencio a su alcoba.

¡Líbrenos Dios de pesares
que el llanto no desahoga,
que no alivian los suspiros
y los ayes no pregonan!

Don Juan vió con grande asombro
la paz con que el suyo toma,
y concibió una esperanza
que ser pudiera ilusoria.
Esperó del mismo brío
de aquella avasalladora
pasión, de un esfuerzo noble
de voluntad poderosa,
del amor propio ofendido,
de las consecuencias lógicas
de los hechos consumados,
una reacción tan pronta
como habían sido tenaces
su fe y su constancia heroicas:
esperó, en fin, un extremo,
pues los extremos se tocan.

Dejóla ir, pues; y pues siempre
vivió concentrada y sola,
tal vez encuentre ella misma
la triaca a la ponzoña.
Tal vez el sueño la venza
y el reposo la reponga,
y al despertarse mañana
se despierte ya muy otra:
y en vez de desesperarse
por ver su esperanza rota,
tal vez con su porvenir
y con su pasado rompa.
Don Juan, fiado en su calma,
que aparente ni engañosa
debe suponer, supuesta
su sencillez de paloma,
espera que pues la ruda
primera impresión soporta
sin la primera extremada
exaltación, fuerza es que oiga,
fuera del primer peligro,
la voz tranquilizadora
de la razón que discurre
y el deber que reflexiona.
Don Juan, en fin, aunque lejos
de ver de color de rosa
el porvenir, a aclararse
comienza a verle a sus solas,
según comienza a echar cuentas
y a atar cabos: y razona
consigo mismo trabando
monólogo en esta forma.

«Mi hija es aún una niña;
»más que por su edad aún corta,
»por la inexperiencia de
»su vida aislada y monótona.
»Yo por ella he descuidado
»la administración metódica
»de mi hacienda, con don Diego
»pensando en armar camorra.
»Mas don Diego, ¿qué me ha hecho
»a mí ni a mi hija? Otra esposa
»tomó Fermín allá en Méjico:
»villanía fué, y deshonra
»fué para él que perjuró
»nada más: mas si juiciosa
»Marica bien del perjuro
»ve la conducta traidora,
»dará a Dios gracias de haberla
»librado a un alma tan sórdida
»de unir la suya tan noble;
»y aunque de algún tiempo a costa
»y a costa de algunas lágrimas,
»de su pasión extremosa
»guardará sólo un recuerdo,
»y el tiempo todos los borra.
»Además, un refrán dice:
»que la mancha de una mora...
»y otro dice que a rey muerto...
»y Mariquilla es hermosa,
»no tiene aún veinte y dos años,
»y no está la tierra toda
»reducida a Asturias: ya
»lo dijo don Diego, ahora
»sobraránla novios: Dios
»a los suyos no abandona.
»¡Pobre inglés!, ¡que fin tan trágico
»para alma tan generosa!
»Lástima que Mariquilla,
»no le quisiera *(registrando el pliego)*.
»Dos hojas
»tiene sólo el testamento.
»*(Leyéndolo)*. ¡Infeliz!, otra persona
»no tenía a quien amara
»en este mundo..., ni otra
»con quien vínculos de sangre
»le unieran... a nadie toca
»legalmente ni un ochavo
»de fortuna tan monstruosa.
»Y todo está terminante,
»sin trabas: todo denota
»su previsión, su absoluta
»voluntad... «para que escoja
»marido a su gusto... o viva
»independiente y disponga
»de lo heredado a su antojo,

»lo dé o lo queme...», ¡estrambótica
»idea!, pero ¡qué alma,
»qué fe tan caballerosa!
»Yo por mí..., ¡quiá!, mas por ella:
»pues la Providencia próvida
»nos lo depara... y no hay
»daño ajeno... y no sonroja
»lo bien hallado... yo acepto...
»y hasta que sea señora
»de sí misma mi pobre hija
»lo ignorará. Sólo incoa
»en mí autoridad sobre ella.
»Marica puede que oponga
»que es el precio de su vida;
»mas aún es menor... y sorda
»a cuanto dijo don Diego
»menos a lo de la boda
»de Fermín, no atendió a más
»y lo de la herencia ignora.
»Yo me las compondré solo,
»el dinero nunca sobra.
»Sí: mañana me la llevo
»a Madrid: y si la enoja
»Madrid, a donde la plazca;
»toda España, toda Europa,
»todo el mundo a su capricho
»la puedo hacer que recorra,
»con tal de que se consuele
»y olvide y sea dichosa.
»Sí: acepto, y mañana... ¡fuera!,
»¡que más no vea estas costas,
»donde siempre zumba el viento
»y rugen siempre las olas!
»¡Que no vea más ni trate
»más con esta gente tosca,
»que de su amor se ha reído
»y al otro por rico abona.
»¡Vaya si acepto!, que sea
»millonaria..., por remota
»que esté la tierra que elija,
»la compraré una corona
»si la quiere—¡y la del humo!
»¡fuera de aquí!—un saco de onzas
»en el arzón y a caballo:
»así como así ella monta
»como un dragón: me la saco
»sin equipaje y sin ropa
»como a paseo, y de un pueblo
»a otro..., ¡al nuestro, mamola!
»¡Pobre hija de mis entrañas!,
»duerme, mañana a estas horas
»comenzarás otra vida
»mejor en mejor atmósfera.»

Y así a sí mismo diciéndose
don Juan, encierra en la cómoda
del inglés el testamento;
va en puntillas a la alcoba
de su hija a escuchar, y todo
creyéndolo en sueño, sopla
el velón, se acuesta a oscuras
y se duerme sin zozobra.
—¿Quién ha de culpar a un padre
que lo olvida y lo ambiciona
todo, y sobre todo pasa
por una hija a quien adora?

Dios le dió un sueño tranquilo:
cuando despertó, en las copas
de los castaños ya el sol
reverberaba, y la aurora
iba ya lejos: don Juan
de su modorrera insólita
se extraña y se viste aprisa,
y a medio vestir se asoma
por la vidriera entornada:
mira, escucha... y ni una mosca
siente en su casa: y silencio
tan absoluto le azora.
Corre a la alcoba de su hija;
no está en ella: cuidadosa
ha recogido su cama
como siempre: él lo inspecciona
todo y todo lo halla en orden:
sólo ella falta. Interroga
a los criados, ninguno
sabe de ella: aunque no asombra

su ausencia a nadie, sabiendo
que mil veces abandona
la casa rayando el alba:
mas ya a don Juan no acomoda
aquella vida de su hija,
y él mismo encaparazona
su caballo, y a buscarla
se encamina hacia las rocas
del bufón: recorre atento
sus vericuetos, sus lomas
sus tojos y sus breñales:
la llama, y su voz prolonga
lúgubre el eco, sin que ella
se presente ni responda.

No está allí: se habrá ya vuelto
a casa: a ella se torna,
mas no ha vuelto, y en su alma
un vago recelo brota.
¿Dónde habrá ido?... ¿Si a Andrín
de pormenores curiosa?
Corre a casa de don Diego,
y su demanda le colma
de asombro; nadie la ha visto
por Andrín: don Juan se informa
de todo el mundo, y ninguno
razón le da: y le acongoja
la duda, le angustia el miedo,
y la inquietud le sofoca,
y siente invadirle el vértigo,
mas no se descorazona.

Él encontrará su huella:
paga para que recorran
la comarca a cuantos quieren
servirle: requisitorias
pide al alcalde que mande
por todas partes: y llora
y reza, a Dios y a los hombres
pidiendo que le socorran.

Y pasa el día, y la tarde
trascurre, y el sol tramonta,
y el crepúsculo se espesa,
y la noche cierra lóbrega...
y la media noche avanza...
y don Juan, a quien devora
la fiebre..., ya con la vista
extraviada, la faz roja
por la congestión sanguínea
que al cerebro se le agolpa,
ve que su vida se acaba,
y su agonía se dobla
porque a la luz de su vida,
que siente a apagarse próxima,
no viene la hija de su alma,
no acude su Mariposa.
¡Ay! ¿Y qué es de ella?—¡Quién sabe!
La Ondina que se halló sola
en la tierra, hija del agua,
tal vez se volvió a las ondas.
¿Quién sabe?—El ángel que vino
la tierra en humana forma
a habitar, tal vez su pena
cumplió y se volvió a la gloria.
¿Quién sabe?, el mundo está lleno
de misterios, que son obra
tal vez de la fe divina,
tal vez de ilusión diabólica.

TERCERA PARTE

VUELTA

I

Todo en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cae, todo se hunde
en la nada con la vida.

Quien muere..., ¡a la eternidad!,
quien tras él queda..., ¡a vivir!,
mas ¿quién sabe con verdad
cómo y cuándo ha de morir?

Mientras le viene siguiendo,
nadie sabe hasta que cae
en la eternidad, viviendo,
lo que la muerte le trae.

Fuerza, juventud, riqueza,
preciso que viváis es
con Dios sobre la cabeza,
la tumba bajo los pies.

Eso es la vida; eso el hombre:
ir unos de otros en pos,
dar al olvido hasta el nombre:
pero al morir, dar con Dios.

Todo en la tierra se olvida,
todo el tiempo lo confunde,
todo cae, todo se hunde
en la nada con la vida.

Dos días vive la rosa,
dos noches el tulipán...
¿Quién piensa ya en Mariposa?
¿Quién se acuerda de don Juan?

Dos años ha que se fueron:
dos días de ellos se habló...
con las hojas que cayeron
el aire se los llevó.

Mas nadie ande con descuido
en los muertos sin pensar,
que hay muertos que en el olvido
no se dejan bien echar.

¡Bah!, nadie vuelve: la llave
de las tumbas guarda Dios.
Ninguno ha vuelto. ¿Quién sabe?
Se cuenta de más de dos.

II

Ninguno vuelve jamás:
pero los que bien les quieren
a mirar a los que mueren
vuelven los ojos atrás.

Nosotros, los que escribimos,
en el papel que entintamos,
de muchos nos acordamos
y aun a algunos revivimos.

Yo no me quiero mover
de Vidiago, sin contar
en lo que vino a parar
aquel primor de mujer.

Don Juan en su hora postrera,
como noble y buen cristiano,
tuvo médico, escribano
y cura a su cabecera.

Lo del inglés aceptó
para su hija, si volvía,
y en Londres lo retenía
el juez a quien se fió.

Don Juan por testamentarios
dejó en legal escritura
al escribano y al cura,
de su haber depositarios

y de su hija curadores;
y los dos, de ella en ausencia,
legalmente de la herencia
son los administradores.

Mas la chica..., se perdió:
y la opinión popular
aceptada era que al mar
o se cayó o se tiró:

no se pudo averiguar
qué fué de ella: no volvió,
ni se pudo, si se ahogó,
de su cuerpo el rastro hallar.

El cura y el escribano
administran en conciencia
de Mariposa la herencia,
aunque aguardarla es ya en vano

sin duda alguna; mas creen
que, mientras no está probada
su muerte, debe esperada
de ser; y a todo proveen.

De la casa, que es muy buena,
fué de lo que desde luego
se ocuparon, y a don Diego
se la ofrecieron. Sin pena

lograron de él que a vivirla
viniera, en arrendamiento
tomándola: con intento
tal vez después de adquirirla

si más tarde se vendiera;
pues quiere en Vidiago casa
don Diego, porque no pasa
por Andrín la carretera.

Don Diego, pues, la arrendó;
y o porque mal no se arguya
de él, o por darla por suya
ya, como tal la cuidó.

Y ya por falta de espacio
para su trato o por loco
capricho, fué poco a poco
haciendo de ella un palacio.

Cambió en clara galería
su mezquino ventanaje,
y apoyó un gran balconaje
en una esbelta arquería.

Convirtió el huerto en jardín,
y tras él un prado abierto
compró y cercó, e hizo un huerto
y un pomar; la casa, en fin,

sufrió tal transformación
y es tan otra de lo que era,
que si vuelve la heredera
no va hallar su posesión.

Lo exterior, bien entendido;
porque en torno la ha ensanchado,
pero la antigua ha dejado
dentro de lo construído:

de modo que, si volviera,
su casa en palacio hallara
trocada; pero encontrara
entrando en él la heredera

todo como lo dejó;
lo antiguo a lo nuevo anejo,
su cámara con su espejo
de vestir: cuanto ella usó

en roperos y en almarios
metido: y la de don Juan
y la suya, que aún están
con sus muebles ordinarios.

Capricho de rico, o acto
de respeto a lo que fué,
todo está en el mismo pie
con el orden más exacto.

Del tráfago a lo exterior
relegó sus dependencias
don Diego, y las asistencias
del servicio a lo interior.

Desde allí escribió a su hijo
todo lo que había pasado;
y él su vuelta le ha anunciado,
aunque sin término fijo,

en dos o tres cartas ya,
y ya don Diego le aguarda
dos meses ha; y como tarda,
ya inquieto por él está.

Mas no viene aquí a instalarse,
no; sino a dar un abrazo
a su padre y un vistazo
al país: a refrescarse

la memoria de su infancia
con los recuerdos, y aliento
a tomar del patrio viento,
respirando la fragancia

de sus yerbas campesinas,
sus castaños y nogales,
y los efluvios vitales
que traen sus auras marinas.

Viene como un millonario,
que entre uno y otro negocio,
va a tomar un mes de ocio
en su hogar hereditario.

Viene como un gran señor
a ver su pueblo y familia,
a quienes gracioso auxilia
y al venir hace favor;

y viene porque don Diego,
al darle de todo aviso,
le dió por sin compromiso
ya, y exento desde luego

de encuentros inconvenientes
y retrospectivas futiles;
que siempre, por ser ya inútiles,
paran en impertinentes.

Viene, en fin, por la jactancia
natural y vano empeño
de ir a donde fué pequeño
de grande a darse importancia.

Con que, tras largas esperas
desembarcó en Santander,
y llegó a todo correr
en un coche de colleras.

Salió todo el mundo a verle;
vinieron todos a darle
la bienvenida, a abrazarle,
felicitarle y molerle.

De Riego, Puertas, Andrín,
y de Buelna y de Pendueles,
vinieron cien siempre fieles
amigos de don Fermín.

Él acogió sin desdén
a todos franco, jovial,
y afectuoso: con lo cual
pareció a todos muy bien.

Y parecerlo debía;
porque a fe que daba gozo
verle hecho todo un buen mozo
y con el tren que traía.

Volvía gordo y crecido,
patilludo y bien plantado;
en suma, como anunciado
lo había él: desconocido.

Dejáronle libre al fin:
y en su casa se metió;
y en Vidiago y en Andrín
toda la noche se habló
de la vuelta de Fermín.

III

Don Diego, desde que vino
a Vidiago a establecerse,
simpático supo hacerse
con todos por buen vecino;

y cuando en viaje no andaba
por su tráfago y asuntos,
a uno o a los tres juntos
a su mesa convidaba

tres amigos cada día:
al cura don Gil Merás,
al escribano don Blas
y al doctor don Luis de Eguía.

La noche, pues, que llegó
cenó Fermín con los tres,
y de Méjico después
de sobremesa se habló.

Fermín se había hecho otro hombre
del que fué muy diferente;
no traía, era evidente,
del que se fué más que el nombre;

prudente, atento, formal,
de esmerada educación,
de sería conversación,
en suma, un mozo cabal.

Expuso con mucho tacto
su posición con su tío;
que era alegre, pero frío
en los negocios y exacto

por demás: de gran sentido
práctico, de muy profundo
conocimiento del mundo
y del corazón: metido

en la sociedad de fuero
y blasón por su nobleza
astur, y por su riqueza
minera en la del dinero.

Fundó su condición brava
y tesón autoritario
en el rigor necesario
con la gente que empleaba;

y explicó su casamiento
como el más sencillo caso,
y el solo y preciso paso
para su establecimiento.

Su mujer, dijo, era hermana
de la de su tío, y era
de las dos la mina entera
con que aquél millones gana.

Dijo el tío: «de dos una:
»o la tomas por mujer,
»o a Asturias te hago volver
»a que chifles a la luna.»

«Mucho, en verdad, me costó;
más de año y medio luché...
creo que decir por qué
no necesito aquí yo.»

Y dijeron todos: «no»,
y él dijo: «así me casé»
y de ello más no se habló,
y no había para qué.

Y el cura, que es campechano,
y el doctor que bebe mucho,
y don Blas, que muy machucho
tampoco es, aunque escribano,

brindaron por su mujer,
y volvieron a brindar,
y estaban en tren de estar
brindando hasta amanecer.

Mas Fermín, que era muy otro
del que era a Méjico al ir,
dijo que se iba a dormir;
y era que estaba en un potro

temiendo a su padre ver,
y con él a amigos tales,
de juicio poco cabales
por honrar a su mujer.

Salvóse, pues, el honor:
y de allí calamucano
no salió ni el escribano,
ni el capellán, ni el doctor.

Padre e hijo se encerraron
en su cuarto cada cual:
pero Fermín durmió mal;
mil recuerdos le asaltaron

en aquel cuarto en tropel.
¿Por qué su padre vivía
en una casa en que había
tantos tristes para él?

IV

En el corazón humano
no ve nadie más que Dios,
y ésta es una historia oscura,
porque lo es del corazón.
Fermín se fué por dinero
para lograr el amor
de una mujer, y con otra
en Méjico se casó.
Según dice, luchó un año
y medio con su pasión:
año y medio..., no fué mucho;
su tío se la apagó
en el pecho en donde ardía,
con un soplo tan traidor
como constante y seguro
por su fija dirección.
Su tío era un tío antiguo
para quien no había—no—
de los del antiguo régimen,
de carácter y tesón:
aunque era manso y flexible
cuando le iba bien y en pro
Su tío le dijo: «es fuerza
darte nueva educación»:
y hora por hora tres años
en educarle empleó
a su modo: no dejándole
la más leve aspiración
propia de él, ni tener suyo
el pensamiento menor,
ni un instante sin asidua
y precisa ocupación.
Halagando su esperanza
e inculcándole el temor
de perderse él y a su padre,
que al enviarle en él fió,
hasta le dictó sus cartas
de estilo y de corrección
con pretexto; y explotando
su amor filial, le fundió
y le amoldó; y otro haciéndole,
por interior y exterior,
le dió otra forma y espíritu:
hasta que ni vió, ni oyó,
ni pensó más que a su antojo:
y echándole en el turbión
de los negocios, haciéndole
viento coger y favor
a su sombra y a su nombre,
y su orgullo y su ambición
fomentando, él, inconsciente,
a sí se le asimiló:
de él hizo un socio forzado,
mercantil, calculador,
frío, práctico, hecho en todo
a ver la especulación,
a buscar la utilidad,
a seguirla ojo avizor,
con constancia, sin caer
en falta ni en distracción,
sin dejarse seducir
por nada alucinador;
y cuando fué lo que él quiso,
un otro él, él uno en dos,
el tío con su cuñada
y su caja le casó;
y él se cargó con la mina
de que propietarias son
las hermanas, y de que él
fué el único explotador,
Fermín el único socio,
sus dos nombres la razón
social, y las dos hermanas
dos peces en red de amor.
Si Fermín de amor guardaba
un recuerdo, una ilusión,
un átomo..., con sus besos
su mujer se lo quitó;
de él le lavó el alma el cura

con su santa bendición,
y el primer hijo, el pasado
de su memoria borró;
y el corazón que tenía
perdió con el viejo amor.
Todo ello muy natural,
muy común, muy en razón,
muy conforme con las leyes,
con el mundo y con su honor...,
mas, ¿por qué diablos volver
a Vidiago imaginó
Fermín, si allí hallar podía
otra vez su corazón?

—

Don Diego, inconscientemente,
a Fermín aposentó
en la cámara que fué
de Marica habitación.
Fermín debió de dormir
mal; porque se levantó
temprano, ojeroso, pálido
y por vaga distracción
dominado; durmió poco,
bebió agua pura, y no habló
más que lo de que en la mesa
hubo de hablar precisión.
Pasó el día en visitar
los amigos que dejó
y los que adquirió su padre
al cambiar de posición.
Anduvo a pie y a caballo,
y si no en su buen humor
se repuso, el ejercicio
casi le tranquilizó.
Don Diego a sus comensales,
por procurar distracción
a Fermín, diariamente
que vinieran suplicó
a su mesa; y de los cuatro
amigos la reunión,
la vaguedad de Fermín
de disipar acabó.

Dos días así pasaron;
el tercero, casi el sol
despuntando, de su casa
salió Fermín como en pos
de aire y luz; echó al azar
y sin fija dirección
por el pueblo, del cual pronto
como es pequeño, salió:
y como una cordillera
acota la población
por un lado, por el otro
naturalmente, tiró.
Tampoco allí el campo es llano,
mas no hay por allí espesor
de árboles, y allí se abarca
un ancho y doble jirón
de cielo y tierra, y del mar
se oye el cercano rumor,
y se respira una atmósfera
que vivifica el pulmón.
Iba Fermín sin mirar
a dónde, a su alrededor
hallando en peñas, breñales
y sendas una porción
de objetos que conocidos
le eran, y que a su anterior
existencia transportando
iban su imaginación.
Por mucho que al hombre cambien
de la fortuna el favor,
la ausencia, el tiempo, los vicios,
cuanto implica variación
en su ser, conserva siempre
por el sitio en que pasó
su niñez y juventud
tierna e íntima afección:
y Fermín iba sintiendo
de un tiempo ¡tal vez mejor!
mil recuerdos que bullían
de su mente en un rincón.
Así inconsciente, sin rumbo
y ensimismado vagó,
viendo y oyendo del mar

el murmullo, y del chirrión
que sigue la carretera
el chirrío, y del pastor
el silbido, y el cencerro
del jato que muge en pos
de su madre, y la campana
del ángelus, y el rumor
del maizal, cuyas hojas
el céfiro juguetón
besa y mece; y sobre él pasa
el cuervo picoteador
sin verle, ni a la gaviota
que imitando al alcyon
en la espuma de las olas
se deja ir, ni la flor
que pisa en su imaginaria
retrospectiva abstracción.
Y cabizbajo, los brazos
suspendidos sin vigor,
sin percepción ni conciencia
de sí mismo, se paró
maquinalmente en un sitio;
y como si una atracción
oculta le retuviera
allí, allí permaneció
torvo, inerte, a sus ideas
dando en tal divagación
libertad, y errar dejándolas
como exhalado vapor
de su espíritu en los ámbitos
de esa infinita región,
de la eternidad vestíbulo,
velo de la faz de Dios:
y allí estaba de pie, inmóvil
y mudo, cuando veloz
cruzó una ráfaga el mar
y sus ondas encrespó.

Al mismo tiempo tras él
un bufido aterrador,
un espantable baladro,
un rugido hondo y ieroz,
parecido al repentino
resoplido de un león,
de debajo de la tierra
sacudiéndola salió.
Volvió en sí, volvió espantado
la cabeza a tal fragor,
reconoció el sitio: estaba
a la boca del *bufón*.
Avanzaba la marea,
la ráfaga se creció
a vendaval, el nublado
vino a oscurecer el sol:
y del *bufón* en el fondo,
del agua entre el borbotón,
oyó clará, inconfundible
con ningún otro rumor,
resonar lenta, tristísima,
del romero la canción.

«La miel del amor primero
»del cielo tiene sabor.
»La abeja la flor le liba al romero
»zumbando en redor.
»Ven, ven, que te espero aquí con mi amor.

»Yo contra tu olvido espero
»que Dios me dará favor.
»La abeja la flor le liba al romero
»zumbando en redor.
»Ven, ven, que te espero... te espero... te
[espero
»aquí con mi amor.»

Fermín oía espantado
brotar y hundirse este son
con el agua. —¡Era Marica
quien cantaba..., era su voz!
¿Dónde estaba? ¿Allí? Imposible:
barre el mar el socavón,
no hay entrada ni hay salida,
ni hay vital respiración
en aquel antro..., no hay vida
posible allí... y la canción
suena y suena, y él escucha:
es ella, sí: su razón

con los sentidos en lucha
no da con explicación.
Y escucha, y escucha. ¡Es ella
o su espíritu! En redor
de Fermín comenzó el mundo
a girar... y aquella voz
seguía cantando, y él
oyéndola con pavor...
hasta que el frío del miedo
de sentidos le privó.

—

Dos horas después entraba
trémulo en su habitación:
su padre le dijo: «¿quieres
algo?; y él le dijo: «no».

V

Pasó aquel y el otro día:
pasó Fermín uno en cama;
y el ver que lo que tenía
decir a nadie quería,
de todos la atención llama.
Quísole el doctor pulsar,
y hablarle a solas el cura:
mas fué inútil porfiar,
él no quiso confesar
pecado ni calentura.
La tercera noche, estando
los cinco de sobremesa,
así diálogo entablando
con su padre, y así dando
a los cinco gran sorpresa,
dijo Fermín: —Me voy.

D. DIEGO. ¿Cuándo?
FERMÍN. Mañana.
D. DIEGO. ¿Por qué tal priesa?
FER. No quiero estar aquí más.
D. DIEGO. Pero, ¿por qué?
FER. Porque no.
D. DIEGO. Pero, ¿tan mal aquí estás?
FER. Muy mal.
D. DIEGO. Pero, ¿a dónde vas
y por qué así?
FER. ¡Qué sé yo!
mas he de irme sin remedio
de aquí.
D. DIEGO. Pues ¿qué te da tedio
aquí? ¿Es el país? ¿La gente...,
yo?
FER. Nadie absolutamente:
mas me voy.
D. DIEGO. Pero, ¿no hay medio
de enmendar lo que te enoja,
de apartar lo que te estorbe?
FER. Padre, doblemos la hoja:
no es causa que está en el orbe.
D. DIEGO. ¡Dios!
FER. Él es.
D. DIEGO. ¿Quién es?
FER. No sé:
pero me ahuyenta de aquí,
y aquí jamás volveré:
y es... ¡que no sé dónde iré
que no venga tras de mí!

Y sin pasar adelante
ni dar datos más exactos,
Fermín se cubrió el semblante:
quedando ante él, un instante,
los demás estupefactos.
Pero todos consolándole
a porfía y apremiándole
para que hablara, así, al fin,
a los cuatro, que escuchándole
callaban, dijo Fermín:
«Llegando junto al *bufón*
»distraído antes de ayer,
»oí que en el socavón
»entonaba su canción
»la voz de... aquella mujer.»
—Alucinación mental,
dijo el médico. —¡Misterio!,
dijo el cura. —Oíste mal,

dijo don Diego. —No tal,
dijo Fermín: y muy serio
dijo don Blas: —Lo fatal
es que en ningún cementerio
tiene nicho sepulcral.

A esta observación siniestra
que estremeció a los demás,
dijo el doctor: —¿Quién demuestra
que no es aberración vuestra?
Y Fermín dijo: —Es que hay más.
—¡Más!, dijeron a la vez
todos: y echaron la mano
a su copa de Jerez,
el primero el escribano
y tras él todos. —¡Pardiez!,

exclamó el médico, que era
un poco materialista,
y que fué en su edad primera
militar y calavera
y muy bravo y muy bromista:

¡Pardiez!, ahoguemos en vino
toda la superstición
que tenga en su corazón
cada cual, y no de tino
nos saque una aberración.

Fermín bien puede afirmar
que oyó su voz, y en conciencia
creerlo; pero la ciencia
sabe que puede turbar
la pasión su inteligencia,

y curarle es mi deber,
si adolece. —Sí, doctor;
dijo Fermín; si eso hacer
podéis, me haréis el mayor
bien: mas no vais a poder.

—Lo veremos; mas bebamos;
bebed, Fermín, también vos.
Y dijo el cura: —Seamos
cristianos buenos, y oigamos
con fe en la ciencia y en Dios.

Bebieron, pero discretos,
como quien muy sobre sí
quiere estar y los objetos
ver bien; y atentos y quietos
todos, Fermín habló así:

«Mi repentina partida
obedece a una razón,
que por la mía perdida
no puede ser comprendida,
mas sí por mi corazón.

Oíd sin interrumpir.
Ya van dos noches que al ir
a acostarme, en cuanto dejo
la bujía ante el espejo,
aquel grande de vestir,

comienzo a oír su cantar,
y comienza a aparecer
poco a poco y a crecer
tras del cristal y saltar
fuera de él... una mujer.

¡Ella, sí!, viene trayendo,
de su canto al triste son,
su relicario; y entiendo
que viene por él pidiendo
la cruz de su redención.
—¿Muerta o viva?

—No lo puedo
dudar: muerta. ¿Quién la evoca?
No lo sé: yo retrocedo
ante ella, y ella me toca
aquí el pecho con un dedo.

Le siento y me aterroriza:
que el cabello se me eriza
siento y que un frío glacial
la vida me paraliza,
y caigo en sopor letal.

No sé más; en mí al volver,
mientras que recobro el ser,
allá en el cerebro hueco
aún del cantar siento el eco,
mas no hallo ya a la mujer.»

Fermín calló, y cada cual
al caso aplicó el criterio
que tenía, bien o mal.
—*Alucinación mental*,
repitió el doctor. —*¡Misterio!*,

repitió el cura. —*¡Fatal signo es*, repitió muy serio
don Blas, *ver el cementerio sin su nicho sepulcral.*
Y quedó bajo el imperio
de la duda cuestión tal;
y ¿quién sabe en qué hemisferio
tendrá solución final?

—

Tras el relato aflictivo,
por un intervalo corto
cada cual, no sin motivo,
quedó mustio y pensativo
y de lo escuchado absorto.
Fermín, apenado y mudo,
de aquella consulta espera
contra pesar tan agudo
un consejo concienzudo,
un lenitivo cualquiera.
Don Diego permanecía
afligido y cabizbajo:
el ceño el doctor fruncía,
y su inquietud contenía
don Blas con mucho trabajo.
El cura, cristiano viejo,
que cree en Dios a pies juntillas,
sobre aquello del espejo
a Dios le pide consejo
mirando al cielo a hurtadillas.
El doctor, interrumpiendo
de todos las reflexiones
y las suyas resumiendo,
dijo, por fin, exponiendo
su opinión, estas razones:
«Por un repentino quiebro
»dado por el corazón,
»se ha efectuado en el cerebro
»sensible perturbación.
»Hay una alucinación
»que desde él a la retina
»pasa y que la determina
»acción que del alma viene;
»mas para el alma no tiene
»remedios la medicina.
»Por esta noche, dormir;
»don Gil y yo velaremos
»aquí; y mientras aquí estemos,
»la mujer no ha de venir.
»La decisión de partir
»mañana es buena: mudar
»lo más pronto de lugar;
»y pues *allá* está el deber...
»¡al mar!, porque esa mujer
»se ve que no pasa el mar.
»Bebed y brindad, Fermín,
»por la de allá y por los hijos:
»si los pensamientos fijos
»tenéis allá... aquí dió fin.
»Bebed un poco: el magín
»necesita algún vigor,
»y el estómago calor
»contra la debilidad
»que exalta la idealidad;
»con que... ¡al mar el viejo amor!»
Así habló el doctor Eguía
y apuró la copa entera;
y mientras Fermín bebía
otra de añejo madera,
le miraba y sonreía;
y por su anterior monólogo,
se ve que era un buen fisiólogo
y hombre de mundo y de práctica:
mas el cura, que es buen teólogo,
le secundó con más táctica.
Fuése a Fermín y le dijo
con cariño: «Fermín, hijo,
»el doctor dice muy bien:
»mas confía en Dios también,
»que es lo primero y lo fijo.
»Oye: pues *eso* que ves,
»ser o visión, te le ofrece,
»que la tomes me parece
»su relicario y la des
»tu cruz; mas bueno es que estés
»muy sobre ti; si es palpable

»realidad, ásela y que hable;
»si es fantasma, es imposible
»que pueda prenda tangible
»traerte un ente impalpable.
»Si es cierta la tradición
»y es su alma, en cambiando prenda
»se irá: pero a que se venda
»fuérzala si no es visión.
»Realidad, pues, o ilusión
»de extravío cerebral,
»ten fe y a su encuentro sal;
»porque diabólico o santo,
»hay que romper el encanto
»de esa aparición fatal.
»Vamos, Fermín, hijo mío:
»entra en tu aposento ahora
»y por un rato, una hora,
»busca un entretenimiento:
»no te acuestes al momento,
»lee.. o escribe a tu mujer
»frente al espejo: si el *ser*
»te se aparece, la puerta
»no cierres; desde aquí, alerta,
»nosotros... la hemos de ver.
»¿Te avienes a esto?

FERMÍN. Me avengo.

EL CURA. Pues en Dios tu fe coloca.
¿Tienes tu cruz?

FER. Sí la tengo.

EL CURA. ¿Dónde?

FER. Aquí.

EL CURA. ¿Donde te toca su dedo?

FER. Sí.

EL CURA. Pues me atengo
a Dios y a la tradición.

FER. ¡Creéis que es...

EL CURA. Ten corazón:
aunque sea, en cuanto tienda
la mano, cambia de prenda:
fe rota, rota la unión.»

Y mientras esto decía
y al cuarto a Fermín llevaba,
el doctor les escuchaba
y oyéndolos sonreía.
El médico en Dios creía,
pero no en la tradición;
y a que era alucinación
y no visión atenido,
decía: «¡Bah!», una vez ido
él... ¿quién piensa en tal visión?

VI

Todo el que cree que un alma ha recibido
de un Sumo Creador de tierra y cielo,
y que algo espiritual desconocido
en torno bulle del terrestre suelo,
cuando le cuentan algo acontecido
de espiritual misterio bajo el velo,
aunque no pueda ser, siempre en él queda
un recelo interior de que ser pueda.

Y esto sentado, porque así lo siento
yo, que creo que mi alma de Dios tiene
algo que es de mi ser el fundamento,
y porque a mi relato así conviene
para la escena que tras esto viene,
sigo y voy adelante con mi cuento.

Es una hora después: están... entrada
la noche, la familia recogida,
atizado el velón, la mesa alzada,
mas de licor sin el mantel servida,
los cuatro en su redor de sobrecena,
la partida de báciga entablada
para pasar de espera la velada,
y en su cuarto Fermín: ésta es la escena.

Juegan y beben: mas en bien, sin vicio,
sin interés y sin exceso; tienen
del cuarto de Fermín mal en el quicio
encajada la puerta, y se mantienen
ojo avizor a él por el resquicio.

Escribe ante el espejo: de su pluma
sobre el papel se siente el ruido leve;

y adelanta la noche, y nada, en suma,
en lo interior de la mansión se mueve.
El tiempo al transcurrir da confianza
al que con miedo o inquietud espera
algo que tarda en suceder; y crece
según crece el retardo su esperanza;
y según se retrasa, le parece
que el mal o pesadumbre venidera
no ha de venir en pos de tal tardanza;
y se distrae al cabo, y es preciso
que le coja el suceso de improviso.
El de Fermín era algo misterioso
en verdad: y a pesar de la firmeza
del médico, del clérigo el reposo,
de don Blas el buen juicio y de don Diego
la calma, les bullía en la cabeza
la tal visión y les turbaba el juego;
porque al héroe más grande preocupa
andar con un espíritu a la grupa;
y aunque el suyo a leer no da ninguno,
el pensamiento de los cuatro es uno.
Y he aquí de cada cual el pensamiento:
si es alucinación, sólo es un cuento;
mas si es aparición, es caso grave
el que espera Fermín en su aposento
y del que ellos están con ojo atento,
no muy tranquilos, por coger la clave:
y más que una imprevista pesadumbre
causa afán una larga incertidumbre.
El juego marcha, pues, muy distraído;
las copas no se apuran muy aprisa,
la plática no va muy de corrido,
y en carcajada sin parar la risa,
el movimiento es poco y poco el ruido.
Don Luis de cuando en cuando se chan-
[cea,
don Juan alguna vez duda y medita,
don Blas alguna vez falla y trampea,
don Diego el ojo del reloj no quita;
mas nadie hace el audaz, nadie alardea
con lo que a todos en secreto agita;
aunque esta agitación, tal como sea,
cada momento más se debilita:
porque si por la casa se pasea
de noche algún fantasma que la habita,
esta noche, que verle hay quien desea,
ni una mosca en la casa se menea.
Algo, empero, en la atmósfera vagaba,
que alimentaba la inquietud oculta
que esquivo cada cual disimulaba:
algo que al pensamiento pone traba,
que su vuelo limita y dificulta
fijo en algo con faz de sombra inulta,
en ese algo que, si es, de ser no acaba.
. . . . . .
. . . . . .
De Fermín en el cuarto en tal instante
se percibió rumor de movimiento:
miran: se va a acostar; quita su asiento
y la mesa en que ha escrito de delante
del espejo; en su sitio la coloca
sin nada, al parecer, que le impresione,
y a meterse en la cama se dispone.
Aquí cauto el doctor junto a la boca
la mano en hueco para hablar se pone,
y dice en baja voz: «¿Veis cómo es obra
de su imaginación? Sólo a la idea
de que estamos velándole, recobra
la razón que hace ya que no la vea.
Dejémosle... ¡Silencio! Si se duerme
sin volverla a ver hoy... ¡fuera mañana
de Vidiago con él! y queda inerme
y sin poder sobre él su aprensión vana.
No nos movamos, pues; ruido no haga-
[mos
y dejémosle en paz que coja el sueño;
si duerme... aunque nosotros no durma-
[mos,
de sí mañana que despierte dueño.»
Dijo el doctor, sentóse; y persuadidos
de que tiene razón, con más sosiego
volvieron, siempre atentos los oídos,
las copas a llenar y a empezar juego.
Mas la baraja apenas en la mano
tomó el doctor y del licor don Diego
un frasco, cuando un eco sobrehumano

un ¡ay! de sentidísimo quejido,
un hondo y extrañísimo lamento
de un murmurio melódico seguido,
se exhaló de Fermín del aposento:
y detrás de aquel ¡ay! que desgarraba,
el *cantar del romero* susurraba.

Los ojos dirigir desencajados
casi no osaban al resquicio abierto
para ver... y al mirar, paralizados
los cuatro se quedaron... ¡Era cierto!
Leve, cual si la tierra no tocara,
iba a través del aposento, y dando
la espalda a ellos y a Fermín la cara,
Mariposa a Fermín acorralando.
Era su aparición, visible, clara,
o era ella misma su canción cantando;
era la aparición de la leyenda,
que volvía insepulta por su prenda.

Ella su relicario le ofrecía
y a do él lleva su cruz tendía el dedo,
y trémulo Fermín retrocedía
ante aquella visión frío de miedo:
y ya cerca del pecho la sentía,
cuando oyó al cura, aunque lo dijo quedo,
«¡da y toma!», a cuyo aviso, temerario
dió y tomó por la cruz el relicario.

Al cambio... recobró por la pérdida
nueva vitalidad su carne humana:
la insepulta mujer volvió a la vida
y a su ser la amantísima aldeana:
tornó a su fresca juventud florida
y tornó a su hermosura soberana;
y haciéndolos de amor vivientes lazos,
al cuello de Fermín echó sus brazos.

Al contacto vital, móvil, latente
de su cuerpo, Fermín no pudo, esquivo,
permanecer, y con ardor vehemente
aquel cuerpo abrazó que sintió vivo.
«¡Vives!»—la preguntó casi demente
cambiando un beso, de los dos furtivo;
«No»—dijo la mujer: muerta te esperó;
«tú nuestras almas desligaste, y muero.»
Y perdiendo sus miembros la firmeza,
volviendo a gravitar sobre sí misma,
dobló hacia atrás su pálida cabeza;
de sus ojos un iris, cual de un prisma,
brotó irizando la sombría pieza
do nació y muere: y él, a quien abisma
en la locura lo que ve, soltóla
y a sus pies la dejó tendida y sola.

Como en poder de voluntad ajena
que a su influjo las suyas encadena,
presenciaron los cuatro haciendo asom-
[bros,
sin comprenderla bien, aquella escena;
hasta que al ver que suelta de los hombros
de él Mariposa ante sus pies caía
y él mal en la pared se mantenía,
venciendo su estupor, a él acudieron;
y antes de que Fermín en tierra diera
sin sentido, en los brazos le cogieron.

—¡Pronto, dijo el doctor, con él afuera!
Que no la vea más: que en esta casa
no vuelva en sí otra vez: en la litera
metámosle, y a Andrín: que lo que pasa
aquí no sepa nunca: así le haremos
creer que todo ha sido una quimera.
—¿Y ella?, preguntó el cura. —Volvere-
[mos,
dijo el doctor, pulsando a Mariposa;
y al percibir, absorto, sus extremos
rígidos ya y helados, y su eterna
y pronta rigidez cadaverosa,
se preguntó a sí mismo: «¿Cómo y dónde
pudo ser que hasta ahora se escondiera?»

Dijo el cura: —Un misterio es lo que
[esconde
esa carne mortal seca y terrosa.
Mas el doctor, alzándose, responde:
—No perdamos el tiempo y divaguemos:
con ésta no tenemos otra cosa
que hacer más que enterrarla: despache-
[mos,
y de él, que puede enloquecer, cuidemos.

A Fermín de la cámara sacaron,
la echó la llave el médico por fuera

y al cura se la dió. Se apresuraron
a meter a Fermín en la litera
y a la casa de Andrín se lo llevaron;
sin que nadie del trance que pasaron
en Vidiago ni Andrín se apercibiera.
Era ya media noche: no lucía
ni una estrella; con nadie tropezaron;
todo en tinieblas y en quietud yacía.

VII

CONCLUSIÓN

Iba ya a amanecer: imperceptible
casi, un albor que aun no era luz, del
[monte
delineaba el perfil casi invisible
todavía en el cóncavo horizonte,
por encima del cual iba a la hora
a despuntar el sol tras de la aurora.

Nada aún en Vidiago se movía,
ni había aún abierta una ventana;
ni un pájaro en el nido todavía
el polvo de sus plumas sacudía
ensayando el cantar de la mañana:
porque sin luz de sol, no hay en no-
[viembre
ave que cante ni gañán que siembre.

A través de la sombra, que no era
ya negra, sino gris, mas que confusa
no deja bien la forma verdadera
de los objetos distinguir, acusa
de su paso el rumor marcha de gente,
que avanza por la oscura carretera
viniendo hacia el lugar rápidamente.

Son tres, andan aprisa y hablan poco;
pero algo alguna vez se les atrapa
de lo que dicen: uno que en la capa
se emboza mucho cual si hiciera el coco,
decía: «y hoy nació si de esta escapa,
que temo aún que se nos vuelva loco»;
y dijo otro: «si hoy mismo para Vigo
se va, que Dios le salvará presumo»;
y el primero: «eso dije, y ¡fueral, digo»;
y el tercero exclamó: «si, la del humo»;
y en el lugar entrando, desde luego
echaron hacia casa de don Diego:
y en tal plática, y tres, y allí..., es bien
[llano,
son el cura, el doctor y el escribano.

La casa de don Diego quedó abierta,
y con la prisa natural y empeño
de los criados en servir al dueño
en aquella ocasión, de ellos desierta:
nada más las mujeres, lo que pasa
sin comprender, quedaron en la casa.

Con que, en ella al entrar, del edificio
los bajos y exterior, cuadra, cochera,
cuanto en las dependencias del servicio
por acudir la gente a la litera
descuidado quedó, los tres cuidaron
de volver a ordenarlo de tal modo,
que no quedara rastro ni resquicio
del cómo y del por qué la abandonaron
horas antes; y al orden vuelto todo,
la escasa y femenina servidumbre
que apareció, sintiéndolos, mandaron
a emprender las faenas de costumbre;
y mientras esto a los tres entretenía,
alboreó, saltó el sol y fué de día.

Entonces en silencio la escalera
subieron todos tres; y claro era
que lo que a aquella casa a hacer tornaban
ya acordado traían, de manera
que en lo que iban a hacer no vacilaban.
Pero al subir, en su aire y movimientos,
tardos éstos y aquél algo abatido,
se leían sus tristes pensamientos,
recelos y tal vez presentimientos
por lo en aquella casa sucedido.

Y a fe que tras la escena imaginaria,
fatídica, letal, maravillosa
como acción de leyenda visionaria:
de aquella vuelta real y misteriosa
y aquel rápido fin de Mariposa,
visión primero torva y funeraria,
mujer viva y después fresca y hermosa,
no era, en verdad, apetecible cosa
el volver a la estancia solitaria
do su cadáver sin guardián reposa:
mas del cura, el doctor y el escribano
era la obligación, aunque enojosa,
la ley de oficio y el deber cristiano.

Creyente el cura, el médico curioso,
y un tanto el escribano receloso,
de la puerta al lindal del aposento
en que estuvo Fermín, con gesto grave
llegaron; y el doctor tras un momento
de espera al capellán pidió la llave.

Mientras en su ancho bolso la buscaba,
dijo don Blas: —Pues cosa un poco fuerte
va a ser. —¿El qué? —Legalizar su [muerte,
de cierto sin saber dónde moraba.

El doctor, que es sabido que picaba
de algo materialista y positivo,
le respondió: —¡Bah, bah!, lo que de [cierto
hay que saber para enterrar a un muerto,
es que dejó de veras de estar vivo:
y ésta yo la pulsé, y de que dió fondo
en la mar de la vida, yo respondo.
Y de manos tomándola del cura,
vuelta a lla lave dió en la cerradura.

Entraron: mas cerradas todavía
las maderas, la pieza estaba oscura;
el doctor del balcón la colgadura
corrió, le abrió y entró la luz del día,
y con ella en sus almas la pavura:
porque, muerto ni vivo, allí no había
nadie: estaba la cámara vacía,
y en lugar del cadáver solitario
que dejaron allí... su relicario.

¿Era verdad la tradición? ¡Quién sabe!
Eso dice el recuerdo legendario,
y de Dios en los juicios todo cabe.

Vidiago, 20 de noviembre de 1882.

GNOMOS Y MUJERES

Si yo no viviera hace ya tiempo convencido del que el mío ha pasado, si quedara en mí un átomo de vanidad por ser autor de mis versos, el éxito de los de *Granada mía*, me habría hecho colg[illegible]nta y cinco duros con que adquirir una choza para los huérfanos de Granada. Pero yo soy un cristiano humilde y un castellano tenaz, que no se rinde mientras le quede un soplo de aliento que le mantenga de pie, para morir probando su gratitud a quien le favorece y le ampara, aunque no sea más que con un recuerdo cariñoso.

La Alhambra, periódico de Granada, abogaba en uno de sus números por mí, proponiendo que el municipio granadino me acordase no sé qué merced, que según aquel periódico me era debida. No, Granada no debe nada al que no ha sabido ni podido llevar a cabo su poema; pero la redacción de *La Alhambra* me recordaba lo que yo a Granada debo, y me he creído en el deber de probar, por última vez, si en las cuerdas de mi lira, ya convertida en viejo rabel, quedan aún algunas últimas notas, que lleven el último canto del moribundo Fénix a las ruinas del nido en que nacieron plumas a las alas del genio de su poesía juvenil. Desde allí intentó y debió elevar y cerner su vuelo por la brillante atmósfera de la gloria patria, y llevar su nombre con el de Granada por doquier que en la tierra se hablara o se leyera la lengua de Castilla; pero sus alas eran de cera, como las de Ícaro, y al querer remontarse a la caliente región donde sólo vuelan los genios, sus alas se derritieron; y hoy espera su última hora en un rincón de la vieja corte de Don Pedro Ansúrez y de doña María de Molina, sin derecho ya ni esperanza de decir a Granada:

dame a tu voz, ¡oh flor de mis amores!,
sepultura al morir entre tus flores.

Este mi *Poema de los Granadinos de la Alhambra* tiene poco más o menos el mismo escaso valor que *Granada mía*, y supongo que alcanzará sobre poco más o menos el mismo éxito; pero con mi autógrafo, que pienso ofrecer al Municipio de Granada, probaré que mi memoria es tan larga como mi vida, y tal vez puedo asegurar que mi gratitud tendrá pruebas hasta después de mi muerte.

CNOMOS Y MUJERES

GNOMOS Y MUJERES [6]

Si yo no viviera hace ya tiempo convencido del que el mío ha pasado, si quedara en mí un átomo de vanidad por ser autor de mis versos, el éxito de los de *Granada mía*, me habría hecho colgar la pluma, que ya no puede producir treinta y cinco duros con que adquirir una choza para los huérfanos de Granada. Pero yo soy un cristiano humilde y un castellano tenaz, que no se rinde mientras le quede un soplo de aliento que le mantenga de pie, para morir probando su gratitud a quien le favorece y le ampara, aunque no sea más que con un recuerdo cariñoso.

La Alhambra, periódico de Granada, abogaba en uno de sus números por mí, proponiendo que el municipio granadino me acordase no sé qué merced, que según aquel periódico me era debida. No, Granada no debe nada al que no ha sabido ni podido llevar a cabo su poema: pero la redacción de *La Alhambra* me recordaba lo que yo a Granada debo, y me he creído en el deber de probar, por última vez, si en las cuerdas de mi lira, ya convertida en viejo rabel, quedan aún algunas últimas notas, que lleven el último canto del moribundo Fénix a las ruinas del nido en que nacieron plumas a las alas del genio de su poesía juvenil. Desde allí intentó y debió elevar y cerner su vuelo por la brillante atmósfera de la gloria patria, y llevar su nombre con el de Granada por doquier que en la tierra se hablara o se leyera la lengua de Castilla; pero sus alas eran de cera, como las de Ícaro, y al querer remontarse a la caliente región donde sólo vuelan los genios, sus alas se derritieron; y hoy espera su última hora en un rincón de la vieja corte de Don Pedro Ansúrez y de doña María de Molina, sin derecho ya ni esperanza de decir a Granada:

dame a tu vez, ¡oh flor de mis amores!,
sepultura al morir entre tus flores.

Este mi *Poema de los Gnomos de la Alhambra* tiene poco más o menos el mismo escaso valor que *Granada mía*, y supongo que alcanzará sobre poco más o menos el mismo éxito; pero con mi autógrafo, que pienso ofrecer al Municipio de Granada, probaré que mi memoria es tan larga como mi vida, y tal vez puedo asegurar que mi gratitud tendrá pruebas hasta después de mi muerte.

De lo que hoy en este librejo digo no hará caso nadie probablemente; porque así se dicen todas las verdades en nuestra tierra, para que nadie las tome en cuenta más que para criticarlas, tergiversarlas e inutilizarlas: si un ingenio, tan hábil como mal intencionado, no se encarga de interpretarlas de modo que se conviertan en befa o calumnia de quien las dijo.

Es cuestión de carácter y de clima: los pueblos meridionales hablamos, pero no escuchamos: soñamos, pero no meditamos: no hacemos nada, pero criticamos a los que hacen algo y pasamos la vida haciendo tiempo para morirnos; ocupándonos de impedir que vivan tranquilos los que trabajan para vivir de su incesante trabajo, procurando con él mejorar y perfeccionar la vida de los que huelgan, ocupándola sólo en hablar de los demás.

Así vivimos, así somos y así seremos: los locos y los chiflados ideando cosas más o menos grandes, más o menos útiles, más o menos bellas y divertidas; cuya realización impiden y desvirtúan los tontos; que viven para eso y que acaso por eso se engrandecen y se enriquecen a costa de lo que idean los locos y los chiflados: a los cuales con razón critican, desprecian y calumnian los tontos, a quienes suelen servir los ideales y elucubraciones de los locos y los chiflados, quienes tal vez por perderse en los altos espacios de la inteligencia, están tanto más cerca del Criador, cuanto más se alejan de las criaturas.

Los Gnomos de la Alhambra debían ser el apéndice de mi mal empezado y no concluído *Poema de Granada*, cuya incompleta obra es la prueba palpable de la deficiencia de mi ingenio en mi juventud y de su impotencia en mi vejez; son el último eslabón de una cadena, cuyos anillos centrales no he podido forjar: son la mitad del broche de oro de un collar que debió ser de perlas: son los pies correspondientes a la cabeza de una estatua que no tiene cuerpo: son el delirio de una realidad no realizada y ya acaso irrealizable. ¿Quién sabe? Dios que prolonga tan largo tiempo mi vitalidad como si me hubiera hecho encontrar la fórmula del elixir de la vida: y Dios, que conserva mi vejez en el espiritual idealismo inconsciente de mi fogosa inspiración juvenil...

¡Quién sabe!

Entretanto, y por si mis anhelos no logran pasar de intentos estériles en este librejo, Granada mía, te envío los últimos suspiros de mi corazón, que aún late por tus amores; y su volumen va completo con el recuerdo de todas las mujeres que le han dado aliento y esperanza, hasta que mis sesenta y ocho años me obligan a despedirme de ti y de ellas; que habéis sido los dos manantiales en que mi poesía ha refrescado su sed y ha bañado sus alas, mientras ha sentido en ellas aseguradas sus plumas.

José Zorrilla.

PRIMERA PARTE

LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

(POEMA FANTÁSTICO)

Al Excmo. Ayuntamiento y Diputación Provincial de la muy noble, muy leal, heroica y celebérrima ciudad de Granada, dedica esta ofrenda de gratitud el poeta entusiasta enamorado de ella,

JOSÉ ZORRILLA.

Julio de 1886.

CANTO PRIMERO

I

En el nombre de Dios Omnipotente
y Misericordioso: ésta es la historia
del alcázar sin par, entre la gente
moslemí de tristísima memoria,
y recuerdo ya casi indiferente
para el Rumí, aunque cifra de su gloria;
su pasado valor la había rendido,
y su ignorancia posterior la ha hundido.

II

Gloria a Dios que es de todo el Soberano,
que todo lo germina, lo sostiene,
lo equilibra o lo deja de su mano,
a su infalible ley según conviene:
mas, ¿por qué ciego derribó el cristiano
la Alhambra, de la cual lo que hoy se [tiene
da testimonio tal de su fe y gloria,
pero con tal borrón mancha su historia?

III

Lo feroz del derecho de conquista
y del brutal guerrero la fiereza,
a quien la vanidad quita la vista
del ojo, y la razón de la cabeza,
por probar que nada hay que les resista
quitan a sus victorias su grandeza;
y cuando en ellas Dios les da un tesoro,
gozan polvo en hacer las parvas de oro.

IV

¡Oh humanidad desatentada y loca
que tu divino origen envileces,
el discurrir creyendo que te apoca
y que feroz luchando te engrandeces:
que piensas que es la tierra una bicoca,
siendo mina que ciegan tus sandeces,

tejiéndote de errores los más burdos
un estúpido código de absurdos!

V

¡Germen de la verdad amarga y dura,
espíritu gentil de la mentira,
antorcha de la historia viva y pura,
luz del genio del bardo que delira,
alumbrad mi poética locura
vuestro fuego juntando en una pira,
y de acíbar y miel colmadme un vaso
que dé a España a beber mi ingenio es-
[caso.

VI

Un buen día, de Arjona en el camino
un príncipe de estirpe Nazarita
encontró el pueblo moro granadino;
llevóle a orar a Dios en la mezquita
y puso allí en sus manos su destino.
Aceptó el piadoso moslemita,
empuñó el cetro, se sentó en el trono,
y ahogó de los partidos el encono.

VII

Amigo de la paz, cortó las guerras
y treguas asentó con el cristiano,
mirando por sus pueblos y sus tierras,
sin oro aquéllas ya y éstas sin grano:
tornó el moro a labrar llanos y sierras,
tornó el oro a correr de mano en mano,
y tornó a ser feliz y respetada,
bajo el dominio de Alhamar, Granada.

VIII

Del saber al impulso y la prudencia
de rey tan perspicaz y expeditivo,
se tornó la escasez en opulencia
y el espíritu muerto en genio vivo.
Cobró el pueblo muslim nueva existencia
de acción vital y de comercio activo,
y para el moro comenzó una era
de paz estable por la vez primera.

IX

Tranquilo en su interior, lleno su erario
y de agresión externa bien seguro,
pensó el rey Alhamar en lo precario
del favor popular; y lo futuro
preveyendo en un pueblo tan voltario,
pensó entre el Rey y el pueblo alzar un
[muro,
e imaginó de espléndida grandeza
levantar un palacio-fortaleza.

X

Entre Torres-Bermejas y un recodo
que hacía el lecho aurífero del Darro,
había un cerro, de montaña a modo,
tupido en zarzas y encinar chaparro:
las vasijas que usaba el pueblo todo
estaban hechas de su rojo barro;
y a aquellas torres por estar anejo
y por su tinte, se llamó bermejo.

XI

Por el alto lugar en que campaba
que el paso a la ciudad por allí cierra.
por frontero a la kádima alcazaba
que en caso de civil o extraña guerra
podría resistir a la más brava,
dominador del aire y de la tierra,
por cálculo sagaz, no por antojo,
se enseñoreó Alhamar del monte-rojo.

XII

Adelantó la torre de la Vela
y la asentó detrás la de Comares;

una como almenara y centinela
de la vega y de todos sus lugares;
otra como robusta ciudadela
cimentada en peñascos seculares:
y del monte a los pies tendió por vallas
un cinturón de torres y murallas.

XIII

Asegurada ya su fortaleza,
abrió en el monte resguardados silos,
y cuevas en sus rocas de una pieza,
y almacenes, depósitos y asilos;
y derramó con pródiga largueza
por una red de innumerables hilos,
las aguas de la sierra en un aljibe
que a través de mil fuentes las recibe.

XIV

Entonces comenzó la maravilla
de la Alhambra a crear, que de la tierra
fué brotando cual lirio sin mancilla
del virginal capullo que le encierra:
surgió entre los vergeles de la orilla
del Darro y los pinares de la sierra,
como sesteando entre la yerba asoma
su cabeza gentil una paloma.

XV

Su plan, obra del genio, cuya norma
tal vez por algún ángel le fué dada,
sin corrección, reparo, ni reforma,
fué concluída como fué empezada.
Rica en su construcción, bella en su forma,
salió como en un molde modelada;
salió como una novia bien prendida
a entregarse a su amor y a nueva vida.

XVI

Era un noble y artístico edificio,
fortaleza y alcázar, fabricado
todo desde el cimiento al frontispicio
bajo un plan a propósito trazado;
por el lado del río un precipicio
le guarda, a pico su peñón tajado;
y por los otros tres, foseado el cerro,
le guarda un cinto de agua, piedra y [hierro.

XVII

Arriba, al Mediodía, y de Comares
centro haciendo a la torre, en los confines
y al borde las peñas seculares,
labró el Rey Alhamar los camarines
y salas a los usos familiares
del harén y a los íntimos festines
de la vida de invierno destinadas,
para tal estación aparejadas.

XVIII

Los alarifes árabes que hicieron
aquella estancia por los planos reales,
para su noble fábrica eligieron
tal plan y tan selectos materiales,
tal atención en su labor pusieron,
trabazón y armonía tan cabales,
que quedó, al parecer, hecha con blondas,
más bien en firme y sobre bases hondas.

XIX

Ante la misma torre de Comares
Alhamar y ante aquellos camarines,
una mezquita alzó con alminares:
y ensolado con losas y adoquines
abrió un patio central, cuyos pilares
y arcos que entoldan mirtos y jazmines,
formaban fresca verde y doble cerca
a las dormidas aguas de una alberca.

XX

Dios cortó de Alhamar el Nazarita
la vida aquí: mas al partir del mundo
su alma, Dios amparó su obra bendita.

Tomóla a pechos Muhammad segundo,
y Abúl-Agiah, tras él, con exquisita
atención a aquel plano tan fecundo
en prodigios, y abrieron los salones
del patio y surtidor de los leones.

XXI

Y resultó la Alhambra de Granada
un alcázar de nácar, cedro y oro,
mansión cual para Emires destinada,
muestra incopiable del saber del moro:
mansión que, para reyes fabricada
por reyes, costó cara al real tesoro;
pero el alcázar fué más soberano
que habitó nunca rey, moro o cristiano.

XXII

Cuando brotó la Alhambra, concluída
toda su labor kúfica que cuaja
de oro y nácar su fábrica, y bruñida
a buril y a cincel como una alhaja
de valor impagable, contenida
de marfil o de sándalo en su caja,
por un jirón del aire hecho en el velo
para mirarla Dios se asomó al cielo.

XXIII

Los ángeles tras Él con los profetas
y las huríes a verla se asomaron:
y al admirar sus cámaras completas
ya de ajuar, habitarlas desearon:
pero mantuvo Dios sus alas quietas
y su anhelo a acotar se resignaron:
Dios permitió no más que las huríes
bajaran a estrenar sus alhamíes.

XXIV

Desde entonces la sílfide, la ondina,
la náyade, la ninfa, el silfo, el hada,
toda la población semi-divina
en los cuatro elementos encerrada,
pidió a Dios en la Alhambra granadina
que la otorgase habitación o entrada:
mas dijo Dios, que de cuanto es dispone:
«Entraréis cuando el hombre la abandone.»

CANTO SEGUNDO

XXV

Y corrieron los días y los meses
y los años, y al fin de una centuria
bosque hicieron los álamos y almeses
del Darro y del Genil; mas la penuria
nunca en la Alhambra entró, ni los reveses
de la guerra la hollaron en su furia;
siempre ricas de frutos y de mieses
y ganados su vega y serranía,
vivió entre oro y amor y poesía.

XXVI

Su fortaleza real dominadora
dió siempre al rey impenetrable asilo
contra la audacia de la plebe mora,
pueblo haragán, versátil e intranquilo:
de Alhamar la prudencia previsora
mantuvo entero de su raza el hilo;
jamás forzó la rebelión más brava
de su Alhambra la virgen alcazaba.

XXVII

Palacio al mismo tiempo y fortaleza,
real servidumbre y guarnición tenía:
el fuerte avitallado con largueza;
y de oro, del que nunca hay demasía,
bien provisto el palacio: la grandeza
del castillo un ejército admitía:
y así desde Alhamar avasallada,
de la Alhambra a los pies se echó Gra-
[nada.

XXVIII

Fué la Alhambra un edén en miniatura,
una gloria entre flores escondida,
un manantial de amor y de ventura,
un templo de la paz jamás perdida,
un oásis de sombra y de frescura
para quien dentro de él pasó la vida;
nunca turbó los ecos de la Alhambra
más que el son del festín y de la zambra.

XXIX

Mas todo lo en que el hombre pone [mano
cambia, merma, vacila o cae un día:
alguna vez audaz el castellano
llegó a entrar por su vega en correría:
después todo un ejército cristiano
acampó con insólita osadía
sobre Elveira, y la Alhambra sus bande- [ras
contar pudo a la luz de sus hogueras.

XXX

Más tarde en la ciudad se levantaron
contiendas, banderías y motines,
que al fin en rebeliones acabaron:
y al son del añafil y los clarines
las calles de Granada ensangrentaron
por causas malas y peores fines;
la Alhambra desde lo alto lo veía
y para un nuevo rey sólo se abría.

XXXI

Entonces, no cual virgen no tocada
ni con noble altivez de gran señora
mantuvo su cabeza levantada;
sino que fué servil y encubridora
del feliz vencedor, y a él entregada
sin fe o por miedo, cuando no traidora:
y fué en vez de un edén de poesía
alquilado salón para una orgía.

XXXII

Más tarde a un viejo rey cegó una in- [sana
pasión tardía; y como a bestia ciega,
le embozaló el amor de una cristiana,
que a su vez de su Dios por él reniega.
La primera la kádima sultana,
cuyo valor al heroísmo llega,
de la Alhambra real partió el espacio,
partiendo la familia y el palacio.

XXXIII

Arrebató al rey padre el heredero
único de los dos y de ambos hijo,
y echólo salvo en el país frontero;
y cuando el padre, «dámele», la dijo,
ella tranquila respondió: —No quiero
que le cojas: se fué; pero de fijo
volverá. —¿Dónde está? —Tras la fron- [tera,
que volverá a pasar con su bandera.

XXXIV

El rey no se atrevió con la sultana:
y Aixa la varonil, de miedo ajena,
incapaz de ceder a fuerza humana
en derecho legal y en causa buena,
cebando todo su odio de africana
en la mujer intrusa nazarena,
fué la primer figura, la gran dama
que a la escena salió de aquel gran drama.

XXXV

Volvió a pasar el fugitivo mozo
por Castilla amparado, la frontera,

contra su viejo padre sin rebozo
ya tremolando como rey bandera.
La madre le acogió con alborozo
una noche en la Alhambra, y dejó fuera
al viejo rey, que sin tambor ni ruido
a empresa de alta prez había salido.

XXXVI

Entonces estallaron las primeras
de las últimas luchas y agonías,
red tejida de hazañas verdaderas
de odio y amor, de fe y apostasías:
lucha vil de serpientes y panteras,
de héroes con apóstatas y espías:
lid por fuera de hercúleo trabajo,
de odio civil por dentro y por debajo.

XXXVII

No pudo el viejo rey con la sultana;
y los hijos de Agar, como dementes,
para una infanda lid, con furia insana,
armáronse de hierro hasta los dientes;
dividiendo a la raza musulmana
en más bandos que tribus, imprudentes
quisieron de cristianos ayudarse,
y ellos les ayudaron a matarse.

CANTO TERCERO

I

Dejadme aquí un instante que reposan-
[do aliente
las brisas que refrescan la Alhambra de
[Alhamar:
dejad, antes que el ímpetu del huracán
[reviente,
que a sombra de sus árboles en mi vejez
[me siente,
atrás una mirada retrospectiva a echar.

II

Dejadme que suspire, que gima y me
[lamente;
que sueñe y que delire, ya próximo a mo-
[rir;
dejadme, en fin, que expire sumiso al fatal
[hado,
conmigo consecuente, cantando lo pasado,
llorando lo presente, temiendo el porvenir.

III

¡Surgid en mi memoria, recuerdos es-
[parcidos,
perdidas hojas secas, por tierra, viento y
[mar:
de mí exhalados átomos, volved a mí
[reunidos:
por mí dispersos pájaros, volved a vuestros
[nidos:
hijuelos míos pródigos, volved a vuestro
[hogar!

IV

Quitad por un momento, borrad de ante
[mi vista
de cuanto el alba alumbra lo que mis ojos
[ven:
llevadme cuatro siglos atrás..., a la con-
[quista
que el poderío alárabe rompió como una
[arista,
que el huracán hace átomos en su voraz
[vaivén.

V

Llevadme a las regiones tan vagas como
[bellas,
en las que Dios al genio da espléndida
[mansión

en kioskos luminosos, labrados con estre-
[llas;
do de las tempestades no alcanzan las
[centellas,
do el sol no llega, y soles de Dios los ojos
[son.

VI

Llevadme en vuestros brazos, ¡oh brisas
[de la aurora!,
llevadme a aquellas cumbres que dan sobre
[la mar:
allí donde fermenta la tempestad sonora,
donde el capullo fresco bajo la nieve mora,
donde el peñón coronan el mirto y el
[azahar.

VII

Llevadme do a la sombra de las silves-
[tres parras,
y al borde de las fuentes del Darro y del
[Genil,
que saltan entre picos de jaspes y pizarras,
se ven las escondidas fragosas Alpujarras,
baluarte postrimero del pueblo de Boabdil.

VIII

Llevadme a las montañas donde se bebe
[pura
el aura que el espacio tapiza con su azul:
allí donde los cielos se abarcan en su an-
[chura,
allí donde se alcanzan en la feraz llanura
a Málaga y Marbella por cima del Padul.

IX

Llevadme a la más alta de sus enhiestas
[lomas,
donde las dos ciudades muslímicas se ven,
joyeros do incorruptos se guardan los aro-
[mas,
tazones de alabastro do abrevan las pa-
[lomas,
jarrones que conservan los lirios del edén.

X

Llevadme: y al murmullo de las lejanas
[olas,
a los primeros rayos del matutino albor,
la frente coronada con las primeras violas,
hincado sobre el césped cubierto de ama-
[polas,
recordaré sus fastos de gloria y de dolor.

XI

Y a par también vosotras, poéticas fic-
[ciones,
encantadoras hijas del numen oriental,
sutiles, vaporosas, risueñas creaciones
que habéis abandonado las Líbicas regio-
[nes,
trayendo a estas montañas la casa pater-
[nal;

XII

vosotras, magas bellas, que en grutas de
[cristales
debajo de los lagos tenéis vuestra mansión,
alcázares morando de nácar y corales,
cubiertos con alfombras más finas que los
[chales
que os teje cachemira, que os rinde ado-
[ración;

XIII

vosotros, raudos silfos, que en el peñasco
[umbrío,
bajo las frescas hojas del tulipán dormís,

bañándoos en las gotas del trémulo rocío,
suspensas en el césped, de cuyo centro frío
las nuevas mariposas a perseguís salís;

XIV

vosotros, gratos ecos, que en la caverna
[oscura
las voces descarriadas gozáis en remedar
del pájaro salvaje que silba en la espesura,
del agua que en las grietas del peñascal
[murmura,
del aire que susurra las ramas al cruzar;

XV

vosotras, creaciones del genio de Maho-
[ma,
hurís encantadoras del musulmán edén,
más bellas y agradables que el cisne y la
[paloma,
más gratas y ligeras que el humo del
[aroma,
más puras que las aguas del pozo de
[Zemzem;

XVI

vosotras, cuyo aliento el aire aromaría,
cuya saliva hiciera dulcísima la mar,
cuya mirada ardiente la noche alumbraría;
cuya sonrisa amante vertiera la alegría
en la morada triste del eternal pesar;

XVII

el terrenal encanto que en vuestro ser
[respira,
la poesía humana que atesoráis en él
prestadme; no enojadas abandonéis mi lira
cuando a la Cruz ensalza, porque a la par
[suspira
por las vencidas tribus del pueblo de Is-
[mael.

XVIII

Vedid en torno mío a oír de vuestras
[penas
la deleitable historia si triste relación;
que os guarden en su cáliz los lirios y
[azucenas,
que lecho os den las lomas de madreselva
[llenas
y alivie vuestra cuita de mi cantar el son.

XIX

Y si es que por dedicha mi voz os entris-
[tece
o el resplandor os ciega de la triunfante
[Cruz,
cerrad los pabellones del cáliz que os gua-
[rece,
llorad en él a solas mientras en él os mece
la brisa que levanta la matutina luz:

XX

mas no turbéis mi canto y ahogad vues-
[tros gemidos;
no hagáis que de estas sierras os lance des-
[cortés
quien canta los tesoros por vuestro mal
[perdidos,
mas quien en la victoria respeta a los
[vencidos,
porque la causa noble de los vencidos es.

XXI

Callad, y oíd en calma por más que sea
[en duelo.
¡Silencio!, ya la aurora comienza a cla-
[rear:
la tierra se colora, se tornasola el cielo,
y en vasto panorama su pintoresco suelo
Granada tiende fértil desde la sierra al mar.

XXII

Granada, cuyo cielo sostiene el paraíso
sobre arcos de zafíros y bóvedas de luz:
Damasco de la Europa, de cuyo fértil piso
un nuevo edén terreno naturaleza quiso
hacer, enamorada del ámbito andaluz.

XXIII

Preciosa perla orlada de rica pedrería,
de ceñidor la sirven sus poblaciones mil,
tesoros de riqueza, de amor y de alegría,
la saludable Alhama, la cómoda Almería,
y Córdoba la sabia y Vélez la gentil:

XXIV

Y sobre todas Málaga, vergel de la her-
[mosura,
sultana de las aguas, alcázar del amor;
estrella suspendida sobre la mar oscura,
que alumbra en las tormentas y salvación
[augura
al náufrago que lucha del mar con el furor.

XXV

¡Granada!... Aláh te ha hecho la reina
[de las flores:
tu sierra es blanca tienda que pabellón te
[da:
un lecho tu recinto do duermen los amores,
tu vega un chal morisco bordado de colo-
[res,
tus torres son palmeras en que prendido
[está.

XXVI

Trasunto de los ricos y fértiles paisajes
do gozarán los justos interminable abril,
tus claros horizontes de límpidos celajes,
tus árabes palacios labrados con encajes,
tus cármenes regados por fuentes de marfil.

XXVII

Mas ¿cúyas son las tiendas que alfom-
[bran tu llanura?,
¿quién alza de ti enfrente su osado pabe-
[llón?,
¿quién tala de tu vega la pródiga verdura?,
¿qué signos son aquéllos que brillan en la
[altura?
¡Las Cruces! ¡Dios bendito, los castellanos
[son!

XXVIII

¡Son ellos!..., han plantado su campo en
[un momento
del cerro de la estéril Isíberis al pie!
¡Son ellos!..., y en el centro de su ancho
[campamento,
se elevan dos pendones a la merced del
[viento...
¡Dios sea con los reyes que lidian por la fé!

XXIX

¡Dios sea con Castilla! De su guerrera
[trompa
los ecos estremecen a la árabe Babel:
sus huestes, impacientes porque la lid se
[rompa,
ante sus reyes vienen con altanera pom-
[pa...,
¡Salud, grave Fernando! ¡Salud, noble Isa-
[bel!

XXX

¡Salud, jefes ilustres, leales caballeros,
cuyos arneses brillan con misteriosa luz,
porque debajo de ellos, creyentes verda-
[deros,

alientan corazones que exhalarán enteros el último suspiro lidiando por la Cruz.

XXXI

¡Dios sea con vosotros los que, en la fe [constantes,
para asediar el templo del ídolo gentil,
cruzando las montañas cuajadas de tur- [bantes,
cubriendo sus senderos de hermanos expi- [rantes
llegáis a la ancha vega del límpido Genil!

XXXII

Llegáis..., pero llegando, ¿qué dejan a [su espalda
vuestros bizarros tercios del árabe en po- [der?
¿Quién guarda las mil torres que asientan [en la falda
de las quebradas sierras, que alfombra de [esmeralda
el césped que entre nieves aprende a flo- [recer?

XXXIII

Los rojos estandartes de vuestro rey [ahora
coronan las murallas de Ronda y Setenil,
los blancos alminares de Málaga y Alora,
los ojos de Granada, que son Moclín e [Illora,
las peñas encarpadas de Loja y de Cambil.

XXXIV

Las playas de Marbella donde se acues- [ta el día,
los cerros de Bentómiz, los valles de Lecrín,
las fértiles campiñas de Baza y Almería,
las joyas más preciadas que el moro poseía,
están de los cristianos en el poder al fin.

XXXV

¡Ay de vosotros, hijos del África abra- [sada,
los que seguís el sino fatal de Abú-Abdil!
¡Ay de vosotras, hijas de la gentil Granada,
las que os bañáis alegres en la agua aljo- [farada
que a vuestras puertas vierte morisco ca- [buchil!

XXXVI

¡Ay de vosotros todos los que miráis su [vega
cubierta con las tiendas del castellano rey,
y veis que vuestras mieses para sus tropas [siega,
y sus caballos pacen lo que vuestra agua [riega,
e incendia los lugares que habita vuestra [grey!

XXXVII

¿Qué hacéis a las almenas del muro gra- [nadino
inmobles y apiñados en popular tropel?
Yo veo el grupo blanco que forma el re- [molino
de gente, cuyo rostro corona el ancho lino
con que su frente toca la raza de Ismael.

XXXVIII

Os veo en el silencio del miedo que os [espanta
tras las almenas pálidos los rostros asomar,
y el corazón helado, sin voz en la garganta,
estúpidos mirando la Cruz que se levanta
encima de las tiendas del castellano adoar.

XXXIX

¡Aláh-u-akbar, cobardes! Lanzad del no-
[ble pecho
el miedo que abre al hombre sepulcro sin
[honor:
sacad a vuestros Xeques del perfumado
[lecho;
y, pues, tenéis, y bueno, también vuestro
[derecho,
salid a defenderle, y Aláh con el mejor!

XL

¡Aláh-u-akbar, cobardes! Montad vues-
[tros corceles:
bajad al campo, o gloria o túmulo a buscar;
y prueben vuestros botes, impávidos Go-
[meles,
Zenetes vengativos y Ben-Humeyas fieles,
que corre en vuestras venas la sangre de
[Aly-Athar.

XLI

¿Creéis que vuestros padres la mar atra-
[vesaron,
ganaron palmo a palmo la tierra en que
[vivís,
y en medio de pensiles vuestra ciudad fun-
[daron,
la hincharon de tesoros, de torres la cer-
[caron
para llorar su infame cautividad? ¡Mentís!

XLII

A precio de su sangre sus tahas se adqui-
[rieron:
con sus tesoros se hizo tan delicioso edén:
y, pues, su vida y oro por dárosle perdie-
[ron,
honrad cual buenos hijos a los que el ser
[os dieron,
y pelead como ellos o sucumbid también.

XLIII

¡Así! ¡Que Aláh os asista! Las trompas y
[añafiles
atruenan ya el recinto de la ciudad vergel;
ya acuden tus guerreros a defenderte a
[miles,
Granada: tú no has sido la cuna de hijos
[viles,
y los que dió tu suelo se enterrarán en él.

XLIV

¡Aláh-u-akbar! ¡Muslimes! He ahí los
[castellanos:
no os queda más baluarte que vuestra cor-
[te ya.
¡Al arma, granadinos, al arma! ¡Los cris-
[tianos!
¡Lidiad si no sois perros, cobardes y villa-
[nos!
¡Aláh-u-akbar!, ya en armas la población
[está.

XLV

Ya ciñen sus murallas ferrados capace-
[tes;
ya ondea en la alcazaba su sacro pabellón,
ya asoman por Bib-rambla los árabes jine-
[tes,
ya baja de la Alhambra Boabdil con sus
[zenetes.
¡Dios salva a los que mueren bajo su real
[pendón!

CANTO CUARTO

I

¡Inútil lid! La estirpe Nazarita
engendrada y nutrida en prez y en gloria,
sin duda estaba por Aláh maldita,
votada a ser escándalo en la historia

y a ser ejemplo de nación precita
y en España a dejar mala memoria:
porque ninguna en las historias llega
a tan mal fin con idiotez tan ciega.

II

Para uno solo en territorio estrecho,
levantaron tres reyes sus pendones:
Muley, henchido de rencor el pecho,
el Zagal con guerrillas por legiones,
Abu-Abdil de entrambos en acecho
con Aixa de la Alhambra a los balcones;
afanados los tres en darse traza
de acabar lo más pronto con su raza.

III

Cada empresa fué un yerro o un delito
de desaciertos o de infamias lleno:
Muley quiso matar al Rey-Chiquito
y su tío, el Zagal, darle un veneno;
él, asaltando de ambos el distrito,
les anuló cuanto intentaron bueno:
y ni fe, ni valor, ni ley, ni espada,
sin sangre o sin baldón quedó en Granada.

IV

Y de la Alhambra Dios quitó sus ojos:
y Alhamar se asomó a su sepultura
y que atajara a Aláh pidió de hinojos
del pueblo moro la fatal locura.
Calmar de Dios no pudo los enojos
y se volvió a enterrar con la amargura,
a su Alhambra al mirar, de ver en ella
lucir ya de Boabdil la aciaga estrella.

V

Lo que pasó después, ¿quién no lo sabe?
Boabdil echó por el peor camino,
y en la razón de Estado todo cabe.
Fernando, rey muy cauto y de gran tino,
le fué empujando a situación tan grave,
se sirvió tan sagaz de su mal sino,
que sin prez ni de rey ni de guerrero,
le hizo bajar al escalón postrero.

VI

Un día, al despuntar la matutina
luz, sin corona ya de soberano,
descendió de la Alhambra granadina
con sus doradas llaves en la mano.
Dióselas al doblar una colina
con vil resignación al rey cristiano,
y un rincón a buscar do el sol no radie,
fué sin loor ni compasión de nadie.

VII

¡Con razón le llamaron el Rey Chico
y Abú-Abdil-el-Zogoibí! El menguado
llevó su corazón, como acerico
de alfileres, de espinas traspasado;
mas debió el manto dar por un pellico
y su cetro de rey por un cayado,
si era incapaz de abrirse sepultura
primero que aceptar tal desventura.

VIII

¡Dios es grande! Él ensalza y Él humilla.
Cumplióse en Boabdil el vaticinio
de su sino fatal; y la mancilla
de la raza de Agar y el exterminio
(según iba a exigirles en Castilla
la unidad del católico dominio)
iban a comenzar, y nuevas leyes
en su Alhambra a dictar sus nuevos reyes.

IX

De su conquista posesión tomaron,
y en las estancias del alcázar moro

con gran ceremonial se aposentaron,
dando a su triunfo señoril decoro.
Cuando a solas su Alhambra inspeccionaron y vieron de primores tal tesoro,
convinieron en que era tal conquista
maravilla por ellos nunca vista.

X

Isabel, con su instinto femenino,
con su sagacidad *el rey su esposo*,
ella por gusto en artes peregrino,
de sus conquistas él por el reposo,
vieron que el regio alcázar granadino
como real fortaleza era un coloso,
para cuya estratégica defensa
necesitaban guarnición inmensa.

XI

Y no pudiendo establecer en ella
de Castilla la corte, era preciso
para guardar alhaja como aquella
que Dios poner entre sus manos quiso,
que una reina no más o una hurí bella
moraran en tan regio paraíso;
y de no ser un rey quien le habitara
fuese quien de prez regia blasonara.

XII

Y aquí por fallo del rencor divino
sin duda, y sus enojos enconando
Dios en él, comenzó, a lo que imagino,
sus huellas a seguir su sino infando:
sólo así en el alcázar granadino
se explica que tras él fueran hollando
su sombra fugitiva y su memoria
los que infamaron su blasón e historia.

XIII

Víctima fué Boabdil de su mal sino,
mas no vil y cruel por sed de mando:
cayó arrastrado por su ruin destino
en la red de la astucia de Fernando:
él le extravió por el peor camino
y a jornadas por él le fué arrastrando;
y su sino fatal por fatal modo
implacable con él se mostró en todo.

XIV

En su primer político concierto,
germen para él de duelos tan prolijos,
Muley pedía a su hijo *vivo o muerto;*
y él no hostigó a Zoraya ni a sus hijos,
y de Almuñécar les dejó en el puerto
con todo el infantazgo y feudos fijos
que su padre les dió, y en sus hermanos
ni en Zoraya jamás puso sus manos.

XV

La capitulación establecía
que la familia toda del vencido
su patrimonio real conservaría,
en un cambio de tahas convenido:
y por familia real se comprendía
las de los dos que reyes habían sido,
Muley y Abdil, conforme a sus orgánicos
códigos y a sus ritos alcoránicos.

XVI

Zoraya, pues, la que nació cristiana,
la que de Dios o el diablo con la ayuda
fué mujer de Muley y fué sultana,
era princesa de Muley por viuda.
Lucero se llamó de la mañana,
y con astro feliz nació sin duda,
pues la reina Isabel avivó en ella
de Isabel de Solís la fausta estrella.

XVII

Como a princesa real la dió la mano,
y a fuerza de cariño logró hacerla

volver al gremio del redil cristiano
y al ser y el nombre de Isabel volverla:
y como en un anillo soberano
una perdida y reengarzada perla,
fué en el alcázar moro de Granada
repuesta la dos veces renegada.

XVIII

En él el noble conde de Tendilla
la dió de infanta señorial decoro
y sombra la bandera de Castilla:
y en la Alhambra real ganada al moro,
libre de culpa y limpia de mancilla,
sin protesta de nadie y sin desdoro,
fué, de Boabdil tal vez la perdedora,
quien entró detrás de él como señora.

XIX

Después, cuando los síntomas primeros
de la morisca rebelión brotaron,
con sus hijos, del árabe herederos,
de Granada, prudentes, la alejaron.
Tras ella entró el magnánimo Cisneros;
mas con Cisneros en la Alhambra entraron
el odio y el pavor con la amenaza
de la expulsión de la vencida raza.

XX

Carlos Quinto tras él vino a Granada:
la Alhambra recorrió, maravillado,
de maravilla tanta aglomerada
en ella, y exclamó: «¡Rey bien menguado
»fué el rey a quien tocó de tal morada
»lanzado ser! ¡Si yo me hubiera hallado
»en su lugar, primero doy la vida
»que darla!»;—y él la derribó en seguida.

XXI

La mitad arruinó con su edificio
sin fin alguno y sin ningún provecho;
los muros construyó y el frontispicio,
y se marchó dejándolos sin techo,
sin explicar el plan de su artificio,
ni acordarse más de él... y a lo hecho,
[pecho.
Le costó mucho y le importó muy poco.
¡Calaverada real de aquel gran loco!

XXII

Más tarde, aquel que Edén fué de deli-
[cias
se tornó a convertir en fortaleza:
más tarde, en protectora de sevicias
indignas de la ibérica grandeza,
y de las mil argucias y malicias
que sin su población y su riqueza
a Granada dejaron, y desnuda
del lago y del desierto en la paz muda.

XXIII

Luego... algún que otro rey, Felipe
[Quinto,
por ejemplo, en la Alhambra de visita,
la zurció y remendó con mal instinto
para hacerla *más cómoda* y *bonita*:
después... quedó vacío su recinto,
aunque erecta en parroquia su mezquita:
y en una torre y casi sin subsidio,
quedó un gobernador con un presidio.

XXIV

Después..., abandonados sus salones,
presa del sol, de la humedad y el viento,
las aves, las arañas y ratones
los fueron a tomar por aposento:
matuteros, gitanos y ladrones
hicieron de ella, al fin, su campamento;
y como monstruo en ferias hoy se exhibe,
y de limosna y de milagro vive.

XXV

Hoy el amor al arte la conserva
y el tesón de un artista la sostiene,
librándola del polvo y de la hierba
por el buen ver de quien a verla viene.
La da algún día de penuria acerba
la exiguidad de la pensión que tiene:
de noche.... sólo ya la poesía
la puebla de recuerdos y armonía.

XXVI

Dicen los cabalistas, y se aferra
en creerlo tal vez gente muy grave,
que hay millones de seres bajo tierra
que elementales de ella son. ¡Quién sabe!
Dicen que bajo sí la Alhambra encierra
un pueblo de estos GNOMOS, que la llave
tienen de su recinto, que le cuidan
de noche y con el sol bajo él anidan.

XXVII

Yo por mí ni lo afirmo, ni lo niego,
ni sé si me lo han dicho o lo he soñado:
mas a creer me inclino, desde luego,
que un misterio en la Alhambra hay igno-
[rado;
porque doquier que el hombre apaga el
[fuego
de su hogar y le deja abandonado,
otro ser, de él amigo o enemigo,
en el lugar que deja busca abrigo.

XXVIII

En toda soledad, en toda ruina,
en todo silo, tras de todo escombro
hay algo indefinible que germina
en la imaginación un vago asombro;
y ese algo, que jamás se determina,
no se puede coger y echarse al hombro,
mas pesa en nuestro espíritu, no cede
a reflexión, y con nosotros puede.

XXIX

En todo lugar alto suena el viento
y algo que oscila o que tremola mueve:
en todo lugar hondo, agudo o lento
un eco que algo allí producir debe;
en toda ruina queda un elemento
de historia o tradición, aunque sea leve:
las de la Alhambra grandes son, ¿la clave
de ellas los GNOMOS no tendrán? ¡Quién
[sabe!

CANTO QUINTO

Alhambra, regio alcázar, gloria del moro,
florón el más preciado de su corona,
alminar de alabastro con rejas de oro,
de misterios de gloria y amor tesoro,
vergüenza de la gente que hoy te aban-
[dona,
mansión digna de reyes, hoy sin señores,
sultana sin esclavas ni servidores,
¿por qué se alejan
de ti los hombres? ¿Sola
por qué te dejan?

Porque la prez recuerdas de los vencidos.
Tal vez porque aún fermenta la hez del
[encono
contra tus fundadores mal conocidos,
vienen las golondrinas a hacer sus nidos
en el techo de tu áureo salón del trono;
hoy no saben tus hondas penas secretas
más que las golondrinas y los poetas:
muda e inerte
yaces bajo la dura
ley del más fuerte.

Mas hoy que nuestra raza parece loca,
que el mundial equilibrio parece roto,

que enterrándolo todo, todo se evoca,
que la tierra a los reyes parece poca
y que se baila encima del terremoto,
no ha de faltar, Alhambra, quien por ti
[abogue
sin que el ruido ni el miedo su voz ahogue.
Hoy resucita
el rawí que te adora,
mansión bendita.

Si los hombres te olvidan, Alhambra
[santa,
si ya no te creen digna mansión del hom-
[bre
y en tus salas, que un vago misterio en-
[canta,
el rumor de la vida no se levanta,
mil millones de genios sin faz ni nombre,
los mil millones de héroes de la leyenda,
con la fe y con la historia siempre en con-
[tienda,
de tu palacio
flotan, hierven y bullen
en el espacio.

Tras lo que pasa llega lo que atrás viene,
de lo que muere brota nueva existencia,
de verdad la mentira semilla tiene,
e inextinta la historia su luz mantiene;
la poesía de ella va en competencia,
y audaz con la leyenda funde la historia,
y el poeta a los hechos da mengua o gloria:
hoy del poeta
la sociedad al estro
marcha sujeta.

Alhambra, regio alcázar de los vencidos
que yaces en olvido y en abandono,
a juntar va el poeta todos los ruidos,
los propósitos nunca tal vez sentidos
que verdad y mentira traen en tu abono.
Si solitaria yaces, muda e inerte,
porque sufres la injusta ley del más fuerte,
a ti te basta
tu pasado: la historia
nunca se gasta.

Oye: siempre más pudo quien supo
[menos:
nunca quien fué vencido fué bien juzgado:
siempre los vencedores fueron los buenos;
pero, cual de justicia de juicio ajenos,
la fe y prez del vencido siempre han holla-
[do.
De tu estancia de invierno para el derribo
¿cuál fué el pretexto fútil, cuál el motivo?
Una humorada
de un gran rey: una estéril
baladronada.

Mas no fueron tus nobles conquistado-
[res,
los Católicos Reyes, los que te hollaron;
de Alemania vinieron tus destructores:
no eran de nuestra tierra conocedores
ni de ti los que ciegos te derribaron:
no fué la Reina Santa, ni el Rey valiente,
que la Cruz te impusieron sobre la frente:
fué quien no cupo
en España, y Rey de ella
morir no supo.

Desconocida fuistes y despreciada,
porque no presentaban fe de bautismo
las cifras con que vieron tu faz sellada;
y no sabiendo de ellas comprender nada,
leerlas o borrarlas les dió lo mismo.
Derribada, tuviste que someterte
por vencida a la bárbara ley del más
[fuerte,
y en tu recinto
real prueba de barbarie
dió Carlos Quinto.

Hoy, aunque abandonada por los que
[viven,
tan vacía de muebles y moradores

cual esclava desnuda como te exhiben
y aunque de tus derechos reales te priven,
hoy tu tesón de reina ven tus señores,
pues sobre el terremoto que te respeta
erguida permaneces, segura y quieta:
con que levanta
tu cabeza, pues firme
tienes la planta.

Hora es de que te engrías y que presu-
[mas
del poder de tus leves arcos moriscos,
que aunque ser aparentan niebla y espu-
[mas
y ligeros e ingrávidos como las plumas,
aéreos, pero firmes más que obeliscos,
cinco siglos soportan, y estás derecha
para aguantar su peso porque estás hecha;
tu faz levanta,
que aún a quien mirándola
tu faz encanta.

Aún eres el alcázar de las huríes
que de noche a ti bajan en nubes de aves,
hechas de mil millones de colibríes
y aves del paraíso, del aire naves:
los gnomos las preparan tus alhamíes
con hojas de jacintos y de alhelíes,
las hadas las escancian néctares suaves,
y tu recinto
tornan edén del suyo
poco distinto.

Los poéticos seres elementales,
en lugar de los hombres que te desdeñan,
celebran en tus huecas cámaras reales
sus fantásticas rondas y festivales:
por el día los hombres, ¡necios!, te enseñan
a los bausanes, como resto curioso
de un fósil; como enseñan la piel de un oso,
como de un feto
el embrión, o el engarce
de un esqueleto.

Por el día estás sola, desierta y muda
como la esclava núbil que en la mazmorra
con su amor imposible sueña desnuda:
por la noche a ti vuelve lenta y ceñuda
la aparición severa de Aixa-la-Horra
que acompaña a Moraima. ¡Tarea ruda
la de andar tras de un alma cuyo resorte
vital, cuya fe casta y amor eterno
rompió el desdén que de otra la desanuda:
que perdió y que no encuentra la alma
[consorte
que renunció a su virgen cariño tierno,
y vaga desprendida sin luz ni norte
entre Edén, purgatorio, gloria e infierno!
¡Pobre sombra perdida sin quien te acuda,
sin fe ya ni esperanza que te conforte!
¡Triste sombra de Reina, fantasma viuda,
a quien por tu almo y grácil y regio porte,
hadas, silfos y huríes te hacen, sin duda,
cuando a la Alhambra vienes, de sombras
¡Corte invisible, [corte!
mundo para los hombres
imperceptible!

Pero mundo de encantos y poesía,
que puebla los lugares deshabitados,
que veneros de vida fueron un día;
de quienes es archivo la poesía;
que en tradiciones santas atesorados,
guardan todos los pueblos en su memoria,
y que extinguir no pueden la fe y la his-
Dejad que os abra [toria.
mundo tal con la llave
de mi palabra.

VI

Un confuso murmullo de ruidos vagos
comienza ya a sentirse bajo la tierra:
mas no del terremoto son los amagos,
no es un son que amenaza ruinas y estra-
[gos,
es un son que sorprende, pero no aterra.

Son los gnomos que alegres surgen del
[suelo
de la luna a los rayos a ver el cielo:
es que en la Alhambra
celebran los espíritus
nocturna zambra.

¡Hélos allí!, ¡qué enanos..., qué contra-
[hechos!...,
mas de sus buenas obras, ¡cuán satisfe-
[chos!
Ya están aquí los gnomos, ¡qué inmensa
[ronda!,
a juntarse en el atrio van de la Barca;
de la alberca se apiñan a la redonda:
ya se apresta a arengarlos su patriarca:
ya le prestan a él todos atención honda.
¡Cuántos, Dios mío!... ¡y cómo se conto-
[nean!,
mas... ¡pronto, arrinconémonos: que no
[nos vean!

¿Quién se adelanta?
Es el rey de los gnomos,
¡vaya una planta!

VII

LA RONDA DE LOS GNOMOS

EL REY

«La luz del plenilunio
»va espléndida a brillar:
»a media noche junio
»sus días va a empezar:
»la luna va en su lleno
»su disco a redondear:
»el cielo está sereno,
»las doce van a dar.

»Dejad los silos, gnomos,
»do sin el sol moramos;
»de flores y de ramos
»ornad esta mansión:
»hoy, al tornar a la India,
»nuestra montaña rasan
»y por la Alhambra pasan
»Titania y Oberón.

»Hacedles los honores
»de reyes nuestros, gnomos:
»de noche dueño somos
»de la alcazaba real:
»los genios vagarosos
»nocturnos convoquemos,
»y en su recinto demos
»un regio festival.

»La Alhambra es nuestra: unámonos,
»cantemos y alegrémosla,
»bullamos y encantémosla
»con fiesta señoril:
»la Alhambra es nuestra, gnomos,
»probémosla esta noche
»que redivivos somos
»del rey Abú-Abdil.

»La Alhambra es nuestra: encanten
»sus regios camarines,
»sus patios y jardines
»los ecos del placer:
»que de placer se llene
»aunque soñado sea,
»y que a su gloria crea
»que torna a renacer.

—»¡Sús, de la tierra vieja
»progenie elemental!
»puesto que el hombre os deja
»en libertad total
»y con desdén se aleja
»de nuestra Alhambra real...,
»¡gloria a la Alhambra!, alcemos
»nuestra canción coral,
»y en su desdén dejemos
»al hombre desleal.»

VIII

EL POETA

Aunque mi ingenio se vivifique
con estro nuevo, que rompa el dique
de un mar de ideas que centuplique
el poder mágico de lo ideal;
aunque mi espíritu se identifique
con el de un Genio, y a unir me aplique
de ambos las fuerzas y el ser vital,
y a hilvanar frases mi afán dedique
para el buen logro de empeño tal,
es imposible que yo os explique,
pinte, describa, ni clasifique,
pormenorice ni especifique
cuál de los gnomos es el ser real.

Yo los contemplo de mí delante
cual seres vivos bullir y andar,
sin (aún mirándolos) razón bastante
de su existencia poderme dar.
Yo no concibo cuál es su esencia,
materia o germen elemental,
si les reviste sólo apariencia
o positivo ser corporal.

Lo que en las obras demonológicas
y cabalísticas de ellos leí,
son conjeturas vanas e ilógicas
de ciencia estéril y baladí.
Dicen que gozan de una existencia
larga, de siglos, inmemorial...,
de genios casi sin diferencia,
mejor que nuestra vida humanal:
dicen que tienen de ángeles algo,
que de hombre y ángel hechos están,
que para un ángel lo que yo valgo
vale para ellos el padre Adán;
y (aunque garante de ello no salgo)
diz que lo dicen Biblia y Korán.

Diz que conocen cuanto la tierra
guarda en su centro no visto aún:
de cuanto oculto misterio encierra,
todo el manejo les es común.
De sus cavernas, pozos y ruinas
los moradores y guardas son:
de sus tesoros y de sus minas
a quien protejen dan posesión.
Diz que pigmeos son y titanes
en la estatura y en el poder;
que larga vida pasan de afanes
la tierra incólume por mantener;
mas el bien que hacen es para otros,
y en pro del hombre todo su afán;
y, en fin, un alma como a nosotros
unos les niegan y otros les dan.

¿Quién sabe? Acaso se sepa un día:
ver todo acaso nos haga Dios
de esta existencia tras la agonía,
cuando nuestra alma de Él vaya en pos.

Los que yo tengo de mí delante
forman un pueblo de gente rara,
mas no antipático ni repugnante,
de tipo extraño y extraña cara,
de toda raza desemejante;
cual si enterrado siglos pasara,
y al haz del globo por importante
razón oculta, Dios le evocara,
y andar de noche por él errante
de cuando en cuando Dios le dejara.

Es una gente no vista nunca,
que ser parece deforme aborto
de las tinieblas de honda espelunca,
de que les saca por plazo corto
quehacer nocturno que el alba trunca.

Es de este pueblo la muchecumbre
de tipo enano, de piel cobriza,
como embarrada de parda herrumbre
mezcla de moho, tierra y ceniza.

Es una gente llena de nudos,
de curvaturas y de corcovas;

de miembros recios, de gestos rudos,
cubierta apenas de estrechas lobas
con mangas anchas y anchas capuchas,
mal ajustadas con cintos anchos,
muy mal calzada de anchas babuchas
y armada de hachas, barras y ganchos.

Mas instrumentos no son de guerra
que minan, tumban, hunden y rajan,
sino utensilios con que la tierra
soldan, acuñan, fijan y encajan,
cuando las fuerzas de dentro encierra
la zarandean y la trabajan,
su costra térrea por valle y sierra
hinchan o arrugan, hienden y tajan.

Es una gente mansa y ajena
de mal instinto, que marcha a prisa
como a precisa y útil faena,
con paso firme, con voz serena
y con benévola dulce sonrisa.

Habla una lengua que yo comprendo
pero que ignoro: y bulle y hierve
cual las abejas su miel haciendo,
cual las hormigas su troje hinchendo,
sin quien la turbe, ni quien la observe.

¿Cómo les oigo? ¿Cómo les veo
mientras bullendo vienen y van?
No sé: yo verles y oírles creo,
verles y oírles tenaz deseo;
mas ¿cómo viven y ante mí están?
Ni lo escudriño, ni lo concibo;
ni sé si viven ni si yo vivo;
mas imagino que les percibo
y con su vista placer me dan.

Sus voces cóncavas y guturales
y nunca oídos sus ritmos son;
mas son tan nuevos y originales,
tan halagüeños y musicales,
que me embelesan con ideales
goces ignotos el corazón.

Si es un deliquio do caí inerte,
¡que nunca tenga fin su ilusión!
y si es un sueño... ¡que sea más fuerte
que mis sentidos, que no despierte
hasta que me harte su fruición!
Mas ¡chist!, su muda quietud me advierte
que a dar al viento van su canción.

IX

EL HIMNO DE LOS GNOMOS

CORO

»¡Gloria a la Alhambra
»bajo la cual
»viven los gnomos
»y morirán!

»Nosotros somos, Reina,
»los que por ti velamos;
»nosotros conservamos
»tu fábrica gentil;
»nosotros te traemos
»por bajo de la tierra,
»las aguas de la sierra
»del Darro y del Genil.
»¡Gloria a la Alhambra!

»Los gnomos se consagran
»no más a precaverte
»del tiempo y de la muerte
»con prevenciones mil;
»los gnomos centuplican
»su fuerza y sus afanes
»por ti, como titanes
»de gigantez viril.
»¡Gloria a la Alhambra!

»Los gnomos van, al punto
»que late el terremoto,
»a ver lo hendido y roto
»que deja tras de sí

»y si a su impulso cruje
»tu firme maderamen,
»tras minucioso examen
»no dejan daño en ti:
»¡Gloria a la Alhambra!

»y van cuando alimentan
»por vías soterradas
»tus fuentes, que labradas
»parecen de marfil,
»a ver si en sus asientos
»afecta a tus cimientos
»el desnivel más mínimo,
»la grieta más sutil.
»¡Gloria a la Alhambra!

»Los gnomos que en el centro
»de tu colina moran,
»los gnomos que te adoran
»y guardan con afán,
»de ti como los hombres
»no tornarán los ojos,
»ni de tus antros rojos
»jamás desertarán.

»¡Gloria a la Alhambra, de quien jamás
»los viejos gnomos desertarán!»

X

Tal de los gnomos haciendo ronda
cantó la móvil masa coral,
con voz de enanos, rasposa y honda
y en ritmo extraño y original:
y al dar sus grupos a la redonda
vueltas al limpio tanque central,
del agua inmóvil que no hace onda
se repetían en el cristal.

Su voz y su ritmo, quebrado y vibrada,
al ir sobre un trémolo de cóncavo son,
tal vez no tenían de armónico nada
la voz, sin embargo, del ritmo obligada,
con él mantenía difícil unión;
y aquél sostenido y aquélla llevada
con ruda energía y agreste expresión,
hacían de su himno la más desgarrada,
la más sorprendente y extraña balada
que oyó de la tierra ninguna nación.

Su ritmo marcado por tiempo medido
con doble, quebrado, difícil compás,
marchaba en compases forzados metido;
y a veces ligado y a veces partido,
dispar de lo oído por hombres jamás.
A veces marchaba con brío y concierto
llevado con arte y unión magistral,
y a veces disono, rasgado e incierto,
zumbaba cual raudo simún del desierto
su vago, inconexo conjunto coral.

Y entonces en tromba de son convertido
cual de agua o de viento, de son su caudal,
vertía en los aires en ondas de ruido,
de arrastres tan bruscos, de estrépito tal,
que en él se sentía rodar confundido
cuanto hay bajo tierra rumor producido
por voz, ser o germen de soplo vital:
goteo de oculta recóndita fuente,
de buho enzarzado aleteo impotente,
de grillo enterrado cri-cri pertinaz:
run-run persistente, continuo, del diente
de topo o gusano que roe tenaz:
aullido de fuina, silbar de serpiente,
chirrido de buho, quejido doliente
de hurón encuevado que da de repente
con nido de escuerzos o nutria voraz.

Mas todo esto junto, vibrante, latente,
vorágine henchida de ruido viviente,
de gratos arrullos y brega infernal,
aquel pandemonium de exótica gente,
aquel de mil gritos lelí incoherente,
aquel de ecos raros conjunto total,
jamás se perdía del todo, obediente
de oculta, invisible battuta potente.

que siempre tenía su masa pendiente
del nunca perdido compás musical:
y al himno de aquella fantástica ronda,
al giro de aquella viviente espiral
de enanos en huelga con aire de Fronda,
se cree que haya otra que abajo se esconda
so tierra, y a aquella de arriba responda
con voz cavernosa y en son sepulcral.

Conforme giraban en torno a la alberca
cual hojas que ruedan en racha otoñal,
en todo el espacio montuoso que cerca
del árabe alcázar el cinto mural,
debajo de tierra por todos los huecos
de bóveda o silo, de aljibe o canal,
rodar subterráneos se oían mil ecos
sin fin repitiendo la estrofa coral.
Y aquel era un ruido de origen ignoto:
tal vez de otro pueblo de gnomos igual
al pueblo de arriba, que a un antro re-
[moto
llevaba aquel eco como un terremoto
o el son de la trompa del juicio final.

Mas todo obedece, sin duda, al imperio
de algún insondable nocturno misterio,
del cual no está escrita la clave en papel;
pues toda esta ronda con todo su ruido,
todo este de gnomos flotante tropel,
no prensa de miedo mi pecho encogido:
yo lo oigo y lo veo feliz y absorbido
en vago deliquio creado por él.
Yo aspiro un ambiente cargado de aromas,
mi espíritu siente vital fruición:
parece por selvas de arbustos de gomas
del agua y las hojas meciéndose al son,
que me hace algún genio llevar por pa-
[lomas,
al par de Granada los valles y lomas
teniendo al alcance de tacto y visión.
Todo esto que siento que en torno a mí
[pasa,
que está ante mis ojos, que bulle a mis
[pies,
que en mi ánimo infunde deleite sin tasa,
en sólo un misterio sin duda se basa,
y de él el efecto magnético es.

De mí nadie quiera saber por qué y
[cómo
lo que hoy aquí pasa pasando aquí está:
por dar con sus causas afán no me tomo:
se me abre este mundo y a verle me asomo:
razón quien me pida desrazonará.
Tal vez con él vuelo..., tal vez me desplo-
[mo...,
mas tras sí me lleva, y voy donde va.

¡Dios mío!, ¡qué voces!, ¡qué giros!, ¡qué
[vuelos!
¿Qué vértigo insano me lleva tras sí?
Si estoy en la tierra, ¿quién me alza a los
[cielos?
¿Todo esto lo crean mis locos anhelos?
¿Todo esto está fuera o adentro de mí?

No sé, ¿a qué ocuparme de cálculos
[vanos?
Aún tengo delante de gnomos enanos
la ingrávida turba, la exótica grey:
ya en torno a su jefe se agrupan ufanos:
ya alzado en sus hombros extiende sus
a Oriente su casi decrépito rey. [manos

¿Qué aguarda? ¿Qué intenta? ¿Qué bus-
[ca? ¿Qué mira?
¿Pretende a los astros tal vez arengar?
¡Va a hacer un conjuro!, ¿por qué audaz
[aspira
a tanto? ¿En qué numen y en qué fe se
[inspira?
Oíd!... y veamos a quién va a evocar.

XI

EL REY DE LOS GNOMOS

«—¡Las doce! Seres todos
»del mundo elemental,

»los que por varios modos
»vivís en mundo tal:
»oíd, genios y espíritus
»a quienes da estentóreos
»acentos e incorpóreos
»contornos el pavor;
»cuantos engendros híbridos
»creó la hidolatría
»en la región vacía
»del aire sin color;
»abortos contrahechos,
»bastardos y mestizos
»de cábalas y hechizos,
»de fe y superstición;
»espúreos y sacrílegos
»hijastros pegadizos
»a toda fe, y postizos
»de toda religión,
»obedecedme rápidos:
»ya es la hora cabalística;
»ya están cerca de Ilíberis
»Titania y Oberón.

»Dejad, silfos livianos,
»el cáliz de la flor,
»sacad con vuestras manos
»del nido al ruiseñor:
»que deje en la floresta
»la prenda de su amor,
»y venga a nuestra fiesta
»a ser nuestro cantor.

»Huríes, de los ángeles
»quiméricas hermanas,
»divinas cortesanas
»de amores manantial,
»entrad en nuestra ronda
»la faz sin almaizales,
»sin velos y sin chales
»el cuerpo virginal.

»Ondinas, ninfas pérfidas,
»de muerte y mal Casandras,
»candentes salamandras
»más rojas que el coral;
»sirenas de las Sirthes,
»Egipcias Profetisas,
»posesas Pithonisas
»de Delfos y de Endor;
»escandinavos Elfos,
»Brucólacos de Grecia,
»Druidesas de Lutecia,
»y estregas de Labor;
»Vampiros, Lamias, Lémuras,
»Esfinges y Vestiglos,
»engendros de diez siglos
»de fe y superstición,
»oíd, trasgos inquietos,
»traviesos Martinillos,
»espíritus foletos,
»caseros duendecillos,
»endriagos y esqueletos,
»de cuevas y castillos
»imaginarios huéspedes,
»¡oíd mi evocación
»y a mí acudid! Salgamos
»a recibir ufanos
»a nuestros soberanos
»Titania y Oberón.

»¡Helos ya allí! Traídos
»por la impalpable niebla
»ya llegan: ya se puebla
»nuestra oriental mansión
»de espíritus que vienen
»con ellos a millones
»de allá... de las regiones
»de la imaginación.»

«¡Gloria a la Alhambra!», dijo con voz [tonante
aquel rey de los gnomos: y en tal instante,
del cielo que hace bóveda sobre el palacio
y el ambiente aromado de que le cerca
su saludable atmósfera, nubló el espacio,
dando a la luna un tibio tinte topacio,
una niebla que móvil crece y se acerca.

Es un velo tan tenue de vapor leve,
que la vista no aprecia lo que ser debe:
es la calima
que alza el turbión de espíritus
que se aproxima.

Su evocación oyeron y le obedecen:
ya de la niebla surgen y se aparecen.
¡Ahí están! Las Huríes vienen mecidas
en las nubes de pájaros que las sostienen,
de chales trasparentes no más ceñidas:
He allí a las salamandras enrojecidas
al fuego: las Ondinas con ellas vienen
destilando aún el agua del lago frío,
y los silfos aún húmedos con el rocío:
he allí a las Hadas
sobre sus grifos blancos
encabalgadas.

Miles de alados seres, que quienes sean
ignoran ellos mismos, revolotean
en torno suyo dándolas con sus alillas
aire, rumor y fresco cuando aletean:
con ellas los agüeros, las pesadillas,
trasgos, duendes, estregas y damas blancas,
Martinillos con gorros y campanillas
y Titoes Molucos con lamparillas,
de sus alados grifos vienen en ancas.
Mariposas nocturnas de ojos salientes,
luciérnagas y moscos fosforescentes
raudos caminan
en su redor y el paso
las iluminan.

XII

Lo que pasó no puedo
reproducirlo yo:
recuerdo que sin miedo
mi ser lo percibió:
a mi memoria acude
cuanto mi ser sintió:
sentirlo entonces pude,
mas repetirlo no.

Titania con toda su corte de Hadas,
los súbditos todos del rey Oberón,
de Huríes flotantes en nubes aladas
y Genios volantes brillantes miriadas,
al par invadieron la Alhambra en montón.

Aquella ondulosa neblina confusa,
de alígeros seres viviente aluvión,
en quienes la mente cree ciega o ilusa,
y a quienes el juicio tenaz se rehusa
de ser a otorgarles poder ni razón,
llenando crujías, estancias, salones,
los patios abiertos, los hondos rincones,
de todo el alcázar entero el confín,
en él comenzaron en círculo enorme,
en masa compacta, revuelta e informe,
su rápida ronda de giros sin fin.

De son y alegría la Alhambra está llena;
un *¡gloria a la Alhambra!* doquiera resuena;
murmullo de fiesta se siente doquier;
y en la aura, impregnada de olor de ver-
[bena,
de juncia y retama, jazmín y azucena,
se aspira la vida, se bebe el placer.

Y en su ámbito regio la Alhambra
[crujía
de música y brindis con ruido vital,
y aquel son inmenso brotar parecía
de alguna invisible fantástica orgía
y el ritmo brillante de un himno triunfal:
y activa, pujante, perenne se oía
del rey de los gnomos la voz, que decía
llevando su ronda con giro infernal:

«Verted en vuestras copas
»el néctar y ambrosía,
»tirad velos y ropas
»y completad la orgía;
»el hombre imbécil duerme
»cual fiera en su cubil:
»yacer dejarle inerme
»en su ignorancia vil.

»Unámonos y amémonos,
»bebamos y embriaguémonos
»en expansión sin límites
»de gozo juvenil:
»que a dar torne a la Alhambra
»nuestra nocturna zambra
»resurrección galvánica,
»vitalidad febril.»
Y del alcázar árabe
por el mural confín
—*¡gloria a la Alhambra!*—oíase
sin tregua repetir.

XIII

Y andaba la noche, la luna caía
llevando a Occidente su móvil fanal,
y en su ámbito hueco la Alhambra seguía
crujiendo al impulso del ruido vital
de aquella invisible, fantástica orgía
y el ritmo brillante de su himno triunfal:
y el rey de los gnomos sin tregua decía
tenaz impulsando vorágine tal:
«¡Gozad!, no vendrá nadie
»a interrumpir la fiesta
»hasta que ya traspuesta
»la luna luz no dé:
»mientras el sol no radie
»frisando en el Oriente,
»gozad tranquilamente,
»que el hombre no nos siente
»ni que existimos cree.»

Y en torno a la Alhambra la ronda seguía
de aquella invisible fantástica orgía
de seres a quienes rechaza la fe:
y a quienes franquea la audaz fantasía
un mundo de loca gentil poesía,
do nunca irá el hombre con ala ni pie.

XIV

La noche extendía detrás de la luna
de opacas tinieblas su espeso cendal
y en sombra envolvía la Alhambra mo-
[runa,
cuando hizo a la ronda la voz oportuna
del rey de los gnomos romper su espiral.

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La luna va en su ocaso
»a hundir su faz redonda:
»echad la última ronda
»y la canción final!»

—

Y cual su cauda lleva un cometa
por el espacio suelta tras él,
tras de Titania su corte inquieta
formarla cauda quiso en tropel:
y un breve instante las mil miriadas
de sus espíritus remolinadas,
ser amagaron otra Babel:
mas luego al punto reorganizadas
en huestes prestas a la partida
tras de los jefes de cada grey,
con la postrera de sus baladas
pudieron raudos su despedida
silfos, huríes, ondinas y hadas
dar a la Alhambra tras de su rey.

XV

Recuerdo lo que al vuelo
de aquella ronda oí,
cuando entre tierra y cielo
girar veloz la vi.
Recuerdo estrofas sueltas,
que a cada cual cogí
en las postreras vueltas
que dieron ante mí.

DESPEDIDA A LA ALHAMBRA

LAS HURÍES

«Nosotras cuyo aliento
»el aire aromaría,

»cuya saliva haría
»dulcísima la mar,
»haremos que en tu seco
»cedríneo maderamen
»se fundan y derramen
»las mirras del Cedar.»

LOS SILFOS

«Nosotros que en el cáliz
»del tulipán dormimos,
»los jugos más opimos
»libando del vergel,
»al musgo los traeremos
»de tus murallas viejas,
»y en pos a las abejas
»rumor a darte y miel.»

LAS SALAMANDRAS

«Nosotras del invierno
»cuando en las noches frías
»tus salas y crujías
»amague el aire helar,
»de fuego como nube
»volando de ti en torno,
»le haremos en bochorno
»su frialdad cambiar.»

LAS ONDINAS

«Nosotras que en los mares
»tenemos por solares
»meandros de madréporas
»y selvas de coral,
»traerémoste en estío
»de su elemento frío
»el agua hecha rocío
»y brisa el vendaval.»

TITANIA

«Y así serás, ¡oh Alhambra!,
»mi camarín de asilo,
»como eres peristilo
»de la Edenial mansión.
»¡Adiós! y aunque habitemos
»del globo en los extremos,
»cada año a ti vendremos
»Titania y Oberón.»

XVI

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La luz! ¡La luz! Huríes,
»coged el chal y el velo,
»volved de vuestro cielo
»a la ideal región:
»volveos, raudos silfos,
»al cáliz de las flores,
»volved los ruiseñores
»al nido de plumón.
»Volved, ondinas pérfidas,
»a vuestras verdes ondas;
»a vuestras grutas hondas,
»¡oh Sílfides!, volved:
»volveos, Salamandras,
»a la región del fuego:
»¡alzaos todos luego...,
»huid, despareced!
»Ya de átomos lumíneos
»la atmósfera se puebla...
»¡huid sobre la niebla,
»Titania y Oberón!
»¡Huid! La luz despunta:
»¡huid con vuestras huestes
»del orbe a la otra punta
»y a la Índica región!»

XVII

Titania con sus súbditos
aéreos, y de espíritus
la multitud quimérica,
partieron en tropel:
allá en el horizonte

por sobre el pardo monte
pasó su turba ingrávida
y se perdió tras él.

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La aurora!... Ya van lejos:
»no les dará ya alcance
»por más veloz que avance
»del alba el arrebol.
»¡Adiós, Alhambra regia!
»¡Sus!, ¡bajo tierra, gnomos!
»¡El sol! Nosotros somos
»antípodas del sol!»

XVIII

EL POETA

Los gnomos se sumieron:
la Alhambra quedó sola:
de purpurina aureola
el cielo se tiñó:
reverberó un instante
como un volcán el monte,
y el sol del horizonte
espléndido saltó.
¿Pasó
o no?
¿Soñé
o vi
y oí
lo que
creí?
¡No sé
ya allí
ni
lo
que
fué
de
mí!

XIX

¡Delirios de mi vieja poesía!
Ya se fueron. Volvamos a la tierra.
La Alhambra en este siglo de las luces
no puede continuar en las tinieblas.
Ya la electricidad, hija del rayo,
a los rincones más oscuros lleva
con la vívida luz de sus fanales
la luz de la divina inteligencia:
hoy la electricidad, que con el rayo
tierra y mar en segundos atraviesa
y habla con los antípodas, suprime
las distancias, el tiempo y las fronteras.
Hoy el vapor, del hombre más raquítico
pone en las manos del titán la fuerza,
y horada el monte y los abismos salva,
y atrás los ríos, si le estorban, echa.
Granada, reino moro, mantenía
su innumerable grey con la riqueza
de su suelo y la industria de su gente,
cuya comarca es hoy pobre y desierta.
La Alhambra muda, solitaria y fría
y a la vulgar curiosidad expuesta
como una momia egipcia en un museo,
prensada en sus cruzadas bandeletas
y a modo de sombrío campanario
de una vieja necrópolis, se eleva
sobre aquel erial que en otro tiempo
era un edén y se llamó la Vega.
¿Por qué ya no la cruzan sobre el lomo
de esa doble serpiente de madera
y hierro que perfora las montañas,
que en tajos y vorágines se cuelga
sobre puentes sin fin y viaductos,
que cual las patas de la araña tiemblan,
los estruendosos trenes que derraman
por do van el progreso y la riqueza?
¿Por qué no está ya unida al mar Tirreno
por Málaga hasta Murcia y Cartagena,
y en el comercio universal no impone
el caudal de su industria y sus cosechas?
¿Por qué está despoblada, por qué pobre,
por qué hoy mendiga la que ayer fué reina?

Qué, ¿los pueblos que caen no se levantan?
¿No hace el trabajo a la fortuna fuerza?
¿Cómo?... ¡Oh vulgaridad, en nuestros días
sólo creída por la raza nuestra!
¿Cómo se alzan los pueblos que han caído?
¿Cómo de hundirse en vez se regeneran?
¡Dios mío!..., ¿que se ocurran estas cosas
en el siglo que corre a los poetas?
No descorazonándose, no haciendo
oficio ni virtud de la indigencia.
Los pobres son hijos de Dios, sin duda,
pero no es pobre quien a pobre se echa,
haciendo profesión la de mendigo
para holgar y vagar a sombra de ella.
La caridad es la virtud cristiana
más civilizadora: es la primera
de las sociales: con millones gira
hoy: y hoy la caridad es opulenta
y puede dar millones a los pueblos,
mas al pueblo haragán no le aprovechan.
No se vive hoy como en el tiempo viejo,
confiando a la fe y la Providencia
la prez y el porvenir de las naciones
o al valor personal en lid de fieras:
la vida de hoy se basa en el trabajo,
la muerte de los pueblos es la inercia;
se ruega a Dios, mas con el mazo dando,
que hoy no es blasón del bueno la indi-
[gencia;
hoy no acusa saber, sino ignorancia
y vagabundería la pobreza,
y quien no sabe leer no aprende nada
e ir al nivel merece de la bestia.
Todo está ya de todos al alcance,
hoy ya todo al que quiere se le enseña,
todos podemos aspirar a todo
si nadie más de lo que vale anhela:
las razas de hoy trabajan y producen,
se mantienen por sí, no pordiosean.
Pero, ¿cómo se puebla un despoblado?
¿Cómo un edén en páramo se trueca?
¿Cómo se vivifican las regiones
que aniquilaron siglos de miserias?
Sacrificando un año y dos y veinte,
de ellos, si es menester, una centena
a restaurar y utilizar sus ruinas,
reedificar sus poblaciones viejas,
convirtiendo las villas en ciudades
y a villas elevando las aldeas,
los ríos y las aguas llovedizas
encauzando en canales y en acequias,
rompiendo el erial con el arado,
de plantíos y huertos las riberas
de los ríos orlando, y por entre ellos
caminos asentando y carreteras.
No derrochando los caudales públicos
en sostener aparatosas fiestas,
lujo de pueblos ricos, no importándolo
todo de más allá de las fronteras;
sino a fuerza de ahorro y de trabajo
creando lo que no hay en nuestra tierra,
labrándola nosotros y elevándola
a la cultura de las que hoy campean.

XX

Yo he soñado una vez que había muerto
y pasado cien años en la huesa,
enterrado en el suelo de la Alhambra
y de una de sus torres a la puerta.
La voz de Dios, volviéndome a la vida,
volvióme a echar de mi sepulcro fuera,
y a ver volví a Granada... De mi sueño
supongamos verdades las quimeras.

XXI

Mis ojos abro a mi segunda vida,
y a comprender que vivo acierto apenas
en mi sueño al mirar lo que es Granada
un siglo más allá de nuestra era.
Mi nuevo ser de gozo se estremece,
mi inspiración renace, y se renueva
el germen de mi vieja poesía
ante lo que a mis ojos se presenta.
¡Oh asombro!, las cien trompas de la fama,

juntas a las mil plumas de la prensa,
oigo que anuncian a la Europa absorta
cómo aquella región se regenera,
cómo el páramo erial es ya campiña,
cómo es ya coto la bravía selva,
cómo el terruño al labrador mantiene,
cómo la gente con afán la puebla,
cómo Granada, en fin, es un modelo
de civilización, cómo progresa
gloria de España, de su prez baluarte,
de lo que puede ser gallarda muestra.
Ya allí por vías fáciles acuden
en busca de más fácil subsistencia
las clases proletarias, y el bracero
y el industrial de aspiración modesta:
y pasa el labrador a propietario,
y a fabricante el industrial se eleva,
y del desierto solitario y mudo
son perenne y vital el aire llena.

Y el día no se acaba, porque alumbra
de noche por doquier la luz eléctrica,
y por doquier en su feliz comarca
silba raudo el vapor, el tren humea,
e incansables telégrafo y teléfono
desde el centro a la costa hablan y orde-
[nan,
y el gobierno da leyes, y los pueblos
gobernar acatándolas se dejan.

Ya allí poco que hacer tienen los jueces:
porque allí son las cárceles escuelas,
y quien delinque allí por ser ignaro,
sólo para enseñarle le encarcelan.
Sólo se oyen guitarras los domingos:
la navaja es un chisme que se lleva
para partir el pan, y que no sirve
ya por su dimensión para pelea.
De Málaga hasta Murcia hay ensenadas
y fondeaderos cien: son ya Almuñécar
y Almería dos puertos donde flotan
de todas las naciones las banderas.
Soldados hay no más los que guarnecen
las ya bien artilladas fortalezas
y puestos militares: el servicio
obligatorio al chico se le enseña
al par que la doctrina y la gramática,
y van todos los hombres a la guerra
cuando la hay, y el servicio de la patria
de todos es la obligación primera.

Une el Mediterráneo al Oceano
ancho y hondo canal, obra maestra
de fe y perseverancia, de amor patrio,
de ingenio, diplomacia y estrategia,
que en medio de tres aguas, de la Europa
al Gibraltar inglés aísla y segrega;
y enfrente de él, de su soberbia mofa
se ríen del Peñón, Melilla y Ceuta.

Los reyes hacen de la Alhambra mora
de placer su morada predilecta;
los nobles y los ricos a su ejemplo
edifican y fincan en su vega;
y en lugar de ir ya a Biarritz, a Spá y
[Mónaco
a perder tiempo, honor, salud y hacienda,
hacen un sitio real de temporada
del reino granadino: do prosperan
desde el pastor de la alta serranía,
hasta el noble Barón de estirpe regia:
desde el mísero moro fugitivo,
al banquero que allí su giro asienta.

Ábrense los veneros de sus minas,
los manantiales de sus aguas frescas,
los rincones oscuros de su historia
y el rico manantial de su leyenda:
los ricos y los sabios extranjeros
vienen por tierra y mar a sus florestas,
a los silos de su áspera Alpujarra,
a las sanas quebradas de sus sierras,
a las bóvedas rotas de sus ruinas
izadas de sus riscos en las crestas,
a sus moras mezquitas hechas templos,
aras de Cristo y de Mahoma a medias,
a buscar la salud y la alegría,
y los tesoros de la mora ciencia,
y los recuerdos de su edad de gloria,
y los goces del cielo aquí en la tierra,

en su luz y sus auras salutíferas,
en sus alegres populares fiestas,
en sus costumbres de abandono franco,
en el arrullo de su dulce lengua,
en el amor de sus graciosas hijas
y... ¡ay de ti, loco soñador, despierta!,
el suelo cruje, se encapota el cielo...
¡huye!... bajo tus pies se abre la tierra:
en la Granada mísera que cantas,
surgen el terremoto y la epidemia,
y en lugar de la gloria y la fortuna,
caen en Granada el luto y la miseria.
¡Despierta, loco, y por Granada llora!
¡Vuélvete a Dios, prostérnate, poeta!

NOTAS A LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

Las Hadas. — Seres elementales que habitan en las sombrías cavernas, en la intrincada maleza de los bosques, en el fondo de los pozos y en los lugares desiertos e inaccesibles, ejerciendo la influencia benéfica o maléfica de su poder sobre los hombres, de cuya raza son generalmente amigas.

Titania. — Su reina, mujer de Oberón, rey de los silfos, las convoca una vez todos los años, para juzgarlas por el uso que de su poder han hecho durante el transcurso de cada uno de ellos. En estas asambleas la dan cuenta de la protección que han otorgado a los recién nacidos, a quienes se han encargado de proteger por haber asistido a su nacimiento y presidido su bautizo: de las almas de los muertos apenas nacidos, que deben disputar al diablo y conducir al empíreo: y de los beneficios y castigos que han dispensado o impuesto a los hombres según sus obras. — Titania las congrega a la luz de un plenilunio de junio: y concluida la asamblea, en que reciben sus órdenes para el año venidero, las permite entregarse a una fantástica ronda, que se extiende por diversas comarcas; pudiendo transportarse las Hadas instantáneamente por su poder mágico a las más opuestas regiones.

Sobre esta creencia tradicional está basada la ronda de mis Gnomos de la Alhambra.

Por un capricho de su fantástico destino, las Hadas son ciegas en su guarida y linces en la casa y negocios ajenos. Los países en que las Hadas se hospedan o se congregan, especialmente en Frisa, Noruega y muchas comarcas del Norte de Europa, están protegidos por su benéfica influencia y en ellos impiden los crímenes y los desórdenes, haciendo de sus habitantes los seres más pacíficos y bien hallados sobre la tierra: y hubo un tiempo en que las islas de Zefalonia, de Naxos y de Zuliquio estaban pobladas de Hadas, que vivían en amistosa familiaridad con las mujeres del país.

Las mujeres-blancas (o damas-blancas) de Alemania, no son más que Hadas; Hadas eran las Stregas de quienes habla Ausonio, y las brujas de Macbeth eran tres Hadas. Muchas grutas existen todavía en Alemania, Francia e Italia, que se llaman grutas de las Hadas; todas tienen en su fondo una fuente, un lago o un arroyo subterráneo, y en algunas se ven todavía petrificadas la rueca o la devanadera del Hada que la habitaba, y de ella hace ya siglos desaparecida.

La supersticiosa Bretaña y la legendaria Escocia están aún llenas de tales vestigios: de lagunas cuyas aguas de fondo petrifican o convierten en oro o en perlas la mano del atrevido nadador, que buza para sorprender al Hada que en el cristalino fondo se alberga: de grutas donde contesta a los que la consulten la voz de la invisible habitadora de su insondable cavidad: de rellanos y claras de selvas y montañas, en las cuales encuentran siempre los pastores y cazadores, sentada a la luna, el Hada que aquellos sitios protege, y que les guía o les da buenos consejos al desaparecer repentinamente de su presencia. Las historias de estos países nebulosos están manchadas y salpicadas con las leyendas, satánicas o celestiales, de estos seres de la mitología sueca y escandinava: y algunas Hadas se han casado o han estado amancebadas con hombres, a quienes han dejado pruebas irrecusables de su disgusto o de su cariño, al huir sorprendidas por ellos en su misteriosa existencia semi-divina. Y este era el escollo en que naufragaba el amor de los maridos o los amantes favorecidos por las Hadas, el secreto de su ser, la ignorancia en que debían ellos permanecer del misterio a que ellas estaban sujetas. Algunas debían sufrir un día al año o al mes una transformación en su cuerpo: Melusina era los sábados por la noche de medio cuerpo arriba mujer y de medio abajo serpiente: su esposo la perdió para siempre, desde que una vez sorprendió su transformación por el ojo de la llave de la cámara en que se encerraba los sábados: el Hada con quien se casó un Barón feudal de Normandía en el siglo XIV, le había puesto por condición de que jamás mentaría la muerte en su presencia; y la primera vez que, furioso contra un villano, le dijo «mala muerte te dé Dios», desapareció su mujer, dejándole estupefacto. En tiempo anterior, D. Diego López de Haro, fundador y señor de esta villa, casó con otra Hada que tenía un pie de corza; el descubrimiento de cuyo defecto la hizo abandonarla, volviéndose a internar en las montañas, seguida de una corza que la acompañaba, y que dicen que era su propia hermana.

Todos los libros de caballería están atestados de semejantes leyendas; y los célebres caballeros andantes tenían alguna Hada que les perseguía o les amparaba. Tales son el ser y los caracteres de las Hadas.

Los Gnomos. — Son los espíritus elementales de la tierra.

Según los cabalistas, los cuatro elementos están habitados por seres peculiares de cada uno de ellos; seres más perfectos que el hombre, y como él sometidos a la ley de la muerte.

Las Salamandras habitan la región del fuego.

Los Silfos el aire.

Las Ondinas (Ninfas) el fondo de los lagos y de los mares, y los *Gnomos* el interior de la tierra.

Estos seres, compuestos de la parte más pura de los elementos que habitan, estuvieron sometidos a Adán, su señor natural, por más perfecto que todos ellos, pero sobre los cuales perdió su dominio después del pecado, que le impurificó, y por el cual perdimos sus descendientes el conocimiento y poder para recobrar nuestro imperio sobre los demás seres vivientes que pueblan el universo.

Los Doctores en la ciencia cabalística aseguran, sin embargo, que existen medios para que el hombre se haga obedecer y servir por los seres elementales, como Salomón, Orfeo, Virgilio y otros, a quienes consideran como grandes cabalistas.

Los Gnomos son los guardianes de las minas y los tesoros de la tierra, y nada arriesga el hombre en ponerse con ellos en relación, porque son muy sabios, muy amigos del hombre y muy temerosos de Dios. Viven mucho tiempo sin envejecer; y son muy sabios, porque su vida de siglos les da la experiencia de los hechos y el conocimiento de las causas: además de que pueden adquirir la inmortalidad de sus almas, cohabitando con las hijas de los hombres.

Los Gnomos son enanos y contrahechos, y hablando sin circunloquios, muy feos: aunque, sea también dicho de paso, la belleza es también relativa, según el ideal de los que la califican. Un chino, un malayo y un negro del Congo no encontrarán su bello ideal en la Venus Capitolina, y admirarán, sin embargo, como supremas hermosuras a las flacas, amarillas y despantorrilladas malayas, y a las negras nalgudas y desmoderadas, que se echan los pechos enormes por sobre el hombro o por debajo del brazo, para dar de mamar a los hijos que llevan sobre sus espaldas.

Los Gnomos son muy comedidos, corteses y serviciales con los hombres, aunque andan siempre cubiertos de polvo: lo cual ya no puede extrañar a nadie, hoy que al salir de casa nuestras mujeres parece que salen de una tahona, o que van a hacer en un circo la pantomima de los molineros.

Los Gnomos muestran y franquean sus riquezas a los hombres a quienes protegen: lo cual podría tal vez explicar el origen de la opulencia de ciertos millonarios estúpidos, que de otro modo no se concibe cómo hayan podido adquirir sus millones. Pretenden los cabalistas, refiriéndose a la opinión de grandes sabios de la antigüedad, que los ruidos inexplicables que se oían en algunas islas deshabitadas del archipiélago griego, eran producidos por las fiestas y rondas de los Gnomos, que en ellas se reunían para celebrar sus bodas y aniversarios, cuya idea me ha sugerido la ronda de mis Gnomos de la Alhambra, motivándola en un encuentro tenido con ellos en una noche de insomnio.

De si me aconteció en sueño o en vigilia, no me he podido todavía dar cuenta exacta. Los poetas gozamos de una doble vida en una región ideal, cuyas puertas estarán siempre cerradas para los no iniciados en los misterios de la fe, del espiritualismo y de la poesía, de cuyos gérmenes impregna las almas de esos hombres maravillosos que como Francisco de Asís, Isabel la Católica y Cristóbal Colón, llenan de resplandores de gloria los siglos en que vivieron.

Pero volvamos a mis Gnomos [8]. A mediados del mes de abril de 1846 vivía yo, aposentado por el Ayuntamiento de Granada, en la casa anexa a la parroquia de Santa María de la Alhambra, cerrada por entonces al culto. Todo era en aquella casa, tan destartalada como pintoresca, fantástico y misterioso. Sin dueño y sin vecinos, tocaba y tenía luz por una parte dentro de la solitaria nave del abandonado templo cristiano, y por otra sobre la ruzafa o cementerio musulmán de los antiguos reyes granadinos. Sus aposentos, de pavimento desnivelado y a cada uno de los cuales había que penetrar subiendo o bajando a lo menos un escalón, tenían sus paredes limpia y recientemente encaladas, pero desprovistas de todo papel, pintura o adorno que las decorara; ni en ninguna de sus puertas, balcones y ventanas, mal encajadas, interrumpía el paso del aire por mil rendijas el más ligero pabellón, el más deshilachado tapiz, ni la más transparente muselina. Mi alcoba era una especie de panteón embovedado, en cuyo rosetón central se ostentaba un saliente y poderoso gancho de hierro, que así podía servir para suspender una lámpara como para colgar a un hombre. Aquel camarín, al cual se descendía por cuatro escalones, era todo de maciza piedra, tenía trazas evidentes de haber sido capilla particular de los desposeídos párrocos de aquella feligresía, y tenía en el muro del Norte y en una hornacina con ciertas pretensiones de plateresca, una imagen de piedra de la Virgen Santísima con el Niño en brazos, y adornada por algún devoto con una corona de rosas de papel.

La noche del 27 de abril, a poco de haber conciliado el sueño, me desperté de repente azorado con la conciencia de algo acaecido que no comprendía, pero seguro de que se había efectuado, por el malestar que sentía en el estómago y el mareo que me desvanecía. Al mirar en torno mío, me apercibí a la luz de mi lamparilla de que la imagen de piedra, mal basamentada en su hornacina, se meneaba como jurándomelas con la cabeza, y de que mis pantalones, colgados en una percha, seguían casi imperceptiblemente los movimientos de la hornacinada escultura. Viniéronseme a la imaginación las estatuas de don Luis Mejía y del Comendador de mi *Don Juan;* estremecióme por primera vez el carácter sepulcral de aquel dormitorio, tan próximo al cementerio moro y al templo católico, donde también había cristianos enterrados en las sepulturas de su desenlosado pavimento; y me sentí asaltado por uno de esos miedos nerviosos, justificados por lo misterioso, inexplicable e incomprensible de su desconocido origen. Encontréme muy poco a gusto en aquella embovedada alcoba, y empecé apresuradamente a vestirme para librarme de la lúgubre y medrosa impresión que en ella me dominaba. El gobernador y el conserje de la Alhambra habían puesto a mi completa disposición

el palacio moro; cuyas llaves dejaban en mi poder por la noche, para que muy de madrugada pudiera yo continuar mis estudios, dibujos y apuntaciones, o permanecer en sus salas, patios y galerías en las nocturnas horas, según mi necesidad de aprovecharlas o mi antojo de desperdiciarlas. Embocéme en mi capa, encendí mi linterna en la lamparilla y cogiendo mis llaves, salíme cautelosamente de la morada parroquial y di conmigo en el patio de los Arrayanes a la plateada claridad de la última noche de un cuarto creciente, víspera del plenilunio.

Nada tan poderoso y fascinador como las ilusiones de los poetas; yo doy a Dios continuamente gracias por haberme dotado de tan vigorosa imaginativa que, desprendiendo mi espíritu del mundo real, me transporta y me hace vivir en la deleitosa región de la poesía, en amenísima sociedad con los seres fantásticos que la pueblan, hijos casi siempre de mis propios recuerdos y de los delirios de mis sueños. Yo preferí aquella noche al abrigo y al reposo de mi murado aposento los vacíos salones, los desabrigados patios y las solitarias arcadas de la habitación de verano de los granadinos monarcas; y huyendo de los fantasmas por mis nerviosos terrores abortados, me complací en arriesgarme a tropezar con las tristes sombras de la enamorada Muraima, de la severa Aixa y del desventurado Abú-Abdil-el-Zogoibi: quien acaso vuelva alguna vez a su perdido alcázar, cruzando el Estrecho en el vacío de la estela de aire que abren las golondrinas: que ya empezaban por aquel entonces a labrar sus nidos en sus descascarilladas torres y desmantelados paredones. ¿Quién sabe? ¿No es creencia universal de todos los pueblos y de todas las religiones que las almas de los muertos vagan alguna vez por las mansiones de los vivos?

Yo hubiera conversado tranquilamente aquella noche con la nacarina aparición de la pálida esposa desdeñada de Boabdil, si por las crujías de la Alhambra me la hubiera encontrado; y había abandonado por miedo de mí mismo mi berroqueño dormitorio, bendecido por el hisopo y amparado por santa imagen de la divina Madre del Salvador, a quien yo acababa de consagrar medio poema.

Y recorría embebecido los silenciosos ámbitos del palacio moro, y me había asomado a escuchar el rumor del Darro desde el balcón de la Torre de Comares, y a oír y a reclamar a los ruiseñores del bosque de los avellanos desde el mirador perfumero de las sultanas, y había descendido a la planta baja y me encontraba muy satisfecho y descansando entre la estatua que guarda el tesoro y el ánfora maravillosa conservada de la conquista, cuando creí percibir un murmullo de pasos y de voces; pero tan menudos y tan vagas, que no podía darme razón de por qué seres vivientes podían ser producidos. Ahogué la luz de mi linterna bajo mi capa, sintiéndolos aproximarse y acogiéndome al rincón más oscuro de la casi subterránea estancia, esperé la presentación en ella de aquellos andantes y parlantes seres todavía invisibles. A poco los sentí positivamente moverse y cuchichear dentro de la habitación; y el sonido extraño de sus escasas voces y el rumor escaso de sus movimientos, me dieron idea de la pequeñez de sus cuerpos, pero no de su naturaleza. Cesó de repente todo rumor, y suspendióse todo movimiento: y después de escuchar atentamente por unos instantes, y creyéndome ya libre de su proximidad, desembocéme y alumbré la sala, dirigiendo a mi alrededor la faja luminosa del foco de mi linterna. ¡Cuál fué mi asombro al verme rodeado de un centenar de hombrecillos de pie y medio de estatura, contrahechos, patiestevados y cabezudos, que me contemplaban a su vez absortos, con unos ojillos redondos como los de las lechuzas, cuya órbita saliente y cuya dilatada pupila me probaban que no necesitaban mi luz para ver en la oscuridad, y que antes de que yo les apercibiera, ya de mi presencia se habían ellos apercibido! Permanecimos aún otro breve espacio observándonos; ellos a mí con una tranquilidad que nada tenía de hostil, y yo a ellos como si no fueran más que entes ilusorios, creaciones incorpóreas de mi poética imaginación.

Al fin, uno que parecía jefe, soltando unas herramientas que, como todos, en la mano tenía, trepó como un macaco por el embozo izquierdo de mi capa, y sentándose sin ceremonia en mi doblado brazo y asiéndose con ambas manos, por si yo le quitaba este apoyo, de los cordones de un dormán que yo usaba para montar, entabló desde allí con los suyos y conmigo, como quien desde un balcón de un primer piso pudiera hablar con los del segundo y con los de la calle, la siguiente conversación:

(A los de abajo.) —El es; y como al cabo y al fin ha de concluir por apoderarse de todos los secretos de este palacio, creo que importa poco que le confiemos el nuestro.

—Es verdad—contestaron abajo todos.

Y dirigiéndose a mí, continuó el de arriba:

—¿Conque, por lo visto, has tenido miedo del temblor y te has acogido a la Alhambra?

Por cuyas palabras comprendí que acababa de verificarse un movimiento subterráneo, cuyos efectos me eran entonces desconocidos; pero viendo que yo no hice más que una inclinación de asentimiento con la cabeza, siguió diciéndome:

—Has hecho bien: aquí es en donde más seguro estás. Vosotros, los españoles, vencedores de los árabes, no les habéis nunca hecho justicia. Sobre todo, vuestros arquitectos, que han tachado de débil la fábrica de este palacio, sin verlo más que con los ojos de la cara, y sin que siquiera se les ocurra que los alarifes moros lo hicieron así, porque así y no de otro modo, debían de fabricarse en este cerro sacudido continuamente por los terremotos. Nosotros, que poseemos todos los secretos y comprendemos todos los primores de su construcción, somos los que apreciamos la parcialidad y la ligereza de vuestros juicios.

—Pero, ¿quiénes sois vosotros?—exclamé yo sin poder contener mi curiosidad.

—Poeta cristiano ingerto en moro, ¿nos estás viendo y no nos conoces? Nosotros somos los *Gnomos de la Alhambra*; habitamos bajo la tierra de sus cimientos, dentro de su montaña roja, y cuidamos de su conservación y sostén, previniendo las averías con que los terremotos pueden perjudicarla. Si vuestros arqueólogos y vuestros Gobiernos cuidaran de sus preciosos restos, como su valor merece, y como la gloria artística de

España exige, ya estaría por tierra esa monstruosa prueba de la barbarie de conquistador de Carlos I, quien, como todos los conquistadores, hizo una barbaridad derribando los pabellones de invierno del alcázar moro para hacer ese babilónico picadero, que no ha servido más que para circo de las ratas, a quienes perseguimos sin cesar nosotros para que no minen por debajo lo que aquel loco flamenco dejó en pie por casualidad arriba.

—¡Diantre!—exclamé yo casi escandalizado—. ¿Así habías del grande emperador Carlos V?

—Amigo, los moradores de bajo tierra no tenemos por qué guardar consideración ni menos adular a los de encima. Ese cuadro de piedra no es más que un padrón de ignominia para tu emperador cinco veces primero, puesto que le llamáis V; y la Alhambra es una estancia regia tan noble y tan especialmente construída, que ni merecía el atropello de aquel desatinado emperador, que tuvo que meterse fraile por no saber por dónde salir de los atolladeros de la política y de la administración en que se había metido, ni merece el desdén con que la miran los arquitectos y anticuarios; quienes no conciben solidez ni belleza más que en las macizas columnas y los ángulos y líneas rectas de las reglas del clasicismo arquitectural. Ven, ven con nosotros y verás lo que es la Alhambra. Esos muros, que parecen de tierra colorada para hacer cántaros, son de un hormigón, tan sólida y científicamente cementado y argamasado, que se petrifica casi al mismo tiempo que se seca; y estos muros petrificados como si fueran de una sola pieza, los rajan los terremotos y los proyectiles, pero no los desmoronan ni pulverizan, porque su fuerza de resistencia tiene su apoyo en todos sus átomos: cuya adhesión, cuando cede a la hendidura, separa los dos trozos hendidos, como los dos pedazos de una espada, que salta, pero no se hace cachos.

Ven ahora a inspeccionar la débil arquería de los aéreos templetes y galerías del patio de los leones. ¿Qué ves en esos arcos calados de ligero estuco, que no oponen resistencia al aire ni pesan ni gravitan sobre sus blancos pilares de mármol de Macael? ¿Qué ves? Que no son arcos, que no son más que marcos de cedro perfectamente ensamblados y claveteados, con clavos y tarugos cementados que se agarran y se unifican con las fibras del maderamen; de modo que aquí no hay más que las líneas y ángulos rectos de la ensambladura y clavazón de ese maderamen, que pesando poco y ensamblando perfectamente, sufre el movimiento de la tierra sin peligro; porque las maderas fibrosas se cimbran al hilo; el poco peso de las bóvedas y arquitrabes de cedro no rinden ni quiebran sus machones porque no pesan; y esos arcos fingidos que sólo están encuadrados en sus marcos, cabecean, pero no se derrumban: porque todos los empujes y las resistencias de los ángulos y líneas rectas se contrarrestan y se equilibran; y así está construída la Alhambra por los moros, que sabían mejor que los cristianos qué tierra pisaban. Conque, adiós, que tenemos que tapar y cegar los huecos y hendiduras que los gases y el arrugamiento que en el globo produce su paulatino enfriamiento, han producido esta noche en el cerro de la Alhambra y Torres Bermejas.

Yo no sé cuándo, cómo, ni por dónde se fueron ni me dejaron aquellos cien hombrecillos, cuyo jefe me pareció el que para hablarme trepó por el embozo de mi capa. Ya hacía más de una hora que el sol estaba sobre el horizonte; ya sus reyos doraban las torres de la Vela y de Comares, y ya los pájaros llenaban de armonía la selva de los avellanos, cuando yo me desperté sin poder darme cuenta de cómo me había dormido en una silla que el conserje me tenía siempre puesta en el camarín de Lindaraja.

Pero a mí no me sacará nadie de la cabeza que yo anduve y conversé con aquellos mirmidones, y que este pensamiento consolador de la solidez y seguridad del palacio árabe, que yo envío en este libro a los granadinos, me lo metieron en el cerebro aquella noche los *Gnomos de la Alhambra*.

Salamandras.—Espíritus elementales compuestos de las partes más puras y sutiles del fuego, cuyas regiones habitan; y son los espíritus elementales que más longevidad alcanzan. Cirano de Bergerac, dice que las salamandras habitan en el betún en ebullición de los montes volcánicos, como el Vesubio y el Etna; que sudan aceite hirviendo y escupen aguarrás cuando se encolerizan. La salamandra es una de las variedades del lagarto, de piel negra, sin escamas y cubierta de una materia viscosa.

Sylphos (Silfos).—Espíritus elementales del aire, cuya región pueblan en innumerables cohortes de variedad infinita. Son amigos del hombre a cuyo servicio se ponen a veces voluntaria e invisiblemente. Son tan afables como inteligentes, y los hay tan bellos y tan pequeños como el colibrí y el pájaro mosca: duermen en el cáliz de las flores y se columpian en las espigas y en los juncos, y tienen alas de mariposa. Las noches de luna vagan por bosques y florestas, y se divierten en inquietar a las luciérnagas para que salpiquen la atmósfera con su móvil fosforescencia. Los silfos gustan de albergarse en los bosques, y sus mujeres, las silfides, en los huertos y jardines que rodean los lagos: ellos son muy accesibles al amor de las mujeres y ellas al de los hombres. Las tradiciones y las baladas de los pueblos del Norte, están llenas de historias poéticas de estos desiguales amores, que tienen siempre trágico o tristísimo fin. Un opulento señor feudal, joven y de tan reconocida belleza que pasaba por el mejor mozo de su país, quedó inconsolable por la muerte de su esposa con quien estuvo casado apenas medio año: de modo, que aún no había tenido tiempo de mostrarla su vanidad y poco talento, embriagados ambos con las delicias de la luna de miel. En vano sus amigos y sus vasallos le procuraban consuelos y distracciones: el pesar profundo que le devoraba no parecía deber hallar lenitivo, y la fiebre de la tristeza que le roía las entrañas, amenazaba concluir tambien con su vida.

Una silfide, que de él se había enamorado, tomó la forma de su muerta esposa y entró una noche en su castillo, diciéndole que Dios, compadecido de su inmensa pesadumbre, la había resucitado. La pobre silfide se había alucinado con su amor, y se engañó como la más vulgar de las mujeres. Instalada en su hogar doméstico entre los más extremos os trausportes de cariño, vivió con el gallardo viudo los primeros meses, creyéndose la más dichosa de las criaturas; pero antes del año la desencantó su vanidoso y estúpido marido, hartándola de enojos, desaires y pesadumbres, según costumbre de todos los tontos opulentos y soberbios. Sufrió la enamorada silfide desaires, infidelidades y humillaciones por mucho tiempo, como todas las víctimas de su

amor obcecado; esperando con su abnegación cambiar el carácter y volver a su amor a su veleidoso e insensato marido, quien jamás podía conocer ni apreciar el tesoro que se le había metido en su casa, para colmarle en ella de una felicidad que él no merecía. Desamorada, al fin, y ofendida, volvió a su semidivino ser y a su vagarosa y alada forma de silfide la fantástica castellana, le mostró lo que perdía al perderla, y dándole un aletazo en la cara al levantar su vuelo, le cegó con el polvillo de sus grandes alas de mariposa, dejándole tan infeliz como había sido ingrato, lamentando su estupidez en perpetua oscuridad.

Ondinas.—Son las ninfas, nereidas y sirenas de la mitología pagana. Viven en el fondo de los mares y de los lagos; y tan pérfidas como hermosas, atraen a los pescadores y marineros, que creyendo hallar en sus brazos salvación y ventura, encuentran su tumba bajo las aguas. Algunas veces salen de su cristalino elemento y viven sobre la tierra con sus amantes o maridos, víctimas ciegas de sus maravillosos atractivos y poderosas seducciones: pero al cabo, atraídos por ellas, una noche de novilunio a la orilla del lago o a la ribera del mar, donde tienen su morada, dan con ellos en fondo del agua, donde son pasto de los monstruos glotones que le pueblan con tan pérfidas hermosuras.

Las Huríes o Hurícs.—No necesitan nota: todo el mundo sabe que son unas hermosísimas mujeres perpetuamente vírgenes, a pesar de estar destinadas por Aláh para placer de los bienaventurados en el paraíso de Mahoma. Las hay blancas, negras, amarillas y color de rosa, para gusto de los creyentes de todos los países y de todas las razas.

Elfos: Genios escandinavos.—Están condenados a vivir durante el día dentro de la corteza de las encinas, que cubren los montes y llanos de algunas islas del Báltico; pero por la noche toman su forma natural de guerreros armados, y recorren las islas y los canales detrás de su rey, que monta un carro de plata tirado por cuatro caballos negros, los cuales lo mismo vuelan en el aire que nadan por el mar. En tiempos de guerra guardan por la noche las costas, y ahuyentan a los enemigos que intentaran invadirlas, con el espantoso ruido de sus clarines y del choque de sus formidables armas. Es tiempo de paz, se reúnen en los páramos y descampados y ejecutan danzas y rondas fantásticas: e infelices de los pasajeros o los curiosos que por casualidad o a propósito las presencian, porque infaliblemente mueren dentro del año.

Esta tradición es común en muchos pueblos del Norte: y conocida bajo el nombre de *danza de los espíritus, danza de los muertos*, etc. Las *mujeres blancas* de Escocia, las *lavanderas blancas* de Bretaña, la *dama blanca* o *mujer blanca* de muchos países, tienen la misma historia en la superstición: se reúnen a la luz de la luna las unas a ejecutar sus bailes y rondas de inconcebible rapidez; las otras a lavar en los ríos, las fuentes, los estanques o los arroyos inmensas piezas de tela blanca de misterioso tejido, y atrayendo con sus cantares a los viajeros extraviados, a los cazadores y a los pastores, y obligándoles por fuerza, engaño o fascinación, a entrar en los círculos de sus rondas, les marean, les asfixian y muertos de cansancio abandonan sus cadáveres a la vera de los caminos.

La humanidad, que se compone de unos cuantos miles de seres inteligentes y de muchísimos millones de seres estúpidos, añade siempre a las sencillas creencias de la religión estos mil absurdos delirios de la superstición; y dando siempre más crédito a lo imposible y absurdo que a lo sensato y lógico, resulta que la raza humana es lo único que desmerece de la creación, y por eso los cuantos miles de seres inteligentes tienen que parar en ser explotadores de los tantos millones de estúpidos.

Y no insisto más en esto, porque esta cuestión social no es de este lugar.

Druidesas.—Sacerdotisas de los Galos. Eran nueve vírgenes, que respondían en los oráculos como profetisas, penetraban los secretos del porvenir, podían transformarse de noche en varios animales, curar las enfermedades con sus ensalmos y soltar o detener los vientos y las tempestades. Había, además, otro colegio de Druidesas que podían casarse; pero no podían cohabitar con sus maridos más que un día al año. Existen muchas leyendas sobre estas sacerdotisas, y Chateaubriand ha intercalado en su poema de los Mártires el de Velleda; episodio bellísimo que los clásicos tachan de lunar del poema, y que yo tengo por uno de sus primores.

Pythonisas.—Sacerdotisas de Apolo Pythio en el templo de Delphos, que presas de su sacro vértigo, predecían las cosas del porvenir y evocaban los fantasmas y sombras de los muertos; como la Pythonisa de Endor evocó la de Samuel ante Saúl.

La mitología griega llamó Pythio a Apolo porque mató a la serpiente Pithon, monstruo que se formó del limo de la tierra después del Diluvio.

Lémures: Larvas.—Según la mitología del paganismo romano, eran los genios malévolos y los espíritus de los perversos insepultos, que morían de suicidio o de muerte violenta, y que se albergaban en los techos y en los sótanos de las casas de los buenos, a quienes con asombros atormentaban.

Lamias.—Diablos hembras de la tierra, como las ondinas lo son del agua. Súcubos.

Esfinge.—Monstruo fabuloso de los egipcios adoptado por la mitología griega, que tenía rostro y pechos de mujer y cuerpo de león; a quien representaban echando de vientre sobre sus cuatro patas y que adivinaba los más misteriosos enigmas.

Estrigas.—Brujas, magas, viejas embaucadoras y hechiceras, a quienes la Edad Media atribuyó crímenes inauditos y poderes misteriosos. Los antiguos las confundieron con los vampiros, creyendo que comían carne humana y chupaban la sangre de los niños y las doncellas.

Martinillos.—Duendes familiares, que andan de noche por los cuartos y casas deshabitadas alumbrándose con unas linternillas, cuya luz es fugitiva e inalcanzable como la de los fuegos fatuos, muy abrigados del frío con gorros de lana blanca y provistos de campanillas, con cuyo sonido turban el sueño de los vecinos crédulos y medrosos. El Papamoscas de Burgos, que está asomado al cuadro de la esfera del reloj de la cate-

dral, en el trascoro, y que da las horas con su mazo en su campana, tiene por ayudante un *martinillo*, que le da los cuartos, abriendo las puertecillas de una especie de capillita en que está encerrado, y sacudiendo con dos martilletes que trae en las manos, dos campanillas colocadas fuera de las portañuelas.

Como se comprende sin dificultad, el Papamoscas y Martinillo son de pura raza de Castilla la Vieja. El de Burgos está colocado a tal altura que, para esperar su presentación y verle funcionar, no hay más remedio que convertirse en Papamoscas.

Trasgo: Del italiano *Strega*.—Duende invisible e incorpóreo, aún no visto ni descrito por ningún visionario cuyas obras me sean conocidas.

Endriago.—Engendro fabuloso, monstruo quimérico, ser extremadamente fantástico, creación de los antiguos romances y libros de caballería; cuya forma más determinada era un conjunto de facciones humanas y miembros de cuadrúpedos y de fieras.

Según la Academia, la etimología de su nombre viene de *en* y *drago*, por lo que al dragón se asimilaba.

Vestiglo.—Engendro fabuloso y monstro quimérico como el endriago, de quien se diferencia por su enorme, informe, indeterminada y fantástica magnitud.

Brucólacos.—Vampiro hembra entre los musulmanes.

Vampiros.—Hombres muertos y enterrados de muchos meses y aun de años, que salian de sus sepulcros en cuerpo y alma a chupar la sangre de los vivos, a quienes mordian en el cuello sobre la vena yugular; prefiriendo la sangre de sus parientes próximos y la de las muchachas vírgenes de su familia. Sus cuerpos permanecían incorruptos y flexibles en sus tumbas; y algunos eran tan ávidos de sangre y se atracaban de ella de tal manera, que les rebosaba por las narices y las orejas, y tenían alrededor de sus cadáveres empapada de ella la tierra. Para librarse de su aparición y de sus asechanzas, no había más medio que desenterrarles y cortarles la cabeza, clavándoles al suelo con una estaca aguzada, o quemarles y desparramar sus cenizas.

Aunque la supersticiosa creencia en el vampirismo es antiquísima, en los siglos XVI y XVII fué cuando tuvo una boga universal en Europa. Prusia, Silesia, Rusia, Polonia, Bohemia, Moravia, el Austria, todo el Norte europeo estuvo infestado de vampiros, es decir, de historias de vampirismo: y nadie ignora la de lord Ruthven, en el siglo pasado; el más galán, elegante, práctico y aterrador y el último de los vampiros. En España no los ha habido, que yo sepa; mas a dejar correr mi pluma por esta nota, ocuparía la mitad de este librejo con sus leyendas. Un vampiro es, a mi entender, uno de los personajes más a propósito para el teatro; pero sólo Alejandro Dumas (padre), lo presentó en el proscenio en un drama desatinadísimo, que tiene, sin embargo, dos escenas de incomparable efecto y de maravillosa fascinación.

Los griegos y los moravos llaman a sus vampiros *Brucólacos* y tienen por cierto que son vampiros todos los que mueren excomulgados; cuyos cuerpos no pueden pudrirse ni corromperse y permanecen frescos, rubicundos y flexibles en sus sepulturas. La creencia y el miedo de los *vampiros* es común en Levante a los griegos y a los turcos; unos y otros suponen que los *Brucólacos* comen, se pasean y hacen la digestión durante la noche, y cuentan que aplicando bien el oído se oye el rumor de su masticación dentro de las tumbas en donde yacen. La humanidad es siempre la misma en todas épocas y países: obcecada siempre y siempre empeñada en confundir la fe con la superstición y en amalgamar lo espiritual con lo absurdo. He aquí un hecho, que relata muy formalmente un viajero que recorrió el Levante, dándose como testigo presencial de él.

Durante su permanencia en la Isla de Candía murió en ella un griego excomulgado por su obispo, a causa de un horrendo pecado cometido en la Isla de Chio y fué enterrado fuera de la tierra bendita del cementerio, sin funerales ni oraciones de ningún rito. A las pocas semanas, comenzaron a contarse por aquella comarca encuentros nocturnos tenidos con un espectro por varias personas, a quienes había mordido por detrás en el cuello; quienes comenzando por palidecer y debilitarse, concluían por morir en pocos días, a consecuencia del susto de aquel encuentro, o de inoculación mortífera por aquella mordedura; pero nadie veía quién ni cómo se la producía, puesto que era acometido por detrás y de noche por el desconocido fantasma mordedor. Al cabo de algunos meses, una de las víctimas declaró que había creído reconocer el fantasma del griego excomulgado, que se paseaba una noche a la luna en los alrededores de la población, pasando junto a él un momento antes de sentirse atacado y mordido por detrás. El clero y los jueces determinaron desenterrar al griego, cuyo cuerpo hallaron fresco, flexible y repleto de sangre: en vista de cuyas infalibles señales, habiéndole declarado *Brucólaco*, decidieron, por consejo de los sabios monjes del rito griego de San Basilio, profundos conocedores de las tradicionales leyes y costumbres antiguas de aquel país, desmembrar el sacrílego cadáver y cocer sus pedazos en vino, que era lo que con los brucólacos constaba que habían hecho sus mayores desde remotos tiempos. Los parientes y amigos del excomulgado griego se opusieron a la ejecución de la para ellos tan infamante sentencia, y enviaron una enérgica protesta y una perentoria demanda de amparo al patriarca de Constantinopla, que es el jefe supremo de la Iglesia griega, como el Papa lo es de la católica romana, reclamando de aquel pontífice heterodoxo la absolución de que sin duda necesitaba el alma del excomulgado *Brucólaco*. Mientras volvía el mensajero que debía de obtener y traer el perdón del patriarca, el cadáver del vampiro colocado y encerrado en su caja, fué depositado en el templo, y los monjes de San Basilio encargados de su guarda, hacían por él diarios sufragios, plegarias y oraciones después de la celebración de los divinos oficios. Estando así en ellos una mañana y el templo lleno de gente por una festividad, retumbó un extraño, repentino y temeroso ruido dentro de la caja en que se hallaba depositado el cadáver: abierta la cual, se encontró a éste seco, arrugado, tieso y sin sangre, como correspondía a un muerto de tantos meses de enterrado: con la circunstancia milagrosa de que, a la vuelta del mensajero con la patriarcal absolución, se comprobó que la transformación repentina del cuerpo sanguíneo del brucólaco en cadáver casi momificado, se verificó en el mismo punto en que el santo patriarca firmaba su absolución en Constantinopla.

Los vampiros hembras o *Brucólacos* femeninos de los musulmanes, a quienes llaman también *Gholos* y de quienes cuentan historias hasta más allá de los tiempos del célebre Kalifa Arun-al-Raschid y casi de la época del Profeta, son mujeres depravadas, de costumbres, vicios y gustos estragados y contranaturales; que como las brujas en sus aquelarres, se juntan por la noche en los cementerios, desentierran las cadáveres y celebran repugnantes festines, devorando su carne corrompida y bebiendo la sangre de los vivos; a quienes pueden sorprender dormidos y morderles en la vena yugular, o la de los niños que roban y degüellan para satisfacer la sed horrible que en ellas excita el hediondo manjar de que se alimentan en sus nocturnos y sacrílegos conciliábulos.

Tales son las creencias de los árabes, y se tropieza a cada vuelta de hoja en los cuentos orientales con una especie de vampiro, engendro especial de sus narraciones, que no puede vivir si no devora en épocas determinadas el corazón caliente de alguna virgen; quien se transforma, como él, en vampiro después de haber sido por él muerta y descorazonada. Lo cual prueba que las horrendas tradiciones del vampirismo son antiquísimas en Arabia.

Pero no hay aberración ni superstición humana que no tenga origen o base en algún hecho mal interpretado por el miedo o la credulidad del vulgo, o en algún alucinamiento de su imaginación descarriada y en la falta, sobre todo, de criterio de los pueblos ignorantes; que no reciben instrucción ni cultura de los que debían procurársela, tal vez para explotarles, manteniéndoles en su perpetua dependencia.

Aún hoy en algunas comarcas de la culta Alemania, se pone a los muertos un terrón de tierra debajo de la barba o una moneda de plata o una piedrecilla redonda en la boca, para impedirles que coman tierra, y en algunos pueblos, por la misma supersticiosa precaución, se les aprieta fuertemente la garganta con un pañuelo de seda; porque creen que hay muertos que se muerden y devoran a sí mismos dentro de su ataúd; y es evidente que se han hallado muchos cadáveres y esqueletos boca abajo, o comidas las manos, y en posiciones forzadas dentro de sus cajas, por haberlos enterrado vivos por descuido o precipitación, especialmente durante las epidemias. Con respecto a los ruidos que en sepulturas y ataúdes se sienten, el miedo y la superstición los atribuyen sin reflexión a maravillosas y fantásticas causas, olvidando las ratas y los roedores y los reptiles que se anidan o albergan en todos los huecos subterráneos. ¿Y quién ignora que hay terrenos que mantienen frescos e incorruptos los cadáveres por mucho tiempo, o los enjugan y momifican, así como hay otros que los descomponen, pudren y agusanan con destructora rapidez?

No hay acaso uno de éstos que parecen prodigios, cuya causa física no puede hallar y explicar la fría razón y la observación serena.

El autor de este miserable librejo ha pasado las tres cuartas partes de su vida en utilizar, para las estrafalarias elucubraciones de los muchos dramas y leyendas que por su mal lleva publicados para ganársela; pero tiene la fortuna de no creer en nada de lo maravilloso y fantástico, que constituye el vano fondo y la caprichosa forma de sus numerosas obras poéticas.

Una lectura estrambótica, de escasísimo valor literario, pero de original efecto en su exhibición oral, que inserta algunas páginas más adelante, y la ronda de los Gnomos que antecede a estas notas explicativas, son dos pruebas palpables del tiempo que ha perdido en dejar vagar a su espíritu por los países imaginarios, en vez de procurarse más sólidos conocimientos para ser útil a la sociedad de su tiempo, con libros de más prácticos estudios.

Pero ya es tarde para que aprenda a hacer cosa mejor, mientras algún amigo le prepara una jaula en un manicomio, si Dios no le tiende pronto en la fosa que le ha concedido el Ayuntamiento de Valladolid, su ciudad natal.

SEGUNDA PARTE

NOTA DEL AUTOR

Había yo imaginado y me había propuesto escribir un libro que se titulara PARA TODAS, en el cual todas debían hallar algo que a cada una debía yo de dedicar, y cuyo pensamiento expongo sinceramente en las octavas que sirven de introducción a esta segunda parte de mis GNOMOS y MUJERES.

No podía ser éste un libro escrito de un solo aliento; sino la colección de las diversas impresiones, que en indeterminado tiempo había de inspirarme un indeterminado número de mujeres, y extendí sobre el papel muchas de estas impresiones, algunas en prosa y en verso la mayor parte.

Pero no es ya tarea para un viejo la de semejante libro, que sin acreditarle de poeta galán, le desacreditaría por viejo verde: y sin ocuparme ya en recoger las composiciones perdidas, reúno en estas hojas las que encuentro a la mano; por si algún día otro poeta más joven que yo quiere aprovechar y llevar a cabo el pensamiento de mi PARA TODAS.

MUJERES

I

INTRODUCCIÓN

Hay sobre la mujer mil pareceres;
allá va el mío, aunque parezca raro:
yo amé toda mi vida a las mujeres:
entendámonos bien y hablemos claro;
más que por torpe germen de placeres,
me es el amor de las mujeres caro,
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Se ha hecho moda hablar de ellas con [desprecio;
yo de hablar de ellas bien tengo manía;
al que habla de ellas mal tengo por necio,
falto de corazón y cortesía:
no objeto para mí de menosprecio
son, sino manantial de poesía:
no obró conmigo mal jamás ninguna,
y debo más de un bien a más de una.

Voy, pues, en estas páginas con flores
un ramillete a hacer a las mujeres,
y en él de todas a juntar primores,
cumpliendo así el mejor de mis deberes.
Este libro es LA FLOR DE LOS AMORES,
tesoro universal de bienquereres;
libro galán, allanador de bodas,
para todos escrito en pro de todas.

Lectura para todas las edades,
y a todas las mujeres lisonjera,
por el valor audaz de sus verdades
dichas a nuestra edad, que degenera

viciando a la mujer con vaciedades,
que a su espíritu sacan de su esfera
y envilecen su alma, que se abisma
en la ciega ignorancia de sí misma.

Yo veo a la mujer como una perla
que escondida entre cieno nadie pule,
porque nadie en el cieno a conocerla
llega, ni allí su precio hay quien calcule.
Yo quiero a luz sacarla, y exponerla;
yo quiero que su precio bien regule
y que la estime el hombre en lo que vale,
y que con él por su valor la iguale.

Y allá va una verdad que nadie ha dicho:
el hombre imaginó y escribió osado,
(porque el hombre fué siempre muy mal
[bicho),
que Eva al buen padre Adán, que era un
[cuitado,
engañó y condenó por un capricho.
¡Gran falsedad que el hombre ha propa-
[lado!,
porque ella, que al pecar fué condenada
los hijos a parir, fué la engañada.

¡Y cuán prolijo afán, qué de pesares
no dan a la mujer hijos ingratos!
¡Cuántos el que la lleva a los altares,
y hollando juramentos y contratos,
desleal la abandona en sus hogares,
achacándola, vil, sus torpes tratos!
¡Y ella, a guardar de entrambos condenada
la honra, es por los dos la deshonrada!

Dios a Eva dió a Adán no por su esclava,
sino por su mujer y compañera:
el hombre ingrato en su soberbia brava
lo ha querido olvidar en toda era:
nunca la dió el lugar que la tocaba,
la paridad con él que Dios la diera;
y la perla está aún sin pulimento...
y allá va otra verdad como la siento.

Desde la virgen que en los claustros
[ora
hasta la vil, impúdica ramera
que enfangada en el vicio, a toda hora
a sí se infama y a su raza entera,
toda mujer que deshonrada llora,
toda la que en dolor se desespera,
de su duelo o su infamia, no os asombre,
la ocasión o el origen es un hombre.

Todo hombre nace de mujer: de niño
le nutre con su leche, le guarece
al calor de su seno: pulcro aliño
debe a la mano que acaricia y mece
su débil ser: con besos de cariño
y cantares su boca le adormece,
le mima con afán, le fortifica,
toda a hacerle hombre a él se sacrifica.

Y él, ¿cómo al ser ya hombre recom-
[pensa
tanto bien, tanto afán, cariño tanto,
abnegación tan noble y tan inmensa,
tan generoso afán, amor tan santo?
De hacerla a él inferior la hace la ofensa;
la constituye inhábil para cuanto
da poder, dignidad, honra y decoro,
y vender la hace su virtud por oro.

Hoy nuestra sociedad, degenerada,
exhausta ya de fe por su egoísmo,
de la moral de Cristo emancipada
por desencantador positivismo,
despudorando a la mujer honrada
la echa en la desnudez del paganismo;
y el hombre a la mujer despoetiza
porque la sociedad descristianiza.

Inferior la declara y la abandona;
no se ocupa de su alma, no la educa:
atento a la beldad de su persona
no más, desde los pies hasta la nuca
con carnal apetito la inspecciona,

y la engaña o la compra: y si a caduca
llega al fin, la escarnece, y que es olvida
la que a sus hijos y a él les da la vida.

Yo adoro a la mujer bajo sus fases
todas: y madre, hermana, esposa, amiga,
querida, en fin, sin exclusión de clases,
en toda posición en que la obliga
a colocarse el hombre, sobre bases
siempre falsas, por más que el hombre
[diga,
yo estoy por la mujer; y en el camino
donde la hallo la amparo y patrocino.

Noble o vil, recogida o extraviada,
siempre el hombre la engaña y descamina;
contra ella para mí no puede nada
pluma venal ni lengua viperina,
y por mí será siempre respetada,
Teresa de Jesús o Mesalina;
porque no hay una sola, y no os asombre,
que su infamia o su mal no deba a un
[hombre.

Si el tiempo y Dios me dejarán ignoro
a este librejo excéntrico dar cima;
yo quisiera escribirle en letras de oro
y echarle de los siglos por encima,
de la mujer por honra y por decoro
y de los hombres para escarnio y grima;
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Algo en él hallarán para sí todas;
desde la infanta real, que por la tierra
manda el cartel de su festín de bodas,
a la que en paz claustral viva se entierra;
desde la linajuda de armas godas,
hasta la que arrastrada va a la guerra
por el amor de un quinto, que la explota
y el ruin caudal de su cantina agota;

toda mujer, ya rubia, ya morena,
buena moza o raquítica, delgada
u obesa, chica o grande, mala o buena,
como una palma esbelta o jorobada
como un camello, Marta o Magdalena,
coger podrá una flor en esta obrilla
del poeta galán

José Zorrilla.

II

VERSOS Y FLORES

A la Excma. Sra. D.ª Carmen Aragón de Azlor, Condesa de Guaqui.[9]

Sobre tu belleza quieres
que yo mi opinión te dé,
Carmen; como tú no eres
como las demás mujeres,
qué opinar de ella no sé.

Pienso que naturaleza
a cuantos seres creó,
agotada su riqueza,
una gracia les quitó
para adornar tu belleza;

y cuantos seres hermosos
en la creación se hallaron,
en tu favor generosos,
de sus dotes más preciosos
de algunos se despojaron.

Dió a tus cabellos las ondas
de sus ondulantes frondas
la cimbrosa palma-dátil;
y un vapor de orlas redondas
dió a tus formas lo tornátil.

Su nitidez dió a tu frente
la nieve de las montañas;
y un nublado de Occidente,
que entoldaba el sol poniente,
dió su sombra a tus pestañas.

Tus dos ojos al rasgar
de tu tez en la alma tela,
vinieron modelo a dar
empeñados a la par
un halcón y una gacela.

Una perla que partió
Venus, la playa marina
al pisar cuando nació,
de tus párpados formó
la nacarada cortina.

Dió luz la de la mañana
a tu mirada serena;
y en tu cara fresca y sana
desleyeron nieve y grana
un clavel y una azucena.

Su sonrisa celestial
te dió el ángel Azael:
y en tus labios de coral
labró una abeja un panal
y dejó en ellos la miel.

Dió un nardo aroma a tu aliento:
dió un ruiseñor melodía
a las notas de tu acento;
y a tus palabras dió el viento
su inextinguible armonía.

Dió a tu cuello y tu cabeza
el antílope africano
su gallarda gentileza;
y el león a tu belleza
dió su porte soberano.

Las terebínticas gomas
de la arábiga región
dieron a tu cuerpo aromas,
y Dios te dió un corazón
sin hiel, como a las palomas.

Perdona, Carmen; tú no eres
mujer como las mujeres
hijas del hombre, y no sé
de tu beldad cómo quieres
que yo mi opinión te dé.

Si no pueden producir
nada a ti par ni el Ofir,
ni Golconda, ni el Perú...
¿qué puede un hombre decir
de una mujer como tú?

III

EN LA ÚLTIMA HOJA DEL ÁLBUM DE LA MISMA

I

Carmen, amiga noble, casta y risueña,
más que de tus palacios de mi alma dueña,
¿por qué desnudas
en un papel me arrojas frases tan rudas?
Un papel blasonado, fragante y rico,
que una hurí tomar puede por su abanico...
¡y viene lleno
de palabras de acíbar..., casi veneno!
¿De ingratitud me tachas por breve [ausencia?
¡Nunca al volcán te asomes de mi exis- [tencia!
¡Dios te preserve
de penetrar en mi alma, cráter que hierve!

II

Oye, Carmen dichosa, buena y sencilla,
que ves el mar del mundo desde la orilla;
tú puedes tanto,
que a tu voz en mis ojos se seca el llanto.
Tu voz cual fresca lluvia cae en mi alma,
tu amistad es un bálsamo que mi afán [calma;
tú puedes tanto,
que en mi duelo me dices: «cántame», y [canto.

De tu frase amarguísima para castigo,
generoso y humilde seré contigo;
tú me lo ordenas,
mas vé en qué sitio pongo mis cantilenas.
¡A tu mejor amigo peor le tratas!
¡Oh, la más inconsciente de las ingratas!
Mas mira al cabo
cómo tu amigo el puesto toma de esclavo.
En las hojas de tu álbum será el postrero,
a su umbral colocado como portero;
como el esclavo
vigía del oasis puesto en el cabo.
De este oasis tu álbum es el terreno:
cuando esté de recuerdos y flores lleno,
yo haré el resumen
de las flores y plantas que le perfumen.
Grilo, rico en imágenes, luz y colores,
te le abrió con portada rica en labores;
yo te lo cierro
con un viejo y mohoso cancel de hierro.
Sembraré ante él de líquenes orla sal-
[vaje,
de aquellas que de América y África traje:
musgos y tamos
que no podrán ya darle sombra ni ramos.
Mas entre sus raíces improductivas
te pondré un semillero de siemprevivas:
Pon cuando muera
de mi tumba en el mármol una siquiera.

III

Hurí de ojos azules, brazos cenceños,
cabellera de arcángel y pies pequeños:
gacela esbelta
en el desierto estéril de mi alma suelta;
alondra que a los cielos a cantar subes
para enviarme tus píos desde las nubes;
Carmen, hermana
del ángel que abre el cielo por la mañana;
¡ojalá de la vida por las tormentas
atravieses tranquila sin que las sientas!
¡Ojalá un día
te consuele, si sufres, mi poesía!
Adiós, Carmen dichosa, buena y sencilla,
que ves el mar del mundo desde la orilla...
¡Adiós y piensa
que arrebata a tu amigo la mar intensa!

IV

EL PINAR [10]

ESTUDIO NOCTURNO DE HISTORIA NATURAL

A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA PAULINA CONTRERAS DE ALARCÓN

Pregúntasme, Paulina, qué hizo, dónde
[estuvo
mi Musa peregrina que a España aban-
[donó;
saber curiosa quieres por dónde errante
[anduvo,
qué penas, qué placeres y qué aventuras
[tuvo,
qué sitios y qué seres por donde anduvo
[vió.
No sé, Paulina mía, qué responderte:
yo recorrí la vía que va a la muerte:
vino en mi compañía mi Musa, ansiosa
de aspirar poesía; mas dió en la prosa:
la fe y el verso
emigran hoy, Paulina,
del universo.

Viví con los romanos... *Roma veduta*,
dicen los italianos, *fede perduta*.
Viví con los franceses... del bardo estancia
tras sus grandes reveses no es hoy la
[Francia.
Mi musa y yo perdimos año tras año,
y por día cogimos un desengaño.
Nuestro siglo no quiere ya poesía:
la poesía muere, Paulina mía:
su astro divino

se vuelve al firmamento
de donde vino.

Yo ante lo positivo del siglo cedo;
él se adelanta altivo, yo retrocedo.
¡Pobre vieja que olvida que ya chochea,
mi Musa enronquecida ya balbucea:
y hoy cuando ensaya loca cantar o cuento,
en vano ya en su boca busca el aliento!
Mi musa expira,
y al expirar la siento
romper mi lira.

Empero tú lo ordenas, Paulina, y obe-
[dezco;
yo debo cantilenas y cuentos inventar
para adormir tus penas: que pidas te agra-
[dezco
al moribundo bardo su postrimer cantar.
Oye mi historia triste, fantástica y extraña,
que acaso se resiste tu espíritu a creer,
porque el disfraz reviste de fábula y pa-
[traña
de aquellas que leíste cuando aprendiste a
[leer.
Escucha: no es leyenda de las que yo
[solía
contar bajo la tienda de berberisco Emir,
en versos cuya métrica, labor de orfebrería
de filigrana arábiga, profusa crestería
de monasterio gótico, fué loca poesía
que en la época romántica dió tanto que
[decir.
No: narración geórgica de inspiración sil-
[vestre
con caracteres de égloga o apólogo cam-
[pestre,
como labor grosera de rústico pastor,
es un alarde bárbaro, que espero que te
[muestre
cuál es aún el ánimo del viejo trovador.
Escucha: de una selva donde he vivido
me manda Dios que vuelva de muerte
[herido.
Mi retiro entre pinos de Francia dejo,
buscando mis caminos del tiempo viejo;
pues por más que los haya la edad borrado,
yo es forzoso que vaya tras lo pasado:
que es mi destino
arrostrar los abrojos
de mi camino.

Mas como di a mi patria mi vida entera
y sin miedo encomiándola fuí por doquiera,
todo el afán se encierra del alma mía
en morir en la tierra donde vi el día;
y el poeta católico que tal ha hecho,
a demandarla túmulo tiene derecho;
justo es que muera
en su patria y a sombra
de su bandera.

Mas ya de los pinares de aquel retiro
no traigo por cantares más que un sus-
[piro;
por contarte al oído mi último cuento,
te traje retenido mi último aliento;
y es, voz ya de otro mundo, Paulina bue-
estertor moribundo mi cantilena; [na,
mi musa expira:
oye al morir qué acordes
halla en mi lira.

II

En una trasparente noche de estío
y un lugar de naciente ruin caserío:
detrás de él su corriente derrama un río,
y anchos pinares
le rodean brotando pies a millares.

Una fábrica nueva perpetuamente
entre el humo que eleva ruge estridente
cuando humo y son se lleva, tiembla el
[ambiente,
y allá en sus huecos
de repetir tal ruido se hartan los ecos.

El pinar atraviesa la ferrovía
donde el trajín no cesa noche ni día;
y gran ruido, gran priesa gran gritería
trae cada hora
al lugar un rápida locomotora.

Aquel monstruo de fuego, de humo y bullicio
que parece que ciego va a un precipicio
y al lugar desde luego saca de quicio,
trae las noticias
de todo el mundo, y juntos duelos y alegrías.

Del Este allí y del Norte y el Mediodía,
de la aldea y la corte trae noche y día
gente de todo porte, noble y baldía,
diversa en traje,
catadura, costumbres, raza y lenguaje.

Y la turba arrastrada por este ruido
no se parece a nada visto ni oído;
llega... da una mirada... sigue... ¡se ha ido!
¿Dónde?, ¡quién sabe!,
un tren va por la tierra como una nave
por el mar, por el viento como va un ave:
nadie su huella
sigue..., nadie la alcanza...
¡si no se estrella!

III

En este sitio agreste que la segur desmonta,
do el áspero sudeste la brisa trae del mar,
donde a la luz celeste para surgir se apronta,
una ciudad que preste su nombre a aquel pinar,
la que conmigo viene, por compañera
de mi existencia, tiene su vida entera.
Vida ajena en mi casa de sinsabores
entre pájaros pasa, libros y flores.

Floricultora activa, sencilla en gustos,
por doquiera cultiva flores y arbustos;
mi casa por doquiera de ellos cercada,
está por dentro y fuera toda enflorada:
la casa mía
rebosa amor y flores
y poesía.

Tienen todas sus piezas y alrededores
por únicas riquezas tiestos y flores;
paredes y contornos hechos jardines,
por cortinas y adornos tienen jazmines,
madreselvas, clemátidas y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas:
mi casa en Francia
respira fe, ventura,
paz y fragancia.

De mi casa delante, y en dos planteles
que guardan del paseante férreos canceles
y que cerca un trasplante de mirabeles,
de lilas, de retamas y de rosales,
hay de tierra dos camas pares y ovales;
do como en canastillos brotan espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geráneos, amarantos, plúmbagos, luisas,
alhelíes, acantos y minutisas:
bulbosas espigelias, nardos galanes,
renúnculos, camelias y tulipanes:
de Francia puesta
en un pinar salubre,
mi casa es ésta.

Mi mujer, blanca y rubia como una inglesa,
pero risueña, franca y aragonesa,
por ornamento y gala tiene los techos
de comedor y sala pensiles hechos:
y cuelgan de sus vigas en suspensiones,
plantas del fuego amigas, de otras regiones;
y en jaulas entre espesos hilos de alambre

cantan pájaros presos sin afán ni hambre;
y en el patio, en el huerto y en las cocinas,
todo a todos abierto, van las gallinas,
pavos, palomas, tórtolas, loros y patos
a comer con los ánsares, gozques y gatos;
y en tal vivienda,
que parece un invento
de esta leyenda,
es donde al doble estruendo
de sierra y tren al par,
tres años ha que enciendo
la lumbre de mi hogar;
y a solas atendiendo
mis versos a hilvanar,
allí al progreso atiendo
del siglo y del lugar.

Mas cuantos más quebranta troncos la [sierra,
cuanto más adelanta la ferrovía,
cuanto más se levanta sobre la tierra
su estridor... más se espanta la musa [mía;
y aquí, Paulina, siento que cada día
pierde tierra y aliento mi poesía:
Paulina buena,
oye el fin de mi cuento
puesto en escena.

IV

Es una noche quieta del mes de junio:
la luz que se completa del plenilunio
se quiebra rayo a rayo sobre cada hoja,
que regada por mayo la tierra arroja.
Las nocturnas tinieblas avergonzadas,
se esconden hechas nieblas por las cañadas;
las nubes, trasponiendo los horizontes,
se atropellan huyendo tras de los montes;
el cielo de vapores su faz despeja,
y sondar sus mayores límites deja;
cuyos inmensurables, hondos espacios,
tachonan incontables vivos topacios:
de Dios espejo,
la luna de su imagen
pinta el reflejo.

De este faro a la lumbre maravillosa,
desde el valle a la cumbre todo reposa;
la tierra a su luz mansa, muda o dormida
yace, y mientras descansa recobra vida
cobijándose envuelta, novia velada,
entre una gasa suelta de luz plateada;
y esta luz juguetona, niña coqueta
que atraviesa y burlona retoza inquieta,
con los cambiantes que hace doquier que [mira,
en fingir se complace cualquier mentira;
porque, falsa como hembra, muestra en [penumbra
y de ilusiones siembra cuanto columbra.
La edad pagana
la adoró triple en Hécate,
Lucina y Diana.

En la faz movediza de un verde lago
que imperceptible riza céfiro vago,
de los árboles pinta la sombra parda
como de estacas cinta que un campo [guarda;
del monte en fajas anchas la sombra dura
extiende como manchas por la llanura;
monstruo fosforescente, da miedo y frío
convertido en serpiente de luz el río;
zarzas, endrinos, líquenes, viñas y parras,
aun sin hojas, de grifos semejan garras;
de las verjas ejércitos fingen las barras,
e incendios en los vidrios y en las pizarras;
tal es la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

V

Todo a la misteriosa luz blanca de Lu- [cina

te he dicho que reposa; mas no es verdad,
[Paulina;
la noche es engañosa y miente por doquier.
En esta selva hojosa que a medias ilumina,
sucede alguna cosa curiosa y peregrina;
ven, pues, si eres curiosa, lo que sucede
[a ver.
Paulina de ojos límpidos,
do el alma se revela
de la mujer católica,
del ángel del hogar,
conmigo al bosque acércate;
mas pisa con cautela
con tu esbeltez de antílope,
tu paso de gacela,
primor y gracia ingénitos
del andaluz andar.

—

Te he dicho que reposa, que calla todo
en esta selva hojosa: de ningún modo;
todo, Paulina,
calla bajo el tumulto
que lo domina.
Del vapor al empuje que el hombre
[guía,
la fábrica que ruge, la ferrovía
que so los trenes cruje, la gritería,
las bocinas, los silbos... todo el estruendo
del progreso que invade nuestra vivienda,
son el rumor tremendo
de esta leyenda:
porque canta la máquina dominadora
y de su triunfo víctima la lira llora;
al pasar cual relámpago, bajo su rueda
la hace añicos la impávida locomotora,
y huye espantado el numen, y el hombre
[queda;
y el hombre con su sierra la tierra escom-
[bra
de árboles: y la tierra, ya al sol sin som-
[bra,
avergonzada y muda sin arboleda,
como virgen desnuda se ve, y se asombra.

Mas es fuerza, Paulina, que tal suceda;
el progreso camina: la sed del oro
se impone, predomina, triunfa y depreda.
El corcho y la resina son un tesoro;
brea, carbón, madera,
necesitan comercio, guerra y marina;
la tierra entera,
suprime las distancias y se avecina
por un rail o por una nave ligera
Francia o España a América y Albión a
[China:
con que manera
de salvar los pinares no hay ya, Paulina.
El vapor y la sierra los desarraigan,
paso haciendo al progreso, que audaz ca-
[mina.
¿Quién ataja del siglo ya la carrera?
Es preciso que caigan
¡los pinos fuera!,
¡hachas y sierras traigan!
¡Fuego a la hoguera!
El sonoro penacho de su ramaje,
de la altura en que ondea fuerza es que
lo que ayer era [baje:
pabellón de verdura fresco y umbrío,
gigante que en la altura suelta y ligera
daba al viento de ramas su cabellera,
será vacío
espacio a la intemperie del cielo abierto,
será páramo escueto, seco y baldío,
el arenal estéril de un gran desierto:
porque al perder sus árboles, Paulina mía,
pierden montes y selvas su poesía.

VI

La que amparó a su sombra la bóveda
[enramada
del bosque, cuyo domo flotante y secular
desde que Dios extrajo la tierra de la nada
se apoya en una fábrica por Dios apilarada
por los cien mil pilares de troncos del
[pinar,

con ellos al tenderlos la máquina y la
[sierra
la ahuyentan y va ante ellas cejando sin
[cesar;
avanzan ellas dando con el pinar en tierra,
y cuanto poesía en el pinar encierra,
delante de ellas ceja... y cejará hasta el
[mar.
El estruendo creciente que se difunde,
en todo ser viviente pavura infunde;
cuanto en la selva vive, la selva deja
y a emigrar se apercibe y huye y se aleja.
Cuanto ser animado constituía
del pinar perfumado la poesía,
cuantos de estos pinares habitadores,
del pinar familiares, de él se guarecen
y al rumor se estremecen de estos clamores,
para vivir, lugares buscan mejores;
y según crecen
los silbos de las máquinas,
desaparecen.

VII

Contémplalos, Paulina, huir despavo-
[ridos,
o absortos escuchándolos e inmobles de
[pavor,
oír los mil baladros, aúllos y rugidos,
bostezos candescentes y humeantes reso-
[plidos
de la estridente fábrica y el carro del va-
[por.
En la punta de un árbol una marica
curiosa oye el estrépito que no se explica:
un conejo empinado sobre las patas
mira el humo asombrado tras de unas ma-
[tas,
y un mirlo con el ruido y el humo ronco,
va amparándose huído de tronco en tronco.
Vaciando apresuradas sus almacenes,
y en cordón y cargadas como los trenes,
sintiendo que peligran hueva y granero,
las hormigas emigran de su hormiguero.
La liebre huye agachada bajo la yerba:
el barranco espantada salva la cierva;
ciegas, casi volando, ganan camino
las ardillas saltando de pino en pino;
sus panales vacíos deja el enjambre,
su capullo el gusano deja en estambre;
los anfibios y ranas, que en torno bullen
del lago, en él se arrojan y se zambullen.
Las aves desanidan y se desbandan;
los brutos no se cuidan de por dónde an-
[dan:
banda revuelta de ánades que el aire cru-
[za,
atropella en sus círculos a una lechuza:
temiendo a una vulpeja que toma el jopo,
con una comadreja se topa un topo:
al cruzar la maleza, bajo un tomillo
un lagarto tropieza con un cuclillo;
y un garduño, que pasa con miedo a un
[sapo
bajo un espino, rasa con un gazapo.
Reptiles y alimañas, mansas o fieras,
desconocen hurañas sus madrigueras;
y las bestias de carga, redil y establo,
parece que a la larga sienten al diablo.
Muerden en los pesebres traba y ronzales
cobardes como liebres los animales;
y lo mismo los sueltos que los trabados,
se amontonan revueltos y amedrentados:
y excitándose ardientes unos a otros,
relinchan impacientes yeguas y potros;
la vaca a quien se aleja de su ternero,
muge por él; la oveja por su cordero
bala, y la cabra trémula, casi con grito
de voz humana, clama por su cabrito.
De mulas, de lebreles y de becerros
se oyen los cascabeles y los cencerros;
la encerrada y doméstica volatería
añade a tal estrépito su gritería;
fieles a su consigna ladran los perros,
y el eco, apoderándose de tal tumulto,
le repite, redobla y extiende a bulto
por barrancos, quebradas, simas y cerros...

fin de la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

VIII

¿Te ha gustado mi cuento? Sí o no,
[Paulina:
¿Sí?, pues oye un momento, que aún no
[termina;
que añada deja
algo que sustituya la *moraleja*.
Siguieron avanzando la máquina y la
[sierra:
y yo, que allí vivía no más por el pinar
y por la poesía que en el pinar se encierra,
mirando que a dar iban con el pinar en
[tierra,
creí que aquella tierra debía abandonar.
Torné a los patrios lares: quisiste oír mi
[historia,
te prometí cantares: mas ronco y viejo ya,
mis cuentos familiares trayendo a la me-
[moria,
te hablé de unos pinares... y te aburrí
[quizá.
Perdona mi torpeza; mi decadencia excu-
[sa:
ya no hay en mí firmeza, desbarra ya mi
[musa,
delira mi cabeza, mi inspiración se va;
mi poesía pasa, Paulina mía:
¡adiós!, ve cómo muere mi poesía.

V

A UNA JOROBADA

Dicen que derramas llanto
cuando al espejo en tu alcoba
ves a solas, con espanto,
tu busto..., ¡no es para tanto!,
no llores por tu joroba.

Dios, jorobadita mía,
nada hace en la creación
sin razón ni poesía:
Dios no te jorobaría
sin una buena razón.

Óyeme, pues, jorobada,
a quien su joroba inquieta,
y verás cómo no hay nada
que no sea obra acabada,
si es de Dios, para el poeta:

y que aunque con mofa tal
hable de nosotros dos
nuestra sociedad banal,
nunca habla el poeta mal
de la mujer ni de Dios.

Oye, pues, porque deseo
que mi fe en Dios te convenza,
que te veas cual te veo,
que en Dios creas cual yo creo,
sin tener de ti vergüenza.

Porque tenerla de ti
es tener vergüenza de Él;
y cuando Dios te hizo así,
no puedo a ti darte aquí
por capricho un mal papel.

Porque Dios, que es la armonía,
la gracia y la perfección,
que nada imperfecto cría...
al dártela, se daría
de tu joroba razón;

y escucha, que aunque jamás
pueda yo a Dios comprender,
pues por Dios hecha así estás,
por qué así te quiso hacer
adivino yo quizás.

Oye: si tal curvatura
dió a tu espalda y esternón,

fué porque halló en tu estructura
tu pecho falto de anchura
para tu gran corazón:

y debiendo equilibrar
las dos partes de tu ser,
tu alma y tu cuerpo al juntar,
prefirió desmodelar
el cuerpo de la mujer.

Ni equilibrio ni armonía
le faltó en ti: Dios fué justo,
pues que en la alma te ponía
la esbeltez y gallardía
que te quitaba del busto.

No temas el menosprecio
del mundo: y piensa con calma,
si alguno te hace desprecio
por tu joraba, que al necio
da Dios jorobada el alma.

Con que no viertas ya llanto
ante el espejo en tu alcoba
mirándote con espanto:
que, no siendo tu joroba
del alma, no es para tanto.

Con tal pesar no te lidies,
con ese afán no batalles;
de vivir no te fastidies,
ni a las esbeltas envidies
cuando en los saraos las halles.

No llores ya, jorobada:
la más linda y más derecha
no vale junto a ti nada,
si en su esbeltez encerrada
lleva un alma contrahecha.

II

¿Pero otra vez, ¡alma mía!,
brota el llanto de tus ojos?
Jorobada..., ¡hay tal porfía!
¡Me has oído y todavía
tu joroba te da enojos!

¿Crees que por ser jorobada
nadie ha de hallar perfecciones
en ti?, estás equivocada:
y al creerte mal dotada
en la razón no te pones.

Escúchame, niña triste,
cuya alma a entrar se resiste
en la escena de la vida
bajo la forma torcida
del coryo cuerpo que viste:

escucha y comprenderás
que tu defecto es un don;
pues Dios no nos da jamás
falta en que no haya de más
ventaja y compensación.

¿No es verdad que, aunque no suel-
tu idea en frases, te dices [tas
a ti que son las esbeltas
mucho más que tú felices?
Demos a tu idea vueltas.

Tú no has bailado jamás,
ni han echado a tus pies flores,
ni llevas de ti detrás
cuando a los salones vas
un tropel de admiradores;

nadie a tu oído dispara
esas frases hechiceras,
que la esbelta escucha avara,
en que un galán la compara
con garzas y con palmeras;

jamás te han salido al paso
ni seguido largo trecho
galanes, ni han hecho acaso

de ti los poetas caso,
ni cantilenas te han hecho:

nunca al pie de tus balcones
te han ido a dar serenatas,
ni a porfía en los salones
a hacerte declaraciones
todos los hombres que tratas;

nunca reina te han nombrado
los casinos y liceos,
ni nunca te han coronado,
ni te han en triunfo llevado
por teatros y paseos;

tus retratos no han vendido
los fotógrafos a miles;
ni celebridad has sido
recibida por do has ido
con cohetes y tamboriles:

mas puedes por ello dar
sinceras gracias a Dios;
porque te ha librado al par
la estupidez de llevar
de tu gentileza en pos.

Jamás has sido aclamada
en ovaciones triunfales;
pero en cambio, jorobada,
jamás te has visto acosada
por los mosquitos sociales.

No te han dado malos ratos,
enviándote en letra china
autógrafos garrapatos,
nuestros bufos literatos
y Tenorios de cocina.

Ni en cuanto contigo traban
relaciones, en dos días
un álbum nuevo te acaban,
y a volapié en él te clavan
pares de fotografías.

Ni la envidia en ti se ceba
ni la calumnia te infama;
ni un pollo de cría nueva
darte osa por su manceba
osando a tu prez de dama;

pues nuestra pollada actual
cree hoy odaliska de harén
la dama más principal:
y hoy se galantea mal
porque ya no se ama bien.

No llores pues, jorobada
por no tener cien galanes;
porque pierdes poco o nada:
hoy la juventud dorada
tipos busca en los rufianes.

En tiempos de mi *Don Juan*,
creía un galán de coro
ir derramando galán
de su amor ante el imán
poesía, flores y oro:

hoy se dan toscos retratos
por prendas de pasión fina:
y dándose tan baratos,
hoy da nada entre dos platos
nuestra largueza mezquina.

Hoy hasta el brazo nos pesa
de la ligera española;
y va, a la moda francesa,
sueltos los brazos y sola,
hecha un pingo, una duquesa.

Bendice, pues, jorobada,
el arca de tu joroba,
pues en él llevas guardada
esa dignidad pasada
que el siglo a las damas roba.

No envidies, si cuerda eres,
los mil goces de la esbelta,

ni esos bailes y placeres
en que pueden las mujeres
perder su honra en una vuelta.

Si de bailar no has tenido
el embriagador placer,
sintiendo a un hombre querido
arrullando ir por tu oído
tu corazón de mujer,

tampoco has dado en el fango
de bailar con tu galán
esa danza hoy puesta en rango,
hija impúdica del tango
y hermana vil del can-can.

III

Escucha, en fin, jorobada,
que a las esbeltas envidias:
a mí no me importa nada
que estés o no modelada
por las estatuas de Fidias.

Para quien crece o apoca
el valor de rica esencia
el vidrio o cristal de roca
del pomo en que le coloca
la avaricia o la opulencia;

para el que no sabe ver
en el vaso quebradizo
del cuerpo de la mujer
el alma que la da el ser,
Dios las mujeres no hizo.

Dios de esos brutos carnales
te escudó con tu joroba:
para esos hombres brutales
hizo Dios hembras iguales,
como dió al lobo la loba.

¿Comprendes, pues, jorobada,
que a las esbeltas envidias,
por qué no me importa nada
que estés o no modelada
por las estatuas de Fidias?

Yo ambiciono tu cariño,
busco tu conversación
y tus caricias de niño:
porque en ti no hay falso aliño
y todo en ti es corazón.

Novia, querida o mujer,
yo quiero a tus pies vivir;
yo te amo y siento en mi ser
la voluntad y el poder
para amarte hasta morir.

Mi amor te ha de rodear
de cuidados tan prolijos,
que mi hogar será tu altar
como mi ángel tutelar
y la madre de mis hijos.

Libres de esa multitud
que el tiempo a la dicha roba,
de mi amor y tu virtud
la doble solicitud
ocultarán tu joroba.

Tú serás quien por mi invoque
a Dios: cerrarás mis ojos:
serás la última que toque
y en el ataúd coloque
mis terrenales despojos;

y cuando en la eternidad
nos reunamos los dos
con alma inmortalidad,
será tu deformidad
nuestro mérito ante Dios.

—

VI

A LEILA

SERENATA MORISCA

Yo te quiero, te dice mi guzla mora:
Yo te adoro, repite mi arpa sonora:
Doble reclamo
al que mi alma responde: ¡Leila, yo te
[amo!

Ambiente que el desierto de mi alma
[llena,
fuentecilla que mana bajo la arena,
tu presencia es la vida que me sostiene,
tu vista el alimento que me mantiene.
Tortolilla que arrullas sola en tu nido,
yo soy la compañera que habías perdido:
flor que mece mi aliento con suave arrullo,
yo soy la mariposa de tu capullo.
Abre, pues, tus balcones a mis cantares
y a mi alma de tus ojos los luminares.
Sal, mi lucero,
para que yo te diga cuánto te quiero.

Te quiero, Leila mía, con tal exceso
que te diera mi vida por solo un beso.
Te quiero más que a mi alma; me es de
[tal modo
la vida, sin ti nada; contigo, todo.
Te quiero como al aura quieren las flores,
como a la luz del alba los ruiseñores;
te quiero cual los pájaros quieren al viento,
cual los peces las ondas de su elemento:
como la madre al niño, como la hiedra
del muro a que se ciñe quiere a la piedra.
Sal, que te llamo,
para decirte a solas cuánto te amo.

Te amo más que a mi vida; para mí
[tienes
todas las perfecciones, todos los bienes;
tienes de la gacela los ojos francos,
y en tu cuello de garza cambiantes blan-
[cos;
del antílope tienes la ligereza,
la oropéndola envidia tu gentileza.
¡Hurí del paraíso!, tu boca sana
tiene el olor de gruta donde agua mana;
los silfos, de tus gracias antojadizos,
meciéndose se duermen entre tus rizos,
y la luz, mientras duermes, de tus pupilas
entoldan sus azules alas tranquilas.
Sal, mi tesoro,
para que yo te diga cuánto te adoro.

Perfumero de eterno, vital perfume,
faro que en mi alma nunca su luz consu-
[me,
tus ojos son espejos en que me miro
y tu aliento es el aire con que respiro:
tu voz es a mi oído música grata
cual de arpa que en el viento su son dilata:
tus palabras del cielo son armonía,
los besos de tu boca miel y ambrosía;
son tus recuerdos dulces, ¡oh dulce dueño!,
pabellón cuya sombra me guarda el sueño.
Rompe el tuyo un instante si estás dor-
[mida:
sal a dar con tus ojos luz a mi vida:
a tu balcón un punto sal, mi embeleso,
y en el aura nocturna mándame un beso.
Sal, dueño mío,
sentirás que yo en otro mi alma te envío.

DESPEDIDA

Pero no, ya no salgas, estrella mía,
porque ya en el Oriente despunta el día;
no salgas, porque el doble sol de tus ojos
a la luz de el del cielo va a dar enojos.
¡Adiós!, porque del alba los resplandores
de los enamorados son delatores.
¡Adiós, búcaro lleno de agua de rosas!
¡Adiós, lirio que mecen las mariposas!

¡Adiós, sol de mis flores, rosa sultana,
rosal de mis amores..., hasta mañana!

VII

A UNA PÁLIDA

«Eres pálida y pequeña:
Señas de alto precio son.
Rica esencia, en pomo chico
la más clara, la mejor.»

I

Descrita no puede ser
tu palidez: hay que verla:
tan sólo puede caber
en la faz de la mujer
hecha por Dios de una perla.

Sólo una carne amasada
de una materia perlina
puede estar así encerrada
en esa tez delicada
de palidez nacarina.

Sólo una perlina esencia
puede a tu semblante dar
esa tez, cuya apariencia
a veces de tu existencia
hace a los ojos dudar.

De rosa blanca, en tu piel
jamás la sangre acumula
rojas tintas de clavel:
tu rostro es tal, que tras él
parece que no circula.

Pero como en sí no implica
germen alguno enfermizo,
tu palidez no se explica:
solamente significa
que Dios pálida te hizo.

Descrita no puede ser
tu palidez: hay que verla.
Tú sola puedes saber
si eres perla hecha mujer,
o mujer hecha de perla.

II

Oye, pálida atractiva,
que en cuerpo tan sin color
pareces sin vida activa,
mas que pruebas que estás viva
con el imán de tu amor:

tu cutis sin trasparencia,
do no hay de tinte vital
graduación ni diferencia,
pensar hace en la existencia
del vampirismo oriental.

La impertinencia perdona
de este aserto antojadizo:
pero mi sospecha abona
de tu pálida persona
el inexplicable hechizo.

Tu aire, tu paso, tu acción,
tu voz, tu conversación...
todo en ti es vago, poético,
de un atractivo magnético
que cautiva el corazón.

Luz tienen tan singular
el foco de tus pupilas,
que la quiebran sin cesar
como las ondas tranquilas
del agua verde del mar.

Una sola vez te vi,
y una sola vez te hablé:
y fascinado por ti,
¡ay!, no sé lo que sentí,
ni lo que te dije sé.

Me hablaste sólo un momento,
pero me hiciste aspirar
no sé qué hechizo en tu aliento;
porque ya mi pensamiento
sólo en ti puede pensar.

Tu imagen desde aquel punto
doquiera me está presente;
doquier te siento a mí junto,
y de tu faz el trasunto
impreso llevo en mi mente.

Y sueños de ella no son
ni de mis ojos antojos:
de tu vista a la impresión,
con tu luz mi corazón
te fotografió en mis ojos;

y sin cesar me acompañas,
y nunca de mí te alueñas:
asido está en mis entrañas
tu amor, como está a sus peñas
el musgo de las montañas.

Pues sólo una vez te vi,
¿qué atmósfera te rodea,
qué hechizo llevas, que así
me obligas a que no vea
ya en el mundo más que a ti?

III

¡Pálida, de cuyo ser
razón no me puedo dar;
perla, que dejó caer
en la concha que al nacer
devolvió Venus al mar:

criatura peregrina,
cuya piel anacarada,
cuya palidez perlina
te asemejan a una ondina
de una escocesa balada:

hurí blanca, que tuvistes
una azucena por cuna
cuando en el Edén nacistes,
y que a España descendistes
en un rayo de la luna;

Peri que tal luz destellas,
de tus ojos soberanos,
que no sirven las estrellas
ni para montar con ellas
los anillos de tus manos;

déjame, perla o mujer,
tu faz pálida adorar,
luz en tus ojos beber,
y, el hálito hasta perder,
tus pies de nácar besar.

VIII

LA ACTRIZ

A LUISA C.

I

Dios te dió a par con la gloria
juventud, Luisa, y belleza...
¡que la gloria a la cabeza
no te se suba jamás!
La gloria es ruido que pasa,
nutrición que debilita,
agua que la sed no quita,
sombra de humo, sol de gas.

Jamás harta, siempre anhela
algo que jamás alcanza:
no vivas tú de esperanza,
no pierdas tu juventud;
vive, Luisa; el tiempo vuela;
admirada y aplaudida,
vive y goza de la vida
en su vital plenitud.

Pues el destino te alfombra
de oro y flores tu camino,
de tu espléndido destino
acepta la esplendidez:
no equivoques los senderos,
no desperdicies tus años;
llegar a los desengaños
no dejes con la vejez.

La gloria que embriaga y ciega
es un narcótico en suma:
procura en lecho de pluma,
dormida o muerta, caer;
la gloria es, Luisa, una palma,
pero infructífera y seca,
si en centro de oro no trueca
su tallo ruin la mujer.

II

Mas compréndeme bien, Luisa,
no supongas libertino
a un viejo que del camino
de su vida está ya al fin:
escucha de mi experiencia
la verdad sin alarmarte;
no olvides que soy del arte
el último paladín.

Hoy la escena está por tierra
y el arte prostituído:
Europa entera ha caído
en mercantilismo vil;
y España, flamenca y chula,
pasa semanas enteras
berreando las peteneras
a la puerta de un toril.

Su plebe y su aristocracia,
con afán de encanallarse,
de salirse y desquiciarse
de su centro natural,
por descenso bizantino
bajan al circo taurino
a aspirar vahos de sangre
por costumbre nacional.

Con estos de carne cruda
elementos nutritivos,
escuela de cuadros vivos
es la escena teatral;
y orquesta son de esta escuela
los bufos de la zarzuela
y el pateo y los jipíos
del flamenco cantoral.

Si la alegre Andalucía,
que cantando en Dios se fía,
fiara en su gracia menos,
y en su ingenio y tierra más,
en vez de guillabaoras
y jipiaores gitanos,
sus más grandes ciudadanos
diera a la patria quizás.

La gracia es el resultado
del genio y dotes nativos;
mas da frutos negativos,
hecha esencia germinal:
la gracia no tiene escuela;
no es germen sino atributo:
ni el jipío y la vihuela
son un lema nacional.

Hoy todo se ha confundido:
la gracia y la desvergüenza
de lo bufo se han fundido
en el mohoso crisol:
hoy por ser todos graciosos,
nada, audaces, respetamos,
y la prez menguando vamos
del carácter español.

Y es la escena, que del genio
capitolio ser debía,
gimnasio de gritería,

de la plaza sucursal:
y el descoco en el proscenio,
la desnudez en la sala,
de echar de ambos se hace gala
al arte y a la moral.

En este envilecimiento,
la actriz que a su honor atienda,
es fuerza que se defienda
de cielo y tierra a la par:
porque el arte así instalado
hoy según se paganiza,
opone e incompatiza
el teatro y el altar.

El arte es griego y pagano,
idolatra la belleza,
no cree impudor ni torpeza
su olímpica desnudez:
y el altar es ya cristiano;
fuera de hogar, claustro y templo,
ni genio, ni héroe, ni ejemplo
digno de gloria y de prez.

Los héroes del paganismo
la virtud materializan,
y su virtud sintetizan,
belleza, fuerza y valor;
mas su fuerza es despotismo,
forma no más su hermosura,
brutalidad su bravura;
brama de bestias su amor.

Las base del cristianismo
son, y con ellas hermana
a toda la raza humana,
fe, paz, caridad y amor:
y la humanidad y el arte
su espíritu purifican
cuando el amor santifican
la castidad y el pudor.

¡Que se avanza y se progresa
en pos del materialismo!
¡Que en arte, el naturalismo
absorberá lo ideal!...
Ni lo creo, ni me pesa
que, olvidado de sí mismo,
vuelva el arte al paganismo
plástico, mudo y carnal.

Porque el ideal cristiano
le llevó desnudo al cielo,
y para volver al suelo
alas, alma y fe le dió:
de Grecia al cielo, desnudo
fué con su belleza sola,
y al volver, con aureola
y alas de arcángel volvió.

Aun puede que avergonzado
huya a la región celeste;
pero pasará la peste
material y tornará:
y la humanidad, purgada
del virus que hoy la envenena,
tornará al arte a la escena,
y el altar le amparará.

III

Hoy (¡es una injusta idea
justamente concebida!)
no pueden compartir vida
el proscenio y el hogar:
mas escuela de costumbres
jamás el teatro ha sido;
su espejo ser ha podido;
copiar puede, no enseñar;

No: la moral del teatro
no entra en él con los actores:
son pueblos y espectadores
los que imponen la moral:
y los pueblos decadentes
no pueden ver en su espejo
más que el deforme reflejo
de su fealdad social.

Y hoy que sin pudor corremos
tras el oro y los placeres,
desnudas nuestras mujeres
llevando a la sociedad,
pedimos..., ¡desvergonzados
e impúdicos moralistas!,
al arte y a los artistas
pudor y moralidad.

¡Befa y ludibrio! Filósofos
en mantillas, profesores
que anteayer en andadores
perorábais sin saber qué,
oíd y aprended primero,
e id luego a la raza humana
con fe y caridad cristiana
a inculcar moral y fe.

Lograd que en vuestras escuelas
los pueblos meridionales
sus instintos nacionales
cambien con rumbo mejor:
inculcadles que da al hombre
Dios anhelos soberanos,
y que el arte a los humanos
aproxima al Criador.

Decid a España que olvide
lo que fué en tiempos de moros;
que la guitarra y los toros
no dan nacionalidad:
y que hoy llevan a la gloria
con ímpetu de ciclones,
sobre el rayo a las naciones
vapor y electricidad.

Y cuando el arte los pula,
y los eduque el trabajo,
los de arriba y los de abajo,
que hoy a los teatros van
como a las bestias del circo,
cuando el pueblo sepa y crea,
irán como a una asamblea,
y a oír y a aprender irán.

Entonces creeré en vosotros;
me alistaré en vuestra escuela,
y del progreso en la tela
con vosotros tejeré:
hasta entonces, yo mis ojos
tornaré del arte escénico:
no le hay, ni hispano, ni helénico,
sin idealismo y fe.

El arte nació pagano,
mas la fe lo cristianiza,
lo exalta y lo diviniza,
de Dios destello hasta ser.
Dad, para que el arte alcance
sus más grandes proporciones,
fe y decoro a las naciones,
y pudor a la mujer.

SÍNTESIS

¿Crees tú, Luisa, que yo creo
que las tablas de la escena
no puede una mujer buena
pisar con honra y virtud?
¿Crees tú que yo no poseo
secretos de más de cuatro,
que mártires del teatro
son desde su juventud?
. . . . . .

¿Crees tú, por fin, que no creo
que aunque el encono la ciegue
y la sociedad las niegue
hasta nicho sepulcral,
que Dios revoca su fallo,
su infamia acepta, sanciona
su martirio y las abona
en su excelso tribunal?

Sí, sí; mas hoy el teatro,
que como arte no es divino
sino pagano, a tal sino
tiene a la actriz que arrojar:

o ninfa sobre el proscenio
entre antorchas adorada...
o mártir pobre, olvidada
en el rincón del hogar.

DESPEDIDA

Adiós: Él te guíe, Luisa,
por el laberinto oscuro
del arte, y un aire puro
te haga siempre respirar;
yo te alzaré, mientras dure
mi vida, que ya es muy corta,
ninfa o mártir, no me importa,
en mi memoria un altar.

IX

A CLARA

YO TE AMO

¿Sientes el aura errante que juguetea
con tus rizos y mansa tu sien orea?
Yo te la envío
al oído a decirte: «*¡te amo*, bien mío!»

¿Ves al pájaro-mosca, del soto huésped,
que a tus pies salta y pía picando el cés-
[ped?
Yo le reclamo
y él te dice en su pío que *yo te amo*.

¿Sientes el arroyuelo que al pie mur-
[mura
de tu balcón a su aire dando frescura?
Yo le derramo
para que te murmure que *yo te amo*.

¿Sientes de átomos leves esos millares
que se amparan a sombra de tus hogares?
Los desparramo
yo allí, porque te digan que *yo te amo*.

¿Sientes el suave aroma que dan las
[flores
del ramo que te traigo de los alcores?
Al darte el ramo
le digo que te acuerde que *yo te amo*.

De átomos sonorosos esos millares
que hervir a amparo sientes de tus hoga-
[res;
todos esos nocturnos vagos rumores
que te arrullan el sueño susurradores;
todos los mil perdidos ruidos vulgares
que invisibles resuenan doquier que mores,
donde quiera que vayas o que te pares,
ya que duermas o veles, cantes o llores,
son los ecos amantes de mis cantares,
son las dulces palabras de mis amores;
que, a mi reclamo,
cuanto suena te dice que yo te amo;
y a este almo coro
del universo entero, callo y te adoro.

X

A TEODORA

LÁGRIMAS

¡Alma del alma mía!, ¿llanto en tus ojos?
¿Qué es lo que te apesara? ¿Quién te da
[enojos?
¿Qué pensamiento negro cruza tu mente
cuya sombra siniestra nubla tu frente?
Luz, esperanza y gloria de mis amores,
si tienes penas, dímelas: pero no llores.
No anubles de tus ojos el claro cielo,
no ajes de tus mejillas el terciopelo
con ese llanto:
que no hay nada en la tierra que valga
[tanto.

No llores: porque entoldarme
de tu vista el resplandor,
es cubrirme el firmamento
con un cendal de crespón.

Ante el foco radiante de tu pupila
se aglomera otra lágrima..., crece..., vacila;
tus pestañas de seda la niegan paso,
mas al fin rueda y mancha tu piel de raso.
Con el ardor del llanto, ¿por qué mancillas
las frescas azucenas de tus mejillas?
Valiosísima perla de mis amores,
cuéntame tus pesares, pero no llores;
seca tu llanto,
porque no hay en la tierra quien valga [tanto.

No llores: porque velarme
de tu vista el doble sol,
es cerrarme los balcones
por donde yo miro a Dios.

¡Otra vez, vida mía, de tus pestañas
las temblorosas hebras en llanto bañas!
¿Callas... y con tus manos la faz me es- [condes?
Yo te pregunto... ¿y lloras... y no res- [pondes?
¿Me niegas de tus ojos los luminares?
¿Soy acaso la causa de tus pesares?
Si tus penas son celos por mis amores,
mátame si recelas; pero no llores:
calma tu llanto,
porque aspirar mi orgullo no puede a [tanto.

No llores: porque quitarme
de tu mirada el favor,
es quitarme la esperanza
de ver en la gloria a Dios.

Yo nací para amarte: no puedo al cabo
evitar mi destino: yo soy tu esclavo.
El día que me digas: «ya no te quiero»,
de mi vida terrena será el postrero;
abandono, desprecio, desdén o ausencia
cortarán los estambres de mi existencia.
Si te avergüenza honrarme con tus favores,
vuélveme, ¡ay!, a mi nada, pero no llores;
pues por tu llanto
daré el alma..., aunque mi alma no valga [tanto.

Como tus lágrimas, perlas
nunca produjo la mar;
llora, si quieres verterlas;
mas déjame recogerlas
y hacer de ellas un collar.

Y pues que Venus salió
desnuda de entre sus ondas
y el mar perlas no la dió,
de tus lágrimas redondas
el collar la daré yo.

XI

A ELISA

EL BESO

I

—¿Me amas? —Sí. —¿Te ofenderás
de que a pedirte me atreva
de tu cariño una prueba?
—Según cuál sea.—¡Ya vas
condiciones a poner!
¿No me amas? —Sí. —Pues tu amor
pruébame con un favor.
—Pues dime tú el que ha de ser.
—Dame un beso. —¿Eso deseas
como prenda de mi amor?
—No es prenda, sino favor.
¿Sí o no? —Sí. —¡Bendita seas!
—Ven a recibirle. —¡Espera!
—¿Qué haces? —Postrarme a tus pies.
—¿Por qué? —Porque me le des
como debes. —¡Qué quimera!
Tómale. —Aguarda; si crees
que un beso para mi amor
no es un supremo favor...
—¡Acaba! —No me le des.
Si tu ligereza puede
un beso a quien te ama dar
tu alma en él sin empeñar,
que el beso en tus labios quede;

porque el beso que yo anhelo,
de tus labios al salir,
a mi alma debe de abrir
las fruiciones del cielo.
—Pues tal como le deseas
mi beso te puedo dar.
—¡Me amas! —Sí: ven a tomar
mi alma en él. —¡Bendita seas!

II

¡Gracias, alma del alma que en mí se [encierra!,
un Edén este beso me abre en la tierra:
más bien de mi fortuna no solicito;
más dicha en este mundo no necesito.
De mi alma y sentidos ser y embeleso,
mi alimento y mi gloria será tal beso.
Goce eterno de mi alma, por tu amor loca,
el olor de tus labios llevo en mi boca;
manantial que en mí vierta deleite a ríos,
el sabor de tus labios llevo en los míos.
Ya la suerte nos una, ya nos divida,
saborearé este beso toda mi vida:
y ya sin mí o conmigo doquier te veas,
yo te diré expirando: «¡Bendita seas!»

XII

A CARMEN

SUSPIROS

Si oyes un suspiro mío
a tu ventana llegar,
no le acojas con desvío;
que yo soy quien te le envío
desde el Atlántico mar.

Del navío que me lleva
a las riberas de Europa,
voy contemplando en la popa
tras mí las ondas quedar;
y a cada onda que se eleva
lanzándose hacia tu playa,
la pido yo que te vaya
mis suspiros a llevar;
y a cada ráfaga nueva
que oigo que en las jarcias cruje,
la ruego que a la onda empuje
para que pueda arribar.

Y así algún suspiro mío
debe a tus rejas llegar,
pues que yo te les envío
con el ímpetu bravío
del agua y viento del mar.

Ondas que halagáis mi oído
con vuestro hirviente murmullo,
brisas que con lento arrullo
me vais meciendo al bogar;
vital y perenne ruido,
grande y solemne armonía
con que habla la poesía
del grande acento del mar;
por la fe de Dios os pido
que vayáis con esta trova
de mi amada hasta la alcoba
mis suspiros a llevar.

Y espero que alguno mío
logre hasta mi amor llegar,
pues que yo se los envío
con el acento bravío
de la inmensa voz del mar.

Astros que alumbráis el paso
de esta monstruosa amalgama
de humo, vapor, ruido y llama
que osó el hombre al agua echar;
luna, que cual áureo vaso,
colgada en el firmamento
alumbras este elemento
que logró el hombre domar,
dadme el rayo más escaso

de vuestra luz soberana,
para enviarle la ventana
de mi amada a iluminar,
para que el suspiro mío
la pueda despierta hallar,
ahora que yo se le envío
desde el silencio sombrío
de la soledad del mar.

Carmen, si al fin mi suspiro
llegar a tu oído sientes
sobre las alas potentes
de una ráfaga del mar:
piensa en el casto retiro
de tu solitaria alcoba,
que mi alma te va en mi trova
este suspiro a llevar:
y que mi cántico aspiro
a que, cual púdica ofrenda,
con flores tu amor suspenda
a mi vuelta en el altar:
porque ese suspiro mío
que envío a Dios y a ti al par,
es mi fe que a Dios confío:
porque Dios va en mi navío
con tu amor sobre la mar.

XIII

A AURORA

MIRADAS

Donde hay ojos, si tú sales,
los tuyos son los primeros;
porque tus ojos son tales,
que sólo son dos luceros
a tus dos ojos iguales.

No hay nadie que te los mire
que de ellos no se enamore
y a verse en ellos no aspire.
Deja que te los admire,
que te los cante y adore.

No hay por sus ojos nación
famosa en el universo,
que no te haya su expresión
dado para perfección
de tu ojo límpido y terso.

Tus ojos son, soberanos
de los de más gracia y luces,
ardientes como africanos,
dulces como mejicanos,
risueños como andaluces.

Yo te envidio ojos tan bellos;
porque si yo los tuviera,
al fuego de sus destellos
tu alma en mi amor se encendiera
y te abrasaras en ellos.

Paloma de ojos velados
por pestañas aún más suaves
que el líquen de los collados,
las alas de los pescados
y la pluma de las aves;

gacela de ojos serenos
que radian con tal limpieza
que la de la luz es menos,
dame la limpia pureza
de tus ojos de luz llenos.

Tórtola de ojos dormidos
que con tal ternura miras
que enajenas los sentidos,
dame los dardos perdidos
de los que a las almas tiras.

Águila de ojos tenaces
que los fijas tan tranquilos
que humillas los más audaces,
dame esos ojos de que haces
dos espadas de dos filos.

Antílope de ojos graves,
cuyos serenos destellos

se extienden en hilos suaves,
dame el hilo con que sabes
prender las almas en ellos.

Ojos de foco más claro
que la almenara y el faro
que en la mar y en los caminos
anuncian playa y amparo
a viajeros y a marinos;

huí de ojos halagüeños
cuyas miradas tranquilas
hacen ver la gloria en sueños,
dame los focos risueños
de tus risueñas pupilas.

Niña de ojos celestiales,
de cuyos ojos al par
no hizo Dios otros iguales,
dame esos dos manantiales
de amor para hacerme amar:

pero de ti y de ti sola,
corza de sangre española
cuyos ojos por la tierra
son la bandera de guerra
que Amor, corsario, enarbola.

Pero si otro amor prefieres,
si mi amor te causa enojos,
niña, si piadosa eres,
mátame, si no me quieres,
con un rayo de tus ojos.

XIV

A LEILA

CANTARES

Dios ha puesto entre los dos
tanta tierra y tanto mar,
que volvernos a juntar
tal vez puede sólo Dios.

Tierra y mar podrán crecer
los espacios hasta henchir;
yo podré sin ti morir,
no dejarte de querer.

Mas si la fe prometida
como yo sabes guardar,
¡qué importa que nos divida
tanta tierra y tanto mar!

Yo te amo y tú me amas:
nuestro amor no ofende a Dios;
si Dios quiere y nos queremos,
¿qué imposible entre los dos?

XV

A GABRIELA

CANTARES Y QUEJAS

CANTAR

Los balcones de tu cuarto
tienen la luz al Oriente:
para mí hasta que los abres
ni sale el sol ni amanece.

QUEJAS

Llamé a tu puerta y no abriste,
bajo tu balcón a poco
fuí a esperarte; mas tampoco
mi esperanza en él te halló.
Te envié una canción muy triste,
porque estaba contristado;
pero tu balcón cerrado
a mi cantar no se abrió.
Si no estabas, ¿dónde fuiste?
Si estabas, luz de mis ojos,
¿por qué me mostraste enojos?
Si los tienes..., ¿qué hice yo?

CANTAR

Los umbrales de tu puerta
arrodillado besé;
porque yo adoro hasta el polvo
donde pones tú los pies.

QUEJAS

¿Sabes tú lo que es la ausencia
para mi alma enamorada?
La muerte, menos, la nada,
pues para amarte nací.
Encanto de mi existencia,
cariño de mis entrañas,
¿me desdeñas o me engañas?,
¿qué es lo que pasa por ti?
Yo, que sólo en tu presencia
vivo, y que ausente te adoro,
tu desdén y ausencia lloro
sin darme razón de mí.

CANTAR

Aunque presente no estés
no pienses que no te veo:
desde que te vi, en los ojos
fotografiada te llevo.

QUEJAS

Tus desdenes no concibo:
tu ausencia me está matando.
¿Por error te falté? ¿Cuándo?
¿Te ofendí tal vez? ¿En qué?
En esta duda no vivo;
con este afán no reposo;
inquieto, febril, celoso,
qué es de mí mismo no sé.
Mas sé bien lo que te escribo
entre quejas y canciones,
y es: que aunque tú me abandones
yo jamás te olvidaré.

CANTAR

Un amor santo en mi pecho
te ha levantado un altar:
no hagas tú con un mal hecho
que el desprecio o el despecho
le tengan que derribar.

XVI

CÁNDIDA [1]

I

INTRODUCCIÓN

Mayo es un niño mimoso
a quien se viste de nuevo;
pero junio es un mancebo
ya opulento y vigoroso.

En almanaque cristiano
mal van uno de otro en pos;
mayo es un mes que cree en Dios,
pero junio es aún pagano.

Mayo amante, ingenuo, tierno,
las almas al cielo eleva;
junio, impío, se las lleva
embriagadas al infierno.

Mayo a María alza altares
quema incienso y teje flores;
junio en pos de oro y amores
abandona sus hogares;

y echándose atrás fe y penas,
capa al brazo y hierro al cinto,
del templo turba el recinto
con el son de sus verbenas;

y con influjo funesto
lo más santo echando a broma,

para sus orgías toma
en la religión pretexto.

Mayo, inocente y sencillo,
la tierra alfombra con hojas,
trébol y amapolas rojas
que perfuma con tomillo.

Mayo es el amor primero,
la primer savia, el primer
césped; y con gran placer
juega en él con un cordero.

Hace a los pájaros nidos,
solea al buitre en las peñas,
y a la torre a las cigüeñas
vuelve a traer con sus maridos.

A los árboles da copa,
y con las brisas marinas
vuelve a traer las golondrinas
a sus albergues de Europa.

Junio es el primer amor
impuro y falso; el primer
vicio, y convida al placer,
hipócrita e impostor.

Mayo da a junio la tierra
fresca, rica, ingenua y moza;
junio la abraza y la goza
con todo el placer que encierra.

Mayo la tierra engalana,
cree en Dios y le glorifica;
junio impío prevarica
y sus iglesias profana.

Mayo amor, fe y paz respira;
junio, pasión, lid y afán;
mayo es Fausto que delira,
junio un infame don Juan.

Mayo, que por junio aboga
y a todos para él da jugo,
con ello da a su verdugo
el cordel con que le ahoga.

Y en cuanto por sí campea...
¡ahí va junio a San Antonio!
primer noche en que el demonio
consigo a junio aparea.

¡Ahí va junio a la verbena;
y a las mozas más bizarras
lleva al son de las guitarras!
¡Dios se la depare buena!

II

SAN ANTONIO

(Síntesis)

A orillas del río
San Antonio está,
y a su soto sombrío
todo el mundo va.

San Antonio es guía
de quien de él se fía,
y él halla algún día
lo perdido ya.

Vamos, pues, nosotros
donde van los otros;
que si nos perdemos,
él nos hallará.

III

Cándida es una morena
con dos luceros por ojos;
la llevan a la verbena
por su bien su madre buena
y por su mal sus antojos.

Nunca a las verbenas fué
mientras su padre vivió;
su padre nunca el por qué
la dijo: y claro se ve,
pues ella va, que él murió.

Su madre, que es bondadosa
y que a negar no se atreve
nada a la niña mimosa,
la lleva porque la acosa
ella para que la lleve.

Cándida es una azucena
de inconcebible candor;
curiosa, mas simple y buena;
pálida, un poco morena,
de tez casi sin color:

y según los pareceres
de hombres doctos, estos seres
a quienes Dios en pie tal
envuelve, si son mujeres,
frágiles como el cristal,

un hálito las empaña,
una ráfaga las daña;
y a modo de espejos viven
de la acción y vida extraña
que del exterior reciben.

Cedió, pues, su madre buena
de Cándida a los antojos
y la llevó a la verbena;
y de la niña morena
se asomó el alma a los ojos;

y por el doble balcón
de sus dos ojos sin par
vió el mundo, y al corazón
llamó su alma, la impresión
de la verbena al gozar;

y asomados a sus ojos,
su corazón y su alma
creyeron que sus antojos
del mundo los trampantojos
podían mirar en calma;

y sacando la morena
de los ojos al balcón
de su candor la azucena,
se expuso así en la verbena
con su alma y su corazón.

Cree el vulgo santificar
el pecado y el placer
de esta fiesta popular,
con entrar el santo a ver
y en su capilla rezar;

y entraron, y agua bendita
un joven las ofreció,
quien al salir de la ermita
con cortesía infinita
el brazo a la madre dió.

Era un don Juan de Aguilar,
cuyos bienes supo el padre
de Cándida administrar;
y obsequio que hacer le cuadre
no hay medio de rehusar.

Amigos los padres fueron,
sus intereses juntaron,
y aunque iguales no nacieron,
como iguales se trataron
sus niños, mientras lo fueron.

Don Juan fué a tierra extranjera,
mas amigos de muy niños
Cándida y él, fácil no era
a ésta esquivar los cariños
hijos de la edad primera.

Don Juan a su hermana Juana
trajo en coche a la verbena;
y porque tuvo su hermana

de cenar en ella gana,
don Juan tiene en ella cena.

Cándida y su madre hubieron
en el convite lugar;
y cuando todo lo vieron
y en coche por don Juan fueron
conducidas a su hogar,

dijo la niña morena
con candidez a su madre:
«Siendo una cosa tan buena,
»¿por qué no quería padre
»dejarme ir a la verbena?»

La madre no respondió,
o porque ingenua y sencilla
al padre no comprendió,
o porque en la calle oyó
cantar esta seguidilla:

«A San Antonio se entra
»por Soto Verde,
»y el Santo en él encuentra
»lo que se pierde.
»Tu alma perdida
»pídele a San Antonio
»de la Florida.»

IV

SAN JUAN

Don Juan vive en el espacio
que hay de obelisco a obelisco,
en una casa-palacio
puesta entre un doble jardín;
muchas flores, mucha fruta
y una cascada en un risco
tiene en ellos, y una gruta
entoldada de jazmín.

Don Juan trajo unos millones
de una tierra americana,
donde se pierde y se gana
en cada noche un millón.
Tiene buenas posesiones,
buen porte, buena presencia,
valor, suerte, inteligencia,
todo, menos corazón.

Don Juan con tacto exquisito,
sin demasía y sin falta,
en el salón y el garito
hizo siempre buen papel;
flexible hasta lo infinito
en amor, de baja o alta
esfera, fascina, asalta,
vence, y abandona infiel.

Don Juan no da recepciones
de mucha gente: sus fiestas
son de familia, dispuestas
para su placer no más;
lleva a los nobles salones
a su hermana, a quien exhibe
con lujo; mas no recibe
ni da festines jamás.

Tiene poca servidumbre,
dos doncellas y dos pajes;
seis caballos, dos carruajes,
servicio para este tren
sin ociosa muchedumbre;
con conserje, camarero,
mayordomo y repostero,
vive, paga y come bien.

Por razones de intereses
casa en septiembre a su hermana:
su novio es hombre en la Habana
de ingenio y de capital:
con que dentro de tres meses,
dándola el dote en dinero,
quedará él solo y soltero
poseedor de su caudal.

Tal es el don Juan que a Cándida
halló en la primer verbena
de junio, y a quien su buena
primera edad recordó;
y a quien por aquel cariño
que la tuvo cuando niño,
para la verbena próxima,
la de San Juan, invitó.

Don Juan de Aguilar el rico
a su hermana doña Juana
obsequia en la Castellana
en la noche de San Juan;
Cándida, en un abanico
de nácar y malaquita,
una invitación escrita
recibió y un don galán.

Honra hecha a los padres muertos,
prenda de amor de la infancia,
dón hecho sin arrogancia,
franca ofrenda familiar,
casa y corazón abiertos
de amistad en testimonio,
hallazgo hecho en San Antonio
de un recuerdo del hogar,

excusar era imposible
de aceptar agradecida
pruebas de amistad nacida
y basada en la niñez;
y con placer indecible
fué la cándida morena
a la segunda verbena
con la mayor candidez.

El palacio era el de una hada;
de algún benéfico numen
era el templo: era un resumen
de un mitológico edén;
la luz en él derramada,
el perfume que le aroma,
el aire fresco que toma
del jardín por huecos cien;

el son del baile y cantares
de aire alegre y verde letra,
que a bocanadas penetra
de la cena en el salón;
los exquisitos manjares,
los dulces en compañía
de la dulce malvasía,
la dulce conversación;

el cristal que centellea,
el champaña que chispea,
el moka ardiente que humea
y el tabaco embriagador,
que difunde en el ambiente
un veneno, al que la gente
que no fuma abre inconsciente
los pulmones sin temor;

todo lo que en un convite
no hay medio que nadie evite,
ni nadie hay en quien no excite
de los sentidos la acción,
fué poco a poco de Cándida
penetrando en el espíritu,
llevando a un mundo fantástico
su mente y su corazón.

Después de cenar bajaron
al jardín, luego al paseo;
y en medio de aquel mareo,
de aquel ruido e inquietud,
Cándida y don Juan vagaron
como Fausto y Margarita,
tan a solas como en cita,
por entre la multitud.

Y volvieron a la casa
y al jardín; y allí en reposo
un coloquio delicioso
entablaron sin afán:
la noche estaba serena,
la luna de luz escasa...
¡deliciosa es la verbena
de la noche de San Juan!

Y cuando todo lo vieron,
cuando todo lo gozaron,
cuando del coche bajaron
en su casa al penetrar,
preguntó su madre a Cándida:
«¿Te ha gustado la verbena?»
y la cándida morena
no supo qué contestar.

Y mientras Cándida muda
ante su madre subía,
un buen hombre, ebrio sin duda,
rompió en la calle a cantar
a voz en grito; y se oía
de sus endechas villanas
la letra por las ventanas
en la casa penetrar.

Cantar del buen hombre

«Tiene junio tres verbenas,
»que empiezan con San Antonio;
»y son tres noches muy buenas
»para dar gusto al demonio,
»comprar un saco de penas
»y hacer un mal matrimonio.

»Todo es blanco y todo es negro
»en la noche de San Juan;
»mas yo cobro y no reintegro,
»por nada me paso afán;
»con los alegres me alegro,
»me voy con los que se van.

»Débil caña o fuerte cedro,
»lo que cae no se levanta,
»mas yo por nada me arredro;
»yo soy un hombre que canta
»que a quien San Juan se la planta
»no se la quita San Pedro.»

Esto en la calle berreaba
el ebrio, abriéndose el pecho
con los berridos que daba,
mientras Cándida en su lecho
en silencio se acostaba.

IV

SAN PEDRO

Don Juan pasa en tierra extraña
del verano la estación,
y en Spá juega y se baña,
y con gente se acompaña
de caudal y posición.

Don Juan de Madrid se ausenta
con exactitud precisa
de junio en el día treinta;
ni da de su marcha cuenta
ni de su tornada avisa.

Don Juan con fortuna juega,
y por su fortuna ciega
llámanle en Madrid Fortunio;
y hay quien a llamarle llega
el don Juan del mes de junio;

y un traductor de francés
en un fantástico cuento,
de probar que don Juan es
la encarnación de este mes
tuvo el fantástico intento.

De San Pedro a la verbena
don Juan invitó otra vez
a Cándida la morena,
y a ella con su candidez
la llevó su madre buena.

Don Juan, a madre y a hija
prodigó esos mil cariños
de continuidad prolija,
que está aceptado que exija
en mozos trato de niños.

La madre era natural
que a su hermana acompañara;
ni nadie echar debió a mal
que él a Cándida llevara
a tal fiesta en noche tal.

Estaba limpia y serena
la noche; la luna llena,
y henchido el Prado de gente
que gozaba alegremente
y alegraba la verbena.

Todo el Prado recorrieron,
todos los puestos miraron,
todo por doquier lo vieron,
por doquier se entretuvieron;
nada por gozar dejaron.

Cargados de chucherías
volvieron, de fruta y flores,
copiando las alegrías
infantiles de otros días,
por más ingenuos mejores;

y ya tarde y fatigada
y un poco descolorida,
con su madre descuidada
por don Juan a su morada
fué Cándida conducida.

Durmió inquieta y pocas horas.
¿Turbáronla aterradoras
pesadillas, o sus sueños
la ofrecieron halagüeños
imágenes seductoras?

¿Pues quién sabe?—El día treinta
de los días de aquel mes
pasó cerrando la cuenta,
y fueron con marcha lenta
de julio pasando tres.

Y pasó día tras día
pensando inquieta en don Juan
Cándida, y de él no sabía;
y viendo que no venía
palidecía de afán.

Y este almanaque cogiendo,
regalo de su editor
Abelardo, recorriendo
sus hojas, lloró perdiendo
la esperanza y el color,
aquí este cantar leyendo
no recuerdo de qué autor.

CANTAR

«Madres buenas, si queréis
»que vuestras hijas sean buenas,
»bueno es que no las dejéis
»ir de junio a las verbenas.

»Junio es un mes de infortunio;
»palabras que en él se dan,
»vienen con San Juan en junio
»y con San Pedro se van.»

XVII

A ENRIQUETA

¡Versos me pides!, si yo pudiera
tomar por pluma del sol un rayo,
de un alba limpia del mes de mayo
plegar el cielo como un papel,
y una hurí blanca por mensajera
tener, tal pliego para llevarte,
me decidiera, señora, a enviarte
con ella escritos versos en él.

Mas ya, señora, versos no escribo:
ya de recuerdos tan sólo vivo;
ya de mí mismo sombra no soy;
hoy en mi patria soy ya extranjero,
no sé qué busco, ni sé qué quiero,
ni de dó vengo, ni adónde voy.

Del aire errante por los espacios,
yo paso ahora por los palacios
cual golondrina que errante va:
pero va y viene sola y perdida;
nunca hace albergue, jamás anida,
nunca se sabe si volverá.

Pájaro indócil y vagabundo,
sobre algún techo posa un segundo
y píos vagos al aire da;
y sobre el techo libre aletea
y en raudos círculos revolotea;
mas uno de ellos rompe... y se va.

Tal vez un ángel de forma humana
le ve de codos en su ventana
cuando en un techo posado está;
tal vez su inquieto vago alborozo
mira, y sus píos oye con gozo
y le echa menos cuando se va.

En uno de esos, último viaje,
¿en qué desierta roca salvaje
o en qué vorágine perecerá?
¡Cuando en abismo, peñón o selva
muera ignorado.., cuando no vuelva!...
¿tu alma del pájaro se acordará?

XVIII

A UNA BAILARINA

I

Para, flotante visión,
que siempre de mí delante,
turbas mi imaginación
y agitas mi corazón
con movimiento incesante.

Sólo en un baile te vi,
silfo de formas esbeltas,
girar en torno de mí,
cual jaspeado colibrí
que entre las flores da vueltas,

y desde entonces estás
trazando a mi alrededor
círculos con los que vas
mareándome más y más
en un vértigo de amor.

Imagen fascinadora,
que doquier me reproduce
de la atmósfera incolora
cuanto en el ámbito mora,
cuanto en la bóveda luce,

nada hay en su azul región,
ni en toda la creación
para la cual el sol sale...
no que contigo se iguale,
que tenga comparación.

No trae la llama fecunda
del sol que en Oriente frisa,
luz que gozo al orbe infunda
de fruición tan profunda,
como a mi alma tu sonrisa;

y no sirven sus celajes
de oro, azul, púrpura y gualda
ni para que tú los ajes
prendidos a los encajes
de los vuelos de tu falda.

Y si en la región del viento
pares, ni en el firmamento,
no hay con los tuyos primores,
¿qué habrá en la tierra, aposento
de gusanos entre flores?

No habrá en su extensión quien
por llano, monte ni valle, [halle
junco, cedro, palma o mimbre,
que con la gracia se cimbre
con que se cimbra tu talle.

Tu cuerpo, cuya esbeltez
tu ser de ninfa revela,
todo reúne a la vez
la gracia y la morbidez
de cuanto anda, nada y vuela;

del neblí la rapidez,
lo gentil de la gacela
y la ondulación del pez;
y el resplandor de tu tez
deja en la atmósfera estela.

Por donde quiera que pasas,
lumínea, ágil, vaporosa,
de tu falda con las gasas
el haz de la tierra rasas
como una áurea mariposa.

Todo es en ti movedizo,
vagaroso, ondulador;
porque, al poder de un hechizo,
tu cuerpo sutil se hizo
de aroma, luz y vapor.

II

Abeja que vas activa
buscando flores con miel,
no pases junto a mí esquiva;
el cáliz de mi amor liba,
que yo te la guardo en él.

Colibrí, que el árbol rico
de flor buscas y le das
con tus alas abanico,
pon en mis labios tu pico
y miel de amor hallarás.

Abrileña mariposa,
que en el temprano rosal
besas una y otra rosa,
tu beso en mis labios posa,
que ni espinan ni hablan mal.

Besa... y besa sin temor,
que el amor fiel tiene a mengua
ser vano y ser hablador,
y el mío no tendrá lengua
que publique tu favor.

Bailarina voluptuosa,
a quien dió luz una hurí
en el botón de una rosa,
ven a ser mi mariposa,
mi abeja y mi colibrí.

Mi alma será tu rosal,
mi amor su solo botón,
y tus labios de coral
harán en él un panal
con miel de mi corazón.

III

Mas pasa, brillante abeja;
pasa, áureo colibrí;
pasa, mariposa, y deja
versos y ramos que teja
el poeta para ti.

Mientras tu vida te dura
de abeja, pájaro y flor,
haz gala de la hermosura,
la gentileza y frescura
de tus formas de vapor;

mas al amor de ti aleja;
porque perderás el ser
de mariposa y de abeja,
si oír sus latidos deja
tu corazón de mujer.

Ve cómo la tierra frisas
en los pasos de tus danzas,
rauda y leve cual las brisas,
desparramando sonrisas
y prodigando esperanzas;

mas no te dejes coger
en las redes del amor;
porque, hijo de Lucifer,
el amor te hará mujer
y esclava de un mal señor.

XIX

A UNA VALENCIANA

Dios te ha dado, valenciana,
la beldad de las huríes;
en tu faz, cuando sonríes,
se ve el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura,
y como esa no hago dos».

Y eres única por eso:
yo creí que era mi Rosa
la primera y más hermosa
en el ámbito español;
pero a ti, prez y embeleso,
luz y gloria de Valencia,
te creó la Omnipotencia
sola y sin par como al sol.

En tus ojos nace el día,
que ajimeces son del cielo,
por los cuales manda al suelo
de Valencia Dios la luz.
Ha supuesto Andalucía
que era Venus sevillana...,
no lo creas, valenciana,
erró vano el andaluz.

Al matar el Cristianismo
a la Venus de Citeres,
se asió a ti Cupido, y eres
quien le lleva de sí en pos;
si hizo aquélla el paganismo
de la espuma de los mares,
de capullos de azahares
y de luz te hizo a ti Dios.

Tú eres Venus, valenciana;
tu hermosura es más perfecta
que la helénica, romana,
bizantina y oriental:
tú eres la obra más correcta
de las manos de aquel numen
que es la cifra y el resumen
de lo bello y lo ideal.

Y contigo, almo trasunto
de aquel germen de hermosura,
de sin par modeladura
en su inmensa creación,
no tiene el más leve punto
de adhesión comparativa
criatura alguna viva
en belleza y perfección.

No creó naturaleza
ningún tipo de hermosura
que no fuera a tu belleza
algún rasgo a demandar;
te pidió el cisne blancura,
el armiño tu limpieza,
el halcón tu gentileza
y el antílope tu andar.

Tienes ojos de paloma
y hebras de sol por pestañas;
Dios te ha puesto en las entrañas
los efluvios del rosal,
y respiras los aromas
que desprende en las montañas
de sus troncos y sus gomas
el calor primaveral.

Tu cabeza toca airosa
tu abundante cabellera
como al cedro y la palmera
su ramaje secular;

de las ondas de tus rizos
la espiral es más graciosa
que los arcos movedizos
de las ondas de la mar.

Tu cintura, más esbelta
que los vástagos del mimbre,
hace el paso que se cimbre
de tu andar de garza real:
y tu leve falda suelta
flota en torno de tu talle
cual la niebla que en el valle
alza el sol matutinal.

Más sutilmente no liba
colibrí de cien colores
en el cáliz de las flores
el rocío que en él ve;
más ingrávida no estriba
la ligera mariposa
en las hojas de una rosa,
que al andar pisa tu pie.

De tus labios la sonrisa
como un alba se desprende,
que por la atmósfera extiende
viva luz y aura vital:
y tu aliento es una brisa
que del cielo baja al suelo
por tus labios, que del cielo
son las puertas de coral.

Son más dulces tus palabras
que la miel de las abejas;
el olor que tras ti dejas
aventaja al del clavel:
y tu amor, con el que labras
mi ventura, reasume
la dulzura y el perfume
de la flor y de la miel.

Tú eres Venus, valenciana:
tus dos labios carmesíes
al abrir, cuando sonríes,
se abre el cielo y se ve a Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura;
mas como esa no haré dos».

ABANICOS

EN EL DE ASCENSIÓN R.

¡Versos en tu abanico quieres de un [viejo!
¿Quién te dió, vida mía, tan mal consejo?
Si es tu capricho...
yo no escribo ya versos, ¿no te lo han dicho?

Los versos y las flores su estación tienen:
ambos en primavera con abril vienen,
y los que nacen
entre nieve, bajo ella marchitos yacen.

¿Por qué de mí apeteces don tan pe- [queño?
Ramillete mereces más abrileño;
yo te dedico
para plantel de flores este abanico.

Mi firma es un reclamo de ruiseñores;
yo haré que bajo de ella broten mil flores:
de tu abanico
nada más que para eso te robo un pico.

EN EL DE MARIANA R.

Un abanico quieres que te regale;
puede que a tu valía mi don no iguale,
mas no replico:
ten: he aquí el paisaje de tu abanico.

Ponle tú el varillaje que te se antoje;
mas voy a hacerte un ruego: que no te [enoje;

yo te suplico
que al teatro no vayas con tu abanico.
Como sitio en el palco tras de ti tomo,
en vano a la baranda tras ti me asomo:
de tu abanico
tras la inquietud eterna me mulilico.
A gracia en manejarle nadie te iguala;
como el tuyo, abanico no hay en la sala;
mas yo soy chico
y me dejas a oscuras con tu abanico.
Que a los saraos le lleves, tendré yo a
[orgullo;
su rumor incesante será mi arrullo;
mas te suplico
que ver mi firma dejes en tu abanico.
Mi vanidad de viejo me tendrá ufano,
dar vueltas a mi nombre viendo en tu
[mano:
yo no me pico
porque me hagas dar vueltas con tu aba-
[nico.

EN EL DE PEPA R.

Eres, Pepa, tan discreta,
tan grave y tan mesurada,
que al pedir algo al poeta
su apología completa
va en tu demanda encerrada.

Bendita sea, pues, tu boca
que tal petición formula,
y en mi vieja musa loca
tal confianza coloca
y tal gratitud vincula.

Ahí va tu abanico, Pepa;
cuando aire con él te des,
deja un hueco por do quepa
del varillaje a través
un beso que nadie sepa
que con él pongo a tus pies.

EN EL DE LA SEÑORITA DE FERNÁNDEZ DURO

En lugar de un pedazo del firmamento
do escribirte quisiera mi pensamiento,
cédeme un pico
del cielo del paisaje de tu abanico.

Cuando su tela el aire quiebra y ondea,
no sé qué aroma exhala que me marea;
yo no me explico
por qué me desvaneces con tu abanico.

Cuando tu faz me escondes tras de su
[tela,
la tierra se me nubla y el sol se vela:
mas me despico
luz buscando en tus ojos tras tu abanico.

¡Adiós! Cuando me falten vida y aliento,
vida de tu abanico pediré al viento;
modesto o rico,
a mí me basta el aire de tu abanico.

EN EL DE ASCENSIÓN

GANADO EN UNA RIFA DE BENEFICENCIA

Abanico que en rifa trae la fortuna
no necesita viento de firma alguna;
mas yo me pico
de valer más que el aire de tu abanico.

Miel me han dado en América los coli-
[bríes,
y he bebido ambrosía con las huríes:
tan alto pico,
que hechizar puedo el aire de tu abanico.

Ni la miel de las flores, ni la ambrosía
saben a lo que sabe mi poesía:
sabor más rico
dará a tu boca el aire de tu abanico.

Ábrele y abanícate, y al darte viento,
fía a sus leves ondas tu pensamiento;
que yo me pico
de leer en el aire de tu abanico.

No tienes que explicarme dónde le en-
[vías;
yo le impulsaré dándole las alas mías;
que no me pico
de interceptar el aire de tu abanico.

EN EL DE ASUNCIÓN SILIÓ

Paloma mensajera que el vuelo tomas
en un aire cargado de luz y aromas,
tu pluma no ajes
en llevar hoy de viejos viejos mensajes.
Golondrina que buscas donde hacer nido,
no rondes los aleros de un techo hundido:
rasando pasa
el que ya mal cobija mi vieja casa.
Niña que antojadiza versos me pides,
de tener versos míos ya no te cuides:
yo te suplico
que el paisaje no manches de tu abanico.
Azucena del monte, lirio del valle,
de cuyas plantas tienes color y talle,
tan mal no escojas
tierra y aire en que espléndidas se abran
[tus hojas.
Mariposa que aún vagas por los alcores
del campo de la vida buscando flores,
ve a los pensiles
donde hoy las plantas jóvenes las dan a
[miles.
De poesía tienes huertos amenos,
de versos y de flores para ti llenos;
y no me explico
que eches mis flores secas en tu abanico.
Mas si ¡pese a mi súplica y a mi consejo!
quieres mis flores secas del tiempo viejo,
por tu manía
de preferir mi vieja galantería,
para aspirar sus átomos abre tu pico
al par que las varillas de tu abanico:
yo pondré entre ellas
para tu faz de arcángel nimbo de estrellas;
y al abrir tu abanico y al darte viento,
tu faz será el trasunto del firmamento,
y tras tu huella
dejarás áureo rastro como una estrella.
Hada de pies con alas y ojos risueños
que haces ver a quien miras la gloria en
[sueños,
a tu palacio
lleva tras ti mi espíritu por el espacio.
De tu abanico el aire sea mi aliento,
de mi ser el impulso y el movimiento:
de vida rico,
que me dé vida el aire de tu abanico.
Asunción, que me pides versos y flores,
pídelos a quien pueda pedirte amores;
que yo no pico
tan alto como el vuelo de tu abanico.

APÉNDICE

LA MANDRÁGORA [12]

I

Fuí yo un poeta fantástico
de imaginativa tétrica,
que jugando con la métrica
logré gran reputación;
divagador parafrástico,
di a mis ideas excéntricas
miles de vueltas concéntricas
y aluciné a la razón.

De ecos y sombras con átomos
con fragmentos de patrañas,
mil relaciones extrañas
forjé, y urdí veces mil;
y en un papel extendiéndolas
las leí a la absorta gente,

que me creyó incautamente
poeta y lector gentil.

Esto era en el tiempo viejo
que se fué ya; y como hoy día
habéis dado en la manía
de no dejarme ir con él,
y como estoy ya en el vuestro
fuera del mío, y es fuerza
que algo se fuerce o se tuerza
si hemos de estar a nivel,

es preciso que vosotros
retrocedáis hasta el mío:
pues yo no puedo ya el brío
recobrar del tiempo aquél.
Conque si a mi tiempo viejo
queréis volver... sea en buen hora:
mas yo voy a estar ahora
ya muy mal en mi papel.

Exhibirme y obligarme
hoy a esfuerzos juveniles
cuando las fuerzas viriles
extinguiéndose en mí están,
no es presión de buen consejo;
no debo, empero, esquivarme,
y aunque son del tiempo viejo
mis viejos versos... ahí van.

Aquel es el tiempo viejo
para vosotros ahora,
mas de nuestra edad aurora
para los del mío fué:
hoy conforme de él me alejo
mejor le veo y más claro,
y de él y de mí algo raro
que aún ignoráis os diré.

No que fué mejor que el vuestro,
ni que valimos nosotros
más ni menos que vosotros
en vuestro tiempo valéis,

no: en gaya ciencia maestro,
eras de distintas bases,
bajo diferentes fases
veo yo, como las veis.

Nosotros vinimos antes
de aquella alba a los albores;
fuimos los exploradores
del tiempo que enviaba Dios;
nosotros vimos radiantes
sus reflejos matutinos,
y os abrimos los caminos
por los que nos vais en pos.

Nosotros hicimos guerra
y soñamos poesía,
creyendo dar a la tierra
la luz con la libertad:
vosotros buscáis ahora
luz con la filosofía,
y creéis hacer señora
de la tierra a la verdad.

Pero ¿cuál es la absoluta
única, real, positiva?
¿Cuál es esa verdad viva
que vida nueva os va a dar?
¿Creéis que sea vuestra ciencia,
que cambia todos los días
de rumbo y de teorías
a un fin sin poder llegar?

¿Creéis que va a ser más útil
que nuestro romanticismo
vuestro audaz positivismo
sin fe, vergüenza ni afán?
¿Creéis que va comprendida
a ser jamás en España
vuestra jerga, esa maraña
de *flamenco* y de alemán?

Yo lo dudo, pero *ja i pósteri*
l'ardua sentenza! No ansío

en pro hablar del tiempo mío
ni encomiar lo que en él vi;
quiero sólo el poder mágico
de su vieja poesía
mostraros, y por la mía,
lo que él fué y lo que en él fuí.

Sé que de sí mismo nadie
dijo jamás lo que os digo,
mas trae a Dios por testigo
mi excéntrica ingenuidad;
jamás mientras el sol radie
y Dios lea en las conciencias,
temeré las consecuencias
de lo que os diga. Escuchad.

II

Yo era entonces un mancebo
cuyo estro patibulario
el libro y el escenario
de sangre y sombras llenó.
Era moda, era lo nuevo
desenterrar las horrendas
fantasmas de las leyendas
que la Edad Media creó.

La época era innovadora,
audaz, revolucionaria,
y un vago, un prófugo, un paria
fuí de su revolución.
La guerra desoladora
surgió, y en aquel tumulto
conmigo mismo, y a bulto
anduve en contradicción.

Me eché por capa un sudario,
y en la sombra y el misterio
nocturnos, fuí al cementerio
yerbas acres a coger;
mas el ramo funerario
que, a oscuras, de ellas hacía,
en rosas me convertía
el sol al amanecer.

Henchido de fe creyente,
de juventud y esperanza,
Dios me abría en lontananza
las regiones de la luz;
mas yo envolvía inconsciente,
yendo en pos de trampantojos,
mi poesía y mis ojos
en romántico capuz.

Yo, al uso aquel, ser quería
desconsolador y escéptico,
y, horrible hasta lo epiléptico,
iba de lo horrendo en pos;
mas doquier mi poesía
inspiraba, hija del cielo,
esperanza, amor, consuelo,
caballeresca fe en Dios.

Cierto que Él dió a aquella era
duelo y desastres sin tasa;
cierto que sobre mi casa
lluvia de penas envió;
cierto que mi alma era
de tinieblas un abismo,
pero dentro de mí mismo
su alma luz llevaba yo.

De amarguras muy acerbas
mi inspiración se nutría,
mas mi joven poesía
de su acíbar hizo miel;
y cual si de sanas yerbas
de triaca y ambrosía
se nutriera, no tenía
ni una palabra de hiel.

Excéntrico, mas no bufo,
incrédulo, mas no ateo,
ridículo, mas no feo,
ni en físico, ni en moral,
vagué entre el polvo y el tufo
del sepulcro y de la urna,
cual luciérnaga nocturna
sobre oculto cenagal.

Yo evocaba los espíritus
de los antros infernales,
las ponzoñas más letales
me gozaba en destilar;
cantaba el vicio y los crímenes,
y buscaba las espinas
de los brezos, en las ruinas
del palacio y del altar.

Me di a los mil extravíos
de los druídicos apólogos,
estudié a los demonólogos
y el vampirismo exhumé;
de los ritos más impíos,
de los más negros conjuros
los misterios más oscuros
inquirí y resucité.

Mas los muertos que evocaba,
surgían soñando amores,
y coronados de flores
de su nicho sepulcral;
y a la boca se quedaba
de su abandonada huesa,
de través, en falso y tiesa,
su imagen escultural.

De sus laboreados túmulos
y mausuleos marmóreos,
mis fantasmas incorpóreos
giraban en derredor;
y hablaban en verso, y su hálito
dejaba tras de sus giros
lleno el aire de suspiros,
áurea luz y ambáreo olor.

Mis espectros eran sílfides,
ondinas enamoradas,
vírgenes desenclaustradas
y ángeles reos de amor;
y mis sangrientos vampiros,
hijos de ninfas y huríes,
iban como colibríes
miel libando en cada flor.

De versos tejí guirnaldas,
y mi musa a manos llenas
vertió rosas y azucenas
en su metrificación;
y provista de anchas baldas
de flores, que ir derramando,
al corazón no tocando,
habló a la imaginación.

Y al fin llamáronme un día
el poeta de las flores,
y el vulgo dió en creer, señores,
que un encantado pensil
de flores vivas tenía,
porque vida y movimiento
prestó a las flores de un cuento
mi inspiración juvenil.

III

Diréis que de tiempos viejos
son cuentos; mas yo, picado,
a mi jardín encantado
pronto a llevaros estoy;
aunque está lejos..., muy lejos,
más allá de los lugares
de las tierras y los mares
conocidos hasta hoy.

¿Queréis venir un instante
al país de las quimeras?
Sus regiones hechiceras
me abre aún el Criador;
y aun para alzaros pujante
del arte hasta el firmamento,
me darán su ímpetu el viento
y sus alas el condor.

Pero no los necesito:
con un musgo..., con cualquiera
planta o flor... con la primera
que hallemos... con la más vil,
puede un relato inaudito

haceros, que os tenga absortos,
con sus delirios y abortos
mi imaginación febril.

¿No lo creéis? Mi conjuro
va ante vosotros abiertas
a poner las áureas puertas
de mi jardín ideal.
¡Ábrete, sésamo! ¡Brota
de su centro, átomo puro
de luz vivífica, gota
pura de esencia vital!

¡Geniecillo microscópico
de mi poesía germen,
sal, despierta a mi conjuro
a tus hermanos que duermen
dentro de mis flores, sal!

Hele allí: va, con su mano
de silfo, dejando abiertas
ante vosotros las puertas
de mi encantado vergel.
Ya lo están: el aire sano
respirad de su comarca:
cuanto vuestra mente abarca
oyéndome, es tierra de él.

Entrad en la zona santa,
en la azul región aérea,
imaginaria y etérea
del estro viejo mansión,
y a la primer flor o planta
que del poeta encontremos
en el jardín, conjuremos
a que de sí dé razón.

Entrad, mas pisad con cuanta
precaución posible os sea,
porque al umbral verdegnea
planta encantada y letal.
Miradla: allí se levanta
fatídica, allí campea
una mata de circea;
esa es la planta infernal
que su poder da a los magos;
ved: ni aun viles jaramagos
nutre su sombra fatal.

Esa planta es la *Mandrágora:*
esa planta acre, agria y fea
tiene una historia fantástica.
Brotó en Egipto; en Judea
la cultivaba en un páramo
la pitonisa de Endor;
en Grecia, de su archipiélago
en un islote, Medea
la halló arraigada en el túmulo
de un Cainita encantador;
por la sibila Cumea
fué empleada, y hoy la emplea
el Bonzo en la India, que orea
el opio embrutecedor
sobre sus hojas; y rea
de sacrílega y atea
superstición, con furor
demente la saborea
la China en mortal licor;
y aun la emplea (lo que sea
sin saber) malvado, estúpido,
el gitano ensalmador,
en sus conjuros fatídicos,
resto de los ritos druídicos,
con que al vulgo da pavor.

Esa planta es la *Mandrágora:*
para arrancarla es preciso,
cogiéndole de improviso,
amarrar a ella un lebrel;
y sin cesar hostigándole
hasta que la desarraiga,
obligarle a que la traiga
hasta expirar en pos de él.
Quien la coge es un gran mago,
cuyo gran poder magnético,
cuyo espíritu profético

e infernal intuición,
pueden de un átomo vago,
de una ruin moleculilla
hacer una maravilla
como las de Salomón.

IV

¿No sabíais esta historia
de la mandrágora? Es bella
como verídica; de ella
hacen antigua mención
cuantos relatos fantásticos
han hecho los demonólogos,
los alquimistas y místicos,
en apéndices y prólogos
y comentarios casuísticos,
al dar clara explicación
de los libros parafrásticos,
de los sueños cabalísticos
de la ciencia sibilínica,
de la cábala rabínica...
Leedlos con atención
y veréis que es la mandrágora
un talismán potentísimo
para hacer de los poéticos
delirios, evocación.

Yo poseo una, yo puedo
con sólo extender mi dedo,
parar y transir de miedo
al más bravo corazón.
Volver puedo a la existencia
y traer a mi presencia
cuanta quimera se esconde
del hondo insondable báratro
en la lóbrega mansión.

Yo poseo esa mandrágora;
y cuando la nada sondo
con ella, cuanto se esconde
de su piélago en el fondo
en embrional gestación,
a mi conjuro responde
y acude a mi evocación;
hasta los no germinados
entes, jamás concebidos,
átomos aún increados
y aún en la sombra perdidos;
sueños más que el aire vagos,
gnomos, sílfides, endriagos,
huríes, ángeles, genios,
trasgos, duendes, ilusiones,
desvaríos y ficciones
del miedo o la devoción:
todos los imaginarios
seres, de locos ingenios
y exaltados visionarios
obra, sueño o invención,
todas las supersticiones
y las alucinaciones
de todos los fanatismos
de todas las teogonías,
ritos y mitologías;
todas las obcecaciones
de todos los misticismos,
con la vida real en guerra;
todas las aberraciones
y las abominaciones
que del mundo entero encierra
la historia y la tradición;
y si aquí evoco y reúno
mis fantasmas uno a uno,
no hay de vosotros ninguno
que arrostre su aparición.

V

¿Lo veis? Esa vil mandrágora
que al paso nos ha salido,
absortos os ha tenido
de mi jardín al umbral.
Os prometí un laberíntico
relato con la primera
planta o flor con que en él diera,
y fué esa planta letal.

Mas entrad, pasad sobre ella
sin temor; del geniecillo
de mi sésamo la huella
sus hojas purificó;
vedle cómo con sus manos
de aquel alhelí amarillo
va arrojando a sus hermanos
que en él dormidos halló.

¡Así, genio microscópico
de mi poesía germen,
despiértame a los que duermen
y que vuelvan a vivir!
Vuelvan los vivientes átomos
guarecidos en mis flores,
los cuentos encantadores
de mi tiempo a repetir.

Porque es verdad: mis ideas
en el jardín de mi mente,
fueron semilla viviente
de germen espiritual:
mis flores tenían vida:
cada cual guardaba dentro
de sí algún ser: era centro
de algún átomo vital:

y a la luz de la memoria,
cuantos seres existieron
para hablarme se vinieron
en mis flores a albergar;
desde la larva infusoria
y el átomo microscópico,
al monstruo enorme e hidrópico
que habita el fondo del mar.

Mil almas enamoradas
y mil hechiceras sombras,
que en mis flores encantadas
se albergaban del calor,
de sus cálices salían
a la luna, y sobre alfombras
de musgo y césped, venían
a sentarse en mi redor.

Allí un silfo azul se queja
de una ingrata mariposa:
allí lamenta una rosa
los desdenes de un clavel:
allá una sonora abeja
a un jazmín acariciando,
mientras le arrulla zumbando,
le va robando la miel.

Pondera allí una azucena
su perfume a un botón de oro;
y el botoncillo inodoro,
de su brillante color
no más pagado, desdeña
el amor que la consume:
porque una flor sin perfume
es un alma sin amor.

Acá a sombra de un lentisco
la sombra de una odalisca,
en una guzla morisca
canta un himno a un tulipán;
y un alhelí berberisco,
que al tulipán celoso odia,
va por lo bajo en parodia
repitiendo himno y refrán.

Un ruiseñor sonoroso
que hizo su nido en el huerto,
guía de aves un concierto
con su voz rica de son:
de él un jilguero envidioso
pía hasta que se atolondra,
y le hace burla una alondra
del aire en la alta región.

Y el vago encantado ambiente
resonaba en torno mío
con un murmullo viviente
que no cabe en descripción;
masa informe de memorias,
neblina hirviente de cuentos
que en el ámbito vacío

de la azulada región,
lanzaban mil elementos
de rumor germinadores,
mil átomos productores
de este indefinible son.

Eran de antiguas historias
despedazados fragmentos,
suspiros de amor.... lamentos
de almas errantes..., congojas,
ayes y quejas acerbas,
que en las hojas y en las yerbas
guardaba para mí escritas
mi futura inspiración.

Eran ecos infinitos
de mil varios caracteres:
ya eran gritos de mujeres,
delatores, precursores
o motores
de placeres exquisitos,
de dolores inauditos,
de rencores y delitos:
son de orgías—saturnales,
y de impías—bacanales,
que hastiaban y llenaban
el espíritu de horror.
Luego motes campesinos,
serenatas y cantatas
de estrambotes peregrinos:
melodías amorosas,
salmodias religiosas
de los santos cantorales:
alaridos de guerreros,
predicciones de agoreros,
y canciones de juglares,
y bramidos populares,
y estampidos de cañones
y explosiones de volcanes:
montes rotos y hundimientos,
de violentos terremotos
y deshechos huracanes
al horrísino fragor.

Luego graves—voces solas—
dulces, suaves,
como el canto de las aves,
como arrullo halagador
de lejanas barcarolas,
que por cima de las olas
fía al viento el pescador.
Son, en fin, indefinido
producido por un ruido
tan gigante, tan inmenso,
tan vibrante, tan intenso,
que traía de sí en pos
cuanto acento conocido,
voz, lamento, silbo, aullido
de mar, tierra y firmamento,
en el sereno azul del viento
encerró la voz de Dios.

VI

Era la historia del mundo
compendiada en el rumor
universal y solemne
que en himno vital, perenne,
el universo fecundo
canta al Supremo Hacedor.

Era la voz gigantea
del poder a quien invoca,
del espíritu que evoca
la pitonisa de Endor;
era la hirviente marea,
la calentura que agita,
el estro voraz que excita
al poeta creador.

Allí absorta el alma mía
escuchaba entre el ramaje
el misterioso lenguaje
que oía en mi derredor:
y yo al mundo al otro día
le contaba y le escribía
los relatos que aprendía
de este idioma encantador.

Allí la voz y las sombras
contemplé y oí con miedo
de los muertos que en Toledo
evoqué de su panteón:
allí vi aquel juicio póstumo
donde iremos uno a uno,
y no habrá para ninguno
privilegio, ni exención.

Allí oí las cien leyendas
de los cien castillos viejos,
que relatan mis librejos
olvidados casi ya:
y las cláusulas tremendas
de aquel reloj que decía:
«¡nunca!, ¡nunca, vuelve el día,
ni el instante que se va!»

Con don Pedro entré allí en tratos;
allí el capitán Montoya
vió cómo abrían su hoya,
y ante un juez Cristo juró;
allí eché al mar a Pilatos,
resucité a don Rodrigo,
y a ser de bronce testigo
Jesús a la Cruz bajó.

Allí me contó su historia
Margarita la tornera,
me habló allí una calavera
y hablé al rey don Sebastián:
allí Satanás la gloria
cerró al alcalde Ronquillo,
y allí por un postiguillo
metí en el cielo a don Juan.

VII

¡Delirios del tiempo viejo!
¡Vanidad de un viejo loco!
Mientras lo pasado evoco
de los pasado me alejo:
pasar mi presente dejo
y expirar mi inspiración:
mas si en vez de una canción
tiene mi fe solitaria
que enviar ya a Dios la plegaria
de mi postrera oración...
dejadme a solas sondar
de mi alma el revuelto abismo:
dejadme conmigo mismo
mi muerte a solas cantar;
dejadme hasta terminar
conmigo mismo cumplir...
¡Dios me abrió ese porvenir!
¡Ya sé que estoy expirando!
Mas he vivido cantando
y cantando he de morir.

¡A ESCAPE Y AL VUELO!

CARTA-CUENTA A LA EXCMA. SEÑORA CONDESA DE CUAQUI

¡A ESCAPE Y AL VUELO!

¡A ESCAPE Y AL VUELO!

CARTA-CUENTA A LA EXCMA. SEÑORA CONDESA DE GUAQUI [13]

Carta o cuenta familiar
que, en estilo algo ramplón,
da un poeta algo coscón
a una condesa sin par.

I

Incomparable condesa,
mi gentil hospedadora;
allá va, ¡vaya en buen hora!,
una carta con sorpresa.
Del mes que en Zarauz estuve
quieres saber la impresión
que hizo en mi imaginación
lo que vi por donde anduve:
y en verso es como lo quieres
y pronto; porque te crispas
de impaciencia, y echas chispas
cuando aguardas: que así eres.
Allá va mi relación
a modo de las de ciego;
y no sé si a tus pies llego
con ella en buena ocasión.
Y digo: llegué a Zarauz...
y antes de ir más adelante,
mándame tú el consonante;
aquí no los tengo en *auz*.

Ya lo ves: ¿no te convences
de que no has de hallar poeta
que en verso se comprometa
a meter nombres vascuences?
¿Qué quieres que haga de Azcoitia
de Aizarnazábal y Azpeitia,
si ni me llamo Artabeitia,
ni nací en Medinagoitia?
Mas tú eres una mujer
que como tiras, aprietas;
y si pides tijeretas,
tijeretas han de ser.
He aquí, pues, mi narración:
de ir a Zarauz algún día
tiempo ha que aceptado había
tu graciosa invitación.
Ya era algo tarde: pasaba
ya de octubre el primer día,
y vi que, si no corría,
ya en Zarauz no te alcanzaba.
El tren de San Sebastián
tomé, pues; y en su estación
me encontré de sopetón
en los brazos de don Juan.
Mas no vayas a creerte
que con mi Tenorio sueño:

don Juan es mi amigo y dueño
el marqués de Villafuerte;
y pues que tiene contigo
parentesco tan cercano,
no te digo más, y es llano
que a mí me honra en ser mi amigo.
Siempre me ha querido bien,
lo que le agradezco yo
con el alma: él me buscó,
y él me sacó del andén.
Él, con el tren de las dos,
partir a Madrid debía,
y tiempo no más había
para darnos un adiós:
de modo que con tal prisa
almorzamos, que en la mesa
me presentó a la marquesa
y a sus hijas: mas la risa
nos retozaba al hacer
así, tan de refilón,
tan rara presentación
a dama de tal valer.
Yo no sé lo que de mí
pensarían la marquesa
ni las chicas; por sorpresa
pasó todo; y yo no vi
más que el porte señorial
de la madre, la esbeltez
de las niñas, cuya tez
tiñe el rubor virginal
ante obsequios cortesanos,
y que eran de ojos muy bellos,
riquísimas de cabellos,
y finas de pie y de manos.
Los muchachos, que después
a saludarme vinieron...
de cuadros me parecieron
de Rubens o el Veronés.
Un mancebo de hechicera
faz, vivo, franco y despierto,
con ojos de cielo abierto
y de ángel con cabellera.
Vino una rubia..., ¡un divino
modelo de Rafael!,
y otro, un diablejo; va en él
encerrado un torbellino.
Todo esto pasó ante mí
como un sueño indefinido,
entre el desorden y el ruido
con que se acababa allí
de encorrear las valijas
para enviarlas por delante,
y el bulle-bulle incesante
del marqués y de sus hijas.
«¡Las tres!, ¡a escape!—al andén
»—los billetes..., el de ingreso
»para usted—ya del expreso
»se oye el pito—ahí está el tren.
»¡Al coche! —No estamos bien
»en uno. —Tenemos dos.
»—¡Un abrazo! —¡Adiós! —¡Adiós!...»
¡y ahí va la locomotora!
y así viajamos ahora
de un descrismamiento en pos.

II

Irse al tren, mudo y absorto
miraba yo de hito en hito,
cuando me dijo Juanito:
—Vámonos, que el día es corto.
Tomamos en la central
una *cesta* con dos jacos,
que aunque un tantico bellacos,
trotaban largo e igual:
y ¡hala!, por un buen camino,
que va por una hondonada
y por la orilla arbolada
de un río muy cristalino.
y ¡hala!, ¡hala! y trota y trota,
y atrás se queda una casa
y otra, y un puente se pasa
con miedo a su cimbra rota,
y un pueblo, y un caserío,
y otro, y otro, y una loma,

y otra y otra; hasta que toma,
dejándose atrás al río,
el camino una alta cuesta;
tras la cual, con luz ya escasa,
llegué a Zarauz y a tu casa
con Juanito en una cesta.

No hay para qué aquí te incluya
la impresión que me hizo a mí
tu casa cuando la vi,
pues tu casa es como tuya.
El orden, la pulcritud,
el buen gusto, el real decoro:
todo es digno, todo es de oro
de tu influjo por virtud.

Nada choca, ni resalta
por salas y corredores:
poco ruido, muchas flores:
nada estorba, nada falta;
y en todo se echa de ver
que allí a la par siempre han ido
la dignidad del marido
con la prez de la mujer.

Decir que donde tú estás
todo lo caracterizas
con tu *chic*, y lo amenizas
con tu ingenio, está de más.
Marcelino y tu marido
me abrazaron: apartamos
toda etiqueta y cenamos
con gran charla y tanto ruido,
como si tu padre y yo
hoy del colegio acabáramos
de salir, y aun nos halláramos
en la edad que ya pasó.

Abreviamos la velada:
dejásteisme en mi aposento;
quedé solo... ¡y muy contento!,
mi cuarto era una monada.
Lavabo, espejos, armario,
paje, escritorio, y en él
cartera, sellos, papel,
con todo lo necesario
como en él en cada mueble:
y todo sin una hilacha,
ni una maca, ni una tacha:
nada usado, nada endeble.

Todo allí a mi gusto era:
y entre mil gratos objetos,
acuarelas y bocetos
de nuestro buen Carderera;
y del conjunto gentil
de todo, santo remate,
de ébano un escaparate
con un Cristo de marfil.

¡Que si estaba yo contento
allí! La cosa es muy obvia:
como que eran mi aposento
y lecho los de una novia.

Dormí bien: me desperté
ya algo tarde: hervir sentí
al mar: la ventana abrí,
y con el mar me encontré.

—

Yo adoro al mar, ¡me ha acunado
su lomo azul tantas veces!
y allende el mar, ¡cuántas preces,
cuántos muertos he dejado!
¡Cuántas lágrimas a solas
allende el mar he vertido!
¡Salve, oh mar, que me has traído
a mis playas españolas!

¡Qué diablo de tiempo viejo!,
¡siempre me vuelvo a lo mismo!
¡Maldito romanticismo,
buho infausto..., ¡aquí te dejo!

—

Quité los ojos del mar,
y de un florido jardín
empecé por el confín
la vista a desparramar.
Kiosco, capilla, invernáculo,
un risco-isla con puente

en un tanque transparente,
de agua dulce receptáculo:
de plantas grasas macizos,
un belvedere con gruta,
groselleros aun con fruta,
cañacoros y carrizos
con plumeros de espumilla;
filarias de triples hojas,
euphorbias de flores rojas,
espírea azul y amarilla;
un emparrado aun con uva
sombreado de tamarindos;
y en macetas, los más lindos
cactus de Australia y de Cuba;
y por doquiera begonias,
grandifloras jeringuillas,
cassias, fucsias, campanillas,
bojes, yedras y bignonias.

Ante este edén me sentí
de admiración casi frío,
diciendo entre mí: —¡Dios mío,
a esto llaman campo aquí!

—

Mi nombre y la campanilla
resonaban de manera,
que me arrojé a la escalera
gritando: —¡Allá va Zorrilla!
Era que más dilatar
no podías ya el placer
de echar conmigo a correr
y hacerme ver el lugar,
y las montañas y el mar,
y la iglesia y los conventos,
y los enormes fragmentos
de señoriales mansiones,
tras tantas generaciones
aún firmes en sus cimientos.
Porque tú sabías bien
que yo ignoraba que había
de grandeza y poesía
tal tesoro en ese edén;
creías que por desdén
no había hasta entonces ido,
y tu amor propio ofendido
no sosegaba hasta ver
al castellano caer
de asombro a tus pies rendido.
Sin que fuera un madrugón,
se acordó hacer un esfuerzo
para ir antes del almuerzo
a una alegre expedición;
tú, haciendo de previsión
y de aprestos un derroche,
preveniste por la noche
a tus expedicionarios
que acudieran, y entre varios,
me aguardabas ya en el coche.
Creí que ya estabais solas
tú y la de El Real: que era un pozo
Zarauz, y que aun con el mozo
de a pie andabais en artolas.
Creía que, la estación
del veraneo pasada,
no había nadie ni nada
que ver en tal lugarón;
mas me encontré, con asombro,
con que hay telégrafo y coches,
y alumbrado por las noches;
y que no hay tierra ni escombro
que en las calles cuajen barros;
que hay serenos, policía,
inspección y orden de carros,
guardas y gendarmería;
y además, que todavía
habitan hoy los de Narros
sus torres hereditarias,
y a vuestra casa cercanos
viven los de Castellanos,
Via-Manuel y Villadarias.
Plúgome, en fin, grandemente,
el ver que tan impaciente
como tú, allí me esperaba
y alegre me saludaba
la sin par en gallardía

Pilar, y la primorosa
pequeñísima María,
con una banda ruidosa
de alegre muchachería.

—¡En *route!* Y arrancó el carruaje,
desencajando el encaje
del empedrado algo bronco
las herraduras del tronco
y las llantas del rodaje.

III

Aquel alegre camino,
cinturón de la montaña,
balcón del mar, que le baña,
le arrulla y besa..., ¡es divino!
¡Qué bien se va en tu carruaje
por su grava nivelada,
con vista maravillada
contemplando aquel paisaje!
A la derecha, la mar,
alcatifa azul del cielo;
al frente, entre el áureo velo
de la refracción solar
y entre la cumbre y la playa,
mil casas como palomas
recostadas por las lomas
desde Zarauz a Zumaya.
Al fondo, cual chinerías
de japonés abanico,
desde Zumaya a Motrico
pueblos, faros y alquerías;
y a la izquierda, de pizarras
montes, do brotan a trechos
entre zarzales y helechos
tallos bravíos de parras,
el musgo, el boj, el madroño,
las zarzamoras y endrinos,
mil tréboles campesinos,
y las mil yerbas de otoño.

¡Qué bien tus caballos trotan
por un camino tan llano!
¡Qué aire se aspira tan sano
en las ráfagas que azotan
con su acre ambiente salino
la faz, que en vapor nos baña
dejando en cada pestaña
un átomo cristalino!
¡Aire, luz, mar, campo abierto!
Hoy traen a mi poesía
Dios y el mundo de concierto
una explosión de alegría,
la libertad del desierto,
vejez sin decrepitud,
de fe una inoculación,
de vida una plenitud
y una reverberación
del sol de la juventud.
¡A vivir! ¡Penas al mar!
¡Al mar las memorias negras!
¡No hay hacia atrás que mirar!
¡Dios, que la vida me alegras,
déjamela aquí gozar!

IV

GUETARIA

—¡Vaya un hotel peregrino!
—El de Sebastián Elcano.
—¿Por qué en mitad del camino?
—Porque es el pueblo cercano
patria de tan gran marino.
—¿Esa es Guetaria? —Esa es:
de esas ondas espumantes
que al cerro baten los pies,
salió con sus mareantes
Elcano. —¡A Guetaria, pues!

¡Qué caprichosa postura,
sentada en la peña dura
con su faro en la cabeza,
es, pequeña en su grandeza,
Gibraltar en miniatura!

¡Vaya... y con qué antecedentes!
Cuna de descubridores,
albergue de pescadores
y baluarte de valientes,
es noble por sus mayores
y brava por sus presentes.

Defendió su libertad
con tan fiel tenacidad,
que no cedió en la batalla
sino cuando la metralla
la dejó sin vecindad.

—¿De modo que las razones
de que hoy esos murallones
estén hechos un cedazo,
fueron balas de cañones?
—Cada hueco un cañonazo.

—¡Jesús, qué desolación!
¡Maldita guerra civil!
no reventara el cañón
que horadó aquel rosetón
tan esbelto y tan gentil!

¿Quién pensara que aquí había
recuerdos de tal valía?
¡Qué templo! ¡Qué torreones!,
¡qué ojivas, qué canalones!...
¡Lo que de ver me perdía!

¡Qué pórticos, qué sillares,
qué aristas y qué pilares:
qué gallardía en los fustes,
qué cimbra, qué arcos, qué ajustes
en sus líneas angulares!

De admirarlos con el gozo
de entusiasmo me remozo;
pero, ¡qué ruina, Dios santo!,
¡qué pobreza y qué destrozo!
¿Quién hizo aquí daño tanto?

—La guerra..., ¡de tantos rea!
—¡Ay de quien la trae en pos!
¿En qué Dios cree quien pelea,
que hunde así y agujerea
las santas casas de Dios?

¿Y un buen retablo italiano
que había aquí, y que sé yo
que era de muy buena mano
de imaginería? —Ardió:
fué el fuego que calentó
los ranchos. —¡Dios soberano,
maldito sea el mal cristiano
que templo tal profanó!

Vámonos de aquí, y que quede
la paz de Dios en Guetaria.
—Así sea: pero puede
que el diablo otra vez la enrede
en otra lid sanguinaria
y... —Pensar es desatino
en agüeros tan fatales.
¡A escape y libre el camino!
y a las rachas desiguales
del acre viento marino,
era el landó un remolino
de velos, rizos y chales.

V

ZUMAYA

Con dique, faro, onda, playa,
puente de hierro, y el tráfico
de una industria en que se ensaya,
va ya tomando Zumaya
faz propia y carácter gráfico.

Ya es punto de veraneo,
jira de turistas ricos,
de los de Zarauz paseo;
y tiene aquí hogar y empleo
un gran cantor de zorcicos.

Viene aquí Grilo a buscar
para su hija la salud
y oxígeno que aspirar,
¡y a ver si al fondo del mar
puede arrojar su inquietud!

Lugar sano, playa quieta,
de algunas sirenas baño
y retiro de un poeta,
Zumaya no será extraño
que halle de oro alguna veta.

Con su templo bizantino,
su altar de imaginería,
su triple cuadro divino
y el par de ellos peregrino
que guarda en la sacristía;

con la fama proverbial
de su situación amena
y hospitalidad cordial,
y *una ventolina buena*
para su hidráulica cal,

ya dió de oro con la veta:
por Zumaya, pues, tranquilo
me voy. ¡A escape y aprieta!
¡Adiós, Zumaya!, ¡adiós, Grilo!,
¡un abrazo a Zabaleta.

Y ¡hala!, otra vez por la orilla
del Urola, entre un follaje
que daba humos al paisaje
de los de Murcia y Sevilla;
y parecía el carruaje
de ondinas una barquilla,
que en mar de verde oleaje
lleva en palo, popa y quilla,
vela y foques, de espumilla
blonda, nipis, tul y encaje.

VI

IZIAR

Iziar.—¡Vaya un repecho!
mas compensa la subida
del camino agrio y estrecho,
su iglesia bien construída
con retablo tan bien hecho.

Talla de maestra mano,
fábrica amplia cual segura,
renacimiento italiano,
mezcla bella aunque algo impura
del arte greco-cristiano.

«Un vistazo, y la atención
»no llamemos, que está en misa,
»y tiene esta población
»gran fe y mucha devoción...
»y nosotros mucha prisa.

»¡Quién tales templos creyera
»que había en pueblos tan chicos!
»Vaya, una oración ligera,
»y quietos los abanicos,
»no hagáis ruido... Visto y ¡fuera!»

Y fuera..., ¡en qué panorama
la vista se desparrama!
Monte, valle y caserío
espejándose en un río
y en el fondo el mar que brama.

¡Espléndido, original,
sorprendente, pintoresco!
El cuadro parece un chal,
cuyo bordado chinesco
no tiene ni un palmo igual.

¡Y a Deva por la ladera
de la frondosa colina,
que enfranja la carretera!,
¡y qué riqueza en madera!,
¡qué arbolado!, es una mina.

El haya, el roble, el nogal,
el abedul, el encino,
el alcornoque, el moral,
el castaño..., es el camino
de una gloria terrenal.

¡Qué prados artificiales
sembrados por valle y loma,
entre melgas naturales
de alholva, trébol y argoma,
que cual grecas desiguales
ribetean los trigales,
los huertos ricos de poma,
y los secos maizales,
¡y qué frescura y qué aroma,
y qué brisas tan vitales!

¡Dios... y qué cuesta!..., ¡que haya
quien a bajarla se atreva,
a este paso!... Ten a raya
tus caballos, Carmen.
—¡Vaya,
José, ya estamos en Deva!

VII

DEVA

Deva parece un rincón
del mundo al entrar en ella;
un libro antiguo que sella
un nobiliario blasón.
Tiene la tal población,
de aspecto grave y severo,
el aire de un caballero
de la corte retirado,
a vivir de lo heredado
y de ahorros en dinero.
Tiene una alameda, un puente,
un puertecito, una ría
y un frontón; gloria y manía
de su vigorosa gente:
el mar del paseo enfrente,
cuya brisa le refresca,
baños y lanchas de pesca,
y va allí la gente grave
a veranear, porque sabe
que allí hay expansión sin gresca.

Tiene escuelas bien dotadas,
vive un poco a la francesa,
mira a lo que la interesa
y a sus cuentas bien sumadas.
Las gentes acomodadas
no creen que allí las rebaje
dar en verano hospedaje
a bañistas y a viajeros,
que tienen tiempo y dineros
que derrochar en el viaje.
Pero yo voy muy a priesa
para observaciones hondas:
yo voy como entre las ondas
va un alga con mar muy gruesa:
mas no voy yo, es la condesa
quien me trae por aquí a escape,
sin que olvide ni me tape
curiosidad que ver deba;
y como al vuelo me lleva
diré lo que al vuelo atrape.

Tiene un templo, monumento
y ejemplar muy peregrino
del gótico bizantino,
de ancha base y firme asiento.
Atrio severo y macizo,
maravillosa portada;
cuya fecha está olvidada
y el nombre de quien la hizo
Su arco agrutado, labor
concéntrica de esculturas,
en su hueco y sus figuras
va de mayor a menor.
Nave triple, con capillas
de férreas verjas cerradas,
y por devotos costeadas
lámparas y lamparillas

un coro tendido al aire:
la baranda losangeada
parece que está tirada
de través y hecha al desgaire.
Bóveda huyéndose al cielo
sobre atrevidas aristas,
y altares obra de artistas
de mal arte y santo celo.
Imágenes muy devotas,
mas medianas esculturas,
a explicar cuyas figuras
menester son santas notas.
Un buen lienzo a luz oscura
hay del claustro a la salida,
cuyo patio es, por mi vida,
un joyel de arquitectura.
Cuadrilátero ojival
de estilo tal como aquél,
no le vi, ni hallé como él
en cartuja o catedral.
Sus calados están hechos
bajo de traza tan nueva,
que no he visto más que en Deva
tales arcos y antepechos:
y a no ir como voy volando,
pasara allí más de un día,
viendo a placer y admirando
templo, patio y verjería,
que son obras de admirar;
mas fuera hay otras que ver;
vámonos..., ¡cómo ha de ser!,
agua bendita... y andar.

Y por las calles echamos
y por doquier nos metimos;
y tanto en Deva anduvimos,
que al fin, de andar nos cansamos.
Y aún hemos de repechar
aquella cuesta tan alta.
—Vámonos. —Aún no; nos falta
ver la casa de Valmar.
¡Ah, cuco de Leopoldo,
y a dónde te has hecho el nido!
¡Y qué bien le has escondido
de ramaje bajo un toldo!
Con aleros prolongados
en chinesca demasía,
dan faz un poco sombría
a esta casa sus tejados.
Por dos lados muro grueso
con pocas luces; enfrente,
sobre el camino del puente,
cancel ni fuerte ni espeso
da al jardín con serre y fuente,
de árboles follaje espeso
y alta escalera de ingreso,
a la italiana y pendiente.
Adentro, sobre un rellano,
arranca un tramo de gradas
altas, amplias y flanqueadas
de ancho y recio pasamano.
¡Qué mansión tan singular!
De ella mi impresión primera
fué que habitarla pudiera
García del Castañar.

Vese bien, sin mucho examen,
que en todo y en cada pieza,
hay exceso de firmeza
y lujo de maderamen.
Carácter de casa tal
no vi: reina allí el misterio
y el lujo del monasterio
y el castillo señorial.
En aquel orden severo
de menaje y mobiliario,
se está viendo al anticuario
a través del caballero;
y por doquier que la vista
se posa, ver se cree escrito:
«Aquí estudia el erudito,
aquí trabaja el artista.»
Y cuantos se han a las manos
trastos y muebles, sillones,
mesas, lámparas, jarrones...
hermanan sin ser hermanos;

porque hay allí del taller,
del estudio y del salón,
en artístico montón,
raros primores que ver.
Y vuelvo aquí a mi manía:
que la casetonería
y envigado de los techos,
con la madera están hechos
del castañar de García.

Y aquel pensil, de la casa
por un puente separado,
y sobre un cerro asomado
al río que a sus pies pasa,
tiene algo que atrae y asocia,
en vaga visión lejana,
los pastores de Beocia
con la Wilis alemana
y la silfide de Escocia.
¡Gran casa la de Valmar!
¡Quiera en ella darle Dios,
con la marquesa, su par,
para dos perdices, dos,
y la paz del Castañar!

TELEGRAMA

«Madrid, Valmar, tres, Cervantes.
»Hemos tu casa asaltado,
»tus cámaras registrado
»y abierto hasta los estantes;
»todo lo hemos admirado;
»como lo tenías antes
»te lo hemos todo dejado,
»y nos vamos tan campantes.»

Y nos fuimos; pero yerro:
Carmen dijo: —Espera un poco.
—¿Pues qué falta? —Ir a aquel cerro.
—Manda una cabra o un perro:
yo estoy viejo y no estoy loco.

Y era cosa de esquivar:
frente a casa de Valmar,
hay, en un cerro empinado,
que para ser visitado
se le tiene que escalar,

un alegre caserío
que tiene el mar a la espalda,
un tajo verde por falda
y por franja de ésta el río;

y aquel caserío vasco
es, en cerro tan enhiesto,
un nido de águilas puesto
en el crestón de un peñasco.

Propiedad de la condesa,
sitio de ella predilecto,
es delicioso, en efecto;
mas treparle es ardua empresa.

Lo que de allí a ver se alcanza
su dueña gentil pretende
que en un círculo se extiende
grande como la esperanza:

cosa será muy de ver;
mas yo no quise subir,
porque me temí a pie ir
y de cabeza volver.

¡Con que otra vez a correr,
y a Motrico! Un puertecico
en tiempo atrás fuerte y rico,
donde nació el gran Churruca;
poblacioncita muy cuca,
como un país de abanico.

VIII

MOTRICO

Motrico es una monada:
una población colgada
a modo de nacimiento,

con cada casa encajada
donde pudo hallar cimiento.
Su caserío especial
tiene un sello original;
gran lujo de balconaje
y puertas con más herraje
que las de una catedral.

De algunas no hay quien iguale
la curiosidad secreta:
la pena de verse vale
la torre de Barrencale,
de Idiáguez y Gaztañeta.

Tiene un templo mal cristiano
con pórtico a lo romano
y escalinata a lo griego;
donde se ve, desde luego,
de la Academia la mano.

Del clásico paganismo
ridícula imitación,
bien podría estar lo mismo
consagrado al Cristianismo
que a Minerva o a Plutón.

Ante él se alza, ejecutoria
de su prez, padrón de gloria
de esa que jamás caduca
de un buen pueblo en la memoria,
una estatua de Churruca;

y pendientes, intrincadas,
laberínticas, tortuosas,
caen de allí, como cascadas
por el agua abandonadas,
calles de andar peligrosas;

y nada más peregrino
que ver, desde arriba a abajo,
a uno y a otro vecino
buscar por ellas camino,
como quien desciende un tajo.

Allí tiene la condesa
varios nobles caserones,
de almenados torreones
con las cifras de la empresa
de sus ducales blasones.

Tiene una torre cuadrada
rumánico-bizantina,
negra de vieja y rajada,
que se mira de la rada
en el agua cristalina

y es ya de lechuzas nido;
pero que si mía fuera,
me echara yo allí al olvido,
sin volver a echar siquiera
una ojeada a lo vivido.

Motrico, graciosa villa
del mar sentada a la orilla...
¡que entre sus ondas traidoras
de las tuyas pescadoras,
jamás se hunda una barquilla!

IX

Y aquí, Carmen de mis ojos,
va a revelártelo el viejo
y a contrariar tus antojos,
y a darte, aunque te dé enojos,
una razón y un consejo.

Tú, que de un tu antepasado,
Príncipe de Ravagorza
por una corza criado,
debes de haber heredado
instintos y pies de corza,

tú no te cansas jamás
por lo visto; pero vas
a entender esto: o nos das
cama en Motrico esta noche,
o volvámonos al coche
y volvamos pies atrás.

¡A Zarauz, condesa mía!,
Si despertamos mañana
y tenemos todavía
en el cuerpo cosa sana,
mañana será otro día.

Con que un adiós a Motrico
y ván onos, que ya es hora
de que cerremos al pico
y esta jira mareadora
y este país de abanico.

La luna en total creciente
ya suelta del horizonte,
pajiza y resplandeciente
plateaba tímidamente
mar y cielo, playa y monte.
¡A Zarauz! Y en el coche iba
Carmen muda y algo esquiva
entre el misterio que puebla
las selvas en noche estiva,
como un hada fugitiva
con su aérea comitiva
de duendes entre la niebla.
Y a Zarauz la vuelta al dar
por la carretera angosta,
cuyas combas dan al par
cinto de piedra a la costa
y franja de espuma al mar;
los que por ella costean,
en muda concentración
sólo en ver y oír se emplean
de agua y cielo en la extensión,
los astros que centellean,
los faros que parpadean
su constante irradiación,
en cuya estela irisada,
restringida y recortada,
y en la haz del agua trazada
por el foco del peñón,
se espejan y cabrillean,
se besan y juguetean
con la luz radiante y viva,
pero siempre fugitiva,
que las manda desde arriba
el fanal en rotación.
Ya nosotros arrastrados
por los potros, ya cansados,
vamos viendo, adormilados,
en vaga contemplación
de la mar el movimiento;
en cuya agua azul, que ondea
sosegada y sin marea,
se refleja el firmamento:
y las olas de las playas
que en la arena al arrastrarse,
escalonan combas rayas
que se borran al trazarse
por su efímera impresión;
y veíamos acaso,
y sentíamos al paso
del pretil por sobre el borde
el murmullo y movimiento
sordo, unísono y acorde
de las olas, que en montón
hierven, bullen, culebrean,
se rechazan, se aparean,
y se rompen y espumean
a los pies del malecón;
y al romperse burbujean
sin ahogar sólo un momento
su incesante, soñoliento,
manso, lento y vago son.

—

LA CONDESA. ¡Zarauz! — Silencio y [apriesa:
arriba; metan los coches
y a dormir: orden expresa.

. . . . . .

EL POETA. Muy buenas noches, condesa.
LA CONDESA. Adiós, José, buenas no-[ches.

X

Llovió un día, llovió dos,
llovió toda la semana;

pero al fin una mañana
salir al sol mandó Dios.

Y el sol alegró a la gente;
y como por más que llueva,
por terreno tan pendiente
corre el agua y se la lleva
al mar su misma corriente,
a poco que el aire corra
se seca el piso y se borra
la humedad rápidamente.

Sobre si se iba a aclarar
o iba a volver a llover,
se empezó a deliberar
lo que se había de hacer.

¡Que a dónde se había de ir,
no siendo posible andar!,
mas que era imposible estar
en Zarauz y no salir
por el campo a corretear.

Yo comencé a comprender
que todos otra carrera
deseaban emprender,
fuera posible o no fuera,
lloviera o no; y a mi ver
lo imposible en Zarauz era
vivir allí sin correr.

Y así se nos pasó el día
en si se corría o no;
pero al siguiente salió
un sol que daba alegría
y que todo lo alegró.

—«Vámonos; pongan el coche
y avisen a las muchachas.»
¡Y qué bullicio, qué rachas
de alegría, qué derroche
de apropósitos y chistes!
Y entre aquella batahola
dijo Carmen: —¡A Loyola!
Y ¡ay, Zarauz!, tú que nos vistes.

—

¡Y qué bien rueda el carruaje
por carretera tan llana,
cruzando el verde paisaje
a quien da tan verde traje
vegetación tan lozana!

La tierra, ante el sol risueña,
sacudiéndose el rocío,
despierta; ya la cigüeña
baja a limpiar el plantío:
parece de oro la peña
y trenza de plata el río.

Aun húmedos verdeguean
los prados, y en la enramada
los pájaros aletean,
pían, trinan y gorjean
enviando a Dios la alborada.

La tierra entera, del sueño
al salir, a Dios se torna
con su aspecto más risueño,
como esclava que se adorna
para ir a ver a su dueño;

y alegre, fresca y lozana,
le saluda y felicita,
cuando su luz soberana
de la sombra ciega y vana
los velos negros la quita.

Ahí va, y haz lo que se ufana
la creación infinita
en hacer, Carmen cristiana:
y Dios te vuelva bendita
tu oración de la mañana.

PLEGARIA

«¡Señor, que me dejas ver
»el mundo y en él vivir
»de vivir con el placer,
»¡que no me pese al morir
»de lo que voy hoy a hacer!

»Puesta en este mundo estoy
»por tu designio profundo,
»siendo por ti lo que soy:
»¡que no me pierda en el mundo
»por mi modo de ser hoy!

»¡Dios, que los mundos mantienes
»en tu mano soberana
»y das y quitas los bienes,
»acepta, pues mi fe tienes,
»mi oración de la mañana!»

No temas lo que te digo
decir a Dios hoy conmigo,
Carmen: que al llevarme en pos
de ti, mi fe va contigo
y mi fe va puesta en Dios.

Por la tierra me perdí,
por los mares se perdió
el navío en que me fuí;
mas siempre a salvo salí:
Dios jamás me abandonó.

Y acaso es la última vez
que corro así por la tierra;
¡ay del poeta que encierra
entre muros su vejez!
¡Dadme a mí en su esplendidez,
sol, ambiente, campo abierto,
la libertad del desierto,
aire de mar que me envuelva,
son de agua, rumor de selva...
del globo el almo concierto!

Aspira aquí la salud
a pleno pulmón mi aliento:
refrescarme el pecho siento
ráfagas de juventud.
Siento aquí en su plenitud
la fe de mi corazón;
Dios abre a mi inspiración
para mi último cantar,
el cielo, la tierra, el mar,
¡la infinita creación!

¡Incrédula ciencia, atrás!
Pobre razón, seca y fría,
¡si Dios es la poesía
y Dios no muere jamás!
Tendrá mañana, hoy quizás,
fin mi vida, que es ya corta;
mas si el alma vive absorta
de inspiración y de fe,
que Dios la muerte me dé
mañana u hoy, ¡qué me importa!

Negarme un alma inmortal
y discurrir y andar vivo
sólo por ella, concibo
que es hacerme al bruto igual.
Oye, sabio irracional,
cuando del cuerpo al salir,
sientas a tu alma ir
de Dios arrastrada en pos,
creo que más que morir
sentirás morir sin Dios.

Yo he vivido vagabundo
del mar por ambas orillas,
cantando las maravillas
de que Dios ha henchido el mundo.
Mi saber no es muy profundo,
mas infinita es mi fe:
cuándo he de morir no sé,
mas sé cómo si no cuándo:
pues que viví a Dios cantando,
cantando a Dios moriré.

Y a quien, pasando, a Dios canta,
se le adhiere, vaya o vuelva,
cuanto vegeta en la selva
brota, anida o se amamanta;
ave, insecto, bruto o planta,
todo va tras el encanto
de aquel vivífico canto
y se une a su ritmo y verso;
el rumor del universo
no es más que eso: un himno santo.

Siga, pues, la caravana
de Zarauz campo adelante,
y conmigo a Dios levante
la oración de la mañana.

Somos gente algo mundana,
que va un poco a la ligera
por el mundo a la carrera:
mas de raza que no olvida
en su viaje por la vida
la fe de su edad primera.

—

Mas reflexiones atajo
y alardes y altanerías:
hoy vuelo en aire más bajo,
y quien por aquí me trajo
me trae a sus correrías.

¡Con que ¡otra vez a correr!
¿Por qué no satisfacer,
pues no podemos volar,
de corretear el placer
de ver y mariposear?

Más vale que recorramos
y estudiemos el país
español en donde estamos,
que a desperdiciar vayamos
tiempo y dinero en París.

XI

¡Qué gente y provincias éstas!
¡Cuánta joya atesorada
guardan de la edad pasada
por sus quebradas y cuestas!
Sus campos más son florestas
que campiñas de labor:
y sin embargo, en redor
de sus pueblos no se ve
de tierra baldía un pie
que descuide el labrador.

De quintas y caseríos
hay por cada monte un ciento:
casitas de nacimiento
a la orilla de los ríos.

Y en conventos, ¡qué tesoro!,
parece que sus abuelos
criaban sus pequeñuelos
para ser niños de coro.

Sus iglesias parroquiales
son grandes templos, tan bellos
que bien cupieran en ellos
cabildos de catedrales.

Y esta gente guipuzcoana,
leal y aun poco ladina,
laboriosa, ágil y sana,
la gente es más campechana
de la gente campesina.

País dichoso y tranquilo,
cuyo laboreado suelo
parece granja modelo
y de la honradez asilo.
¡Dios les dé en sus montes paz,
y no torne a hacer la guerra
de gente tal y tal tierra
tierra y gente montaraz!

XII

Y aquí hay que dar otro tajo
a mi charla que no cesa
de hilar versos a destajo:
nos olvidamos, condesa,
de que sin tiempo y con priesa
y arrancándome al trabajo,
tu orden urgente y expresa
por aquí a correr me trajo.

Corramos, pues; que el deber
me va muy pronto a llamar,
y el tiempo me va a faltar
contigo para correr
por esta orilla del mar.

—

¡Alza! De rayo y cometa
con la fugaz rapidez,
saludemos a Iraeta,
do pasaste tu niñez
como mariposa inquieta:
y no mires hacia atrás,

que en esa tranquila estancia
hoy ya tan sólo hallar vas
los recuerdos de la infancia,
que, ida, no vuelve jamás.
Ni mires si lucen bien
los eléctricos fanales.
que ha puesto para que den
alegría a sus frutales
el barón de Sangarren:
y véannos como a errantes
sombras, que un sueño amontona
y borra en breves instantes,
los absortos habitantes
de la salubre Cestona.
.....
.....

XIII

AZPEITIA

Bautismal pila y capilla
parroquial de San Ignacio.
Pero, ¿por qué tan despacio
vamos cruzando esta villa?
¡Hola!, aquí se hace cumplir
la ley: para no estropear
el empedrado, al pasar
nos hacen al paso ir.
¡Gloria a la administración
de municipio sin par!
Vamos un vistazo a dar
al templo y la población.

—

¡Buena iglesia!... ¡Torre extraña!,
¡gótico pie y arabesco
remate caballeresco,
la Cruz y el patrón de España!
Portada de orden toscano,
nave triple, anchas capillas:
descuidadas por rencillas
de amor propio asaz mundano.

En una un enterramiento,
ejemplar muy peregrino
de trabajo florentino
y del buen renacimiento.
Don Martín Zurbano yace
allí: su estatua de hinojos,
elevando manos y ojos,
por sí mismo oración hace.
Dos ángeles se la ofrecen
a Dios: figuras aladas,
sueltas y bien modeladas:
las tres más culto merecen
La tumba, con estatuetas
y hornacinas decorada,
es una, aunque allí arrumbada,
de las obras más completas.
Aun con sus aditamentos
extraños e irregulares,
la iglesia es rica en altares
y más rica en ornamentos.
Guárdanse en cajonería
múltiple y bien encajada,
en una muy bien cerrada
y ostentosa sacristía.
La fábrica es, en total,
por su planta, su esbeltez,
amplitud y solidez,
digno templo parroquial.
Bajo su coro, en el fondo
se encierra tras gruesa verja
(y porque nada se inmerja
impuro en su tazón hondo
bajo cubierta de plata),
la pila de agua bendita
en que el primer Jesuíta
pagó su primer oblata;
pues en su borde al poner
su cabeza a bautizar,
sus derechos al altar
hubo de satisfacer.
Hoy como buenos paisanos,
de devoción santo objeto,

tienen un santo amuleto
en ella los azpeitianos.
¡Buen templo y curiosa villa!
.....
mas basta, gente curiosa,
¡y hala la alegre cuadrilla,
que el sol nos sigue y nos pilla
y la prisa nos acosa!
Y ¡hala!, otra vez por la orilla
del Urola, cuya undosa
corriente borbolla y brilla
entre la selva ramosa.

—

Y al quebrarse la calzada,
que entre cerros se abre calle
con el Urola apareada,
a nuestra vista asombrada
se abrió de Loyola el valle.

XIV

LOYOLA

Oasis fértil y ameno,
de luz y alegría lleno,
regado por el Urola
y al ruido del mundo ajeno,
es el valle que en su seno
guarda el templo de Loyola.
Por cerros altos cercado
de jaspe y mármol canteras,
como un tapiz bien bordado
de esmeraldas recamado,
del río en ambas laderas
está muy bien cultivado.
Por su vega y por sus lomas
con placer los ojos miran
mieses y huertos de pomas,
labradores que en él giran,
y que en su ambiente respiran
auras cargadas de aromas.
Como un sacerdote serio,
cifra de un santo misterio,
en su centro se levanta,
sellado de la Cruz santa
con el signo, un monasterio.
Grande archivo de memorias
de muchas grandes historias,
es un arcano que encierra
grandes fastos, grandes glorias
que han asombrado a la tierra.

—

Andemos aquí con tiento:
¡mucho ojo!, ver y callar:
que esto, sea o no convento,
es del arte un monumento
y de Dios es un altar.

Aquí hay mucho jaspe y oro:
bajo ellos sólo se ve
mucha calma y gran decoro:
dicen que aquí hay un tesoro
y un misterio: no lo sé.

Si haylos... con ellos no di:
unos sostienen que sí,
otros porfían que no;
yo digo que ¿qué sé yo?
y ello no me incumbe a mí.

Como hombre de arte y viajero,
como galán compañero,
de damas aquí al venir,
algo debo y tengo empero
a las damas que decir.

Discípulo de un colegio
de instituto y fuero regio
que debió a su Orden el ser,
por lejos de ellos que me halle,
de esta Orden y este valle
algo debe de saber.

Mas errante por el mundo,
yo, poeta vagabundo,

que en ninguna parte supe
ni hacer nido ni hacer pie,
no es posible que me ocupe
de algo grande ni algo grave,
como sabio que algo sabe,
con lo poco que yo sé.

Sé lo que el vulgo y la Historia,
sin luz muy satisfactoria,
dicen, ya bajo, ya a gritos;
mas fuera sandez notoria
con damas hacer memoria
de pleitos tan eruditos.

Sé... cómo y cuándo el egregio
buen arquitecto Fontana,
el plano de este colegio
dió por la reina doña Ana,
quien otorgó el privilegio
de su fundación cristiana.

De Fontana por el plano
al labrarse todo entero,
edificio soberano
fuera: mas en él la mano
metió el decadente Ibero.

Y en lo que voy a exponer
muy en cuenta hay que tener
mi buena fe al observar:
que fuera injusto juzgar
a los de hoy por lo de ayer.

El edificio es suntuoso:
su ornato y arquitectura
de gusto un poco dudoso:
no se hizo en siglo famoso
del arte por la cultura.

La escalinata es sin par;
el gran vestíbulo afea
la idea de convexar
la portada; que fué idea
muy fea e irregular.

Sólido en su construcción,
profuso en decoración,
el templo, en nave redonda,
tiene algo de la rotonda
de unas termas o un panteón.

Su ornamentación profusa,
labor prolija y difusa
de heráldica y frutería,
con luz y oro en demasía,
resulta exceso y confusa.

Lujo ostentoso en altares:
en mosaico, estatuaria
y mármoles, ejemplares
preciosos y singulares
en su multitud tan varia.

Prodigios de trabazón
en pilastras y resaltes
y relieves; la mansión
del Santo un rico montón
de clavería, de esmaltes
y de pulimentación.

La cúpula, soberana,
sombra de la Vaticana:
el cimborio pide al cielo,
a doscientos pies del suelo,
luz al sol de la mañana;

y en su sombra que dibuja
con el sol sobre la loma,
tras de su fábrica asoma
y en grandor la sobrepuja
la sombra de la de Roma.

En todo el templo campea
la grandeza soberana
de su soberana idea;
mas tal grandeza flaquea
por falta de unción cristiana:

falta del siglo en que se hizo,
de la fe y culto del arte
corruptor y tornadizo,
y del todo por la parte
caprichoso olvidadizo.

El todo es una gran masa
de materias exquisitas,
que encierra sin par ni tasa
mil joyas que están benditas:
sus dueños lo llaman CASA.

Y en esta CASA se encierra
otra, que en su área aduna,
de un gran Santo, hombre de guerra,
que casi un Dios fué en la tierra,
trono, altar, túmulo y cuna.

Nació en ella, y su linaje
se la da a los que siguieren
su Regla y vistan su traje,
a condición de que encaje
toda en la que ellos hicieren:

y ¡anomalía extremada!,
hoy, por tal don, privilegio
de los duques de Granada
es tener casa incrustada
de Loyola en el Colegio.

Esta es la CASA, el hogar,
el campamento, el asilo,
el capitolio, el altar
de un ejército tranquilo
monástico-militar.

Institución peregrina
en la cual se compagina
por su fundador soldado,
con el monástico estado
la militar disciplina.

Cosa difícil de aunar
y algo ardua de comprender;
Instituto en que a la par
se hace el soldado temer
y el sacerdote acatar.

El mundo, cuya malicia
ve en todo, ignara, un negocio,
no encuentra acomodaticia
la humildad del sacerdocio
con la acción de la milicia.

De vago recelo instinto,
de curiosidad empeño,
quien entra en este recinto
busca o la gloria en un sueño,
o a Dios en un laberinto;

y el misterio o el tesoro
buscando aquí como centro,
tras del secreto o el oro,
en la paz, calma y decoro
se pierde que halla aquí dentro;

pues ya que con gran pericia
esté hecho todo y dispuesto,
o que exento de malicia
esté todo y manifiesto,
hay que juzgar en justicia:

Sin objeto aquí no hay nada,
cosa que no esté a la vista,
ni inútil, ni abandonada,
ni hora que no esté empleada,
ni nombre que no esté en lista.

Viéndolo bien y despacio,
aquí hay más que de convento
de campamento y palacio:
todo es luz, aire y espacio:
la celda aquí es aposento:

no hay claustros, son corredores:
no hay *padres-maestros* graves,
guardián, ni abad: superiores

se llaman y profesores:
nada hay cerrado, no hay llaves.

Todo para todos hecho,
nada hay aquí de ninguno;
nada viene ancho ni estrecho;
marcha todo al mando de uno:
y entre hecho y mando no hay trecho.

No hay individualidad:
nadie sufre ni disfruta
más que nadie; la igualdad
es estricta y absoluta;
nadie tiene propiedad.

Si más de lo que se ve
hay aquí, nada hay que dé
indicio más que de calma,
de serenidad del alma,
de abnegación y de fe.

Todo es orden, pulcritud,
estudio, recogimiento,
método, paz y quietud;
hay aquí la exactitud
de máquina en movimiento.

Y ello es un modo de ser
que a mi ver no tiene par:
difícil de establecer,
difícil de sostener,
difícil de derribar.

Aquí hay mucho jaspe y oro,
bajo ellos no acierto a ver
más que paz, calma y decoro:
dicen que hay aquí un tesoro
y un misterio: puede ser.

Hombre de arte, no estadista,
vengo, poeta y turista,
a echar sin impertinencia
en cosas y hombres la vista,
no la sonda en su conciencia.

No obstante, y sin tal intento,
veo aquí bien que el portento
no es lo que está sobre tierra,
no el mármol del monumento:
lo que debajo se encierra
del mármol: el pensamiento.

Prodigio aquí se produjo
que extendió su vasto influjo
por la tierra a la redonda;
mar con flujo y con reflujo
y que rechaza la sonda.

Hubo un siglo que soñó
con una sola imperial
monarquía universal;
y aquí un hombre realizó
de aquel siglo el ideal.

Aquel hombre... y de él me fundo
en los hechos que osó hacer,
fué el problema más profundo
que había planteado el mundo
quien se atrevió a resolver.

Hombre de fe y genio ardiente,
sin letras, casi ignorante,
pero soldado y valiente,
no se arredró por la gente
que se le puso delante.

Le envió al lecho un proyectil;
y del cuerpo en la inacción,
entró aquí en fermentación
su espíritu varonil;
y se hizo esta reflexión:

«La espada no crea nada:
»mata la vida y la luz,
»yerma, encona y anonada.»
Y se desciñó la espada,
y se abrazó con la Cruz.

Grande fuera en lid guerrera
lograr del triunfo por palma
ser rey de la tierra entera:
pero otra hay más grande y fiera:
la de la idea, y el alma.

Se encuevó este hombre en Manresa
en lid con la idea sola
que había en su alma hecho presa:
la de su siglo era ésa
y esa fué la de Loyola.

Nadie de su edad se sale;
quien en su siglo lo vale
su siglo en triunfo atraviesa;
Loyola, allí dale y dale,
salió de allí con su empresa.

Taciturno y macilento,
en la cueva a paso lento
entró como un desertor;
hirvió allí su pensamiento,
estalló, impulso motor,
y salió lanzado al viento
con las alas del condor.

No hubo estorbo, no hubo etapa
que atajaran su camino
por cuanto vió sobre el mapa,
y envolvió en un torbellino
pueblos, reyes y hasta el Papa.

Con fe, a quien nada amilana,
por donde quiera que oyó
hablar una lengua humana,
allí su idea llevó
y aquella lengua aprendió,
y en la costa más lejana
con su palabra encendió
la luz de la fe cristiana.

Fe pura y no tornadiza:
la que el Evangelio traza,
la que al Cristo sintetiza,
la que todo lo armoniza,
la que todo afecto enlaza,

la que al hombre civiliza,
la que extingue odios de raza,
la que al amor simboliza,
la que al enemigo abraza
y los montes moviliza.

Porque esa fué de su ser
la fe, el impulso primero;
la que envió a la India a Javier
y a uno y otro mensajero
de su idea por doquier:
la fe, con cuyo poder
por el universo entero
dió a Jesús a conocer.

Es la fuerza de la idea,
la luz de la inspiración,
el espíritu que crea,
el alma que se pasea
con Dios por la creación;

e idea que al cielo sube,
para que en la tierra incube
fuerza es que arrostre pelea;
y antes de que en ella crea
cernerse tras de una nube,
por largo tiempo la vea.

Aún se cierne: aún no resulta,
entre nieblas que hacen ola,
bien clara; aquí, mal oculta,
vela al margen del Urola
lo que nunca se sepulta;
una alma: la de Loyola.

No hay hecho sin una idea;
lo que sin intento se hace,
sin ser y sin vida nace;
lo que en el aire se crea,
en el aire se deshace.

Ruin o grande, malo o bueno,
desde el alga hasta la roca,
cuanto hay humano y terreno,
sea en su haz o en su seno,
por algo en la tierra toca.
En lo más libre, en la idea,
que es lo más espiritual
del alma, que es quien la crea,
hay, por divina que sea,
un átomo terrenal;
y ese átomo, por sencillo
que sea, aunque el de un polvillo
que ni con el sol se vea,
ese átomo es el anillo
que une a la tierra una idea.
Y el alma, eso espiritual
que en su cuerpo el hombre encierra,
toca por él con la tierra:
porque el cuerpo es el metal
del anillo que la aferra
a la masa terrenal.

Y este suntuoso edificio
labrado de jaspes y oro
con tal primor y artificio,
sea arcano de un tesoro,
sea altar de un sacrificio,

el anillo es material
de la idea colosal
con que Ignacio de Loyola
realizó la de una sola
monarquía universal:

porque el siglo en que vivía
iba de esa idea en pos,
la universal monarquía;
y él dijo: «Yo la hago mía:
para dar la tierra a Dios.»

Y este edificio es (santuario,
templo, palacio y castillo
de aquel hombre extraordinario),
su archivo, su relicario
y de su idea el anillo.

La idea fué santa, grande,
como la tierra, redonda;
alza Cruz, hierro no blande;
mientras bulla y haga onda,
fuerza es que se extienda y ande:
de lo que arrastre o esconda
será ante Dios quien responda
a quien Dios se lo demande.

¿Qué es?, ¿una escuela?, ¿un poder?,
¿cometa o sol?, ¿sombra o luz?
¡Problema sin resolver!
¿Quién se mete a remover
lo que está bajo la Cruz?

Yo no: condición no es mía
la de fiscal, juez, espía,
ni inquisidor: ¡Dios me guarde
de tal mancha en mi hidalguía!
De mejor juicio haga alarde
quien sepa más. Despidámonos,
condesa: se hace ya tarde
y hay que comer: conque vámonos.

XV

JUIN-TORREA

LA CONDESA.—EL POETA

LA COND. ¡A Juin-Torrea!
EL POETA. ¿Y qué es eso?
LA COND. Castillo cuando Dios quiso,
hoy quinta por mí hecha a expreso
para mí.
EL POETA. ¡Del paraíso
será una copia!
LA COND. Un rincón
del mundo: acaso un asilo

contra él, y en donde tranquilo
latir pueda el corazón.

EL POETA. Vaya; una racha de fe,
de misticismo una ola.
Comprendo: está de Loyola
tan cerca que... ¡ya se ve!

LA COND. Sí; ya se ve y allí está
en su arboleda escondido.

EL POETA. Puesto que de amores nido
no puede ser, ¿qué será
Juin-Torrea?

LA COND. Vaslo a ver;
y no es más que una casita
como aquí la necesita
el alma de una mujer.

EL POETA *(aparte)*. ¿Asilo en que el co-
pueda latir..., exigencia [razón
del alma?..., ¿habla la conciencia,
la fe o la imaginación?
¿Es ansiosa aspiración
de a quien nada satisfizo?
Yo, que en todo hallo el hechizo
de la luz y de la vida
por Dios en todo esparcida,
nada jamás profundizo.
¿Quién sabe qué giros toma
un alma que al bien aspira,
según con el vuelo gira
del águila o la paloma?

—

Había echado la condesa
hacia Juin-Torrea a pie,
y hacia Juin-Torrea eché
a pie, en silencio y aprisa.
E iba yo de ver ganoso
y curioso de saber
qué cosa podía ser
aquel rincón misterioso
de Juin-Torrea, que idea
no da de lo que en sí sea
con su nombre algo cerril:
e iba presunciones mil
forjándome yo sobre ello,
supuesto siempre algo bello
ideal, vago y gentil.
Y según me iba acercando
y lo iba viendo, iba dando
vueltas a nombre y a idea,
y al verlo, consonantando
cuanto en mí evocaba en *ea*.

Casa enigmática
de Juin-Torrea,
que entre los árboles
amarillea,
como oropéndola
que al sol se orea
tras lluvia rápida
primaveral,
¿qué eres entre esos
árboles sola...
frente a Loyola...
bajo su cruz?
¿Qué nimbo en torno
de ti destella?
¿Qué sol, qué estrella
te da su luz?
Muéstrate, enigma
de Juin-Torrea,
como eres; muéstrate,
que yo te vea
ya de tus árboles
sin el capuz.

—

Y según iba ganando
su colina cuesta arriba,
y en sus límites entrando,
bajo sus árboles iba,
y conforme penetrando
iba entre ellos mi visual,
mejor en lo que era daba
y mejor me parecía;
y avanzando la decía,
conforme forma tomaba
su apariencia material:

Nido de garzas
y ruiseñores,
coto sin zarzas,
jarrón de flores
a quien decora
blasón condal;
albergue plácido
de tu señora,
del de un Olimpo
merecedora,
que tal tu fábrica
labró en buen hora,
entre esos árboles
huerto Edenial;
ábrete, enigma,
que yo te lea;
ábrete, sésamo,
que yo te vea,
quinta en que ondea
pendón feudal.

Y eso es lo que es Juin-Torrea:
fortaleza transformada
en campesina morada
de dama de estirpe real
que en sus cotos veranea:
un símbolo de una idea,
kiosko-torre sobre el cual
de su rubia dueña ondea
la rubia crencha Febea
por bandera señorial.

Eso es lo que es Juin-Torrea:
un pabellón de reposo
en nuestro viaje forzoso
por la vida terrenal;
rosal plantado en la infancia,
do en el botón de una rosa
posada una mariposa
toma el sol primaveral.

Su vestíbulo sin puertas
y con sillas, cuyo encuentro
regocija, y en su centro
con su mesa de nogal,
da fe y esperanzas ciertas
de un cómodo alojamiento,
y un almuerzo suculento
de esta jira por final.

La hospitalidad más franca,
la más cordial alegría,
encantan esta alquería
con timbres de alcázar real:
tras del vestíbulo arranca
la escalera bien tendida,
que a los pisos da subida
y de la gloria al umbral.

Primorosos aposentos
festonados de primores,
ricos de luz y de flores,
de aromas y aire vital,
delatan los pensamientos
altos, y el cristiano instinto
de la que dió a su recinto
confort y carácter tal.

Allí un no sé qué de místico
la imaginación se forja
al recuerdo de aquel Borja
hoy puesto en el santoral;
de aquel Santo cortesano
que, al par de Carlos Primero,
cambió la cota de acero
por la sotana claustral.

Desde los cedríneos techos
a los ensamblados pisos,
de los trastos más precisos
al confort prolijo actual,
muebles, colgaduras, lechos,
cuanto la casa decora,
revelan de su señora
el buen gusto original.

Allí, desde sus ventanas,
a través de la arboleda,
se ve algo que no se queda
entre el polvo terrenal:
algo que sobre él se cierne,
como la idea y la nube;
que aspira al cielo y que sube
hacia él, almo e inmortal.

¿Quién sabe? Acaso el espíritu
de su señora..., una idea,
que bulle en su alma..., algo místico
que bulle y no se aparea
con su existencia social;
un vago anhelo..., el hechizo
de una esperanza..., mas sea
lo que fuere, ¿quién me hizo
del alma ajena fiscal?

.....

¡Señora rubia
de Juin-Torrea,
que Dios bendiga
tu oculta idea;
de Dios tu casa
bendita sea,
rubia señora
de Juin-Torrea!

XVI

Mas, ¡ay de mí!, cuán efímeras
las dichas del mundo son;
tras la alegría va el duelo,
tras el placer el dolor.
De repente, una campana
dobló con fúnebre son,
gritándonos, desde Azcoitia,
con su temerosa voz:
«¡Ha de los de Juin-Torrea!
»—¿Quién va? —La que va en redor
»de cuanto vive en acecho,
»muda y sorda y a traición.
»—La muerte! —Cerró un palacio
»ayer y un nicho abre hoy.»

—

Condesa, a ti una campana
a un funeral te llamó,
y a mí un tirano telégrama
del trabajo a la prisión.
Tú al cementerio y yo al tren,
tú a orar y yo a mi labor;
tú para el bien has nacido
y para el trabajo yo.
Adiós, mi gentil condesa,
del viaje hecho de ti en pos
escrita A ESCAPE Y AL VUELO
aquí va mi narración.
Manda otra cosa: yo a escape
a Valladolid me voy,
a ultimar *Mi última brega*,
que por ti se interrumpió.

DESPEDIDA

Juin-Torrea del buen ver,
rincón de tan buen vivir,
santuario del buen querer,
belvedere del placer,
tacita de oro de Ofir;
plantel de fragantes pomas,
semillero de alhelíes,
bebedero de palomas,
destiladero de aromas
y balcón de las huríes,
¡adiós!..., que va anochecer
y me tengo ya que ir.
¡Adiós!..., ¡y cómo ha de ser!
¡No me deja Dios morir
sin que te vuelva yo a ver!

Este poema estaba destinado a ser un episodio incluso en el apéndice del primer tomo de Mi última brega. *La dimensión que adquirió su trabajo y el decoro de la persona a quien va dirigido, me decidieron a publicarle aparte y con antelación a aquella mi última obra, cuyo trabajo interrumpió éste; de modo que ya no es apéndice, pero puede servir de prólogo e intruducción a aquella* Mi última brega, *con la que pienso despedirme del palenque literario, en cuya arena he bregado cincuenta y un años por mi fe, por mi patria y por mi existencia.*

José Zorrilla.

Valladolid, marzo de 1888.

DE MURCIA AL CIELO

Este poema estaba destinado á ser un episodio incluso en el apéndice del primer tomo de MI ÚLTIMA BREGA. *La dimensión que adquirió su trabajo y el decoro de la persona á quien va dirigido, me decidieron á publicarle aparte y con antelación á aquella mi última obra, cuyo trabajo interrumpió éste; de modo que ya no es apéndice, pero puede servir de prólogo e introducción á aquella* MI ÚLTIMA BREGA, *con la que pienso despedirme del palenque literario, en cuyo arena he bregado cincuenta y un años por mi fe, por mi patria y por mi existencia.*

JOSÉ ZORRILLA.

Valladolid, marzo de 1853.

DE MURCIA AL CIELO [14]

A los señores Marqués de Villalba de los Llanos, conde de Roche, don Ricardo Sánchez Madrigal y don Antonio de Sandoval.

Mis queridos amigos: Al recibir este librejo que os dedico, puede que se os ocurra que es una parodia profana de la santa parábola de los peces y los panes, puesto que pretendo satisfacer a tantos con tan pocos versos: pero os suplico que tengáis presente que esta leyenda, cuento, poema o como queráis llamarlo, siendo obra de un poeta que ha contado ya sus setenta y un inviernos, es una de las últimas llamaradas de la lamparilla de su ingenio que chisporrotea para apagarse; uno de los últimos suspiros de su cuerpo que va a volverse a la tierra, y una de las postreras aspiraciones de su alma, que va a volverse a Dios.

Debían ir con los vuestros en esta dedicatoria los nombres de mis buenos parientes los Revengas y el del alegre Nicolás Acero, mi hospedador. Pero a aquéllos, que tienen la sangre de mi madre y que saben que por ella llevo sus nombres esculpidos en mi memoria y su cariño infiltrado en mi corazón, no necesito darles públicas pruebas de amistad, ni al público le interesarían mis alardes públicos del cariño que sólo recibe calor en el hogar doméstico y en la intimidad de la familia; y a Nicolás Acero le guardo su sitio en uno de los rincones de Valladolid de MI ÚLTIMA BREGA; en el de la casa en que nací, de la cual es hoy propietario.

Decídselo así a Nicolás, si por ahí dais con él, que por ahí debe de andar; y repetídselo a los Revengas, que en Murcia habitan.

Enviad este librejo a Orihuela, donde la lluvia nos dejó apenas vernos las caras, y a Mula, donde no pude ir a enseñar la mía, por la premura del tiempo, por enojosos negocios y por achaques en mi edad inevitables.

Haced presentes mis recuerdos al Prelado, que tan benevolamente escuchó mis salmodias; al Municipio y a los Institutos, que me honraron con sus invitaciones y obsequios, y haced leer a las murcianas de la ciudad y de la huerta los versos que a ellas y a vosotros os dedica, cumpliendo un deber de gratitud, vuestro viejo poeta que os quiere,

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, mayo 20 de 1888.

DE MURCIA AL CIELO [1]

A los señores Marqués de Vallalba de los Llanos, conde de Roche, don Ricardo Sánchez Madrigal y don Antonio de Sandoval.

Mis queridos amigos: Al recibir este libro[1] que os dedico, puede que se os ocurra que es una parodia profana de la santa parábola de los peces y los panes, puesto que pretende satisfacer a tantos con tan pocos versos; pero os suplico que tengáis presente que esta leyenda, cuento, poema o como queráis llamarlo, siendo obra de un poeta que ha contado ya sus setenta y un inviernos, es una de las últimas llamaradas de la lumbrilla de su ingenio que chisporrotea para apagarse; uno de los últimos suspiros de un cuerpo que va a volverse a la tierra, y una de las postreras aspiraciones de un alma, que va a volverse a Dios.

Debían ir con los vuestros en esta dedicatoria los nombres de mis buenos parientes los Revengas y el del alegre Nicolás Acero, mi hospedador. Pero a aquellos, que tienen la sangre de mi madre y que saben que por ella llevo sus nombres escupidos en mi memoria y su cariño infiltrado en mi corazón, no necesito darles públicas pruebas de amistad, ni al público le interesarían mis alardes públicos del cariño que solo recibe calor en el hogar doméstico y en la intimidad de la familia; y a Nicolás Acero le guardo su sitio en uno de los rincones de Valladolid de MI ÚLTIMA MANDA; en el de la casa en que nací, de la cual es hoy propietario.

Decidaelo así a Nicolás, si por ahí dais con él, que por ahí debe de andar; y repetidselo a los Revengas, que en Murcia habitan.

Enviad este libro a Orihuela, donde la lluvia nos dejó apenas verros las cejas, y a Yecla, donde no puede ir a enseñar la mía, por la premura del tiempo, por enojosos negocios y por achaques en mi edad inevitables.

Haced presentes mis recuerdos al Prelado, que tan benévolamente escuchó mis salmodias; al Municipio y a los Institutos, que me honraron con sus invitaciones y obsequios, y haced leer a las murcianas de la ciudad y de la huerta los versos que a ellas y a vosotros os dedica, cumpliendo un deber de gratitud, vuestro viejo poeta que os quiere,

José ZORRILLA.

Madrid, mayo 20 de 1888.

EN MURCIA

I

De piedra un albo Santuario,
del que hizo la devoción
un valioso relicario
con un annuo aniversario
de anual peregrinación,

de un verde monte en la loma
que de azahar exhala aroma
y tiene a Murcia a sus pies,
blanquea como paloma
anidada en un ciprés.

Aquel monte es un tesoro
de fe y de vegetación
desde los tiempos del moro;
rebosa el Santuario en oro
y el monte es de oro un montón.

El monte es de tradiciones
poéticas un arcano:
dos razas, dos religiones
las sembraron a montones
bajo él con sangrienta mano.

Siete siglos de pelea
costó encender a las dos,
del incendio con la tea,
el faro que hoy centellea
sobre él con la Cruz de Dios.

Huyó la grey musulmana
allende el mar; campa sola
ya en Murcia la Cruz cristiana,
y allí hace hoy la fe murciana
su romería española.

Original romería
de aquella tierra del sol,
de la fe y de la alegría:
de un pueblo de esos que cría
no más el suelo español.

Pueblo típico y genuino
de la España recobrada
del Tetuaní y Tunecino,
que aún mezcla al ritual divino
los lelís de una algarada.

Pueblo ardiente de *huertanos*,
que, aun con trajes y usos moros,
dan a los ritos cristianos
remates mahometanos
de fuegos, zambras y toros

Vencedor establecido
en el hogar del vencido,
aún vive sobre su pista,
a lo ganado adherido
por él en su reconquista.

Vive católico y muere
con católicas exequias;

mas siembra, riega e ingiere
cual moro, de quien prefiere
usos, aperos y acequias.

Y no se deshonra en eso,
ni se atasca en el progreso;
a su conquista se apega,
y el carácter guarda ileso
de su hogar y de su vega.

Pueblo sobrio, sano y fuerte
aunque entre flores se cría,
mientras vive se divierte;
sin miedo espera a la muerte
y en Dios al morir se fía.

Tierra y gentes son aquellas
de tan bravos caracteres,
que en ella son, ellos y ellas,
los hombres como centellas,
como estrellas las mujeres.

Pueblo es aquél a quien debo
últimas horas tan gratas,
que aún me creí allí mancebo;
y aún en mis oídos llevo
su aplauso y sus serenatas.

Por mí en su amistad extrema
y extrema galantería
hay de un buen libro un buen tema;
mas ya labrar no podría
de gratitud tal poema.

De mi rápido camino
por país tan peregrino,
no puede al pueblo murciano
dar ya más mi ingenio cano
que este recuerdo mezquino.

II

Volvamos al monte aquél
y al tiempo tradicional,
en que en manos del infiel
aún no blanqueaba sobre él
el rico Santuario actual.

Dejemos para otro día
y para otra poesía
más realista y más cristiana,
la alegre fiesta murciana,
que va al monte en romería;

y volvamos mente y ojos
al tiempo ya inmemorial
de cuentos, sueños y antojos,
que da hastío y causa enojos
al filosofismo actual.

Y dejadme aquí ingerir,
aunque a mí no me competa,
lo que aquí voy a decir
como ilógico poeta
que divaga al discurrir:

y es: que España, a quien no inquieta
de hoy el negro porvenir,
que a la ley mal se sujeta,
de cuya vida son meta
holgar, cantar y reñir,

podrá su fe y poesía
arrojar al albañal;
mas dejadme que me ría
de vuestra filosofía
predicada a pueblo tal.

Aquí, en nuestra buena España,
donde se duerme la siesta,
donde se canta la caña,
donde el trabajo molesta
y es la vida una cucaña,

quien parece que medita,
reflexiona o filosofa...
sueña, está en Babia o dormita;

que no es país de la estofa
del de el griego Estagirita.

A este sol del mediodía
se filosofa tan mal,
que España tiene hoy en día
en una guitarrería
su piedra filosofal.

Y dejando también esto
para mejor ocasión
y sitio en que esté bien puesto,
volvamos al curso y texto
de mi rota narración.

Vamos, pues, al monte aquél,
a ver si damos por fin
con la tradición que en él
y de Murcia en el jardín,
dejó tras sí el moro infiel.

III

Sinfonía, introducción
o escena preparatoria
de la árabe tradición,
surge aquí la precisión
de *hacer* un poco de historia.

—

Horas acaso después
de la en que vió de través
dar a su infausto destino
con su gloria el Damasquino
Khalifato Cordobés,

vió Murcia que la invadía,
viniendo por Almería,
de moros una caterva,
que como el agua y la yerba
se aglomeraba y crecía.

De aquel árabe aluvión
jamás la fecha y la historia
supimos con precisión:
guardan de él turbia memoria
poesía y tradición.

Mas Murcia fué siempre tierra
muy bien mirada por Dios,
y el germen del bien que encierra
la ha llevado en paz y en guerra
siempre de su bien en pos.

Se habla de un Emir dichoso,
un Abú-Bekhr-al-Kaisí,
que es el tal vez fabuloso
Aarum-ar-Raschil famoso
de las leyendas de allí:

y debió este Emir, sin duda,
nacer con muy buena estrella;
pues catástrofe tan ruda
de él solo vino en ayuda,
y él solo ganó con ella.

La Omíade dinastía
cordobesa cayó en brazos
de otra raza más bravía,
y a robarla sus pedazos
se echó toda Andalucía.

Abú-al-Kaisí con destreza
sagaz, con tenaz firmeza
y con audacia oportuna,
supo atar a la fortuna
de su hueste a la cabeza:

y se dió tan buenas trazas,
que de toda Andalucía
taifas, tribus, huestes, razas,
a su corte y a sus plazas
y a sus sueldo se atraía.

Su Emirato, por mezquino,
despreció y dejó en su mano
el rey moro granadino;

y sobre Murcia no vino,
mientras él reinó, el cristiano.

Con diplomacia sagaz
y constancia pertinaz,
de su fértil territorio
fué haciendo un pequeño emporio
de los bienes de la paz.

Pronto acudieron terrenos
a demandar al Emir
cuantos labradores buenos
y tratantes agarenos
ansiaban en paz vivir;

y al vago, y al tornadizo,
y al levantisco alistando
en su pendón fronterizo,
de su turbulento bando
se aprovechó y se deshizo.

Poblóse Murcia de gente
honrada e inteligente,
útil, laboriosa y buena;
y un alba de paz serena
despuntó en un nuevo oriente.

De la paz santos baluartes,
surgieron en todas partes
molinos, agricultura,
comercio, escuelas..., la holgura
del tráfico y de las artes.

Al pie de la fortaleza
se levantó la mezquita;
y un trabajo sin pereza
trajo a Murcia la riqueza
con la paz por Dios bendita.

Al Gualentín y al Segura
sangrando o poniendo presas,
vertió al-Kaisí en la llanura
raudales de su agua pura
por huertos, prados y dehesas.

Los montes, hoy tan pelados
y de árboles tan escuetos,
eran bosques enramados,
que albergue y pasto en sus setos
daban a caza y ganados;

y este Emir, genio del bien,
de Murcia amparo y sostén,
logró de Murcia, por fin,
hacer primero un jardín
y por último un edén.

Y el monte aquél, tras del cual
vamos por este papel
buscando aquel oriental
relato tradicional
que dejó el árabe en él,

era entonces ramillete
de árboles, yerbas y flores,
que exhaló, como un pebete
de un hada en un gabinete,
en la aura un millón de olores;

que aún hoy las brisas aspiran
y sobre Murcia los tiran,
y en su huerta los derraman
cuando sobre Murcia giran
y en ella los desparraman.

Tenía, y tiene, una grieta
el monte aquél, una veta
del terreno el más fecundo,
que a ningún azar sujeta
de los azares del mundo:

es una extensa cañada,
copia del edén perdido;
de los vientos abrigada,
de la escarcha resguardada
y de oropéndolas nido.

Allí se dan, coetáneos
y a miles, flores y frutos

disímiles y espontáneos:
con los más suaves geráneos
los nísperos más hirsutos:

cuyo polen y semillas
conducen allí en sus picos
las errantes avecillas,
el insecto en sus alillas
y el aire en sus abanicos.

Y aquella fértil cañada,
que es de Murcia la portada,
de quien su huerta es alfombra,
y a quien da el monte la sombra
del toldo de su enramada,

es canastillo de rosas,
foco de restauradores
y vivíficos vapores,
fanal de las mariposas
y nidal de ruiseñores;

en donde jamás entrada
ni el mal ni el duelo han tenido;
do adverso no llegó nada,
ni aura de peste infestada
ni de terremotos ruido.

Tal era el edén murciano
cuando Abú-Bekhr-al-Kaisí
de él era Emir soberano;
y ahí va de él en castellano
lo que en árabe leí.

IV

Dice un rawí musulmán
que Murcia es un tulipán
con aroma de jarmín,
que Dios regaló al sultán
que su huerta hizo jardín;

que su huerta es un vergel
que da en su tierra jugosa
desde la palma al clavel,
y una fruta más sabrosa
y más dulce que la miel.

Murcia es un pomo de esencia,
que guarda los mil aromas
de toda la eflorescencia
que hoy va buscando la ciencia
por bosques valles y lomas;

la flora y los vegetales,
legumbres y cereales
de más ricas producciones
y substancias más vitales
de las más ricas regiones.

Tierra en que todo se engendra,
lábrenla mexuar o taifa;
do se azucara y se acendra
desde la cidra a la almendra,
desde el higo a la azufaifa;

del sacro laurel del Pindo,
hasta el naranjo de China;
desde el Toresano guindo,
hasta el agrio tamarindo
de Egipto y de Palestina;

desde el nardo y la azucena
hasta el balsámico aromo:
de la rústica verbena
y la humilde hierbabuena,
de Alepo hasta el cinamomo.

Desde las al tacto esquivas
mimosas y sensitivas,
hasta el argentado pobo;
desde el lustroso algarrobo,
a las mates siemprevivas.

Desde el moral Bergamasco
que da el fruto en sangre tinto,
y el moscatel de Corinto,

y el durazno de Damasco,
de Siria hasta el terebinto.

Murcia, del sol favorita,
que la baña en áurea luz,
de Aláh y Jehová bendita,
es una árabe mezquita
crestonada por la Cruz.

Murcia es un kiosko florido,
escondite de una huri
que huyó del Edén sin ruido;
celeste alondra, que un nido
descendió a labrarse allí.

—

De Murcia un moro esto dice
contando esta tradición,
de la cual traducción hice:
sin que de ella garantice
ni verdad, ni traducción.

EN EL CIELO

LA LEYENDA DEL RAWÍ MORO

CONTADA POR EL POETA CRISTIANO

I

Un día de los mundos mirar la marcha
[quiso
y ver si obedecía su ley la creación,
y hasta las puertas de oro bajó del Paraíso
el sumo Dios que extrajo del caos su em-
[brión.

De la mansión edénica llegó hasta el
[peristilo;
el ángel que en él vela su pabellón abrió,
y de la etérea cumbre desde el confín tran-
[quilo
Aláh del universo la marcha examinó.

Lo que los hombres llaman vacío y fir-
[mamento,
el aire azul que cielo para nosotros es;
el infinito espacio, vivífico elemento
de su millón de mundos, se desplegó a sus
[pies.

Las nebulosas, mundos de formación en
[vías,
que un día serán soles tras larga evolu-
[ción,
las pálidas estrellas como la luna frías,
que chispas y satélites de soles viejos son;

los rápidos cometas de inmensurables
[colas,
asombro de los mundos a cuya vista van
por leyes de equilibrio de Dios, que son
[las solas
que actividad, impulso, tracción y luz les
[dan;

todo eso misterioso que permanece os-
[curo
y que la ciencia humana comienza ya a
[entrever,
todo eso que algún día debemos de seguro
por nuestro ser divino sondar y com-
[prender;

todo eso que se mueve, se cuaja y se
[deshace,
que radia y cabrillea mientras girando va,
todo eso que va y vuelve, que muere y
[que renace,
se eclipsa y se ilumina, que libre o fijo
[está;

todo eso, mundo o átomo, que atrailla-
[do o suelto,
lanzado o atraído por un poder central,
por algo vive, y marcha, y rueda en algo
[envuelto
que engendra o debilita su evolución vital;

todo eso que englobado se ve desde la
[tierra,
todo eso que compone la sideral región,
lo turbio y lo visible que el universo en-
[cierra,
cuanto en conjunto forma lo que es la
[creación,

se presentó a la vista de Dios que quiso
[verla:
Dios vió de una mirada que funcionaba
[bien,
y se fijó en la tierra, que va como una
[perla
en el collar de mundos en que engarzó el
[Edén.

Y aquella perla, negra por su hemisferio
[en sombra,
y por el claro blanca porque refleja al sol,
tenía un punto verde, que cual jirón de
[alfombra
un trozo tapizaba del ámbito español.

Corría por entonces el fin de un mes de
[enero:
la tierra iba aguantando borrasca general
de nieve y de ciclones, y entre el impulso
[fiero
del terremoto y de ella se gobernaba mal.

Como hoy la rodeaba de niebla y tor-
[bellino
atmósfera que entolda su natural color:
y aquel jirón tan verde, de brillo esmeral-
[dino
y emblema de esperanza, primaveral ver)
[dor
en medio de las nieves, tal vez un desatino
de los de España indígenas le pareció al
[Señor;
y contemplando al globo por su órbita el
[camino
seguir, seguía atento y absorto el Criador.

El ángel que en silencio y en pie quedó
[guardando
del peristilo de oro las gradas de marfil,
su voluntad sumiso permaneció esperando,
como Él viendo del mundo las maravillas
[mil.

De aquella gradería y ebúrnea escali-
[nata,
como alcatifa regia, tapiz de estrado real,
espléndido arrancaba sobre molida plata
pensil maravilloso de masa vegetal.

Todo era allí viviente sobre su blanco
[piso,
los árboles, las plantas, la flor y el ma-
[nantial;
y el árbol que la tierra llamó del Paraíso
llenaba aquel ambiente de aroma celestial.

Y en armonía todo y en su lugar pre-
[ciso,
era el pensil, conjunto de perfección cabal,
el semillero místico do atesorar Dios quiso
los gérmenes que nutren la vida uni-
[versal.

Radiaban y exhalaban los árboles, las
[flores,
la planta, el césped... todo, perfume y res-
[plandor:
miriadas de aves, silfos e insectos vola-
[dores,
lumíneas mariposas y pájaros cantores,
oreaban y mecían el árbol y la flor.

Y de este Edén externo, del otro abre-
[viatura,
que en comprensión no cabe de nuestra
[mente oscura,
vestíbulo viviente de la Edenial mansión,
cuidaba aquella hermosa celeste criatura
que alzó ante Dios del pórtico del cielo el
[pabellón.

El ángel era un tipo
sin par de criatura,
prodigio de hermosura,
modelo escultural;
un ser cuyos contornos
con apariencia humana,
realza soberana
belleza celestial.

Sobre su espalda pliéganse,
ligeras como espuma,
dos alas de alba pluma
de trabazón sutil,
que caen cual manto níveo,
prestando a su apostura
la gracia y la blancura
del cisne más gentil.

Un nimbo su cabeza
de luz corona y ciñe,
cual la que el cielo tiñe
de albor matutinal;
y de su cuerpo y hálito
se exhala y se desprende
perfume que trasciende
al ámbar edenial.

—

El Criador y el ángel, cuya divina esencia
ni necesita idioma, ni para hablarse voz,
verificaron, obra de su alma inteligencia,
de sus ideas mutuas la tansmisión veloz.

—

—¿La tierra ves?

—La veo.

—¿Qué punto es aquel verde
de España en un invierno tan crudo?

—No lo sé:
entre el vapor la línea de mi visual se pierde,
Señor; mas si lo ordenas a averiguarlo iré.

—¡Ve!—pensó Dios; y el ángel del ¡ve! de Dios sintiendo
la fuerza y el mándato, que Dios no formuló
con gesto ni palabra, su aliento recogiendo
y echándose al vacío, sus alas desplegó.

El rayo y el telégrafo, de quienes ha sabido
la rapidez y fuerzas el hombre avasallar,
son términos inútiles de cálculo perdido
para medir lo rápido del ángel al volar.

—

Los mundos de los múltiples
sistemas planetarios,
los unos embrionarios
y en pobre evolución;
los otros desbordantes
de luz y fuerza viva,
y ya en su edad de activa
vital condensación;
los viejos, que caducos
se enfrían y se agotan,
y en el vacío flotan
con decadente acción;
la luna, el sol, los soles
de incógnitos planetas,
y estrellas y cometas
de nuestra azul región,
le vieron un instante,
de luz y aroma estela
dejando por do vuela,
pasar como un ciclón.

Vió Dios su forma móvil
ir alba y luminosa,
primero como cándida
paloma vagarosa,
después como una ingrávida
y blanca mariposa,
después como luciérnaga
pequeña y revoltosa,
que bulle entre los brotes
del césped de un jardín,

entrar en nuestra atmósfera,
llegar al globo junto,
tocar al verde punto
del español confín,
y en él, cual mancha de agua
que se evapora y pierde,
sobre su punto verde
desvanecerse al fin.

—

Dios, viendo que seguía
su creación perfecta,
en unidad correcta
y funcionando bien,
la ebúrnea gradería
del áureo peristilo
subió, y volvió tranquilo
a entrar en el Edén.

Volvió todo con su hálito
en el Edén dichoso,
a entrar en el reposo
y Dios a entrar en sí.

Allí no tiene el tiempo
ni cuenta ni medida;
mas hay, de aquella vida
para contar aquí
los plazos y las fases,
que asimilar las frases
de nuestro tosco idioma
con las que se habla allí.

—

Las sombras comenzaban
a oscurecer el día,
y el ángel no volvía...
Dios dijo: —¿Qué hará allí?

II

El mundo iba ya pronto de la nocturna
[niebla
bajo los pliegues pardos en el dominio a
[entrar,
y cuando vivo el hueco de lo infinito pue-
[bla
entre las sombras iba muy pronto a re-
[posar.

Aún daba a los mil mundos del infinito
[espacio
reflejos de oro pálido la luz crepuscular;
mas ya en sus tornasoles el ópalo y to-
[pacio
con tintas se empezaban de cárdeno a
[manchar.

La tierra, trabajada por rachas de ci-
[clones,
diluvios y nevadas en un invierno cruel,
rodaba entre brumosos plomizos nuba-
[rrones,
mostrando sólo el claro del verde punto
[aquél.

Brotando de él (bien fuese llanura, valle
[o loma),
como fugaz luciérnaga fosfórica y mayor
a cada instante haciéndose..., primero cual
[paloma
nevada, después águila..., surgió algo vo-
[lador
que del cometa el ímpetu y el derrotero
[toma,
que avanza entre los astros con vuelo
[aterrador:

que como chispa eléctrica
tras uno y otro asoma,
se esconde y aparecése
dejando en su redor
henchidas sus atmósferas
de embriagador aroma,
y en una estela trémula
de vago resplandor,

el pasmo y el asombro detrás de sí..., es
[el ángel
que vuelve a Dios batiendo sus alas de
[condor.

Pasó rasando al héspero veloz y taci-
[turno,
porque volvía tarde de Dios ante la faz;
cruzó, ciego, el anillo dorado de Saturno,
saltó del aire el límite y se perdió fugaz.

Dios percibió su vuelo y comprendió su
[prisa,
por más que él procuraba su ruido amor-
[tiguar;
y Dios salió a encontrarle con paternal
[sonrisa,
cuando llegaba el ángel en actitud sumisa
en las ebúrneas gradas del pórtico a posar.

Amaba Dios a su ángel, porque el Señor
[es bueno;
ante Él sentía el ángel sonrojo y timidez;
y aunque el Señor mostrábase con él de
[enojo ajeno,
confuso estaba el ángel por la primera vez.

De Dios ante el espíritu permaneció
[confuso,
que a Dios allí sentía, mas no veía a Dios;
Dios, misericordioso, con Él y en sí le
[puso,
y así, sin voz, hablaron en soledad los dos:

—¿Qué era lo verde?
—Murcia.
—¿Por qué tardaste tanto?
—Porque olvidé las horas y mi misión allí.
—¿Pues qué hay allí?
—Otra gloria.
—¿Tal es?
—¡Es un encanto!
—Pues cuenta lo que has visto.
—Pues...
—¿Qué?
—Que nada vi.
—¿Nada en un día viste?
—Razón para dar de ello
cual mensajero vuestro, no; nada vi Se-
[ñor.
Me apercibí del clima primaveral, del bello
país, mas no traspuse su límite exterior.
—¿Por qué?
—Porque a la entrada
de la primer cañada,
con una ligerísima
gentil *huertana* di,
y allí me estuve en pláticas
sin ilación con ella,
hasta que vi una estrella
brillar... y me volví.
—¿Tan bella era la rústica?
—Sí lo es; mas no un portento.
—¿Qué te hechizó?
—Su acento
y lo que hablar la oí.
—¿De qué te habló?
—De flores,
de cuentos campesinos,
de rústicas labores;
pero lo habló tan bien,
que oyendo aún estaría
sus cuentos peregrinos:
mas expiraba el día...
y me volví al Edén.
—Mas ¿tales son sus cuentos
y sus palabras tales,
que embebecer atentos
y embelesar así
allá en la tierra pueden
a seres celestiales?
—Jamás los supo iguales
contar ninguna hurí.

Su voz es una música
de mágica armonía,
sus cuentos poesía
de espíritu oriental;
de cada cuento suyo
la acción es un poema

de perfección extrema,
de corte original.

Timbrado está el acento
con que ella los relata
con vibración de plata
y en notas de cristal;
y el ritmo de su lánguida
y extraña salmodía,
encierra una armonía
de encanto sin igual.

Sultana de las flores
llamarla allá podrían;
aquí la llamarían
hermana las huríes;
tomarla el paganismo
podría bien por Flora,
la noche por la aurora,
por flor los colíbrís.

—

Oyendo la del ángel poética pintura,
absorto Aláh un momento quedó dentro [de sí:
y luego al ángel dijo:
—De aquella criatura
lo que me dices pruébame: lo que te dijo di.
Y el ángel, transmitiendo
por gracia intuitiva
como palabra viva
su pensamiento a Dios,
las frases terrenales
que en su memoria toma
en ritmos convirtiendo
de su celeste idioma,
cual perlas engarzando
las fué una de otra en pos,
y a Dios se las fué enviando
en un vital fluído
de ondulación sin ruido,
y en humo de un aroma
creado y absorbido
a un tiempo por los dos

III

EL POEMA DE LAS FLORES

Para regalo del hombre en la tierra creó Alah estas cuatro cosas: las flores, los perfumes, los caballos y las mujeres.

AL-KORÁN.

«Cuando a las flores destierra
»el invierno, y en la tierra
»al materno abrigo duermen,
»del incienso son el germen
»que ella para Dios encierra.

»Las silvestres, que abrileñas
»abren sus hojas pequeñas
»al sol, la lluvia y las brisas,
»son los guiños y sonrisas
»de los montes y las breñas.

»Las que en la estación lozana
»primaveral la floresta
»cubren de gualda, oro y grana,
»son el vestido de fiesta
»con que el campo se engalana.

»Las que en plena floración
»le dan tan sin par belleza,
»son la primera oblación
»que hace la Naturaleza
»al que hizo la creación.

»Dios y el pueblo aman las flores;
»Dios las tiene en sus altares,
»y de aquél son los mejores
»atavíos y primores
»en sus fiestas populares.

»Todos los humanos seres
»las aceptan con cariño
»en duelos como en placeres:
»las lleva a la tumba el niño
»y a los saraos las mujeres.

»Amor de la luz del día,
»de las aves alegría,
»manto y joyas del vergel,
»dan al aire su ambrosía
»y a las abejas su miel.

»Son del amor el lenguaje,
»de las bodas el mensaje,
»del matrimonio la prenda,
»de la gratitud la ofrenda,
»de la gloria el homenaje.

»Quien no gusta de las flores
»¿a qué tendrá aspiración?
»Quien no admira sus colores,
»ni se arroba en sus olores,
»¿qué tendrá en el corazón?»

—

Calló, y esperó el ángel
el fallo del Señor;
en el pensil edénico
ni eco fugaz ni son;
de Dios y el ángel todo
quedóse en derredor
reconcentrado y mudo
y en muda espectación.

La voluntad del Único
y Omnipotente Dios
no se expresó con fórmula
de frase, ni con voz:
su voluntad recóndita
al ángel transmitió,
absorta comprendiéndola
con Él la creación.

—

«Tan fiel adoradora,
»con tal leal fe en mí
»gentil floricultora,
»de genio tan sutil,
»en la labor tan diestra
»y en el trovar maestra,
»es una criatura
»que no está bien allí.

»La vida del espíritu
»no está en la tierra vil,
»la almée creyente y virgen
»morar merece aquí;
»¡que todo esté en su atmósfera!,
»la flor en el pensil,
»la estrella en el espacio
»y en el Edén la hurí.»

Apenas concebida
la voluntad de Dios,
segunda vez el ángel
sus alas desplegó.

IV

La noche está serena, la luna ya en su ocaso,
por la murciana huerta reposa todo en paz:
ni una aura vagabunda las hojas mueve al paso,
ni evoca el son más débil el eco más fugaz.

En su morada, exenta de pena ni cuidado,
reposa la *huertana* con quien el ángel dió:
no tiene padres: sola sus muertos la han dejado;
crióse entre las flores, como botón cerrado
de rosa en un capullo que el sol no calentó.

Un viejo de su tribu, de origen damasceno,
quien empleó ochenta años en estudiar y ver,
entre cristianos y árabes tenido como bueno,
y sabio en cuanto pueden los árabes saber,

la prohijó muy niña, se encariñó con
[ella;
y como son extremos la infancia y la
[vejez,
tocáronse y soldáronse: y por la misma
[huella
de la vejez fué dócil marchando la niñez.

Los cuentos con que el viejo de niña la
[dormía,
el germen que en su espíritu de la virtud
[sembró,
la ciencia de las plantas que el viejo la
[infundía...
por pájaros y flores su natural manía,
la fe y la poesía que en su alma inoculó,

de aquella niña hicieron un ángel en la
[tierra,
horticultora diestra después de la mujer;
florista y ornitóloga se hizo ella por la
[sierra;
fué el ídolo y encanto de cuanto Murcia
[encierra,
y fueron con un alma los dos un solo ser.

María la llamaban los míseros cristianos
cautivos: la llamaban los árabes *Myriam;*
Murayma el sabio viejo: *Gacela* los an-
[cianos:
Sultana de las flores el pueblo y los *huer-*
[*tanos,*
y *hurí de sus jardines* Abú-al-Kaisí el
[sultán.

Aquella criatura, delicia de la gente,
ligera como un silfo, como una hurí ideal,
cual una almée atractiva, cual tórtola ino-
[cente,
dormía con un sueño de calma virginal.

Dormía, mas soñaba: fantástico, hala-
[güeño,
más claro y perceptible que sueño natural
era su sueño: que era visión más bien que
[sueño,
y a un tiempo era fenómeno fantástico y
[real.

Soñaba que veía, a un tenue albor de
[aurora,
un Genio que cantaba de su balcón al pie;
y oía y comprendía de su canción sonora
la música y la letra, sintiendo que oye
[y ve.

Soñaba que veía y oía la figura,
la voz y las palabras de un ser y una
[canción;
y el ser era el mancebo que halló por la
[espesura,
y su cantar un ritmo de nunca oído son.

Su sueño, goce místico de fruición ce-
[leste,
era un deliquio, un éxtasis de amor espi-
[ritual
sin que su goce casto germine o mani-
[fieste
un átomo bastardo de sensación carnal.

Y la visión, el ritmo, la idea de la frase
de su cantar la infunden tan místico pla-
[cer,
como el que sentiría su alma si flotase
de la materia suelta para cambiar de ser.

Del sueño aquel hipnótico la sugestión
[a solas
la sujetaba al goce de ver y de escuchar;
meciéndose en su sueño, como en sus man-
[sas olas
se mecen las gaviotas y pájaros del mar.

Y en fruición tan íntima, desconocida y
[grata,
de sí sin darse cuenta, reconcentrada en sí,

la sugestión recibe del sueño y serenata;
cuyas estrofas rítmicas decían algo así:

porque en idioma humano sería en mí
[insensata
de darla traducida mi pretensión aquí:
mi ingenio aquí, impotente, la tradición
[relata
informe y como puede: de daros sólo trata
de la divina historia del árabe rawí
la idea más conexa, y la ampliación más
[lata,
lo más afín de ese *algo* que se me alcance
[a mí.

V

LA SERENATA

Alma ser, que pareces no concebido
ni engendrado por obra de ser nacido,
tú que en la tierra
estás por un misterio que en ti se encierra;

blanca Hurí que al fugarse del cielo
[dijo:
«voy a ser de los hombres el regocijo»,
torna tu vuelo
a levantar, y vente conmigo al cielo.

Ser celeste en la tierra mal hospedado,
¿con quién quieres en ella ser apareado,
ni cómo quieres
habitar con sus hombres y sus mujeres?

¿Qué hallarás en las zonas de este he-
[misferio
que te dé nutrimento ni refrigerio:
qué domicilio,
qué ropaje, qué mueble, ni qué utensilio?

A ti que en luz te bañas, que de ambro-
[sía
y de néctar te nutres, que poesía
y ámbar exhalas,
y desplegar del ángel puedes las alas;

blanca, pues de azucenas te forjó mayo;
rubia, porque te dora del sol un rayo;
gallarda y bella
como un arcángel, pura como una estrella,

de su luz da a tus ojos el sol reflejo,
a tu cara la luna sirve de espejo,
y las palomas
en tu balcón te arrullan cuando te asomas.

Para verte en la tierra se abren las flores
y Dios abre del cielo los miradores;
y tus hermanas
las huríes te echan besos tras sus persianas.

Hurí, que huyó del cielo porque Dios
[quiso
que viera algo la tierra del Paraíso,
torna tu vuelo
a tender, o en mis alas vuélvete al cielo.

—

En el deliquio extático del misterioso
[sueño
absorta y arrobada, sentía que un poder
ignoto, irresistible, se hacía de ella dueño
y transformaba en otro su primitivo ser.

En las palabras últimas de aquella se-
[renata
Myriam irresistible mandato recibió:
y a impulso del ignoto poder que la arre-
[bata,
volar por el vacío del aire azul creyó.

Soñando que volaba,
lanzada se sentía
por la región vacía
que atravesando va.

Soñaba que volaba
y que al Edén subía...
y era verdad: el ángel
se la llevaba ya.

VI

De la región empírea cuando llegó a la [altura,
dejó a Myriam el ángel delante del Señor:
miróla Dios: y absorta sintió la criatura,
sin miedo ni sonrojo, que la juzgaba Dios.

Dios vió que su alma virgen de tacha es- [taba pura,
que no fermenta en ella de Adán la leva- [dura,
y en la mansión celeste lugar la señaló,
dejándola en el pórtico de la edenial ven- [tura
en el lugar del ángel, a quien llevóse en pos.

La criatura humana tornóse en ser di- [vino;
su corporal materia se inmaterializó;
y la feliz *huertana* que al Paraíso vino,
de su cancel guardiana y en su pensil [quedó.

—

Y hay kábilas y tribus de las de Murcia [oriundas
hoy día vagabundas por Fez y por Tlem- [zém,
que creen que no es el ángel sino la hurí [murciana
quien abrirá a sus almas las puertas del [Edén.

(LOS RINCONES DE VALLADOLID)

Soñaba que volaba,
y que al Edén subía
y era verdad; el ángel
se la llevaba ya.

Manca, pues de azucenas te forjó mayo,
rabia, porque te dora del sol un rayo;
gallarda y bella
como un arcángel, pura como una estrella,
De la región empírea cuando llegó a la
[altura,
dejó a Myriam el ángel delante del Señor;
miróla Dios; y absorta sintió la criatura,
sin miedo ni sonrojo, que la juzgaba Dios.

Dios vió que su alma viajera de tacha es-
[taba pura,
que no fermentaba en ella de Adán la leva-
[dura,
y en la mansión celeste lugar la señaló,
Huri, que huyó del cielo porque Dios
[quiso
que viera algo la tierra del Paraíso,
torna tu vuelo
a tender, o en mis alas vuélvete al cielo.

—

En el deliquio extático del misterioso
[sueño
absorta y arrobada, sentía que un poder
ignoto, irresistible, se hacía de ella dueño
y transformaba en otro su primitivo ser.

En las palabras últimas de aquella se-
[renata
Myriam irresistible mandato recibió
y a impulso del ignoto poder que la arro-
[baba
volar por el vacío del aire azul creyó.

Soñando que volaba,
lanzada se sentía
por la región vacía
que atravesando va:

MI ÚLTIMA BREGA

(LOS RINCONES DE VALLADOLID)

MI ÚLTIMA BRECA

(LOS RINCONES DE VALLADOLID)

MI ÚLTIMA BREGA [15]

Por todos medios y modos,
voy a ver si en mi vejez
gusto a todos una vez
o riño una vez con todos.

Al Excmo. Ayuntamiento de Valladolid, José Zorrilla, natural y vecino de esta Ciudad.—Diciembre 31 de 1887.

LOS RINCONES DE VALLADOLID

INTRODUCCIÓN Y PROSPECTO

INTRODUCCIÓN

I

Mis carísimos lectores,
si aún hay uno que me lea
y de buen ojo me vea
por mis libros anteriores:

yo soy un hombre de ayer
que, aunque de enmedio me quito,
alguna vez resucito
lo que hacen los de hoy a ver.

Hoy, para ver el cariz
que presenta en mi vejez,
meto por última vez
en el mundo la nariz;

y con el último libro
que pienso dar a la prensa,
hoy para ataque y defensa
mi pluma de acero vibro;

pero como es de razón,
os diré la que me lleva
a intentar hoy esta nueva
y última resurrección.

II

La mayor calamidad
que puede a un hombre caber,
es la de llegar a ser
una gran celebridad;

pues como en nuestro país
nadie con nada se aviene,

a los célebres que tiene
los tiene siempre en un tris.

El Gobierno cree que a un hombre
de mucha reputación,
para cualquier posición
le basta con su renombre;

y sea útil o no sea,
de través mal encajado,
en servicio del Estado
donde no sirve le emplea.

Por error tal, más sencillo,
el pueblo cree que el famoso
es un todopoderoso
gran señor de horca y cuchillo,

para quien no hay rey ni ley,
y que está en categoría
par con el rey, porque un día
le invitó a su mesa el rey.

Con lo cual a mí, poeta,
me pide empleo o amparo
desde el que vive muy caro
hasta el pelgar sin chaqueta;

y cuando modestamente
lo poco que soy les digo,
ninguno me cree, y conmigo
el que no quiebra, se siente.

Pues ¿y nuestra sociedad
caritativa y cristiana,
que sólo vive y se afana
por chismes de vecindad?

¡Pobre hombre célebre!, un día
le aclama y le victorea,
y si al fin no le apedrea,
le desdeña, aja o espía;

pues como el célebre aquél
debe servir para todo,
mil quieren de cualquier modo
servirse para algo de él;

y como hay otros diez mil
a quienes todo les quema,
contra todo por sistema
siempre en actitud hostil,

jamás logra andar bien quisto;
porque donde dos le alaban,
doce los dientes le clavan
y le dejan hecho un Cristo.

Todos en él puesto el ojo,
a nadie agrada jamás,
y siempre de los demás
ha de vivir al antojo.

Si se esquiva, es un hurón;
un soberbio si se exhibe;
del por qué y del cómo vive
todos le piden razón.

Si trabaja, es un avaro:
si descansa, un haragán;
y desde la honra hasta el pan
todo le cuesta más caro;

por ese vulgar error
de que es la fama un tesoro,
y el famoso nada en oro
de tal mina explotador.

De mí se dice..., ¡quién sabe!,
mi existencia es tan vulgar,
que de extraño o singular
poco o nada en ella cabe.

Dicen que por ruin despecho
de verme ya desdeñado,
a morir me he resignado
sin hacer más de lo hecho:

que del siglo con desdén,
por lo remoto y lo antiguo
lo moderno y lo contiguo
mis viejos ojos no ven;

que, idólatra del pasado,
reniego de lo presente
como viejo impertinente,
gruñón y mal humorado.

Dicen que hago un mal papel,
yo, que he sido un vagabundo,
viviendo aislado en el mundo
sin ver lo que pasa en él:

y... ¡acusación capital!,
que escribo del tiempo viejo,
sin zurcir un mal librejo
moderno y trascendental.

III

Hice yo cuanto en mí cupo
para hundirme y anularme:
jamás pudo así afiliarme
partido, fracción ni grupo:

ni logró ningún Gobierno
hacerme servir de nada,
y mi opinión sepultada
vivió en un mutismo eterno.

Cuando llegó mi vejez,
la espalda al mundo volví,
y en mi casa me escondí
sin despecho, ni altivez.

Único español acaso
que, en cuenta al tiempo teniendo,
quiso, al tiempo paso haciendo,
quitarse a tiempo del paso,

nadie en cuenta me lo tuvo,
ni nadie me lo aceptó
por modestia, y alguien hubo
que a mis canas se atrevió.

Mas todo inútil ha sido:
mi vieja celebridad
tiene la fatalidad
de poder más que el olvido.

La fama que logré antaño
con mi *Don Juan*, es tan loca,
que con los muertos me evoca
por noviembre un día al año;

y entre los mil que con pasmo
salir a la luz me ven,
unos por viejo entusiasmo
y otros por vulgar desdén,

me gritan: «¿Por qué no escribes,
holgazán, que aún puedes más?»
Y otros: «¡Échate ya atrás,
que tú en tu siglo no vives!»

Con cuyo tira y afloja
y entre tal teje maneje,
no sé si morir me deje
o la pluma otra vez coja.

Esto es lo que voy a hacer;
puesto que es mi porvenir
sobre el trabajo morir,
cumpliré con mi deber.

Es verdad que un hombre soy
de ayer, mas puesto que vivo,
voy a intentar si algo escribo
que me abone con los de hoy.

Voy a tantear un boceto
moderno y naturalista,
que, poético y realista,
tenga al siglo por objeto.

Quiero al siglo con mi pluma
cosquillear la piel un poco;
y si en lo vivo le toco...,
¡cómo ha de ser!, porque en suma

por todos medios y modos,
quiero ver si en mi vejez
gusto a todos de una vez
o riño una vez con todos.

Cumplir su última jornada
cumple al autor del *Tenorio*
con *una baladronada*,
y abrir su nicho mortuorio
diciendo: «*César o nada.*»

IV

Tengo a más otra razón,
que aducir me es necesario
de este libro estrafalario
en la extraña introducción.

De Valladolid cronista,
voy del viejo y del actual
lo fantástico y lo real
a exponer aquí a la vista:

mas hombre de buena fe,
de lo que a escribir me meto
deciros debo el objeto
y el cómo, cuándo y por qué:

y ahí va, dicho bien o mal:
de mi fama por influjo
y por lo que ya produjo
mi musa territorial,
soy un cronista de lujo,
que por lujo aquí introdujo
el lujo municipal.

Valladolid, generosa,
ciudad de garbo y de rumbo
y aun de corte con balumbo
como que fué Corte Real,
con sus hijos es rumbosa,
y espléndida y liberal.

Cobróme de niño afecto;
y teniéndome, en efecto,
por un hijo predilecto
por mi fama regional,

me hizo un día su cronista
sin andarse en más andróminas,
incluyéndome en las nóminas
de su cargo y en la lista
de su padrón vecinal.

Y heme aquí cronista egregio
de Apolo por privilegio:
un cronista extraordinario,
casi plenipotenciario,
un cronista casi regio.

Cronista de mucha vista;
cronista tan especial,
que jamás se ha hallado pista
ni memoria de otro tal:
bardo, augur y hasta algo brujo,
mas de raza, no cambujo:
legendario, no historial:
un cronista de tapujo
como el alcohol actual:
mas de vino, no de orujo:
refinado, no industrial.

Muy poeta y poco sabio
no aquilato las historias;
narro cuentos y memorias
de la historia sin agravio.

Para mí es Valladolid
el jardín de mi niñez,
de mi juventud la lid
y el hogar de mi vejez.

Para mí no hay edificio,
casa, alcázar, templo o torre,
que en su aguja o frontispicio,
por más que el tiempo la borre,

no haya invisible, aunque escrita,
la cifra de alguna historia,
el polen de una memoria,
o una fecha o una cita

que no sepa yo leer;
ni hay balcón, ni reja acaso,
do no se evoque a mi paso
un muerto o una mujer.

De amores, muertes y duelos
la alma en una red se enreda;
y tras mil ansias y anhelos,
el cuerpo en la red se queda,
el alma se va a los cielos.

Eso es la vida y no más:
y como el tiempo no para
nunca, ni vuelve jamás,
la vida marcha la cara
volviendo siempre hacia atrás.

Porque el tiempo devorante,
que en cuanto topa se ceba,
de la vida en cada instante
algo para atrás se lleva
de quien va para adelante;

y como todo, al fin, pasa
convirtiéndose en historia,
la poesía se basa
en lo pasado, y se amasa
en la hiel de la memoria.

Para mí la poesía
que Valladolid encierra
es esa; y esa es la mía,
que resuena todavía
por la castellana tierra,
sin borrón de bastardía.

Yo husmeo, busco, escudriño
por sus rincones y esquinas,
las leyendas peregrinas,
que oí contar cuando niño:

y no cuento, sino canto
la prez de la ciudad mía,
su gloria, su poesía,
cuanto encierra bello y santo.

Bardo, augur y hasta algo brujo,
de infernal y de divino
hay en mí no sé qué influjo,
que cual bardo peregrino
por la tierra me condujo:
y arrastrado por tal sino,
yo canto mientras camino,
con la palabra dibujo
y con la fe me ilumino.

Mis crónicas son montones
de un polvo, que es polvo de oro
de Valladolid; tesoro
escondido en sus rincones.

A ellos os voy a llevar,
polvo de oro a remover:
del polvo con que, a poder,
os quisiera yo empolvar.

No del oro que se cría
de la mina en el filón;
de oro de la áurea región
de la excelsa poesía.

Del oro con que quisiera
este libro espolvorear,
en oro para pagar
mejor mi cuenta postrera:

del que el genio funde y brilla
en su divino crisol:
oro de un rayo de sol
que dore tras mí a Castilla.

Y así soy cronista yo:
si al hacerme su cronista
perdió todo esto de vista
Valladolid... me perdió.

V

Ya lo ves, lector amigo:
traigo como castellano
el corazón en la mano,
y lo que pienso te digo:

mas tiempo es de que te explique,
dada ya de él la razón,
la forma y distribución
en que mi libro publique.

Puede que te se resista,
hecho ya a mi estilo viejo,
el de este último librejo,
que es algo naturalista.

Mas todo el tiempo lo muda,
todo tras de sí lo arrastra,
pesares y heridas castra,
la tierra viste y desnuda

de hojas, flores, pasto y yerba:
cambia costumbres y razas;
dejándonos, según trazas,
sus vicios mil en conserva.

Pasó ya el romanticismo;
¡que Dios le haya perdonado!;
yo detrás de él me he quedado
asustado de mí mismo:

mas ya que vivir hasta hoy
me deja la Providencia,
aunque algo atrás, con decencia
siguiendo a mi siglo voy.

Voy de su actual sociedad
a tomar lo que me ofrezca,
aunque esto en mí te parezca
servil informalidad.

Mas, lector, así es el mundo:
yo cuando con él me voy,
soy lógico: yo hasta hoy
no fuí más que un vagabundo.

Hoy es el mejor talento,
y con él mejor se escapa,
saber ponerse la capa
según como sopla el viento.

No hay cosa ya peor vista
que andar contra la corriente:
hoy es realista la gente,
y voy a echarme a realista.

Pues el verso en esta era
se vulgariza y se impone
tanto, que ya en verso pone
sus cuentas la lavandera,

justo es que en verso me anuncie
sin ver si me aja o rebaja;
que no hay por qué a mi ventaja
de gran versista renuncie.

¡Pues no me faltaba más!,
no hay cosa que a mí me espante
ni se me ponga delante
si va en verso; ahora verás.

VI

Lleva mi obra—Los Rincones de Valladolid—por título,
y el motivo y las razones
de escribirla, este capítulo.

La abarca otro general
que es el de MI ÚLTIMA BREGA;
porque es el que mejor pega
a su faena total.

Saldrá a luz en tomos sueltos,
vendidos cada uno aparte;
y en todos irán con arte
mis pensamientos revueltos.

Uno tras otro volumen
daré tres: pero pequeños;
no están para arduos empeños
hoy ni las bolsas, ni el numen.

Saldrá a luz cada tomito
con su precio en la carpeta,
cuando tenga ya el poeta
completo su manuscrito:

y como ya es un horror
de versos el universo,
se pueden pedir en verso;
cuanto más malo, mejor.

Cuando se compre se paga:
y no hay miedo que me pique
porque el libro se critique,
se le haga o se le deshaga:

porque si se da en hablar
de mí y de él muy bien, estoy
seguro de que no voy
a vender ni un ejemplar.

Como la cree mi razón
al aire la verdad echo;
y doy a todos derecho
para ir contra mi opinión:

pero en verso hay que argüir,
y bueno, porque a fe mía
que mi vieja poesía
eso y más puede exigir.

Mas que un mozalbete intonso
no se me suba a las barbas:
verdades le dije a parvas
que me oyó el rey don Alfonso.

Nadie me falte al respeto;
que, aunque viejo y bien criado,
al más tieso y espetado
se la vuelvo y se la espeto.

VII

Y quédese aquí, lector,
tan vulgar naturalismo;
que yo siempre de mí mismo
supe dar algo mejor.

Bajarme de tono, fué
probarte que es fácil cosa
poner en verso la prosa
con la mejor buena fe;

pero es, lector, muy diverso
ser poeta de valía,
y titular poesía
a la prosa puesta en verso.

Volvamos a entrar en tono;
y antes que más hojas abras
de mi libro, dos palabras
de mí y de él oye en abono.

Este libro, en el recinto
forjado de mi cacumen,
es de mi ser el resumen
y como él un laberinto.

Este libro, en el que evoco
con mis nuevos desacuerdos
todos mis viejos recuerdos,
es la faena de un loco.

En materia antes de entrar
con mi segundo volumen,

por éste antes que me inhumen
conmigo ven a vagar.

Es pandemonium sin orden,
sin hilación ni concierto;
una orgía en un desierto,
donde es fuerza que te aborden,

te embelesen y te espanten
cual trasgos mis pensamientos,
cuando ante ti se levanten
entre sus hojas a cientos.

Este libro es el arcano
do de mi alma en los rincones
guardé hasta hoy mis convicciones
y va a abrírtele mi mano:

pero te le voy a abrir
para que leas en él
lo que en mi último papel
escribo antes de morir.

De Valladolid cronista,
conmigo por sus rincones
mis raras evocaciones
ven a pasar en revista:

mas antes de registrar
los de mi ciudad querida,
fuerza es en los de mi vida
que te resignes a entrar.

La vida es toda rincones;
toda el alma es recovecos;
ven a aventar en sus huecos
de mi polvo los montones.

Sonda, que yo no pondré
a tu afán curioso tasa,
desde el rincón de mi casa
hasta el rincón de mi fe;

y alumbra con la excrescencia
del pábilo de mi gloria,
el rincón de mi memoria
y el rincón de mi conciencia.

Entra, pues, en mi alma oscura;
y verás, si bien reparas,
que es lo mismo que si entraras
conmigo en mi sepultura.

No te alteres, ni te asombres,
ni te asfixies con su tufo:
mi libro es un monstruo bufo,
hijo del siglo y sus hombres.

APÉNDICE

AL PROSPECTO E INTRODUCCIÓN

La siguiente poesía, publicada en *La Crónica Mercantil*, de Valladolid, el 13 de octubre de 1866, es el primer germen y el primer anuncio del pensamiento que hoy realiza el autor en este libro y el complemento de este prospecto: por lo cual cree que va aquí logicamente colocada.

Desde aquella época recibió de su ciudad natal el título honorífico de su *Cronista:* desligado después de su palabra de volver a América por el fusilamiento de Maximiliano en Méjico, determinó venir a morir en donde vino a nacer: y he aquí la razón de lanzarse hoy a su *última brega.*

A VALLADOLID

¡Dejadme respirar! ¿A qué la pompa
de ese triunfo al que vuelvo sin derecho?
¡Basta!, no hagáis que de placer se rompa
mi pobre corazón dentro del pecho.
¿Quién soy yo para aplauso tan gigante?,
para tanto favor, ¿qué es lo que he hecho?
Dejad pasar al trovador errante;
dejad que a sombra del paterno techo,
golondrina que vuelve, anide y cante.

Nací para cantar; es mi destino.
Por dar al vago viento mis cantares
he perdido familia, amor y hogares,
y crucé, vagabundo peregrino,
sin rumbo y al azar tierras y mares.

Para tanto favor y tantas flores
¿qué es lo que halláis en mí?, ¿qué en mí
[os encanta?
¿Quién soy yo? No me hagáis tales hono-
[res,
no me deis opinión, bando y colores:
yo no soy más que un pájaro que canta.
¿No cantan en abril los ruiseñores?
Dios me puso la voz en la garganta,
puso en mi corazón la poesía;
¡ay! y si no cantara... me ahogaría.

Hoja sonora a quien el viento mueve,
eco perdido a quien el aura lleva,
yo soy, de fe y amor ejemplo y prueba,
el trovador del siglo diez y nueve.
En lugar de un laúd llevo una pluma:
y escribiendo mis cántigas con ella,
mi fortuna sin par o mi fe suma
abren franco doquier paso a mi huella:
y en la choza, en el templo, en el palacio,
el rey, el sacerdote y el mendigo
al bardo ofrecen atención y espacio,
y al peregrino errante pan y abrigo.

Yo, de nadie señor, de nadie siervo,
independiente, libre, vagabundo,
mi hondo placer o mi pesar acerbo
desparramo en cantares sobre el mundo.
Es mi vida por él perpetuo viaje,
y doquiera que voy, encuentro hermanos;
por doquiera que voy, hallo hospedaje,
y libre por doquier de vasallaje,
viviendo de mi ingenio y con mis manos,
por doquiera que voy me dan, amigos,
su escudilla de barro los mendigos,
su opíparo festín los soberanos.

¿Qué es lo que os place en mí? Mi inde-
[pendencia,
mi constancia tenaz, mi fe española:
que debo a mi trabajo mi existencia,
que no he vendido nunca mi conciencia
y que mi pluma me mantiene sola;
y que en el mar del mundo voy perdido
sin opinión cantando y sin partido,
como va el alción sobre una ola
libre cantando en su flotante nido.
Eso es lo que, al juzgarme, en mí os enga-
que, viva evocación de la edad vieja, [ña:
la fe de mis mayores me acompaña,
y por doquier que voy mi canto deja
un eco dulce de la voz de España;
porque vibra en las notas de mi canto
del amor de la patria el eco santo.

Mas ¿a qué galardón darme por eso?
El que nace español nace empeñado
a ser noble y leal; en todo estado
en ser fiel a su patria no hay exceso
de virtud: es deber, y es excusado
premio dar al que cumple como honrado.

Si llevando a través de tierra y mares
mis cantares al pueblo mejicano,
prediqué de su guerra en los azares
paz y fraternidad con mis cantares,
cumplí mi obligación: era mi hermano,
me hospedó liberal, me dió la mano.
Si mi patria y mi fe canté sincero,
si a la paz hice votos y alcé altares,
si de ser español me mostré fiero
lo mismo ante el audaz republicano
que ante el solio imperial del soberano,
que me hagáis de ello mérito no quiero.

¿Qué hice? Nací español, nací cristiano,
sobre el pecho una cruz llevaba ufano,
y dentro de él un corazón entero:
fuí leal a mi fe de caballero,
cumplí con mi deber de castellano.

Esto es lo que os deslumbra y desvanece,
mi espíritu español que os descarría,
y me dais una prez, que no merece
mi bárbara e inculta poesía;
y en ella reputándome maestro,
porta me llamáis por mi osadía,
y al ver sólo la fe que hay en la mía,
que soy grande decís, que soy el vuestro.
Mas ¿quién me dirá a mí, que mi fe invoco,
si soy un gran creyente o un gran loco?
Mal hijo, mal poeta, mal cristiano,
mal amigo y tal vez mal ciudadano,
acaso en cuanto emprendo me equivoco:
y cuando a solas, ¡ay!, conmigo mismo
de mi fe audaz y audaz españolismo
los recuerdos recónditos evoco,
de la duda me pierdo en el abismo,
y el sondar mi pasado me estremece.

Yo, de mi vana nulidad testigo,
mi nulidad con desaliento toco;
mi fama con terror veo que crece,
porque a mí mismo yo me tengo en poco,
porque Dios me la impuso por castigo
y ninguna ovación me ensoberbece:
pues, mi conciencia sin cesar conmigo,
sé lo poco que soy, y me lo digo.

¡España mía, cuyo amor profundo
admiró en mi honda fe tierra extranjera!,
¿soy yo, desheredado vagabundo,
quien puede con fe audaz y voz entera
llevar su poesía por el mundo
tremolando sobre ella tu bandera?
¿Puedo yo sin absurda petulancia
tanto honor aceptar, tanta importancia?
Tal vez el noble trovador me creo
cuya fe el aura popular levanta...
¡y soy sólo un bufón de ignoble empleo,
que va de coliseo en coliseo
enlodando un jirón de una fe santa!

Mas no puedo cejar: tal es mi pena:
Dios me la impuso y llevaréla a cabo;
si mi obra es mala, mi intención es buena;
yo arrastraré tranquilo mi cadena
de mi voto y mi fe muriendo esclavo.
Porque es mi penitencia, es mi destino:
yo sé tan sólo lo que mi alma encierra.
¡Mal hijo..., esa es mi pena, ese es mi sino,
no ser jamás feliz sobre la tierra,
equivocarme siempre en mi camino,
e ir de mi propia gente con asombro
mendigando mi pan con mi arpa al hombro!

¡Quitad, pues, de mi frente los laureles:
las flores apartad de mi camino:
dad no más al bufón sus cascabeles,
dad no más su bordón al peregrino!
Pájaro que a cantar se para acaso,
escuchadme cantar y abridme paso.

Noble ciudad donde nací, perdona
si aunque a tu ofrenda agradecido quedo,
todo mi voto hasta cumplir, no puedo
conservar en mi frente una corona;
tus flores y laureles agradezco,
mas no les guardaré: no les merezco.
Hoy les cuelgo al partir en los altares (1);
si dignos son mis últimos cantares
del favor que mi mérito hoy me abona,
si muero con mi fe pura y entera...
cuélgalos en mi tumba cuando muera.

¡Adiós, noble ciudad do tuve cuna!
Madre que con tan íntimo cariño
me abrigas al volver en tu regazo,
si todas tus familias fueran una,
con la fe de hombre y el afán de niño
todas las abarcara en un abrazo.
Adiós: *he registrado tus rincones,*
tus cuentos he copiado y tus historias.

(1) El Sr. Zorrilla depositó en 1866 sus coronas en el altar de Nuestra Señora de la Peña de Francia, en la parroquia de San Martín, donde fué bautizado: ignora si allí se conservan.

he hojeado tus viejos cronicones,
y voy a consagrarme a tus memorias.
Poeta, sin más bien que mis canciones,
no puedo darte de mi amor por prendas
más que en páginas mías tus leyendas.
¡Adiós!, si de honra un átomo consigo,
si ser digno de ti logro algún día,
viva mi nombre para ti y contigo;
no tengo madre ya: sólo tú mía;
y cuando de las playas de Occidente
te traigan con mis libros mis despojos,
y te venga a rogar extraña gente
que en tu seno les des último abrigo...,
cuando me lloren tus maternos ojos,
cuando en mis libros tus memorias leas,
recuerda, madre, que al partir te digo;
TIERRA DONDE NACÍ, ¡YO TE BENDIGO!
MADRE, MI ÚLTIMO AMOR, ¡BENDITA SEAS!

LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO

(FRAGMENTO)

Mi última prenda.—A Fermín

Mi barbara e inculta poesía;
y en ella repatándome maestro,
porfía me llamáis por mi osadía,
y al ver sólo la fe que hay en la mía,
que soy grande decís, que soy el vuestro.
Mas ¿quién me dirá a mí, que mi feinvoco,
si soy un gran creyente o un gran loco?
Mal hijo, mal poeta, mal cristiano,
mal amigo y tal vez mal ciudadano,
acaso en cuanto emprendo me equivoco:
y cuando a solas, ¡ay!, conmigo mismo
de mi fe audaz y audaz españolismo
los recuerdos recónditos evoco,
de la duda me pierdo en el abismo,
y el sondar mi pasado me estremece.

Yo, de mi vana nulidad testigo,
mi nulidad con desdichera loco;
mi fama con terror veo que crece,
porque a mí mismo yo no me tengo en pie,
porque Dios me la impuso por castigo
y ninguna ovación me ensoberbece:
pues, mi conciencia sin cesar conmigo,
sé lo poco que soy, y me lo dice.

¡España mía, cuyo amor profundo
admiré en mi honda fe tierra extranjera!
¿soy yo, desheredado vagabundo,
quien puede con fe audaz y voz entera
llevar su poesía por el mundo
tremolando sobre ella tu bandera?
¿Puedo yo sin absurda petulancia
tanto honor aceptar, tanta importancia?
Tal vez el noble trovador sin oro
y el aura popular levanta
en soy ello un bufón de ignoble empleo,
de bajando las viejas coronas,
y voy a consagrarme a mis memorias,
que quien bien me conoce mis canciones
no puede darle de ser mías por premio
más que en ellas pongo mis lecciones
y mis afanes, si de honra un átomo contigo
el ser digno de ti logro algún día.
viva mi nombre para ti contigo.
Porque aquí muerto voy sólo a mi alma encierro:
yo sé tan sólo lo que mi alma encierra.
¡Mal hijo..., esa es mi pena, ese es mi sino,
no ser jamás feliz sobre la tierra,
equivocarme siempre en mi camino,
e ir de mi propia gente con asombro
mendigando mi pan con mi arpa al hombro!

¡Quitad, pues, de mi frente los laureles;
las flores apartad de mi camino;
dad no más al bufón sus cascabeles,
dad no más en bordón al peregrino!
Pájaro que a cantar se para acaso,
escuchadme cantar y abridme paso.

Noble ciudad donde nací, perdona
si aunque a tu ofrenda agradecido quedo,
todo mi voto hasta cumplir, no puedo
conservar en mi frente una corona;
tus flores y laureles agradezco,
mas no les guardaré: no les merezco.
Hoy les cuelgo al partir en los altares (1);
si dignos son mis últimos cantares
del favor que mi mérito hoy me abona,
si muero con mi fe pura y entera...
cuélgalos en mi tumba cuando muera.

¡Adiós, noble ciudad do tuve cuna!
Madre que con tan íntimo cariño
me abrigas al volver en tu regazo,
si todas tus familias fueran una,
con la fe de hombre y el afán de niño
todas las abarcara en un abrazo.
Adiós: *he registrado tus rincones,*
tus cuentos he copiado y tus historias...

(1) El Sr. Zorrilla depositó en aquellas aras, en el altar de Nuestra Señora de la Paz de Francia, en la parroquia de San Martín, donde fue bautizado: ignora si allí se conservan

LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO

(FRAGMENTO)

LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO

(FRAGMENTO)

LA LEYENDA DE DON JUAN TENORIO

(FRAGMENTO) [16]

PRIMERA PARTE

LA CUESTIÓN DE FAMILIA

I

En tiempos del cuarto Enrique,
a quien la historia y la gente
apodan el impotente,
lo cual no hay quien certifique,
andaba toda Castilla
levantadiza y revuelta;
y, por más rica, más suelta
de todo freno, Sevilla.
Hirviendo en esta ciudad
de antigua discordia el germen,
sin que le atajen ni mermen
fuerza, ley ni autoridad,
los nobles y los pecheros,
partidos en banderías,
se daban a tropelías,
venganzas y desafueros;
y no hubo lugar sagrado,
ni hombre honrado, ni doncella
a quien la borrasca aquella
no dejase atropellado.
Germinaba cada día
por cada nueva ambición
una nueva rebelión
o una nueva bandería:
y los ricos y los nobles,
cuando las calles cruzaban,
en pos sus gentes llevaban
con hierro y defensas dobles:
y en llegando a anochecer,
de su posada al salir,
nadie podía decir
cuándo podría volver.
¡Fué aquel un tiempo sin par!
El Primado de Toledo,
tan sin fe como sin miedo
conspirando sin cesar,
tiró la mitra en el coro;
y a su cabildo olvidando,

campeó una hueste pagando
de sus rentas con el oro.
De Santiago y de Sevilla
los Prelados, a su ejemplo,
saliéronse de su templo
a merodear por Castilla:
y para aumentar su clero
tamañas calamidades,
se presentó en sus ciudades
agresivo y pedenciero.
Es lo que la historia arroja,
no una calumnia villana;
lo dice el Padre Mariana
a vuelta de cada hoja.
Villena y los principales
de Aragón y de Castilla,
ser no hubieron a mancilla
traidores y desleales;
y más potentes que el Rey,
diéronle por impotente,
nombrándole descendiente
contra su gusto y la ley;
y no dudando afirmar
lo imposible de saber,
a la hija de su mujer
por no suya osaron dar.
En Ávila su persona
en efigie colocando
sobre un cadalso, quitando
la fueron manto, corona,
espuelas, cetro y espada
de un pregonero a la voz;
y al fin, con escarnio atroz,
fué su estatua derribada.
El infante don Alonso
su hermano, a quien todavía
barba en la faz no nacía,
mancebo impúber e intonso,
presenció tamaño ultraje,
y se dejó coronar,
y de la efigie ataviar
con las insignias y el traje.
Fué aquel un siglo en el cual
no vió el pueblo de Castilla
más que crecer la mancilla
del menguado poder real:
y aquel pobre Rey Enrique,
tengo yo por evidente
que, si hay por qué de impotente
el título se le aplique,
es porque con nadie pudo
y todos más que él pudieron,
a los que le escarnecieron
sirviendo él mismo de escudo.
Todo vástago postrero
de raza que degenera
sufre de su raza entera
el peso desde el primero.
Su abuelo Enrique, al dosel
al subir a puñaladas,
no le dejaba sembradas
más que traiciones a él.
Creyó ganar con larguezas
la fe de los corazones,
y fomentó las traiciones
que procuraban riquezas.
Perdonó a todos mil veces
una y otra avilantez,
y salieron cada vez
todos del perdón con creces.
Creció en poder la nobleza,
en vicios la clerecía,
la milicia en osadía
y el Rey en mengua y vileza;
y al escándalo y la mofa
de la autoridad real,
haciendo eco universal
la gente de baja estofa,
a costa del soberano
nobleza, clero y milicia,
do pudieron, sin justicia
ni ley metieron la mano.
Sin fuerza, pues, ni decoro
el Rey, sin prestigio el clero,
todo el pueblo en desafuero,
y en las fronteras el moro,

llegó España a extremo tal,
que sin fe, ley ni recato,
sólo atendió en tal rebato
su agosto a hacer cada cual.
Tal era la situación
del reino y Rey de Castilla,
cuando a la alegre Sevilla
nos lleva esta narración.

II

¡Gran tierra es Andalucía!
La gente allí alegre toma
la vida efímera a broma,
y hace bien, por vida mía.
Con un clima siempre sano,
bajo un cielo siempre puro,
afán no pasa ni apuro
por lo que no está en su mano;
y en un suelo siempre abierto
a doble y feraz cosecha,
sobre él duerme y cuentas no echa
con un porvenir incierto.
¡Gran tierra es Andalucía!
y la flor de aquella tierra
es Sevilla, porque encierra
la flor de cuanto Dios cría.
Los moros sobre Granada
pusieron su paraíso,
mas nadie en él entrar quiso
si hizo en Sevilla jornada.
Quien a Sevilla no vió
no vió nunca maravilla,
ni quiso irse de Sevilla
nadie que en Sevilla entró.
«¡Ver Nápoles y morir!»
dicen los napolitanos;
mas dicen los sevillanos:
«¡Ver Sevilla, y a vivir!»
Fenicia, romana, goda,
árabe y al fin cristiana,
de toda la raza humana
la flor atesoró toda:
árabes, godos, romanos
dejaron al paso en ella,
de su genio con la huella,
los primores de sus manos,
y de ellos tiene a millares
modelos, tipos y ejemplos
de acueductos, puentes, templos,
alcázares y alminares:
porque los siglos su frente
fueron tocando a porfía,
con la flor de lo que hacía
de cada siglo la gente.
Sevilla, cristiana o mora,
por Mahoma o por Castilla,
fué siempre una maravilla
lo mismo antaño que ahora:
y bizantina o moruna,
fué, predilecta del cielo,
el manantial del consuelo
y el mimo de la fortuna.
Antídoto de pesares,
depósito de primores,
mina rica de cantares
y nidal de ruiseñores,
entre un vergel de azahares,
que aroma con sus olores
las florestas de olivares
que son sus alrededores,
es semillero de flores
donde, harto de andar lugares,
labró el amor sus hogares
y el nido de los amores.
Su gente es como Dios quiso
hacerla en su juicio eterno,
con un tizón del infierno
y un rayo del paraíso.
Hija del fuego infernal
y de la luz del Edén,
es capaz de todo bien
y propicia a todo mal.
Es la Sevilla de hogaño
como la de Alonso onceno,

de cuanto hay de malo y bueno
conjunto gentil y extraño:
mas la de hoy y la de antaño
mezclan tan bien en su seno
la triaca y el veneno,
que la mezcla no hace daño.
Sevilla, a margen de un río
que con sus aguas fecunda
tierra en donde todo abunda,
jardín de invierno y estío,
poblada de hombres sin cuitas
y mujerío sin par,
es pueblo tan singular
cual sus torres y mezquitas.
Dejó en Sevilla el fenicio
su espíritu comercial,
y a nadie falta caudal
ya por virtud, ya por vicio.
Dejó en Sevilla el romano
su espíritu de grandeza,
y nadie allí en su pobreza
tiene en más a un soberano.
La Edad Media tiempos góticos
diéronla su tinta mística,
de ortodoxa y cabalística
con extremos estrambóticos.
En Sevilla dejó el moro
su guzla y su pandereta,
y en cada calle y placeta
hay de alegría un tesoro.
Su gente, gran narradora,
de consejas y leyendas,
las cuenta y las cree muy sendas:
mas las cuenta que enamora.
Y como allí en cada esquina
se tropieza una antigualla,
tras de cada esquina se halla
una invención peregrina.
Creyente, como es corriente
que sea el pueblo de España,
la verdad y la patraña
creyendo con fe la gente,
Sevilla meridional,
de rica imaginativa,
es una leyenda viva,
verbosa y original.
En Sevilla, como en Roma,
tras cada ruina o fragmento
de la madeja de un cuento
algún cabo suelto asoma.
Allí, como en Roma, a Cristo
de todo se le encomienda:
no hay vieja que no pretenda
haber un milagro visto.
Por doquier, de ellos provisto,
de prodigios tiene tienda,
y no hay Cristo sin leyenda
ni leyenda sin su Cristo;
y en Sevilla, como en Roma,
todo el año es fiesta igual:
un perpetuo carnaval
y doce meses de broma.
Y ya un santo se celebre
o un pagano aniversario,
lo que urge es que el calendario
anuncie fiesta y no quiebre:
y aunque dé gato por liebre,
que ande alegre el vecindario.
Cuestión de clima: Dios quiso
desparramar la alegría
en la bella Andalucía
y aquello es un paraíso.
Allí sin miedo y sin pena
se vive alegre y se muere:
por mal tiempo que corriere,
siempre es Pascua o Nochebuena.
La noche en Sevilla es día;
pues con cancelas por puertas,
todas las casas abiertas
la dan luz, voz y alegría.
Su gente vive en la calle,
y como de noche sea,
no hay nadie a quien no se vea
como en Sevilla se halle.
La gente ama, se divierte,
canta, cuenta, danza y cuida